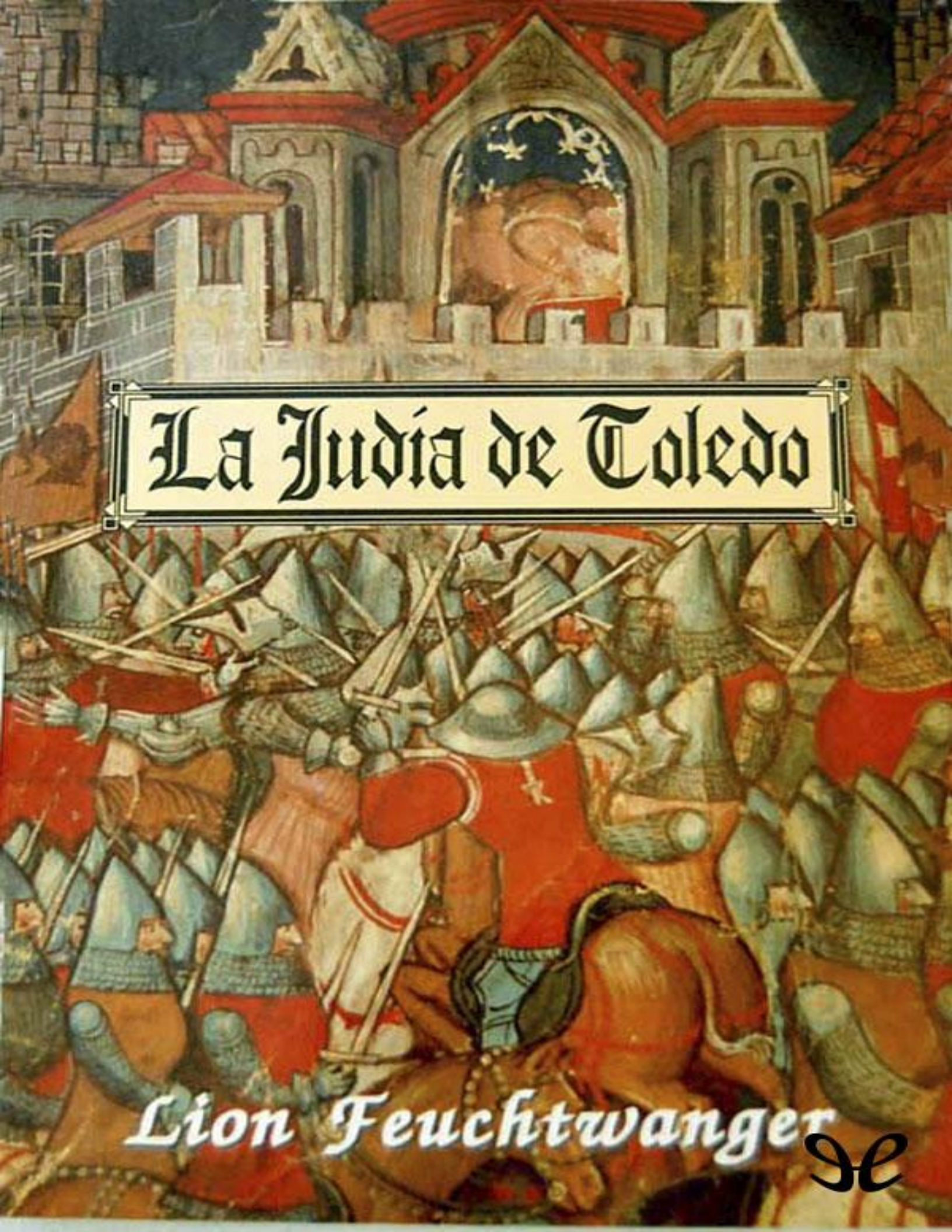
La Judía de Toledo
Lion Feuchtwanger

Esta novela de Lion Feuchtwanger, autor ya consagrado entre los lectores de habla española, es una apasionada historia de amor y violencia, ocurrida en el siglo XII, y que, a través de siglos, ha ocupado la imaginación de los españoles. Narra la pasión que el rey Alfonso VIII de Castilla sintió por la judía Raquel, hecho que registran las crónicas de su biznieto, el rey Alfonso X el Sabio. La acción transcurre en una época todavía en parte sumida en la barbarie, en la que el arrojo de aquellos nobles castellanos, fruto de una fe sin fisuras, y el ansia de matar, junto con su ilimitado orgullo, destruyeron sin remordimiento las maravillosas ciudades y reinos que otros habían creado. Sólo aquel que perciba la irresistible atracción de ese mundo de aventuras podrá entender la historia de Raquel y el rey.

Lion Feuchtwanger

La judía de Toledo

ePub r1.4
Titivillus 22.06.2020

Título original: *Die Jüdin von Toledo y Spanische Ballade*
Lion Feuchtwanger, 1955
Traducción: Ana Tortajada

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRIMERA PARTE

El rey se enamoró locamente
de una judía que tenía
por nombre la Fermosa,
la Hermosa, y olvidó a su esposa.

Alfonso el Sabio, Crónica General.
Alrededor de 1270.

A Toledo fue Alfonso
Con la reina joven y bella.
Pero el amor lo cegó.
Y se engañó por amor.
Se prendó de una judía
Cuyo nombre era Fermosa.
Sí, Fermosa se llamaba,
La Hermosa.
Y la llamaban así con justicia.
Y por ella olvidó el rey a su reina.

Los Amores de Alfonso VIII con la hermosa judía.
Romanza de Lorenzo de Sepúlveda, 1551.

Capítulo I

OCHENTA años después de la muerte de su profeta Mahoma, los musulmanes ya habían construido un imperio que, desde la frontera india, se extendía ininterrumpidamente por Asia y Africa y la costa sur del Mediterráneo hasta alcanzar la costa del océano Atlántico. En el año ochenta, desde el inicio de sus expediciones de conquista, pasaron a través del Estrecho, al oeste del mar Mediterráneo, a al-Andalus, a Hispania, destruyeron el reino que los visigodos cristianos habían levantado allí tres siglos atrás y conquistaron con tremendo ímpetu el resto de la Península hasta los Pirineos.

Los nuevos señores trajeron consigo una rica cultura y convirtieron el país en el más hermoso, populoso y mejor organizado de Europa. Planeadas por expertos arquitectos y bajo una inteligente inspección de las obras, surgieron grandes y señoriales ciudades, como no se habían vuelto a ver en esta parte del mundo desde los tiempos de los romanos. Córdoba, la residencia del califa occidental, era considerada la capital de la totalidad de Occidente.

Los musulmanes reavivaron la descuidada agricultura y consiguieron de la tierra, mediante inteligentes sistemas de regadío, una insospechada fertilidad. Fomentaron la explotación de las minas mediante una nueva técnica muy desarrollada. Sus tejedores elaboraban alfombras preciosas y lujosas telas; sus carpinteros y escultores, delicadas obras de arte en madera; sus curtidores, cualquier clase de objetos en piel. Sus herreros producían piezas de una perfección absoluta, tanto para fines pacíficos como para la guerra. Sus espadas, dagas y puñales eran más afilados y más hermosos que los de los pueblos no musulmanes; las armaduras, de una gran resistencia; las piezas de artillería, de gran alcance; y armas secretas de las cuales se hablaba con temor en toda la cristiandad. También elaboraron otra cosa terrible y muy peligrosa: una mezcla mortal explosiva, el llamado fuego líquido.

La navegación de los musulmanes hispánicos, conducida por probados matemáticos y astrónomos, era rápida y segura, de manera que podían llevar a cabo un amplio comercio y abastecer sus mercados con toda clase de productos procedentes de todo el imperio islámico.

Las artes y las ciencias florecieron como nunca hasta entonces bajo ese cielo. Lo sublime y lo gracioso se mezclaba para decorar las casas con un estilo particular y significativo. Un primoroso y ramificado sistema de educación permitía a cualquiera instruirse. La ciudad de Córdoba tenía tres mil escuelas, cada ciudad grande tenía su universidad, había bibliotecas como nunca antes desde el florecimiento de la Alejandría helénica. Los filósofos ampliaban las fronteras del Corán, traducían según su propio modo de pensar las obras de la sabiduría griega, convirtiéndola en un nuevo saber. El arte de una nueva fabulación, multicolor y floreciente, abrió a la fantasía espacios desconocidos hasta el momento. Grandes poetas refinaron la lengua árabe, rica en matices y tonos, hasta que pudo reproducir cualquier emoción del alma.

Frente a los vencidos, los musulmanes mostraron indulgencia. Para sus cristianos, tradujeron el Evangelio al árabe.

A los numerosos judíos, que habían estado sometidos al estricto derecho de excepción por los cristianos visigodos, les otorgaron la igualdad ciudadana. Sí, bajo el dominio de los musulmanes, los judíos gozaron en Hispania de una vida tan plena y satisfactoria como nunca antes desde la caída de su propio reino. De entre ellos surgieron ministros y médicos personales del califa. Fundaron fábricas, ampliaron empresas de comercio, enviaron sus barcos por los siete mares. Sin olvidar su propia literatura hebrea, desarrollaron sistemas filosóficos en lengua árabe, tradujeron a Aristóteles y fundieron sus enseñanzas con las de su propio Gran Libro y las doctrinas de la sabiduría árabe. Elaboraron un comentario de la Biblia abierto e inteligente. Dieron nueva vida al arte de la poesía hebrea.

Más de tres siglos duró este florecimiento. Entonces hubo una gran tormenta y fue destruido.

En los tiempos en que los musulmanes conquistaron la Península, algunos grupos dispersos de visigodos cristianos habían huido al montañoso norte de Hispania y habían fundado en aquella zona de difícil acceso pequeños condados independientes. Desde allí, generación tras generación, habían continuado luchando contra los musulmanes, en una guerra de partidas, una guerrilla. Durante mucho tiempo lucharon solos. Pero, más tarde, el Papa de Roma proclamó una cruzada, y grandes predicadores exigieron con encendidas palabras que el islam fuera expulsado de las tierras que había arrebatado a los cristianos. Entonces, cruzados procedentes de todas partes se unieron a los belicosos descendientes de los anteriores reyes cristianos de Hispania. Cerca de cuatro siglos habían tenido que esperar estos últimos visigodos, pero ahora avanzaban abriéndose paso hacia el sur. Los musulmanes, que se habían ablandado y refinado, no pudieron resistir su ímpetu; en pocas décadas los cristianos reconquistaron la mitad norte de la Península, hasta el Tajo.

Amenazados cada vez con mayor dureza por los ejércitos cristianos, los musulmanes pidieron ayuda a sus correligionarios de Africa, salvajes y fanáticos guerreros, procedentes muchos de ellos del gran desierto del sur; el Sáhara. Éstos detuvieron el avance de los cristianos, pero también persiguieron a los príncipes musulmanes cultivados y liberales que habían gobernado al-Andalus hasta entonces, ya que no iba a tolerarse por más tiempo el relajamiento en cuestiones de fe; el califa africano Yusuf se apoderó del poder también en al-Andalus. Para limpiar el país de todos los infieles, hizo llamar a los representantes de la judería a su cuartel general de Lucena y les habló del siguiente modo:

«En el nombre de Dios, el Misericordioso. El Profeta garantizó a vuestros padres que seríais tratados con tolerancia en las tierras de los creyentes, pero bajo una condición, que está escrita en los libros antiguos: Si vuestro Mesías no había aparecido transcurrido medio milenio, entonces, así lo aceptaron vuestros padres, deberíais reconocerlo a él, a Mahoma, como profeta de los profetas que relega a la oscuridad a vuestros hombres de Dios. Los quinientos años han pasado. Por lo tanto, cumplid el acuerdo y convertíos al Profeta. ¡Haceos musulmanes!, o ¡abandonad mi al-Andalus!».

Muchos judíos, a pesar de que no podían llevarse ninguno de sus bienes, se marcharon. La mayoría se trasladaron al norte de Hispania, puesto que los cristianos, que ahora volvían a ser señores de esas tierras, para rehacer el país destruido por las guerras, necesitaban los conocimientos superiores de los judíos en cuestiones de economía, su laboriosidad en la industria y sus muchos otros conocimientos. Les garantizaron la igualdad ciudadana que sus padres les habían negado, y además muchos otros privilegios.

Sin embargo, algunos judíos se quedaron en la Hispania musulmana y se convirtieron al islam. De este modo querían salvar sus bienes, y más tarde, cuando las circunstancias fueran más favorables, irse al extranjero y retornar de nuevo a su vieja fe. Pero la vida en su país natal, en la benigna tierra de al-Andalus, era dulce, y aplazaban su partida. Y cuando tras la muerte del califa Yusuf llegó al poder un príncipe menos estricto, siguieron vacilando. Y finalmente dejaron de pensar en marcharse. Seguía vigente para todos los infieles la prohibición de residir en al-Andalus, pero bastaba como demostración de fe dejarse ver de vez en cuando en las mezquitas y pronunciar cinco veces al día la profesión de fe: Alá es Dios y Mahoma su profeta. En secreto, los antiguos judíos podían seguir practicando sus costumbres, y en al-Andalus, donde teóricamente no había ni un solo judío, existían sinagogas judías escondidas.

Estos judíos clandestinos sabían que su secreto era conocido por muchos y que su herejía, si se declaraba una guerra, tendría que salir a la luz. Sabían que si empezaba

una nueva Guerra Santa estaban perdidos. Y cuando diariamente rezaban por la preservación de la paz, tal y como su ley les ordenaba, no lo hacían sólo con los labios.

Cuando Ibrahim se sentó en los escalones de la derruida fuente del patio interior sintió de pronto todo su cansancio. Hacía una hora que estaba recorriendo aquella casa en ruinas.

Sin embargo, en realidad no tenía tiempo que perder. Hacía diez días que estaba en Toledo, los consejeros del rey lo apremiaban, con razón, para que les comunicara si asumía el arrendamiento general de los impuestos o no.

El comerciante Ibrahim, del reino musulmán de Sevilla, había llevado a cabo negocios varias veces con los príncipes cristianos de Hispania, pero todavía no había emprendido nunca un negocio tan gigantesco como el que ahora se le presentaba. Desde hacía años, las finanzas del reino de Castilla iban mal, y desde que, quince meses atrás, el rey Alfonso había perdido su imprudente guerra contra Sevilla, su economía estaba completamente arruinada. Don Alfonso necesitaba dinero; mucho dinero, y de inmediato.

El comerciante Ibrahim de Sevilla era rico. Poseía barcos, bienes y crédito en muchas ciudades del islam y en los centros comerciales de Italia y Flandes. Pero si se dejaba arrastrar a este negocio con Castilla, tendría que invertir todo su patrimonio, y ni el más listo podía predecir si Castilla sobreviviría al caos que los próximos años traerían consigo.

Por otro lado, el rey Alfonso estaba dispuesto a ofrecer enormes contrapartidas. Se le ofrecían a Ibrahim, como garantía, los impuestos y las aduanas, también los ingresos que producían las minas, y estaba convencido de que, si conseguía el dinero necesario, también lograría muchas otras condiciones favorables y le acabarían confiando el control de todos los ingresos. Pero era necesario tener en cuenta que desde que los cristianos habían reconquistado las tierras de los musulmanes, el comercio y la industria habían disminuido; mas Castilla, el mayor de los reinos de Hispania, era fértil, poseía abundancia de riquezas en el subsuelo, e Ibrahim se sentía capaz de levantar de nuevo el reino con sus propias fuerzas.

Una empresa de semejantes proporciones no podía dirigirse desde lejos: debía controlar su ejecución sobre el terreno, se imponía abandonar su Sevilla musulmana y trasladarse a la cristiana Toledo.

Tenía cincuenta y cinco años. Había conseguido lo que siempre había deseado. Un hombre de su edad y que había alcanzado tales éxitos ni siquiera debía detenerse a considerar un negocio tan dudoso.

Ibrahim seguía sentado en los derruidos escalones de la fuente, seca desde hacía mucho tiempo, la cabeza apoyada en la mano, y de pronto tuvo que reconocerlo: aunque había visto claro desde el principio el carácter aventurero del negocio, se trasladaría a Toledo a pesar de todo, a esta casa.

Era esta casa ridícula y en ruinas la que lo había traído hasta aquí.

Existía un viejo y extraño lazo entre él y la casa. Él, Ibrahim, el gran hombre de negocios de la orgullosa Sevilla, el amigo y consejero del emir se había convertido ya en su juventud al profeta Mahoma, pero no había nacido musulmán sino judío, y este edificio, el castillo de Castro, había pertenecido a sus antepasados, a la familia Ibn Esra, durante todo el tiempo que los musulmanes fueron señores de Toledo. Pero desde que el rey Alfonso, el sexto de su nombre, arrebató la ciudad a los musulmanes, hacía apenas cien años los barones de Castro se habían apoderado de la casa. Ibrahim había estado muchas veces en Toledo y cada vez había permanecido en pie, lleno de añoranza, ante el oscuro muro exterior del castillo. Ahora que el rey había expulsado a los Castro de Toledo y les había expropiado la casa, podía por fin ver su interior y considerar la posibilidad de recuperar las antiguas propiedades de sus padres.

Sin prisa, pero con mirada escrutadora y ávida, había recorrido las muchas escaleras, salas, corredores y patios. Era un edificio desolado y feo, más bien una fortaleza que un palacio. Tampoco durante el tiempo en que lo habitaban los antepasados de Ibrahim, los Ibn Esra, habría tenido otro aspecto visto desde fuera. Pero con toda seguridad, ellos habían adornado su interior con el cómodo mobiliario árabe, y los patios debían haber sido silenciosos jardines. Era tentador volver a levantar la casa paterna y convertir el tosco y desmoronado castillo de Castro en un hermoso y afiligranando castillo Ibn Esra.

¡Qué planes tan descabellados! En Sevilla, él era el príncipe de los comerciantes y era visto con aprecio en la corte del emir, entre los poetas, artistas y gente instruida que el emir reunía a su alrededor, procedentes de todo el mundo árabe. La verdad es que no podía sentirse más a gusto en Sevilla de lo que se sentía, y lo mismo les sucedía a sus queridos hijos, la joven Rechja y el muchacho Achmed. ¿Era pecado y locura jugar siquiera con el pensamiento de cambiar su noble y distinguida Sevilla por la bárbara Toledo?

No era ninguna locura, y con toda seguridad no era pecado.

La estirpe de los Ibn Esra, la más orgullosa de entre las estirpes judías de la Península, había sufrido en los últimos cien años muchas peripecias. El propio Ibrahim, cuando todavía era un muchacho y aún llevaba el nombre de Jehuda Ibn Esra, había vivido la desgracia que los africanos habían traído con su violenta llegada a al-Andalus. Al igual que el resto de los judíos del reino de Sevilla, también los Ibn

Esra habían huido en aquel entonces al norte, a la Hispania cristiana. Sin embargo, a él, al muchacho, la familia lo había obligado a quedarse y convertirse al islam; era amigo del hijo del príncipe Abdullah, y tenían la esperanza de salvar de esta manera una parte de su patrimonio. Cuando Abdullah asumió el poder, prometió a Ibrahim que le serían restituidas sus riquezas. El príncipe sabía que su amigo, en el fondo de su corazón, seguía siendo fiel a su vieja fe, muchos lo sabían pero lo consentían. Pero ahora amenazaba una nueva guerra entre los cristianos y los creyentes musulmanes, y, tratándose de una Guerra Santa de estas características, el emir Abdullah no podría seguir protegiendo al infiel Ibrahim. Se vería obligado a huir como sus padres a la Hispania cristiana, abandonando su patrimonio a sus espaldas y convertido en un pordiosero. ¿No era más inteligente trasladarse ahora a Toledo con todas sus riquezas y esplendor?

Porque sólo con que él se lo propusiera, gozaría en Toledo del mismo respeto que en Sevilla. Se le había ya insinuado veladamente la posibilidad de que se le otorgaría el cargo de Ibn Schoschan, el ministro de finanzas judío que había fallecido tres años atrás. No cabía la menor duda: aunque volviera abiertamente a la fe judía, en Toledo podría conseguir cualquier cargo que deseara.

A través de una grieta del muro, el castellano miró al interior del patio. Hacía casi dos horas que el extranjero estaba allí; ¿qué veía en aquellos muros derruidos? El hereje seguía allí sentado, como si estuviera en su casa, como si quisiera quedarse allí para siempre. Los acompañantes del extranjero, que lo esperaban en el patio exterior, habían contado que en su casa de Sevilla tenía quince caballos de raza y ochenta servidores, entre los cuales había treinta negros. Eran ricos y opulentos aquellos extranjeros. Pero aunque la última vez, el rey, nuestro señor, había sufrido una derrota, llegaría el momento en que la Santísima Virgen y Santiago se apiadarían y conseguirían acabar con ellos, con los musulmanes, y arrebatarles sus tesoros.

El extranjero no acababa de decidirse a marcharse.

Sí, el comerciante Ibrahim de Sevilla seguía sentado, perdido en sus ensoñaciones. Nunca en su vida había tenido que tomar una decisión tan arriesgada, porque en los tiempos en que los africanos invadieron al-Andalus y él se convirtió al islam, todavía no había cumplido los trece años y por lo tanto, no era responsable ante Dios ni ante los hombres: la familia había decidido por él. Pero ahora era él quien debía tomar la decisión.

Sevilla resplandecía magnífica en su madurez y plenitud. Pero su madurez era excesiva, decía su viejo amigo Musa; el sol del islam occidental había pasado ya el punto más alto de su arco, iba hacia su caída. En cambio la Hispania cristiana estaba en los inicios, estaba iniciando su ascensión. Todo aquí era primitivo. Habían destruido lo

que el islam había construido y lo habían remendado para salir del paso. La agricultura era pobre, anticuada; el comercio rudimentario. El reino estaba despoblado, y los que lo habitaban conocían el oficio de la guerra pero no las obras de la paz. Él, Ibrahim, haría que vinieran a instalarse aquí gentes que hubieran aprendido a producir que supieran cómo sacar a la luz todo aquello que la tierra escondía sin dar provecho a nadie.

Seria trabajoso volver a insuflar espíritu y vida a esta Castilla derruida, cuya economía estaba por los suelos. Pero precisamente eso era lo más atractivo.

Evidentemente, necesitaba tiempo, largos e ininterrumpidos años de paz.

Y de pronto lo vio con claridad: era la llamada de Dios que ya había escuchado quince meses atrás cuando Don Alfonso, tras la derrota, solicitó una tregua al emir de Sevilla. El belicoso Alfonso había estado dispuesto a diversas concesiones: la cesión de territorios y una elevada indemnización de guerra, pero no había querido aceptar la condición del emir, según la cual la tregua tenía que durar ocho años. Pero él, Ibrahim, había instado y persuadido a su amigo el emir para que insistiera en este punto, convenciéndolo para que, por este mismo motivo, se conformara con territorios cada vez menores e indemnizaciones cada vez más bajas. Y por fin se había conseguido: se había firmado y sellado una tregua de ocho buenos y largos años. Sí, Dios mismo lo había movido a actuar y le había ordenado: ¡Lucha por la paz, no cedas, lucha por la paz!

Y aquella misma llamada interior lo había traído hasta aquí, a Toledo. Si llegara una nueva Guerra Santa —y llegaría—, el pendenciero Don Alfonso se vería tentado a romper la tregua con Sevilla. Pero entonces, él, Ibrahim, estaría presente y convencería al rey por medio de astucias, amenazas y palabras sensatas, y aunque no pudiera impedir que Alfonso se complicara en la guerra, podría retrasar su participación en ella.

Y para los judíos seria una bendición que, cuando se declarara la guerra, Ibrahim formara parte de los consejeros del rey Como siempre, los judíos serian los primeros sobre quienes caerían los cruzados, pero él extendería su mano protectora sobre ellos.

Porque él era su hermano.

El comerciante Ibrahim de Sevilla no era un mentiroso, aunque se llamara islamita a sí mismo. Él honraba a Alá y al Profeta, disfrutaba de la poesía y la ciencia árabes, Las costumbres de los musulmanes se habían convertido para él en un agradable hábito; de modo automático ejecutaba cinco veces al día las abluciones prescritas, se arrojaba al suelo cinco veces en dirección a La Meca para pronunciar las plegarias, y cuando se encontraba ante una gran decisión o antes de un importante negocio, llevado de una necesidad interna, acudía a Alá y pronunciaba la primera azora del Corán. Pero cuando

en el Sabbath se reunía con otros judíos de Sevilla en las estancias inferiores de su casa, en su oculta sinagoga, para honrar al Dios de Israel y leer el Gran Libro, entonces su corazón se llenaba de una alegre paz. Sabía que ésta era su fe más profunda, y por medio de esta confesión a la más auténtica de las verdades se purificaba de las verdades a medias de la semana.

Era Adonai, el antiguo Dios de sus padres, quien había encendido en su corazón el deseo amargo y dichoso de volver a Toledo.

Ya una vez, en aquellos tiempos en que la gran desgracia cayó sobre los judíos de al-Andalus, un Ibn Esra, su tío Jehuda Ibn Esra, había podido prestar una gran ayuda a su pueblo desde Castilla. Aquel Jehuda, general del Alfonso que reinaba entonces, el séptimo, había resistido a los musulmanes en la fortaleza fronteriza de Calatrava y permitido la huida y la salvación a miles, a decenas de miles de judíos oprimidos. Ahora sería él, a quien hasta el momento todos conocían como el comerciante Ibrahim, quien tendría una misión semejante. Regresaría a sus raíces en esta casa.

Su rápida y viva fantasía le mostró la casa tal y como sería: la fuente volvía a brotar, el patio florecía en silencio y en la penumbra, las deshabitadas estancias de la casa bullían de vida, sus pies caminaban sobre gruesas alfombras en lugar de pisar el poco hospitalario suelo de piedra, en las paredes podían verse inscripciones hebreas y árabes, versículos del Gran Libro y versos de los poetas musulmanes, y por todas partes correría el agua refrescante y mansa, dando a los sueños y pensamientos su cadencia y su ritmo.

Así sería la casa, y él iba a tomar posesión de ella como quien era: Jehuda Ibn Esra.

Sin tener que esforzarse en recordarlos, le vinieron a la memoria los versículos de la bendición que adornarían su casa, versículos del Gran Libro de los antepasados que a partir de ahora sustituiría al Corán. «Caerán las montañas y se hundirán las colinas, pero mi bendición no se apartará de ti, y mi alianza contigo permanecerá siempre».

Una sonrisa hueca y feliz inundó su rostro. Con los ojos del espíritu vio los solemnes versículos de la promesa divina a lo largo del friso, en negro, azul, rojo y oro, adornando las paredes de su dormitorio; se grabarían en su corazón por la noche antes de que conciliara el sueño y le saludarían por las mañanas cuando despertara.

Se levantó y estiró los miembros. Viviría allí en Toledo, en la antigua casa de sus padres una vez renovada; infundiría nuevo aliento a la pobre y miserable Castilla; contribuiría a que la paz se mantuviera y a conseguir un refugio para el amenazado pueblo de Israel.

Manrique de Lara, el Primer Ministro, expuso a Don Alfonso los contratos que se habían acordado con el comerciante Ibrahim de Sevilla y que ahora sólo requerían ser firmados. La reina se encontraba presente durante su exposición. Desde tiempo inmemorial, las reinas de la Hispania cristiana compartían el poder y tenían el privilegio de participar en los asuntos de Estado.

Los tres documentos en los que se recogían los acuerdos, en lengua árabe, se encontraban sobre la mesa. Eran contratos muy detallados, y Don Manrique necesitó mucho tiempo para exponer los detalles.

El rey sólo escuchaba a medias. Doña Leonor y su Primer Ministro habían tenido que insistir mucho antes de que se dejara convencer para que tomara al hereje a su servicio, ya que éste era el principal culpable de la dureza del tratado de paz que él, quince meses atrás, se había visto obligado a firmar.

¡Aquel tratado de paz! Sus señores le habían convencido de que era ventajoso. Don Alfonso no había tenido que entregar, como había temido, la fortaleza de Alarcos, la amada ciudad que él había conquistado al enemigo en su primera batalla, añadiéndola a sus posesiones, y tampoco la suma que se había fijado para la indemnización de guerra había sido excesiva. Pero ¡ocho años de tregua! El joven e impetuoso rey, soldado de la cabeza a los pies, no sabía de dónde sacaría la paciencia para tolerar que los herejes se vanagloriaran de su victoria durante ocho largos e interminables años. ¡Y precisamente con el hombre que le había impuesto aquel humillante acuerdo debía firmar ahora un segundo acuerdo, que podía tener graves consecuencias! ¡A partir de ahora tendría que soportar la presencia de aquel hombre y escuchar sus sospechosas proposiciones! Por otro lado, le parecían convincentes los motivos que su astuta reina y su fiel amigo Manrique habían aducido: desde la muerte de Ibn Schoschan, un hebreo bueno y rico, había sido cada vez más difícil obtener dinero de los grandes comerciantes y banqueros de todo el mundo, y no había nadie, aparte de Ibrahim de Sevilla, que pudiera ayudarlo en sus problemas financieros.

Pensativo, mientras escuchaba descuidadamente a Manrique, observó a Doña Leonor.

No era frecuente verla en el castillo de Toledo. Había nacido en el ducado de Aquitania, en el templado sur de Francia, donde las costumbres eran cortesanas y elegantes, y la vida en Toledo, a pesar de que la ciudad ya llevaba cien años en manos de los reyes de Castilla, le parecía todavía grosera como en un campamento militar. Y aunque ella comprendía que Don Alfonso pasara la mayor parte del tiempo en la capital de su reino, cerca de su eterno enemigo, ella prefería tener su corte en el norte de Castilla, en Burgos, cerca de su país natal.

Alfonso, sin haber hablado de esto con nadie, sabía exactamente por qué Doña Leonor había venido a Toledo esta vez: Con toda seguridad lo había hecho a ruegos de Don Manrique. Su ministro y apreciado amigo había supuesto probablemente que sin su ayuda no habría podido convencerlo de que aceptara al hereje como canciller. Pero él había comprendido rápidamente esa necesidad y lo habría hecho también sin que Doña Leonor lo convenciera. Pero se alegraba de haber aplazado tanto la decisión porque le gustaba tener a Doña Leonor cerca de él.

Con qué cuidado se había vestido ella. Y sólo se trataba de una exposición del buen Manrique. Ponía siempre gran empeño en tener un aspecto atractivo y al mismo tiempo principesco. A él esto le hacía gracia, pero le gustaba. Ella era todavía una niña cuando quince años atrás abandonó la corte de su padre, Enrique, rey de Inglaterra, para serle entregada por esposa; pero durante todos aquellos años había conservado el gusto por lo cortesano y la elegancia de su país de origen en su pobre y severa Castilla, donde como consecuencia de las eternas guerras quedaba poco tiempo para las actividades cortesanas.

Con un aspecto todavía infantil a pesar de sus veintinueve años, allí estaba con su vestido pesado y lujoso. Aunque no era de elevada estatura, tenía un aspecto magnífico con la diadema que sujetaba su pelo abundante y rubio. Bajo la alta y noble frente, la mirada de sus grandes e inteligentes ojos verdes parecía quizás fría y escrutadora, pero una ligera e indeterminada sonrisa daba a su rostro tranquilo calidez y simpatía.

Podía muy bien estar riéndose de él su querida Doña Leonor. Dios le había concedido inteligencia, y comprendía tan bien como ella y como su padre, el rey inglés, que en aquellos momentos la economía de su reino era tan importante como los asuntos militares. Pero los astutos y sinuosos caminos, aunque fueran más seguros que la espada para alcanzar el objetivo, le resultaban demasiado lentos y aburridos. Era un soldado, no un calculador, un soldado y nada más que soldado. Y esto era bueno en una época en la que Dios había ordenado a los príncipes de la cristiandad luchar incansablemente contra los herejes.

También Doña Leonor dejaba vagar sus pensamientos. Veía en el rostro de su Alfonso las contradicciones que había en su interior; cómo comprendía y se sometía, y cómo rechinaba los dientes y se rebelaba. No era un hombre de Estado; nadie lo sabía mejor que ella, la hija de un rey y de una reina cuya política astuta y sagaz mantenía al mundo en vilo desde hacía decenios. Era sensato cuando quería, pero su temperamento impetuoso desbordaba una y otra vez los muros de su sensatez. Y precisamente por esta energía salvaje y divertida le amaba.

—Ya ves, mi señor, y tú, Doña Leonor —resumía ahora Don Manrique—, que no ha renunciado a ninguna de sus condiciones. Pero también ofrece más de lo que cualquiera

podría dar.

Don Alfonso dijo enfadado:

—¡Y también se queda con el castillo! ¡Como alboroque!

Alboroque era el nombre que recibía el acostumbrado obsequio de *courtoisie* que acompañaba el cierre de un contrato.

—No, mi señor —contestó Don Manrique—, perdona que olvidara mencionarlo. No quiere que el castillo le sea regalado. Quiere comprarlo. Por mil maravedíes de oro.

Se trataba de una suma inmensa, mucho más de lo que la vieja ruina valía. Aquella largueza, aquella generosidad, correspondía a un gran señor; pero si la ejercía el comerciante Ibrahim de Sevilla, ¿no era acaso una insolencia? Alfonso se levantó, yendo de un lado para otro.

Doña Leonor lo contemplaba. Ibrahim iba a tener sus dificultades en complacer a su Alfonso. Él era un caballero, un caballero castellano. ¡Qué buen aspecto tenía! Era un auténtico hombre y a pesar de sus treinta años, todavía era un muchacho. Leonor había pasado parte de su infancia en el castillo de Domfront; en él había una figura tallada en madera que representaba a San Jorge, alto, joven y amenazador, que protegía poderoso el castillo, y el rostro inteligente, decidido y algo enjuto de su Alfonso le recordaba el rostro de la estatua. Lo amaba todo en él, el pelo de un rubio rojizo, la corta barba, afeitada directamente alrededor de los labios de modo que su larga y delgada boca destacaba claramente. Pero lo que más amaba eran sus ojos grises y duros que lanzaban claros destellos tormentosos cuando algo lo agitaba. También ahora sucedía esto.

—Pide sólo una gracia —continuaba Manrique—. Solicita ser recibido por tu majestad para recibir de tus manos los documentos y la firma. Su emir —explicó Manrique— le nombró caballero, y da gran importancia a la dignidad. Recuerda, Don Alfonso, que en los países de los herejes el comerciante es tan respetado como el guerrero, ya que su Profeta fue un comerciante.

Alfonso se rió, sintiéndose de pronto de buen humor; cuando se reía tenía un aspecto radiante y juvenil.

—¿Pero no tendré que hablar en hebreo con él?

—Su latín se entiende perfectamente —respondió Manrique con imparcialidad—, y también habla castellano satisfactoriamente.

Don Alfonso, de nuevo sin transición, se puso serio.

—No tengo nada en contra de un alfaquí judío —dijo—, pero convertir a vuestro judío en Escribano Mayor me repugna, debéis comprenderlo.

Don Manrique tuvo que explicar de nuevo al rey lo que ya le había expuesto repetidamente en las últimas semanas:

—Durante un siglo hemos tenido que dedicarnos a la guerra y a la conquista, no hemos tenido tiempo para ocuparnos de la economía. Los musulmanes dispusieron de ese tiempo. Si queremos competir con ellos, necesitamos la astucia de los judíos, su elocuencia y sus relaciones comerciales. Es una suerte para los príncipes cristianos que los musulmanes de al-Andalus expulsaran a sus judíos. Ahora tu tío de Aragón tiene a su servicio a Don Joseph Ibn Esra, y el rey de Navarra a Ben Serach.

—También mi padre —añadió Doña Leonor— tiene a su servicio a Aarón de Lincoln. De vez en cuando lo encierra en el calabozo, pero siempre lo vuelve a sacar y le concede tierras y honores.

Don Manrique concluyó:

—Las cosas irían mejor a Castilla si nuestro judío Ibn Schoschan no hubiera muerto.

Don Alfonso frunció el ceño. La amonestación lo puso de mal humor. Había querido emprender la batalla contra el emir de Sevilla, que había acabado en un desastre, cuatro años antes, y fue el viejo Ibn Schoschan quien lo había detenido. Por lo visto, ahora debía colocar en su lugar a ese Ibrahim de Sevilla, así lo deseaban Doña Leonor y Manrique, para que le impidiera tomar decisiones precipitadas. Quizás por esto, más que por motivos económicos, lo habían instado con tanta persistencia a aceptar al judío. Lo consideraban, a él, a Alfonso, demasiado impulsivo, demasiado belicoso, no creían que él fuera capaz de poseer la astuta y aburrida paciencia que un rey debía tener en estos tiempos de mercachifles.

—¡Y encima están escritos en árabe! —dijo malhumorado, golpeando los documentos—. Ni siquiera puedo leer correctamente lo que se supone que debo firmar.

Don Manrique descubrió su argucia: simplemente, quería aplazar la firma.

—Ya que lo ordenas, mi señor —repuso servicial—, haré que escriban de nuevo los contratos en latín.

—Bien —dijo Alfonso—. Y no traigas a mi presencia al judío antes del miércoles.

La audiencia durante la que debían intercambiarse las firmas tuvo lugar en una pequeña estancia del castillo. Doña Leonor había deseado estar presente en el encuentro; también ella sentía curiosidad por conocer al judío.

Don Manrique vestía el traje oficial de ceremonia, llevaba sujeto por una cadena de oro que le rodeaba el cuello el emblema del familiar, del consejero privado del rey, el pectoral con el blasón de Castilla, las tres torres del «reino de los castillos». También Doña Leonor lucía sus galas. Alfonso, por el contrario, iba vestido de cualquier

manera, en modo alguno como correspondía a una ceremonia oficial. Llevaba una especie de jubón con mangas anchas y sueltas y un cómodo calzado.

Todos habían esperado que Ibrahim, en presencia de su majestad, cayera de rodillas como era costumbre. Pero todavía no era un súbdito del rey, sino un gran señor del imperio musulmán. También llevaba las vestiduras de la Hispania musulmana y encima el manto azul forrado del dignatario que, con un séquito libre, viaja a la corte de un rey cristiano. Se contentó con saludar con una profunda reverencia a Doña Leonor, a Don Alfonso y a Don Manrique.

La reina fue la primera en hablar.

—La paz sea contigo, Ibrahim de Sevilla —dijo en árabe. Las personas instruidas, también en los reinos cristianos de la Península, hablaban el árabe, además del latín.

La *courtoisie* ante el huésped habría requerido que también Alfonso se dirigiera a él en árabe, y así lo tenía previsto. Pero la arrogancia del hombre que no se había arrodillado ante él lo impulsó a hablar en latín.

—*Salve, Domine Ibrahim* —lo saludó con un gruñido.

Don Manrique pronunció un par de frases generales, indicando los motivos de la visita del comerciante Ibrahim. Mientras tanto, Doña Leonor, con una sonrisa tranquila y ceremoniosa, mirando al frente como correspondía a una dama, observaba al hombre. Era de estatura mediana, pero su elevado calzado y su porte erguido aunque relajado le hacían parecer más alto. Desde su rostro, de un color tostado mate, rodeado por una corta barba, los ojos tranquilos y almendrados miraban inteligentes y algo arrogantes. De los hombros le caía largo y bien cortado el manto azul del dignatario. Doña Leonor contempló con envidia la rica tela. Era difícil conseguir esas telas en el mundo cristiano. Pero una vez que ese hombre estuviera a su servicio, quizás podría obtenerlas, y también ciertos perfumes, casi milagrosos, de los que ella había oído hablar mucho.

El rey se había instalado sobre una tumbona, una especie de sofá. Allí estaba, sentado, medio echado, en una postura ostentosamente relajada.

—Sólo espero —dijo después de que Don Manrique terminara de hablar— que tengas preparados a tiempo los veinte mil maravedíes de oro que te obligas a pagar.

—Veinte mil maravedíes de oro son mucho dinero —respondió Ibrahim—, y cinco meses es poco tiempo. Pero podrás disponer del dinero dentro de cinco meses, mi señor siempre y cuando los poderes que me otorga el contrato no sean sólo ciertos sobre el pergamino.

—Tus dudas son comprensibles, Ibrahim de Sevilla —dijo el rey—. Son poderes nunca oídos los que te has reservado. Mis señores me han explicado que quieres poner tu mano sobre todo lo que la gracia de Dios me ha otorgado, sobre mis impuestos, mis

fondos públicos, mis fronteras, y también sobre mis minas de hierro y de sal. Pareces un hombre insaciable, Ibrahim de Sevilla.

El comerciante contestó tranquilamente:

—Soy difícil de saciar porque tengo que saciarte a ti, mi señor. El que está hambriento eres tú. Soy yo quien paga primero los veinte mil maravedíes de oro. Todavía no hay certeza sobre el importe de los fondos que se obtendrán, de los cuales me pertenece una pequeña comisión. Tus grandes y ricos-hombres son señores difíciles y violentos. Perdona a este comerciante, señora —dijo dirigiéndose con una profunda reverencia a Doña Leonor, y continuó hablando en árabe—, si en tu presencia, clara como la luna, hablo de cosas tan prosaicas y aburridas.

Don Alfonso reconoció:

—Habría juzgado más adecuado que te hubieras contentado con ser mi alfaquí como mi judío Ibn Schoschan. Fue un buen judío y lamento su fallecimiento.

—Me honra mucho, mi señor —respondió Ibrahim—, que me confíes el cargo de sucesor de este hombre inteligente y eficaz. Pero si debo servirte, como es mi ardiente deseo, no puedo contentarme con los poderes del noble Ibn Schoschan, Alá le otorgue las alegrías del paraíso.

El rey, como si el otro no hubiera dicho nada, y pasando ahora al lenguaje popular, al latín vulgar; al castellano, siguió hablando:

—Pero considero improcedente, por decirlo con suavidad, que hayas exigido llevar mi sello.

—No puedo recaudar tus impuestos, mi señor —contestó tranquilo el comerciante en un castellano lento y con cierto esfuerzo—, si sólo soy tu alfaquí. Tuve que exigir ser tu Escribano. Porque si no puedo utilizar tu sello, tus grandes no me obedecerán.

—Tu voz y la elección de tus palabras —respondió Don Alfonso— es comedida como corresponde. Pero no me engañas. He de decirte que lo que dices es muy arrogante —y utilizó una fuerte palabra del latín vulgar—. Eres desvergonzado.

Manrique intervino rápidamente:

—El rey considera que conoces tu valor.

—Sí —dijo con su clara y agradable voz en un latín muy bueno Doña Leonor—, exactamente esto es lo que quiere decir el rey.

De nuevo se inclinó profundamente el comerciante, primero ante Leonor después ante Alfonso.

—Conozco mi valor —dijo—, y conozco el valor de los impuestos reales. No me malinterpretéis —añadió— ni tú señora, ni tú gran y poderoso rey, ni tú noble Don Manrique. Dios ha bendecido esta hermosa tierra de Castilla con muchos tesoros y con posibilidades casi ilimitadas. Pero las guerras que Vuestra Majestad y vuestros

antepasados tuvieron que emprender no os han concedido el tiempo necesario para sacar provecho de esta bendición. Ahora, mi señor, has decidido dar a tus tierras ocho años de paz. ¡Cuántas riquezas podrán extraerse de tus montañas y de tu fructífero suelo y de tus ríos en el transcurso de estos ocho años! Conozco hombres que podrán enseñar a tus siervos a enriquecer sus campos y a multiplicar sus ganados. Y veo el hierro que crece en las entrañas de tus montañas, hierro de gran calidad en cantidades infinitas. Veo cobre, lapislázuli, mercurio, plata, y conseguiré manos diestras que puedan extraerlos de la tierra, prepararlos y mezclarlos, alearlos y forjarlos. Traeré gentes de los países islámicos, mi señor que hagan tus armerías equiparables a las de Sevilla y Córdoba. Y existe un material, del cual en estos reinos del norte apenas habéis oído hablar llamado papel, sobre el cual es más fácil escribir que sobre el pergamino, y que, una vez conocido el secreto de su fabricación, resulta quince veces más barato que el pergamino, y junto a tu río Tajo hay todo lo que se necesita para elaborar este material. Y entonces la sabiduría, los pensamientos y la poesía se enriquecerán y se harán más profundas en vuestras tierras, mi señor y mi señora.

Habló con énfasis y convicción, dirigiendo su mirada brillante y ligeramente apremiante, ora al rey ora a Doña Leonor y ellos escuchaban interesados, casi conmovidos, a aquel hombre elocuente. Don Alfonso juzgó lo que Ibrahim exponía un poco ridículo, incluso sospechoso; las riquezas no se conseguían con esfuerzo y sudor sino que se conquistaban con la espada. Pero Alfonso tenía fantasía. Veía los tesoros y todo aquel florecimiento que el hombre ponía ante sus ojos. Una amplia y alegre sonrisa cubrió su rostro, de nuevo parecía muy joven, y Doña Leonor lo encontró absolutamente digno de ser amado.

El rey tomó la palabra y reconoció.

—Hablas bien, Ibrahim de Sevilla, y quizás podrás hacer realidad parte de lo que estás prometiendo. Pareces un hombre sabio y entendido.

Pero como si lamentara haberse dejado arrastrar por toda aquella palabrería, a manifestar un reconocimiento semejante, cambió de pronto el tono y dijo burlón y malicioso:

—He oído que has pagado un alto precio por mi castillo, el antiguo castillo de Castro. ¿Tienes una familia numerosa para necesitar una casa tan grande?

—Tengo un hijo y una hija —respondió el comerciante—, pero me gusta tener a mis amigos a mi alrededor para que me aconsejen y conversar con ellos. También hay muchos que solicitan mi ayuda, y es agradable a los ojos de Dios no negar refugio a los que necesitan protección.

—No reparas en gastos —dijo el rey— para servir a tu Dios. Habría preferido darte el castillo de modo vitalicio sin que tuvieras que pagarme nada, como alboroque.

—La casa —respondió respetuoso el comerciante— no siempre se llamó castillo de Castro. Antes se llamaba Kasr Ibn Esra, y por eso tenía tanto interés en poseerla. Tus consejeros, mi señor te habrán dicho que, a pesar de mi nombre árabe, soy miembro de la familia Ibn Esra, y nosotros, los Ibn Esra, no nos sentimos a gusto en casas que no nos pertenecen. No fue la insolencia, mi señor —continuó, y su voz sonó ahora confiada, respetuosa y amable—, la que me movió a solicitar otro alboroque.

Doña Leonor asombrada, preguntó:

—¿Otro alboroque?

—El señor Escribano Mayor —informó Don Manrique— ha solicitado y obtenido de nosotros el derecho a que diariamente se le entregue para su cocina un cordero de los rebaños que forman parte de los bienes reales.

—Doy gran importancia a este privilegio —explicó Ibrahim, dirigiéndose al rey— porque vuestro abuelo, el augusto emperador Alfonso, había otorgado uno similar a mi tío. Cuando me traslade a Toledo y entre a vuestro servicio me convertiré de nuevo ante todo el mundo a la fe de mis padres, renunciaré al nombre de Ibrahim y me llamaré de nuevo Jehuda Ibn Esra, como aquel tío mío que conservó para vuestro abuelo la fortaleza de Calatrava. Permitidme, mi señor y mi señora, pronunciar abiertamente unas palabras, quizás imprudentes: Si pudiera hacer esto en Sevilla, no abandonaría mi hermosa patria.

—Nos alegramos de que estimes nuestra indulgencia —dijo Doña Leonor. Pero Alfonso preguntó sin ambages:

—¿Y tendrás dificultades cuando abandones Sevilla?

—Cuando liquide mis negocios allí —respondió Jehuda—, sufriré pérdidas, pero no temo otra clase de dificultades. Dios me ha bendecido y ha hecho que el corazón del emir se sienta inclinado hacia mí. Es un hombre de entendimiento claro y liberal, y, si de él dependiera, podría confesar también en Sevilla la fe de mis padres. Comprenderá mis razones y no me pondrá impedimentos.

Alfonso contempló a aquel hombre, de pie ante él en una actitud cortés y leal, que, al mismo tiempo, le hablaba con una franqueza insolente. El hombre le parecía endiabladamente astuto y no menos peligroso. Si traicionaba a su amigo el emir ¿iba a serle fiel a él, al extranjero, al cristiano? Jehuda, como si hubiera adivinado sus pensamientos, dijo de un modo casi festivo:

—Naturalmente, una vez que haya abandonado Sevilla, nunca podré regresar; ya ves, mi señor que si no te sirvo bien, estaré en tus manos.

Don Alfonso, con brevedad, casi con aspereza, dijo:

—Firmaré ahora.

Antes acostumbraba escribir su nombre en latín *Alfonsus Rex Castiliae* o *Ego Rex*; pero en los últimos tiempos, cada vez con mayor frecuencia, lo hacía en la lengua del pueblo, en latín vulgar, en romance, en castellano.

—Supongo que te bastará —dijo despreciativo— si sólo pongo «Yo, el rey».

Jehuda repuso divertido:

—Vuestra rúbrica me bastaría, mi señor.

Don Manrique ofreció a Alfonso la pluma. El rey firmó con rostro impenetrable los tres documentos, con rapidez y altanería, como si iniciara una aventura desagradable pero inevitable. Jehuda contemplaba la escena. Se sentía muy satisfecho de lo que había alcanzado y lleno de una alegre expectación frente al futuro. Se sentía agradecido al destino, a su Dios Alá y a su Dios Adonai. Percibía cómo la parte islámica de su ser se hacía menor en él y cómo de un modo inapreciable brotaban en su interior las palabras de bendición que debía pronunciar de niño cuando alcanzaba algo nuevo: Alabado seas tú, Adonai, nuestro Dios, que me has permitido alcanzar conquistar y vivir este día.

Después firmó también él los documentos y luego los ofreció al rey respetuosamente, pero no sin una ligera y pícara expectación. Alfonso se quedó sorprendido cuando vio la firma, levantó las cejas y frunció el ceño: la formaban extraños caracteres.

—¿Qué significa esto? —gritó—. ¡Esto no es árabe!

—Me he permitido, mi señor —explicó amablemente Jehuda—, firmar en hebreo —y añadió respetuosamente—: Mi tío, a quien vuestro augusto abuelo otorgó la gracia de poder ostentar el título de príncipe, firmó siempre y sólo en hebreo: Jehuda Ibn Esra Ha-Nassi, el príncipe.

Alfonso se encogió de hombros y se volvió a Doña Leonor; evidentemente, consideraba la audiencia por terminada.

Pero Jehuda estaba diciendo:

—Os ruego la gracia del guante.

Pero el guante era el símbolo de una misión importante que un caballero encomendaba a otro caballero; el guante, una vez cumplida felizmente esta misión, debía ser devuelto.

Alfonso creyó que durante aquella hora había soportado ya bastantes insolencias y se dispuso a contestar con dureza, pero la advertencia en la mirada de Doña Leonor lo detuvo. Dijo:

—Bien.

Y fue entonces cuando Jehuda se arrodilló y Alfonso le entregó el guante.

Mientras tanto, como si se avergonzara de lo que estaba sucediendo y quisiera devolver a la relación que le unía con el otro su verdadero sentido, un simple negocio,

dijo:

—Y ahora consígueme pronto los veinte mil maravedies.

Pero Doña Leonor dirigiendo con cierta picardía la mirada de sus grandes y verdes ojos escrutadores a Jehuda, dijo con su clara voz:

—Nos alegramos de haberte conocido, señor Escribano.

Antes de que Jehuda abandonara la ciudad de Toledo para liquidar sus negocios en Sevilla, visitó a Don Efraim Bar Abba, el jefe de la comunidad judía, de la aljama.

Don Efraim era un hombre enjuto, de pequeña estatura, de unos sesenta años, de aspecto y ropas poco llamativas; nadie le habría atribuido el poder que en realidad tenía. Porque el jefe de la comunidad judía de Toledo era equiparable a los príncipes. La comunidad judía, la aljama, tenía su propia administración de justicia, ninguna autoridad podía inmiscuirse y no estaba sometida a nadie, sólo a su *Párnas* Don Efraim y al rey.

Don Efraim se hallaba sentado, menudo y friolero, en la estancia rebosante de muebles y libros. A pesar de que el tiempo empezaba a ser cálido, se tapaba con una piel y tenía el brasero ante si. Estaba bien informado acerca de lo sucedido en el castillo del rey y a pesar de que el cargo del comerciante Ibrahim sólo se daría a conocer cuando se hubiera trasladado definitivamente a Toledo, Efraim sabía que aquel hombre de Sevilla había asumido el arrendamiento de los impuestos generales y la sucesión del alfaquí Ibn Schoschan. Anteriormente le habían ofrecido a él el arrendamiento y el cargo, pero el negocio le pareció demasiado arriesgado, y la posición del alfaquí, precisamente debido a su esplendor demasiado peligrosa. Conocía la historia del comerciante Ibrahim, sabía que era judío en secreto y comprendía los motivos internos y externos que habían podido inducirlo a trasladarse a Castilla. Efraim había hecho más de una vez grandes negocios en colaboración con él, y también más de una vez grandes negocios en su perjuicio, y le resultaba desagradable que este ambiguo descendiente de la estirpe Ibn Esra trasladara la sede principal de sus negocios a su ciudad de Toledo.

Allí estaba sentado Efraim, rascándose la palma de la mano con las uñas de la otra, dispuesto a escuchar lo que su huésped quisiera comunicarle. Don Jehuda mantuvo la conversación en hebreo, en un hebreo culto y muy escogido. Comunicó enseguida a Efraim que había arrendado los ingresos del tesoro real de Toledo y de Castilla.

—He oído decir que tú rechazaste la oferta del arriendo general —dijo amigable.

—Si —contestó Don Efraim—, sopesé, calculé y lo rechacé. También rechacé suceder a nuestro alfaquí Ibn Schoschan, bendita sea la memoria del justo. Este cargo

me parece demasiado brillante para un hombre modesto.

—Yo lo he aceptado —dijo sencillamente Don Jehuda. Don Efraim se levantó y se inclinó.

—Tu servidor te desea suerte, señor alfaquí —dijo, y puesto que Jehuda contestó con una ligera y silenciosa sonrisa, continuó:

—¿O debo decir señor Alfaquí Mayor?

—Su Majestad, el rey —dijo Don Jehuda, reprimiendo con esfuerzo su triunfo—, se ha dignado elevarme a la dignidad de uno de sus familiares. Sí, Don Efraim, seré uno de los cuatro consejeros y me sentaré en la curia. Administraré los negocios del rey nuestro señor en calidad de su Escribano Mayor.

Don Efraim escuchó esta noticia con un sentimiento en el que se mezclaban la admiración y el desprecio, la alegría y el desagrado. Pensó: ¿Qué debe haber pagado por ello este jugador temerario? Y también: ¿Adónde conducirá su arrogancia a este insensato? Y: ¡Que el Todopoderoso no permita que la desgracia de este hombre caiga sobre Israel!

Don Efraim era extraordinariamente rico. Los rumores hablaban de las inmensas riquezas del comerciante Ibrahim de Sevilla, pero Don Efraim estaba convencido de que él no le iba a la zaga, en cuanto a bienes, a aquel renegado orgulloso. Él, Efraim, escondía sus riquezas y no llamaba la atención. Por el contrario, a Ibrahim de Sevilla, un verdadero Ibn Esra, siempre le había gustado que se hablara de él y de sus riquezas. ¿Qué iba a hacer ahora este hombre dotado, capcioso y peligroso después de colocarse desvergonzadamente en la cúspide de Toledo, provocando a Dios?

Con cautela, dijo Efraim:

—La aljama siempre mantuvo buenas relaciones con Schoschan.

—¿Tienes miedo, Don Efraim? —respondió amigablemente Don Jehuda—. ¡No tengas miedo! Nada más lejos de mi intención que agraviar a la comunidad de Toledo o presionarla. Voy a ser uno de sus miembros. Para decirte esto es para lo que he venido. Tú sabes que en mi corazón siempre he considerado la fe de los hijos de Agar un brote semiverdadero de nuestra vieja fe. En cuanto tome posesión de mi cargo volveré a la alianza de Abraham y llevaré ante todo el mundo el nombre que mis padres me dieron: Jehuda Ibn Esra.

Don Efraim se esforzó en parecer agradablemente sorprendido pero su preocupación se hizo todavía mayor. Igual que él, también su aljama debía procurar no llamar la atención. En estos tiempos en los que amenazaba una nueva cruzada, que con toda seguridad tendría como consecuencia nuevas persecuciones contra los judíos, esta discreción se hacía doblemente necesaria. Y he aquí que este hombre, Ibrahim de Sevilla, atraería con su ascensión las miradas de todo el mundo sobre la judería de

Toledo. Los Ibn Esra siempre habían sido jactanciosos. Alardeaban como los charlatanes de las ferias anuales. Por lo menos, hasta el momento sólo se habían instalado en Zaragoza, Logroño y Toulouse, y la Toledo de Efraim se había visto libre de ellos. Y ahora tenía que inclinar la cabeza ante el más ostentoso y peligroso de todos ellos.

El piadoso y extraordinariamente astuto Don Efraim no quería ser injusto. Los Ibn Esra, con su pompa y su fanfarronería, resultaban extraños a su modo de pensar pero no tenía reparos en reconocer que eran la principal familia de Sefarad, del Israel en Hispania, y entre ellos se contaban personas distinguidas, poetas, soldados, grandes comerciantes y diplomáticos, cuyos nombres daban esplendor a Judá y eran conocidos también en el islam y en la cristiandad. Sobre todo en este siglo, habían ayudado con gran generosidad a paliar la represión a la que se veían sometidos los judíos, habían comprado la libertad de miles de ellos librándolos de la esclavitud de los paganos y conseguido para miles de ellos refugio en Sefarad y en la Provenza. Y también el Ibn Esra que se sentaba ante él había sido bendecido con grandes dotes, ya que en circunstancias muy difíciles había conseguido llegar a ser el primer comerciante de Sevilla. Pero a pesar de todo ello, un hombre tan sediento de gloria y tan lleno de pecaminosa y fútil jactancia, ¿no significaba acaso para Israel más un peligro que una bendición?

Todo esto lo pensó Don Efraim en los tres segundos que siguieron a las palabras de Don Jehuda. En el cuarto, dijo respetuoso:

—Que vengas a nosotros, Jehuda, es un gran honor: Dios ha enviado a la aljama de Toledo en el momento adecuado al hombre idóneo para conducirla. Permite que añada una más a tus dignidades poniendo mi cargo en tus manos.

Para sus adentros pensó: «¡Oh Dios, no castigues a Israel con demasiada dureza! Tú has tocado el corazón de este *mesumad*, de este renegado, para que vuelva a nosotros. No le permitas ostentar demasiada pompa y arrogancia aquí, en tu ciudad de Toledo, y no permitas que por su causa aumente la envidia y el odio de las gentes, de los goyim, contra Israel».

Don Jehuda, mientras tanto, decía:

—No, Don Efraim. ¿Quién podría llevar mejor que tú los negocios de la aljama? Pero me sentiré muy honrado si alguna vez durante el Sabbath me llamáis a leer un fragmento de las Escrituras como a cualquier buen judío. Y hoy mismo, Don Efraim, debes autorizarme para que mejore un poco el destino de vuestros pobres. Permíteme entregarte una pequeña suma, digamos quinientos maravedíes de oro.

Ésta era una ofrenda que la comunidad de Toledo nunca había recibido, y la arrogancia insolente, frívola, facinerosa y pecaminosa de Jehuda horrorizó e indignó a

Don Efraim. No, si este hombre andaba por Toledo con su ostentosa pompa, Efraim no podía seguir siendo durante mucho tiempo *Párnas* de la aljama.

—Piénsalo bien, Don Jehuda —le rogó—, la aljama no debe conformarse, ni lo hará, con un Efraim, si en Toledo hay un Jehuda Ibn Esra.

—No te burles de mí —respondió tranquilamente Jehuda—. Nadie sabe mejor que tú que la aljama no querría tener nunca como guía a un hombre que durante cuarenta años ha permanecido en la fe de los hijos de Agar y que cada día ha confesado cinco veces su fe en Mahoma. Tú mismo no querrás que un *Meschummad* sea el jefe de la comunidad en Toledo. Reconócelo.

De nuevo sintió Efraim rechazo y admiración. En ningún momento había insinuado con palabra alguna la mancha de Jehuda. Pero aquel hombre hablaba de ello con una sinceridad desvergonzada, incluso con orgullo, con el alocado orgullo de los Ibn Esra.

—No me corresponde a mí juzgarte —dijo.

—Ten en cuenta, mi señor y maestro Efraim —dijo Don Jehuda mirando al otro directamente a la cara—, que los hijos de Agar; desde aquella primera y cruel humillación, no me han hecho ningún mal, más bien fueron benignos conmigo como agua de rosas tibia y me alimentaron con la riqueza de su tierra. Sus costumbres se me hicieron agradables, y aunque mi corazón se rebele, algunas de ellas se han convertido en mí en una segunda piel. Es fácil que suceda que cuando me encuentro enfrentado a una importante decisión, la costumbre haga que mi corazón se dirija al Dios de los musulmanes y que pronuncie las primeras aleyas del Corán. Reconócelo, Don Efraim, si esto llegara a tus oídos, ¿no te sentirías tentado a pronunciar la gran maldición, el *cherem*, contra mí?

Don Efraim se sentía amargado por el hecho de que el otro adivinara exactamente sus pensamientos. Con toda seguridad, Jehuda, a pesar de su fantástica decisión, era un hereje y un librepensador, y de hecho, por un momento, Efraim se había sentido tentado por la idea de verse en el *almemor*, el lugar desde donde se proclamaba la Escritura en la sinagoga, pronunciando desde allí la maldición sobre Jehuda mientras sonaba el shofar; el cuerno de carnero. Pero esto eran sólo vanas ensoñaciones. Del mismo modo podría maldecir al gran califa o al rey nuestro señor.

—Ninguna otra estirpe ha hecho tanto por Israel como la familia Ibn Esra —respondió cortésmente cambiando de tema—. También es de todos conocido que tu padre te ordenó renegar de tu fe antes de que cumplieras los trece años.

—¿Has leído el escrito en el que nuestro señor y maestro Mose Ben Maimón defiende a aquellos que han sido obligados a convertirse al profeta Mahoma? —preguntó Jehuda.

—Soy un hombre sencillo —respondió a modo de disculpa Don Efraim— y no me mezclo en las disputas de los rabinos.

—No debes creer Don Efraim —dijo calurosamente Jehuda— que no ha pasado un solo día en el que no haya pensado en nuestros preceptos. En el sótano de mi casa de Sevilla tenía una sinagoga, y en las grandes festividades nos reuníamos los diez y pronunciábamos las oraciones tal y como está prescrito. Me ocuparé de que mi sinagoga en Sevilla se mantenga aunque yo me traslade aquí. El emir Abdullah es generoso y además es mi amigo; mantendrá los ojos cerrados.

—¿Cuándo tienes previsto llegar a Toledo? —se informó Don Efraim.

—Calculo que dentro de tres meses —repuso Jehuda.

—¿Me permites invitarte a ser mi huésped? —le ofreció Efraim—. Aunque mi casa es humilde.

—Te lo agradezco —contestó Jehuda—, ya me he procurado un alojamiento. He comprado al rey, nuestro señor el castillo de Castro. Lo haré remodelar para mí, para mis hijos, mis amigos y mis servidores.

Don Efraim no pudo evitar un profundo estremecimiento de horror.

—Los Castro —le advirtió— son más vengativos y violentos que los demás ricos-hombres. Cuando el rey les quitó la casa, pronunciaron terribles amenazas. Considerarán un insulto sin precedentes el que un judío viva en ella. Piénsalo bien, Don Jehuda, los Castro son muy poderosos y tienen muchos partidarios. Sublevarán a medio reino contra ti y contra todo Israel.

—Te agradezco tu advertencia, Don Efraim —dijo Jehuda—, el Todopoderoso me ha dado un corazón sin miedo.

Capítulo II

A Toledo llegó, llevando un salvoconducto del rey, el intendente y secretario de Don Jehuda, Ibn Omar. Con él llegaron arquitectos, artistas y artesanos musulmanes. En el castillo de Castro empezó una gran actividad, y la energía y derroche con que se hacían las obras alborotó la ciudad. Después, llegó de Sevilla la servidumbre, compuesta de todo tipo de criados, y más tarde, cargados en numerosos carros, una gran variedad de enseres, y además treinta mulas y doce caballos, y cada vez surgían nuevos y multicolores rumores en torno al extranjero que iba a llegar.

Y por fin llegó él. Y con él su hija Raquel, su hijo Alazar y su amigo de confianza, el médico Musa Ibn Da'ud.

Jehuda amaba a sus hijos y le preocupaba pensar si ellos, que habían crecido en la elegante Sevilla, podrían llegar a acostumbrarse a la dura vida de Castilla.

A Alazar, tan activo y ansioso de gloria a sus catorce años, por supuesto que el mundo rudo y caballeresco le gustaría mucho, pero ¿qué pasaría con Rechja, su querida Raquel?

Con ternura, ligeramente preocupado, la contempló cabalgando a su lado. Viajaba como era costumbre, llevando ropas de hombre. Sobre la silla de montar tenía un aspecto adolescente, algo torpe, desmañado, resuelto e infantil. El gorro apenas podía sujetar el abundante y negro cabello. Con sus grandes ojos, de un gris azulado, observaba atentamente las gentes y las casas de la ciudad que a partir de ahora sería su hogar.

Jehuda sabía que ella no evitaría ningún esfuerzo para convertir Toledo en su hogar. Apenas de regreso en Sevilla, él le había expuesto lo que se proponía. Había hablado con ella, que sólo tenía diecisiete años, con la misma franqueza que habría empleado si hubiera tenido su misma edad y experiencia. Sentía que su Raquel, aunque a veces pareciera tan infantil, le comprendía perfectamente de un modo intuitivo. Ella era de los suyos, era una auténtica Ibn Esra, como había demostrado en aquella conversación, valiente, inteligente, poseía un espíritu abierto ante lo nuevo, y estaba llena de sentimientos y fantasía.

Pero ¿se encontraría a gusto entre todos aquellos cristianos y soldados? ¿No echaría de menos su Sevilla en aquella Toledo desangelada y fría? Allí todo el mundo

la había querido. No sólo tenía amigas de su edad, también los señores de la corte del emir, aquellos diplomáticos, poetas y artistas, expertos y sabios, habían disfrutado con las ingenuas y sorprendentes preguntas y observaciones de su Raquel, que todavía era casi una niña.

Fuera como fuese, ahora se encontraban en Toledo, y allí estaba el castillo de Castro, ahora tomarían posesión de él y a partir de ese momento sería el castillo Ibn Esra.

Jehuda se sintió agradablemente sorprendido por todo lo que sus expertos ayudantes habían hecho en tan poco tiempo en aquella casa tan poco hospitalaria. Los suelos de piedra, que antes habían hecho resonar amenazadoramente cada paso, estaban cubiertos de suaves y gruesas alfombras. A lo largo de las paredes había sofás cubiertos con cómodas tapicerías y almohadones. Los frisos recorrían las estancias, rojos, azules y dorados; entretejidas con artísticos ornamentos, las inscripciones árabes y hebreas invitaban a la contemplación. Pequeñas fuentes, alimentadas por un ingenioso sistema de tuberías de agua, refrescaban el ambiente. Una amplia estancia se había destinado a los libros de Jehuda; algunos estaban abiertos sobre atriles y mostraban las iniciales y márgenes artísticos y policromos.

Y allí estaba el patio, aquel patio donde él había tomado la gran decisión, allí estaba la fuente en cuyo borde se había sentado. Exactamente como se lo había imaginado, su chorro de agua se levantaba y caía con serena regularidad. La espesa sombra de las hojas de los árboles hacía el silencio más profundo. Pero entre las hojas asomaban naranjas de un intenso amarillo y limones de un amarillo mate. Los árboles estaban recortados, y los macizos de flores ordenados de modo multicolor y artístico, y por todas partes se deslizaba dulcemente el agua.

Doña Raquel visitó junto a los demás la nueva casa con los ojos muy abiertos, fijándose en todo, respondiendo con monosílabos pero internamente satisfecha. Después, tomó posesión de las dos estancias que le habían sido asignadas. Se despojó de las ropas de hombre, estrechas y ásperas, y se dispuso a librarse del polvo y del sudor del viaje.

Junto a su dormitorio había un baño. Empotrada en el suelo cubierto de baldosas, había una profunda piscina provista de tuberías para el agua caliente y fría. Atendida por su ama Sa'ad y su doncella Fátima, Doña Raquel se bañó. Yacía cómodamente en el agua caliente y escuchaba a medias el parloteo del ama y la criada.

Pronto dejó de escucharlas y se abandonó a sus deambulantes pensamientos.

Todo era como en Sevilla, incluso la bañera en la que se encontraba. Pero ella ya no era Rechja, era Doña Raquel.

Durante el viaje, distraída por siempre nuevas impresiones, no había llegado a ser del todo consciente de lo que esto significaba. Ahora que había llegado y se encontraba relajada en la tranquilidad del baño, por primera vez se sintió sobrecogida por el sentimiento de cambio. Si todavía hubiera estado en Sevilla, habría corrido a reunirse con su amiga Layla para poder hablar con ella de todo esto. Layla era una muchacha ignorante, no entendía nada y no podía ayudarla, pero era su amiga. Aquí no tenía ninguna amiga, aquí todos eran extraños, todo era extraño. Aquí no había ninguna mezquita de Azhar; el grito del muecín desde la mezquita de Azhar, que llamaba a las abluciones y a la oración, era tan estridente como el de cualquier otro, pero ella lo conocía bien. Y aquí no había ningún *chatib* que le explicara los puntos difíciles del Corán. Aquí había sólo muy pocas personas con las que poder hablar en árabe, la lengua que ella amaba y le resultaba familiar; tendría que utilizar un lenguaje extraño y duro y se vería rodeada de gentes con voces y barbas toscas y rudos pensamientos, castellanos, cristianos, bárbaros.

Había sido muy feliz en la clara y hermosa Sevilla. Su padre se contaba allí entre las personas más importantes, y sólo por ser hija de su padre todos la habían amado. ¿Qué sucedería aquí? ¿Iban a comprender estos cristianos que su padre era un gran hombre? E ¿iban a aceptarla a ella, a Raquel, y comprender su modo de ser y de actuar? ¿Acaso no les resultaría a ellos tan extraña y lejana como los cristianos le parecían a ella?

Y después estaba lo otro, una novedad todavía mayor; ahora, ante todo el mundo, ella era judía.

Había crecido en la fe musulmana. Pero cuando todavía era muy pequeña, inmediatamente después de la muerte de su madre, cuando ella tenía unos cinco años, su padre la había llamado aparte y le había dicho en voz baja, solemnemente, que pertenecía a la familia de los Ibn Esra, y que esto era algo único, muy grande, pero también un secreto del que no se debía hablar. Más tarde, cuando fue mayor, él le contó que era musulmán, pero también judío, y le explicó las enseñanzas y costumbres judías. Pero no le había ordenado practicar estas costumbres. Y en cierta ocasión, cuando ella le preguntó qué debía creer y qué debía hacer, él le había respondido cariñosamente que en estas cosas no había ninguna obligación; cuando ella fuera una mujer adulta podría decidir por sí misma si quería asumir el compromiso, no exento de peligros, que suponía practicar el judaísmo en secreto. El hecho de que su padre dejara en sus propias manos la decisión la había llenado de orgullo.

Una vez, no había podido contenerse por más tiempo y contra su voluntad, había confiado a su amiga Layla que en realidad ella era una Ibn Esra. Pero Layla había contestado de un modo extraño:

—Ya lo sabía —y tras un corto silencio, había añadido—: ¡Pobrecilla!

Raquel no volvió a hablar nunca más con Layla de su secreto. Pero la última vez que estuvieron juntas, Layla había llorado infundadamente:

—Siempre había sospechado que esto llegaría a suceder.

Fue esta compasión insolente y disparatada de Layla la que movió en aquel entonces a Raquel a informarse con exactitud acerca de quiénes eran aquellos judíos a los que ella y su padre pertenecían. Los musulmanes los llamaban «el pueblo del Libro», por lo tanto, lo primero que tenía que hacer era leer ese libro.

Rogó a Musa Ibn Da'ud, tío Musa, que vivía en casa de su padre y que era muy instruido y conocía muchas lenguas, que le enseñara el hebreo. Aprendió con facilidad y pronto pudo leer el Gran Libro.

Desde su más tierna infancia se había sentido atraída por tío Musa, pero sólo a lo largo de las horas de clase llegó a conocerlo verdaderamente. Este amigo, tan próximo a su padre, era un caballero alto y delgado más viejo que su padre; a veces parecía muy viejo, y otras sorprendentemente joven. De su enjuto rostro sobresalía una nariz carnosa, marcadamente aguileña, y sobre ella brillaban sus grandes y hermosos ojos que podían traspasar a las personas con su mirada. Había vivido muchas cosas; su padre decía que había tenido que pagar con muchos sufrimientos su inmensa sabiduría y la libertad de su espíritu. Pero él no hablaba nunca de esto. Aunque a veces contaba a la niña Raquel cosas sobre lejanos países y gentes extrañas, y esto era todavía más excitante que los cuentos e historias que a Raquel le gustaba tanto escuchar y leer; porque allí, ante ella, se sentaba su amigo y su tío Musa que había vivido todo aquello que le contaba.

Musa era musulmán y observaba todas sus costumbres. Pero parecía tener una fe laxa, y no ocultaba ligeras dudas sobre todo aquello que no fuera el conocimiento. Una vez que estaba leyendo con ella al profeta Isaías, le dijo:

—Fue un gran poeta, quizás mayor que el profeta Mahoma y que el profeta de los cristianos.

Aquello era desconcertante. ¿Podía ella, que confesaba al Profeta, leer el Gran Libro de los judíos? Como todos los musulmanes ella rezaba la primera azora del Corán, y en ella se decía, en la séptima y la ultima aleya: «Condúcenos al camino recto, camino de aquéllos a quienes has favorecido, que no son objeto de tu enojo y no son los extraviados». Su amigo el *chatib* de la mezquita de Azhar le había explicado que esto se refería a los judíos: el hecho de que Alá estuviera enojado con ellos se manifestaba en la desgracia que había caído sobre ese pueblo. Por lo tanto, si ella leía el Gran Libro, ¿acaso no seguía el camino erróneo? Hizo acopio de valor y preguntó a Musa. Él

la miró prolongada y cariñosamente y le dijo que resultaba evidente que Alá no estaba enojado con ellos, con los Ibn Esra.

Éste le pareció a Raquel un argumento convincente. Cualquiera podía ver que Alá era misericordioso con su padre. No sólo le había concedido aquella gran sabiduría y un corazón indulgente, sino que también lo había bendecido con bienes materiales y con una gran fama.

Raquel amaba a su padre. En él veía encarnados a todos los héroes de los brillantes y exuberantes cuentos e historias que tanto le gustaba escuchar: a los dignos señores, a los astutos visires, a los sabios médicos, a señores de la corte y magos, y además a todos los jóvenes de amor ardiente en brazos de los cuales caían las mujeres. Y por encima de todo esto, en torno a su padre, había un inmenso y peligroso secreto: era un Ibn Esra.

De todos sus recuerdos, el que se había grabado más intensamente en su corazón era aquella misteriosa conversación en voz baja durante la cual el padre reveló a su hija que pertenecía a los Ibn Esra. Pero, más adelante, el recuerdo de aquella conversación se vio ensombrecido por otra todavía más significativa. Cuando su padre regresó de su gran viaje al norte, a Sefarad, a la Hispania cristiana, la llevó aparte y le habló en voz baja, como antaño, de los peligros que allí en Sevilla amenazarían a los que eran judíos en secreto cuando se proclamara la Guerra Santa; y después, adoptando el tono del contador de cuentos, casi bromeando, siguió:

—Y aquí, ¡oh creyentes!, da comienzo la historia del tercer hermano que, abandonando la claridad y la seguridad del día, penetró en el crepúsculo dorado y mate de la gruta.

Raquel comprendió enseguida, e imitando el tono que su padre había empleado, preguntó tal y como hacen los que escuchan los cuentos:

—¿Y qué le sucedió a ese hombre?

—Para saberlo —repuso el padre—, penetraré en la cueva tenebrosa.

Y no había dejado de mirarla con aquella mirada dulce y apremiante. Le concedió un breve espacio de tiempo para que comprendiera lo que le había revelado. Después siguió hablando:

—Cuando tú eras pequeña, hija mía, dije que llegaría un momento en que deberías elegir. Ahora ha llegado ese momento. No trataré de convencerte para que me sigas, ni te aconsejaré para que no lo hagas. Aquí hay muchos hombres jóvenes, inteligentes, instruidos y excelentes que se alegrarían de tomarte por esposa. Si quieres, te entregaré a uno de ellos y no tendrás que avergonzarte de la dote que te daré. Piénsalo bien, y dentro de una semana te preguntaré qué has decidido.

Pero ella, sin dudarlo, contestó:

—¿Querría mi padre concederme la gracia de preguntármelo hoy mismo, ahora?

—Bien, entonces te pregunto ahora —repuso el padre, y ella contestó:

—Lo que haga mi padre estará bien, y tal como él actúe actuaré yo.

Sintió en su corazón una gran calidez al sentirse tan unida interiormente a él, y también sobre su rostro se extendió una expresión de gran alegría.

Después, él empezó a contarle cosas del azaroso mundo de los judíos. Siempre habían tenido que vivir en condiciones llenas de peligro, y también ahora se veían amenazados, tanto por los musulmanes como por los cristianos, y esto era una gran prueba a la que Dios, que los había hecho únicos y los había elegido, los sometía. Sin embargo, dentro de este pueblo, del pueblo elegido y sometido a prueba durante tanto tiempo, había a su vez una estirpe elegida: los Ibn Esra. Y ahora Dios le había hecho llegar a él, a uno de los Ibn Esra, su mensaje. Él había escuchado la voz de Dios y había contestado: Aquí estoy. Y aunque hasta el presente sólo había vivido en los márgenes del mundo judío, ahora debía disponerse a penetrar en ese mundo.

El hecho de que su padre le abriera su corazón, que confiara en ella como ella en él, la había convertido en una parte de él mismo.

Ahora que habían llegado al lugar de su destino se relajó en el baño y volvió a escuchar en su mente todas sus palabras. Por supuesto, en medio de estas palabras también resonaba el llanto infundado de su amiga Layla. Pero Layla era una niña pequeña, no sabía nada ni comprendía nada, y Raquel se sentía agradecida al destino que la había hecho una Ibn Esra, y se sentía feliz y llena de esperanza.

Despertó de sus sueños y escuchó de nuevo el parloteo de su tonta y vieja ama Sa'ad y de la eficaz Fátima. Las mujeres iban y venían del baño al dormitorio y no acababan de encontrarse cómodas en sus nuevas estancias. Esto hizo reír a Raquel, que asumió una actitud infantil y traviesa.

Se levantó. Contempló su cuerpo. Así que aquella muchacha desnuda, morena clara, que estaba allí de pie chorreando agua, ya no era Rechja, sino Doña Raquel Ibn Esra. Y, riéndose impetuosa, preguntó a la vieja:

—¿Soy distinta? ¿Te das cuenta de que soy distinta? ¡Dilo, rápido!

Y como la vieja de momento no la comprendía, la apremiaba riéndose y cada vez más imperativa:

—¡Ahora soy una castellana, una toledana, una judía!

El ama Sa'ad, consternada, se puso a hablar por los codos con su aguda voz:

—¡No llames el pecado sobre ti!, Rechja, niña de mis ojos, mi hijita, tú, fiel creyente. ¿Tú crees en el Profeta?

Raquel, sonriendo y pensativa, contestó:

—Por las barbas del Profeta, ama: no estoy muy segura de cuánto tiempo voy a seguir creyendo en el Profeta aquí en Toledo.

La vieja, profundamente horrorizada, se apartó:

—Alá proteja tu lengua, Rechja, hija mía —dijo, no debes hacer estas bromas.

Pero Raquel le contestó:

—A partir de ahora vas a llamarme Raquel. ¡¿Vas a llamarme por fin Raquel?! —Y añadió—: ¡Raquel, Raquel! —gritó—. ¡Repítelo!

Y se dejó caer en el agua, salpicando a la vieja.

Cuando Jehuda se anunció en el castillo del rey, Don Alfonso le recibió enseguida.

—¿Y bien? —preguntó con una seca *courtoisie*. ¿Qué has conseguido, Escribano?

Jehuda presentó su informe. Sus *repositarii*, sus expertos en leyes, estaban revisando y completando las listas de impuestos y contribuciones; dentro de pocas semanas tendría cifras exactas. Había hecho llamar a ciento treinta expertos, la mayoría de ellos procedentes de territorios musulmanes, pero también de Provenza, de Italia e incluso de Inglaterra, para mejorar la agricultura, la explotación de las minas, la artesanía y la red de caminos. Jehuda expuso detalles, cifras. Hablaba con franqueza y de memoria.

El rey parecía escuchar sólo a medias. Cuando Jehuda terminó, dijo:

—¿No me hablaste en su momento de nuevas y grandes yeguadas que querías organizar para mí? En tu informe no he oído nada de ello. También anunciaste que construirías talleres para la fundición del oro, de manera que pudieran acuñarse mis monedas de oro. ¿Has hecho algo en este sentido?

Jehuda, en sus numerosos memorándums, había mencionado una sola vez la mejora de la cría de caballos, y sólo una vez también la construcción de talleres de fundición de oro. Le sorprendió la buena memoria de Don Alfonso.

—Con la ayuda de Dios y la vuestra, mi señor —contestó—, tal vez sea posible recuperar en cien meses lo que se ha perdido a lo largo de cien años. Lo que se ha hecho en estos tres meses no me parece un mal comienzo.

—Se ha hecho algo —reconoció el rey—, pero no soy muy ducho en el arte de esperar. Te lo digo claramente, Don Jehuda, las pérdidas que me ocasionas me parecen mayores que el provecho que saco. Antes, mis barones, aunque a regañadientes y con reservas, habían pagado impuestos adicionales para la guerra; tal y como se me informó, éstos eran los principales ingresos al Tesoro. Ahora que tú eres mi Escribano, con la excusa de la larga paz que bosteza ante nosotros, no pagan nada más.

El hecho de que el rey aceptara con tan pocas muestras de agradecimiento todo aquello que se había conseguido hasta el momento y le hiciera reproches tan rebuscados, puso de mal humor a Jehuda. Lamentó que Doña Leonor hubiera regresado a Burgos; su clara y alegre presencia habría dado un toque más amistoso a la conversación. Pero se tragó su descontento y contestó con respetuosa ironía:

—En esto se parecen tus grandes a tus súbditos menos privilegiados. Cuando se trata de pagar, todos buscan una excusa. Pero los pretextos de tus barones son poco sólidos, y mis expertos *repositarii* pueden refutarlos con sólidos argumentos. Pronto te pediré, con toda humildad, que firmes una carta a tus ricos-hombres basada en estos principios.

A pesar de lo mucho que molestaba al rey la insolencia y el orgullo de sus grandes, le produjo un gran enojo que el judío hablara de ellos sin respeto. Lo encolerizaba necesitar al judío. Insistió:

—Tú eres quien me ha impuesto estos endiablados ocho años de tregua. Ahora debo solucionar las cosas liándome con comerciantes y mediante papeleos.

Jehuda se contuvo.

—Vuestros consejeros —contestó— reconocieron entonces que una paz larga sería tan útil para vos como para el emir de Sevilla. La agricultura y el comercio han sido abandonados. Tus barones tiranizan a los ciudadanos y a los campesinos. Necesitas un tiempo de paz para cambiar todo esto.

—Sí —dijo agriamente Alfonso—, debo dejar que otros hagan la guerra contra los infieles mientras tú llevas a cabo tus maniobras y haces negocios.

—No se trata de hacer negocios, mi señor —instruyó, cargado de paciencia, Jehuda a su señor—, tus grandes se han vuelto insolentes porque los necesitabas en tiempos de guerra; se trata de enseñarles que tú eres el rey.

Don Alfonso se acercó mucho a Jehuda y lo miró directamente a la cara clavando en él sus ojos grises, de los que parecían brotar chispas.

—¿Qué clase de retorcidos caminos has ideado, mi astuto Escribano —preguntó—, para exprimir a mis barones y obtener tu dinero con sus intereses?

Jehuda no retrocedió.

—Tengo mucho crédito, mi señor —repuso—, por lo tanto mucho tiempo. Por eso es que puedo prestar a Vuestra Majestad grandes sumas y no necesito tener ningún miedo, aunque tenga que esperar durante largo tiempo a que me sea devuelto. Mi plan se basa en estas consideraciones. Exigiremos a tus grandes que reconozcan en principio tu derecho a cobrar impuestos, pero no les obligaremos a pagar inmediatamente. Aplazaremos el pago de sus contribuciones una y otra vez, pero exigiremos contraprestaciones que les cuesten poco. Les obligaremos a otorgar fueros a sus

ciudades y pueblos, privilegios que den a estas poblaciones una cierta independencia. Conseguiremos que cada vez haya más ciudades y pueblos que dejen de estar sometidos a tus barones para estar sometidos sólo a ti y tener que responder sólo ante ti. Tus ciudadanos pagarán contribuciones más baratas y con más puntualidad que tus grandes, y serán elevadas contribuciones. El trabajo de tus campesinos y el afán de los artesanos y comerciantes de tus ciudades son tu fuerza, mi señor. Multiplica sus derechos, y la fuerza de tus díscolos grandes se hará menor.

Alfonso era demasiado astuto para no darse cuenta de que éste era el único camino efectivo que podía amansar a sus desvergonzados barones. También en los otros reinos cristianos de Hispania, en Aragón, Navarra y León, los ciudadanos y campesinos intentaban unirse contra los grandes. Pero esto se hacía de un modo muy cauteloso. Los propios reyes se contaban entre los grandes y no entre el pueblo, eran caballeros, y ni siquiera ante sí mismos querían aceptar que se estaban aliando con la chusma contra los grandes, y todavía nadie se había atrevido a proponer esto a Alfonso con palabras tan claras. Este extranjero, que no tenía ni idea de la caballería ni de los modales caballerescos, se atrevía. Expresaba, con palabras vulgares, las medidas vulgares que habían de tomarse necesariamente. Alfonso se lo agradecía y al mismo tiempo le odiaba por ello.

—¿Crees de verdad —se burló— que por medio de escritos y palabrerías puedes obligar a un Núñez o a un Arenas a renunciar a sus ciudades o a sus campesinos? Deberías saber tú que te crees tan listo, que mis barones son caballeros, no son comerciantes ni abogados.

De nuevo, Jehuda pasó por alto la humillación.

—Estos señores caballeros tuyos aprenderán que el derecho, la ley y los contratos son algo tan fuerte y real como sus castillos y espadas. Estoy seguro de que se lo puedo enseñar si cuento con la amable ayuda de Vuestra Majestad.

El rey se rebeló contra la impresión que le causaban la tranquilidad y la confianza de Don Jehuda. Insistió tozudamente:

—Aunque finalmente concedan alguna clase de fuero en algún lugar de mala muerte, no van a pagarme contribuciones a mí, te lo digo de antemano. Y tendrán razón. En tiempos de paz no tienen que pagar impuestos. Así lo juré, lo firmé y sellé cuando me hicieron rey. Yo el rey. Y ahora, gracias a tu sabiduría, durante muchos años no va a haber guerra. Esto los legitimiza, a esto se acogerán.

—Ruego a Vuestra Majestad que me perdone —insistió imperturbable Don Jehuda — si defiendo al rey contra el rey. Tus barones no tienen derecho, su argumento se hunde por su propio peso. Durante ocho años no habrá guerra, así lo espero con toda mi alma, pero después, tal y como conozco al mundo, volverá a haber guerra. Y tus

señores tienen que prestarte ayuda en la guerra. Es mi obligación, en calidad de tu Escribano, tomar oportunamente las precauciones necesarias para tu guerra, es decir, ya desde ahora iniciar su financiación. Sería contrario al sentido común reunir precipitadamente el dinero necesario para la guerra cuando ésta ya hubiera empezado. Sólo exigiremos una pequeña contribución anual, y de momento sólo se la reclamaremos a tus ciudades. A éstas les garantizaremos ciertas libertades, y de este modo contribuirán gustosas a la ayuda militar. Tus barones no pueden ser tan poco caballerosos que te nieguen lo que tus ciudadanos te otorgan.

Don Jehuda dejó tiempo a Alfonso para que reflexionara sobre lo que acababa de decir. Después, seguro de su victoria, continuó:

—Además, tú mismo, mi señor, mediante un acto de elevada y caballeresca generosidad, obligarás a tus grandes a concederte su pequeña aportación.

—¿Todavía no has acabado? —preguntó lleno de desconfianza Don Alfonso.

—Todavía hay muchos prisioneros en manos del emir de Sevilla —expuso Jehuda — como consecuencia de aquella desgraciada guerra. Tus barones se están demorando mucho en cumplir con su deber de liberar a esos prisioneros.

Don Alfonso enrojeció. Era derecho y costumbre que el vasallo liberara a su escudero, y el barón a sus vasallos cuando éstos eran hechos prisioneros mientras estaban a su servicio. Los barones no se negaban a aceptar esta obligación, pero esta vez demostraban una particular mala voluntad; reprochaban al rey que su precipitación había sido la causa de la guerra y de la derrota. Don Alfonso habría preferido decir orgullosamente: ¡Mezquinos! Asumo la liberación de todos los prisioneros. Pero se trataba de una suma inmensa, y no podía permitirse este gesto.

Pero allí tenía a Jehuda Ibn Esra, que estaba diciendo:

—Te propongo respetuosamente que liberes a los prisioneros utilizando tu Tesoro. Y a los señores que esto beneficie les propondremos como única condición que en principio reconozcan su obligación de pagar impuestos para tu guerra ya desde ahora.

—¿Puede permitírselo mi Tesoro? —preguntó en tono casual Don Alfonso.

—Yo me ocuparé de ello, mi señor contestó Jehuda, utilizando el mismo tono casual.

El rostro de Alfonso se iluminó.

—Es un plan magnífico —reconoció. Se acercó a su Escribano y jugó con su pectoral—, conoces tu oficio, Don Jehuda.

Pero, al mismo tiempo, su alegría agradecida se mezcló con la amarga convicción de que cada vez estaría más comprometido con aquel astuto y repugnante comerciante.

—Pero es una lástima —dijo malicioso— que no podamos humillar de esta manera a los Castro y a sus amigos. —Y añadió—: ¿Sabes?, con los Castro me has metido en

un mal negocio.

Esta desfiguración de los hechos indignó a Jehuda. La enemistad entre el rey y los Castro existía desde la infancia de Don Alfonso, y se había agudizado cuando éste les quitó su castillo en Toledo. Y ahora el rey quería achacarle toda la responsabilidad de esta enemistad.

—Ya sé —repuso— que los barones de Castro te culpan de que un perro circunciso ensucie su castillo. Pero seguramente no ignoras, mi señor; que lanzan insultos contra Vuestra Majestad desde hace años.

Don Alfonso tragó saliva y no contestó nada.

—Bien —dijo encogiéndose de hombros—, inténtalo con tus manejos y trucos. Pero mis grandes son fuertes luchadores, ya lo verás, y también los Castro nos darán mucho trabajo.

—Es para mí una gran merced, mi señor —repuso Jehuda—, que autorices mi plan.

Se dejó caer de rodillas y besó la mano del rey.

Era una mano masculina y fuerte, cubierta de un suave vello rojo, pero los dedos permanecieron flojos y desagradecidos en los de Don Jehuda.

Al día siguiente, Don Manrique de Lara acudió al castillo Ibn Esra para presentar sus respetos al nuevo Escribano; el ministro iba acompañado de su hijo Garcerán, íntimo amigo de Don Alfonso.

Don Manrique, que parecía informado de lo acontecido en la audiencia del día anterior, dijo:

—Me ha sorprendido que quieras adelantar al rey nuestro señor la tremenda suma que supone la compra de la libertad de los prisioneros —y añadió—: ¿No resulta un poco peligroso que un rey tan poderoso te deba tanto dinero? —le advirtió en tono jocoso.

Don Jehuda se mantuvo parco en palabras. Todavía no se había sobrepuesto a la ira que le había producido la arrogancia y la desconfianza del rey. Por supuesto, había sabido ya de antemano que aquí, en el bárbaro norte, sólo se respetaba al guerrero, y que de los hombres que se ocupaban del bienestar del reino se hablaba con un ignorante desprecio; pero no había creído que iba a resultarle tan difícil adaptarse.

Al parecer, Don Manrique adivinó sus pensamientos, y, como si quisiera disculpar la torpeza del rey, le dijo que no había que tomarle a mal al joven y belicoso monarca que prefiriera destruir las dificultades con la espada que buscar soluciones por medio de acuerdos. Don Alfonso, desde su más tierna infancia, se había trasladado de un campamento militar a otro, y se sentía en los campos de batalla más a gusto que en la mesa de negociaciones. Pero, se interrumpió Don Manrique, no había venido para

hablar de negocios, sino para saludar a su colega aquí en Toledo y rogar a Don Jehuda que les mostrara, a él y a su hijo, la casa de cuyas maravillas hablaba toda la ciudad.

Jehuda aceptó encantado. Pasando ante criados silenciosos que se inclinaban profundamente a su paso, recorrieron las estancias cubiertas de alfombras, atravesando corredores y escaleras. Don Manrique alabó de modo experto, Don Garcerán lo hizo con ingenuidad y entusiasmo.

En el jardín encontraron a los hijos de Don Jehuda.

—Éste es Don Manrique de Lara —presentó Jehuda—, el primer consejero del rey nuestro señor, y su distinguido hijo, el caballero Don Garcerán.

Raquel observó a los huéspedes con curiosidad infantil. Sin mostrar ninguna clase de timidez, participó en la conversación. Pero su latín, a pesar del empeño que había puesto en estudiarlo, se manifestó todavía lleno de lagunas y, riéndose de sus propias faltas, rogó a los señores que hablaran en árabe. La conversación se hizo muy viva. Ambos huéspedes alabaron la gracia y la elegancia de Doña Raquel, utilizando las expresiones de moda que en árabe sonaban doblemente enrevesadas. Doña Raquel se reía, los huéspedes se reían con ella.

Alazar, que a sus catorce años era un muchacho despierto, preguntó a Don Garcerán acerca de caballos y ejercicios de caballería. El joven señor no pudo sustraerse a la naturaleza vivaz y espontánea del muchacho y le dio extensas respuestas. Don Manrique aconsejó amistosamente a Jehuda que confiara el muchacho, como paje, a una casa principal. Don Jehuda repuso que ya había pensado en ello; calló su secreta esperanza de que el rey tomara al muchacho a su servicio.

Otros grandes, sobre todo los amigos de la casa de Lara, siguieron el ejemplo de Don Manrique y presentaron sus respetos al nuevo Escribano Mayor.

Acudían gustosos, sobre todo los jóvenes señores. Buscaban la compañía de Doña Raquel. Las hijas de la nobleza se mostraban sólo en las grandes festividades de la corte y de la Iglesia, nunca se las podía ver a solas, y sólo se podía mantener con ellas conversaciones generales y vacías. De ahí que supusiera un agradable cambio poder conversar con la hija del ministro judío que estaba rodeada de menos ceremonial, pero que en cierto modo también era una dama. Le hacían prolijas y exageradas galanterías como lo requería la *courtoisie*. Raquel las escuchaba con amabilidad y consideraba toda aquella palabrería romántica más bien ridícula, pero a veces intuía que tras ellas se escondían la grosería y la lascivia, y en esos casos se sentía avergonzada y se encerraba en sí misma.

El trato con los caballeros cristianos le habría resultado agradable, aunque sólo fuera porque en sus conversaciones con ellos podía practicar la lengua del país, el latín formal de la corte y de la sociedad y el latín vulgar de la vida cotidiana, el castellano.

Los caballeros estaban también a su disposición cuando salía a conocer la ciudad.

Lo hacía en silla de manos. La acompañaban, a un lado montado a caballo, Don Garcerán de Lara o un tal Don Esteban Millán, y al otro lado su hermano Don Alazar. En una segunda silla de manos la seguía el ama Sa'ad. Los mozos abrían paso al cortejo y o cerraban los criados negros. Y así se paseaban por la ciudad de Toledo.

La ciudad, en los cien años que hacía que estaba en manos de los cristianos, había perdido algo de la grandeza y la pompa que tuvo en sus tiempos islámicos; no era tan grande como Sevilla, pero vivían en ella y en sus alrededores más de cien mil personas, casi doscientas mil, de modo que Toledo era la ciudad más grande de la Hispania cristiana, y era más grande también que París y mucho más grande que Londres.

En esa época, caracterizada por las guerras, todas las grandes ciudades eran fortalezas, incluso la alegre Sevilla. Pero en Toledo cada uno de los barrios de la ciudad estaba también rodeado de muros y torres, y muchas casas de la nobleza eran fortalezas en sí mismas. Todas las puertas estaban fortificadas, y también estaban fortificadas las iglesias y los puentes sobre el río Tajo que conducían al campo desde el pie de la colina agreste y sombría sobre la que se levantaba la ciudad. Dentro de la misma, las casas se amontonaban estrechamente, pendiente arriba y pendiente abajo; las calles de escaleras eran oscuras y estrechas, a menudo muy empinadas, y a Doña Raquel le parecían sospechosos desfiladeros; en todas partes había esquinas, recovecos, muros, y una y otra vez aparecían enormes y pesados portones guarnecidos de hierro.

Los edificios grandes y sólidos, casi todos databan de la época musulmana, estaban poco cuidados, apenas suficientemente, y habían sufrido pocos cambios. Doña Raquel estaba convencida de que todo aquello había sido mucho más hermoso cuando todavía lo cuidaban los musulmanes. En cambio gozaba del colorido hormigueo de gentes que llenaba la ciudad desde primeras horas de la mañana hasta el atardecer, sobre todo la plaza principal, el Zocodover, la antiquísima plaza de mercado abierto. Las gentes alborotaban, los caballos relinchaban, los burros rebuznaban, todo el mundo intentaba abrirse camino a empujones, entorpeciéndose el paso unos a otros, constantemente había atascos y las calles estaban llenas de inmundicias. Raquel apenas echaba de menos la belleza ordenada de Sevilla, tanta era la alegría que le producía la activa vida de Toledo.

Le llamó la atención lo tímidas y retraídas que eran aquí las mujeres islámicas. Todas iban completamente cubiertas con sus velos. En Sevilla, las mujeres del pueblo, durante su trabajo y cuando iban al mercado, se quitaban el molesto velo, y en las casas de los grandes señores ilustrados sólo las damas casadas llevaban velo, muy fino y

rico, más un adorno que un embozo. Pero aquí era evidente que las mujeres islámicas llevaban a todas horas el velo largo y tupido para librarse de las miradas de los infieles.

Los jóvenes grandes, orgullosos de su ciudad, contaron a Raquel la historia de Toledo. Dios había creado el sol el cuarto día de la creación, y, una vez lo hubo creado, lo colocó directamente sobre Toledo, de modo que la ciudad era más antigua que el resto de la tierra. La ciudad era antiquísima y había muchas pruebas de ello. Había visto el dominio de Cartago, después durante seiscientos años estuvo en poder de los romanos, trescientos años en poder de los cristianos godos, cuatrocientos años en poder de los árabes. Ahora, desde hacía cien años, desde el glorioso emperador Alfonso, reinaban de nuevo los cristianos, que la conservarían en su poder hasta el día del juicio final.

Su mejor época, y la más esplendorosa —contaban los jóvenes grandes—, la había visto la ciudad bajo el dominio de los cristianos, los nobles visigodos de los cuales ellos, los caballeros, eran descendientes. En aquel entonces, Toledo fue la ciudad más rica y magnífica del mundo. El rey Atanagildo había dotado a su hija Brunilda de un ajuar compuesto de tesoros por valor de tres mil veces mil maravedíes de oro. El rey Recaredo poseía la mesa del rey judío Salomón, formada por una sola y gigantesca esmeralda, enmarcada en oro; el mismo rey Recaredo poseía un espejo mágico en el que podía verse todo el mundo. Todo esto había sido robado, destruido y malbaratado por los musulmanes, los infieles, los perros, los bárbaros.

Los jóvenes señores estaban especialmente orgullosos de sus iglesias. Raquel observó, curiosa y sobrecogida, los imponentes edificios. Tenían el aspecto de fortalezas. Raquel se imaginaba cuán nobles debían haber sido cuando todavía eran mezquitas, rodeadas de árboles, fuentes, surtidores arcadas y centros de instrucción. Ahora todo tenía un aspecto desangelado y tenebroso.

En el antepatio de la iglesia de Santa Leocadia, Raquel encontró una fuente con un brocal particularmente hermoso, adornado con cenefas, que llevaba una inscripción árabe. Orgullosa de poder leer los antiguos caracteres de la escritura cúfica, siguiendo con el dedo las letras medio borradas grabadas en la piedra, descifró: «En nombre de Dios, misericordioso. El califa Abd er Rahman, el Victorioso —Dios quiera prolongar sus días—, ha hecho construir esta fuente en la mezquita de la ciudad Toleitola —Dios quiera protegerla— en la semana diecisiete del año 323». Así pues, hacía de aquello doscientos cincuenta años.

—Hace mucho tiempo —dijo Don Esteban Illán, que la acompañaba, al tiempo que sonreía.

Más de una vez se habían ofrecido los jóvenes señores a mostrarle el interior de una iglesia. En Sevilla se hablaba mucho de estas iglesias, centros de horror e idolatría en que los bárbaros del norte habían convertido las hermosas y antiguas mezquitas. Raquel deseaba ver el interior de uno de esos edificios, pero al mismo tiempo sentía un gran recelo y rechazaba cortésmente sus ofertas con cualquier excusa. Finalmente, venció sus temores y entró, acompañada por Don Garcerán y Don Esteban, en la iglesia de San Martín.

En su oscuro interior ardían velas. Se percibía el olor de incienso. Y allí estaba aquello que ella había deseado ver y que al mismo tiempo había temido: imágenes, ídolos, lo prohibido desde tiempos inmemoriales. Porque si bien el islam occidental interpretaba con mayor liberalidad alguna que otra prescripción del Profeta cuando permitía que se bebiera vino o que las mujeres mostraran su rostro sin el velo, se mantenía inconmovible en lo que se refería a la prescripción del Profeta que prohibía hacer cualquier imagen de Alá o de cualquier cosa viviente, hombre o animal; apenas podían insinuarse la forma de una planta o de un fruto. Pero aquella iglesia estaba llena de figuras humanas, hechas de piedra o de madera, y otros seres humanos y animales habían sido pintados planos y en colores sobre planchas de madera. Éstas eran, pues, las imágenes idólatras. El horror de Alá y del Profeta.

Todo aquel que hubiera sido bendecido por Dios con entendimiento, sentimientos y buenos modales, ya fuera judío o musulmán, debía sentir aversión ante semejantes figuras. Además, resultaban profundamente desagradables, extrañamente rígidas y sin embargo, vivas, extrañamente irreales, medio muertas, cadavéricas como el pescado en el mercado. Los bárbaros pretendían emular a Alá, creaban hombres a su imagen y los muy locos se arrodillaban ante estos objetos de piedra y madera que ellos mismos habían hecho y les ofrecían incienso. Pero el día del juicio final, Alá retaría a aquellos que habían hecho semejantes cosas a insuflarles vida y cuando no pudieran hacerlo, los arrojaría a la perdición para toda la eternidad.

A pesar de todo esto, Raquel sentía una extraña fascinación. Y le parecía embriagador que se pudiera hacer esto: conservar la forma de una persona humana, la carne pasajera, fijar la expresión huidiza, el ademán que desaparece apenas se ha hecho. El hecho de que seres humanos mortales pudieran hacer esto la llenó de orgullo y al mismo tiempo de horror.

Los señores que la acompañaban le explicaban reverentes y con gran celo las imágenes paganas. Allí había un hombre de madera llevando una capa y un ganso. Se trataba de San Martín, al que la iglesia estaba dedicada. Era un oficial que había acudido al campo de batalla armado tan sólo con una cruz para detener a todo un ejército enemigo. Un día de mucho frío dio su propia capa a un pobre, después de lo

cual el cielo le lanzó otra capa. En otra ocasión, cuando el emperador no quiso levantarse ante él, el trono ardió en llamas, y el fuego lo obligó a mostrar respeto ante el santo. Todo esto podía haberse pintado en la plancha de madera. A Doña Raquel le daba vueltas la cabeza, aquel hombre debía haber sido un derviche.

En otro cuadro podía verse a una muchacha musulmana con un cesto lleno de rosas, y ante ella de pie, sorprendido, a un árabe de aspecto y vestiduras principescos. Con cierta mordacidad, Don Garcerán le contó que se trataba de la princesa Casilda y de su padre el rey Al-Menón de Toledo. Casilda, educada en secreto por su aya en la fe cristiana, corriendo grandes peligros, atendía a los prisioneros cristianos que morían de hambre en los calabozos del rey. El rey fue informado por un delator y la sorprendió. Le preguntó con dureza qué llevaba en el cesto. Era pan, pero ella contestó «rosas». Furioso, el rey levantó la tapa de la cesta: y he que aquí que el pan se había convertido en rosas. Esto le pareció comprensible a Raquel. Algo parecido se contaba en sus historias árabes.

—¡Ah! —dijo—, se trataba de una maga.

Don Garcerán la corrigió con severidad:

—Era una santa.

Don Esteban Illán le reveló que en la empuñadura de su daga había incrustado un huesecillo de San Ildefonso, y esta reliquia le había salvado dos veces la vida en la batalla. «¡Cuántos magos tienen estos cristianos!», pensó Doña Raquel, y alegremente les contó que también era una buena protección que un peregrino a La Meca, o mejor un derviche, escupiera en la bebida de la mañana del mismo día de la batalla.

—Muchos de nuestros guerreros lo hacen —explicó.

Su pasado islámico quedó enterrado, con sorprendente rapidez, por todo lo nuevo que Raquel veía, oía y vivía en Toledo. Le resultaba difícil recordar con nitidez los rasgos de su amiga Layla o la estridente voz del muecín, que despertaba a todo el mundo, llamando a la oración desde la mezquita de Azhar. Pero se esforzaba en no olvidar, seguía leyendo en árabe y se ejercitaba en la afiligranada y difícil caligrafía árabe. También siguió observando, a pesar de que se sentía judía, las costumbres musulmanas, efectuaba las abluciones prescritas y recitaba las oraciones.

Su padre la dejaba hacer.

La constante compañía del ama Sa'ad la ayudaba a recordar el pasado. Por las noches, cuando el ama la ayudaba a desnudarse, hablaban sobre todo aquello que habían visto y lo comparaban con la vida en Sevilla.

—No establezcas relaciones demasiado estrechas con los infieles, Rechja, mi corderilla —le advertía el ama—. Todos se quemarán en el infierno porque son desvergonzados, y, como lo saben, se comportan de un modo todavía más insolente

sobre la tierra. Su sultana es particularmente orgullosa. Esta infiel vive la mayoría del tiempo lejos del harén de su esposo, el sultán Alfonso, en una ciudad del norte, de la que cuentan que es tan fría y orgullosa como ella misma.

Orgullosos lo eran los infieles, en eso el ama tenía razón. Doña Raquel todavía no había visto al rey. Incluso su padre, que era uno de sus consejeros, al parecer lo veía también con muy poca frecuencia.

Por mediación de su intendente y secretario Ibn Omar, que había organizado un buen servicio de información, Don Jehuda se enteró de cuánto lo odiaban los grandes señores del reino. Desde que el astuto Ibn Schoschan había muerto, éstos habían multiplicado sus privilegios, y después de la derrota del rey habían hecho suyas otras muchas prerrogativas. Estaban indignados por el hecho de que hubiera un nuevo hebreo, todavía más astuto y codicioso que el anterior, dispuesto a arrebatárselo todo de nuevo. Maldecían, conspiraban, intrigaban. Jehuda escuchó el informe con rostro impasible. Indicó a su Ibn Omar que hiciera correr la voz de que el nuevo Escribano actuaba en defensa del pueblo sometido contra el latrocinio de los barones y que procuraba aumentar el bienestar de ciudadanos y campesinos.

El cabecilla de la oposición era el arzobispo de Toledo, el belicoso Don Martín de Cardona, muy amigo del rey desde que los cristianos habían reconquistado el reino, la Iglesia mantenía una enconada lucha contra la comunidad judía. Los judíos no pagaban, como el resto de la población, sus diezmos a la Iglesia, sino que entregaban sus impuestos directamente al rey. Ningún edicto papal, ninguna decisión del colegio cardenalicio habría podido cambiar algo en esta cuestión. Al arzobispo Don Martín lo encolerizaba que el nombramiento del astuto Ibn Esra contribuyera a aumentar la obstinación de los judíos en sus heréticos esfuerzos por eludir a la Iglesia. Trabajaba con todos los medios contra el nuevo Escribano.

De ahí que todavía resultara más extraño que, poco después de la llegada de Don Jehuda y evidentemente con intenciones amistosas, el secretario del arzobispo, el canónigo Don Rodrigue, el confesor del rey, acudiera al castillo Ibn Esra a presentar sus respetos.

El silencioso y cortés caballero tenía un gran interés por los libros. Hablaba, leía y escribía el latín y el árabe, y también leía el hebreo. Se entendió bien con Jehuda, y todavía mejor con el sabio amigo de Jehuda, Musa IbnDa'ud.

Las estancias de Musa eran muy confortables.

Aquel anciano señor había tenido que vivir dos veces en medio de una gran penuria y en el destierro y había demostrado que podía soportar las adversidades sin quejarse.

Precisamente por esto amaba la comodidad. No sin un ligero y plácido orgullo, mostró al canónigo los muchos conductos de la cuidadosa instalación para la calefacción y el recubrimiento de fieltro de los muros que, mediante un ingenioso sistema, podía rociarse con agua y de este modo asegurar un agradable frescor en los días calurosos. Los numerosos libros de Musa habían sido copiados a mano, y su gran pupitre, tan querido, estaba muy bien iluminado, un hermoso vestíbulo circular adecuado para la tranquila contemplación, daba al jardín.

El canónigo, que tenía un gran afán de instrucción, no se cansaba de contemplar la biblioteca de Jehuda y de Musa. Admiraba la variedad de los libros, que abarcaban todos los ámbitos del saber, su elegante caligrafía, sus iniciales y sus policromados márgenes, el hermoso acabado de los decorados estuches para los rollos y las elegantes y al mismo tiempo sólidas tapas de los libros encuadernados. Pero, sobre todo, le sorprendía el material sobre el que la mayoría de estos libros estaban escritos. Se trataba de un material que la cristiandad apenas conocía: el papel.

¡Ah! Ellos, los eruditos de los reinos cristianos, debían escribir sobre pergamino, sobre una piel de animal, y no sólo el esfuerzo de escribir era mucho mayor; sino que también el material era muy valioso y escaso. Con frecuencia, los que escribían debían utilizar pergaminos ya usados, y con mucho esfuerzo tenían que disolver y rascar lo que otros anteriormente habían escrito también con mucho esfuerzo, para poder plasmar en el viejo material sus propios pensamientos. Y quizás de esta manera, un bienintencionado escritor hacía desaparecer la noble sabiduría de otro anterior para conservar para la posteridad sus propios y quizás simples pensamientos.

Don Jehuda explicó al canónigo cómo se producía el papel. En los molinos, a partir de una planta blancuzca llamada cotón, se preparaba una papilla, se le daba forma y se dejaba secar, y todo aquello no resultaba en absoluto caro. El mejor papel se fabricaba en Játiva, era de grano grueso y se le había dado el nombre de *jatvi*. Don Rodrigue sostuvo con ternura en sus manos un libro escrito sobre *jatvi*, sorprendido como un niño al ver el poco espacio y el poco peso que bastaban para conservar todo aquel saber. Jehuda le contó que había iniciado los trámites para instalar también en Toledo una fábrica de papel: había agua suficiente y el suelo era adecuado para las plantas que se necesitaban. Don Rodrigue estaba encantado. Jehuda le prometió suministrarle papel de inmediato.

Más tarde, Don Rodrigue y el viejo Musa, sentados juntos en el pequeño y abierto vestíbulo circular, mantuvieron una pausada conversación. Don Rodrigue contaba que también en los reinos cristianos se conocían las obras científicas de Musa, sobre todo se sabía de la gran obra histórica en la que estaba trabajando y también de las persecuciones que había tenido que sufrir. Musa mostró su agradecimiento con una

cortés inclinación de cabeza. Aquel hombre de elevada estatura se hallaba cómodamente sentado entre sus almohadones, ligeramente inclinado hacia delante, los grandes y dulces ojos tenían una mirada tranquila llena de sabiduría. No hablaba mucho, pero la mayoría de las cosas que decía eran fruto de sus vastos conocimientos, su rica experiencia y su profunda reflexión. Lo que decía sonaba a nuevo y excitante, aunque a veces también resultara algo alarmante.

Muchas cosas parecían inquietantes en el castillo Ibn Esra. Allí, entre las inscripciones que iluminaban los frisos de la pared, había algunas en hebreo. No era fácil descifrarlas en medio de la maleza que constituían los muchos arabescos y ornamentos que las rodeaban. Pero el canónigo, orgulloso de sus conocimientos en la lengua hebrea, reconoció que habían sido sacadas de las Sagradas Escrituras, del libro de Cohelet, del Eclesiastés. Así era, Musa se lo confirmó, y tomando un puntero señaló al canónigo cómo discurrían las frases en medio de los enmarañados arabescos, perdiéndose y reencontrándose. A medida que las señalaba, las leía traduciéndolas al latín. He aquí el texto que leyó: «Una misma es la suerte de los hijos de los hombres y la suerte de las bestias, y la muerte de uno es la muerte de las otras, y no hay más que un hálito para todos, y no tiene el hombre ventaja sobre la bestia, pues todo es vanidad. Todos van al mismo lugar; todos han salido del mismo polvo, y al polvo vuelven todos. ¿Quién sabe si el hálito del hombre sube arriba, y el de la bestia baja abajo, a la tierra?».

Don Rodrigue seguía con los ojos los signos hebreos en la pared y vio y oyó que Musa traducía fielmente. Pero ¿no sonaban de otra manera las palabras de la traducción de San Jerónimo, que él conservaba en la memoria? ¿Era posible que incluso la palabra de Dios en boca de este sabio y bondadoso Musa oliera ligeramente a azufre?

Bien pudiera ser que el hombre que cuidaba de la biblioteca del castillo Ibn Esra atrajera al canónigo casi más que la misma biblioteca. Musa, sentado allí tranquilamente entre sus almohadones, le parecía atemporal como la sabiduría. Tan pronto le parecía apenas mayor que él, que contaba cincuenta años, como terriblemente viejo. El brillo de aquellos ojos ligeramente burlones lo embrujaba y lo apresaba y a pesar de todo, tenía la sensación de poder hablar con aquel hombre con mayor libertad de ánimo que con la mayoría de los cristianos firmemente creyentes.

Le habló de la academia de la cual era director. Ciertamente, su modesto instituto no podía compararse con los centros de instrucción musulmanes, pero, aun así, a través de ella se transmitía a Occidente tanto la sabiduría de los árabes como la de los antiguos paganos.

—No creas, oh sabio Musa —explicaba apasionadamente—, que soy estrecho de miras. Incluso he hecho traducir el Corán al latín. Y en mi academia también trabajan

algunos paganos, tanto judíos como musulmanes. Si me lo permites, te traeré de vez en cuando a alguno de mis alumnos para que tengan el honor de participar en alguna conversación contigo.

—Hazlo, reverendo Don Rodrigue —contestó amistosamente Musa—, tráeme a alguno de tus alumnos. Pero adviérteles que tengan cuidado. Y sé tú mismo también precavido.

Y señaló una de las frases en la pared, que para desconcierto del canónigo también se trataba de una frase de las Sagradas Escrituras, esta vez del quinto libro de Moisés: «Maldito quien lleve al ciego fuera de su camino».

Cuando, finalmente, Don Rodrigue se despidió del dueño de la casa, mucho más tarde de lo que él tenía previsto, en realidad se había quedado más tiempo de lo que la *courtoisie* permitía, dijo bromeando:

—Debería estar enfadado contigo, Don Jehuda. Ha faltado el grueso de un cabello para que me hayas puesto en ocasión de transgredir el décimo mandamiento. No me tienta el deseo de poseer tu casa, tus mulas o tus criados y criadas. Pero me temo que sí deseo tus libros.

El jefe de la comunidad, Don Efraim, se reunió con Jehuda para hablar con él de los asuntos de la aljama.

—Como era de esperar —le espetó—, tu fama y esplendor han traído muchas bendiciones a la ciudad, pero también muchas dificultades. La envidia que engendra tu grandeza ha atizado el odio del arzobispo, ese infiel y cruel Esaú. Don Martín ha vuelto a sacar a relucir su polvoriento pergamino, aquella disposición del colegio cardenalicio de hace seis años, según la cual no sólo los hijos de Edom, sino también los descendientes de Abraham, deben pagar los diezmos a la Iglesia. Por aquel entonces, el noble alfaquí Ibn Schoschan, Dios bendiga la memoria del justo, rechazó los embates del tonsurado. Pero ahora el infiel cree que ha llegado su momento. Su carta a la aljama está llena de amenazas.

Don Jehuda sabía que, oculta tras la exigencia de los diezmos, había mucho más que sólo el dinero. Si la Iglesia vencía, el privilegio fundamental de los judíos se vería amenazado, ya que entonces no estarían sometidos directamente al rey sino que el arzobispo se habría interpuesto. En el fondo, Don Jehuda debía reconocer también que la preocupación que causaba a Don Efraim el temor de que esta vez el arzobispo consiguiera su objetivo no era infundada. Don Martín era un buen amigo del rey; seguramente trataría de hacerle creer que podía reparar el pecado que había cometido

con el nombramiento del judío Ibn Esra, obligando por fin a la judería a pagar los diezmos a la Iglesia.

Pero Jehuda mostró seguridad.

—El infiel tiene tantas posibilidades de salirse con la suya como entonces —dijo. Y añadió:

—Además, ¿acaso no entra todo lo que tiene que ver con los impuestos dentro de mis atribuciones? Permíteme que sea yo quien conteste la carta del arzobispo.

Ésta no era en absoluto la intención de Don Efraim; no quería dejar ninguno de sus asuntos en manos de Jehuda.

—Nada más lejos de mi intención —rechazó cortésmente— añadir nuevas cargas a las tuyas, mi señor y maestro Jehuda. Pero hay otra cosa que quisiera sugerirte en nombre de la aljama. La pompa de tu casa, la abundancia de bienes con la que el Señor te ha bendecido, la gloria que te ha otorgado por medio de la gracia del rey es para los envidiosos de Israel una espina en el ojo y un verdadero aguijón en el negro corazón del arzobispo. Por este motivo, he exhortado de nuevo a la aljama a comportarse con discreción y a no provocar a los malvados haciendo ostentación de lujos. Procura no provocarlos tú tampoco, Don Jehuda.

—Comprendo tu preocupación, mi señor y maestro Efraim, pero no la comparto. La experiencia me ha enseñado que la visión del poder intimida. Si yo manifestara debilidad o modestia, el arzobispo se sentiría mucho más audaz contra mí y contra vosotros.

El siguiente Sabbath Don Jehuda fue a la sinagoga.

Le sorprendió ver la sobriedad y desnudez del interior de aquella primera reliquia de la judería española. Tampoco aquí permitía Don Efraim ninguna pompa. Claro que una vez abierto el cofre de la Torah, el Arca de la Alianza, el *Aron Hakodesch*, brillaban y relumbraba desde su interior los santos accesorios con los que los rollos de las Escrituras estaban adornados, los mantos ricamente bordados, los tableros y coronas doradas, resplandecientes de alhajas.

Don Jehuda fue llamado a leer en las Escrituras el fragmento correspondiente a esa semana. En él se contaba cómo Balam, un profeta pagano, partió para maldecir al pueblo de Israel, y cómo Dios le obligó a bendecir a su pueblo, y el profeta gentil manifestó: «¡Qué bellas son tus tiendas, oh Jacob! ¡Qué bellos tus tabernáculos, oh Israel! Se extienden como un extenso valle, como un jardín a lo largo del río, como áloe plantado por Yavé, como cedro que está junto a las aguas. Devoras a las naciones enemigas, a los gentiles, trituras los huesos de tus perseguidores».

Jehuda leyó los versículos con la antigua entonación prescrita, leía sin esfuerzo, su acento podía parecer extraño a algunos, un poco ridículo, pero nadie se sonrió. Al

contrario, los hombres y mujeres judíos de Toledo escuchaban llenos de respeto, y la profunda emoción de Don Jehuda les alcanzó también a ellos. Este hombre, al que en su infancia el destino había convertido en un mesumad, había vuelto libremente, humildemente, a la alianza de Abraham, y este hombre poderoso contribuiría a que las bendiciones que estaba leyendo también les alcanzaran a ellos.

Ahora que Raquel podía manifestar libremente su pertenencia al pueblo judío, le resultaba más difícil que antes sentir como una judía. Leía a menudo en el Gran Libro, soñaba apasionadamente, ensimismada, durante horas con las historias que éste contenía, con las hazañas de los antepasados, reyes y profetas. Todo lo grandioso, sublime y profundamente piadoso que en él se relataba, y también lo malo, mezquino y profundamente maligno, que no se ocultaba, todo se le hacía real, y se sentía orgullosa y feliz de proceder de semejantes antepasados.

Pero con los judíos que la rodeaban aquí en Toledo no se sentía tan compenetrada, a pesar de su firme y sincera voluntad de pertenecer a ellos.

Con frecuencia, para conocer mejor a su pueblo, iba al barrio de los judíos, la judería.

En estos paseos se hacía acompañar de Don Benjamín Bar Abba, un joven pariente del jefe de la comunidad. El canónigo Rodrigue había introducido a Benjamín en el castillo Ibn Esra; era uno de sus discípulos más instruidos, un traductor de su academia.

Don Benjamín, con su despierta inteligencia y sus amplios conocimientos, apenas tenía veintitrés años, tenía un aire pueril, pícaro y socarrón, que atraía a Raquel. Pronto surgió entre ellos una auténtica camaradería. Les gustaba reírse de cosas cuya comicidad otros apenas habrían comprendido, y había temas sobre los que Raquel no preguntaba a su padre, ni siquiera a su tío Musa, pero sí a su amigo Benjamín.

Él, por su parte, le hablaba con naturalidad de sus pensamientos más íntimos. Como, por ejemplo, que su pariente Don Efraim, el *Párnas*, no le gustaba; le parecía demasiado artero y, si no fuera tan pobre, no aguantaría viviendo en casa de Don Efraim. Doña Raquel no había tenido nunca un amigo que fuera pobre. Lo miró sorprendida y curiosa.

Benjamín practicaba las costumbres judías, pero sólo para no desagradar a Don Efraim, en realidad no les concedía ninguna importancia. Sin embargo, admiraba la sabiduría árabe, y le gustaba hablar de las grandes y antiguas civilizaciones desaparecidas, sobre todo de los griegos, jónicos como él los llamaba; a uno de estos jónicos, un tal Aristóteles, lo consideraba equiparable a nuestro maestro Moisés. Y a

pesar de todo estaba orgulloso de pertenecer al pueblo judío; porque se trataba del pueblo del Libro que lo había conservado con fidelidad a lo largo de los siglos.

Benjamín fue el guía de Raquel en la judería. Más de veinte mil judíos vivían en Toledo, y otros cinco mil fuera de sus muros, y aunque ninguna ley los obligaba, la mayoría vivían en su propio barrio de la ciudad, que a su vez también se hallaba protegido por muros y torres fortificadas.

Benjamín le contó que los judíos vivían en Toledo desde tiempos inmemoriales; incluso la ciudad había tomado su nombre de la palabra hebrea Toledath, que significa Madre de los Pueblos. Los primeros habían llegado hasta allí como enviados del rey Salomón para exigir tributo a los bárbaros. La mayor parte del tiempo, las cosas les fueron bien, pero bajo el poder de los visigodos cristianos habían tenido que padecer terribles persecuciones. El que más cruelmente los había perseguido había sido un miembro de su propia raza, un tal Julián, que se convirtió al cristianismo y fue nombrado arzobispo. Promulgó disposiciones cada vez más duras contra sus antiguos hermanos y al final proclamó una ley según la cual quien no se convirtiera al cristianismo debía ser vendido como esclavo. Fue entonces cuando los judíos llamaron a los árabes para que cruzaran el mar y los ayudaran a conquistar el país. Los árabes establecieron guarniciones judías en las ciudades y les dieron comandantes judíos.

—Imagínate, Doña Raquel —la animaba Benjamín—, cómo tuvo que ser cuando los oprimidos se convirtieron de pronto en los señores y los anteriores opresores en esclavos.

Entusiasmado, Benjamín le habló de los libros de poesía y sabiduría que a lo largo de los siguientes siglos habían escrito los judíos sefarditas bajo el dominio de los musulmanes. Recitó de memoria ardientes versos de Salomón Ibn Gabirol y de Jehuda Halevi. Le habló de las obras de matemáticas, astronomía y filosofía de Abraham Bar Chija.

—En todo lo que de grande hay en esta tierra de Sefarad, ya sea en el espíritu o en la piedra —dijo con gran convencimiento—, han participado los judíos.

Una vez, Raquel le contó el desconcierto que le había producido la contemplación de las imágenes idólatras en la iglesia de San Martín. Él escuchó. Y permaneció indeciso. Después, con picardía, sacó un librito y se lo mostró misteriosamente. En ese libro, que él llamaba su libro de anotaciones, había dibujos, figuras de personas. A veces eran malvadamente burlones, en algunos las caras de las personas se convertían casi en caras de animales. Doña Raquel se quedó sorprendida, horrorizada, y a la vez divertida. Qué terrible blasfemo este Don Benjamín, no sólo hacía dibujos de tipo general como aquellos ídolos de la iglesia, él dibujaba personas claramente reconocibles. Sí, quería hacerse igual a Dios, cambiaba sus rasgos según su

desvergonzada voluntad, desfiguraba sus almas. ¿Cómo no se abría la tierra para tragarse a aquel blasfemo? Y ella misma, Raquel, ¿acaso no participaba en la blasfemia en la medida que contemplaba aquellos dibujos? Pero no podía evitarlo y seguía mirando. Ahí podía verse el dibujo de un animal, un zorro al parecer pero no era ningún zorro, desde la astuta cara miraban los piadosos ojos de Don Efraim. Y Raquel, en medio de su horror y sus dudas, tuvo que reírse.

Cuando Benjamín le contaba historias, sucesos extraordinarios que habían acaecido a los grandes hombres judíos de Toledo, era cuando se sentía más unida a él. Estaba la historia del rabí Chanan Ben Rabua. Éste había construido un maravilloso reloj de agua. Constaba de dos fuentes, dos cisternas que se habían fabricado con tal pericia y precisión de cálculo que, durante la luna creciente, una se llenaba lentamente de agua y la otra se vaciaba, y con la luna decreciente sucedía lo contrario, de modo que podía leerse en ellas el día lunar y la hora del día. Sus rivales, envidiosos, acusaron al rabí Chanan de brujería.

—La sabiduría provoca siempre sospechas —explicó sentencioso Don Benjamín —, y el alcalde hizo encarcelar al rabí Chanan. Por aquel entonces, las cisternas dejaron de llenarse y vaciarse como debían. Se supuso que el rabí había estropeado el artístico reloj de agua en el que había trabajado tres veces siete años antes de que lo cogieran prisionero y quisieron obligarlo a repararlo, pero él acabó de destruirlo. Lo quemaron en la hoguera.

—La torre en la que lo encerraron —terminó Don Benjamín— todavía existe hoy en día. También puedes ver las cisternas en la Huerta del Rey, en el derruido palacio de recreo La Galiana.

Por la noche, Raquel le contó al ama Sa'ad la historia del pobre rabí Chanan, ingenioso e instruido, a quien hombres malvados habían torturado debido a su arte y a su ciencia. Contó con todo detalle lo que sabía del reloj de agua y de la prisión y la muerte en la hoguera del rabí. El ama Sa'ad dijo:

—Hay hombres malvados aquí en Toledo. Quisiera Rechja, mi corderilla, que regresáramos a la ciudad de Sevilla, que Alá quiera proteger.

Capítulo III

LOS hermanos Fernán y Gutierre de Castro no dejaron que sus amenazas contra el hombre que había instalado a un circunciso en su castillo quedaran en meras palabras. Hicieron incursiones armadas en los territorios de Don Alfonso. En una ocasión llegaron incluso hasta la ciudad de Cuenca. Atacaban a los viajeros y se los llevaban prisioneros a sus castillos. Robaban a los campesinos castellanos sus rebaños. Se retiraban con el botín a sus montañosas tierras del Albarracín, de difícil acceso.

Don Alfonso estaba furioso. Desde que tenía uso de razón había odiado a los Castro. Cuando a los tres años de edad se convirtió en rey, un Castro gobernó en su nombre, y había tratado al niño mal y con dureza, y Alfonso se alegró cuando finalmente Manrique de Lara hizo caer a los Castro. Pero los Castro siguieron siendo poderosos en su condado y tenían muchos seguidores entre los grandes de Castilla.

Sus nuevas e insolentes violencias hicieron que a Alfonso le hirviera la sangre en las venas. Las cosas no podían continuar así. Sitiaría sus castillos y los destruiría, haría despellejar a los dos y los encerraría en un convento; no, les haría cortar la cabeza.

En el fondo, sabía que una expedición armada de este tipo ocasionaría peligrosos conflictos con su tío, el rey de Aragón.

Desde siempre, tanto Aragón como Castilla habían exigido la soberanía sobre el condado de los Castro, las tierras montañosas del Albarracín, que se encontraban entre Castilla y Aragón. Tras la muerte del último conde regente, sus hijos Fernán y Gutierre de Castro se habían negado a reconocer cualquier soberanía. Si ahora Alfonso atacaba sus tierras, éstos solicitarían la protección de Aragón, y su tío Raimúndez, el rey de Aragón, no dejaría pasar la ocasión de tomarlos como vasallos y defenderlos contra el ataque de Alfonso. Esto significaría la guerra con Aragón.

Pero Alfonso rechazaba estos pensamientos antes de que tomaran cuerpo. ¡Marcharía contra los Castro! Mandaría llamar a Jehuda. Éste tenía que conseguirle el dinero necesario.

Jehuda, mientras se encaminaba al castillo del rey, se encontraba de inmejorable humor. No sabía lo que Alfonso, a quien hacía mucho tiempo que no había visto, quería de él, y le alegraba poder rendirle cuentas; podía informarle acerca de éxitos, sí,

llevaba con él la prueba palpable de su éxito, una pequeña realidad que divertiría y alegraría a Don Alfonso.

Apareció ante el rey y le informó. Varios ricos-hombres, nueve para ser exactos, que se habían retrasado mucho en sus pagos, habían ratificado con su firma y su sello que, a cambio de sucesivos aplazamientos, renunciaban en favor del rey a todo derecho de señorío sobre determinadas ciudades. Jehuda, además, podía informar de once nuevas granjas, de una instalación de prueba para criar gusanos de seda en las cercanías de Talavera, de nueve grandes talleres aquí en Toledo y en Burgos y también en Avila, Segovia y Valladolid.

Y por fin se dispuso a darle la gran sorpresa.

—Tú, mi señor —dijo—, me manifestaste tu descontento por el hecho de que todavía no haya traído al reino fundidores de oro y maestros en el arte de acuñar monedas. Permíteme ofrecerte hoy el primer producto de tu fundición de oro.

Y sonriendo orgulloso entregó a Don Alfonso aquello que le había traído.

El rey lo tomó, lo miró y su rostro adquirió una expresión radiante. Hasta el momento, en los reinos cristianos de la Península sólo podían encontrarse monedas de oro árabes. Lo que ahora tenía en las manos era la primera moneda de oro de la Hispania cristiana, y se trataba de una moneda castellana. Deslumbrante, en un tono amarillo rojizo brillante, sobresalía claramente reconocible su perfil, el del rey, y a su alrededor podía leerse en latín: «Alfonsus, rey de Castilla por la gracia de Dios». En la otra cara podía verse el patrón de Hispania, el apóstol Jaime, Santiago; montaba a caballo con la espada levantada, tal y como él en tantas ocasiones había ayudado a los ejércitos cristianos sin resuello a destruir a los infieles.

Avido, con un placer infantil, Don Alfonso miraba y palpaba la hermosa pieza. Así que, a partir de ahora, su rostro recorrería las tierras de la cristiandad y también las del islam acuñada sólidamente en buen oro, recordando a todos que Castilla estaba bien protegida por Santiago y por él, Don Alfonso.

—Lo has hecho muy acertadamente, Don Jehuda.

Lo alabó, y su claro rostro y sus diáfanos ojos mostraban tanta alegría que Jehuda olvidó todo aquello desagradable que le había hecho aquel hombre.

Pero entonces la imagen del guerrero Santiago recordó al rey sus propósitos y el motivo por el que había hecho llamar a su Escribano, y con viveza y sin transición le dijo:

—Puesto que hay dinero, puedo emprender represalias contra los Castro. ¿Crees que seis mil maravedíes de oro bastarán para la expedición?

Don Jehuda, arrancado de súbito de su alegría, expuso que sin duda los Castro solicitarían la protección del rey de Aragón y que el rey Raimúndez los aceptaría como

vasallos.

—Tu ilustre tío Raimúndez atacará —explicó apremiante— y tiene un respetable ejército preparado para la lucha, que ha reunido en la Provenza para este fin, y sus arcas para la guerra están llenas. Te verás implicado, Don Alfonso, en una guerra con Aragón en condiciones seguramente muy desfavorables.

Don Alfonso no quería oír nada de todo esto.

—No me vengas con argumentos tan flojos —rechazó a Jehuda—, unos cuantos cientos de buenos lanceros bastarán contra los Castro, entiendo bastante de ataques rápidos, se tratará de un ataque por sorpresa y nada más. Una vez que haya tomado el Albarracín, o aunque sea sólo Santa María, mi débil tío de Aragón se contentará con maldecir y ya no atacará. Consígueme los seis mil maravedíes de oro, Don Jehuda —insistió.

Jehuda sabía que lo que el rey quería hacerle creer y hacerse creer a si mismo era una vana esperanza. Don Raimúndez, aunque era un hombre pacífico, si tenía una buena excusa, declararía la guerra a Don Alfonso.

El rey Raimúndez sentía una profunda animadversión hacia su sobrino Alfonso, y no sin motivo. Castilla, basándose en viejos papeles, exigía la soberanía sobre las tierras de Aragón. Esta soberanía era una cuestión de prestigio. El enormemente poderoso rey de Inglaterra, por ejemplo, reconocía, en su calidad de dueño de muchos señoríos francos, la soberanía del rey de Francia, aunque éste reinara sobre una parte de Francia mucho más pequeña que la suya. En el fondo, también al anciano rey Raimúndez de Aragón le era indiferente el hecho de poseer más o menos prestigio. Pero veía en su fogoso sobrino la encarnación de un ideal caballeresco, vacío y anticuado, y le ponía de mal humor que muchos, incluso su propio hijo, fueran partidarios de ésta caballería ajena a la realidad y admiraran a Don Alfonso como a un héroe. Por eso había calificado de sin sentido, caduca, la exigencia de Don Alfonso, según la cual debía reconocerlo como señor. Alfonso, por su parte, no desaprovechaba ninguna ocasión para repetir sus exigencias, y hablaba siempre de que llegaría el día en que el desvergonzado reino de Aragón se arrodillaría ante él, reconociéndolo como señor por voluntad de Dios.

De modo que si Alfonso emprendía realmente la campaña, era inevitable un ataque de Aragón, y Don Jehuda reflexionaba pensando cómo podría hacerle entender esto al rey con palabras prudentes. Don Alfonso conocía ya de antemano las objeciones de Jehuda y no quería saber nada de ellas, de modo que se le anticipó.

—Al fin y al cabo, tú tienes toda la culpa —le dijo airado—, porque te has instalado en la casa de los Castro.

A lo largo de aquellos meses, Don Jehuda se había forjado un segundo rostro, una expresión de silenciosa cortesía. Pero no podía dominar su voz: tartamudeaba y ceceaba cuando se sentía agitado, y así lo hizo ahora al responder:

—Una batalla contra los Castro, mi señor no costará seis mil maravedíes de oro, sino doscientos mil. Vuestra Majestad debe convencerse de que, bajo ninguna circunstancia, Aragón permanecerá tranquilamente cruzado de brazos si actúas contra los Castro.

Se decidió a comunicar al rey un último e irrefutable argumento.

—Ya sabes que mi sobrino, Don Joseph Ibn Esra, es alfaquí en la corte de Aragón y está enterado de los planes del rey. Más de una vez, tu ilustre tío ha pensado prestar ayuda por las armas a los Castro. Mi sobrino y yo hemos intercambiado cartas y consejos, y Don Joseph ha conseguido detener a su rey. Él es quien me ha avisado. Los señores de Castro tienen la firme promesa de Aragón de apoyarlos si tú los atacas.

La joven frente de Alfonso se frunció profundamente.

—Tú y tu señor sobrino —dijo— parecéis conspirar apasionadamente.

—Te habría comunicado la advertencia de Don Joseph hace días —repuso Jehuda —, pero no me concediste la gracia de mostrarme su rostro.

El rey andaba a grandes zancadas de un lado a otro. Don Jehuda añadió:

—Comprendo que Vuestra Majestad se sienta empujado a castigar a estos desvergonzados barones. También a mí, permíteme esta observación tan osada, me gustaría. Pero ten la virtud de esperar todavía un poco. Considerándolo detenidamente y con tranquilidad, los daños que los Castro han infringido no son muy grandes.

—Tienen a súbditos míos en sus calabozos —gritó Alfonso.

—Da la orden —propuso Jehuda—, y yo liberaré a los prisioneros. Son gente baja. Se tratará sólo de un par de cientos de maravedíes.

—¡Cállate! —rugió Alfonso—, un rey no libera a sus súbditos de un vasallo suyo, pero esto tú no puedes entenderlo, buhonero.

Jehuda empalideció. La cuestión de si los Castro eran vasallos o no de Don Alfonso era precisamente el motivo de la discusión. Pero aquellos insolentes consideraban el robo y el asesinato la única forma decente de arreglar las diferencias de opiniones. Le habría gustado decirle al rey: ¡Haz tu campaña, caballero necio! Te daré tus seis mil maravedíes de oro. Pero todos sus planes se vendrían abajo si se iniciaba una guerra con Aragón. Debía impedir esta batalla.

—Tal vez —reflexionó— podría liberarse a los prisioneros sin poner en peligro la dignidad real. Quizás podría conseguirse que los Castro entregaran los prisioneros a Aragón. Permíteme negociarlo. Quizás, si me autorizas, vaya yo mismo a Zaragoza para consultar con Don Joseph. Te ruego que me prometas una cosa, mi señor: que no

iniciarás tu expedición contra los Castro antes de haberme permitido volver a hablar de ello contigo.

—¿Qué sacarás de esto? —exclamó encolerizado Alfonso. Pero admitía el sinsentido de sus proyectos. Lamentablemente, el judío tenía razón.

Tomó la moneda de oro, la sopesó, la contempló. Su rostro volvió a iluminarse.

—No prometo nada —dijo—, pero reflexionaré sobre todo lo que me has dicho.

Jehuda se dio cuenta de que no podría conseguir nada más. Solicitó autorización y emprendió el viaje a Aragón.

El canónigo Rodrigue, a pesar de la ausencia de Jehuda, visitaba con frecuencia el castillo Ibn Esra. Buscaba la compañía del viejo Musa.

Cuando estaban juntos se sentaban en el pequeño vestíbulo, contemplando la tranquilidad del jardín, escuchando la suave y saltarina caída del agua siempre regular, siempre cambiante, y mantenían largas conversaciones. A lo largo de las paredes corrían los brillantes frisos rojos, azules y dorados con las sabias sentencias. Las rizadas letras de la nueva escritura árabe, enredadas entre sí, rodeadas de ornamentos florales, se convertían en arabescos formando un multicolor tejido que cubría las paredes como una alfombra. Entre los veleidosos adornos destacaban los angulosos signos cúficos del árabe antiguo y los macizos caracteres hebreos, que se unían para formar las sentencias, se deshacían, se mezclaban con otros, resurgían inquietantes y desconcertantes.

Rodrigue seguía a través de la espesura de ornamentos y arabescos los versículos hebreos que tiempo atrás, en su primera visita, Musa tradujo: «Una misma es la suerte de los hijos de los hombres y la suerte de las bestias… no hay más que un hálito para todos… ¿quién sabe si el hálito del hombre sube arriba y el de la bestia baja abajo, a la Tierra?». Ya entonces había intranquilizado al canónigo que estos versículos, tal y como Musa los leía, sonaran distintos a la versión latina que a él le resultaba tan familiar. Hizo acopio de valor y quiso discutir con Musa sobre ello. Pero éste le advirtió amistosamente:

—No deberías dejarte llevar por observaciones tan peligrosas, mi venerable amigo. Tú sabes que cuando Jerónimo tradujo la Biblia, el mismo Espíritu Santo lo inspiró, de modo que las palabras que Dios intercambia con Moisés en latín no son menos divinas que las hebreas. No pretendas ser demasiado sabio, reverendo Don Rodrigue. El perro de la duda tiene un sueño ligero. Podría despertarse y ladrar contra tus convicciones, y entonces estarías perdido. Además, muchos de tus hermanos en otros reinos cristianos llaman a nuestra Toledo la ciudad de la magia negra, y nuestros

rizados signos árabes y hebreos les parecen garabatos de Satán. Acabarán por considerarte un hereje si eres tan curioso.

A pesar de todo, los tranquilos ojos de Don Rodrigue no se apartaban de las desconcertantes inscripciones. Pero todavía más que ellas intranquilizaba al canónigo el hombre que las había hecho grabar en las paredes. El viejo Musa —Don Rodrigue se había dado pronto cuenta— era profundamente ateo, ni siquiera creía en su Alá ni en Mahoma, y a pesar de ello aquel pagano era amable, paciente y bueno. Y además, y sobre todo, era un hombre verdaderamente instruido. Él, Rodrigue, había estudiado lo que la ciencia cristiana podía enseñarle, el Trivium y el Quadrivium, gramática, dialéctica y retórica, aritmética, música, geometría y astronomía, y además toda la sabiduría árabe autorizada y toda la teología; pero Musa sabía mucho más, y sobre todo había reflexionado sobre todo ello y era uno de los más hermosos dones de Dios poder conversar con aquel ateo.

—¿Un hereje yo? —respondió ahora con amable melancolía a la advertencia del otro—, me temo que eres tú el hereje, mi querido y sabio Musa. Y no sólo eres un hereje, sospecho, sino un absoluto pagano que ni siquiera cree en las verdades de su propia fe.

—¿Eso temes? —preguntó el anciano feo e instruido mientras dirigía su mirada firme y apremiante al tranquilo rostro de Rodrigue.

—Lo temo —repuso éste—, porque soy tu amigo y porque me duele que acabes ardiendo en el infierno.

—¿Acaso no sucederá esto igualmente? —se informó Musa—. ¿No estoy condenado a arder en el infierno por el simple hecho de ser musulmán?

—No necesariamente, querido Musa —lo instruyó Rodrigue—, y seguramente no a tan elevada temperatura.

Musa, tras una breve pausa, dijo pensativo y ambiguo:

—No hago muchas diferencias entre los tres profetas, probablemente en esto tengas razón. Para mí, es tan válido Moisés como Cristo, y este tanto como Mahoma.

—No debería siquiera escuchar estas cosas —dijo el canónigo apartándose un poco —, debería proceder contra ti.

Musa cambió de tono cortésmente y dijo:

—Entonces no he dicho nada.

Cuando Musa discutía así, de vez en cuando se levantaba, se acercaba a su pupitre y, mientras hablaba, garabateaba círculos y arabescos. Rodrigue miraba lleno de envidia y reprobación cómo el otro malgastaba tan alegremente el valioso papel.

El canónigo le leía gustoso a Musa partes de su crónica para que éste las completara y corrigiera. En esta crónica se hablaba mucho de los santos difuntos.

Habían participado en la lucha contra los infieles sin permitirse un respiro y a menudo los habían vencido; también sus reliquias, llevadas en estuches, habían otorgado algunas victorias a los cristianos. Musa observó que los santos restos también habían sido testigos de algunas derrotas cristianas, pero lo dijo con dulzura e imparcialidad y comprendía que Don Rodrigue no informara acerca de ello. En general, escuchaba al canónigo con ánimo comprensivo y lo reafirmaba en la creencia de la importancia de su obra.

Pero cuando Musa también leía en voz alta su propia *Historia de los musulmanes en Hispania*, al pobre y feliz Rodrigue le parecía que lo que él escribía era desesperadamente primitivo. Sentía calor y frío al escuchar aquella obra histórica tan peculiar e inteligente. «Los Estados —podía leerse en ella— son una institución divina, surgen de las fuerzas naturales de la vida. El agrupamiento social es necesario para el mantenimiento de la especie humana y la cultura, el poder estatal es necesario para que los hombres no se maten entre sí ya que son por naturaleza malvados. La fuerza, que convierte al Estado en una formación unida, es la *asabidscha*, la unión interior, fruto de la voluntad, la historia y la sangre. Los Estados, los pueblos, las culturas, tienen, como todas las cosas creadas, su tiempo de vida determinado por la naturaleza, y al igual que los seres individuales recorren cinco edades: su aparición, su crecimiento, su florecimiento, su decadencia y su desaparición. Una y otra vez, la civilización se convierte en debilidad, la libertad en dudas y los Estados, las naciones y las culturas se separan unas de otras de acuerdo con leyes estrictas y perpetuas, constantemente, inconsistentes como las dunas de arena migratorias».

—Si te entiendo bien, mi querido amigo Musa —reflexionó en cierta ocasión Don Rodrigue después de una de estas lecturas—, entonces no crees en ningún Dios, sino sólo en el *Kadar*, en el destino.

—Dios es el destino —replicó Musa—. Ése es el resultado de la suma de conocimientos tanto del Gran Libro de los judíos como del Corán.

Su mirada, y la de Rodrigue la acompañó, se deslizó por un proverbio del Eclesiastés que decía: «Todo tiene su momento, y todo cuanto se hace bajo el sol tiene su tiempo. Hay tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de matar y tiempo de curar; tiempo de llorar y tiempo de reír; tiempo de amar y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra y tiempo de paz. ¿Qué provecho saca el que se afana en aquello que hace?». Y cuando Musa se dio cuenta de que el canónigo había comprendido aquella frase siguió:

—Y en la azora ochenta y uno del Corán, aquella que trata de la muerte, dice el Profeta: «Eso es una Instrucción para los mundos, para quienes, de entre vosotros, quieren seguir el buen camino. Pero no lo querréis si no lo quiere Dios, Señor de los

mundos». Ya ves, mi venerable amigo, tanto Salomón como Mahoma llegan a la misma conclusión: Dios y el destino son idénticos, o expresado filosóficamente: Dios es la suma de todas las casualidades.

Cuando Don Rodrigue oía estas cosas se sentía angustiado y decidía no volver a visitar el castillo Ibn Esra. Pero dos días más tarde volvía a hallarse sentado en el abierto vestíbulo bajo las desconcertantes inscripciones. De vez en cuando incluso llevaba consigo alguno de sus estudiantes, sobre todo al joven Benjamín.

A veces también acudía Doña Raquel al vestíbulo circular y escuchaba cómo aquellos señores instruidos intercambiaban reposadas frases mientras se oía el silencioso murmullo de la fuente.

En cierta ocasión, la presencia de Benjamín recordó a Raquel la historia del rabí Chanan Ben Rabua, y preguntó al canónigo qué sabía de él y de sus máquinas para medir el tiempo; no podía quitarse de la cabeza lo que Don Benjamín le había contado acerca de la persecución que había sufrido aquel instruido rabí, de cómo había destruido su propia obra, de las torturas a que había sido sometido y de su muerte en la hoguera. Don Rodrigue no quería admitir que se hubiera torturado a personas instruidas a causa de su saber y no había incluido la historia del rabí Chanan en su crónica.

—He echado un vistazo a las cisternas de La Galiana —explicó—, se trata de unas cisternas completamente corrientes; no creo que nunca hayan servido para medir el tiempo. Tampoco considero digno de crédito que el rabí Chanan fuera torturado y ejecutado. En los documentos no he encontrado nada que lo confirme.

El joven Don Benjamín, mortificado por el hecho de que el canónigo dudara de la veracidad de la historia del rabí Chanan, dijo humildemente pero con firmeza:

—Pero fue un sabio extraordinario. Estarás de acuerdo en reconocerlo, venerable Don Rodrigue. No sólo fabricó un fantástico astrolabio, sino que además tradujo las obras de Galeno al árabe y al latín, salvando de este modo para nuestros tiempos la ciencia médica de los antiguos.

Don Rodrigue no quiso entablar una discusión con el joven, pero empezó a hablar de los grandes médicos que había tenido la antigua cristiandad. Entre ellos se contaban los santos Cosme y Damián, por cierto de origen árabe, que en la época de Galeno consiguieron curaciones maravillosas, no menos importantes que la de éste. Sus rivales los denunciaron por ser cristianos. Los jueces los condenaron y fueron arrojados al mar: pero vinieron los ángeles y los salvaron. Fueron arrojados al fuego: pero el fuego no podía hacerles nada. Les arrojaron piedras: pero las piedras cambiaron su rumbo y apedrearon a sus enemigos. Y aun después de muertos fueron causa de sorprendentes curaciones. Por ejemplo, la de un hombre que tenía una pierna gangrenada hasta el muslo. Rezó frente a la imagen de los dos santos. Se quedó dormido y soñó que los dos

santos le cortaban la pierna enferma y se la cambiaban por la de un árabe muerto. Y realmente cuando despertó tenía una pierna nueva y sana; también fue encontrado el árabe muerto cuya pierna le habían implantado los santos.

—Debían de ser grandes magos —reconoció Doña Raquel. Pero Musa dijo:

—Los grandes médicos musulmanes alcanzaron sus mejores éxitos curativos en vida. Y también conozco algunos cristianos que cuando tienen alguna enfermedad grave consultan preferentemente con un médico judío o musulmán.

Don Rodrigue, menos apacible que normalmente, respondió:

—Los cristianos predican que la modestia es una virtud. Musa reconoció amigablemente:

—Predicarlo sí que lo predicáis, mi venerable amigo.

Don Rodrigue se rió.

—No me lo tomes a mal —dijo—, si alguna vez me pongo enfermo me sentiré muy afortunado si me atiendes tú, oh sabio Musa.

Don Benjamín había estado dibujando a escondidas en su libro de anotaciones. Mostró a Doña Raquel lo que había hecho. Podía verse a un cuervo sobre un árbol, y el cuervo tenía el rostro de Musa. Se trataba indiscutiblemente de un retrato, por lo tanto, de algo absolutamente prohibido. Pero era un retrato divertido, sin malicia, y a Raquel le gustó el dibujo y aquel que lo había hecho.

Puesto que el rey no había emprendido nada contra los Castro, los partidarios de éstos se hicieron cada vez más insolentes. Así como las gentes de su tiempo defendieron en Burgos a su héroe nacional, él Cid Campeador, contra Alfonso VII, defendían ahora los barones rebeldes a los Castro contra el octavo:

—Qué buenos vasallos serían si tuvieran un rey mejor.

Los señores de Núñez y de Arena, puesto que el rey les exigía el pago de contribuciones atrasadas, se burlaban:

—Anda ven, Don Alfonso, ven a buscar el dinero que nos reclamas, de la misma manera que rescatas a tus súbditos del castillo de los Castro.

Don Alfonso estaba furioso. Si no quería que todos sus barones se levantaran contra él, no debía seguir permitiendo que los Castro se salieran con la suya.

Convocó a sus hombres de confianza a un congreso. Allí estaban Don Manrique de Lara y su hijo Garcerán, el arzobispo Don Martín de Cardona y el canónigo Don Rodrigue; el Escribano Mayor, Don Jehuda, todavía estaba en Aragón.

Ante sus amigos dio rienda suelta Don Alfonso a su rabia e impotencia. Los Castro le infringían una ofensa tras otra mientras su Escribano negociaba con el ambiguo rey

Raimúndez pretendiendo solucionar un enfrentamiento entre caballeros como si se tratara de un negocio; además, el judío era el principal culpable de aquel repugnante asunto, ya que se había instalado en la casa de los Castro.

—Lo mejor que puedo hacer —decidió encolerizado— es echarlo. Don Manrique lo apaciguó:

—Sé justo, mi señor. Nuestro judío se ha ganado su castillo. Ha conseguido más de lo que prometió. Tus grandes te pagan impuestos en época de paz. En estos momentos, diecisiete ciudades que pertenecían a los grandes están bajo tu dominio. Y si los Castro mantienen prisioneros a unos cuantos de tus súbditos, muchos cientos de tus caballeros y criados que estaban presos en Sevilla son ahora libres.

El arzobispo Don Martín, de rostro enrojecido, redondo y poco delicado y pelo cano, lo contradijo. Aquel hombre, medio sacerdote, medio caballero, mantenía una actitud beligerante. Los ropajes que mostraban su dignidad no ocultaban la armadura que llevaba siempre debajo, ya que allí en Toledo, tan cerca de los musulmanes, consideraba que estaba en una constante Guerra Santa.

—Tienes muchas palabras halagüeñas para tu judío, noble Don Manrique —dijo con su estridente voz—. Reconozco que este nuevo Ibn Esra ha conseguido, como por arte de magia, cientos de miles de maravedíes de oro, algunos de ellos para el rey nuestro señor. Pero, por otro lado, ha causado a la santa Iglesia grandes pérdidas. ¡No cerréis los ojos ante la realidad, señores! La judería de Toledo ha sido siempre insolente. Ya lo era en tiempos de nuestros antepasados godos, y puesto que has tenido a bien, señor, dar el cargo a ese Jehuda, la desvergüenza de la aljama se ha hecho insoportable. Su cabecilla, ese Efraim Bar Abba, no sólo se niega a pagarme mis diezmos, y en este tema lamentablemente está respaldado por tu autoridad, mi señor sino que osa pronunciar en la sinagoga, con provocativa firmeza, la bendición de Jacob: «No faltará de Judá el cetro, ni de entre sus pies el báculo», a pesar de que le he explicado a este hombre, basándome en los escritos de los padres de la Iglesia, que la bendición de Jacob sólo fue válida hasta la llegada del Mesías y que con la aparición del Redentor ha perdido su valor. Pero sólo nosotros, los cristianos, comprendemos el verdadero sentido de los misterios ocultos en las Escrituras. Los judíos son semejantes a animales irracionales y se quedan sólo en la superficie.

—Quizás —opinó suavemente el canónigo— no deberíamos ser demasiado estrictos al juzgar a la aljama de Toledo. En aquella época en que los judíos de Jerusalén, ciegos, pecadores y arrogantes, arrastraron a nuestro señor Jesucristo ante el tribunal, la comunidad judía de Toledo mandó al sumo sacerdote Caifás un mensaje advirtiéndole que no hiciera crucificar al Redentor. Así puede leerse claramente en los antiguos libros. El arzobispo dirigió a Don Rodrigue una airada mirada pero reprimió

una respuesta. Existía un extraño lazo entre él y su secretario. El arzobispo era piadoso, honesto y consciente de que su temperamento belicoso, a veces, le hacía pronunciar palabras y llevar a cabo acciones poco propias del primado de Hispania, del sucesor de San Eugenio y de San lldefonso, y como penitencia por los pecados que le llevaba a cometer su temperamento belicoso soportaba la carga de la constante presencia de Don Rodrigue, que era manso de corazón; tenía intención de utilizar este argumento en su favor en el juicio final si se le reprochaba que a menudo el soldado que había en él había prevalecido sobre el sacerdote.

Así pues, en vez de dirigirse a Don Rodrigue se dirigió al rey:

—Cuando en su momento, obedeciendo a la necesidad y a tus consejeros, hiciste llamar al judío, te advertí, Don Alfonso, y te lo predije: llegarán días en que lamentaras haberlo llamado. El santo concilio tuvo sus buenos motivos para prohibir a los reyes de la cristiandad que confiaran altos cargos a los infieles.

Don Manrique dijo:

—También el rey de Inglaterra y el de Navarra, así como los reyes de León, Portugal y Aragón, han conservado a sus ministros judíos a pesar de las conclusiones del concilio lateranense. Se contentaron con manifestar al Santo Padre su pesar. Lo mismo hizo el rey nuestro señor. En esta cuestión, además, pudo tomar como precedente el ejemplo de sus ilustres antepasados. Alfonso VI, el emperador de Hispania, tuvo dos ministros judíos; Alfonso VII, cinco. No sé cómo Castilla habría podido construir tantas iglesias en honor de sus santos y tantas fortalezas contra los musulmanes sin la ayuda de los judíos.

—Permíteme, además, recordarte con todo respeto, mi reverendísimo padre —siguió el canónigo—, a nuestro amigo el honorable obispo de Valladolid. Tampoco él conseguía cobrar sus impuestos y tuvo que confiar a nuestro Jehuda su recaudación.

Esta vez Don Martín no pudo reprimir la ira en su pecho.

—Tienes muchas virtudes, —Don Rodrigue rugió—, casi eres un santo y por eso te soporto. Pero déjame decirte con toda humildad: a veces tu delicadeza y tolerancia rayan en la desvergüenza.

El rey no prestó atención a esta discusión. Permanecía sumido en sus propios pensamientos, y ahora manifestó lo que le preocupaba:

—A veces me he preguntado por qué Dios ha dado a los infieles las fuerzas que nos ha negado a nosotros. Me hago la siguiente reflexión: Puesto que los ha maldecido para la eternidad, y precisamente por este motivo, en su misericordia, les ha concedido durante el breve tiempo que pasarán en la tierra una gran sabiduría, el uso magistral de la palabra y el don de reunir tesoros.

Los otros aguardaron en silencio, desconcertados. Resultaba extraño que el rey manifestara tan abiertamente sus pensamientos más íntimos, de hecho era impropio. Pero el rey tenía el derecho, que le daba su realeza, de decir despreocupadamente lo que le pasara por la cabeza.

El joven Don Garcerán volvió al objeto del consejo.

—Hay una cosa, mi señor, que podrías hacer —propuso—. Si no marchas contra los Castro, instala una guarnición en la frontera. Instala soldados en la ciudad de Cuenca.

—Es un buen consejo —aprobó con su sonora voz el arzobispo.

—Sí, instala soldados en Cuenca, y que no sean pocos, de modo que a los Castro se les quiten las ganas de atacar a tus súbditos.

Don Alfonso había pensado ya en esta solución, pero prefería que fueran otros quienes la propusieran.

—Sí, lo haré —anunció. Y añadió—: Contra esto ni siquiera nuestro judío tendrá nada que objetar —manifestó furioso y alborozado.

Don Manrique consideró que bastarían tres escuadrones para asegurar Cuenca frente a los Castro. Don Alfonso argumentó que, como consecuencia de las incursiones de los Castro, también al emir de Valencia podría apetecerle conquistar la ciudad, era mejor mandar más soldados. Mandaría doscientas lanzas a Cuenca. El arzobispo, que era considerado un experto en el arte de la guerra, propuso que algunos soldados se mantuvieran siempre en movimiento para proteger las granjas amenazadas o para dar escolta a los ciudadanos que se encontraran de viaje.

—¡Manda trescientas lanzas Don Alfonso! —exigió.

Don Alfonso mandó quinientas lanzas.

Encargó el mando de estas tropas a su amigó Don Esteban Illán, un joven señor valiente e inteligente. Antes de que Don Esteban partiera, el rey lo abrazó:

—No toleres que se me insulte de nuevo, Don Esteban, no consientas ni la más mínima impertinencia, y si las gentes de Castro roban siquiera una gallina en nuestros territorios, no lo permitas, persíguelos hasta su Santa María y recupera la gallina, aunque nos cueste diez soldados.

Le dio el guante, símbolo de una misión caballeresca. Don Esteban le besó la mano y dijo:

—No tendrás motivo alguno de queja, Don Alfonso.

Los soldados ocuparon la pequeña ciudad de Cuenca y los pueblos de los contornos. Recorrían la frontera, claramente definida, con las montañosas tierras del Albarracín,

pero ni uno de los soldados de los Castro se dejó ver, pasó una semana y otra. Los soldados de Don Esteban murmuraban y se quejaban de aquella misión tan aburrida, las gentes de Cuenca maldecían la opresora presencia de los soldados.

Jehuda, mientras tanto, estaba en Zaragoza y negociaba con su sobrino Don Joseph Ibn Esra. Éste, un inteligente señor grueso, plácido, sociable y escéptico, dio a entender que adivinaba los más profundos y verdaderos motivos de Jehuda. Pero a él también le interesaba que la paz se mantuviera y lo recibió amistosamente. Lo que Jehuda quería era que Aragón liberara a los prisioneros castellanos de los Castro y los devolviera a Don Alfonso; éste, a su vez, renunciaría a sus derechos sobre la ciudad de Daroca. La propuesta de Jehuda no le pareció injusta a Don Joseph, y estaba convencido de que podría hacerla atractiva a su señor, aunque, por supuesto, no había que precipitar las cosas. El rey Raimúndez se hallaba en campaña muy ocupado con el feliz término de la guerra contra el conde de Toulouse, y Don Joseph debía esperar el momento oportuno para presentarle asuntos de tan poca importancia. Dentro de unas dos semanas viajaría al campo de batalla donde se encontraba Don Raimúndez. Durante este tiempo, Don Jehuda debería tener paciencia. Después, podría presentarse también él ante Don Raimúndez.

Don Jehuda sacó partido de aquellas dos semanas, viajó a Perpiñán y llevó a buen fin un complicado negocio. Viajó a Toulouse para visitar a un pariente, Meïr Ibn Esra, el *bailli* judío de esa ciudad. Y después continuó viaje hacia el campamento del rey Raimúndez. Don Joseph le prestó lealmente su ayuda, y Don Raimúndez lo escuchó con benevolencia. Pero el rey era un hombre lento y minucioso y se necesitó otra semana entera antes de que éste se decidiera a decir que sí.

Jehuda respiró aliviado. El más desagradable de los absurdos obstáculos que ponían en peligro su obra de paz había sido eliminado. Mandó un correo a Don Alfonso con la noticia de que el gozoso acuerdo se había firmado y sellado, y que él mismo, Jehuda, estaría de regreso dentro de pocos días.

Pero esta noticia todavía no había llegado a Toledo cuando Don Alfonso recibió una larga y complicada carta de su amigo Illán.

Había sucedido inesperadamente. Vasallos armados de Castro habían querido robar un rebaño de ovejas en territorio castellano. Los hombres de Don Esteban los habían perseguido hasta los territorios de los Castro. Y allí se toparon con un enjambre de caballeros y de escuderos. Se cruzaron insultos y hubo una escaramuza. Uno de los caballeros murió en la reyerta, desgraciadamente se trataba de uno de los hermanos Castro, el conde Fernán. No puede negarse —escribía don Esteban— que Fernán de Castro, en el momento en que la flecha castellana lo atravesó, no iba armado para la lucha, sino que iba equipado tan sólo como si fuera de cacería y llevaba sobre su

guante a su halcón preferido. El porqué el soldado castellano lanzó la imprudente flecha era prácticamente imposible de dilucidar; en cualquier caso, él, Esteban, había hecho colgar al soldado culpable.

Don Alfonso leía, y sintió que se le encogía el corazón. El asunto no había podido terminar peor. Un vulgar escudero había matado de un modo deshonroso a un señor de la alta nobleza que no iba armado, en cumplimiento de una orden suya, de Alfonso. Toda Hispania se levantaría airada en insultos contra él, el rey de Castilla.

Ahora el otro Castro, Gutierre, tendría un motivo justificado y caballeresco para vengar a su hermano. Acudiría a Aragón, y el rey Raimúndez, vencedor en la Provenza, recibiría con agrado la excusa que le permitiría declararle la guerra a él, a Alfonso, el odiado sobrino. Se encontraba a las puertas de la absurda guerra con Aragón, que no había deseado, contra la que todos lo habían advertido.

Alfonso se sintió avergonzado al pensar en Jehuda. Se avergonzaba al pensar en todos sus consejeros. Ante toda la cristiandad. Pero, sin embargo, sólo había hecho lo que cualquier otro caballero en su caso. Era su obligación como rey proteger a su fiel ciudad de Cuenca y mandar allí a las tropas. Tampoco nadie podría censurarle que hubiera otorgado el mando al inteligente Esteban Illán. Don Esteban era su amigo y un buen caballero, y además llevaba el huesecillo de San Ildefonso fundido en su espada. ¡Ah!, la santa reliquia no había detenido a Satanás. Porque el que las cosas hubieran acabado de aquella manera era una desgracia infernal, era un ardid de Satanás, y nadie era culpable, ni él, ni Don Esteban, ni Fernán de Castro ni siquiera el judío. Pero toda la cristiandad le echaría la culpa a él, a Alfonso.

No, Jehuda no le había traído suerte. Y ahora que necesitaba urgentemente su consejo, no estaba presente.

Era bueno que no estuviera allí. Ahora no habría podido enfrentarse a él. No habría soportado su charla inteligente y llena de reproches. Tenía que haber alguien que lo comprendiera plenamente, que reconociera su inocencia, que entendiera su enorme desgracia, una persona muy próxima a él que le apoyara.

Sin esperar a Jehuda, con un pequeño séquito, emprendió el galope en dirección a Burgos para reunirse con su reina, con Doña Leonor.

Capítulo IV

DOÑA Leonor recibió gozosa al rey. Sin que él tuviera que explicarle lo sucedido, ella lo comprendió. Sentía lo mismo que él. Todo aquello era fruto de la mala fortuna, su Alfonso no tenía la culpa.

Sin embargo, la guerra con Aragón que les esperaba la impresionaba mucho más a ella que a él. Había soñado la unidad de ambos reinos, y esta guerra destruiría todas sus esperanzas. Pero ocultó su abatimiento, mostrando su aspecto tranquilo de siempre. Tal y como había esperado, Alfonso encontró consuelo y fortaleza en su compañía y en sus palabras.

Pero seguía prefiriendo Toledo a Burgos. En Toledo había llevado a cabo su primera hazaña cuando todavía era un muchacho, y desde allí había conquistado su reino; además, Toledo se encontraba más cerca de sus verdaderos y eternos enemigos, los musulmanes, y su lugar, el lugar del rey, del soldado, estaba cerca del enemigo. Pero esta vez se encontraba a gusto en la vieja ciudad de Burgos, cristiana desde antiguo, y las evocaciones que le traía le daban fuerzas y confianza. En honor del castillo de esta ciudad de Burgos llevaba su nombre Castilla; desde aquí su antepasado Fernán González, el conde de Castilla, se había declarado independiente, llegando a ser grande y poderoso. Y aquí, en Burgos, su tatarabuelo Alfonso VI había demostrado que un rey no se arredra ni ante el más grande hombre de Hispania. Aquel Alfonso había desterrado de la ciudad al valiente héroe del reino, el Cid Campeador, porque no le satisfacía por su modo de dirigir la guerra; un rey de Castilla no perdona la desobediencia, no perdona a ningún Cid, y no digamos ya a un Castro.

Pero el Cid Campeador estaba muerto, los reyes hacía tiempo que habían perdonado al más noble caballero y guerrero de Hispania, y la ciudad de Burgos estaba orgullosa de los muchos monumentos que se habían levantado en su honor. Malicioso y divertido, Don Alfonso se detuvo frente a una arca, que había colgada en la iglesia del monasterio de Las Huelgas. El Cid había entregado aquel cofre como garantía a dos banqueros judíos. Supuestamente se hallaba llena de ricos tesoros. Pero después se demostró que no contenía más que arena; el héroe juzgó que bastaba su palabra. De este modo el Cid con su arca había dado un claro ejemplo de cómo los caballeros debían tratar con los buhoneros judíos.

Don Raimúndez de Aragón no mostró ninguna prisa en empezar la batalla. Siempre se le había considerado un hombre irresoluto. Pero aquella espera atormentaba al rey Alfonso, y hablaba a Doña Leonor de ser el primero en atacar.

Pero Doña Leonor no guardó silencio al respecto por mucho tiempo. Con claras palabras le expuso que el reino todavía no había olvidado la derrota de Sevilla. Incluso si era el primero en atacar, la gente murmuraría en contra de una nueva guerra. En tales circunstancias, atacar y ponerse en una situación desventajosa seria un disparate. Don Alfonso aceptó aquellas duras palabras.

Por fin, Jehuda llegó a Burgos. Había comprendido enseguida todo el peligro que entrañaba la noticia de la muerte de Fernán de Castro. Con desesperado enojo, se echaba a sí mismo la culpa de lo sucedido. Sus cálculos habían resultado erróneos. Debería haberse quedado en Toledo y detenido al rey. Su intuición le había fallado.

Sin embargo, aquel hombre decidido no abandonaba la esperanza de poder evitar la guerra. Enseguida se puso en marcha hacia Toledo. Tuvo noticias de que Alfonso se encontraba en Burgos y, dando la vuelta, galopó hacia Burgos.

Se hizo anunciar a Don Alfonso, quien, utilizando toda clase de pretextos, no le recibió. Pero Doña Leonor lo mandó llamar.

Jehuda, en presencia de aquella mujer inteligente, hizo nuevo acopio de valor.

—Si Vuestra Majestad lo autoriza —propuso—, viajaré a Zaragoza e intentaré aplacar al rey. Cuando estuve en su campamento me escuchó con amabilidad y buena disposición.

—Desde entonces las cosas han cambiado —dijo Doña Leonor. Don Jehuda repuso precavido:

—Desde luego, no podría presentarme ante él con las manos vacías.

—¿Qué podrías ofrecer?

—Quizás cabría considerar —dijo con todavía más precaución Don Jehuda— que Don Alfonso renunciara a la tan discutida soberanía de Castilla.

—La soberanía de Castilla no se discute —dijo Doña Leonor con frialdad y exclamó—: ¡Antes la guerra! —y dirigió a Jehuda una mirada tan extraña y despectiva que éste se dio cuenta de que estaba hecha de la misma naturaleza que el rey. Tampoco ella quería renunciar por nada en el mundo a aquel título y a aquel derecho vacíos, caballerescos y ridículos. También ella consideraba la reflexión razonable y los planes propios de mercachifles.

Cuando, por fin, Don Alfonso recibió a Jehuda, le dijo burlón:

—Has puesto mucho celo e invertido mucho cerebro en arreglar astutos contratos en Zaragoza y en Toulouse, Escribano. Ya ves ahora cuán poco valor tienen. No me has

traído suerte, Don Jehuda. Por lo menos, sé útil y consígueme dinero. Me temo que necesitaremos mucho dinero.

Don Alfonso se reunió con sus oficiales. Había aprendido el oficio de la guerra y estaba decidido a no poner las cosas fáciles a Aragón. Reconoció claramente que todas las ventajas se hallaban del lado del enemigo, pero mantuvo la confianza en sí mismo. Como caballero cristiano, dejaba su destino en manos del Todopoderoso, que no permitiría que su amado Alfonso de Castilla se malograra.

Y Dios premió su confianza. Don Raimúndez de Aragón murió repentinamente cuando sólo contaba cincuenta y siete años de edad. En la flor de su vida, en medio de la victoria de Provenza, Dios golpeó su corazón y lo quitó de en medio antes de que pudiera hacer ningún daño a su sobrino de Castilla.

La situación de Alfonso cambió absoluta y felizmente. El sucesor al trono de Aragón, el infante Don Pedro, de diecisiete años de edad, no era como su padre. Don Raimúndez había extendido su reino mediante la política; había conquistado títulos y tierras en la Provenza por medio de la astucia y utilizado la fuerza militar sólo cuando estaba seguro de la victoria; se humillaba ante sus grandes sin ninguna clase de vergüenza si así podía conseguir su dinero y sus servicios. Al joven Don Pedro, todas estas mañas le parecían subterfugios indignos de un caballero y veía en su primo de Castilla, como otros muchos, la imagen verdadera del caballero cristiano.

El peligro de que declarara la guerra a Don Alfonso era menor.

—¡Dios está conmigo! —se regocijó ante su reina. Y ante Jehuda se jactó:

—¡Ya lo ves!

Doña Leonor, sonriendo para sí, participó de su desenfrenada alegría. Siempre había deseado de todo corazón una firme alianza entre Castilla y Aragón, y aunque en ningún modo quería ni de pensamiento renunciar a los derechos de soberanía de Castilla, deseaba impedir por todos los medios que de estos requerimientos surgieran nuevas controversias.

Había heredado en grado suficiente la astucia política de su padre y de su madre para saber que Castilla, por sí misma, nunca podría convertirse en un gran reino como el Gran Imperio Romano de Occidente, el inglés o el franco. En épocas anteriores, Castilla y Aragón habían estado unidas, y el titular de ambas coronas se había podido llamar con justicia emperador de Hispania. Doña Leonor había sufrido mucho a lo largo de aquellos años a causa de las disputas entre el rey Raimúndez y Alfonso. Estaba dispuesta a poner fin a estas peleas y volver a unificar con sólidos lazos ambos reinos.

Para este propósito había un buen medio. Doña Leonor no había proporcionado un heredero al trono pero había dado a luz tres infantas, de modo que aquel que se casara con la mayor, Berengaria, de trece años de edad, tenía grandes posibilidades de heredar Castilla. Siempre se había considerado lo más indicado prometer a la infanta con el príncipe heredero de la corona de Aragón para que en el futuro volviera a haber un solo señor que llevara las coronas de ambos reinos. Y si el compromiso no se había establecido hacía tiempo, la única culpa la tenía la profunda aversión mutua que sentían los reyes entre si. Ahora había desaparecido el obstáculo, se podía comprometer a la infanta con el joven Pedro, y a éste, un rendido admirador de Alfonso, sería fácil convencerlo de que reconociera la soberanía de su suegro, a quien, llegado el momento, sucedería en el trono.

Don Alfonso escuchó con amabilidad y ligera impaciencia la exposición que la reina le hizo de sus planes:

—Muy bien, muy astuto, mi sabía Leonor —le dijo—, pero todavía tenemos tiempo. El joven todavía no ha sido nombrado caballero. Mi tío Raimúndez no consiguió vencer su orgullo y pedirme este servicio. Creo que será mejor invitar primero a Don Pedro para que tome de mi mano la espada y la dignidad. Lo demás vendrá por sí solo.

Una vez decidido, la pareja real viajó con cierta pompa a Zaragoza para asistir a los solemnes funerales de Don Raimúndez.

El joven rey Don Pedro mostró a Alfonso aquella alegre devoción que todos habían esperado. Y manifestó una ardiente admiración a Doña Leonor. Era una gran dama, como aquéllas a quienes los poetas cantaban, de una belleza adorable, por la que los caballeros ardían de puro amor mientras ella permitía que aquel amor la honrara.

Doña Leonor hizo suya la opinión de Don Alfonso: no había que precipitar las cosas. Sólo de un modo general, con vagas palabras, insinuó que tanto ella como Don Alfonso proyectaban una relación todavía más estrecha con el primo de Aragón. Y mostraba para con él una actitud de confiada camaradería, al mismo tiempo ligeramente maternal. El delgado y joven príncipe comprendió enseguida y se sonrojó hasta la raíz del cabello. No sólo le atraía la idea de verse tan estrechamente ligado al viejo y probado caballero sino que además veía brillar fascinadora en el futuro la corona de emperador de los reinos hispánicos unidos. Besó la mano de Doña Leonor y repuso:

—No hay ningún poeta, señora, que pueda encontrar palabras para cantar mi felicidad.

Aparte de esto no se habló de cuestiones de gobierno ni de las relaciones entre los reinos de Castilla y Aragón. Pero no se hablaba de otra cosa que del ingreso de Don Pedro en la caballería. Tenía diecisiete años, la edad adecuada, y era aconsejable que la ceremonia tuviera lugar antes de la coronación. Don Alfonso invitó al príncipe a

desplazarse a la ciudad de Burgos para la ceremonia en la que sería armado caballero. Él mismo lo nombraría caballero con toda pompa, como correspondía a los dos más grandes príncipes de Hispania.

Feliz, Don Pedro aceptó la invitación.

En Burgos se llevaron a cabo grandes preparativos. Don Alfonso trasladó toda su corte allí. Doña Leonor consideró que había que invitar a los hijos del Escribano. El rey, aunque no muy convencido, cedió.

Cuando el heraldo entregó la invitación para los tres Ibn Esra en el castillo, Jehuda fue presa de una intensa sensación de triunfo. De un modo suntuoso, acompañado de un séquito considerable, él y los suyos viajaron a Burgos.

Don Garcerán y un joven señor de la corte de Doña Leonor se sintieron gozosos de mostrar a Doña Raquel y a su hermano la antigua ciudad. El muchacho Alazar muy receptivo a todo aquello que tuviera de ver con la caballería, contemplaba con avidez los numerosos monumentos al Cid Campeador su sepulcro monumental, sus armas, el equipo de su caballo.

Pero todavía entusiasmaron más al muchacho los preparativos para los juegos. Ya se habían colgado los blasones de los caballeros que se habían inscrito en el gran torneo. También tendría lugar un campeonato de tiro con ballesta. Alazar, orgulloso de su magnífica ballesta musulmana, decidió enseguida participar con infantil asombro, permanecía frente a la cerca donde se guardaban los toros para la gran lucha.

El banquete en honor de Don Pedro se celebró en el castillo de los reyes, en aquel castillo que había dado nombre a las tierras de Castilla. Era un edificio antiguo, desangelado y sobrio. Para la ocasión se habían cubierto los suelos con alfombras y se habían esparcido rosas por las escaleras. Las paredes estaban cubiertas de tapices que representaban escenas de lucha y de caza; Doña Leonor los había hecho traer de su patria francesa. Sin embargo, todos aquellos esfuerzos no podían dar a aquel grave edificio ni el más ligero asomo de alegría.

En las salas principales del castillo, así como en el patio del mismo, se habían instalado grandes mesas y muchas mesitas. El príncipe de Aragón había traído consigo a su alfaquí, Don Joseph Ibn Esra, y a él y a Don Jehuda los instalaron en una de las mesas del patio. No era precisamente un lugar de honor pero respetar el protocolo en la mesa en este tipo de festividades era algo muy difícil.

La ciudad de Burgos tenía mala fama a causa de su inhospitalario clima, e incluso en aquellos días de junio el patio del castillo resultaba desagradablemente frío. Los braseros no daban suficiente calor y la falta de comodidad recordó a los dos señores

judíos durante toda la comida que en el interior del castillo se estaba mejor. Pero no permitieron que se notara el disgusto que les había producido aquella humillación, ni siquiera ante sí mismos, sino que hablaron con excitación sobre las felices consecuencias que tendría el entendimiento de Castilla con Aragón: el intercambio de mercancías sería más fácil, y la economía en general cobraría nueva vida.

Don Jehuda miró varias veces a su hija durante esta conversación. Su inteligente hija probablemente había notado que el señor aragonés de segundo rango en la nobleza, que le habían dado como compañero de mesa, no era el mejor que podrían haberle encontrado; pero, al parecer no le resultaba desagradable conversar con él.

Alazar por su parte, mantenía una alegre conversación con los adolescentes de la alegre mesa de los jóvenes.

Una vez terminado el banquete, se reunieron en el interior del castillo. A lo largo de las paredes se habían levantado estrados. En ellos, tras bajos antepechos, se sentaban las damas. Los señores hablaban con ellas desde abajo. Doña Raquel estaba sentada en la segunda fila, a menudo oculta por la dama que se sentaba delante de ella. Don Garcerán llamó la atención del rey sobre ella. También otros de sus jóvenes señores le habían hablado igualmente de la sorprendente y despierta hija de su judío y sentía curiosidad. Se puso de pie cuando Don Garcerán se la mostró, la vio desde bastante lejos, pero con su aguda vista, y a pesar de que sólo le echó una mirada, pudo ver claramente sus rasgos. Su delgado rostro, de un color tostado claro, en el que destacaban los grandes ojos, enmarcado firmemente por el tocado de anchas alas, tenía un aspecto infantil, el pecho y el delicado cuello sobresalían jóvenes del corpiño escotado y ribeteado de pieles.

—Pues si —dijo Don Alfonso—, muy guapa.

Doña Leonor que era una buena anfitriona, se había dado cuenta de que no se estaba tratando a Don Jehuda con la deferencia que se debía al Escribano Mayor. Por medio de un paje, le rogó que se acercara, le hizo las corteses preguntas de costumbre, si lo estaba pasando bien, si era bien atendido, y le animó a que le presentara a sus hijos.

Doña Raquel miró a la reina directamente a la cara sin disimular su curiosidad, y a Doña Leonor la incomodó un poco que la judía no se sintiera azarada ante su reina. También las puntas de su corpiño y el damasco verde de su vestido era demasiado suntuoso para una muchacha joven. Pero Doña Leonor era la anfitriona y respetó las reglas de la *courtoisie*, mantuvo una actitud amable y dio a entender a Don Alfonso que dirigiera unas palabras atentas a los hijos de su ministro.

El joven Alazar se sonrojó cuando el rey se dirigió a él. Veía reflejarse en Alfonso las virtudes de los héroes. Respetuoso e ingenuo, preguntó si Don Alfonso participaría

en los juegos, y le contó que él, Alazar se había inscrito para la competición de tiro con ballesta.

—Mi ballesta la hizo con sus propias manos Ibn Ichad, el famoso fabricante de ballestas de Sevilla —dijo orgulloso—. Ya verás, mi señor tus caballeros no lo tendrán fácil.

Don Alfonso reconoció en aquel muchacho, interiormente divertido, al digno hijo de su arrogante Escribano.

Su conversación con Doña Raquel no transcurrió con tanta facilidad. Intercambiaron en latín un par de frases sin significado. Mientras tanto, ella lo contemplaba con sus grandes ojos de un gris azulado, examinándolo tranquilamente, y también a él le resultó desagradable su falta de azoramiento. Buscando un tema, le preguntó:

—¿Entiendes lo que mis juglares cantan? —Los juglares, sus juglares, cantaban en castellano. Doña Raquel contestó honestamente y con precisión:

—Muchas cosas las entiendo. Pero no puedo seguir sin dificultades su latín vulgar.

Latín vulgar era la denominación corriente del lenguaje del pueblo, y probablemente aquella extranjera no quería decir nada ofensivo. Pero Alfonso no dejó que la lengua de su reino quedara en mal lugar y la corrigió:

—Nosotros llamamos a esta lengua castellano. Muchos cientos de miles de buenas gentes, casi todos súbditos míos, la hablan.

Apenas había pronunciado estas palabras se sintió innecesariamente estricto y pedante, y desvió el tema:

—Por cierto, el reino de Castilla toma su nombre precisamente de este castillo. Desde aquí, el conde Fernán González la fue conquistando. ¿Te gusta el castillo?

Y mientras Doña Raquel buscaba una respuesta, añadió, ahora en árabe:

—Es muy antiguo y está lleno de recuerdos.

Doña Raquel, acostumbrada a decir lo que pensaba, contestó:

—Si es así, comprendo que te guste este castillo, mi señor.

Esto incomodó a Don Alfonso. ¿Acaso creía que un castillo tan antiguo y famoso sólo podía gustar a aquel que se sintiera unido a él por cuestiones personales? Quería encontrar una respuesta maliciosa. Pero, en definitiva, Doña Raquel era su invitada y no era asunto suyo enseñarle *courtoisie* a la hija del judío. Se puso a hablar de otra cosa.

Sin la intervención de Don Manrique, difícilmente se habría permitido al joven judío Don Alazar participar en la competición de tiro con ballesta a pesar de ser hijo del Escribano. Pero de este modo pudo participar y obtuvo el segundo premio. La franqueza y la amable fogosidad del muchacho, su alegría al recibir el premio, su

vergüenza por haber conseguido tan sólo el segundo puesto, lo orgulloso que estaba de su ballesta, que realmente no tenía par en Burgos, todo aquello le ganó, aunque no quisieran, el aprecio de los demás.

El rey le felicitó. Alazar estaba en pie ante él, feliz, pero visiblemente atormentado por tremendas dudas. Entonces, con decisión, le alargó su ballesta a Don Alfonso y le dijo:

—Aquí la tienes, mi señor. Si te gusta, te la regalo.

Alfonso se quedó sorprendido. El muchacho era muy distinto a su padre; no estaba apegado al dinero y a los bienes, poseía una de las grandes virtudes propias de los caballeros, la largueza.

—Eres un gallardo muchacho, Don Alazar —lo alabó. El muchacho le contó confiado:

—Debes saber mi señor que no fue mío el mérito al ganar. Desde los cinco años me ejercito en el tiro con ballesta. Aquel que no es un buen tirador no es aceptado por los musulmanes en ninguna orden de caballería.

—¿Se exige esto en serio? —preguntó Don Alfonso.

—Ciertamente, mi señor —contestó Alazar, y enumeró las diez virtudes de un caballero musulmán, en un fluido árabe, tal y como había tenido que aprenderlo:

—Bondad, valentía, amabilidad y tacto, estar dotado para la poesía, para la retórica, la fuerza y la salud del cuerpo, la habilidad para cabalgar, para arrojar lanzas, para batirse con el sable y para disparar con ballesta.

A Don Alfonso le pasó por la cabeza el pensamiento de que, de ser así, con los pocos conocimientos que tenía de poesía y de retórica, tendría pocas posibilidades de ser aceptado en una orden de caballeros musulmanes.

El tercer día tuvieron lugar las corridas de toros. Sólo podían participar en estos juegos los más nobles de entre los grandes. A los prelados se les había prohibido participar desde que Eusebio, obispo de Tarragona, fuese gravemente herido en una corrida; lo cual lamentaba el arzobispo Don Martín, que habría participado gustoso en este ejercicio caballeresco.

En una tribuna, rodeado de los primeros del reino, Don Alfonso, acompañado de su reina, asistió a los juegos. Estaba de buen humor; contemplar la lucha de los hombres con los toros le caldeaba el corazón.

En otras tribunas y en los balcones de las casas que había en derredor estaban las engalanadas damas, entre ellas Doña Raquel. De nuevo se hallaba sentada detrás de las otras, medio escondida, pero la aguda mirada de Don Alfonso la espiaba, y se dio cuenta de que la mirada de ella no siempre seguía la corrida, sino que a veces se dirigía a él. Recordó cómo aquella jovenzuela, casi tan insolente como su padre, le

había dicho abiertamente que no le gustaba el castillo del rey. Y de pronto le entraron ganas de participar en los juegos. No quería decepcionar a aquel agradable muchacho que había querido regalarle su ballesta y debía mostrar sus cualidades a su joven primo que lo admiraba tanto. Era evidente que debía retar al toro y vencerlo.

Don Manrique le suplicó que no pusiera en peligro su sagrada vida en una lucha inútil y que sólo tenía el carácter de un juego. Doña Leonor le rogó que desistiera de ello. Don Rodrigue le recordó que desde Alfonso VI ningún rey de Hispania había participado en una corrida de toros. El arzobispo Don Martín lo conminó a dominarse como debía hacer él mismo. Pero Don Alfonso, bromeando, lleno de juvenil alegría, no quiso aceptar ningún pretexto.

Había arrojado el manto real, ya le estaban vistiendo una cota de mallas anchas. Y las trompetas ya sonaban, y el heraldo anunció:

—Al próximo toro se enfrentará Don Alfonso, rey de Toledo y Castilla por la gracia de Dios.

Tenía muy buen aspecto cuando se acercó a caballo a las barreras, no llevaba la pesada armadura sino tan sólo la ligera cota de mallas, el cuello y la cabeza libres, el pelo rubio rojizo, sujeto por el casco de hierro. Era un magnífico jinete y estaba compenetrado con su caballo hasta el más mínimo movimiento. Pero, a pesar de toda su pericia, falló los tres primeros golpes, y la tercera vez la situación tomó un cariz tan peligroso que todos gritaron. Pero en un instante había recuperado rápidamente el dominio sobre si mismo y sobre el caballo. Con voz resonante gritó:

—¡Por ti, Doña Leonor!

Y el cuarto golpe fue definitivo.

Por la noche, en el baño, Doña Raquel le contó al ama Sa'ad:

—Es muy valiente Don Alfonso. Fue como en la historia del comerciante Achmed, el viajero, cuando penetró en la cámara interior para enfrentarse al monstruo. No me gustan las corridas de toros, y me parece bien que en nuestra Sevilla hayan dejado de hacerse. Pero para estos cristianos quizás sean lo más adecuado; y fue maravilloso ver cómo su rey se lanzaba al galope contra el toro salvaje. Antes de dar el último golpe movió los labios, lo vi con toda claridad. El comerciante Achmed, antes de penetrar en la cámara interior, recitó la primera azora del Corán; probablemente también este rey ha recitado un versículo santo. Y le ha servido de ayuda. Tenía el aspecto del frescor de la mañana y parecía muy feliz cuando el animal se derrumbó. Es un héroe. Pero no es un verdadero caballero. Para ello le faltan algunas de las virtudes importantes. Es poco diestro en la conversación y no tiene ningún sentido de la poesía. De no ser así, su castillo viejo y tétrico no le gustaría tanto.

Don Alfonso y Doña Leonor no consideraron pertinente enturbiar la festividad de aquellos días con conversaciones en las que se trataran temas conflictivos y se intentara buscarles solución, de manera que la cuestión del compromiso matrimonial y del vasallaje quedaron en suspenso.

Terminó la semana de los festejos. El gran día había llegado, el día del *adoubements*, el día en que Don Pedro sería armado caballero, el día en que recibiría el espaldarazo.

Por la mañana, el joven príncipe tomó un festivo baño de purificación. Dos sacerdotes lo vistieron. El traje era rojo como la sangre que el caballero debería derramar para defender a la Iglesia y el orden establecido por Dios; los zapatos eran marrones como la tierra en la que algún día sería enterrado; el cinturón era blanco como la pureza de los ideales que debía jurar defender.

Todas las campanas repicaron cuando el joven señor fue conducido por las calles cubiertas de pétalos de rosas a la iglesia de Santiago. Allí, rodeado por los grandes y las damas de Castilla y Aragón, le esperaba Don Alfonso. Los escuderos pusieron el casco a Don Pedro, emocionado por la festividad; le vistieron la cota de mallas; le entregaron el escudo triangular: ahora se hallaba en poder de las armas para defenderse. Le ciñeron la espada: ahora poseía el arma para atacar. Dos nobles doncellas le colocaron las espuelas doradas: ahora podría cabalgar en la batalla por la justicia y la virtud.

Así pertrechado, cayó Don Pedro de rodillas, y el arzobispo Don Martín rogó con estridente voz:

—Padre nuestro que estás en los cielos, que nos has ordenado utilizar la espada en la tierra para castigar la maldad, y que para proteger la justicia has instituido la caballería cristiana: haz que éste, tu servidor no utilice jamás su espada contra un inocente, pero sí y siempre para defender tu justicia y el orden que tú has establecido.

Don Alfonso recordó el momento en que él, muy joven todavía, y después de haber regado las calles de Toledo con la sangre de los rebeldes, fue admitido entre los caballeros. La ceremonia tuvo lugar en la catedral de Toledo, ante la estatua de Santiago. El mismo apóstol le había nombrado caballero. Quizás era verdad, como sospechaban los escépticos, que la imagen sólo le había dado el espaldarazo mediante un ingenioso mecanismo automático. Pero quizás, tal como el arzobispo le aseguraba, en aquel sublime momento, la imagen del apóstol había cobrado vida realmente por un momento. ¿Por qué no iba a acudir el mismo Santiago a dar el espaldarazo al joven rey de Castilla?

Con compasión y desprecio miró hacia abajo, a su joven primo, que permanecía humildemente de rodillas ante él. ¡La de cosas que él ya había hecho cuando no contaba

muchos más años que aquel joven! Ricos-hombres rebeldes le habían exigido garantías juradas a las que supuestamente tenían derecho; pero él, puesto que era rey de Toledo y Castilla por la gracia de Dios, les había contestado iracundo, con una voz que todavía tenía resonancias infantiles.

—¡No, no! —Y había añadido—: ¡De rodillas, canallas, malditos grandes!

Y lo habían amenazado con la espada desnuda y habían mandado tropas contra él, una y otra vez. Había sostenido batallas con verdaderos enemigos e intercambiado con ellos heridas también muy reales. Pero aquel joven que se encontraba de rodillas ante él, su joven primo, no era más que el desgraciado rey de Aragón, y aquel muchacho estúpido no pondría ninguna objeción cuando tuviera que pronunciar, ante sus insolentes grandes, el desvergonzado juramento que los barones aragoneses exigían al que llamaban rey: «Nosotros, que somos más que tú, te elegimos para que seas nuestro rey con la condición de que respetes nuestros derechos y libertades. Y elegiremos a un compromisario que deberá tener más poder que tú para que haga de intermediario entre tú y nosotros. ¡Si no, no!».

Era una gran merced que se dignara aceptar a un «rey» así como futuro esposo de su infanta y como su sucesor y era muy poco exigirle a cambio que él, Alfonso, ejerciera hasta el fin de sus días la soberanía sobre toda Hispania.

Don Pedro, lleno de una profunda y caballeresca devoción, pronunciaba el juramento:

—Prometo solemnemente que nunca utilizaré mi espada para herir a un inocente, pero sí para defender siempre la justicia y el orden sagrado establecido por Dios.

Inclinó la cabeza esperando el espaldarazo humillante y solemne que grabaría en él para siempre su juramento caballeresco.

Y sintió el golpe. Don Alfonso lo golpeó con la hoja plana de su espada en los hombros, no muy fuerte, pero si lo suficiente como para que el golpe fuera dolorosamente perceptible a través de su cota de mallas.

Don Pedro encogió los hombros involuntariamente, levantó la cabeza, quería rebelarse. Pero Don Alfonso lo mantuvo de rodillas y le dijo:

—No, señor primo, todavía no. Vamos a unir en una sola ceremonia la de investidura con la del vasallaje. ¡Dadme la bandera! —ordenó. Mientras esperaba la bandera se quitó el guante de la mano derecha, después, con la bandera de Castilla en la mano izquierda, dijo:

—Puesto que éste ha sido tu deseo, primo mío, Don Pedro de Aragón, te tomo como a mi buen vasallo y me comprometo fielmente a protegerte, siempre que me necesites. Que Dios me ayude.

No habló muy alto, pero su voz dominante llenó la iglesia.

El joven Pedro, todavía afectado por los grandes acontecimientos, las humillaciones, su nombramiento como caballero y el espaldarazo, no sabía qué le estaba sucediendo.

Doña Leonor sólo le había insinuado la perspectiva del compromiso con la infanta y de ser el heredero de Castilla. ¿O había hecho algo más, le había prometido algo? ¿Y qué significaba este segundo juramento, el juramento de vasallaje? ¿Se había obligado sin saberlo a causa de sus palabras poco diestras? ¿Podía permitirse siquiera estas consideraciones desconfiadas? Acababa de prometer la obediencia caballeresca. ¿Y ya estaba fracasando en la primera prueba?

Entonces sé arrodilló el joven caballero ante el de más edad, y éste, con voz masculina y potente, exigió:

—Y ahora, Don Pedro, como signo de que quieres servirme con fidelidad y temor de Dios siempre que te necesite y te llame, bésame la mano.

Y alargó la mano al que estaba de rodillas.

Un silencio casi físico reinaba en la iglesia atiborrada de gente. Los señores aragoneses estaban consternados. Durante más tiempo de lo que dura la vida de un hombre, Aragón se había librado del molesto vasallaje. ¿Por qué había aceptado el joven rey pronunciar el insultante juramento ante el rey de Castilla? ¿Se habían intercambiado documentos para un compromiso matrimonial?

Don Pedro seguía de rodillas ante la mano exigente. Los que estaban más lejos se esforzaban en ver lo que sucedería ahora.

Y entonces sucedió. El joven rey de Aragón besó la mano derecha del hombre que sostenía con la izquierda la bandera de Castilla. Y éste le entregó el guante, y el aragonés lo tomó.

Poco tiempo después, al salir de la oscuridad de la iglesia a la claridad del día, al aire libre, rodeado de sus señores que guardaban un silencio sombrío, despertó Don Pedro de su sueño y salió de su éxtasis y se dio cuenta de lo que había sucedido, de lo que había hecho.

Pero ¿lo había hecho él realmente? El otro lo había cogido por sorpresa, lo había atraído hacia una desvergonzada trampa. ¡Aquel hombre tan respetado, espejo de los valores de la caballería, se había aprovechado de la santa ceremonia de la investidura y del espaldarazo para jugarle desvergonzadamente una mala pasada!

Después de la ceremonia en la iglesia estaba prevista una fiesta popular. El séquito de honor formado por barones castellanos, ya estaba esperando, pero:

—¡Nos marchamos, señores, y ahora mismo! —ordenó Don Pedro a los suyos—. En nuestra capital decidiremos qué sucederá ahora.

Y tumultuosamente y con gran estrépito, sin dignarse dirigir una mirada o un saludo a los castellanos, el joven rey abandonó con su séquito la ciudad de Burgos.

Esta vez, incluso la reina perdió la calma. Ahora ya no habría posibilidad de llevar a cabo la alianza que tanto deseaba. No había sido un acto heroico, sino una impertinencia infantil, querer alcanzar por la fuerza lo que con toda seguridad hubiera podido conseguirse con buenas palabras.

Pero su ira no duró mucho. Alfonso no era hombre que se entretuviera en negociaciones aburridas, quería volar, no trepar dificultosamente. Incluso su padre, el gran rey de Inglaterra y astuto hombre de Estado, tenía estos iracundos arrebatos; no había reprimido aquellas palabras salvajes que habían movido a sus caballeros a asesinar al arzobispo de Canterbury a pesar de la gran tragedia que esto pudiera suponer.

Don Manrique y Don Jehuda solicitaron audiencia. Ella los recibió.

Don Jehuda se sentía lleno de un corrosivo enojo: de nuevo, todo aquello que él había conseguido con tanto esfuerzo y paciencia había sido destruido por la absurda actitud soldadesca del rey. También Don Manrique estaba desolado. Pero Doña Leonor rechazó cualquier reproche contra Alfonso con una actitud propia de una reina, distante y digna. Toda la culpa era del joven Pedro, que tan bruscamente y contra las reglas de la *courtoisie* se había marchado antes de que pudiera aclararse el evidente malentendido.

Don Manrique estuvo de acuerdo en que, ciertamente, habría sido más educado que el joven señor se hubiera quedado en Burgos. Pero aquel necio joven descortés era además el rey de Aragón. Sin duda, ahora aceptaría como vasallo a Gutierre de Castro, y la guerra, que habría tenido que esperar un momento más propicio, se declararía de inmediato.

Jehuda dijo precavido:

—Quizás todavía debería intentarse aclarar el malentendido.

Y como Doña Leonor seguía guardando silencio, añadió:

—Si hay alguien que pueda aclarar al muchacho de Aragón su error y calmar su ira, esa eres tú, señora.

Doña Leonor reflexionó.

—¿Querréis ayudarme a redactar un mensaje? —preguntó.

Don Jehuda, con todavía mayor cautela, repuso:

—Me temo que un mensaje no sea suficiente.

Doña Leonor enarcó las cejas.

—¿Debo viajar yo misma hasta Zaragoza? —preguntó.

Don Manrique acudió en ayuda de Don Jehuda.

—No hay ningún otro medio —dijo.

Doña Leonor permaneció en silencio, orgullosamente encerrada en sí misma. Don Jehuda empezaba ya a temer que su orgullo vencería sobre su sentido común. Pero tras una pausa, ella prometió:

—Quiero pensar qué es lo que puedo hacer sin manchar la dignidad de Castilla.

Ante Don Alfonso permaneció en silencio, no le hizo ningún reproche, esperó a que fuera él quien hablara. Y pronto acudió a ella quejándose:

—No sé qué es lo que le pasa a todo el mundo. Todos andan a mi alrededor como si tuvieran que habérselas con un enfermo. Al fin y al cabo, no es mi culpa que este muchachito haya escapado sencillamente. Su padre debería haberlo educado mejor.

—Puesto que todavía es tan joven —dijo conciliadora doña Leonor—, no hay que tener en cuenta su falta de *courtoisie*.

—Como siempre, eres demasiado indulgente, Doña Leonor —contestó él.

—Parte de la culpa quizás la tenga también yo —siguió ella—, debería haber hablado antes con él acerca del vasallaje. ¿Y si procurara enmendar lo que se ha hecho mal? ¿Y si fuera a Zaragoza para aclarar el malentendido?

Alfonso enarcó las cejas.

—¿No será demasiado honor para un joven sinvergüenza? —preguntó.

—No deja de ser el rey de Aragón —repuso Doña Leonor—, y habíamos pensado prometerle en matrimonio a nuestra infanta.

Alfonso sintió un ligero disgusto y un gran alivio. ¡Qué suerte tener a su Leonor! Con sencillez, y sin utilizar ampulosas palabras, se disponía a arreglar lo sucedido. Le dijo:

—Eres la reina adecuada para unos tiempos que requieren tantos rodeos y astucias. Yo soy y seguiré siendo un caballero. No tengo paciencia. Sé que no siempre te resultan fáciles las cosas conmigo, Doña Leonor.

Pero el resplandor de su rostro claro y juvenil manifestaba su dichoso agradecimiento con mucha mayor intensidad que sus palabras.

Antes de partir hacia Aragón, Doña Leonor se reunió con Jehuda y con Manrique de Lara. Estuvieron de acuerdo en la propuesta que se plantearía en Zaragoza: Castilla retiraría su guarnición de Cuenca y se obligaba a no mandar más tropas a la frontera con el condado de Castro, pero, por su parte, Aragón debía evitar o impedir otras acciones hostiles de los Castro. Si Gutierre de Castro se declaraba vasallo de Aragón,

Castilla lo aceptaría, pero sin renunciar a sus exigencias. En lo tocante a la soberanía de Castilla sobre Aragón, esta cuestión quedaría aplazada, y la ceremonia que ya había tenido lugar no cambiaba nada, ya que jurídicamente la obligación de protección de Castilla sólo entraría en vigor cuando Aragón pagara los acostumbrados cien maravedíes de oro, y Castilla no iba a exigir este pago.

En Zaragoza, el joven rey recibió a Doña Leonor con gran *courtoisie*, pero no ocultó la furiosa decepción que le había causado lo ocurrido en Burgos; Ella no disculpó a su Alfonso. Pero expuso al joven rey cuánto sufría Alfonso bajo aquella larga tregua con Sevilla, de cuya necesidad le habían convencido sus exageradamente precavidos ministros. Su corazón deseaba reparar la derrota de Sevilla y dar a la cristiandad nuevas victorias sobre los infieles. La feliz alianza con Aragón, que parecía tan próxima, se lo habría permitido, y por este motivo se había precipitado, dejándose llevar por su impaciencia caballeresca. Ella comprendía a ambos príncipes. A Don Alfonso y a Don Pedro. Lo miró abiertamente, cariñosa, maternal, femenina.

Sólo con esfuerzo pudo Don Pedro conservar la digna actitud de rechazo, como correspondía a un caballero ofendido, ante la generosidad y la amabilidad de aquella dama, y dijo:

—Señora, suavizas el insulto que él me ha infligido. Te lo agradezco. Deja que tus consejeros negocien con los míos.

Doña Leonor, al despedirse de Don Pedro, volvió a hablar como entonces, con dulces y femeninas palabras, de una unión más estrecha de las casas de Castilla y Aragón. Don Pedro se sonrojó.

—Te venero, señora —dijo—, y cuando por primera vez me concediste la gracia de tu sonrisa, mi corazón floreció. Pero ahora ha llegado un cruel invierno y todo está congelado. —Y añadió con esfuerzo—: Daré indicaciones a mis consejeros para que acepten las propuestas de Castilla en honor tuyo. Mantendré la paz con Don Alfonso. Pero él ha sido quien ha destruido la alianza. No quiero emparentar con él y no quiero entrar en batalla a su lado.

Doña Leonor volvió a Burgos. Don Alfonso se dio cuenta de que había conseguido algo grande: la guerra se había evitado.

—Eres una gran dama, Leonor, muy inteligente —la alabó—. Eres mi reina y mi esposa.

Y esa noche Don Alfonso amó a la mujer, que le había dado ya tres hijas, como en la primera noche que la conoció.

Capítulo V

«MEDIO siglo después de que Jerusalén cayera en poder de los musulmanes, Godofredo de Bouillon reconquistó la ciudad para los cristianos e instauró allí el reino de Jerusalén». Pero el dominio de los cristianos duró solo ochenta y ocho años; después, los musulmanes tomaron de nuevo la ciudad.

El hombre que esa vez guió a los musulmanes a Jerusalén era Yusuf, llamado Saladino, Salvador de la fe, sultán de Siria y Egipto, y la batalla con la que consiguió la victoria definitiva tuvo lugar en las cercanías del monte Hattin, al oeste de Tiberíades. Un historiador musulmán cuyo nombre era Imad ad-Din, fue testigo ocular de esta batalla. Era amigo de Musa Ibn Da'ud, y describía a éste lo sucedido en una detallada carta.

«Los caballeros acorazados enemigos —escribía— eran intocables mientras permanecían en sus sillas, ya que estaban protegidos de la cabeza a los pies por sus camisas tejidas con mallas de hierro. Pero en cuanto caía el caballo, el caballero estaba perdido. Parecían leones al principio de la batalla y ovejas dispersas cuando terminó.

»Ninguno de los infieles escapó. Eran unos cuarenta y cinco mil: no llegaron a quince mil los que sobrevivieron, y los que no murieron fueron hechos prisioneros. Todos cayeron en nuestras manos, el rey de Jerusalén y todos sus condes y sus grandes. Las cuerdas de las tiendas no eran suficientes. Vi a treinta o cuarenta atados a la misma cuerda; vi a más de cien vigilados por un solo hombre. Lo vi con mis propios y benditos ojos. Alrededor de treinta mil fueron ejecutados, pero todavía seguía habiendo tantos prisioneros que los nuestros vendían a un caballero prisionero por un par de sandalias. Hacía cien años que no había habido prisioneros tan baratos.

»¡Qué orgullosos y magníficos se habían sentido aquellos caballeros cristianos pocas horas antes! Ahora los condes y los barones se habían convertido en el botín del cazador, los caballeros en comida para los leones, aquellos hombres libres y arrogantes estaban atados con cuerdas y cadenas. ¡Alá es grande! Ellos llamaron a la verdad mentira y afirmaron que el Corán era un engaño: y allí estaban ahora, medio desnudos, con las cabezas inclinadas, derrotados por la mano de la verdad.

»Aquellos ciegos insensatos habían llevado con ellos a la batalla, lo que les es más sagrado, la cruz en la que su profeta Cristo murió. También esta cruz ha caído en nuestras manos.

»Cuando la batalla llegó a su fin, subí meditabundo al monte Hattin. El monte Hattin es un monte desde el cual su profeta Cristo hizo un famoso sermón. Contemplé el campo de batalla. Y entonces me di cuenta de lo que puede hacer un pueblo que tiene la bendición de Alá con un pueblo sobre el que pesa su maldición. Vi cabezas cortadas, cadáveres troceados, miembros amputados; vi por todas partes moribundos y muertos cubiertos de sangre polvo. Y me acordé de las palabras del Corán: "…y exclame el incrédulo: ¡Ojalá fuese polvo!"».

Muchas otras frases semejantes escribió movido por los acontecimientos el historiador Imad ad-Din, y finalizaba: «¡Oh dulce, dulce aroma de la victoria!».

Musa leyó la carta y se sintió preocupado. Desde la pared, en letras cúficas, el viejo proverbio proclamaba: «Una onza de paz es mejor que una tonelada de victoria». Algunos musulmanes, en tiempos de Guerra Santa, habían perdido la vida, acusados de herejes, por amor a este proverbio. Sin embargo, a muchos hombres sabios les gustaba citarlo, y también su amigo Imad, el que había escrito la carta, lo había citado gustoso; ¡él, que una vez incluso estuvo a punto de ser ejecutado por un fanático derviche! ¡Y ahora escribía aquella carta!

Era, tal y como podía leerse en el Gran Libro de los judíos: Jezer Hara, el brote del mal, era poderoso desde el principio. El ser humano se afanaba en perseguir y destruir, golpear y matar, e incluso un hombre tan sabio como su amigo Imad se embriagaba con el vino de la victoria.

¡Ah! Dentro de poco tiempo serían muchos más todavía los que se embriagarían con el vino de la victoria. Porque ahora, estando Jerusalén en manos de los musulmanes, el pontífice de los cristianos no iba a dejar de llamarlos a la Guerra Santa y habría muchos más campos de batalla como el que Imad describía con tan espantosa claridad.

Y así sucedió.

La noticia de la caída de Jerusalén que los cruzados, apenas hacía noventa años, habían conquistado con tan terribles sacrificios, llenó a la cristiandad de un tremendo dolor. En todas partes se rezaba y se ayunaba. Los príncipes de la Iglesia evitaron toda pompa externa para dar ejemplo a los demás por medio de una estricta disciplina. E incluso los cardenales hicieron juramento de no volver a montar a caballo mientras la tierra por la que anduvo el Salvador fuera profanada por los pies de los herejes; y harían mucho más: viviendo de limosnas, recorrerían en peregrinación los reinos cristianos para predicar la penitencia y la venganza.

El Santo Padre proclamó una nueva cruzada para liberar Jerusalén, el centro del mundo, el segundo paraíso. Prometió a cada uno de los que participaran en la cruzada una recompensa en este mundo y en el otro, y proclamó siete años de paz mundial, una *Tregua Dei*.

Él mismo se les adelantó con noble ejemplo y puso fin a su larga lucha con Alemania, con el emperador del Sacro Imperio Romano, Federico. Envió un legado, el arzobispo de Tiro, a los reyes de Francia y de Inglaterra y los exhortó a terminar con sus diferencias. En un apremiante escrito, amonestó a los reyes de Portugal, León, Castilla, Navarra y Aragón para que enterraran sus disputas y se unieran como hermanos para participar a su modo en la cruzada. Debían declarar la guerra a los musulmanes que vivían en la Península y luchar contra el Anticristo de Occidente, el califa Yaqub al-Mansur de Africa.

Cuando el arzobispo le comunicó el contenido del mensaje papal, Don Alfonso convocó al consejo de la corona, a su curia. Don Jehuda, pretextando enfermedad, se mantuvo sabiamente alejado.

El arzobispo indicó con duras palabras que allí, en Hispania, las cruzadas habían empezado antes que en cualquier otro reino hacía más de medio siglo. Inmediatamente después de que la peste de los musulmanes se extendiera por el país, los godos cristianos, los antepasados de los actuales señores allí presentes, habían iniciado las hostilidades.

—¡A nosotros nos corresponde —gritó entusiasmado— continuar con esta tradición, santa y grande! —Y añadió—: ¡*Deus vult*, Dios lo quiere! —Y terminó con el grito de guerra de los cruzados.

Cuán gustosamente habrían respondido todos aquellos señores a su llamada. Todos, incluso Don Rodrigue, normalmente tan amante de la paz, ardían en deseos de hacerlo. Pero sabían que, precisamente ellos, se enfrentaban a impedimentos insalvables. Permanecieron sentados en desolado silencio.

—Yo estuve presente —dijo finalmente el anciano Don Manrique— cuando avanzamos por al-Andalus hasta el mar, y estuve presente cuando el rey, nuestro señor, arrebató a los musulmanes la maravillosa ciudad de Cuenca y también la fortaleza de Alarcos. No hay nada que desee más que el que me sea concedido marchar una vez más contra los infieles antes de que mi cuerpo descanse en una tumba. Pero tenemos ese contrato, el contrato de la tregua con Sevilla, y está firmado con el nombre del rey nuestro señor, y sellado con su blasón.

—Ese escrito deplorable —dijo furioso el arzobispo— en estos momentos es nulo y no tiene validez alguna, y nadie puede censurar al rey, nuestro señor si lo entrega al verdugo para que lo queme. Mi señor, no estás obligado por este contrato —dijo

dirigiéndose a Alfonso—. *Juramentum contra utilitatem ecclesiasticam prestitum non tenet*, un juramento en contra de los intereses de la Iglesia no es válido. Así puede leerse en la compilación de las decretales de los papas de Graciano.

—Así es —corroboró el canónigo, inclinando respetuoso la cabeza—, pero a esos infieles esto no les preocupa. Insisten en que los tratados deben respetarse. El sultán Saladino respetó a la mayoría de sus prisioneros: pero cuando el margrave de Châtillon declaró que había roto la tregua, estando en su pleno derecho porque su juramento no era válido ante Dios ni ante la Iglesia, acordaos, señores, que entonces el sultán lo hizo ejecutar. Si no respetamos el tratado con Sevilla, cruzará el mar desde Africa y caerá sobre nosotros. Y sus soldados son numerosos como las arenas del desierto, y contra ellos no son de ninguna ayuda ni la virtud ni el valor. Así pues, si el rey nuestro señor, apelando al derecho divino de la Iglesia, declara el tratado inválido, esto no redundará en beneficio de la Iglesia, sino en su contra.

Don Martín lanzó a su secretario una mirada furibunda; siempre estaba exponiendo ese tipo de sofismas. Pero Don Rodrigue siguió hablando imperturbable:

—Dios, que conoce el interior de nuestros corazones, sabe cuán dispuestos estamos todos nosotros a vengar la vergüenza de la Ciudad Santa. Pero Dios nos ha dado también la razón para que no aumentemos la desgracia de la cristiandad actuando con precipitación por un exceso de celo.

Don Alfonso reflexionaba iracundo.

—Los africanos acudirán en ayuda de Sevilla —dijo después—, esto es cierto. Pero tampoco yo estaré solo. Los cruzados que lleguen a nuestras costas nos ayudarán si ataco a los musulmanes. Ya nos han ayudado con anterioridad.

—Esos cruzados —observó Manrique— acudirán en grupos aislados, no podrán resistir las tropas disciplinadas y perfectamente organizadas del califa.

Y puesto que el rey no se dejaba convencer, don Manrique tuvo que mencionarle el verdadero motivo que obligaba a Castilla a mantenerse al margen. Le miró a la cara y le dijo despacio y con toda claridad:

—Sólo tienes alguna posibilidad, mi señor, si te aseguras el apoyo de tu primo de Aragón, y debería ser un apoyo incondicional, ofrecido de todo corazón. Don Pedro debería aceptar voluntariamente tu soberanía. Sin un mando superior único, los ejércitos cristianos de nuestra Península no pueden enfrentarse a los del califa.

En el fondo de su corazón, Don Alfonso ya sabía que esto era cierto. No contestó nada. Dio por finalizado el consejo.

Cuando estuvo solo, se dejó llevar por una rabia incontenible. Tenía casi treinta y tres años, había vivido lo que tarda en pasar una generación y no le había sido concedido realizar verdaderas grandes hazañas. Alejandro, a su edad, había

conquistado el mundo. Y ahora se le presentaba la gran oportunidad, una ocasión única, la cruzada, y con argucias irrefutables le impedían alcanzar la fama de un nuevo Cid Campeador.

Pero no iba a permitir que le prohibieran nada. Y aunque aquel joven necio, aquel pilluelo de Aragón, no le reconociera a él como su soberano, se lanzaría a la batalla sin él. Dios le había elegido como cabeza de la parte occidental del mundo y no iba a dejar que le quitaran de las manos esta misión divina. Podría conseguir suficientes refuerzos también sin Aragón. Sólo necesitaría a los cruzados que estuvieran de paso, durante pocos meses, después podrían continuar su viaje hacia Tierra Santa. Sólo con que consiguiera otros veinte mil hombres, además de su ejército, arrasaría todo el sur de al-Andalus y se abriría paso hasta Africa antes de que el califa hubiera podido siquiera reunir su ejército. Y después de aquello, aquel Yaqub al-Mansur lo pensaría dos veces antes de volver a cruzar la frontera de occidente.

Sólo necesitaba dinero, dinero para una campaña que duraría por lo menos medio año, dinero para premiar a los pueblos que le ayudaran.

Mandó llamar a Jehuda.

Jehuda, cuando se proclamó la cruzada, se vio asaltado por graves preocupaciones y al mismo tiempo se sintió lleno de entusiasmo. Allí estaba por fin la gran guerra que todos habían temido, las fronteras entre el islam y la cristiandad eran de nuevo inseguras; su misión, la de Jehuda, se alzaba hacia el cielo. Porque el Escribano del rey de Castilla podía hacer más que otros para mantener la paz en la Península.

De nuevo reconoció cuán grande era la sabiduría de su amigo Musa. Durante toda su vida, Musa le había aconsejado tener confianza, no hacer demasiados cálculos, someterse al destino, ante el cual todos los planes eran vanos. Pero él, Jehuda, no podía dejar de calcular, planear y actuar: Cuando el rey había provocado la guerra con Aragón, él buscó soluciones enseguida, viajó presuroso al norte, cruzando el país, regresó al sur, y se trasladó de nuevo al norte; había negociado e intrigado, e hizo lo mismo por segunda vez; y cuando todos sus planes parecían haber sido en vano, discutió airada y desesperadamente con Dios. Pero el destino, sabio y burlón como su amigo Musa, había convertido precisamente aquello que a él le parecía una gran desgracia en el germen de la victoria. Precisamente aquel grave conflicto con Aragón, que él había intentado solucionar diligentemente, obligaba ahora a Don Alfonso a mantenerse al margen de la guerra. Y no había sido gracias a sus astutos cálculos y argucias, sino que, como fruto del arrogante y alocado comportamiento de Alfonso, brotaba la fortuna y la paz para la Península.

Procedente de Sevilla llegó el librero e impresor Chakam. Era el más importante librero del mundo occidental, trabajaban para él cuarenta escribas, y en su hermosa casa había un apartado especial para los libros de cada ciencia. Le entregó a Don Jehuda, como presente del emir Abdullah, la versión original escrita a mano de la autobiografía del persa Ibn Sina. Ibn Sina, fallecido ciento cincuenta años atrás, era considerado el mayor pensador del mundo islámico; también los cristianos instruidos, que le conocían con el nombre de Avicena, lo tenían en gran estima. Se habían dado encarnizadas luchas en torno al manuscrito que ahora el editor Chakam le entregaba: un califa de Córdoba había asesinado al dueño del manuscrito y a toda su estirpe para apoderarse del mismo. Jehuda no pudo reprimir la alegría que le producía aquel valioso presente del emir, corrió enseguida al encuentro de Musa. Ambos contemplaron con ternura y emoción los caracteres con los que el más sabio de entre los mortales había escrito su vida.

Junto con el presente, el editor Chakam transmitió a Jehuda un mensaje confidencial y oral del emir. El príncipe comunicaba a su amigo que el califa Yaqub al-Mansur se estaba preparando ya para poder trasladar a la Península la vanguardia de su ejército en cuanto tuviera noticia de un ataque a Sevilla; con este objetivo había regresado de oriente a Marrakech. El emir Abdullah estaba convencido de que su amigo Ibrahim tenía tanto interés como él en que se mantuviera la paz; quizás sería conveniente que advirtiera al rey de los infieles.

En todo esto pensaba Jehuda al presentarse ante Don Alfonso.

—Aquí estás por fin, Escribano —lo recibió el rey con maliciosa cortesía—. ¿Te encuentras bien de nuevo, pobre enfermo? Lástima que no pudieras tomar parte en la reunión de mi consejo.

—No habría podido manifestar otra opinión que la del resto de tus otros familiares —repuso Jehuda—. En calidad de Escribano tuyo debo defender tu neutralidad con más celo todavía que ellos, porque debes tener en cuenta, mi señor, que si ahora emprendes la cruzada te seguirán muchos que no te gustaría tener entre tus soldados. Muchos de tus siervos campesinos se sumarán a las filas del ejército y se aprovecharán de las ventajas a las que tienen derecho los cruzados. Se librarán de su duro trabajo diario y se dejarán alimentar por ti en lugar de alimentarte a ti y a tus barones. Esto sería pernicioso para tu economía.

—¿Mi economía? —se burló Alfonso—. Comprende de una vez, desgraciado calculador, que no se trata de la economía, se trata del honor de Dios y del rey de Castilla.

Don Jehuda se mantuvo obstinado, aunque se dio cuenta de la peligrosa ferocidad de Don Alfonso.

—Respetuosamente te ruego, señor, que no me malinterpretes —dijo—. En modo alguno trato de desaconsejarte la guerra. Al contrario, te aconsejo que te prepares para la guerra. Sí, te ruego que exijas ahora el impuesto de guerra, precisamente aquel impuesto de guerra adicional que el Papa ha proclamado. Estoy elaborando un memorándum que demuestra que tienes derecho a exigir estos impuestos aunque no estés todavía en guerra.

Le dio tiempo al rey para que reflexionara acerca de su propuesta:

—Habrá otros ingresos que se reunirán a tus tesoros durante todo el tiempo en que no participes en la guerra. El comercio con los reinos del islam occidental se ha interrumpido. Los grandes navieros y comerciantes de la cristiandad, los venecianos, los pisanos, los comerciantes de Flandes, no pueden importar nada más de Oriente. Los productos de la mitad más rica del mundo sólo podrán conseguirse, a partir de ahora, a través de los Comerciantes de tu reino, mi señor. Aquel que quiera obtener algún producto del mundo islámico, su grano, sus animales, sus nobles caballos, deberá dirigirse a ti. Todo aquel que quiera adquirir alguno de los bienes que generan el arte y la pericia de los herreros musulmanes, sus maravillosas armas, sus admirables piezas de metal; cualquiera que en toda la cristiandad quiera obtener sedas del islam, pieles, marfil, polvo de oro, corales y perlas, especias innumerables, tintes y cristal, deberá solicitar la intervención de tus súbditos. Piensa sobre ello, mi señor. El tesoro de los otros príncipes se estará vaciando constantemente durante todo el tiempo que esta guerra dure, el tuyo aumentará. Y cuando los tesoros de ellos estén agotados, tú, mi señor de Castilla, podrás atacar y darás el golpe definitivo.

El judío hablaba con entusiasmo. Lo que decía tentaba al rey pero lo enfurecía en mayor medida.

—¡Consígueme el dinero! —le ordenó a Jehuda—. Para empezar, doscientos mil. ¡Quiero atacar ahora! ¡Ahora! ¡Empeña lo que quieras! ¡Consígueme el dinero!

Jehuda, pálido, le contestó:

—No puedo, mi señor. Y nadie puede hacerlo.

Toda la rabia de Alfonso contra sí mismo y la desventurada providencia que le robaba su más noble fama, se volvió contra Jehuda.

—¡Tú has traído esta vergüenza sobre mí! —dijo furioso—. ¡Tú, con tu vergonzosa tregua y todas tus otras astucias hebreas! ¡Traidor! Intrigas en favor de Sevilla y en favor de tus amigos circuncisos para que yo no ataque y no pueda recuperar mi honor ¡Traidor!

Jehuda, todavía más pálido, permaneció en silencio.

—¡Vete! —gritó el rey—. ¡Quítate de una vez de mi vista!

El impuesto extraordinario del que Jehuda había hablado al rey era el llamado diezmo de Saladino. El Papa había dispuesto que todos aquellos reinos de la cristiandad que no participaran en la gran cruzada contra el sultán Saladino, por lo menos contribuyeran con dinero, concretamente con la décima parte de sus ingresos y sus bienes muebles.

Al Escribano del rey de Castilla, este decreto del Santo Padre le venía muy bien. Él y sus jurista, sus *repositarii*, estuvieron de acuerdo en que el diezmo de Saladino también tenía que ser recaudado en el reino del rey Alfonso. Porque si bien, por circunstancias extremas queridas por Dios, el rey nuestro señor se veía obligado provisionalmente a mantenerse neutral, esta neutralidad estaba en realidad limitada en el tiempo y el rey, por lo tanto, estaba obligado a armarse para la Guerra Santa. Jehuda exponía todos estos argumentos en un memorándum exhaustivo.

Don Manrique llevó el documento al rey. Alfonso lo leyó.

—Es astuto —dijo en voz baja y con rabia—, es un astuto perro, es un astuto comerciante y un perro. El muy perro podría conseguirme el dinero con sólo quererlo. Por cierto, ¿por qué no ha venido él mismo? —preguntó.

Don Manrique contestó:

—Supongo que no quiere exponerse de nuevo a tu ira.

—¿Es tan susceptible? —se burló Don Alfonso.

—Al parecer, mi señor, te mostraste muy duro con él —repuso Don Manrique.

El rey era lo bastante inteligente como para reconocer que el judío se sentía humillado, y con razón, y se enojó consigo mismo. Pero la cristiandad se lanzaba a la Guerra Santa, y él, Alfonso, tenía la indecible desgracia de estar condenado a la inactividad. ¿No tenía derecho a estar irritable y a descargar su mal humor también sobre los inocentes? Un hombre tan inteligente como el judío debía comprender estas cosas. Buscó una excusa para volver a ver a Jehuda. Hacía mucho tiempo que había pensado remodelar la fortaleza de Alarcos, que él mismo había añadido a sus bienes. Después de todo lo que aquel Ibn Esra le había contado, tenía que haber dinero para eso. Hizo llamar a Jehuda.

Éste no había olvidado el insulto, y le produjo una maligna satisfacción que ahora Alfonso lo hiciera llamar. Así que el rey se había dado cuenta rápidamente que sin él no podía hacer nada. Pero Jehuda no cedería con facilidad, no estaba dispuesto a recibir nuevos insultos. Se disculpó cortésmente, haciéndole saber que se encontraba indispuesto.

Don Alfonso, tras un momento de ira, se contuvo e hizo que el dinero para Alarcos fuera solicitado a través de Don Manrique, mucho dinero, cuatro mil maravedíes de oro. El Escribano entregó la suma de inmediato y la puso a su disposición sin excusas,

y en un escrito extremadamente cortés felicitó al rey por su decisión de mostrar al mundo por medio de la reconstrucción de la fortaleza que estaba preparándose para la guerra. El rey no sabía qué actitud adoptar con el judío.

Alfonso sentía deseos de viajar a Burgos para dejarse aconsejar por su reina. Tenía que haber ido hacía tiempo. Doña Leonor estaba embarazada, con toda seguridad desde aquella noche en que había yacido con ella tras su feliz regreso de Zaragoza. Pero Burgos estaba ahora llena de incómodos huéspedes. La ciudad se encontraba junto a una de las principales rutas militares que conducían a Santiago de Compostela, el centro de peregrinación más santo de toda Europa. Y aunque este camino era recorrido por peregrinos durante todas las épocas del año, ahora que se disponían a emprender la campaña contra Oriente serían muchos los grandes señores que irían a buscar la bendición de Santiago; todos ellos pasaban por Burgos, todos ellos presentaban sus respetos a Doña Leonor y la sola idea de encontrarse con todos aquellos guerreros mientras él permanecía sentado junto al fuego irritaba a Don Alfonso.

Pero no podía permanecer quieto, perezoso y triste en su castillo real. Se buscó ocupaciones, viajaba de un lado a otro. Cabalgó hasta Calatrava, sede de la orden de caballería, para inspeccionar sus tropas escogidas. Cabalgó hasta Alarcos para observar las obras que se hacían en la fortaleza. Mantuvo conversaciones con sus amigos trazando nobles planes de guerra.

Y cuando no encontraba nada más que hacer se iba de caza.

Una vez, de regreso de una de estas cacerías, acompañado por Garcerán de Lara y Esteban Illán, decidió, puesto que hacía mucho calor, hacer un alto en sus posesiones de La Huerta del Rey.

La Huerta del Rey, situada en un lugar fresco junto al sinuoso río Tajo, era un amplio terreno rodeado por muros derruidos. Allí se alzaba solitario el portón; desde él, cinceladas en policromas y antiguas letras, saludaba la fórmula árabe: Alafia, prosperidad, bendición. La maleza lo había invadido todo; había también un pequeño bosque, y además arriates de todo tipo; pero el jardinero, allí donde antes se habían criado primorosamente exóticas flores, cultivaba ahora un huerto: verduras, coles y tubérculos. En medio de todo aquello se erguía el palacio de recreo, que ofrecía un aspecto abandonado, y también una grácil pérgola, y a la orilla del río se desmoronaba una caseta de baño donde se guardaban los botes.

Los señores se sentaron bajo un árbol, contemplando el castillo. Tenía un aspecto exótico, absolutamente islámico. Desde antiguo había habido alguna casa en ese lugar desde el cual se tenía, además de la frescura del río, una hermosa vista sobre la ciudad. Los romanos habían construido aquí una villa, los godos habían hecho de ella una casa de campo, y había pruebas de que este castillo que se alzaba ahora tan abandonado lo

había mandado construir el rey árabe Galafré para su hija la infanta Galiana; todavía ahora se llamaba Palacio de Galiana al castillo.

Aquel día incluso allí hacía calor, un silencio opresor reinaba sobre el río y el jardín, la conversación de los señores languidecía.

—La Huerta es en realidad más grande de lo que yo pensaba —dijo Don Alfonso. Y de pronto tuvo una idea. Su padre y él habían tenido que destruir muchas cosas y dispuesto de poco tiempo para erigir nuevas construcciones; sin embargo, llevaban en la sangre el afán de edificar Su Leonor había construido iglesias, conventos, hospitales, él mismo había hecho construir iglesias, ciudadelas, fortalezas. ¿Por qué no podía, por una vez, construir algo para sí mismo y para los suyos? No debería resultar muy difícil restaurar La Galiana y convertirla en un lugar cómodo y habitable; en verano sería agradable vivir allí, y quizás entonces Doña Leonor viniera alguna vez durante la época de calor.

—¿Qué os parece, señores, si hiciéramos restaurar La Galiana? —preguntó. Y añadió con viveza—: Vamos a examinar detenidamente estas ruinas.

Se acercaron a la casa. El castellano Belardo les salió al encuentro, excitado, lleno de celo, muy respetuoso. Señaló su huerto y explicó con fluidez todo lo que él había hecho en aquella tierra sin valor. Una vez en el interior de la casa, mostró los muchos daños y manifestó con muchas palabras lo hermosos que debían haber sido en su momento todos aquellos mosaicos, los adornos del suelo, paredes y techo. Pero una y otra vez, el Tajo se había desbordado y lo había inundado todo. A él le dolía el corazón al ver aquel palacio tan abandonado, pero una persona sola no podía hacer gran cosa. Se había presentado frecuentemente ante los señores consejeros del rey diciendo que habría que restaurarlo y construir diques, pero lo habían despedido con rudeza diciéndole que no había dinero para esas cosas.

—El charlatán tiene razón —dijo en latín Esteban a Don Alfonso—, el palacio debió haber sido en verdad extraordinariamente hermoso. El viejo rey circunciso se esforzó mucho en favor de su hija.

El ruido que producían las botas con las espuelas de los señores, resonaba poderosamente sobre el delicado y estropeado mosaico del suelo, sus voces les eran devueltas por los vacíos muros.

Don Alfonso miraba y guardaba silencio. «Realmente no debo dejar que La Galiana se siga desmoronando», pensaba. Don Garcerán dijo:

—Costará mucho trabajo y dinero, pero creo que se podría convertir La Galiana en un lugar muy hermoso, Don Alfonso. Piensa sólo en lo que tu judío ha hecho con el viejo y feo castillo de Castro.

A Alfonso le vino a la memoria la impertinente sorpresa que la hija del judío había mostrado ante la tosquedad medieval de su castillo en Burgos. Pero Don Esteban, tomando la palabra a Don Garcerán, les aconsejó:

—Si tienes realmente la intención de restaurar La Galiana, antes debes ver la casa de tu judío.

Realmente he tratado al judío con demasiada aspereza, pensó Alfonso, Don Manrique también lo cree. Voy a reparar mi error y visitaré su casa.

—Quizás tengáis razón —contestó sin comprometerse.

Tal y como Jehuda había predicho, Castilla florecía mientras el resto de la cristiandad se dedicaba a la Guerra Santa. Caravanas y barcos traían mercancías de Oriente a las tierras musulmanas de Hispania, desde allí pasaban a Castilla, y desde Castilla a los reinos de la cristiandad.

Cuando se declaró la cruzada, los barones se habían quejado y protestado, diciendo que el judío impedía que pudieran participar en la Guerra Santa, que debía ser expulsado. Pero pronto se pusieron de manifiesto los enormes beneficios que la neutralidad producía al reino; las quejas se hicieron menos vehementes, y el temor y el secreto respeto ante el judío creció. Cada vez había más nobles que se esforzaban en recibir su favor. Uno de los de Guzmán y uno de los de Lara, un pariente pobre del poderoso Don Manrique, ya habían solicitado al Escribano judío el honor de recibir en sus castillos a su hijo como paje.

Musa, cuando Jehuda le contó orgulloso y con fingida indiferencia cómo crecían los negocios del reino y los suyos propios, contempló a su amigo con burlón reconocimiento, ligeramente compasivo y divertido. «Se siente impelido a trabajar con ahínco —pensó—. Tiene que manejar al mismo tiempo cientos de negocios; no está satisfecho si no puede mantener en movimiento a las personas y poner nuevos asuntos en marcha; si no puede conseguir que se gasten a fuerza de escribir un número cada vez mayor de plumas en las cancillerías del rey; y si no puede mandar cada vez más barcos por los siete mares y cada vez más caravanas a través de un número de países cada vez mayor. Trata de convencerse de que lo hace por la paz y por su pueblo, y aunque esto también es cierto, sobre todo lo hace porque disfruta del poder y de la actividad».

—¿Crees que tiene importancia —preguntó— el hecho de que acumules cada vez más poder; que poseas doscientos mil maravedíes de oro o doscientos cincuenta mil? Ni siquiera sabes si mientras tú estás aquí tomando tus infusiones aromáticas, a cuatro semanas de distancia una tormenta de arena destruye tus caravanas o el mar engulle tus barcos.

—No temo las tormentas de arena y tampoco temo al mar —contestó Jehuda—, lo que temo es otra cosa.

Y se explayó con su amigo, mostrándole sus temores más secretos.

—Temo —dijo— las desenfrenadas veleidades de Don Alfonso, rey y caballero. Ha vuelto a humillarme sin motivo, y ahora, cuando me hace llamar a su presencia, me declaro indispuesto y me niego a comparecer ante él. Por supuesto, ya sé que es un juego peligroso hacerme tanto de rogar.

Musa se había acercado a su pupitre y garabateaba círculos y arabescos.

—¿Por qué te haces tanto de rogar, querido Jehuda —preguntó por encima del hombro—, por amor a la paz o por orgullo?

—Soy orgulloso —contestó Jehuda—, pero creo que esta vez mi orgullo es una virtud y una buena estrategia. La insensatez y el sentido común están mezclados en este rey de un modo tan sorprendente que nadie puede predecir cómo reaccionará al final.

Siguió manteniéndose alejado del rey, y éste se limitaba a mandarle breves y contundentes mensajes. La preocupación de Jehuda aumentó. Estaba preparado para que aquel hombre impredecible, de un momento a otro, lo expulsara del castillo y del reino o quizás incluso lo apresara y lo hiciera encerrar en los sótanos de su castillo. Pero también tenía la esperanza de que Alfonso intentara hacer las paces con él y le otorgara ante todo el mundo una muestra de su respeto. Se trataba de una amarga espera. Y fue entonces cuando su hijo Alazar, lleno de una ingenua preocupación, le preguntó:

—¿No te pregunta nunca por mí Don Alfonso? ¿Por qué no viene nunca a visitarte?

Y le dolió a Jehuda el corazón al tener que contestar:

—No es costumbre en este reino, hijo mío.

Es de imaginar el alivio que experimentó cuando un mensajero del castillo del rey le anunció la visita de Don Alfonso.

El rey vino acompañado de Garcerán, Esteban y un pequeño séquito. Intentó esconder su ligera confusión tras una amistosa vivacidad ligeramente condescendiente.

La casa le resultó extraña, casi hostil, al igual que su dueño. Pero también se dio cuenta que en su estilo era perfecta. Un misterioso y disciplinado sentido había conseguido reunir las cosas más dispares para formar una unidad. Se había desparramado a manos llenas la riqueza por todas partes, no se había pasado por alto ninguna esquina, ningún rincón. Había muchos servidores, prácticamente invisibles pero siempre disponibles. En todas partes, las alfombras apagaban el ruido, el silencio de la casa se hacía todavía más profundo gracias al sonido del agua. ¡Y algo así estaba en medio de su ruidosa Toledo! ¡Algo así había surgido de su castillo de Castro! Se sentía extraño en aquel lugar, como un huésped molesto.

Contempló los libros y los rollos escritos en árabe, hebreo y latín.

—¿Tienes tiempo para leer todo esto? —preguntó.

—Muchos los leo respondió Jehuda.

En la casa de huéspedes le explicó al rey que Musa Ibn Da'ud era el médico más sabio entre los creyentes de las tres religiones. Musa se inclinó ante el rey y lo miró con ojos irreverentes. Don Alfonso exigió que le tradujeran uno de los sabios proverbios que recorrían las paredes en ricos y dorados colores. Y Musa tradujo, tal y como había traducido para don Rodrigue:

—… una misma es la suerte de los hijos de los hombres y la suerte de las bestias… no hay más que un hálito para todos… ¿Quién sabe si el hálito del hombre sube arriba, y el de la bestia baja abajo, a la tierra?

Don Alfonso reflexionó.

—Es la sabiduría de un hereje —dijo con firmeza.

—Está sacado de la Biblia —le indicó amablemente Musa—, son frases del Eclesiastés, del rey Salomón.

—Encuentro este tipo de sabiduría muy poco propia de un rey dijo Don Alfonso, —explicando su rechazo—, un rey no desciende a la tierra como un animal.

Salió y ordenó a Jehuda:

—Muéstrame la sala de armas.

—Si das tu consentimiento, mi señor —contestó Jehuda—, mi hijo Alazar te mostrará la sala de armas, y éste se convertirá en el mejor día de su vida.

Don Alfonso se acordó con satisfacción del agradable muchacho.

—Tienes un hijo muy despierto y caballeresco, Don Jehuda —dijo—, y también quiero ver a tu hija, si es tu deseo —añadió.

Mantuvo una amigable y experta conversación con el joven Alazar sobre armas, caballos y mulas.

Después salieron al jardín, y allí les esperaba Doña Raquel.

Era la misma Raquel que en Burgos le había respondido de un modo tan poco convencional y, sin embargo, era otra.

Llevaba un vestido de corte ligeramente extranjero y era la señora de la casa que recibía a un extraño, a un importante invitado. Y si en Burgos ella había sido una nota disonante, que no encajaba en absoluto, aquí todo —la artística disposición del jardín, el agua saltarina, las plantas exóticas— formaba un marco para ella, y era él, Alfonso, el extraño, era él quien no encajaba.

Se inclinó, y, tal como exigía la *courtoisie*, se quitó el guante, tomó su mano y la besó.

—Me alegra volver a veros, señora —dijo en voz alta de modo que todos pudieran oír—, en Burgos no pudimos terminar la conversación que habíamos iniciado.

El grupo era ahora numeroso; al rey y a sus seguidores se habían unido ahora Alazar y los pajes de Jehuda. Alfonso, cuando la comitiva se dispuso a visitar las estancias de la casa, se mantuvo ligeramente retrasado con Doña Raquel.

—Ahora que veo esta casa —dijo hablando en castellano— comprendo que mi castillo de Burgos te gustara poco.

Ella se sonrojó, le resultaba violento haberlo ofendido, y se sentía halagada por el hecho de que todavía recordaba sus palabras. Permaneció en silencio, con una ligera sonrisa difícilmente interpretable bailándole en los temblorosos labios.

—¿Comprendes mi latín vulgar? —añadió el rey. Ella se sonrojó todavía más; él se acordaba de cada una de sus palabras.

—Durante este tiempo he aprendido mucho mejor el castellano, mi señor —respondió ella. Él dijo:

—Me gustaría hablar contigo en árabe, señora, pero sonaría crespo y duro en mi boca y resultaría molesto a tus oídos.

—Puedes hablar tranquilamente castellano, mi señor —dijo con franqueza doña Raquel—, puesto que es la lengua de tu reino.

Estas respuestas pusieron de mal humor a Don Alfonso. Ella debería haber dicho que le sonaría muy agradable o algo parecido, tal y como requería la *courtoisie*; en lugar de esto, decía altivamente lo que le pasaba por la cabeza y rebajaba su castellano.

—Mi Castilla —dijo él con agresividad— sigue siendo para vos un país extranjero y realmente sólo os sentís como en casa aquí en vuestro hogar.

—No es cierto —dijo Raquel—, los señores de tu reino son amistosos con nosotros y se esfuerzan para hacer que nos sintamos como en casa.

Ahora era Don Alfonso quien debería haber dicho alguna de las galantes frases que se estilaban, algo así como: no es difícil ser amistoso con una dama como tú. Pero, de repente, se sintió harto de aquella palabrería dificultosa, zancuda y de moda. Además, Raquel, con toda seguridad, encontraba rara toda aquella verborrea galante. ¿Cómo había que hablar con ella? Raquel no se contaba entre las damas que esperaban una conversación exagerada y enamorada que no significaba nada, y todavía menos entre las mujeres ante las cuales uno podía mostrarse grosero al modo de la soldadesca. Estaba acostumbrado a que cada uno ocupara el lugar que le correspondía, y él, Alfonso, sabía exactamente en cada momento con quién tenía que habérselas. Pero no sabía el lugar que ocupaba Doña Raquel y el modo en que él tenía que comportarse ante ella. Todo lo que tenía que ver con su judío perdía enseguida sus contornos fijos y se hacía poco preciso. ¿Qué quería él de Doña Raquel? ¿Qué quería ella de él? ¿Acaso quería —y en sus pensamientos utilizó una ordinaria palabra de su latín vulgar— acostarse con ella? No lo sabía.

Cuando se confesaba, podía asegurar con buena conciencia que no había amado a ninguna otra mujer aparte de su Doña Leonor. El amor caballeresco, el *Minne*, no le producía ningún placer, puesto que las hijas solteras de la nobleza podían verse con muy poca frecuencia y siempre sólo en grandes reuniones sociales, la *courtoisie* mandaba enamorarse de damas casadas y dirigirles artificiosas y frías poesías amorosas. Y no se obtenía nada. De modo que él se había acostado con mujeres del séquito o con mujeres musulmanas que formaban parte del botín. Una vez también había tenido algo con la mujer de un caballero de Navarra, pero se había tratado de una aventura poco satisfactoria, y él se había sentido aligerado cuando ella regresó a su reino. También la breve relación con Doña Blanca, una dama de la corte de Leonor; había sido atormentadora, y Doña Blanca había entrado en un convento, a medias por su voluntad y a medias sin quererlo. No, feliz sólo lo era con su Leonor.

Todo esto no lo pensaba Don Alfonso con claras palabras, pero todo aquello pesaba con claridad sobre su ánimo y le molestaba haberse dejado arrastrar a aquella conversación con la hija del judío, porque además ni siquiera le gustaba, no tenía nada de la delicadeza propia de una dama, era impertinente y se permitía emitir juicios, aunque de hecho aún era una niña. No había nada en ella de la belleza rubia, fría y elegante de las damas cristianas, ningún caballero compondría versos para ella, y tampoco Raquel los habría entendido.

No quería seguir hablando con ella. Quería irse de aquella casa.

El regular chapoteo del agua y el pesado y dulce aroma de las flores de naranjo lo ponían nervioso. No seguiría comportándose como un estúpido, manteniendo aquella escaramuza verbal con la judía, la iba a dejar plantada y para siempre.

En lugar de esto se oyó decir:

—Tengo una propiedad a la entrada de la ciudad que recibe el nombre de La Galiana. La casa la hizo construir un rey musulmán, es muy antigua, y se cuentan muchas historias acerca de ella.

Doña Raquel escuchó con atención. También ella había oído hablar de La Galiana, ¿acaso no era el lugar dónde se hallaba aquel reloj de agua del rabí Chanan?

—Quiero reconstruir el palacio —continuó Don Alfonso—, de tal modo que el nuevo no se diferencie mucho del antiguo. Tu consejo sería muy bien recibido, señora.

Doña Raquel alzó la vista, sobrecogida, casi furiosa. Un señor musulmán no se habría atrevido nunca a invitar a una dama de un modo tan grosero y comprometedor Pero inmediatamente se dijo que entre los caballeros cristianos probablemente era distinto, y la *courtoisie* les hacía pronunciar frases exageradas que no significaban nada. Miró de reojo el rostro de Don Alfonso y se quedó horrorizada. Era un rostro tenso, ansioso. Lo que acababa de decir era más que una cortesía.

Se replegó en si misma avergonzada y humillada. En un momento volvió a convertirse en la señora de la casa. Amablemente, contestó en árabe:

—Mi padre se alegrará ciertamente, oh majestad, de servirte con sus consejos.

La frente de Don Alfonso se frunció repentina y profundamente. ¿Qué había hecho? Se había ganado la reprimenda, debería haberla esperado. Desde el principio debería haber tenido más cuidado; la muchacha pertenecía a un pueblo maldito. Había sido aquel jardín, aquella casa maldita y encantada, los que le habían hecho hablar así. Sé dominó, apresuró el paso y enseguida alcanzó a los demás.

En aquel momento, el joven Alazar se dirigió a él. Había estado hablando de las armaduras de su visir; articuladas en todas sus partes; del modo que el hierro que protegía los ojos, la nariz y la boca podía cambiarse de sitio según se deseara, y los pajes del rey no le habían creído.

—¡Pero yo he visto esas armaduras! —insistía el muchacho—. El armero Abdullah de Córdoba las fabrica, y mi padre ha prometido regalarme una cuando sea armado caballero. Seguro que tú mismo tienes una de estas armaduras.

El rey contestó que había oído hablar de este tipo de armaduras.

—Pero no poseo ninguna —terminó con sequedad.

—Entonces mi padre debe conseguirte una —dijo precipitadamente Alazar—. Te alegrarás mucho de tenerla —le aseguró—. Autoriza a mi padre para que te consiga una.

Don Alfonso despejó su ánimo. No debía hacer pagar al muchacho que su hermana fuera impertinente y susceptible.

—Ya ves, Don Jehuda —dijo—, yo y tu hijo nos entendemos bien. ¿No querrías mandármelo al castillo como paje?

Doña Raquel pareció desconcertada. Sólo con esfuerzo pudieron también disimular su sorpresa los demás. Alazar; casi tartamudeando de alegría, exclamó:

—¿Lo dices en serio, Don Alfonso? ¿Quieres ser mi noble señor?

Pero Don Jehuda, viendo cumplido su deseo de un modo tan inesperado, se inclinó profundamente y dijo:

—Vuestra Majestad es muy generoso.

—Me pareció que el rey nuestro señor —dijo por la noche de ese mismo día Jehuda a Raquel—, mantenía una agradable conversación contigo, hija mía.

Doña Raquel contestó con sinceridad:

—Creo que el rey fue demasiado amistoso. Me ha dado miedo —y añadió a modo de explicación:

—Quiere restaurar su palacio de recreo La Galiana, y me ha animado a aconsejarle. ¿Acaso no es esto poco corriente, padre?

—Es muy poco corriente —contestó Jehuda.

Efectivamente, pocos días más tarde, Jehuda y Doña Raquel fueron invitados a participar en una excursión a La Galiana en compañía del rey. Esta vez, Don Alfonso había invitado a gran número de personas, y durante la visita a la casa apenas dirigió la palabra a Doña Raquel. Pero para divertir a sus invitados preguntaba muchas cosas al jardinero Belardo, parlanchín y torpe.

Tras la visita se sirvió una comida a orillas del Tajo. Cuando la misma estaba terminando, sentado en el tocón de un árbol, con arrogancia, burlándose de sí mismo, el rey anunció:

—Hace casi un siglo que reinamos sobre Toledo, la hemos convertido en nuestra capital, buena, grande, firme, y la hemos asegurado contra el ataque de los infieles. Pero los asuntos del honor; de la fe y de la guerra no nos dejaron tiempo para otras cosas que quizás sean superfluas, pero que también son propias de un rey tales como la belleza y el lujo. Nuestros amigos del sur por ejemplo, nuestro Escribano y su hija, que contemplan nuestras ciudades y casas con ojos extraños e imparciales, han encontrado nuestro castillo de Burgos desangelado e incómodo. En un momento de ocio se nos ha ocurrido reconstruir este palacio nuestro de La Galiana, tan descuidado, de modo que sea más hermoso de lo que fue y que todo el mundo pueda ver que ya no somos unos pordioseros, que también nosotros podemos construir con opulencia cuando queremos.

Fue un discurso largo y orgulloso como los que Don Alfonso sólo pronunciaba, si lo hacía, en las ceremonias de Estado, y los señores, que todavía seguían sentados ante los restos de la comida, se quedaron sorprendidos.

El rey abandonó su tono altivo y se dirigió a Jehuda.

—¿Qué opinas tú, Escribano? —preguntó—. Tú eres un experto en estas cuestiones.

—Tu palacio de recreo La Galiana —respondió pensativo Don Jehuda— tiene un emplazamiento maravilloso junto a la frescura de este río y posee una fantástica vista sobre tu famosa ciudad. Reconstruir un castillo así vale la pena.

—Entonces, pues, reconstruyámoslo —decidió con ligereza el rey.

—Hay una dificultad —dijo respetuosamente Don Jehuda—. Tú, mi señor; tienes muchos soldados y diligentes artesanos. Pero tus artistas y artesanos todavía no son tan duchos que puedan reconstruir este castillo tal y como corresponde a tu grandeza y a tus deseos.

El rostro del rey se ensombreció.

—¿No has conseguido tú mismo —preguntó— reconstruir con esplendor una enorme casa en un breve espacio de tiempo?

—Yo hice venir constructores y artesanos musulmanes, mi señor —dijo con tranquilidad y brevedad Don Jehuda.

Sé hizo un profundo silencio. La cristiandad estaba en Guerra Santa contra los infieles. ¿Sería conveniente que un rey cristiano hiciera llamar a artistas musulmanes?, y ¿estarían dispuestos los musulmanes a construir a un rey cristiano un palacio?

Don Alfonso contempló los rostros de los que lo rodeaban. Reflejaban expectación, ningún desprecio. Tampoco en el rostro de la judía había desprecio. ¿Pero quizás pensaba en su interior burlona y petulante que él no podía construir nada más que sus viejos y formidables castillos? ¿Acaso el rey de Toledo y Castilla no podía llevar a cabo ni siquiera algo tan insignificante como la reconstrucción de un palacio de recreo?

—Entonces haz venir para mi a los constructores musulmanes —ordenó, manteniendo un tono coloquial, y añadió impaciente para terminar—: Quiero reconstruir La Galiana.

—Puesto que tú lo ordenas, mi señor —contestó Don Jehuda—, encargaré a Ibn Omar que haga venir a las personas adecuadas. Es un hombre muy hábil.

—Bien —dijo el rey—, ocúpate de que todo se haga con rapidez —y después añadió—: ¡Señores, nos vamos!

Ni durante la visita a la casa ni durante la comida había dirigido ni una sola vez la palabra a Doña Raquel.

Capítulo VI

DON Alfonso añoraba cada vez con más fuerza la dulce presencia de Leonor Además, el embarazo estaba siendo difícil, el parto se esperaba en un plazo de seis a siete semanas, no debía dejarla sola durante mucho tiempo más. Le mandó noticia de que iría a Burgos.

Doña Leonor no le había tomado a mal que se hubiera mantenido alejado de ella durante tanto tiempo. Podía sentir el tormento que suponía para él aquella inactividad forzosa, comprendía que quisiera evitar encontrarse en su corte con hombres que se hallaban en camino hacia Tierra Santa, y valoraba en mucho el que ahora viniera.

Le demostró cuán profundamente le comprendía. Por mucho que a ella le doliera, reconocía que Castilla debía permanecer neutral. Había visto personalmente cuán profundamente la humillación corroía a Don Pedro. Sabía que incluso en el caso de que, como ella esperaba, forzosamente acabara por hacerse realidad la alianza con Aragón, el amargo deseo de venganza del joven rey lo llevaría a un altercado constante y perjudicial por el mando supremo de las tropas, la derrota era cierta desde el principio.

Con buenas palabras, aseguró a Alfonso que su autocontrol requería más valentía que cualquier otra audaz hazaña belicosa. Además, todo el mundo se mostraba comprensivo al considerar la desventurada situación que lo forzaba a la inactividad.

—Tú sigues siendo como siempre el primer caballero y héroe de Hispania, Alfonso mío —le decía—, y toda la cristiandad lo sabe.

Cuando ella decía esto, él sentía que su corazón se caldeaba. Era su dama y su reina. ¿Cómo había podido soportar durante tanto tiempo estar en Toledo sin su consuelo, su consejo y sus cuidados?

Se esforzó por su parte en comprenderla mejor a ella. Hasta el momento había tomado como un gracioso capricho femenino el hecho de que ella prefiriera Burgos a Toledo; ahora comprendía que se trataba de algo profundamente enraizado en ella. Habiéndose criado en las cortes de su padre Enrique de Inglaterra y de su madre Ellinor de Guyena, donde se daba gran importancia a la instrucción y se observaban las más delicadas costumbres, debía sentirse totalmente perdida en su apartada Toledo. Desde Burgos, que se encontraba junto a la ruta principal de peregrinación a Santiago

de Compostela, resultaba más fácil mantener el contacto con las cortes más elegantes de la cristiandad, además constantemente llegaban a visitarla caballeros y poetas de la corte de su padre y de la corte de su medio hermana, la dama más elegante del mundo cristiano, la princesa Marie de Troyes.

Alfonso contemplaba ahora Burgos con ojos más expertos. Veía la sobria y sólida belleza de la antigua ciudad, que había eliminado todo lo que en ella hubiera habido de árabe y que ahora se alzaba majestuosa, distinguida, áspera, cristiana. Había sido un estúpido al permitir que, por un momento, su noble y caballeresca ciudad de Burgos le hubiera desagradado a causa de la palabrería de una muchacha estúpida.

Le daba rabia haber dado orden de reconstruir La Galiana con todo su lujo musulmán, y no le contó nada de ello a Leonor. En principio, había pensado que cuando el hermoso castillo, situado en un lugar tan fresco, estuviera reconstruido, podría convencerla para que pasara alguna vez un par de semanas del verano en Toledo. Ahora sabía que a ella La Galiana no le gustaría; amaba lo afianzado, lo sólido, lo serio, y no lo suavemente voluptuoso, juguetón y efímero.

Se esforzó durante aquellas semanas en tratar bien a Doña Leonor. Puesto que su estado le prohibía las excursiones a caballo y la cacería, se negó él también este placer y permaneció la mayor parte del tiempo en el castillo. También se ocupaba más que antes de sus hijas, sobre todo de la infanta Berengaria. Era una niña espigada con un rostro no muy hermoso pero si inteligente. De su madre había heredado la curiosidad por el mundo y por las personas y también la ambición, leía y estudiaba mucho. Evidentemente, le causaba gran placer que su padre le dedicara más tiempo que antes, pero mantenía una actitud distante, encerrada en sí misma, y contestaba con monosílabos. Alfonso no consiguió acercarse más a su hija.

Doña Leonor se había resignado a no dar a luz un heredero varón. Pero también tendría su lado positivo, pensaba sonriendo, tener por cuarta vez una hija. Porque, entonces, el futuro esposo de su Berengaria tendría prácticamente asegurada la corona de Castilla, de modo que su reino se convertiría en un auténtico aliado. A pesar de todo lo sucedido, todavía no había perdido la esperanza de convencer a Don Pedro para formar una sincera alianza, y tenía previsto viajar a Zaragoza, en cuanto diera a luz, para negociar de nuevo el compromiso matrimonial. También en esta tercera cruzada el avance de las tropas cristianas se llevaba a cabo con mucha lentitud, la gran expedición hacia Oriente había llegado sólo hasta Sicilia, de modo que si se hacía realidad la reconciliación con Aragón había todavía muchas posibilidades de que Alfonso pudiera participar en la Guerra Santa.

De momento, Doña Leonor ideó toda clase de ocupaciones para hacer que el tiempo de espera transcurriera para él del modo más rápido posible.

Allí estaba, por ejemplo, la orden de Calatrava. Esas tropas escogidas de Castilla sólo estaban sometidas al rey en época de guerra; en tiempos de paz, el gran maestre era prácticamente independiente. La Guerra Santa dio a Don Alfonso sólidos motivos para insistir en introducir modificaciones. Doña Leonor propuso a Alfonso que viajara a Calatrava con el fin de entregar una donación a la orden para la ampliación de las murallas y el equipamiento de los caballeros y ponerse de acuerdo con el gran maestre, Don Nuño Pérez, un monje que al mismo tiempo era un caballero muy experto en cuestiones de guerra, sobre la reforma de las reglas y la disciplina.

También estaban los prisioneros que habían caído en manos del sultán Saladino en la lucha por la Ciudad Santa. El Papa exhortaba y apremiaba a toda la cristiandad para que fueran rescatados. Pero la Guerra Santa engullía enormes sumas, nadie acababa de decidirse y el asunto se aplazaba con vanas promesas. El plazo finalizó. El sultán había establecido como rescate diez coronas de oro por cada hombre, cinco por cada mujer y una por cada niño, era una suma elevada pero no desproporcionada. Doña Leonor aconsejó a Alfonso que liberara prisioneros en grandes cantidades. De este modo podía demostrar al mundo que no tenía nada que envidiar a nadie en lo que se refiriera a su santo celo.

Eran proyectos que animaban a Alfonso. Pero para llevarlos a cabo necesitaría dinero.

Ordenó a Jehuda que se trasladara a Burgos.

Mientras tanto Don Jehuda estaba instalado en Toledo en su hermoso castillo Ibn Esra. Y mientras que en todas partes del mundo había guerra, su Sefarad disfrutaba de la paz, y los negocios del reino tenían su propio florecimiento.

Pero una nueva y grave preocupación se infiltraba sigilosamente en su corazón: la preocupación por la judería de Toledo y de toda Castilla.

De acuerdo con el inequívoco edicto del Papa, todos aquellos que no participaran en la cruzada estaban obligados a pagar el diezmo de Saladino, o sea, también los judíos. El arzobispo Don Martín aprovechó la ocasión y exigió a la aljama que pagara ese impuesto.

Don Efraim llevó a Don Jehuda la carta del arzobispo. Era tajante y estaba escrita en un tono amenazador. Jehuda la leyó; había esperado esta reclamación de Don Martín desde hacía tiempo.

—La aljama —dijo con un hilo de voz Don Efraim— se hundirá si además de todos los otros impuestos tiene que pagar también el diezmo de Saladino.

—Si queréis eludir el pago —repuso imperturbable Jehuda—, no contéis con mi ayuda.

El rostro del jefe de la comunidad mostró enojo y espanto. «A este hombre, Jehuda —pensaba con amargura—, no le importa un ápice lo que los demás tengamos que pagar. Él saca su comisión, el muy usurero, y deja que los demás nos arruinemos».

Don Jehuda adivinó con exactitud los pensamientos del otro.

—No me lloriquees por el dinero, mi señor y maestro Efraim —le reprendió—, ganas bastante con la neutralidad de Castilla. Habría tenido que exigiros hace tiempo el diezmo de Saladino. No se trata del dinero, se trata de cosas mucho más importantes.

Al *Párnas* Efraim la inmensa cifra del importe que su aljama debía pagar le había hecho perder de vista cualquier otra preocupación; pero ahora que Jehuda lo había despertado con tan poca delicadeza no podía seguir cerrando los ojos ante un peligro mucho más terrible. El diezmo de Saladino era un impuesto que correspondía a la Iglesia, no al rey. Ya cuando se trató de obligar a los cristianos a pagar el impuesto, el arzobispo había reclamado como derecho suyo su recaudación, y la corona había tenido que hacer ante él algunas concesiones. Don Martín insistiría en este privilegio suyo con mucha más severidad tratándose de los judíos; pero si se salía con la suya, esto significaría el fin de la independencia de la aljama.

Todo esto se lo hizo ver Don Jehuda con brutales palabras.

—Sabes tan bien como yo lo que está en juego —le dijo—, ningún intermediario debe interponerse entre nosotros y el rey Debemos permanecer independientes, como está escrito en los viejos libros. Debemos conservar nuestra propia administración y el desempeño de la justicia al igual que los grandes. El rey debe conseguir el derecho, yo debo conseguir el derecho de recaudar esos impuestos y no Don Martín. Pondré todo mi empeño en lograr esto, y sólo esto. Y si lo consigo, y si a vosotros no os cuesta nada más que dinero, entonces debéis cantar aleluya.

Don Efraim, tratado con tanta dureza, en su interior tuvo que dar la razón a Jehuda. Sí, sentía una gran admiración al ver con qué rapidez y claridad éste había comprendido de qué se trataba. Pero no quería mostrar el respeto que sentía hacia él, a pesar suyo. Tanta era su preocupación por el dinero. Permanecía sentado, molesto, friolero, rascando la palma de una mano con las uñas de la otra y siguió rezongando:

—Tu primo Don Joseph ha conseguido que los judíos de Zaragoza sólo tengan que pagar la mitad del diezmo.

—Quizás mi primo es más listo que yo —repuso con sequedad Jehuda—, lo que es seguro es que no tiene como enemigo a ningún arzobispo Don Martín —y siguió enardecido—: ¿Todavía no quieres entenderlo? Me daré por satisfecho si esta vez el arzobispo no consigue ponernos su yugo. Para eso pagaré con gusto el diezmo entero al

rey y será un diezmo muy elevado, Don Efraim, puedes creerlo. La autonomía de la aljama bien lo vale.

Habló inesperadamente con fuerza, sí, incluso se atascaba en su discurso y ceceaba.

—Sé que eres nuestro amigo —se apresuró a decir Don Efraim—, pero eres un amigo muy severo.

El arzobispo, tras recibir una respuesta respetuosa pero negativa de Don Efraim, no envió una segunda advertencia, pero viajó a Burgos, evidentemente para asediar al rey y conseguir que éste le otorgara plenos poderes contra los judíos.

Jehuda temía que pudiera conseguirlo. Alfonso y Leonor eran piadosos, la neutralidad de Castilla pesaba sobre sus conciencias. Don Martín podría utilizar el capcioso edicto papal y amonestarles para que no acumularan un pecado sobre otro. Jehuda se preguntaba si no debería viajar él también a Burgos. Pero la reflexión del viejo Musa: su intervención podría precisamente estropearlo todo, lo detuvo.

Le pareció una señal del cielo que el rey le ordenara acudir a Burgos.

Efectivamente, el arzobispo acosaba al rey con dureza. Apeló a toda una serie de edictos de la Santa Sede y escritos de las más respetadas autoridades eclesiásticas. ¿Acaso no habían contestado los judíos a Pilatos: «Que la sangre de Cristo caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos», condenándose de este modo a sí mismos? Fue entonces cuando Dios los abandonó a una eterna servidumbre, y era obligación de los príncipes cristianos mantener inclinada la cerviz de los malditos.

—Pero tú, Don Alfonso —le gritó—, durante todo tu reinado has consentido y mimado a los judíos, y en estos tiempos difíciles en los que el Santo Sepulcro ha caído de nuevo en manos del Anticristo circunciso, ahora que el edicto papal obliga a todos, o sea, también a los judíos, a pagar el diezmo de Saladino, te resistes a ponerlo en práctica y favoreces con privilegios a los infieles en perjuicio de tus súbditos creyentes.

Las amenazas del arzobispo ablandaron al rey. Prometió:

—Bien, Don Martín, también mis judíos pagarán el diezmo de Saladino.

Don Martín se regocijó:

—Daré orden de inmediato para que se recaude el impuesto.

No era esto lo que Alfonso había imaginado. El Papa podía exigir que él, el rey obligara a todos a pagar el diezmo, y también que lo utilizara para gastos de guerra; pero recaudar el dinero y determinar los detalles de su utilización seguía siendo de su incumbencia, competencia del rey. Éste era un viejo tema de discusión que ya se había reavivado en la primera proclamación del diezmo de Saladino, y a pesar de lo mucho que Alfonso apreciaba al arzobispo como un amigo fiel y caballeresco, no estaba dispuesto a ceder ante él.

—Disculpa, Don Martín —dijo—, ésa no es tu función.

Y al indignarse el arzobispo, lo apaciguó diciendo:

—Tú codicias el dinero y yo no. Los dos somos caballeros cristianos. Hacemos botín del enemigo pero no nos peleamos con el amigo por cuestiones de dinero. Dejemos que también esta vez sean los juristas y los *repositarii* los que decidan.

—¿Significa esto —preguntó receloso y belicoso Don Martín— que quieres dejar que tus judíos tengan la última palabra sobre el edicto del Santo Padre?

—Se da la feliz coincidencia —repuso Don Alfonso— que Don Jehuda se encuentra de camino hacia aquí. Seguro que obtendré de él su consentimiento.

Pero aquello puso fuera de sí al arzobispo.

—¿Al doblemente infiel quieres consultarle, al enviado del demonio? ¿Crees que te dará un buen consejo yendo en contra de su amigo el emir de Sevilla? ¿Quién te asegura que hoy mismo no esté todavía conspirando con él? Ya el faraón dijo: «Si sobreviene una guerra, los judíos se unirán contra nosotros a nuestros enemigos».

Don Alfonso hizo un esfuerzo por mantenerse tranquilo.

—Este Escribano me ha prestado buenos servicios —dijo—, mejores que cualquier otro antes que él. En la economía de mi reino hay más orden y menos represión. Eres injusto con ese hombre, Don Martín.

El calor con que el rey defendió al hebreo horrorizó al arzobispo.

—Ahora se ve —exclamó más preocupado que iracundo— que el Santo Padre tuvo un buen motivo para advertir a los príncipes cristianos contra los consejeros judíos.

Y citó el mensaje del Papa: «Estad prevenidos, príncipes de la cristiandad. Si acogéis compasivos a los judíos demasiado cerca de vosotros, os lo agradecerán como dice el refrán: *mus in pera, serpens in grentio et ignis in sinu*: como el ratón en la bolsa, la serpiente en el jubón, la mecha en la manga». Y añadió entristecido:

—Este hombre se ha acercado terriblemente a ti, se ha hecho un lugar en tu corazón.

El rey se conmovió ante la tristeza de su amigo.

—No creas —dijo— que quiero escatimar a la Iglesia lo que le corresponde. Sopesaré tus motivos y los suyos, y si él no tiene argumentos sólidos, acertados y desinteresados, te obedeceré a ti.

El arzobispo permaneció hosco y preocupado.

—¿No te basta —le advirtió— con que el Señor te haya condenado por tus pecados a yacer en una tumbona mientras toda la cristiandad lucha? No amontones nuevos pecados sobre los viejos, te advierto para que no permitas que en tu reino los infieles escarnezcan el edicto del Santo Padre.

Don Alfonso tomó su mano.

—Te agradezco tu advertencia —dijo—. Me acordaré de ella si el otro quiere engatusarme.

Durante todo el tiempo que estuvo esperando a Jehuda, las palabras de Don Martín no se apartaban de su mente. El arzobispo tenía razón: se sentía demasiado unido al judío. No lo había tratado como a alguien con quien se hacen negocios porque no queda más remedio, sino como a un amigo. Lo había visitado en su casa, había tomado a su hijo como paje, había tenido sus escaramuzas con su hija y se había dejado provocar por el desprecio y la arrogancia de la muchacha para renovar el palacio de recreo islámico. Si tomaba a la serpiente en su regazo, ésta acabaría mordiéndole. Quizás ya le había mordido.

El judío no debía seguir seduciéndolo. Lo obligaría a justificar por qué todavía no había exigido a la aljama el diezmo de Saladino, y si no podía ofrecerle ninguna explicación sensata e irrefutable, Alfonso pondría a los judíos en manos de Don Martín. ¡Aquellos infieles no debían insolentársele!

Pero ¿debía ceder su derecho sobre los judíos, aquel privilegio real, a la Iglesia? Ninguno de sus antepasados habría permitido que los tocaran siquiera.

Estudió los informes sobre la situación financiera del reino: eran favorables, más que favorables; aquel hombre le había servido bien, esto no había ni que dudarlo, pero conservaría en su corazón la advertencia del arzobispo; no permitiría que nadie lo engañara.

Para empezar le exigiría al judío una inmensa suma para Calatrava y para la compra de la libertad de los prisioneros. Ya la respuesta del judío indicaría si anteponía los intereses de la corona y del reino a los suyos propios y a los de su judería.

Recibió a Jehuda esperanzado.

El propio Jehuda se sentía lleno de una intranquila expectación. Era inmensurable lo que dependía de esta conversación con el rey, debía ser precavido.

Primero informó prolijamente sobre la situación de la economía. Habló de los visibles éxitos y no olvidó mencionar las pequeñas adquisiciones que pudieran causar placer al rey como, por ejemplo, la gran yeguada. Sesenta caballos de raza procedentes de al-Andalus y de Africa estaban siendo transportados a Castilla, y habían sido contratados tres criadores de caballos, a los que se consideraba grandes expertos. Después, estaba el tema de la moneda castellana: se acuñaban maravedíes de oro en un número cada vez mayor, y aunque la imagen de Alfonso, como cualquier imagen, escandalizaba a los seguidores del Profeta, también en los reinos islámicos se extendían las monedas de oro que mostraban el rostro de Alfonso y su escudo de armas.

Y quizás causaría alegría a la reina saber que, en un tiempo no muy lejano, podría llevar ropajes tejidos con seda castellana.

El rey escuchaba con atención y parecía satisfecho. Pero recordó su propósito de no permitir que el judío se insolentara.

—Lo celebro mucho —dijo, para seguir con maligna amabilidad—: Así que ahora tenemos también por fin el dinero para poder luchar contra nuestros musulmanes.

Don Jehuda se sintió decepcionado por el poco agradecimiento que mostraba el rey, pero contestó tranquilo:

—Nos acercamos a este objetivo más rápidamente de lo que yo pensaba, y cuanto más tiempo mantengas la paz, mi señor mejores son las perspectivas de poder crear un ejército fuerte y grande que te garantice la victoria.

Don Alfonso, con la misma amabilidad insidiosa, siguió preguntando:

—Si crees que debes de seguir prohibiéndome participar en la Guerra Santa, concédeme por lo menos una suma de dinero para demostrar a la cristiandad mi buena voluntad.

—Ten la bondad, mi señor —repuso Jehuda—, de explicar con mayor claridad a tu torpe servidor lo que quieres decir, para que lo entienda.

—Yo y Doña Leonor hemos decidido —le explicó Alfonso— comprar la libertad de los prisioneros de Saladino, de muchos prisioneros —y mencionó una cifra mucho mayor de la que había querido decir: mil hombres, mil mujeres y mil niños.

Jehuda pareció afectado, y Alfonso pensó enseguida: ya lo he desenmascarado, ahora muestra su auténtico rostro, el muy zorro. Pero Jehuda respondió:

—Dieciséis mil maravedíes de oro son mucho dinero. Ningún otro príncipe de esta Península podría entregar una suma tan alta para un fin tan desinteresado y piadoso. Tú puedes hacerlo, mi señor.

Alfonso, sin saber si debía enfadarse o alegrarse, siguió:

—Además, quiero hacer una donación a la orden de Calatrava, y no debe ser pequeña.

Ahora si que Jehuda quedó seriamente perplejo. Pero inmediatamente se dijo que probablemente el rey quería comprar al cielo el perdón por su neutralidad en la Guerra Santa, y era mejor que lo hiciera de este modo que dejando en manos del arzobispo el diezmo de Saladino.

—¿Qué suma has pensado, mi señor? —preguntó.

—Quisiera oír tu opinión —exigió Alfonso. Jehuda propuso:

—¿Y si donaras a Calatrava el mismo importe que has dedicado a Alarcos, cuatro mil maravedíes de oro?

—No bromees, amigo mío —dijo amistoso el rey—, no voy a tratar a mis mejores caballeros como a pordioseros. Prepara un donativo de ocho mil maravedíes.

Esta vez Don Jehuda no pudo evitar que su rostro se contrajera. Pero se doblegó sin replicar y dijo:

—En una hora has hecho donación de veinticuatro mil maravedíes de oro para fines santos, mi señor. Con seguridad, Dios os lo recompensará.

Y con aplomo, una vez recuperado, siguió hablando:

—Había esperado que la gracia de Dios estaría contigo y he tomado precauciones.

El rey lo miró asombrado.

—En la certeza de que Dios, de acuerdo con tus merecimientos, te concederá un heredero al trono —explicó Jehuda—, he indicado a mis *repositarii* que revisen el registro de los obsequios de bautismo.

En los libros antiguos se establecía, con ocasión del nacimiento del primer hijo varón del rey el derecho a exigir de cada vasallo un impuesto adicional destinado a la digna educación del heredero del trono, y se trataba de sumas elevadas.

Don Alfonso, y también Doña Leonor habían abandonado toda esperanza de tener un heredero al trono, y el hecho de que su Escribano confiara en esa posibilidad y tomara las pertinentes medidas, lo alegró. Animadamente, con una ligera y tímida sonrisa, dijo:

—Realmente, eres un hombre precavido —y como el judío había puesto a su disposición la suma que le había exigido sin dudarlo un momento, de acuerdo con su propósito, estaba dispuesto a confiarle a él y no a Don Martín la recaudación del diezmo.

Pero ¿acaso el judío no estaba evitando el tema del diezmo de Saladino que debía pagar la aljama ya que no lo había mencionado en absoluto?

—¿Qué es lo que pasa con vuestro diezmo de Saladino? —preguntó sin transición —. Me dicen que queréis estafar a la Iglesia. No lo permitiré, os equivocáis conmigo si creéis que voy a consentirlo.

Aquel súbito y enojado ataque puso a Jehuda fuera de si. Pero reflexionando se dio cuenta de que en aquellos momentos el destino de los judíos sefarditas dependía de sus palabras y se dominó, se obligó a ponderar las cosas con frialdad e hizo acopio de paciencia.

—Nos han calumniado, mi señor —contestó—, hace tiempo que he incluido el diezmo de Saladino de la aljama en mis cuentas, de no ser así no habrías podido disponer del dinero que hoy has exigido Pero, naturalmente, tus súbditos judíos sólo quieren pagarte este impuesto a ti, mi señor y no a cualquiera que pueda exigirlo o que lo haya exigido.

Don Alfonso, aunque satisfecho de que el judío pudiera refutar con tan poco esfuerzo las acusaciones de Don Martín, le amonestó:

—No me seas demasiado insolente, Don Jehuda, ése cualquiera de quien tú hablas es el arzobispo de Toledo.

—El estatuto que vuestro padre garantizó a la aljama, y que Vuestra Majestad ha ratificado —repuso Jehuda—, establece que la comunidad sólo está obligada a pagarte impuestos a ti. Por supuesto, si tú lo ordenas, el diezmo será entregado al señor arzobispo. Pero entonces será simplemente un diezmo y no un sueldo; será un diezmo muy pequeño: es muy difícil esquilar a un macho cabrío obstinado. Pero si el diezmo pertenece a Vuestra Majestad, será un diezmo abundante y rico, ya que la aljama de Toledo, mi señor os ama y os respeta.

Y bajando la voz, añadió con énfasis:

—Quizás sería mejor que guardara en mi corazón lo que ahora voy a deciros. Pero soy un honesto servidor tuyo y no puedo ocultártelo: para nosotros seria terrible y pesaría sobre nuestras conciencias contribuir con dinero a la conquista de una ciudad que para nuestra comunidad es santa desde tiempos inmemoriales y que Dios nos ha prometido como parte de nuestra herencia. Tú, mi señor, no utilizarás nuestro dinero en la guerra de Oriente, sino para multiplicar la dignidad y el poder de tu Castilla, que nos protege y nos ofrece seguridad y la posibilidad de prosperar: Sabemos que necesitas el dinero para nuestro bienestar: Para qué lo necesita el señor arzobispo no lo sabemos.

El rey creyó lo que el judío decía. El judío que, fueran cuales fueran sus secretos motivos, seguía el mismo rumbo que él, era su amigo, Alfonso lo sentía así, pero precisamente aquello era lo que no debía ser «El ratón en la bolsa, la serpiente en el jubón, la mecha en la manga», resonaban en su mente las palabras del Santo Padre. No debía permitir que el judío estuviera tan cerca de su corazón, era pecado, era doblemente pecado ahora, durante la Guerra Santa.

—No nos quites los derechos que tenemos desde hace cien años —le rogó Jehuda —. No entregues a tus súbditos más fieles en manos de su enemigo. Somos propiedad tuya, no del arzobispo. Deja que sea yo, mi señor, quien recaude el diezmo de Saladino.

Las palabras de Jehuda conmovieron a Alfonso, pero aquel que las pronunciaba era un infiel, y aquel que lo había advertido era un representante de la Iglesia.

—Sopesaré tus motivos, Don Jehuda —dijo sin entusiasmo.

El rostro de Jehuda se apagó. Si no había conseguido convencer ahora a aquel hombre, nunca podría hacerlo. Dios había negado su gracia a sus palabras. Él, Jehuda, había fracasado.

Alfonso vio la tremenda decepción del judío. Aquel Ibn Esra le había prestado servicios como nadie hasta entonces, le dolió haberle humillado.

—No creas —le dijo— que no aprecio debidamente tus servicios. Has cumplido mi encargo a la perfección, Don Jehuda —y con calor añadió—: Convocaré a todos los señores para que vean cómo me devuelves el guante como signo de haber cumplido la misión qué te encomendé.

También Doña Leonor dudaba si había que dejar o no la recaudación del diezmo de Saladino de los judíos en manos del arzobispo. Como reina, no quería entregar este importante derecho de la corona. Como cristiana, se sentía en pecado, ya que de la cuestionable neutralidad del reino sacaba provecho y no quería desdeñar la advertencia del arzobispo. Su difícil embarazo aumentaba sus dudas. No podía ofrecer a su Alfonso ningún consuelo.

Él buscó una señal de Dios. Decidió esperar a que Doña Leonor diera a luz. Si le daba un hijo varón, lo consideraría una señal. En ese caso, la recaudación del diezmo de Saladino sería para el tesoro de la corona, ya que no tendría derecho a recortar la herencia de su hijo.

Por lo pronto, honraría a su Escribano como había prometido. Ante una gran reunión, Jehuda pudo devolverle el guante del encargo caballeresco, y Alfonso tomó con la mano desnuda la mano desnuda de su vasallo, le dio las gracias con palabras afables, lo abrazo y lo besó en las mejillas. El arzobispo estaba terriblemente furioso. Su advertencia sacerdotal se la había llevado el viento, el enviado del Anticristo enredaba al rey en sus redes cada vez más estrechamente. Pero Don Martín no estaba dispuesto a permitir que esta vez le fuera arrebatada la victoria de la Iglesia sobre la sinagoga. Decidió no escatimar medios, aunque fueran repugnantes, y luchar contra la astucia utilizando la astucia.

Nada más lejos de su intención, le aseguró al rey que discutir con él por dinero. Para demostrárselo, le propuso algo que sólo podría defender ante la Santa Sede con mucho esfuerzo. Partiendo de la base de que Don Alfonso sólo utilizaría el diezmo de Saladino con fines militares, pondría a su total disposición el dinero. Él mismo y la Iglesia conservarían sólo el derecho a reclamar el diezmo; los importes recogidos serían transferidos de inmediato al tesoro de la corona.

Don Alfonso contempló el rostro fiel y astuto del amigo, y vio cuán difícil le resultaba aquel compromiso. Para él estaba muy claro que se trataba de una cuestión de principios y repuso:

—Sé que sólo quieres lo mejor para mí. Pero me parece que también mi Escribano es honrado cuando me advierte que no ceda un importante derecho de la corona.

—Don Martín rugió:

—¡De nuevo el infiel, el traidor!

—No es un traidor —dijo Alfonso, defendiendo a su ministro—. Les sacará a sus judíos el diezmo hasta el último sueldo. Me ha prometido ya de este diezmo una enorme suma para nuestra cruzada: veinticuatro mil maravedies de oro.

El arzobispo quedó impresionado por la cifra. Pero no quería admitirlo y añadió burlón:

—Siempre ha prometido mucho.

—Pero además ha mantenido cada una de sus promesas —contestó Don Alfonso.

En el interior de Don Martín resonaban frases extraídas de los mensajes y decretos papales: «Los judíos, puesto que cargaron sobre sí mismos la culpa de la crucifixión, están destinados a una eterna esclavitud; el signo de Caín está grabado a fuego en ellos, y al igual que éste, deben vagar errantes y fugitivos». Y allí estaba Don Alfonso, un príncipe cristiano, un gran caballero y héroe, que en lugar de golpear la cabeza de los judíos para que la agacharan de una vez, no tenía más que palabras de respeto y amistad por aquel demonio que había conseguido anidar en su corazón. Don Martín estaba decidido a ser astuto y a conservar la benevolencia y moderación cristianas. Pero no pudo mantener la calma por mucho tiempo.

—¿Acaso no te das cuenta, tú, a quien ha cegado el infierno, adónde quiere llevarte? —dijo lleno de celo—. Dices que ha hecho florecer tu reino: ¿No ves que este florecimiento está envenenado? ¡Es fruto del pecado! Te cebas en la herejía de tu neutralidad. Mientras los príncipes cristianos se enfrentan a las privaciones, al peligro y a la muerte para liberar el Santo Sepulcro, tú te construyes un palacio de recreo opulento y pagano y niegas a la Iglesia el diezmo que su Santo Padre le ha asignado.

Precisamente porque el mismo Alfonso lamentaba la reconstrucción de La Galiana, no soportó el insolente reproche del sacerdote.

—¡Te prohibo utilizar semejante lenguaje! —le contestó a gritos. Con esfuerzo se obligó a conservar la calma—. Eres un gran príncipe de la Iglesia, Don Martín —le dijo—, un buen soldado y un amigo fiel. Si no pensara esto de ti, debería ordenarte ahora mismo que desaparecieras de mi vista durante un mes.

Aquel mismo día mandó llamar a Jehuda.

—No entregaré los judíos a la Iglesia —declaró—, los conservo como propiedad mía. Es a mí a quien deberán pagar el diezmo, y tú lo recaudarás. Y haz que sea un diezmo sustancioso, tal y como has prometido.

Pocos días después Doña Leonor dio a luz un niño.

La alegría de Don Alfonso fue ilimitada. De un modo glorioso la bendición de Dios le daba la razón. Había hecho bien cuando, siguiendo su voz interior, no había cedido ninguno de sus derechos reales a la Iglesia. Y también había hecho bien cuando obligó al joven Pedro a besarle la mano en señal de vasallaje: si hubiera esperado, si lo hubiera aplazado hasta que el muchacho de Aragón estuviera comprometido con la joven infanta, todas sus aspiraciones al trono de Castilla habrían desaparecido ahora y habría surgido entre ambos una desavenencia todavía mayor.

En la capilla de su castillo, Alfonso se arrodilló lleno de un venturoso agradecimiento por el hecho de que ahora Castilla tuviera un heredero de su propia sangre. A pesar de todo y de todos, llevaría a cabo su gran guerra y conquistaría Sevilla, Córdoba y Granada para mayor gloria de Dios. Multiplicaría su reinado, desplazando por la fuerza sus fronteras hacia el sur. Y si no le fuera concedido reconquistar toda la Península, Dios bendeciría a su hijo para que terminara el trabajo.

También Don Jehuda se sentía profundamente satisfecho. A pesar de su aparente confianza, estaba lleno de preocupación pensando que la reina pudiera volver a dar a luz una niña; en ese caso habría apaciguado definitivamente a Don Pedro mediante su compromiso con la infanta Berengaria, y la alianza y una gran guerra serían inmediatas. Ahora se había desvanecido este peligro.

Don Jehuda esperaba que todo el mundo compartiría su alegría, sobre todo el amistoso y astuto hombre de Estado Don Manrique. Pero éste le advirtió con dureza:

—Piensa que hablas con un caballero cristiano. Me alegro de que el rey nuestro señor tenga un heredero, pero la mayor parte de mi alegría se ve ensombrecida porque nuestra santa guerra quizás se ha aplazado para siempre. ¿Crees que quiero que me entierren sin haber vuelto a enfrentarme a los infieles en el campo de batalla, por lo menos una vez más? ¿Crees que un caballero castellano ve gustoso cómo su rey permanece sentado junto al fuego mientras toda la cristiandad está en la Guerra Santa? Tus palabras me han mortificado, judío.

Jehuda se alejó avergonzado. Pero reconoció con agradecimiento cuán inmenso era el peligro del que el Todopoderoso había salvado a la Península de Sefarad y a su pueblo de Israel con el nacimiento de aquel infante.

Alfonso preparó con magnificencia el bautizo de su hijo e invitó a toda la corte a Burgos. Pero no invitó a Doña Raquel.

En contrapartida, mostró a su paje Don Alazar una particular atención. Lo llamaba con frecuencia a su lado y lo prefería de un modo evidente a los demás pajes. Una vez le llamó la atención la poca semejanza que el rostro hermoso y lozano de Alazar mostraba con el rostro de su hermana. Se sorprendió de que esto le hubiera llamado la atención. Ahuyentó estos pensamientos.

Jehuda, con ocasión del bautizo, envió al rey y a Doña Leonor escogidos regalos; también pensó en la infanta Berengaria. Había notado su decepción y su preocupación. Probablemente no había abandonado la esperanza de casarse con Don Pedro, y había tenido al alcance de la mano la corona de Castilla y de Aragón, de la Hispania unida. Y ahora sus esperanzas se habían hundido.

El infante fue bautizado, con gran pompa, con el nombre de Fernán Enrique.

Después del bautizo, Don Jehuda regresó a Toledo.

Capítulo VII

YA durante la primera cruzada los guerreros cristianos atacaron primero a los infieles que tenían más cerca en sus propios reinos: los judíos.

Los promotores de la cruzada no habían querido esto; su objetivo era liberar Tierra Santa del yugo de los infieles, y nada más. Pero a los cruzados se habían unido muchos que no estaban movidos sólo por motivos religiosos; el entusiasmo divino se mezclaba con el afán de aventuras y la propia ambición. Caballeros cuyas ansias de gloria se habían visto refrenadas por las leyes de sus reinos, esperaban encontrar en los países islámicos botín y fama. Campesinos, siervos de algún señor tomaban la cruz para librarse de la opresión del feudalismo y de sus gravámenes. El cronista de la época, temeroso de Dios, Albertus Aquentis, informa que «se unía al ejército de los cruzados innumerable gentuza, más para cometer pecados que para hacer penitencia por los ya cometidos».

Un tal Guillaume le Carpentier, de los alrededores de Troyes, un feroz orador y hombre pendenciero, reunió un gran enjambre de discutibles peregrinos y remontó con ellos el Rin. Cada vez eran más los que se unían a él, francos y alemanes, y pronto fueron unos cien mil. En las tierras del Rin este oscuro séquito de cruzados recibió el nombre Los Peregrinos.

Un cronista judío de la época escribe: Surgió del pueblo un grupo rudo, desenfrenado y cruel, formado por francos y alemanes, que se puso en marcha hacia la Ciudad Santa para expulsar de allí a los hijos de Ismael. Cada uno de los herejes cosió a sus ropas el signo de la cruz, y se reunían formando grandes grupos, hombres, mujeres y niños. Y uno de ellos, Guillaume le Carpentier —maldito sea el nombre del pecador —, los instigaba y les decía:

—He aquí que partimos para tomar venganza en los hijos de Ismael. Pero ¿acaso no tenemos entre nosotros a estos judíos, cuyos padres crucificaron a nuestro Dios? Venguémonos primero en ellos. Que desaparezca el nombre de Judá si siguen negándose a reconocer a Jesús como al Mesías.

Y los demás le escuchaban y se decían entre ellos:

—Hagamos lo que dice.

Y cayeron sobre el pueblo de la Sagrada Alianza.

Primero, en el sexto día del iyar, en un Sabbath, mataron a los judíos de la ciudad de Speyer. Tres días más tarde a los de la ciudad de Worms. Después emprendieron la marcha hacia Colonia. Allí, el obispo Hermann intentó proteger a sus judíos. El cronista informa:

Pero las puertas de la misericordia estaban cerradas. Los herejes golpearon a los soldados y se apoderaron de los judíos. Muchos de ellos, antes de aceptar recibir el agua del bautismo, hombres, mujeres y niños, se arrojaron al río cargados de piedras, gritando:

—¡Escucha Israel, Adonai nuestro Dios es el único verdadero!

Algo parecido sucedió en Tríer y también en Mainz.

Sobre lo ocurrido en Mainz informa el cronista:

El tercer día del sivan, del que habló nuestro maestro Moisés: «Y que estén prestos para el día tercero, porque al tercer día bajará Yavé sobre la montaña del Sinaí». En ese tercer día del sivan, alrededor del mediodía, llegó Emicho de Leiningen —sea maldito el nombre del pecador— con todos sus seguidores, y los habitantes de la ciudad les abrieron las puertas. Y los herejes hablaron así entre ellos:

—Tomad ahora venganza por la sangre del crucificado.

Los hijos de la Sagrada Alianza habían tomado las armas para defenderse; pero, debilitados por la preocupación y por su largo ayuno, no pudieron resistir al enemigo. En el castillo episcopal defendieron durante largo tiempo la maciza puerta del último patio interior contra los asaltantes; pero por sus múltiples pecados fueron vencidos. En cuanto vieron que su suerte estaba decidida, se hablaban unos a los otros dándose valor y decían:

—Nuestros enemigos nos darán muerte dentro de unos instantes, pero nuestras almas entrarán ilesas en el hermoso jardín del Edén. Bendito sea aquel que recibe la muerte por amor al nombre del único Dios.

Y decidieron:

—Hagamos el sacrificio en nombre de Dios.

En cuanto los enemigos consiguieron entrar en el patio, vieron a los hombres, cubiertos con su manto de oración, sentados sin moverse. Los herejes creyeron que era un truco. Les lanzaron piedras y les dispararon flechas. Pero aquellos hombres envueltos en sus mantos de oración no se movieron. Entonces los golpearon con sus espadas. Los que habían huido al interior del castillo se mataban unos a otros. En verdad, los judíos de Mainz en aquel tercer día del sivan superaron aquella prueba a la que una vez Dios sometió a nuestro patriarca Abraham. Así como éste dijo: «Heme aquí», y estaba dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac, del mismo modo ellos ofrecieron como víctimas a sus hijos y a sus allegados. El padre sacrificaba al hijo, el hermano a

la hermana, el novio a la novia, la vecina al vecino. ¿Se ha visto jamás un sacrificio como aquél en un solo día? Más de mil se dejaron matar o se mataron a sí mismos para gloria de Aquél cuyo nombre es uno, grande y terrible.

En Ratisbona, Los Peregrinos mataron a setecientos noventa y cuatro judíos, cuyos nombres están registrados en los libros de los mártires. Ciento ocho estuvieron dispuestos a recibir el bautismo. Los Peregrinos los llevaron al Danubio, dejaron que flotara en el agua una enorme cruz, sumergieron a los judíos bajo el agua y riéndose gritaban:

—Ahora sois cristianos, no volváis a creer jamás en vuestras supersticiones judías.

Quemaron la sinagoga, y con el pergamino de los rollos hebreos de la Sagradas Escrituras se hicieron suelas para sus zapatos.

En las tierras del Rin durante los meses iyar, sivan y tammuz murieron doce mil judíos, cuatro mil en Suabia y en Baviera.

La mayoría de los príncipes de la tierra y de los príncipes eclesiásticos no aprobaban los crueles actos de Los Peregrinos ni los bautizos forzados. El emperador alemán Enrique IV en un solemne discurso, manifestó el desprecio que le inspiraban aquellas carnicerías y autorizó a aquellos que habían sido bautizados por la fuerza a que volvieran al judaísmo. También dictó un acto de procesamiento contra el arzobispo de Mainz por no haber protegido suficientemente a sus judíos y haberse enriquecido con sus bienes. El arzobispo tuvo que huir, el emperador embargó sus posesiones e indemnizó a los judíos.

La mayoría de Los Peregrinos hallaron un terrible fin, incluso antes de llegar a Tierra Santa. Muchos de ellos fueron muertos por los húngaros, y sus cabecillas, Guillaume le Carpentier y Emicho de Lainingen, regresaron deshonrados con los harapientos restos de su tropa. Según informa el cronista, Guillaume, antes de partir; había preguntado al rabí de Troyes cómo terminaría su viaje. El rabí había contestado:

—Vivirás rodeado de esplendor durante un tiempo, pero después volverás aquí vencido y fugitivo, con sólo tres caballos.

Guillaume le amenazó:

—Si regreso aunque sea con un caballo de más, te mataré, y además a todos los judíos de Francia.

Cuando regresó, iba acompañado de tres hombres a caballo, de modo que los caballos eran cuatro. Se complacía pensando que iba a poder matar al rabí. Al entrar a caballo por la puerta de acceso a la ciudad, una piedra se desprendió y golpeó a uno de sus acompañantes, matando también al caballo. Después de esto, Guillaume renunció a sus propósitos e ingresó en un convento.

Los sufrimientos que por aquel entonces habían tenido que soportar sus antepasados, y que se hallan recogidos en el libro *El valle de lágrimas*, fueron recordados por los judíos ahora que se había proclamado una nueva cruzada y se sentían llenos de horror.

Pronto volvió a suceder como en el pasado. Pero esta vez eran sobre todo los príncipes quienes los oprimían.

El duque Wratislaw de Bohemia obligó a sus judíos a bautizarse, y cuando éstos quisieron marcharse, probablemente para poder volver al judaísmo, declaró que todas sus posesiones habían sido confiscadas. Su tesorero, un hombre instruido, pronunció en nombre del duque un discurso en latín a los emigrantes, en hexámetros:

—No trajisteis a mi ciudad de Bohemia ninguno de los tesoros de Jerusalén / Llegasteis a nuestra tierra como desnudos mendigos, así, pues, marchad desnudos también.

Los que más tuvieron que sufrir fueron los judíos del reino de Francia. En la última cruzada, Luis VII y Ellinor de Guyena los habían acogido allí. Pero el monarca que ahora reinaba en Francia, Felipe Augusto, estaba a la cabeza de aquellos que mataban y robaban a la «estirpe maldita».

—Los judíos —explicaba—, con sus astucias criminales, se han adueñado de la mayoría de las casas de mi capital, París. Nos han desvalijado como sus antepasados a los egipcios.

Para vengar este robo, hizo rodear en un Sabbath las sinagogas de París y de Orleans por sus soldados y no soltó a los judíos antes de haber saqueado sus casas. También tuvieron que quitarse sus ropas del Sabbath y volver a sus hogares semidesnudos. Después ordenó que en un plazo de tres meses debían abandonar el país dejando atrás sus bienes y sus riquezas.

La mayoría de los expulsados huyeron a los condados vecinos, que aunque nominalmente se consideraban países vasallos del rey, de hecho eran independientes.

Pero la mano del rey Felipe Augusto también los alcanzó allí.

Entre ellos se contaba, por ejemplo, la margravina de la Champaña, Blanche, una anciana de espíritu liberal y corazón generoso. Había recogido a muchos de los emigrantes. Desde hacía mucho tiempo, en el territorio franco existía la costumbre de abofetear en la plaza, públicamente, a un representante de los judíos, al jefe de la comunidad o al rabino, durante la Semana Santa, en memoria del martirio de Cristo. La margravina había autorizado a sus judíos a librarse de esta contribución física mediante un pago a la Iglesia. El rey Felipe Augusto, irritado porque sus judíos expulsados habían encontrado acogida en las tierras de la margravina Blanche, exigió de su vasalla

que anulara este privilegio. Utilizó como argumento la Guerra Santa, y ella tuvo que ceder.

Pero el destino ahorró la humillación a los judíos, aunque de un modo lamentable, incluso trágico. Antes de que empezara la Semana Santa, un cruzado, un súbdito del rey Felipe Augusto, mató a un judío en los territorios de la margravina, en la ciudad de Bray-sur-Seine.

La condesa condenó al asesino a muerte e hizo que la ejecución tuviera lugar el día de la fiesta judía del Purim, el día en que los judíos celebran la caída de su enemigo Amán gracias a la intervención de la reina Ester y de su padre adoptivo Mardoqueo. Los judíos de la ciudad de Bray asistieron a la ejecución del asesino, probablemente no sin satisfacción. Al rey Felipe Augusto se le dijo que habían atado las manos del asesino, su súbdito, y le habían puesto en la cabeza una corona de espinas burlándose de la pasión del Salvador. El malvado rey, como lo llama el cronista, exigió entonces de la margravina que hiciera detener a todos los judíos de la ciudad de Bray. Ella se negó. El rey mandó soldados a Bray, y los judíos fueron detenidos y obligados a elegir entre el bautismo o la muerte. Cuatro fueron bautizados, diecinueve niños menores de trece años fueron llevados a un convento, el resto de los judíos fueron quemados sobre veintisiete piras. Felipe Augusto dijo a la margravina Blanche:

—Ahora tus judíos, señora, están libres de la bofetada del viernes santo. Después de esto se fue a la Guerra Santa.

Sin embargo, los judíos de todo el norte de Francia ya no se sentían seguros y mandaron mensajeros a sus hermanos de aquellos países más felices en la Provenza y en Hispania para pedirles ayuda.

Su mayor esperanza la pusieron en la poderosa comunidad de Toledo. Allí mandaron al hombre que era considerado el mayor y más piadoso entre los judíos de Francia. El rabí Tobia Ben Simón.

Apenas estuvo Don Jehuda de regreso, recibió la visita del rabí Tobia.

Nuestro señor y maestro Tobia Ben Simón, llamado Ha-Chasid, el piadoso, el *Episcopus Judaerum Francorum*, la cabeza de los judíos de Francia, era un famoso y discutido teólogo de Israel. Tenía un aspecto insignificante y un modesto patrimonio. Pertenecía a una antigua familia de judíos instruidos que hacía escasamente un siglo habían huido al norte de Francia desde Alemania, escapando de Los Peregrinos.

Hablaba el hebreo lento y poco correcto de los judíos alemanes, el *ashkenazi*; sonaba muy distinto al noble hebreo clásico al que Don Jehuda estaba acostumbrado. Pero pronto olvidó la pronunciación del rabí Tobia al escuchar lo que éste tenía que

decirle. El rabí hablaba de los innumerables, crueles y refinados esbirros del rey Felipe Augusto y de los crueles y sangrientos acontecimientos de París, Orleans, Bray-sur-Seine, Nemours y de la ciudad de Sens. Lo contaba con lentitud, describiendo los más insignificantes tormentos que los perseguidores habían infligido a los judíos con la misma exactitud y detalle que describía las tremendas carnicerías, y el más insignificante detalle parecía grande, y lo más tremendo era sólo un eslabón en una cadena interminable. Y una y otra vez repetía como un estribillo:

—Y ellos gritaban: «Escucha, Israel, nuestro Dios es único», y eran asesinados.

Resultaba extraño escuchar a aquel insignificante rabí relatar aquellos violentos acontecimientos en aquella casa tranquila, lujosa y protegida. El rabí Tobia habló durante mucho tiempo y en un tono apremiante. Pero Jehuda escuchaba con imparcial atención. Su viva imaginación le hacía ver con gran realismo las cosas que le contaba el rabí. Despertaron sus propios y terribles recuerdos. Por aquel entonces, hacía tantos años como la mitad de la vida de un hombre, los musulmanes habían actuado en su Sevilla de la misma manera que ahora los cristianos en Francia. También ellos habían caído sobre los infieles que tenían más cercanos, los judíos, y los habían puesto en la disyuntiva de elegir entre aceptar su religión o morir. Jehuda sabía exactamente cuál era la situación de aquéllos a quienes ahora se perseguía.

—De momento —dijo el rabí Tobia—, todavía nos ayudan los condes palatinos y los barones de los territorios independientes. Pero el ungido pecador los acosa y no podrán resistírsele durante mucho más tiempo. Sus corazones no son malos, pero tampoco buenos, y no emprenderán una guerra contra el rey de Francia por amor a la justicia y a los judíos. No está lejano el día en que tendremos que volver a emigrar, y no será fácil, porque no hemos podido salvar nada más que nuestra piel y algunos rollos de la Torah.

Reinaba la paz, el lujo y el silencio en la hermosa casa. El agua chapoteaba alegremente; desde las paredes, relucían doradas, azules y rojas las letras de los nobles versículos. Los delgados y pálidos labios en el rostro extrañamente mortecino del rabí dejaban salir regularmente las palabras. Pero Don Jehuda veía ante él a todos aquellos cientos y cientos de judíos; los veía caminando con sus pies cansados, descansando al borde del camino, lanzando temerosas miradas a su alrededor para descubrir qué nuevos peligros los amenazaban, y los veía coger de nuevo las largas varas que habían arrancado de algún árbol para continuar caminando.

La preocupación por los judíos de Francia ya había mantenido ocupado a don Jehuda en Burgos, y su rápida mente ya había elaborado algunos proyectos de ayuda, pero ahora, mientras escuchaba el informe del rabí Tobia, fue tomando cuerpo un nuevo plan; la maniobra sería inteligente, difícil. Pero no había ninguna otra que realmente

sirviera de ayuda. La visión del insignificante rabí, que no pedía nada, que ni siquiera advertía o exigía nada, espoleó a Jehuda.

Cuando al día siguiente Efraim Bar Abba llegó al castillo Ibn Esra, Don Jehuda había tomado una decisión. Don Efraim, conmovido por la narración del rabí Tobia, quería reunir un fondo de diez mil maravedíes de oro para los perseguidos de Francia, él mismo pensaba donar mil maravedíes y pidió a Don Jehuda un donativo, pero éste respondió:

—No será de mucha ayuda para los perseguidos que les demos dinero para las necesidades de unos cuantos meses o de un año. Los condes y barones en cuyas ciudades ahora se encuentran acabarán cediendo ante el rey y serán de nuevo expulsados; y seguirán siendo perseguidos sin rumbo sobre la tierra, cayendo siempre en manos de otros enemigos, condenados finalmente al exterminio. Sólo hay una ayuda posible: Asentarlos en un lugar seguro, donde puedan quedarse.

El *Párnas* de la aljama se sintió penosamente sorprendido. Conllevaría desagradables consecuencias traer al reino a judíos pobres ahora, en pleno ajetreo de la Guerra Santa. El arzobispo predicaría nuevas persecuciones, y todo el reino le daría la razón. Los judíos de Toledo eran instruidos, ricos, civilizados y se habían ganado el respeto de los demás; si ahora se dejaba entrar a cientos, quizás a miles de judíos franceses indigentes, que no conocían la lengua y las costumbres del reino, que llamarían forzosamente la atención por su modo de vestirse y sus malos y extraños modales, esto no supondría ninguna ayuda para ellos y sólo se pondrían en peligro a sí mismos.

Pero mucho se temía Don Efraim que estos argumentos sólo reforzarían los propósitos del audaz Ibn Esra, de modo que los sustituyó por otros.

—¿Podrán estos judíos de Francia —dijo— sentirse aquí alguna vez como en casa? Son gente sencilla, dedicados al comercio del vino y a tímidos negocios monetarios, sólo conocen las mezquinas nimiedades de su Francia, su modo de pensar es pusilánime, no saben nada acerca de grandes empresas. No los censuro por ello; tuvieron que llevar una vida dura y llena de estrecheces, muchos son los hijos de aquellos que tuvieron que huir de los países alemanes o han sufrido ellos mismos las persecuciones de Alemania. No veo cómo estas gentes tristes y asustadas podrán encajar en nuestro mundo.

Don Jehuda guardó silencio; al *Párnas* le pareció que se sonreía en silencio. Con voz todavía más apremiante, Don Efraim continuó:

—Nuestro mismo importante invitado es un hombre piadoso, un hombre instruido, famoso con todo el derecho. Pero a pesar de la profundidad y grandeza de lo que puede leerse en sus libros, muchas cosas me han parecido extrañas. En temas de moral y en lo

que se refiere al cumplimiento de los mandamientos, soy ciertamente más estricto que tú, Don Jehuda, pero nuestro señor y maestro Tobia hace de la vida un solo ejercicio de penitencia. Sus normas y las de sus seguidores no son las nuestras. Creo que no nos llevaríamos bien con nuestros hermanos de Francia, ni ellos con nosotros.

Lo que Don Efraim no dijo, pero sí quería recordar a Don Jehuda, el *mesumad*, el renegado, era que el rabí Tobia tenía las más duras palabras de maldición precisamente para los suyos, para los que habían renegado de la fe. No conocía la misericordia ni siquiera para los *anussim*, para aquellos que se habían dejado arrastrar al bautismo mediante amenazas de muerte, ni siquiera si más adelante volvían al judaísmo. Don Jehuda, que libremente y sin correr ningún peligro había servido al Dios extranjero, debía saber que a los ojos del rabí Tobia y de sus seguidores era culpable y merecía el castigo de muerte, de modo que su alma fuera destruida junto con su cuerpo. ¿Quería cargar sobre sus hombros y sobre los de la aljama a gentes que pensaban así de él?

—Ciertamente —dijo el sorprendente Don Jehuda—, este gran hombre es distinto a nosotros. Es posible que la gente como nosotros le resultemos profundamente extraños, y gente como yo quizás incluso le inspiren desprecio. Y no pocos de entre sus seguidores pensarán de un modo tan tenebroso como él. Pero también aquellos hermanos perseguidos que hace tiempo mi tío, Don Jehuda Ibn Esra Ha-Nassi, el príncipe, dejó entrar en el reino eran muy distintos, y tampoco se tenía en absoluto la certeza de que fueran a integrarse. Pero se integraron, florecieron y crecieron. Creo que podremos soportar el modo de ser de nuestros hermanos francos si nos esforzamos seriamente en hacerlo.

Enjuto bajo sus amplios ropajes, Don Efraim permanecía sentado, calculando, profundamente preocupado.

—Estaba orgulloso —dijo— de entregar diez mil maravedíes de oro para los fugitivos francos. Si los traemos aquí, a un entorno en el que no podrán conseguir lo necesario para su mantenimiento, tendremos que ocuparnos de ellos durante años, quizás para siempre. En este caso, diez mil maravedíes de oro no alcanzarán para mucho. Debemos seguir pagando el diezmo de Saladino. Después está el fondo para la liberación de los prisioneros. Ha menguado mucho y es más requerido que nunca. En todo el mundo, la Guerra Santa da a los hijos de Edom y a los hijos de Agar un cómodo pretexto para encarcelar a los judíos y exigir un elevado rescate. Las Escrituras ordenan liberar a los prisioneros. Me parece más urgente cumplir este santo mandamiento. Traer aquí a tus miles de pobres francos me parece menos importante. Sería un acto muy misericordioso pero, perdona si lo digo claramente, sería imprudente e irresponsable.

Don Jehuda no pareció molestarse.

—No soy ningún experto en las Escrituras —repuso—, pero resuena en mis oídos y en mi corazón el mandamiento de nuestro maestro Moisés: «Si hubiera un necesitado entre tus hermanos, no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre, sino que le abrirás tu mano y le prestarás con qué poder satisfacer sus necesidades, según lo que necesite». Por lo demás, creo que podemos permitirnos cumplir una obligación sin desatender la otra. Mientras pueda mantener a estas tierras de Castilla al margen de la guerra —y habló con amabilidad y arrogancia al mismo tiempo—, la aljama de Toledo obtendrá ganancias tan abundantes que no tendrá que tocar los fondos para la liberación de prisioneros para poder dar acogida y pan a un par de miles de judíos francos.

Don Efraim se sintió invadido por un miedo cada vez mayor. Este hombre petulante no quería ver cuán insidioso era su plan, quizás realmente no era capaz de verlo. Efraim no pudo reprimirse durante más tiempo, debía manifestar el miedo que sentía en la profundidad de su corazón.

—¿Has pensado también, mi hermano y señor Don Jehuda —dijo—, qué gran arma pondrás en manos del arzobispo con este proyecto? Moverá todos los poderes del infierno antes de permitir que los judíos francos entren en el reino. Acudirá al rey pecador de Francia. Acudirá al Papa. Predicará e instigará al pueblo diciendo que en plena Guerra Santa traemos enjambres de pordioseros e infieles a Castilla. Tienes un lugar privilegiado, gozas del favor del rey nuestro señor. Pero Don Alfonso también escucha al arzobispo, y el tiempo y la Guerra Santa están a su favor y en contra nuestra. Te has hecho acreedor de nuestro eterno agradecimiento, Don Jehuda, por haber defendido nuestros fueros y libertades frente al enemigo. Pero ¿podrás conseguirlo una segunda vez?

Las palabras de Don Efraim afectaron a Don Jehuda, y vio de nuevo las grandes dificultades de su empresa. Quizás se había sobrestimado. Pero ocultó sus dudas, y, tal y como esperaba Don Efraim, adoptó su expresión altanera y dijo secamente:

—Veo que mi propuesta no tiene tu aprobación. Permíteme que lleguemos a un acuerdo. Recoge tus diez mil maravedíes de oro. Quiero conseguir del rey la autorización en favor de los perseguidos y la garantía de los derechos y libertades que necesitan. Lo haré absolutamente solo, sin el apoyo de la aljama, sin actos religiosos, sin rogativas, sin lamentaciones, sin una delegación solemne ante el rey. Deja que yo me ocupe de ello y que sea sólo preocupación mía.

Vio cuán impresionado quedó el otro; tampoco había pretendido esto. Continuó con más calidez:

—Pero si lo consigo, si el rey me dice que sí, entonces prométeme que también tú renunciarás a tu oposición, que abrirás tu alma y me ayudarás a llevar a cabo esta obra

con toda la inteligencia que Dios te ha dado —y le tendió la mano.

Don Efraim, maravillado contra su propia voluntad, pero todavía dubitativo, tomó su mano y contestó:

—Así sea.

Mientras tanto, el rey, en Burgos, en el ambiente que rodeaba a Doña Leonor, olvidó Toledo y todo aquello que estuviera relacionado con ella. Disfrutó de la tranquilidad y la confianza que rebosaba su castillo de Burgos. Tenía un hijo y un heredero. Se sentía profundamente satisfecho.

Pero finalmente, puesto que se había mantenido alejado de su capital durante semanas y meses, sus consejeros lo instaron a que volviera.

Y apenas había dejado atrás los muros de Burgos volvió a sentir su anterior inquietud y lo atormentó de nuevo la maldición que había caído sobre él: tener que esperar y esperar y saber que le estaba prohibido ampliar su reino. Alfonso VI y Alfonso VII habían llevado la corona de emperadores, los trovadores cantaban sus grandes hazañas; acerca de aquello que él había conseguido sólo gimoteaban un par de romanzas deslucidas.

Cuando vislumbró la peña sobre la que se alzaba Toledo, se mezcló a su impaciencia la rabia, y ya el primer día ordenó que compareciera ante él su Escribano, aquel hombre con quien debía regatear el precio que debería pagar para poder cumplir con sus obligaciones caballerescas y cabalgar hacia la guerra.

Jehuda, por su parte, había esperado con ansiedad el regreso el rey. Tan pronto como fuera posible, quería exponerle su gran proyecto y obtener un edicto que autorizara a los judíos francos a trasladarse a Castilla. Había preparado buenos motivos para su argumentación. En todos los rincones del reino se trabajaba con ahínco y en todas partes estaba experimentando un crecimiento, se necesitaban nuevas manos y, tal y como sucedió en los tiempos de Alfonso VI y de Alfonso VII, había que asentar a nuevas gentes.

Y por fin se encontraba ante el rey y exponía su disertación. Además, tenía que informarle acerca de grandes éxitos, de elevados y satisfactorios ingresos, acerca de tres nuevas ciudades que habían sido arrebatadas a los obstinados grandes y sometidas a Alfonso. Habían surgido en todos los rincones del reino nuevos y prometedores negocios, también en la misma Toledo y en sus inmediaciones. Estaba la fábrica de vidrio, los grandes talleres de cuero, el taller de cerámica, la fábrica de papel, por no hablar del acrecentamiento de las monedas y de la yeguada real.

Mientras Jehuda informaba al rey hablando con fluidez, reflexionaba si debía presentarle ya en esta primera entrevista su gran proyecto, pero Don Alfonso permanecía en silencio y nada podía deducirse de su expresión.

Jehuda siguió hablando. Respetuosamente, preguntó si el rey, su señor en su viaje de regreso se había fijado en los grandes rebaños que pacían en los alrededores de Avila; ahora se había regulado unitariamente la cría de ganado, de modo que los pastos debían ser aprovechados al máximo de un modo racional. También se informó de si Don Alfonso, durante su viaje de regreso, había tenido tiempo de visitar las nuevas plantaciones de moreras para la manufactura de la seda.

Finalmente, el rey se dispuso a hablar: Sí, dijo, había visto las plantaciones de moreras, también los rebaños y algunas cosas más que daban fe de la laboriosidad de su Escribano.

—Así que no sigas aburriéndome con todo esto —dijo malhumorado, cambiando de tono con sorprendente rapidez—, tus servicios son conocidos y bien reconocidos. Ahora sólo me interesa una cosa: ¿Cuándo podré finalmente borrar mi vergüenza e intervenir en la Guerra Santa?

Jehuda no podía imaginar que la gracia del rey pudiera cambiarse con tanta rapidez en hostilidad. Con amargura y preocupación, se dio cuenta de que debería aplazar la conversación sobre el asentamiento de los judíos expulsados. Pero se permitió rechazar el absurdo reproche de Alfonso.

—El momento de tu intervención en la guerra, mi señor —dijo—, no depende sólo de las finanzas de tu reino. Estas están en orden.

Y belicoso le explicó:

—Tan pronto como los demás príncipes de Hispania, particularmente el de Aragón, estén dispuestos a formar contigo un solo ejército unido bajo un solo mando para luchar contra el califa, tú, mi señor, podrás aportar más de lo que te corresponde. E incluso si esto sucediera mañana mismo. Puedes estar seguro.

Alfonso frunció el ceño. El judío siempre le respondía objetando burlón y desvergonzado alguna condición que aún había de cumplir. Dejó que siguiera en pie mientras él iba de un lado para otro.

De pronto, inesperadamente, le preguntó, mirándolo por encima del hombro:

—Dime, ¿cómo está el asunto de La Galiana? Su restauración debería estar pronto terminada.

—Está terminada —contestó orgulloso Jehuda—, y resulta sorprendente ver lo que mi buen Ibn Omar ha conseguido hacer con aquel viejo edificio. Si fuera tu deseo, mi señor, podrías vivir allí dentro de diez días o como máximo dentro de tres semanas.

—Quizás quiera —dijo con ligereza Alfonso—, y en cualquier caso quiero ver qué es lo que habéis hecho. El jueves querré verlo, quizás antes. Ya te lo haré saber. Y tú me acompañarás y me lo irás explicando todo. —Y con forzado tono casual añadió—: Y trae también a Doña Raquel contigo.

Jehuda se sintió profundamente horrorizado. Se sintió abrumado de preocupación como le sucedió en aquella otra ocasión, tras la desacostumbrada invitación de Don Alfonso.

—Se hará como tú lo ordenes, mi señor respondió.

A la hora acordada, Jehuda y Raquel esperaban al rey en el portón de la Huerta del Rey Don Alfonso llegó puntual. Se inclinó profunda y ceremoniosamente ante Raquel y saludó amistosamente al Escribano.

—Venga, pues, mostradme lo que habéis hecho dijo con una viveza artificial.

Cruzaban despacio el parque, las hortalizas habían desaparecido y en su lugar podían verse plantas ornamentales llenas de colorido, graciosamente ordenadas, arboles y bosquetes. El bosquecillo había sido dejado tal como era. Pero en el tranquilo estanque se había hecho un desagüe, de modo que ahora un delgado riachuelo, cruzado por varios puentes, conducía hasta el río Tajo. Había naranjos y también árboles que, cultivados artificialmente, llevaban en sus ramas limones de gran tamaño que hasta el momento eran desconocidos en los reinos de los cristianos. No sin orgullo, Jehuda mostró estos frutos al rey; los musulmanes los llamaban el fruto de Adán, ya que para probar este fruto, Adán había desobedecido la prohibición del Señor.

Recorriendo un ancho camino de grava, se acercaron al castillo. También aquí, desde el portón, saludaban los caracteres árabes: Alafia, prosperidad, bendición. Visitaron el interior: A lo largo de las paredes se alineaban los divanes, los tapices colgaban de pequeñas galerías, hermosas alfombras cubrían los suelos y en todas partes el agua que fluía procuraba frescor. Los trabajos de mosaico de los frisos y los techos todavía no habían terminado. Don Jehuda le explicó:

—No nos hemos atrevido a elegir los versículos y sentencias sin tus instrucciones. Esperamos tus órdenes, mi señor.

Don Alfonso, aunque estaba visiblemente impresionado, contestaba con monosílabos. Normalmente, no se preocupaba mucho por el aspecto de un castillo o de una casa. Esta vez lo observaba todo con una mirada más escrutadora. La judía tenía razón: su castillo de Burgos tenía un aspecto fiero y tenebroso, la nueva Galiana era hermosa y cómoda. Sin embargo, se sentía más identificado con el castillo de Burgos, no se sentía cómodo en medio de aquel lujo blando. Pronunció amablemente y con

reconocimiento frases obligadas, sus pensamientos erraban, sus palabras se hicieron cada vez más parcas. También Doña Raquel apenas hablaba, y poco a poco también Don Jehuda acabó guardando silencio.

El patio era más un jardín que un patio. También aquí había una gran balsa de agua con un surtidor. Estaba rodeado de arcadas, espejos mates hacían que el jardín se prolongara hasta el infinito. A su pesar, el rey tuvo que reconocer con admiración lo que aquella gente habían conseguido hacer en un plazo de tiempo tan breve.

—¿No has estado nunca aquí, señora —se dirigió de pronto a Raquel—, mientras se hacían las obras?

—No, mi señor —respondió la joven.

—No es muy amable por tu parte —repuso Alfonso—, puesto que había solicitado tu consejo.

—Mi padre e Ibn Omar —repuso Raquel— entienden mucho más que yo del arte de la construcción y la decoración.

—¿Y te gusta La Galiana tal y como está ahora? —preguntó Don Alfonso.

—Te han construido un magnífico castillo —respondió Raquel llena de auténtico embeleso—, es como uno de los maravillosos palacios que aparecen en nuestras leyendas.

«En nuestras leyendas dice —pensó el rey—. Siempre es ella la extranjera, y siempre me da a entender que allí donde ella está, yo soy el extraño».

—Y ¿es todo tal y como tú lo habías imaginado? —preguntó—. Seguramente habrá alguna que otra cosa que no te guste. ¿No quieres darme ningún consejo, por pequeño que sea?

Ligeramente sorprendida, Raquel contempló a aquel hombre impaciente.

—Puesto que me lo ordenas, mi señor —dijo—, hablaré. No me gustan los espejos en estas galerías. No me gusta ver constantemente mi imagen reflejada una y otra vez, y resulta un poco extraño veros a ti y a mi padre, y a los árboles y al surtidor en la realidad y al mismo tiempo en la imagen reflejada.

—Pues quitemos los espejos —decidió el rey—. El silencio que se hizo a continuación fue desagradable.

Se sentaron en un banco de piedra. Don Alfonso no miraba a Doña Raquel, pero veía su imagen reflejada en los espejos de las arcadas. La miraba y la examinaba. La veía por primera vez. Ella era insolente y reflexiva, sabía e ingenua, mucho más joven que él pero mucho mayor. Si alguien le hubiera preguntado si había pensado en ella durante todo el tiempo que pasó en Burgos, lo habría negado con la conciencia tranquila. Pero habría sido mentira. En su interior no se había podido librar de ella.

Su mirada siguió examinándola en el espejo. Su rostro enjuto, con aquellos grandes ojos de un gris azulado bajo el negro pelo, tenía un aspecto franco, infantil, pero con toda seguridad tras aquella frente no demasiado alta discurrían toda clase de pensamientos capciosos. No era bueno que su alma, ni siquiera en Burgos, se hubiera visto libre de ella. Alafia, prosperidad, bendición, rezaba el saludo grabado en el portón de su nuevo palacio, pero no estaba bien haber ordenado restaurar este castillo. Don Martín se lo había reprochado con razón: el lujo musulmán no correspondía a un caballero cristiano, y menos en estos tiempos de cruzada.

Don Martín le había explicado una vez que era un pecado venial acostarse con una mujer de su séquito. Menos perdonable era hacerlo con una prisionera musulmana, y todavía menos con una dama de la nobleza. Acostarse con una judía, con toda seguridad, era pecado mortal.

Doña Raquel, para romper el incómodo silencio, dijo, e intentó hacerlo alegremente:

—Siento curiosidad, mi señor, por saber qué versos elegirás para los frisos. Sólo ellos acabarán de darle a la casa su sentido definitivo. Y ¿ordenarás caracteres latinos o árabes?

Don Alfonso pensó: «Qué atrevida y poco tímida es esta mujer, arrogante, orgullosa de su sabiduría y de su gusto. Pero voy a rendirla. Que Don Martín diga lo que quiera, al fin y al cabo acabaré yendo a la Guerra Santa y mis pecados serán perdonados». Y dijo:

—Creo que no voy a elegir ningún verso, señora, y no voy a decidir si deberán ser escritos con caracteres latinos, árabes o hebreos.

Se volvió a Jehuda:

—Déjame ser sincero contigo, mi Escribano, tal y como Doña Raquel lo fue conmigo en Burgos. Lo que habéis hecho es muy hermoso, y los artistas y los expertos lo alabarán, pero a mi no me gusta. No quiero que esto sea un reproche, en modo alguno. Al contrario, estoy sorprendido al ver lo bien que lo habéis hecho y con cuanta rapidez. Y si me respondieras diciendo: Así me lo ordenaste, yo sólo he obedecido, tendrías toda la razón. Te lo digo tal y como es: en aquel momento, cuando te lo ordené, era esto exactamente lo que tenía en mente, pero desde entonces he estado en Burgos, en mi viejo y sobrio castillo, en el que nuestra Doña Raquel se siente tan incómoda. Pero ahora soy yo quien se siente incómodo aquí y creo que aunque quitemos los espejos, y cuando los bellos versos resplandezcan en las paredes, no me sentiré más cómodo que ahora.

—Lo siento, mi señor —dijo Don Jehuda con fingida indiferencia—, se han invertido en esta construcción muchos esfuerzos y mucho dinero, y me preocupa que las

palabras irreflexivas de mi hija te hayan llevado a construir una casa que no te gusta.

Había sido una insolencia, pensó el rey que Don Martín quisiera prohibirme construir un castillo islámico. Y tampoco deberá prohibirme que me acueste con la judía.

—Te sientes mortificado muy rápidamente, Don Jehuda Ibn Esra —dijo—, eres un hombre orgulloso, no lo niegues. Cuando hace tiempo quise darte el castillo de Castro como alboroque, lo rechazaste. Y nuestro trato era un gran trato y exigía una gran recompensa. Tienes algo que reparar, mi Escribano. Este castillo —la culpa la tengo sólo yo, ya te lo he dicho— no es adecuado para mí, es demasiado cómodo para un soldado. Pero a vosotros os gusta. Permíteme que os lo regale.

Don Jehuda empalideció, y Doña Raquel todavía estaba más pálida.

—Ya sé —continuó el rey— que no puedes desear una casa mejor de la que ya tienes. Pero quizás esta de aquí sea adecuada para tu hija. ¿No fue La Galiana en sus tiempos el palacio de una princesa musulmana? Aquí tu hija se sentirá a gusto, es la casa apropiada para ella.

Las palabras sonaban amables, pero procedían de un rostro sombrío; el ceño estaba profundamente fruncido, los brillantes ojos miraban directamente y con hostilidad a Doña Raquel.

Él arrancó la mirada de ella, se acercó mucho a Don Jehuda y le dijo claramente, sin levantar la voz pero con dureza y acentuando cada palabra de modo que Raquel tuvo que oírlo:

—Entiéndeme bien, quiero que tu hija viva aquí.

Don Jehuda permanecía de pie ante él, cortés, humillado, pero no bajó los ojos ante el rey. Y sus ojos estaban llenos de ira, de orgullo y de odio. No le había sido dado a Alfonso echar una mirada profunda en el alma de ningún otro hombre, pero esta vez, al estar en pie ante su Escribano cara a cara, intuyó cuán salvaje era el aspecto de su mundo interior, y por una fracción de segundo lamentó haber provocado a aquel hombre.

Se produjo un profundo silencio que casi envolvía físicamente a los tres. Después, con esfuerzo, dijo Jehuda:

—Me has otorgado muchas mercedes, mi señor. No me entierres debajo de demasiadas mercedes.

—Aquella vez te perdoné que rechazaras mi alboroque —contestó Don Alfonso—. No me enojes por segunda vez. Quiero regalaros a ti y a tu hija este castillo. *Sic volo* —dijo con dureza, separando bien las palabras y repitiéndolo en castellano:

—¡Yo lo quiero!

Inesperadamente, con exigente amabilidad, se dirigió a la muchacha:

—¿No me das las gracias, Doña Raquel?

Raquel contestó:

—Aquí está Don Jehuda Ibn Esra. Él es tu fiel servidor y es mi padre. Permíteme que le ruegue a él que te dé la respuesta.

El rey, furioso, impotente y apremiante, movía sus ojos de Jehuda a Doña Raquel, de Doña Raquel a Jehuda. ¿Cómo se atrevían aquellos dos? ¿Acaso no parecía ahora que él fuera un molesto suplicante?

Pero Don Jehuda ya decía:

—Danos tiempo, mi señor, para que encontremos palabras para expresar una respuesta adecuada y un agradecimiento respetuoso.

Raquel, en el camino de regreso a casa, iba en la silla de manos, Jehuda cabalgaba a su lado. Ella esperaba que el padre le explicara el sentido de lo acontecido. Lo que él dijera y decidiera sería lo correcto.

Aquella otra vez, en el castillo Ibn Esra, se sintió turbada cuando el rey la invitó de aquella manera tan poco acostumbrada. Se había tranquilizado al no suceder después nada más; y también se había sentido decepcionada. La nueva invitación de Don Alfonso la había llenado de grandes esperanzas y de una ansiedad que no le era en modo alguno desagradable. Pero lo sucedido ahora, su exigencia insolente, violenta y despótica, había sido para ella un golpe. No quedaba nada de su *courtoisie*. Aquel hombre quería abrazarla, besarla con su boca desvergonzada y desnuda, yacer con ella. Y no lo pedía, se lo imponía ¡*Sic volo*!

En Sevilla, con frecuencia, los caballeros y poetas musulmanes habían mantenido con Raquel galantes conversaciones; pero en cuanto sus palabras osaban ser insidiosas, Raquel se avergonzaba y se encerraba en sí misma. También cuando las damas hablaban entre ellas de las artes del amor y del placer había escuchado sólo con timidez y desagrado; incluso con su amiga Layla había hablado de estas cosas sólo con medias palabras. Se trataba de algo muy distinto cuando los versos de los poetas referían cómo hombres y mujeres se veían privados del entendimiento por la pasión de su amor o cuando los contadores de cuentos, con los ojos cerrados y rostro extasiado, referían estas cosas; en esas ocasiones, Raquel descubría dentro de sí misma imágenes ardientes y perturbadoras.

También los caballeros cristianos hablaban mucho del amor de la *Minne*, pero no eran más que palabras vacías y exageradas, era la *courtoisie*, y sus versos de amor tenían algo de rígido, frío e irreal. A veces había imaginado qué pasaría si uno de aquellos señores vestidos de hierro o de pesados brocados se quitara su armadura y la abrazara. Era una imagen que le cortaba la respiración, pero de inmediato todo aquello

le parecía risible, y con aquella impresión de ridiculez desaparecía el cosquilleo turbador.

Y ahora aquel rey. Podía ver su boca afeitada y desnuda en medio de su barba de un rubio rojizo, veía sus ojos claros y furiosos. Le oía decir; no en voz alta pero sí de modo que sonaba amenazador en los oídos y en el corazón: ¡Yo lo quiero! Ella no era cobarde, pero la voz de él le había causado temor. Pero no sólo temor. Su voz la hacía estremecerse hasta lo más profundo. Él daba órdenes, y éste era su modo de ser cortés, y aunque sus maneras no fueran dulces y nobles, eran muy masculinas y, por supuesto, nada risibles.

Y ahora él le había ordenado: ámame, y ella se sentía sacudida hasta el fondo de su corazón. Ella era el tercer hermano que se encuentra ante la cueva y que no sabe si debe abandonar la seguridad de la luz del día para introducirse en la dorada oscuridad; en la cueva estaba el príncipe de los buenos espíritus, pero también la muerte que destruye todas las cosas, ¿a cuál de ellos encontraría el tercer hermano?

Su padre galopaba a su lado con el rostro tranquilo. ¡Qué suerte tenía al tener a su padre! Las palabras del rey harían que su vida cambiara por segunda vez completamente. Quien tenía que tomar la decisión era su padre. Su cercanía física, su atenta y cariñosa mirada le daba a ella seguridad.

Pero Don Jehuda, a pesar de su tranquila expresión, se hallaba sumido en un torbellino de pensamientos y sensaciones contradictorias.

¡Raquel, su Raquel, su hija Raquel, la dulce e inteligente muchacha en flor, debía ser entregada a aquel hombre!

Don Jehuda había crecido en un país islámico, donde la costumbre y la ley autorizan al hombre a tener varias esposas. La segunda esposa gozaba de muchos derechos, la segunda esposa disfrutaba incluso de respeto. Pero habría sido impensable que un hombre del rango del comerciante Ibrahim pudiera entregar a su hija como segunda esposa a nadie, aunque se tratara del mismísimo emir.

Él mismo, Don Jehuda, no había amado a ninguna otra mujer más que a la madre de Raquel, a la que una desgracia, una absurda casualidad, había causado la muerte poco después del nacimiento del niño Alazar. Pero Don Jehuda era un hombre concupiscente, y ya en vida de su esposa había tenido otras mujeres, y después de su muerte muchas más. Pero había mantenido alejados a Raquel y a Alazar de todas aquellas mujeres. Se había divertido con bailarinas de El Cairo y de Bagdad, con putas de Cádiz que eran famosas por sus artes, pero con frecuencia después había sentido fastidio y siempre se había bañado dejando correr abundantemente el agua, antes de volver a presentarse ante el limpio rostro de su hija. No podía entregar a su Raquel al rudo y pelirrojo bárbaro para que se acostara con ella.

Los Ibn Esra eran famosos por haber hecho a favor de su pueblo más que cualquier otra estirpe entre los judíos sefarditas, y, tratándose del bienestar de Israel, estos hombres orgullosos no habían dudado en humillarse. Pero era distinto humillarse uno mismo que humillar a otro, a la hija.

Jehuda sabía que Alfonso no soportaba ninguna réplica. No tenía más elección que entregar a su hija o huir. Huir muy lejos, más allá de todos los reinos de la cristiandad; ya que en todas partes los alcanzaría, a él y a la niña, la pasión de Alfonso. Debía marcharse a un país lejano, oriental y musulmán, donde bajo la protección de Saladino los judíos aún vivían en seguridad. Debía tomar a sus hijos y huir, desnudo y despojado, cargado de deudas, porque todo lo que poseía estaba inmovilizado en las tierras de Alfonso. Fugitivo y doliente, tal y como aquel rabí Tobia se presentó ante él, acudiría a Kassr-esch-Schama, a los judíos ricos y poderosos de El Cairo.

Pero aunque consiguiera arrancar el orgullo de su corazón y se dispusiera en su interior a aceptar la ruina, la pobreza y el exilio, ¿debía hacerlo? Si salvaba a su hija del insultante amancebamiento, Alfonso dirigiría su ira contra todos los judíos. Los judíos de Toledo no podrían ayudar a sus hermanos de Francia, de igual modo que no podrían ayudarse a sí mismos. Alfonso cedería el diezmo de Saladino al arzobispo y arrebataría a la aljama sus derechos. Y todos dirían: Jehuda, ese mesumad, nos ha llevado a la ruina. Y todos dirían: Un Ibn Esra nos salvó, este Ibn Esra nos ha destruido.

¿Qué debía hacer?

Y Raquel esperaba. Él percibía vivamente cómo la muchacha sentada en la silla de manos junto a él esperaba. Pronunció en silencio, en el interior de su corazón, la oración de la gran aflicción: ¡Oh, Alá! Busco tu ayuda en la aflicción y en la desesperación. Sálvame de mis debilidades y de mis indecisiones. Ayúdame a librarme de mi propia cobardía y de mi maldad. Ayúdame a salvarme de la opresión de los hombres.

Entonces dijo:

—Nos vemos obligados a tomar una difícil decisión, hija mía. Debo reflexionar sobre ello antes de hablar contigo.

Raquel contestó:

—Como tú ordenes, padre mío.

Y en su interior añadió: «Lo que decidas será bueno, tanto si decides marchar, como si decides quedarte».

A primeras horas de la noche, Don Jehuda se hallaba sentado sólo en su biblioteca bajo la suave luz de las lámparas y leía las Sagradas Escrituras.

Leyó la historia del sacrificio de Isaac. Dios llamó: Abraham, y él contestó: Heme aquí, y se dispuso a sacrificar a su único y amado hijo.

Jehuda pensó en cómo su hijo Alazar se alejaba más y más de él. Se sentía fuertemente atraído por el mundo caballeresco del castillo del rey, y se apartaba de la sabiduría y de las costumbres judías y árabes. Claro que los demás pajes le hacían sentir al joven judío que era un intruso; pero, al parecer el rechazo de los demás sólo hacía mayor la necesidad que el muchacho sentía de parecerse a ellos, sabiéndose además respaldado por el manifiesto favor del rey.

Era suficiente con que ese hombre, Alfonso, le quitara al hijo. No debía quitarle también a la hija. Jehuda no podía imaginarse su casa sin la presencia inteligente y alegre de Raquel.

Y desenrolló otro libro de la Escritura y leyó la historia de Jefté, que era ladrón e hijo de una meretriz, pero a quien los hijos de Israel convirtieron en su jefe y caudillo para que los librara de los enemigos. Y antes de partir contra el enemigo, los hijos de Ammón, hizo voto a Yavé diciendo: «Si Tú, Adonai, pones en mis manos a los hijos de Ammón, el que, al volver yo en paz, salga de las puertas de mi casa a mi encuentro será para Yavé, pues se lo ofreceré en holocausto». Y cuando hubo vencido a los hijos de Ammón, regresó a su casa y «salió a recibirle su hija con tímpanos y danzas. Era su única hija, no tenía más hijos ni hijas. Al verla, rasgó él sus vestiduras y dijo: ¡Ah, hija mía, me has abatido del todo y tú misma te has abatido al mismo tiempo!». Y cumplió en ella el voto que había hecho.

Don Jehuda imaginó ante si el rostro delgado, pálido, sombrío y apagado del rabí Tobia, y escuchó su voz sin energía y, sin embargo, tan apremiante, relatando cómo en las comunidades francas el padre había sacrificado al hijo y el novio a la novia por amor al nombre del Altísimo.

Lo que se le exigía a él era otra cosa. Era más fácil y al mismo tiempo más difícil entregar a la hija a la lascivia de aquel rey de los cristianos.

A la mañana siguiente Don Jehuda acudió a su amigo Musa y le dijo sin rodeos:

—Este rey de los cristianos quiere poseer a mi hija y acostarse con ella. Quiere regalarle el palacio de recreo La Galiana que me ha hecho construir a mí. Debo huir o entregársela. Si huyo, oprimirá a todos los judíos que se encuentran bajo su poder y se perderá la esperanza de salvación de muchos que son perseguidos en las tierras del rey de Francia.

Musa contempló el rostro del otro y vio que estaba trastornado; porque, delante de su amigo, Jehuda se quitó la máscara. Y Musa se dijo: «Tiene razón. Si no obedece, no sólo estarán amenazados él y su hija, también lo estaré yo; los judíos de Toledo lo estarán; y aquel piadoso y sabio y extrañamente extravagante rabí Tobia lo estará; y lo

estarán todos aquéllos a quienes Tobia representa, y son muchos. Y ciertamente, cuando Jehuda no se encuentre entre los consejeros del rey el inicio de la gran guerra no se hará esperar».

Y Musa se dijo: «Ama a su hija y no quiere darle ningún consejo equivocado, y mucho menos quiere obligarla a nada. Pero quiere que ella se quede y se entregue a ese hombre. Quiere creer que se encuentra ante una difícil elección, pero se ha decidido hace tiempo, quiere quedarse y no quiere verse empujado a la pobreza y la indigencia. Si no quisiera quedarse, hubiera dicho enseguida: debemos huir. También yo quiero quedarme, tampoco yo quisiera verme empujado por segunda vez a la pobreza y al exilio».

Musa compartía los puntos de vista de los musulmanes sobre el amor y el deseo. La espiritualizada y refinada *Minne* de los caballeros y trovadores cristianos le parecía una invención, un disparate; el amor de los poetas árabes era palpable, era real. También sus hombres jóvenes morían de amor y sus muchachas se consumían de añoranza por el amado; pero no era ninguna tragedia que el hombre también se acostara con otra mujer. El amor era un acontecimiento de los sentidos, no del espíritu. Grandes eran las alegrías del amor pero eran alegrías romas, incomparables a la luminosa bienaventuranza de la investigación y el conocimiento.

En el fondo de su corazón, también su amigo Jehuda sabía que el sacrificio que se exigía a Raquel no era tan gigantesco. Pero si Musa no lo convencía inteligentemente, Jehuda, para jactarse ante sí mismo y ante los otros de su espíritu y de su misión, acabaría haciendo lo menos adecuado y se marcharía de Toledo para «salvar» a su hija. Pero probablemente su huida en modo alguno sería su salvación. Porque ¿qué futuro le esperaba si no se convertía en la segunda mujer de este rey? Si todo iba bien, Jehuda la casaría con el hijo de algún recaudador de impuestos o con algún hombre rico. ¿No era mejor que tuviera grandes alegrías y grandes dolores, un gran destino, en lugar de una vida descolorida y mediocre? Desde la pared, la sentencia árabe les advertía: «No busques la aventura, pero tampoco la rehuyas». Raquel era digna hija de su padre, si fuera ella quien tuviera que elegir entre un destino convencional y descolorido y otro incierto, turbador y brillante, elegiría el incierto.

Dijo:

—Pregúntaselo a ella, Jehuda. Pregúntaselo a tu hija.

Jehuda dijo incrédulo:

—¿Debo dejar la decisión en manos de la muchacha? Es inteligente, pero ¿qué sabe ella del mundo? ¿Y ella debe decidir acerca del destino de miles y miles?

Musa contestó con claridad y realismo:

—Pregúntale si siente repugnancia ante ese hombre. Si no es así, quédate. Tú mismo has dicho que, si huyes con ella, la desgracia caerá sobre muchos.

Jehuda, furioso y sombrío, repuso:

—Y ¿debo pagar la prosperidad de muchos con la prostitución de mi hija?

Musa se dijo: «Está honestamente indignado y quiere que yo lo haga desistir de su indignación y contradiga su moral. En el fondo de su alma está decidido a quedarse. Necesita sumirse en la actividad, se ve impelido a hacer cosas, no se siente a gusto si no trabaja. Y sólo puede trabajar con ahínco, tal y como él lo quiere, si tiene poder. Y el poder sólo lo tendrá si se queda. Quizás incluso, aunque esto no lo reconocerá nunca, considera una suerte que este rey quiera a la muchacha y ya está soñando en cómo convertir la lujuria del hombre en una gran bendición y un gran florecimiento para Castilla y para sus judíos y en poder para si mismo». Musa contempló a su amigo amargamente divertido.

—¡Cómo te enfureces! —contestó—. Hablas de prostitución. Si este rey quisiera convertir a nuestra Raquel en su puta, la conseguiría a escondidas. En lugar de esto, él, el rey cristiano, la instala a ella, la judía, en La Galiana en plena Guerra Santa.

Las palabras del amigo afectaron a Jehuda. Cuando estuvo cara a cara con el rey había sentido odio e ira ante la ferocidad y la brutalidad de aquel hombre, pero también un hostil respeto ante su orgullo y su enorme voluntad. Musa tenía razón: una voluntad tan terriblemente fuerte era más que un deseo concupiscente.

—En estas tierras no es costumbre tener segundas mujeres —dijo sin fuerza Jehuda.

—De esta manera el rey implantará esta costumbre —contestó Musa.

—Mi hija no debe ser la segunda mujer de ningún hombre, aunque se trate de un rey —dijo Jehuda.

Musa lo hizo recapacitar:

—Las concubinas de vuestros primeros padres se convirtieron en madres de vuestras tribus. Y ¿qué sucedió con Agar, la segunda mujer de Abraham? Tuvo un hijo que se convirtió en el padre del pueblo más poderoso de la tierra, y su nombre fue Ismael.

Y puesto que Jehuda permanecía en silencio, le aconsejó de nuevo en tono apremiante:

—Pregunta a tu hija si siente repugnancia ante ese hombre.

Jehuda dio las gracias a su amigo y lo dejó solo.

Fue e hizo llamar a su hija y le dijo:

—Examina tu corazón, hija mía, y habla abiertamente conmigo. ¿Te causará repugnancia este rey cuando se acerque a ti en La Galiana? Si me dices: «Este hombre me repugna», te tomaré de la mano, mandaré llamar a tu hermano Alazar y nos

marcharemos a través de las montañas del norte al país de los condes de Toulouse y desde allí, cruzando muchos países, al reino del sultán Saladino. Es posible que, entonces, este hombre se enfurezca y que la desgracia caiga sobre muchos.

Raquel se sintió en su interior humildemente orgullosa y presa de una desenfrenada curiosidad. Se sentía feliz de haber sido elegida, como su padre, para ser un instrumento de Alá, y se sentía llena de una expectación casi insoportable. Dijo:

—Este rey no me causa repugnancia, padre mío.

Jehuda le advirtió:

—Piénsalo bien, hija mía. Quizás caiga sobre tu cabeza mucha oscuridad a causa de tus palabras.

Pero Doña Raquel repitió:

—No, padre mío, este rey no me causa repugnancia.

Pero una vez hubo pronunciado estas palabras, cayó sin sentido.

Jehuda se asustó profundamente. Pronunció los versículos del Corán en sus oídos, llamó al ama Sa'ad y a la doncella Fátima para que la llevaran a la cama y mandó buscar a Musa, el médico.

Pero cuando Musa llegó para atenderla, ella yacía en un tranquilo y profundo sueño visiblemente reparador.

Una vez tomada la decisión, todas las dudas de Jehuda desaparecieron y se sintió lleno de confianza: ahora conseguiría llevar a cabo todos sus planes. Su rostro reflejaba una osadía tan alegre que el rabí Tobia lo miró con ojos de reproche y preocupación. ¿Cómo podía un hijo de Israel estar tan alegre en este tiempo de sufrimientos? Pero Jehuda le dijo:

—Fortalece tu corazón, mi maestro y señor no pasará mucho más tiempo hasta que pueda darte una buena noticia para nuestros hermanos.

Doña Raquel, por su parte, tan pronto mostraba un rostro resplandeciente como se la veía profundamente pensativa y encerrada en sí misma, pero siempre expectante. El ama Sa'ad la apremiaba a que le contara lo que le sucedía. Pero ella no le contaba nada, y la vieja se sentía mortificada. Raquel dormía bien aquellos días, aunque pasaba mucho rato antes de que pudiera dormirse, y mientras esperaba a que le llegara el sueño, oía la voz de su amiga Layla diciéndole: ¡Pobrecilla! Y oía a Don Alfonso ordenando: ¡Yo lo quiero! Pero Layla era una niña tonta y pequeña, y Don Alfonso era un gran príncipe y un gran señor, conocido en el mundo entero. Al tercer día dijo Don Jehuda:

—Voy a darle al rey nuestra respuesta; hija mía.

—¿Puedo manifestar a mi padre un deseo? —preguntó Raquel.

—Dime qué es lo que quieres —repuso Don Jehuda.

—Deseo —dijo Doña Raquel— que antes de que me vaya a La Galiana se inscriban en las paredes versículos que en cada momento me adviertan de lo que está bien. Y te ruego, padre mío, que elijas tú los textos.

El deseo de Raquel conmovió a Jehuda.

—Pero —le hizo considerar— pasará un mes antes de que los frisos estén listos con las inscripciones.

Doña Raquel, con una sonrisa alegre y turbada, contestó:

—Precisamente esto es lo que había pensado, padre mío. Concédeme, por favor, este tiempo para permanecer todavía a tu lado.

Don Jehuda la tomó en sus brazos y estrechó su rostro contra su pecho de modo que pudiera contemplarlo desde arriba, y he aquí que estaba lleno de la misma expectación desconcertada y feliz que llenaba el suyo propio.

Una festiva caravana, conducida por el secretario de Don Jehuda Ibn Omar, abandonó el castillo Ibn Esra. Hombres y mulas llevaban tesoros de todo tipo, magníficas alfombras, preciosas vasijas, espadas y dagas maravillosamente trabajadas, nobles especias, también había en la caravana dos caballos de pura sangre y se incluían también tres tinajas llenas de maravedíes de oro. La comitiva cruzó la plaza del mercado, el Zocodover, dirigiéndose al castillo del rey. Las gentes miraban asombradas y comprendieron: era una caravana de regalos.

En el castillo, el ayudante de cámara anunció al rey:

—El envío ha llegado.

Alfonso, desconcertado, preguntó:

—¿Qué envío?

Casi atontado por la sorpresa, contempló cómo los tesoros eran traídos al interior. Era evidente que los regalos de Ibn Esra eran la respuesta a su exigencia; el judío se la daba como gustaban hacer los infieles: con una alegoría. Pero el judío seguía resultándole tan oscuro como de costumbre, su alegoría era demasiado refinada, Don Alfonso no la comprendió.

Hizo llamar a Ibn Esra.

—¿Para qué me mandas tus doradas baratijas? —le dijo en tono imperioso—. ¿Quieres sobornarme a favor de tus circuncisos? ¿Quieres comprarme para que desista de la Guerra Santa? O: ¿A qué clase de maliciosa traición quieres obligarme? ¡Esto es una endiablada insolencia!

—Perdona a tu servidor —contestó impasible Don Jehuda—, si no comprendo tu ira. Tú nos has ofrecido, a mí, tu indigno servidor; y a mi hija, un obsequio inmensamente rico. Entre nosotros es costumbre corresponder a un don con otro don. Me he esforzado en elegir de entre mis posesiones las más hermosas para que encuentren gracia a tus ojos.

Alfonso contestó impaciente:

—¿Por qué hablas dando tantos rodeos, hombre? Dilo de manera que un cristiano y un caballero pueda comprenderlo: ¿Vendrá tu hija a La Galiana?

Se encontraba de pie muy cerca del judío y le escupió sus palabras al rostro. Jehuda se sentía ahogado en vergüenza. «Además de todo tengo que manifestarlo explícitamente con palabras —pensó—, tengo que dar mi consentimiento con descarnadas palabras a que mi hija se meta en la cama de este hombre mientras su reina vive lejos, inalcanzable y sublime en su fría ciudad de Burgos. Con mis propios labios, yo, Jehuda Ibn Esra, debo pronunciar palabras de inmundicia y de humillación. Pero se lo haré pagar a este hombre licencioso. Tendrá que pagarlo con buenas obras contra su propia voluntad».

Y Alfonso pensaba:

«Estoy sobre ascuas. Me consumo. ¿Cuándo se decidirá por fin a hablar el muy perro? ¡Cómo me mira! ¡Casi da miedo su forma de mirar!».

En ese momento, Jehuda se inclinó profundamente, rozó con una mano el suelo y dijo:

—Puesto que así lo deseas, mi hija vivirá en La Galiana, mi señor.

Don Alfonso olvidó toda su ira. Un inmenso y juvenil entusiasmo cubrió su ancho rostro haciéndolo resplandecer.

—¡Esto es magnifico, Don Jehuda! —gritó—. ¡Éste es un día maravilloso!

Su alegría era tan infantil y sincera que casi aplacó a Jehuda. Dijo:

—Mi hija sólo tiene un ruego: que se graben en los frisos de la casa de La Galiana las inscripciones adecuadas antes de que ella se traslade.

Don Alfonso, súbitamente desconfiado de nuevo, preguntó:

—¿Qué significa esto ahora, queréis engañarme con astutas excusas?

Don Jehuda pensó con amargura en el patriarca Jacob, que tuvo que servir durante siete años por Raquel y aún durante otros siete más, y este hombre no quería esperar ni siquiera siete semanas. Dijo sinceramente y lleno de dolor:

—Los trucos e intrigas son algo completamente ajeno a mi hija, Don Alfonso. Por favor; ten la bondad de comprender que Doña Raquel desea permanecer todavía durante unos pocos días bajo la protección de su padre antes de empezar su nuevo

camino. Por favor; ten la bondad de comprender que sólo pide encontrar en sus nuevas y comprometedoras estancias palabras de sabiduría que le sean familiares.

Alfonso, con voz ronca, preguntó:

—¿Cuánto tiempo durará esto de las inscripciones?

Jehuda contestó:

—Antes de dos meses mi hija estará en La Galiana.

SEGUNDA PARTE

Y se encerró el rey con la judía
durante casi siete años enteros
y no se acordaba ni de sí mismo,
ni en su reino,
ni se ocupaba de nada más.

Alfonso el Sabio, Crónica General.
Alrededor de 1270.

Siete años permaneció el rey
Encerrado con la judía,
Y nunca se separaban,
Y la amaba tanto el rey,
En tal medida, que se olvidó
De su reino y de sí mismo.

De La Romanza de Sepúlveda

Capítulo I

ALFONSO abrió los ojos y al instante estuvo totalmente despierto. Nunca ni en ningún lugar necesitaba un tiempo de transición entre el sueño y la realidad. También ahora en aquella habitación de estilo árabe, a la que no estaba acostumbrado y en la que sólo penetraba la luz de la mañana amortiguada por los oscuros cortinajes que cubrían la pequeña ventana, estuvo enseguida perfectamente despierto. Desnudo, delgado, blanco de piel y vello de un rubio rojizo, yacía en la lujosa cama, perezoso y profundamente satisfecho.

Había dormido solo. Raquel, tras unas pocas horas, lo había echado de su habitación; lo mismo había hecho las tres últimas noches. Al despertar quería estar sola. Por las noches y por las mañanas, antes de mostrársele, llevaba a cabo largos preparativos. Se bañaba en agua de rosas y se vestía con primor.

Se levantó, se desperezó, anduvo desnudo de un lado a otro de la habitación, no muy grande, cubierta de alfombras. Tarareaba bajito, y puesto que a su alrededor todo estaba tan silencioso y todo sonido era amortiguado, tarareó más fuerte, cantó, cantó en voz alta una canción de guerra, cantó alegremente y lleno de satisfacción a pleno pulmón.

Desde que estaba en La Galiana no había visto, aparte del jardinero Belardo, a ningún cristiano; ni siquiera había recibido a su amigo Garcerán que venía cada mañana a informarse de sus deseos y de sus órdenes. Antes, a todas horas estaba rodeado de gente, ocupado en diversas actividades, asuntos o conversaciones; ahora, por primera vez se encontraba ocioso y solo. Toledo, Burgos, la Guerra Santa, toda Hispania, habían desaparecido, nada existía, sólo él y Raquel. Sorprendido, disfrutó de aquella novedad. Lo que estaba viviendo aquí, ¡eso era la vida! Durante toda su existencia anterior había estado sumido en la somnolencia.

Dejó de cantar; se desperezó enérgicamente, se rió sin motivo.

Después se encontró con Raquel. Desayunaron juntos. Él tomó caldo de gallina con pastel de carne, ella un huevo, dulces, fruta; él bebió un vino especiado considerablemente aguado, ella zumo de limón con mucho azúcar Él la contemplaba orgulloso y feliz. Ella iba envuelta en un vestido de finísima seda. También llevaba un

medio velo como era costumbre que lo llevaran las mujeres casadas. Pero ella podía envolverse y esconderse tanto como quisiera, él conocía cada pulgada de su cuerpo.

Hablaban animadamente. Ella tenía mucho que explicarle y que contarle: ¡Había tantas cosas relacionadas con ella que a él le resultaban extrañas! Y él quería saberlo todo, y la entendía tanto si le hablaba en árabe, en latín o en castellano. También a él se le ocurrían siempre cosas nuevas que con toda seguridad podían interesarle a ella y que sentía la necesidad de contarle de inmediato. Cada palabra que uno de ellos decía era importante, por muy insignificante y casual que pareciera, y cuando se encontraban solos recordaban cada uno las palabras del otro, pensaban en ellas y sonreían. Era maravilloso que cada uno comprendiera tan bien al otro a pesar de ser tan distintos entre sí. En lo que se refiere a los sentimientos más profundos, eran iguales, ambos sentían lo mismo que el otro sentía: una felicidad sin límite.

¡Oh, qué bendición fundirse uno en el otro! Sentían acercarse ese momento, cada vez más próximo. La breve fracción de un instante y allí estaba; y se deseaba ese momento y se intentaba aplazar; ya que el deseo era tan maravilloso como su cumplimiento.

La Galiana tenía un gran parque. Dentro de los muros que lo rodeaban, blancos y severos, había siempre cosas nuevas que descubrir; y sobre cada una de ellas existían extraordinarias historias, y todas ellas iban ligadas a algún recuerdo, el pequeño bosquecillo, la pérgola, el estanque, la misma casa. Allí estaban, por ejemplo, las dos cisternas medio derruidas —se las había dejado tal como estaban—, aquella antiquísima máquina de medir el tiempo del rabí Chanan. Raquel contó a Alfonso la vida y la muerte del rabí. Alfonso la escuchó, no sabía muy bien qué decir; no dijo nada.

Ambos conocían y disfrutaban hablando de la historia de aquella princesa Galiana cuyo nombre llevaba la propiedad. Su padre, el rey Galafré de Toledo, había construido el castillo para ella. Atraídos por la fama de su belleza, llegaron muchos pretendientes, entre ellos Bradamante, rey de la vecina Guadalajara, un hombre de gigantesca figura, y el rey Galafré le prometió a su hija en matrimonio. Pero también el rey franco Carlomagno había oído hablar de la belleza de la princesa Galiana. Llegó a Toledo bajo el nombre supuesto de Mainét, se puso al servicio de Galafré y venció al más poderoso enemigo del rey, el califa de Córdoba. Galiana se enamoró del heroico Carlos y el agradecido rey Galafré le prometió ahora a él la mano de la princesa. Pero entonces el decepcionado pretendiente, el gigantesco Bradamante, invadió Toledo declarándole la guerra al rey y retó a Mainét, a Carlos, a un duelo. Y éste lo aceptó, venciendo y dando muerte al gigante. Pero el rápido encumbramiento de Carlos le había conquistado muchos enemigos, quienes hicieron creer al rey Galafré que Mainét

pretendía su corona, de modo que Galafré decidió ordenar que fuera asesinado. Pero la princesa Galiana advirtió a su amado, huyó con él a la ciudad de Aquisgrán y se convirtió al cristianismo y en su reina.

Raquel estaba dispuesta a creer que Galiana se había enamorado del rey franco y había huido con él. Pero no creía que Carlos hubiera vencido al gigante, y mucho menos que Galiana se hubiera convertido al cristianismo. Alfonso decía:

—Así lo ha encontrado escrito Don Rodrigue en los viejos libros, y él es un hombre muy instruido.

—Se lo preguntaré a mi tío Musa —decidió Raquel.

Alfonso, ligeramente irritado, le dijo:

—El palacio de Galiana fue destruido cuando mi tatarabuelo conquistó Toledo. No fue reconstruido en su momento porque, en aquellos tiempos, Toledo se encontraba directamente en la frontera. Pero ahora Calatrava y Alarcos están sólidamente en mi poder; y Toledo está segura. De modo que he podido reconstruirte La Galiana sin peligro.

Raquel se rió suavemente. Él no tenía necesidad de decirle qué clase de héroe, caballero y gran rey era; cualquiera lo sabía.

Alfonso dejó que Raquel le explicara los proverbios escritos en las paredes; a menudo, las antiguas letras cúficas eran semejantes entre sí. Raquel las leía sin esfuerzo. Ella le contó cómo había aprendido a leer y escribir: primero sencillos versículos del Corán y los 99 nombres de Alá, en escritura *neschi*, la escritura nueva y corriente; más tarde había aprendido la antigua escritura cúfica, y finalmente, de su tío Musa, la hebrea. Alfonso le perdonaba todo aquel saber superfluo porque se trataba de Raquel.

Entre las sentencias de la pared se encontraba aquella antiquísima sentencia árabe que tanto le gustaba a su tío Musa: «El peso de una pluma de paz es mejor que el peso del hierro de la victoria». Ella le leyó la sentencia; contundentes, enigmáticas y grandilocuentes brotaban aquellas extrañas palabras de sus labios infantiles. Como él no las comprendía, ella lo tradujo al latín vulgar: una onza de paz es más valiosa que una tonelada de victorias.

—Esto no tiene sentido —dijo Alfonso con brusquedad—, es algo propio de campesinos y de burgueses, no de un caballero. —Pero como no quería herir a Raquel, añadió condescendiente—: En boca de una dama puede ser aceptable.

—Una vez también yo compuse una sentencia —le contó él más tarde—. Fue durante la conquista de Alarcos. Había ocupado la cordillera al sur de Nahr el Abiad y la había asegurado con una fuerte guardia, al mando de la cual puse a un tal Diego, un vasallo de mis barones de Haro. El hombre se dejó sorprender por un asalto a su

puesto, casi estuvo a punto de costarme Alarcos. El tal Diego se había dormido. Mandé que lo ataran a una de las estacas de una tienda y lo custodiaran. Después compuse mi sentencia. A ver si todavía me acuerdo. «Debe velar aquel que quiera obtener la cabeza de su enemigo y el escudo de su enemigo. El lobo que duerme, no captura ninguna presa. El hombre que duerme, no consigue ninguna victoria». Hice escribir esto con grandes letras, y Diego tuvo que leerlo esa primera mañana, en la segunda y en la tercera, tres días consecutivos. Sólo entonces hice que le arrancaran los ojos que no habían visto al enemigo. Después de esto conquisté Alarcos.

Raquel permaneció callada durante todo aquel día.

Normalmente, Raquel pasaba las horas de calor en la tranquila penumbra de su habitación, cuyos revestimientos de fieltro empapado en agua refrescaban el ambiente. Don Alfonso se tumbaba entonces en el parque, a la sombra de un árbol, y le gustaba hacerlo cerca del jardinero Belardo, que también durante las horas de calor trabajaba diligentemente o al menos lo fingía. La primera vez, Belardo había querido marcharse, pero Alfonso le pidió que se acercara: le gustaba hablar con personas de baja condición. Él hablaba su lengua, y la hablaba con su misma entonación, de modo que ellos confiaban en él y eran respetuosamente sinceros cuando le decían lo que pensaban. El rostro redondo, gordo y astuto de Belardo y su modo de ser honesto y pícaro divertían al rey. A menudo le hacía una seña para que se acercara y conversaba con él.

Belardo tenía una voz agradable, Alfonso solía hacerlo cantar; lo que más le gustaba eran las romanzas. Entre éstas estaba la romanza de la dama Florinda, también llamada la Cava. En ella se decía que Florinda y su doncella, creyéndose a salvo de miradas indiscretas, desnudaron sus delicadas piernas y midieron su contorno por medio de una cinta de seda amarilla. Y las piernas más blancas y más hermosas las tenía Florinda. Pero oculto tras las cortinas de una ventana, el rey Rodrigo contemplaba su juego, y un fuego secreto ardió en su corazón. Llamó a Florinda a su presencia y le dijo:

—Florinda, la que florece, estoy ciego y enfermo de amor. Cura mi mal y te lo agradeceré con mi cetro y con mi corona.

Se dice que al principio ella no contestó que sí, que se sintió ofendida pero al fin sucedió tal y como el rey lo quería, y Florinda, la que florece, fue desflorada. Pronto tuvo que purgar el rey sus malos deseos, y con él toda Hispania. Y cuando se pregunta quién de ambos era el culpable, decían los hombres: Florinda. Y las mujeres decían: Rodrigo.

Así cantaba el jardinero Belardo, y Alfonso escuchaba, y por un momento sospechó que aquel hombre, con desvergonzada intención, le estaba advirtiendo del destino de

este rey Rodrigo, el último de los reyes godos. Porque el padre de la seducida Florinda, el conde Julián, tal y como contaban otras romanzas, se había aliado con los árabes para vengarse del rey Rodrigo, había introducido a los árabes en Hispania, y de este modo la pecaminosa pasión del rey Rodrigo había sido la causa de que el reino de los godos cristianos fuera destruido. Pero el jardinero Belardo adoptaba una expresión bobalicona, inocente y conmovida; no, no había pensado nada malo.

Por las tardes, Raquel salía a bañarse en el estanque. Animaba a Alfonso a nadar con ella. Se desnudaba con timidez ante ella y encontraba poco correcto que ella se desnudara ante él. Viejos prejuicios le asaltaban. Mahoma había prescrito a sus fieles tres, incluso cinco abluciones diarias; también para los judíos una limpieza estricta era un mandamiento religioso, de modo que la Iglesia veía con recelo a aquellos que se lavaban con demasiada frecuencia.

Con un leve grito, Raquel metía el pie dentro del agua, y luego se dejaba caer con rapidez y decisión y nadaba. Él la seguía, le divertía nadar y sumergirse en el agua.

Se sentaban desnudos al borde del agua y dejaban que el sol los secara. Hacía calor, el aire centelleaba; de los arriates de flores y de los naranjos les llegaba el pesado aroma; las cigarras chirriaban y cantaban. Él le preguntó de repente:

—¿Conoces la historia de Rodrigo y Florinda?

Raquel la conocía.

Y explicó presumida:

—Pero es un cuento que su amor hiciera desaparecer el reino de los godos. Tío Musa me lo ha explicado exactamente. El Estado cristiano había envejecido, los reyes godos y los soldados se habían afeminado. Por esto fue que los nuestros los vencieron en una rápida lucha y con un reducido ejército.

Puso de mal humor a Alfonso que ella dijera «los nuestros». Pero la observación de aquel sospechoso Musa le gustó.

—Puede ser que por una vez tu viejo búho Musa tenga razón. El rey Rodrigo era un mal soldado, por eso se dejó vencer. Pero desde entonces nosotros hemos aprendido el arte de la guerra —dijo irguiéndose—, y quienes ahora se han afeminado son tus musulmanes, con todas sus alfombras y sus versos y los 99 nombres de Dios que te han enseñado. Destruiremos sus muros y sus torres, y sus príncipes morderán el polvo, y sus ciudades serán derruidas hasta que no se levanten ni un palmo del suelo y por encima de sus restos esparciremos sal. Arrojaremos a tus musulmanes al mar señora. Ya lo veras.

Se había levantado. Desnudo, obstinado, satisfecho, estaba en pie bajo la luz del sol.

Ella se acurrucó, sobrecogida por la súbita conciencia de su extranjería. Él era maravilloso, ese Alfonso suyo, allí de pie, fuerte, divertido, orgulloso, masculino, absolutamente digno de que ella lo amara. Y era inteligente, más de lo que parecía. Era magnifico, verdaderamente magnifico, el señor natural de Castilla, y quizás de toda al-Andalus bañada por el mar. Pero lo mejor que había bajo el cielo y en el cielo le había sido negado. Lo más importante él no lo sabía, no sabía nada acerca del espíritu. Pero ella sabía de eso, porque tenía a su padre y a Musa, y porque pertenecía a aquéllos cuya herencia era el Gran Libro.

Él se dio cuenta de que algo discurría por su cabeza. Sabía que ella lo amaba con toda su alma, lo amaba todo en él: sus virtudes y su fuerza con toda su exaltación, que quizás era un defecto, pero lo mejor que había en él, su hidalguía, podía como máximo amarla, pero no comprenderla. Nadie podía hacerle comprender lo que era un caballero, ni siquiera lo que era un rey. Mis perros comprenden esto mejor, pensó groseramente, y en ese momento lamentó no haberse llevado sus grandes perros a La Galiana. Pero al mismo tiempo sintió de modo confuso que en el alma de Raquel había estancias que a su vez le estaban cerradas a él. Todo lo árabe, lo judío, lo ancestralmente ajeno que había en ella, él nunca podría llegar a comprenderlo del todo, como máximo podría destruirlo. Y todavía más confusamente y de modo aún más inexpresable, en lo que dura un parpadeo, sintió que le sucedía lo mismo con todas las tierras de Hispania. Aquellas tierras le pertenecían, él era su dueño, Dios se las había dado, él era el rey y las amaba. Pero en aquella Hispania había una gran parte, muy grande, que era árabe y judía, y esa parte le estaba sometida pero a pesar de todo vedada.

Pero entonces vio a Raquel acurrucada, que le pertenecía a él por completo, que se había entregado a él, y vio en ella a una dama en apuros, y recordó sus obligaciones caballerescas.

—No será mañana ni pasado mañana, cuando eche a tus musulmanes al mar —la consoló—, y, por supuesto, no quería mortificarte.

Al cabo de pocos días tenían la impresión de haber estado allí toda su vida; sin embargo, no se sentían hastiados ni las horas transcurrían con monotonía: los días eran demasiado cortos y las noches eran demasiado fugaces, y siempre había algo nuevo que decirse, y siempre se les ofrecían nuevas distracciones.

Raquel, la contadora de cuentos, se sentaba junto al surtidor del patio, y el agua del surtidor se alzaba y caía, y ella contaba veinte historias, cien historias, que se entrelazaban entre si como las inscripciones de las paredes. Ella le contaba la historia

del encantador de serpientes y de su mujer y la del perro generoso y la de la muerte del amante de la tribu Usra y la del afligido maestro. Y le contaba la historia del Un-diente y Dos-dientes, y la del distinguido señor que quedó embarazado. Y le contaba el cuento del huevo del pájaro Rock y el cuento de la naranja que se abrió cuando el poeta quiso comerla, y cómo él penetró en la naranja, que era en realidad una gran ciudad, donde le sucedieron las más maravillosas aventuras.

Ella se sentaba al borde del surtidor, la cabeza apoyada en la mano, y seguía contando, y con frecuencia cerraba los ojos para ver con más claridad lo que contaba.

Ella contaba al estilo árabe de aquellos tiempos, algo así como:

—Y al día siguiente —buenos días, querido oyente y rey— fue nuestra viuda al comerciante… o se interrumpía y preguntaba:

—Y ahora, querido oyente y rey ¿qué habrías hecho tú de estar en el lugar del médico?

Él escuchaba, y, oyendo las maravillosas cosas de las que estaba el mundo lleno, comprendió de pronto cuán maravillosa era su propia historia, que hasta el momento le había parecido de lo más natural. Porque su vida, como los cuentos de ella, estaba tan llena de aventuras: fue coronado rey a los tres años, y los grandes lucharon para hacerse con la regencia, llevándolo de un campamento a otro campamento y de una ciudad a otra ciudad, hasta que él, a los catorce años, con una voz que todavía se quebraba cuando gritaba, desde la torre de la iglesia de San Román hizo un llamamiento en Toledo a todos los ciudadanos para que respaldaran a su rey y lo salvaran de las manos de sus barones. Y, siendo todavía muy joven, pretendió a la princesa inglesa, quien a su vez todavía era una niña, y los rodeos que hubo de dar, porque había guerra con León, hasta que finalmente pudo organizarse la boda. Y durante toda su juventud siguió guerreando y luchando contra los infieles, contra sus grandes rebeldes, contra el rey de Aragón, el de León, el de Navarra, el de Portugal, y también, piadosamente, contra el Santo Padre. Y mandó construir iglesias y conventos y fortalezas, y finalmente este palacio de recreo de La Galiana. Y el mismo hecho de estar allí sentado y haber encontrado lo que daba sentido a su vida: aquella mujer y aquellos cuentos de los que su propia vida formaba parte.

Ella inventaba nuevos juegos. Se mostró ante él con las ropas de muchacho que solía llevar cuando estaba de viaje. También llevaba ceñida la daga; y así vestida se pavoneaba dulce, guapa e inexperta. Ella le regaló una bata ricamente bordada de preciada seda, y además unas zapatillas bordadas con perlas. Pero él se ponía la bata sólo a regañadientes, y cuando ella quiso que se sentara en el suelo con las piernas cruzadas, se negó malhumorado.

Para reparar el agravio de no haber sabido apreciar su regalo se mostró ante ella con la armadura. Pero se trataba sólo de la armadura ligera de plata que llevaba en las festividades. Ella quedó sinceramente embelesada al ver cuán delgado, arrojado y elegante parecía y le contó cómo había temblado aquel día cuando él luchó con el toro. Pero cuando ella le rogó que se le mostrara con la armadura de verdad, con aquella que llevaba en las batallas, él esquivó el tema, y también cuando ella le preguntó por su famosa espada *Fulmen Dei*, Rayo de Dios, le dio tan sólo respuestas evasivas.

Ella no hacía más que elogiarlo ante el ama Sa'ad. Y puesto que ésta callaba malhumorada, le espetó:

—A ti no te gusta, no puedes soportarlo.

—¡Cómo voy a aborrecer algo que le gusta a mi corderilla! —repuso Sa'ad. Pero a continuación reconoció:

—Me pone de mal humor que no te convierta en su sultana. Incluso para ser su sultana serías tú demasiado buena.

El ama siguió estando preocupada y sintiéndose desdichada, hasta que un día sacó de su imponente pecho lo mejor que tenía, un amuleto de plata con cinco rayos parecidos a los dedos de una mano. Se trataba de una «Mano de Fátima», un amuleto que estaba prohibido, pero que era muy efectivo, y le rogó a Raquel que lo llevara, y Raquel conmovida lo tomó.

Cuando el ama Sa'ad necesitaba cosas de la ciudad, debía dirigirse a Belardo. Se entendían sólo con esfuerzo, y aquel gordo infiel le resultaba a ella tan repulsivo como ella a él. Pero ambos tenían necesidad de charla. Así que se sentaban juntos en un banco a la sombra de un árbol. Ella totalmente cubierta por el velo y maldiciendo. Suponiendo que él no la entendía, emitía en un árabe gutural y rápido desdeñosos juicios sobre el rey nuestro señor; él, censuraba y lamentaba en un castellano áspero el despreciable delito de un rey cristiano que en tiempos de Guerra Santa se acostaba con una judía. Ninguno entendía al otro y ambos asentían dándose mutuamente la razón.

Con el tiempo, Don Alfonso había hecho traer a sus perros, eran perros grandes. A Raquel no le gustaban. Él corría con sus animales, les lanzaba durante la comida pedazos de carne. Esto causaba repulsión a Raquel que estaba acostumbrada a tranquilas y exactas normas de conducta durante las comidas. Él notó su desagrado y renunció a hostigar a los perros y a lanzarles comida y empezó de nuevo de cero. Jugaban al ajedrez. Ella jugaba bien y pensaba durante mucho rato antes de mover. Esto le hacía ponerse nervioso y le exigía que moviera de una vez. Ella le miraba sorprendida, apremiar de este modo al contrincante no era corriente en los países islámicos. Él, excesivamente rápido, quiso una vez retirar una pieza. Ella se sintió

extrañada: si se tocaba una figura, había que moverla. Amablemente, le llamó la atención sobre esa regla, él dijo:

—Entre nosotros esto no es así —y cambió la jugada. Durante el resto de la partida, ella permaneció en silencio e hizo cuanto pudo por dejarse ganar.

Iban a pescar. Daban paseos en canoa por el río Tajo. Ella le rogó que le indicara los errores que cometía al hablar en latín y en castellano, y por su parte intentó corregir el árabe de él. Él comprendía con facilidad y rapidez. Pero no daba ninguna importancia a estas cosas.

Había relojes de arena en La Galiana, relojes de sol y relojes de agua; Raquel no les dirigía ni una sola mirada, su único sol eran las flores. Estaban las rosas de Schiras, que se abrían al mediodía; estaban los tulipanes de Konja, que sólo se abrían a última hora de la tarde; estaba el jazmín, que sólo a medianoche dejaba emanar su aroma con toda su intensidad.

Pero llegó una mañana en la que Garcerán consiguió llegar hasta Alfonso y le anunció:

—Mi padre está aquí.

La ancha y clara frente de Alfonso se frunció peligrosamente.

—¡No quiero ver a nadie! —gritó—. ¡No quiero!

Garcerán guardó silencio durante un breve espacio de tiempo, después contestó:

—Mi padre, tu Primer Ministro, me hace decirte que tiene tantos mensajes como cabellos grises en su cabeza.

Alfonso, en zapatillas, iba de un lado para otro. Garcerán le seguía con la mirada, casi sentía piedad por su amigo. Finalmente, enfadado, dijo Alfonso:

—Ruega a tu padre que tenga la bondad de esperar un poco más. Lo recibiré.

Don Manrique no tenía ni una sola palabra de reproche, habló de asuntos como si hubiera estado con el rey el día anterior. El maestre de la orden de Calatrava solicitaba audiencia para un asunto apremiante. El obispo de Cuenca se encontraba en Toledo y le rogaba que le permitiera presentar personalmente al rey los asuntos de su ciudad. El mismo ruego había presentado una delegación de la ciudad de Logroño, también una diputación de Villanueva. Todo el mundo veía con intranquilidad el hecho de que no se pudiera hablar personalmente con el rey. Alfonso repuso con vehemencia:

—¿Debo estar siempre sentado allí esperando a ver si alguien tiene alguna desvergonzada solicitud? Todavía no hace dos meses que di orden de dar al obispo de Cuenca mil maravedíes. No quiero ver su bocaza piadosa y codiciosa.

Don Manrique, como si Alfonso no hubiera dicho nada, continuó:

—A Villanueva se le hicieron promesas y espera su cumplimiento. Los privilegios en favor de Logroño necesitan tu firma. El asunto de López de Haro debe decidirse,

desde hace mucho tiempo se prometió una respuesta. El maestre de la orden no puede llevar a cabo la reconstrucción de Calatrava sin tu aprobación. Ciudadanos de la ciudad de Cuenca esperan en los calabozos de Castro.

Alfonso, sombrío pero sin énfasis, dijo:

—Yo mismo he tenido que esperar mucho, ya lo sabes Don Manrique. —Y añadió, repentinamente decidido—: Mañana estaré en Toledo.

Se reunió con Raquel. Con brusquedad, el dolor y la rabia lo hacían actuar con torpeza, le comunicó a Raquel:

—Tengo que ir mañana a Toledo.

Ella empalideció mortalmente.

—¿Mañana? —preguntó absurdamente.

—Pero sólo me quedaré allí muy poco tiempo —le aseguró él apresuradamente—, dentro de tres días estaré de regreso.

—¿Tres días? —repitió ella.

Y de nuevo sonó como un lamento, sin sentido, como si no comprendiera.

—No te vayas todavía —le rogó ella. Y una y otra vez le suplicaba:

—No te vayas todavía.

Él partió de madrugada a caballo, y Raquel se quedó sola.

La mañana se hizo interminable, y todavía tenía que pasar otra mañana, y una tercera antes de que él estuviera de regreso.

Salió al jardín, llegó hasta el Tajo, volvió a la casa, volvió a salir al jardín, miró hacia la sombría ciudad de Toledo, y la rosa de Schiras todavía estaba cerrada. Todavía no había llegado el mediodía. Y después de que la rosa se abrió, las horas transcurrieron todavía más despacio. A primera hora de la tarde, Raquel yacía en la penumbra de su habitación, hacía mucho calor, ¿no iba a hacerse nunca de noche? Y salió de nuevo al jardín, pero los tulipanes todavía estaban cerrados, y las sombras apenas si se habían alargado. Finalmente, anocheció, pero su tormento aún se hizo mayor.

Tras una noche eterna, alboreó negra y gris la mañana, adquirió un tono gris más claro, y la luz empezó a filtrarse, blancuzca, a través de las cortinas. Ella se levantó, se hizo bañar, untar con ungüentos y vestir y vaciló indecisa. Le trajeron el desayuno, pero los frutos no le resultaron jugosos, los exquisitos dulces no le parecieron dulces; en su imaginación veía al ausente Alfonso comer y beber despreocupado y con avidez, ella le habló, le dijo a su imagen etérea palabras enamoradas, alabó su rostro delgado y masculino, su pelo de un rubio rojizo, los dientes afilados y no muy grandes. Sus manos resbalaron por sus costados y sus caderas hacia abajo, le dijo palabras vergonzosas que nunca hubiera podido decirle al Alfonso de carne y hueso, se sonrojó y se rió.

Se contó cuentos a si misma de gigantes, monstruos que golpeaban y mataban todo aquello que tenían a su alrededor y que querían devorar la médula de los huesos de sus enemigos. Pronunció frases que había pronunciado Alfonso, pero exagerándolas hasta adquirir tonos monstruosos. Alfonso era uno de aquellos salvajes personajes, pero ella no podía descubrir cuál. Aunque en realidad no se trataba de él, sino de un Alfonso encantado, embrujado, hechizado, que esperaba a la amada que lo liberara de la forma que se había visto obligado a adoptar. Y ella lo liberaría.

Recordó la primera vez que había hablado con él en Burgos y cómo le dijo que su sombrío castillo no le gustaba. Y pensó en su sultana, Doña Leonor, y en cómo su benévola y fría mirada la observó apreciativamente. Sintió en ella un ligero malestar, pero se libró de él.

Escribió a Alfonso una carta, sin intención de que él la leyera alguna vez, pero debía confesarle cuánto y por qué lo amaba. Y escribió con toda la fuerza de su corazón: «Eres maravilloso, eres el mayor caballero y héroe de Hispania, pones en peligro tu vida por cosas absurdas, porque un caballero así debe hacerlo, y aunque esto no tiene ningún sentido, es al mismo tiempo arrebatador, y por esto te amo. Mi querido, impaciente y belicoso Alfonso, eres ruidoso, impetuoso y rebelde como un pájaro salvaje, y yo quiero tenerte en mi regazo». Leyó lo que había escrito y asintió con expresión sería e indómita.

Para aprender el idioma, había leído un pequeño libro de versos francos; había un poema que le había gustado particularmente. Buscó el libro y se aprendió de memoria el poema. «Dijo la dama: Haré cualquier voto por ti, mi amigo y verdadero deseo de mi corazón, *mon ami et mon vrai désir*. Dijo el caballero: ¿Cómo he sido merecedor, señora, de que me ames así? Dijo la dama: Porque todo tú eres tal y como yo te soñé, *mon ami et mon vrai désir*».

Salió al parque. El jardinero Belardo estaba recogiendo melocotones, y ella le rogó que, por favor, dejara un par de frutos en el árbol, como se hacía en Sevilla para que el árbol no estuviera triste. Belardo dejó de inmediato de arrancar melocotones, pero ella sintió hostilidad detrás de su solicitud.

Se sentó a orillas del Tajo y dirigió la mirada hacia Toledo, soñando. Pensó en Alfonso, cubierto con su armadura de plata. Le regalaría una armadura como las hacia el armero Abdullah de Córdoba, de un azul negruzco, con muchas piezas articuladas, eran muy elegantes pero al mismo tiempo ofrecían una mayor protección que las cotas de mallas de los cristianos. Su padre debía conseguirle la armadura.

De pronto recordó con corazón contrito que había prometido a su padre ir a visitarle siempre la víspera del Sabbath para pasar con él todo el día santo. No era él quien lo había pedido, sino ella quien se lo había propuesto, ¡y durante todo este tiempo

lo había olvidado! Consternada, reconoció cuán alejado de su vida se encontraba ahora su padre.

Este viernes iría a visitarlo. No, ese día volvía Alfonso. Pero al viernes siguiente iría a verlo y nada podría detenerla.

En Toledo ninguno de los consejeros tuvo una palabra de reproche o de simple extrañeza para Alfonso, pero él sintió su desaprobación. Esto no le preocupó en absoluto. Sólo la visión de un hombre le habría resultado penosa. La de Jehuda. Pero éste no se presentó.

Los asuntos llenaban el día de Alfonso: recepciones, deliberaciones, el estudio de documentos. Hablaba, debatía, sopesaba argumentos a favor y razones en contra, decidía, firmaba. Se esforzaba en ver a las personas y a las cosas con la necesaria dureza y claridad, pero siempre se sentía nublado de nuevo por el embrujo de La Galiana, y mientras hablaba, trabajaba y firmaba, pensaba: ¿Qué estará haciendo ella ahora? ¿Estará en el mirador o en el patio? Quizás lleve el vestido verde.

Por la noche ardía de deseo, quería pensar en las obras de la fortaleza de Calatrava y en su disputa con el obispo de Cuenca. En lugar de esto, le venían a la memoria versos árabes que Raquel le había recitado, e intentaba reconstruir todo el poema, pero a pesar de su buena memoria no podía encontrar todas las rimas, y esto lo enfurecía. Veía claramente los labios de Raquel de los que brotaban los versos, pero no conseguía entenderla, ella intentaba ayudarle, y abría los brazos y lo esperaba. Y nuevos ardores lo invadían, sentía latir la sangre en las sienes y no podía permanecer tumbado.

Finalmente, la eternidad de aquellos tres días pasó y volvió a estar en La Galiana, y el mismo júbilo ilimitado que estallaba en sus pechos, alzándose hacia el cielo, los llenó a ambos.

Ella le daba todo cuanto él deseaba, pero no bastaba. Ninguna caricia bastaba, ningún beso, ningún abrazo, ninguna unión. Él la deseaba cada vez más profundamente, frenéticamente, de modo que no había satisfacción para su deseo.

Él se hizo uno con ella, más unido a ella que consigo mismo. A ella podía decirle cosas que todavía no había dicho a nadie, que ni siquiera se había confesado a sí mismo, cosas llenas de orgullo, infantiles, reales, insensatas; y cuando creía haber descubierto lo más secreto de ella, su proximidad le hacía descubrir algo todavía más escondido que estaba oculto detrás. Le gustaba que Raquel le contestara, ya que casi siempre respondía algo inesperado, que, sin embargo, él comprendía enseguida. Pero también cuando guardaba silencio le gustaba; porque quién sino ella podía expresar tanto con su silencio: aprobación o rechazo, gozo, quejas, reproches.

Y de nuevo el tiempo dejó de existir a su alrededor, no existía ni el ayer ni el mañana. Sólo un hoy lleno de plenitud.

Pero, súbitamente, Raquel interrumpió aquella bienaventuranza que no estaba sujeta al tiempo.

—Esta tarde —le dijo— me voy a Toledo, a casa de mi padre.

Él la miró aturdido. ¿Se había vuelto loca? ¿Acaso lo estaba él? ¡Era imposible que hubiera dicho aquello! ¡La había entendido mal! Preguntó, tartamudeó. Ella insistió:

—Esta tarde, voy a ir a casa de mi padre. El domingo por la mañana volveré.

Él se dejó llevar por la rabia.

—¡No me amas! —gritó indignado—. Apenas nos conocemos y ya quieres marcharte. Esto es una ofensa mortal. ¡No me amas!

Ella, mientras él le gritaba agrias palabras, cada vez con mayor acritud, pensó:

«Está terriblemente solo este orgulloso rey. No tiene a nadie más que a mí. Y yo lo tengo a él y a mi padre».

Pero su triunfo no le ayudó a librarse de aquel vivo dolor que ya ahora sentía al pensar que iba a estar lejos de él aquella tarde y aquella noche, y otra vez todo un largo día, y toda una larga noche.

Capítulo II

DON Jehuda sintió la ausencia de Raquel con mayor amargura de la que había supuesto. A veces sentía unos celos asfixiantes contra Alfonso. Otras veces se imaginaba cómo aquel hombre odiado, con su estado de ánimo impredecible, le mandaba de vuelta a Raquel destrozada y agotada. También Alazar le causaba preocupaciones. La ambigua situación de Raquel, la pública deshonra de la hermana y del padre, hacía la vida del muchacho en el castillo más difícil. Pero éste no buscó consejo en su padre, tal y como él temía y a la vez esperaba; más bien se encerró en sí mismo, se dejaba ver cada vez con menos frecuencia, y en sus escasas visitas se mantenía parco en palabras y se sentía vejado.

El primer Sabbath tras la marcha de Raquel se acercaba.

El Sabbath había sido siempre, ya en Sevilla, un gran día para Jehuda. Este día séptimo, de descanso, lo había regalado Dios a su pueblo para que durante ese día Israel, también en tiempos de opresión, se sintiera libre y por encima de los demás pueblos. El activo Jehuda procuraba celebrar verdaderamente el Sabbath, se olvidaba del mundo de los negocios y se alegraba de que él, su pueblo y los suyos fueran los elegidos.

Contra todo sentido común, había esperado que Raquel apareciera ya el primer Sabbath. Cuando ella no apareció, su sentido común prevaleció sobre su decepción. El segundo Sabbath no hubo sentido común ni esfuerzo de su férrea voluntad que pudiera poner freno ya a su devoradora preocupación. Buscó cien motivos que hubieran podido impedir a Raquel presentarse en su casa; pero caviló infructuosamente: «¿Qué le ha pasado a mi hija? ¿Por qué me abandona mi hija?», seguía preguntándose insistentemente.

Entonces llegó Alfonso a Toledo. Jehuda se sintió tentado a visitarlo, tenía un buen pretexto, había asuntos urgentes. Pero tenía miedo de sí mismo y temía a su corazón, y no se presentó a Alfonso. Esperó a que Alfonso lo llamara, esperó el primer día, y el segundo y el tercero, y se alegró de que el rey no lo llamara, y se sintió aliviado cuando el rey abandonó Toledo sin haberlo llamado.

Y llegó el tercer Sabbath sin Raquel. Ellos se habían unido, el cristiano, el soldado, el hombre sin espíritu y sin conciencia, y su hija que había sido tan amable, tan amante.

Se habían puesto de acuerdo para hacerle sufrir con su silencio, para arrancarle el corazón del pecho. Había perdido a Raquel.

Pero fue entonces cuando le llegaron noticias de ella. Y poco después, antes de que empezara el Sabbath, llegó ella.

Jehuda sentía timidez ante el contacto físico, pero cogió a Raquel casi con violencia, la abrazó, echó su cabeza hacia atrás, bebiendo su mirada. Ella, descansada en su abrazo, había cerrado los ojos, él no podía percibir qué le había sucedido. Algo era seguro: ella no estaba destrozada, era su Raquel y se había vuelto aún más hermosa. Él le rogó que encendiera las velas, tal y como era el derecho de las mujeres de acuerdo con la antigua costumbre, y las velas brillaron en la noche del sábado que ya caía. Fue una buena velada. Él cantó la canción del Sabbath de Jehuda Halevi: «¡Acudid, amados! ¡Acércate, Sabbath! ¡Salid al encuentro de la novia!», y pronunció, uniendo su júbilo al júbilo del salmo de David: «¡Alégrense los cielos, regocíjese la tierra, truene el mar y exulten todos los árboles de la selva ante la presencia de Yavé!».

Se sentaron a la mesa, y con ellos Musa. Raquel parecía ensimismada en sí misma, pero feliz. Musa, contra su costumbre, acarició su mano y le dijo:

—Qué hermosa eres, hija mía.

Durante la cena se habló de muchas cosas, pero no de aquello que ocupaba las mentes de todos ellos.

Raquel durmió bien y profundamente esa noche. Jehuda todavía estaba lleno de dudas y quizás también se sentía celoso, pero el tormento que había sentido durante todo aquel tiempo había desaparecido.

Al día siguiente, cuando Raquel se encontraba a solas con su padre junto a la gran fuente, se miraron sonrientes, de reojo, fijamente, y, por fin, Raquel contestó a la pregunta no formulada:

—Todo va bien, padre mío —dijo ella—, no soy desgraciada —reconoció—: Soy feliz —y añadió con franqueza—: ¡Soy muy feliz!

Jehuda, a quien nunca le faltaban las palabras, no supo qué decir. Se había quitado un gran peso de encima, eso era cierto, pero no sabía si se alegraba.

En La Galiana, Raquel había vuelto más y más a todo lo musulmán. Ahora se acordó de su judaísmo. A las puertas del castillo Ibn Esra se habían fijado símbolos de su fe, como en cada casa judía. Se trataba de pequeños tubos, que contenían rollos de pergamino confesando al Dios de Israel, uno y único, y la promesa de ilimitada adoración. Raquel decidió hacer colocar también en La Galiana una mezuzah.

Llegó la noche y con ella la Havdala, la separación, la propicia y amarga ceremonia que separa al Sabbath de los demás días de la semana, lo santo de lo común. La vela ardiendo estaba preparada, el recipiente lleno de vino, las especias guardadas

en una lujosa caja. Y Jehuda bendijo el vino y bebió de él, bendijo las especias y aspiró por última vez su aroma sabático, bendijo la luz y apagó la vela en el vino.

Se dieron unos a otros las buenas noches, compartiendo el mismo sentimiento, ya que ahora debería pasar toda una semana hasta que volvieran a verse. Pero Raquel, antes de dormirse, no pensaba en otra cosa ni estaba pendiente de nada que no fuera la llegada del nuevo día, porque entonces regresaría a La Galiana.

El canónigo Don Rodrigue tenía un corazón amante de la humanidad, el canónigo Don Rodrigue se esforzaba en ejercitar el deber cristiano de la obediencia, y a veces su filantropía entraba en contradicción con el voto de obediencia. El Santo Padre había proclamado la cruzada y era obligación de Hispania participar en ella; pero cuando el canónigo pensaba que de nuevo había una gran guerra en el mundo en la que los hombres se atormentaban y destrozaban unos a otros, se alegraba de que por lo menos su Península estuviera a salvo. Pero esta alegría era una alegría pecaminosa, y por las noches, cuando pensaba que él y los habitantes de Hispania vivían rodeados de comodidades mientras tantos buenos cristianos soportaban, por amor a Tierra Santa, miles de fatigas y se entregaban a la muerte, a veces, se sentía tan avergonzado que abandonaba la cama y dormía sobre el suelo desnudo.

A su tribulación por la desgracia general se sumaba la preocupación por Alfonso, su hijo espiritual. El canónigo amaba a Alfonso como a un hermano menor. El brillante caballero y rey lo había hechizado. Desde que Don Rodrigue había empezado su crónica, gozaba ya con la idea de concluirla con la descripción del gobierno de este amado alumno suyo e hijo espiritual; sí, había incluso encontrado ya las palabras para caracterizar el modo de ser de Alfonso VIII: *vultu vivax, memoria tenax, intellectu capax* —rostro despierto, memoria tenaz, intelecto capaz—. Y ahora este Alfonso suyo se había perdido terrible y peligrosamente, se había enredado en el pecado más grave, en un pecado capital y persistente, el tercero de los pecados capitales.

En sus manos estaba, en las de Rodrigue, mover a Alfonso al arrepentimiento acompañado de obras, ya que sólo él podría salvarlo de la muerte espiritual. Pero Rodrigue era un buen conocedor del alma humana, veía que el pecador estaba aturdido por el escabroso perfume de su pecado, cualquier advertencia habría sido inútil. Rodrigue debía limitarse a rezar por Alfonso. A voces, cuando se mortificaba, le parecía reparar una parte de la culpa de Alfonso. Por supuesto, el canónigo era consciente de que ningún hombre podía equipararse al Salvador y tomar sobre sus hombros los pecados de otro; pero en sus mortificaciones se inmiscuía un poco, solapadamente, esta herejía y le hacía sentirse bien.

Probablemente, las penitencias de Don Rodrigue no sirvieran más que para procurarle la sensación de haber cumplido con su obligación, pero le produjeron en horas de gracia un dulce y santo éxtasis. Abandonó entonces su cuerpo, lo terrenal se deshizo y entró en una absoluta bienaventuranza en la que no existía más que el alma y Dios.

Ya había abandonado toda esperanza de poder salvar al rey de su profunda desgracia, cuando en una de estas horas de éxtasis se disiparon todas sus dudas. Sintió que había sido escuchado. Desde lo más profundo de su ser creció en él la certeza de que Dios pondría en su boca las palabras adecuadas en el momento preciso.

No se inquietó cuando aquellos días el arzobispo cuestionó su confianza en Dios.

—¿Durante cuánto tiempo vas a seguir mirando impasible —le dijo autoritario Don Martín— cómo tu hijo espiritual Alfonso se revuelca en el barro?

Y antes de que el otro pudiera contestar, siguió:

—Piensa en Finés, el nieto de Aarón, ¡cuánto celo mostró contra el hombre que fornicaba con la madianita!

El canónigo lo miró pensativo y contestó tranquilo, casi sonriendo:

—No puedo imaginarme que pudiera gustarle a Dios que yo clavara una pica en el cuerpo de nuestro señor el rey y de Doña Raquel.

—¡Ya sabes que sólo he hablado en sentido figurado! —rugió el arzobispo—. Pero debo decirte algo: sería necesario que emplearas mayor celo.

—Confío en Dios —dijo Don Rodrigue—. Él me permitirá encontrar las palabras adecuadas en el momento preciso.

El arzobispo tuvo que reconocer que era inútil seguir apremiando a Don Rodrigue. Pero desde hacía semanas meditaba si no sería obligación suya hacerle ver al rey su monstruoso delito. Le había costado un gran esfuerzo dejar esta tarea en manos del piadoso, apacible y casi santo Rodrigue, y el hecho de que ahora no hubiera respondido a su delicada advertencia más que con su palabrería piadosa, sin comprometerse, lo puso de mal humor. Buscó una excusa para poder manifestar a su secretario su descontento.

Había entre ellos un viejo tema de controversia. Mientras que todo el occidente cristiano, siguiendo el ejemplo del abad romano Dionisio el Exiguo, contaba los años de su era a partir del año del nacimiento de Cristo, los príncipes hispánicos empezaban a contar la suya treinta y ocho años antes, a partir del año en el que el emperador Augusto convirtió la Península en una unidad estatal. Puesto que la diferencia de fechas conducía a discordancias en la correspondencia con el extranjero, Don Rodrigue intentó adaptar las fechas de las cartas de la cancillería arzobispal al cómputo extranjero.

Cuando estaba de buen humor; el arzobispo permitía este desvarío de su secretario, tan ávido de novedades. Pero si estaba de mal humor lo atacaba. Aquel día, pues, inesperadamente, dijo con dureza:

—Veo con tristeza, mi querido señor y hermano, que vuelves a empezar a fechar nuestras cartas con el año de la cancillería papal. Te he manifestado con sobrada frecuencia mi voluntad de que la Iglesia española conserve su peculiaridad. No estoy dispuesto a renunciar a derechos que son más antiguos que los derechos del Papa. Al fin y al cabo, también mi predecesor aquí en Toledo fue instituido por el apóstol Pedro.

Don Rodrigue sabía por qué su superior volvía a sacar a la luz con tanta violencia la vieja discusión sobre el cómputo del tiempo. No se dejó arrastrar a ningún debate, sino que dijo conciliador:

—Ten confianza, mi ilustre padre. La gracia de Dios me concederá salvar el alma del rey nuestro señor.

Alfonso estaba ante la mezuzah, los rollos simbólicos que Raquel había hecho fijar a las jambas de la puerta que daba acceso a sus estancias en La Galiana.

—Dime —preguntó con un ligero tono burlón, nada hostil—, ¿vas a introducir muchos cambios en la casa?

—¡Pues claro! —contestó ella alegremente—, cuando la casa está terminada llega la muerte.

—Bueno —dijo Alfonso—, un amuleto nunca puede ser perjudicial.

Raquel no contestó. Le perdonó que no viera en el símbolo de su fe nada más que un amuleto. ¿Qué podía comprender él, que se arrodillaba ante las imágenes de tres dioses, acerca del Dios invisible, uno e indivisible, de Israel? No era más que un caballero y un soldado, no sentía ningún temor que lo hiciera estremecerse ante el Altísimo. Ella lo sabía hacía tiempo. Pero, extrañamente, esto no lo hacía parecer menor ante sus ojos. Su heroísmo, a pesar de ser tan impío y corrupto, caldeaba su corazón.

Alfonso, por su parte, hacía ahora examen de conciencia sobre cosas que hasta el momento sólo había intuido oscuramente. Quizás su vida allí en La Galiana era poco caballeresca, quizás traicionaba sus obligaciones como rey. Estaba dispuesto a pagar su felicidad con una traición así. Vivir con Raquel era lo único que daba sentido a su vida. Sufría cuando tenía que separarse de ella, aunque sólo fuera unos minutos. Nunca podría vivir sin ella, lo sentía, lo sabía, y esto era terrible, y al mismo tiempo era una bendición.

Al igual que él, Raquel se sentía llena de felicidad. No vivía allí para cumplir una misión. Vivía allí porque así lo quería, porque esto la hacía feliz. Y Alfonso, el cristiano, el caballero, el bárbaro, le gustaba tal y como era. Se hallaba sometido a una sola ley, su propia voz interior que le otorgaba su realeza, y esta voz tenía razón aunque ordenara cegar los ojos del hombre que se había dormido durante la guardia, o arrasar la ciudad enemiga conquistada y esparcir sal sobre sus ruinas.

En su compañía, por amor a él, se sentía orgullosa de cosas de las que antes se había reído. Él le contaba cosas sobre los bárbaros reyes godos y normandos que eran sus antepasados, y ella los admiraba con él. Él se vanagloriaba de la rudeza de su latín vulgar, su castellano, y ella se esforzaba con ahínco en aprenderlo.

Él se alegraba como un niño cuando ella utilizaba palabras y expresiones en castellano propias de la soldadesca. En agradecimiento, él se ponía entonces la túnica árabe cuando ella le contaba cuentos junto a la fuente. Cuando ella le pidió que se hiciera quitar la barba porque quería ver su rostro desnudo, él se negó con aspereza.

—Esto sólo lo hacen los juglares y los bufones —se enojó.

Ella no se molestó, se rió. No había ningún desacuerdo entre ellos, eran uno como en sus primeros tiempos.

Pero entonces llegó el viernes, y ella se preparó para ir a ver a su padre. Alfonso no intentó detenerla esta vez, pero permaneció allí sentado con rostro huraño, como un niño ofendido.

Raquel lo dejó con el mismo disgusto que la primera vez. Sólo cuando ya se hallaba en camino hacia el castillo Ibn Esra sintió una profunda necesidad de ver a su padre. Era como si sintiera necesidad de que él la ayudara y confortara.

Se fortalecía cerca de él. En La Galiana sólo era una parte de Alfonso, no era ella misma; había admirado la integridad de Alfonso y se había sentido inferior porque se sabía dividida interiormente. En presencia de su padre, ella adquiría la certeza de que su división era virtud; se trataba, por supuesto, de una felicidad capciosa.

Alfonso esta vez no fue a Toledo: no quería volver a tener a su alrededor los rostros mudos y reprobadores de sus señores. Prefería soportar el tormento de esperar a Raquel en La Galiana.

Pero ahora que ella no estaba le impresionó la extrañeza de la casa. Las lujosas tapicerías, los policromos arabescos y ornamentos, los chapoteantes surtidores le hacían sentir congoja.

Se encontró ante uno de los proverbios hebreos. Con su buena memoria recordó con exactitud las palabras que Raquel le había traducido. En ellas, el Dios judío aseguraba a su pueblo elegido su eterna gracia y el triunfo sobre todos los demás pueblos. Alfonso añoraba ardientemente a Raquel, y al mismo tiempo, ante la enojosa y arrogante

inscripción, se dijo que no estaba bien que sufriera tanto por ella. Al fin y al cabo, los judíos eran criaturas en las que el diablo, con la aprobación de Dios, se había fijado particularmente. Le vinieron a la memoria aquellas palabras: la serpiente en el jubón y la mecha en la manga. También Raquel, contra su voluntad, era una bruja, y él estaba hechizado.

Salió fuera al aire libre y se echó bajo un árbol.

Llamó al jardinero Belardo para charlar con él. Le preguntó directamente:

—¿Qué piensas tú de la vida que llevo aquí?

El rostro redondo y carnoso de Belardo se convirtió en un único y estúpido gesto de sorpresa.

—Lo que yo pienso —contestó finalmente— no me atrevo a decirlo, y ni siquiera a pensarlo.

—Dilo de una vez —le ordenó impaciente Alfonso.

—Pues, si debo decíroslo —repuso Belardo—, entonces diré que un pecado tan terriblemente grande es sólo propio de un señor también terriblemente grande.

—Sigue hablando —le animó Alfonso.

—Y también es una lástima —siguió confiado el jardinero Belardo— que todos nosotros, y quizás también tú mismo, mi señor, perdamos por ello la alegría de nuestros corazones y la principal diversión de nuestras vidas.

—Sigue hablando tranquilamente —le animó el rey.

—En estos últimos meses —siguió charlando el jardinero Belardo—, pienso con frecuencia en mi difunto abuelo. Cuando estaba de buen humor contaba siempre cosas de sus grandes y santas batallas. Mirad, mi señor, así eran las cosas: Cuando en aquellos tiempos el emperador griego Alexius pidió ayuda al Santo Padre para Tierra Santa, le escribió contándole la gran vergüenza que la cristiandad tenía que soportar allí y cómo por todas partes habían sido destrozadas las narices, oídos, brazos y piernas de las imágenes sagradas del Salvador, y cómo los impíos mahometanos cometían continuamente graves ultrajes contra las hijas de los cristianos, mientras las madres se veían obligadas a cantar, y después también contra las madres atribuyendo a las hijas insultantes romanzas. Además, el emperador griego escribía que, independientemente de la santidad de aquella guerra, los héroes podrían conseguir grandes tesoros en oro y también que las mujeres en Oriente eran incomparablemente más hermosas que las de Occidente. Toda la cristiandad se conmovió y encolerizó al conocer esta carta, y también mi difunto abuelo. Se cosió una cruz y se compró un viejo jubón y una caperuza de cuero, y con el generoso permiso de tu difunto señor abuelo emprendió el largo camino. No puedo ni imaginarme cómo lo consiguió el viejo. Claro que entonces era mucho más joven. Cuando finalmente llegó, los demás ya lo habían

conquistado todo, los tesoros y las mujeres, y muchos también estaban muertos. Así pues, no participó en la batalla y tampoco trajo nada a casa, pero aquello fue lo mejor que le sucedió en su vida porque había rezado junto a la piedra sobre la que se sentó el Salvador, y bebido del agua de la que el Salvador mismo había bebido y sumergido el cuerpo en el sagrado río del Jordán. Cuando mi abuelo estaba de buen humor nos contaba cosas de entonces, y mientras lo hacía sus ojos brillaban de santidad.

Belardo se calló sumido en los recuerdos.

—¿Y? —preguntó Alfonso.

—Sería bonito —dijo Belardo, y sus ojos miraban bobalicones y exaltados— que también nosotros pudiéramos vivir una santa diversión así. ¿Qué puede pasarnos en una guerra contra los asquerosos mahometanos? Si sale bien, conseguiremos como botín mucho dinero y mujeres, y si sale mal, entraremos directamente en el paraíso.

—En fin —resumió Don Alfonso— te parece una blasfemia que yo esté aquí echado en una tumbona.

—¡Dios me libre de pensamientos tan horribles sobre Vuestra Majestad! —se defendió Belardo.

La palabrería de su majadero jardinero, a pesar de su estupidez, dio que pensar a Alfonso. Todos se daban cuenta de que descuidaba sus obligaciones caballerescas y reales, que se estaba extraviando tal y como en la antigüedad les había sucedido a los héroes Hércules y Antonius y también al caballero hebreo Sansón con su Dalila. No soportaba quedarse en el castillo, pasaba todo el tiempo en el jardín, incluso dormía al aire libre, pero su sueño no era reparador.

Pero tan pronto como regresó Raquel, el viejo embrujo cayó sobre él. Dejó de sentir rechazo por todo lo árabe. La vida en La Galiana era buena. Nunca había llevado una vida mejor. Reía sorprendido y juvenil al contemplar lo feliz que era. Sentía en él una alegre obstinación. Si se estaba extraviando, lo hacía gustoso, con pleno consentimiento, y nadie debiera venir y hablarle de culpa y arrepentimiento. Una felicidad tan grande como la que le proporcionaba Raquel no podía proceder de Satanás. Más bien había sido Dios, quien, por ser él un rey, le mostraba una particular predilección, y esta bienaventuranza era una nueva prueba de su gracia. Él era Don Alfonso, *Alfonsus Rex*, el octavo de su nombre. Él se hacía responsable de lo que hacía. Vivía con Raquel por inspiración divina y porque era su voluntad real.

Cuando el viernes siguiente ella fue a visitar a su padre, le dijo:

—No quiero que entres a hurtadillas en la capital de mi reino. No quiero que la dama que el rey Alfonso ha elegido ande ocultándose.

Ella se hizo llevar en una litera abierta a Toledo. Él ordenó a su séquito que acudiera a La Galiana y cabalgó majestuosamente hacia la ciudad y hacia su castillo.

El paje Alazar tenía un ruego que hacer al rey. El escudero Sancho se había burlado de él a causa de sus pretensiones amorosas a Doña Juana, y quería retar a un duelo a Don Sancho. Le rogó al rey, su señor; respetuosamente, que le concediera la gracia de elevarlo a la categoría de *écuyer* para así estar en situación de poder presentarle el reto.

La solicitud del muchacho era justa. Había servido sin tacha durante más tiempo del que era costumbre y podía esperar que el rey le otorgara el rango solicitado. Pero no se podía nombrar escudero a un judío.

—Querido Alazar —repuso el rey amablemente después de reflexionar brevemente —, tienes todas las buenas cualidades que necesita un caballero, pero en este reino sólo reconocemos a caballeros cristianos.

El muchacho se sonrojó.

—Soy consciente de ello —dijo—. Antes de rogar a Vuestra Majestad esta gracia he examinado a fondo también mi conciencia y considerado los pros y los contras. Estoy dispuesto a ser un caballero cristiano.

Alfonso se sorprendió, se turbó. Miles de judíos, cientos de miles, se habían dejado matar antes de renunciar a su religión, y allí estaba aquel muchacho que quería renunciar a su fe sin necesidad y sin que nadie siquiera lo obligara.

—¿Has hablado con tu padre? —le preguntó molesto.

—No —contestó sin dudarlo Alazar, y añadió con terquedad—: Nadie me ha convencido de ello y nadie debe convencerme de lo contrario.

La turbación de Alfonso se disipó. Había sido la vida en la corte de Castilla, en su corte, la que había hecho ver la luz a aquel joven. Y de pronto el rey se encontró pensando lo que nunca hasta el momento se habría atrevido a pensar la idea de que también su bienamada podía ser iluminada. ¿Acaso no había llegado a comprender y a apreciar lo que había en él de caballero, lo guerrero, que antes había sido absolutamente ajeno a su corazón? El solo pensamiento de que le pudiera ser concedido a él ganar a Raquel para la verdadera fe daba a su relación con ella un nuevo y claro sentido y quitaba a su pasión lo que pudiera tener de pecaminoso. Su alegría fue tan impetuosa que tuvo que hacer un gran esfuerzo para contestar con serenidad a Alazar.

—Lo que me dices, joven —dijo él—, es para mí una gran satisfacción. Pero no soy ningún teólogo y no sé lo que se debe hacer antes de permitirte acceder al sacramento. Hablaré con Don Rodrigue.

Advertido por Dios de un modo tan alegre, decidió hablar por fin también con el sacerdote de sus propias cosas. Con franqueza, antes de hablar del tema de Alazar,

reconoció ante Don Rodrigue que se sentía estrechamente unido a Raquel. Y añadió:

—No me digas, mi reverendo padre —siguió diciendo apasionadamente antes de que el canónigo pudiera amonestarlo y aconsejarle—, no me digas que esta pasión es pecado. Si lo es, entonces se trata de un pecado bueno y santo y no lo lamento.

Y lleno de entusiasmo concluyó:

—Amo a esa adorable mujer por encima de todo, y Dios nuestro Señor, que así lo ha dispuesto, me lo perdonará.

Don Rodrigue, al empezar a hablar Alfonso, se había sentido lleno de piadoso agradecimiento por el hecho de que Dios hubiera tocado el corazón del pecador. Pero pronto su alegría se convirtió en espanto cuando tuvo que constatar cuán embrutecido estaba el rey.

—Dices muchas cosas —dijo tristemente, cuando Alfonso hubo terminado de hablar—, y quieres anticiparte a mí e impedirme que te diga las duras palabras que mereces. Pero en tu interior sabes todo lo que tengo que decirte, y lo sabes desde hace tiempo, y mejor de lo que yo pudiera decirte.

Alfonso vio su preocupado rostro y le preguntó:

—¿He perdido la gracia, padre mío? ¿Estoy condenado por toda la eternidad?

Pero puesto que el canónigo sólo le ofreció como respuesta un opresivo silencio, la disposición de Alfonso cambió.

—Bien —dijo con ligereza—, entonces quiero condenarme. —Y añadió—: ¿Dónde están los antepasados de mis antepasados —preguntó exigente—, los reyes que todavía no habían aceptado las enseñanzas de Cristo? Yo sé dónde están. ¡Que Dios me mande con ellos!

Con delicadeza, lleno de desesperación, Rodrigue lo amonestó.

—No te revuelques más todavía en el pecado, hijo mío, bromeando de forma tan impía. En el fondo de tu corazón no crees ni una de tus blasfemas palabras. Es mejor que reflexionemos con humildad qué podemos hacer por tu alma.

El rey, con una juvenil sonrisa en los labios, le rogó:

—No te entristezcas demasiado, mi querido reverendo padre y amigo. Dios es misericordioso y no va a ser tan terrible conmigo, pobre pecador Créeme. Dios ha enviado una señal.

Y le contó lo de Alazar. El canónigo escuchó con profunda atención, y su aflicción se hizo más llevadera. Sabía cuán obstinados en su orgulloso convencimiento y en su error estaban los habitantes del castillo Ibn Esra. Él mismo no habría querido nunca intentar siquiera ablandar el corazón de un Ibn Esra, y Don Alfonso, en verdad un bendito del Señor; necesitaba tan sólo acoger al muchacho en su castillo y ya lo había

convertido al dulce Salvador. Tal ganancia convertía en buenos muchos actos culpables.

Alfonso vio cuán conmovido estaba Don Rodrigue, y con amable confianza le abrió el último reducto de su orgulloso corazón.

—El rey como el sacerdote —dijo—, está dotado por Dios por una sabiduría oculta que ha sido negada a otros. Yo lo sé: Dios me ha mandado esta maravillosa mujer para que yo la despierte y libere su alma.

Por mucho que la insolencia de Alfonso entristeciera al canónigo, había un grano de verdad en sus palabras. Los caminos de Dios no son nuestros caminos. Quizás, en verdad, de la pasión en la que el rey se había enredado no brotara realmente la desgracia, sino la bendición.

Comoquiera que fuera, por de pronto, Don Rodrigue se vio ante una difícil tarea. El honesto propósito de salvar el alma de Doña Raquel no liberaba al canónigo de su obligación de reprocharle su unión carnal. Pero sabía que el rey no se amoldaría a una prohibición de este tipo.

—Es un buen propósito, mi señor hijo mío —dijo— que quieras ganar para la Iglesia a Doña Raquel, pero no puedo dejaros salir tan bien librado.

—¿Qué debo hacer pues? —preguntó con ligera impaciencia Alfonso.

Rodrigue, enojado interiormente por su propia debilidad, le aconsejó:

—Manténte alejado durante algún tiempo, dos semanas o siquiera una semana, de todo trato mundano. Retírate a un centro de refugio espiritual de tus tierras, manténte recogido y espera a que la voz de Dios te hable.

—Pides mucho de mí —dijo Don Alfonso.

—Te exijo menos de lo que debería —contestó Don Rodrigue—, me resulta difícil exigirle a mi bienamado hijo la medida completa.

Rabí Tobia, que se hospedaba en casa de Don Efraim, la mayor parte del tiempo lo pasaba solo en su habitación, ayunando, rezando, ensimismado en las Sagradas Escrituras. Cada momento —enseñaba— que se utilizaba de otro modo que no fuera ensimismarse en la contemplación del Señor y de la revelación, era vano y desperdiciado.

El rabí se había vuelto estricto y fanático debido a las muchas penurias que él y su comunidad habían tenido que padecer. En aquel último año las pruebas a las que fue sometido habían sido las de mayor dureza. Cuando el rey Felipe Augusto había expulsado a los judíos de París, tuvo que huir con los miembros de su comunidad a Bray-sur-Seine. Cuando más tarde la margravina Blanche había renovado aquel edicto

según el cual el viernes santo, como penitencia por los tormentos de Cristo, debía abofetearse públicamente a un representante de los judíos, la comunidad había insistido en que el rabí Tobia se ocultara, ya que probablemente las autoridades le habrían escogido a él para esa humillación. Durante su ausencia, el rey había emprendido aquella expedición de castigo contra los judíos de Bray la esposa del rabí Tobia fue quemada y sus hijos fueron encerrados en un monasterio. En todo momento, el rabí Tobia había hablado en Toledo sólo de los sufrimientos de todos, nunca de los suyos en particular; y había prohibido a aquellos que conocían su desgracia que hablaran de ello. De modo que los judíos de Toledo fueron enterándose poco a poco de lo que le había sucedido.

Lógicamente, en la soledad de sus habitaciones, el rabí rememoraba muchas veces los acontecimientos de Bray, y siempre se veía asaltado por nuevas dudas, pensando si habría hecho bien cediendo a las presiones de la comunidad y abandonando la ciudad. Si se hubiera quedado, dispuesto a aceptar la humillación, le habría sido concedido entonces entregar su vida, juntamente con su esposa y con sus hijos, para mayor gloria del nombre de Dios.

La penitencia y las mortificaciones fueron desde entonces para el rabí Tobia un valioso don de la gracia de Dios; no podía imaginar una mejor coronación de su existencia terrenal que el martirio, la inmolación, la *akeda*. Declaró que era pecado grave poner una cruz ante la casa o coserse una cruz a las vestiduras cuando los cruzados se acercaban.

—Cuando los bandidos os exijan —enseñaba— que entreguéis a un hombre para azotarlo o a una mujer para deshonrarla, debéis dejaros ajusticiar todos antes de ceder a sus deseos. Y maldito sea aquel que para salvar su vida rinde culto a los ídolos, permanecerá maldito por toda la eternidad, también en el caso de que transcurrida una semana vuelva a la alianza de Israel.

—La corona más preciosa —enseñaba— es la humildad, el mejor de los sacrificios es un corazón contrito, la mayor virtud la conformidad con la voluntad de Dios. El hombre piadoso, aunque sea escarnecido y azotado, agradece al Todopoderoso el castigo y bendice la corrección en su corazón. No se rebela contra aquellos que hacen daño, perdona a sus torturadores. Piensa continuamente en el día de su muerte. Si le es arrebatado lo que más ama, la mujer; el hijo, se inclina con humildad ante la justicia de la providencia. Si los enemigos quieren obligarle a renegar de su fe, sacrifica con alegre piedad su vida. No se queja al contemplar la prosperidad y la arrogancia de los gentiles; los caminos de Dios están llenos de bendiciones, aunque su objetivo permanezca oculto durante décadas y durante siglos.

Una renuncia así no siempre le resultaba fácil al rabí Tobia, que tenía un corazón vehemente. No pocos entre los judíos habían dejado que su odio contra los perseguidores se manifestara en feroces poemas injuriosos y llenos de ira: *Vagabundos y lobos esteparios, Idólatras ahorcados, Sucias aguas del bautismo*. Y la queja era insondable, a gritos se pronunciaba la oración pidiendo venganza. «Dios de la justicia —resonaba esos versos—, ¡no olvides la sangre derramada! ¡No consientas que esto quede oculto a los ojos del mundo! ¡Ejerce sobre mis enemigos la justicia que tus profetas anunciaron! ¡Que tu mano arroje a mis adversarios al fondo del valle de Josafat!». También contra el mismo Señor clamaban estos poetas con sus quejas: «¿Quién eres Tú, oh Dios, que no te dejas oír? ¿Por qué permites de nuevo que Edom viole las leyes y se regocije? ¡Los gentiles han irrumpido en tu templo y Tú permaneces en silencio! ¡Esaú se burla de tus hijos y tú permaneces callado! ¡Muéstrate, álzate, deja resonar tu voz, Tú, el más callado entre los que guardan silencio!». Cuando el rabí Tobia leía estos versos, no podía impedir que su propio corazón se sublevara. Pero inmediatamente lo lamentaba.

—Puede decir el barro al alfarero: ¿Qué haces? —se amonestaba a sí mismo, y su contrición se hacía todavía más fanática.

Los creyentes veían en él a un profeta. También a veces le eran concedidas en la soledad de su habitación, sumido en la lectura del Gran Libro, maravillosas visiones y el don de poder expresar en palabras su historia. Entonces era cuando veía a los piadosos, a los que habían confesado su fe, sentados en el jardín del Edén, iluminados por la luz de Dios, y veía a los impíos ardiendo en el horno de Gehinnom, en el infierno, y al interrogarlos, los del quinto círculo, el más terrible de todos, le contestaban:

—Esto nos sucede porque en nuestra vida terrenal renegamos de Adonai y adoramos al Crucificado.

Y le contaban que arderían durante doce meses, hasta que su alma hubiera sido destruida como su cuerpo. Entonces el infierno escupiría sus cenizas y el viento las llevaría bajo los pies de los justos. Y se vio a si mismo, a medianoche, en la sinagoga, y allí se hallaban reunidos los muertos de los últimos siete años, pero entre ellos se contaban también las sombras de aquellos que en el curso del siguiente año habían de morir. Y mientras él, con los ojos cerrados, se sentaba sobre los libros sagrados, rondaba por las calles de la ciudad de París y por las calles de la ciudad de Toledo, y vio personas a las que conocía, y vio que no tenían sombra, y de este modo supo que les había sido destinado un terrible fin, y que éste se hallaba cercano. No sin satisfacción vio que entre estos que no tenían sombra se encontraba aquel Jehuda Ibn Esra, el mesumad que había entregado a su hija a la lascivia del rey pagano.

Mientras tanto habían llegado nuevas y terribles noticias de los judíos francos. Tal y como el rabí Tobia había predicho, algunos de los grandes condes y señores habían seguido el ejemplo de su rey, desvalijando a sus judíos y persiguiéndolos hasta arrojarlos fuera de sus fronteras. El rabí Tobia escuchó y leyó, se levantó y se presentó ante el *Párnas* Efraim.

Por extraño y sospechoso que aquel rabí Tobia, nuestro señor y maestro, le pareciera, no podía librarse de la magia que despedía la esencia gris, pálida, que ardía en el interior de aquel hombre, y ahora que éste, contra su costumbre, lo visitaba, esperaba asustado, y al mismo tiempo ansioso de escucharle, lo que hubiera de decirle.

Pero el rabi Tobia le dijo con sus maneras tranquilas que quería abandonar Toledo y reunirse con sus judíos. La amenaza se multiplicaba y no creía poder ayudar a los amenazados desde Toledo. Los fugitivos no podrían seguir quedándose durante más tiempo en tierras francas, y ya que la frontera sefardí se hallaba cerrada para ellos, quería conducirlos hacia Alemania, de donde procedían sus padres.

Efraim se vio invadido por diversos y contradictorios pensamientos y sentimientos. Los que gritaban pidiendo auxilio eran cada vez más, y seria una bendición para la aljama quedar libre de estos huéspedes, ya que la amenaza de peligro que suponían crecía con su número. Pero era un futuro sombrío e incierto el que esperaba a los fugitivos en Alemania. El emperador Federico les garantizaría la entrada, pero hasta el momento en ningún otro lugar habían sido perseguidos los judíos con mayor crueldad que en tierras alemanas, y el emperador se había marchado a Oriente, ¿bastaría su nombre para protegerlos? Todo esto lo sabía el rabí Tobia tanto como él. Pero el desenfrenado fervor religioso del rabí más bien le hacía desear vivamente que temer las torturas y las pruebas a que se verían sometidos sus hermanos. ¿No debía acaso hacer desistir de ello al rabí?

Puesto que todo esto lo pensaba en silencio, Tobia siguió:

—Te lo digo abiertamente, prefiero que ese hombre, Jehuda Ibn Esra, no pueda prestarnos la ayuda que nos ha prometido. Me atormenta la idea de que tenga que llegarnos ayuda de un mesumad que ha vendido el pudor de su hija a los idólatras. No quiero su dinero ni su ayuda. Está escrito: No debes traer el precio de una prostituta a la casa del Señor.

El modo de hablar tranquilo y monótono del rabí Tobia no hizo más que remarcar el odio y el desprecio de sus palabras. No sin satisfacción, Don Efraim vio confirmado el propio rechazo que sentía ante Jehuda por las apreciaciones de aquel hombre piadoso, pero era justo y defendió a Ibn Esra.

—Si en el mundo occidental —contestó— hay uno de entre nuestros hermanos que tenga el poder para ayudaros, ése es Don Jehuda, y su buena voluntad está fuera de toda

duda. Espera todavía un poco, mi señor y maestro. No niegues el refugio de la benigna Castilla a los hermanos perseguidos a causa de tu impaciencia y severidad.

Rabí Tobia lamentó haberse dejado dominar por la ira. Aceptó tener todavía paciencia durante un breve tiempo.

Don Jehuda se sentía angustiado. Le atormentaba pensar qué opinión tendrían ahora los judíos de Toledo de él y de Raquel. ¿Acaso no debían sentir desprecio?

También le atormentaba la preocupación por Alazar. El muchacho no había hablado con él de sus planes de convertirse al cristianismo, pero Jehuda era consciente de que su hijo estaba perdido para siempre para las verdades de las enseñanzas judías y de la sabiduría árabe, y él era el culpable. En lugar de mantener alejado al hijo de la peligrosa corte de aquel caballero y soldado, lo había entregado a ellos.

¡Culpa, culpa! Había cargado sobre sí una grave culpa.

Se había ufanado de su misión. Se había convencido de que había sacrificado a la hija para honrar a Dios. Pero Dios rechazaba su sacrificio, esto era más claro de día en día. Había esperado que la relación de Raquel con Alfonso le facilitaría el asentamiento de los fugitivos francos en Castilla; en lugar de esto, esta unión retrasaba la obra de salvación, y quizás la haría fracasar del todo. El rey lo esquivaba, desde hacia una eternidad no había podido verlo; ni siquiera podía presentarle o exponerle el asunto que ardía en su alma.

Éste era el estado de ánimo de Don Jehuda cuando el *Párnas* Don Efraim lo visitó. Consideraba su obligación informarle de los propósitos del rabí Tobia. Don Jehuda se sintió profundamente afectado. Aquel Efraim Bar Abba había dudado siempre de él, y ahora podía decirle triunfante y secamente a la cara que también el rabí Tobia consideraba palabrería vacía su promesa de conseguir en Castilla un hogar para el pueblo de Israel perseguido. Antes que seguir esperando, el rabí prefería conducir a sus judíos francos a la peligrosa Alemania. Y ni siquiera venía él personalmente a decírselo. El hombre piadoso evitaba su apestosa cercanía.

—Sé —dijo con amargura y terriblemente avergonzado— que el rabí Tobia me desprecia con todo su severo, piadoso y sencillo corazón.

—Has hecho esperar a nuestro señor y maestro Tobia durante mucho tiempo —contestó Don Efraim—, es comprensible que quiera encontrar la salvación en otro lugar. Sé que tu promesa fue sincera, pero me temo que en este asunto la bendición del Señor no está contigo.

El hecho de que Efraim le echara en cara tan abiertamente su presunción enfureció a Don Jehuda, y la ira le ayudó a encontrar una solución.

—Necesito más tiempo de lo que esperaba para conseguir este privilegio —dijo—, y comprendo tu desaliento. Pero no olvides con qué rapidez y cómo ha empeorado la situación. Cuando hice mi propuesta se trataba de mil quinientos o como máximo dos mil perseguidos. Ahora se trata de cinco mil o seis mil. Comprendo tus dudas, no se puede permitir la entrada al reino a tantos mendigos.

Se interrumpió durante un tiempo, miró a Efraim a la cara y continuó:

—Pero creo que he encontrado la solución. Los fugitivos no deben ser mendigos cuando crucen la frontera. Debemos proveerlos de dinero desde el principio. Pienso que unos cuatro maravedíes de oro para cada uno serían suficientes.

Efraim lo miró fijamente, perplejo.

—¡Estás hablando de seis mil fugitivos! —estalló con su aguda voz—. ¿De dónde quieres sacar el dinero?

Jehuda le contestó amablemente:

—Yo solo no podría conseguirlo, tienes razón. La mitad del importe, unos doce mil maravedíes de oro, los aportaré yo. Para el resto necesito tu ayuda, mi señor y maestro Efraim.

Efraim estaba allí sentado, pequeño, derrumbado, en sus muchos y gruesos ropajes. El insolente modo de improvisar y planear de Jehuda lo llenaba de una involuntaria admiración y era para él una satisfacción que aquel hombre orgulloso solicitara su apoyo. Pero ¿cómo podía él ayudarle? ¡Doce mil maravedíes! Después de la terrible suma que la aljama había dado para sostener a los perseguidos no podría reunir además este enorme importe. Así pues, el rabí Tobia, tan piadoso y chalado, conduciría a sus fugitivos francos hacia Alemania y hacia su perdición.

¡Pero esto no podía ser! ¡Don Efraim no podía permitir que esto sucediera! ¡No volvería a tener jamás una hora de paz! Tenía que ayudar a Ibn Esra, debía exprimir el dinero de la aljama.

Además —una pequeña y pecaminosa esperanza se despertó en Efraim—, quizás, finalmente, el plan de Jehuda terminaría fracasando. Aquel charlatán, malhechor y profeta, se imaginaba que podía exigir al rey pagano todo lo que quisiera porque le había entregado a su hija para fornicar. Pero aquel loco conocía mal a los cristianos y a sus reyes.

Con precisión, con una ironía apenas perceptible, Don Efraim precisó:

—Si la aljama responde del resto del importe total exigido, entonces te comprometes a obtener el privilegio de asentamiento para seis mil judíos francos. ¿Te he entendido bien?

Jehuda, igualmente negociador confirmó:

—Hay que conseguir un importe de cuatro maravedíes de oro para cada uno de los seis mil judíos fugitivos francos. Yo, por mi parte, pongo a su disposición doce mil maravedíes. Si la aljama aporta el resto, me obligo a conseguir un edicto real que autorice a los fugitivos a instalarse en Castilla.

Don Efraim, duro e intransigente, siguió preguntando:

—¿Y dentro de qué plazo, mi señor y maestro Don Jehuda, te comprometes a conseguir que se proclame este edicto?

Don Jehuda lo escrutó con una mirada furibunda. Era insolente ese Efraim Bar Abba. Era la primera vez que Jehuda no tenía éxito y enseguida los demás se volvían insolentes. Pero rápidamente se dijo que la aljama lo trataba con derecho como a un mal deudor; había hecho una promesa y no la había cumplido.

Pero todavía no se encontraba en bancarrota. Quizás si se espoleaba en un último y terrible esfuerzo, Dios aceptaría su sacrificio y rompería la mala voluntad del rey.

Con rápida resolución se levantó, hizo una seña a Don Efraim para que permaneciera sentado, fue a la biblioteca, sacó de su estuche un rollo de las Sagradas Escrituras y lo desplegó, buscó, y con la mano sobre los versos perseguidos, dijo en voz baja pero con fiereza:

—Aquí, en tu presencia, mi señor y maestro Efraim Bar Abba, juro solemnemente: antes de que haya pasado la fiesta de los Tabernáculos, conseguiré del rey Alfonso, el octavo de su nombre, el privilegio que autorice a seis mil judíos francos a instalarse aquí en esta tierra de Sefarad.

Efraim, profundamente aterrado, se había levantado. Jehuda, siempre con la misma fiereza, exigió:

—Y ahora, señor testigo, toma conocimiento de lo que he jurado y lee las frases de advertencia tal y como debe hacerlo el testigo.

Efraim se inclinó sobre el rollo y leyó y pronunció con labios exangües:

—Si haces un juramento, debes mantenerlo y no aplazarlo; ya que el señor tu Dios te lo exigirá y será un pecado para ti. Lo que ha salido de tus labios debes cumplirlo tal y como has jurado.

Jehuda dijo:

—Amén, así sea. Y si no consigo lo que he jurado, pronunciarás contra mí la gran maldición.

Y Efraim dijo:

—Amén, así sea.

Alfonso pasó el tiempo de retiro en la casa de penitencia de Calatrava. Intentó reprocharse lo abyecto de su conducta en La Galiana. Intentó arrepentirse, pero él no se arrepentía, se alegraba de lo que había hecho, y sabía que no dejaría de hacerlo. Los tranquilos días de recogimiento conventual sólo reforzaron la alegre y juvenil obsesión con la que había querido rebatir la preocupación de Don Rodrigue. No era el fuego del infierno el que ahora ardía en él por la añoranza de Raquel, era la gracia de Dios. Y él salvaría su alma, de eso estaba seguro.

Con este ánimo volvió a Toledo. En un sorprendente arrebato penitente, como si con ello quisiera compensar lo que no había hecho en el convento, se obligó a quedarse ese día todavía en Toledo y sólo al anochecer del día siguiente volver a La Galiana.

Se dedicó alegremente a los asuntos que requerían por completo su atención.

Don Pedro de Aragón había reunido una importante tropa para atacar a la mayor brevedad las tierras musulmanas de Valencia. Fue el arzobispo quien se lo comunicó a Don Alfonso. Don Martín se había enterado con satisfacción de que el canónigo había conseguido mover al rey a un coloquio tranquilo, conventual, con Dios, y ahora, con toda probabilidad, Don Alfonso estaría mejor dispuesto a prestar oídos a las advertencias del clero. Así pues, el arzobispo le expuso con duras palabras la terrible vergüenza que supondría ante toda la cristiandad que mientras Aragón intervenía en la Guerra Santa, el mayor rey de la Península permaneciera inactivo.

Después, inesperadamente y para la sorpresa de Don Alfonso, se deshizo en alabanzas al juglar Juan Velázquez. Normalmente, la Iglesia sólo tenía palabras de reproche para aquel ambiguo arte de esos cantantes populares. Pero Juan Velázquez se había ganado el corazón del arzobispo de tal modo que éste lo había dejado cantar y tocar en su propio palacio. Estaba seguro de que también Don Alfonso hallaría placer oyendo a Juan Velázquez cantando en su rudo castellano los hechos de Rolando y del Cid, por no hablar de los números acrobáticos de aquel juglar.

Don Alfonso hizo venir al juglar. Si, Don Martín había tenido razón: las sencillas y fuertes romanzas conmovieron su corazón.

No debía dejar por más tiempo que su espada se enmoheciera. Habló con su viejo y leal Don Manrique, diciéndole que quería atacar de una vez.

Este repuso que su impaciencia no era menor que la de su rey y señor. Pero a la vista del estudio de los costes que había hecho elaborar al señor Escribano, había perdido la esperanza de entrar en batalla. Don Jehuda había utilizado cifras árabes y él, Manrique, acostumbrado a las romanas, sólo podía leer con dificultad aquéllas, que también la Iglesia veía con malos ojos. Pero, lamentablemente, las sumas que había que manejar eran tan altas que no era posible hacerlo sin utilizar cifras árabes.

—Deberías hablar tú personalmente con tu Escribano, mi señor —dijo Don Manrique—, de lo que costaría una guerra con el califa.

Durante todo este tiempo, Alfonso había temido, avergonzado, tener que encontrarse con el padre de Raquel, y, sin embargo, sentía también una necesidad ligeramente cosquilleante de verlo. Ahora que Don Manrique mencionaba a Jehuda, se decidió a hacerlo llamar.

Al mismo tiempo que mandaba un mensajero al castillo Ibn Esra envió también otro a La Galiana, a Doña Raquel, con un breve mensaje, en árabe, en latín y en castellano: Hasta mañana, hasta mañana, hasta mañana.

Jehuda, cuando recibió la llamada del rey, respiró profundamente. Independientemente del resultado que pudiera tener el encuentro, era mejor que esperar.

Cuando se encontraron uno frente al otro, cada uno de ellos descubrió cosas nuevas en el rostro del otro. Jehuda buscó y encontró en el rostro del bárbaro rasgos que pudieran resultar atractivos a su Raquel, y el rey turbado, vio en el rostro del judío rasgos que se parecían a los de su amada.

—Me parece, Escribano —empezó con jovialidad algo forzada Don Alfonso—, que gracias a tu prudencia nadamos en la abundancia. Así pues, quiero por fin emprender mi guerra. Calculaste que serían necesarios doscientos mil maravedíes. ¿Puedo tenerlos?

Jehuda estaba preparado para tener que escuchar y rebatir todo tipo de sandeces antes de poder hablar de su importante asunto. Por tanto, contestó tranquilamente:

—Puedes tenerlos, mi señor. Pero en aquellos momentos se trataba de una campaña contra Aragón y no contra el califa.

Quizás, sin querer reconocerlo, lo que su ministro decía era bien recibido por el rey, pero insistió:

—Si Aragón se atreve a entrar en batalla, ¿cómo no voy a poder yo?

Jehuda manifestó en contra:

—Tu ilustre sobrino de Aragón no ha firmado ninguna tregua con el emir de Valencia.

Alfonso repuso sombrío:

—Un hombre que ha contribuido tanto a imponerme esta maldita tregua, haría mejor en no recordármela.

El rostro de Jehuda permaneció inexpresivo.

—La realidad —dijo— sigue estando ahí, tanto si se menciona como si no. Por lo demás, considero que no es probable que Don Pedro ataque. Mi primo Joseph Ibn Esra tiene el valor suficiente como para decirle también a su rey cosas desagradables. Le recordará que el califa está a punto de regresar a su capital desde Oriente, y que

probablemente se trasladará a al-Andalus si Aragón ataca. Aragón, mientras esté solo, no podrá emprender una batalla. Y lo mismo sucede con Castilla.

Don Alfonso seguía allí sentado; los labios apretados, el ceño profundamente fruncido. Siempre era la misma excusa contra la que chocaba. La guerra no era posible mientras no hiciera las paces con aquel necio de Aragón.

—Sé, mi señor —dijo con voz apremiante Jehuda—, que tu corazón ama la batalla. Quiera Vuestra Majestad creerme si os digo que tanto mi primo Don Joseph como yo no dejamos de pensar en cómo podría establecerse una paz verdadera entre nuestros ilustres príncipes.

El mal humor del rey aumentó. Ningún Ibn Esra podría conseguir la reconciliación con Aragón. Esto lo sabía el judío tan bien como él. ¿Acaso se estaba burlando de él?

Jehuda percibió el mal humor del rey. No era un buen momento para pedirle la admisión de los fugitivos. Pero había hecho su juramento. Ante él se erguía excelsa y terrible la gran maldición, el plazo era corto. Y ¿quién podía saber cuándo volvería a ver al rey de nuevo?

Tenía que hablar:

Habló.

Alfonso escuchó furioso. Ahora mostraba el zorro su rostro.

—¿No acabas de asegurarme —dijo— que querrías ayudarme a empezar de una vez mi Guerra Santa? ¿Y ahora me pides que deje entrar a tus judíos en el reino? Te diré lo que pienso directamente a tu astuta cara: quieres impedir mi guerra. Haces todo cuanto puedes para hacerla fracasar. Quieres impedir que me ponga de acuerdo con ese necio de Aragón. Me azuzas contra Aragón, y tu señor primo azuza a Aragón contra mí. Intrigáis y mentís, y estafáis como auténticos banqueros y comerciantes y judíos que sois.

El rey no gritaba, hablaba bajo, y esto hacía sus palabras todavía más peligrosas.

No debería haber hablado, pensó Jehuda. Pero debía hablar Tengo mi juramento en el cielo y no puedo volverme atrás. Dijo con arrojo:

—Me humillas injustamente, mi señor, y también a mi primo. Hacemos lo que podemos. Pero, lógicamente, no tenemos mucho poder —y todavía más audaz siguió:

—Sé de alguien que puede conseguir mucho más: tu esposa la reina. Ella es más lista que todos nosotros. Acude a ella. Pídele que se encargue ella de hacer las paces con el ilustre Don Pedro.

El rey iba de un lado para otro.

—Eres muy insolente, señor Escribano —repuso, la voz contenida apenas podía ocultar la rabia.

Mientras tanto, Jehuda, temerario, ya no tenía nada que perder, siguió hablando:

—Pero incluso tu esposa la reina, aunque consiga la reconciliación, necesitará meses para ello. Perdóname si mi tosca mentalidad de comerciante no me permite comprender por qué nosotros no podemos aprovechar estos meses para hacer entrar en el reino a esos fugitivos. Tienen manos y cabezas que podemos utilizar muy bien. Tus tierras, mi señor, todavía están despobladas como consecuencia de las muchas guerras. Deberías asegurarte estos útiles emigrantes. Te lo ruego, mi señor no apartes mis fundados argumentos con un rápido manotazo. Sopésalos. Considéralos.

Don Alfonso sintió ganas de dar por finalizada aquella desagradable conversación. Quizás el judío tenía razón, probablemente tenía razón, y el rey ya quería ceder. Pero entonces pensó: lo que otorgaba al judío tanta insolencia no era el peso de sus argumentos, sino una cosa muy distinta.

—Tus motivos pueden ser buenos —dijo irritado—, pero hay también sólidos argumentos en contra, y tú lo sabes.

Jehuda se disponía a contestarle. Pero Alfonso, violentamente, se le adelantó.

—¡No quiero seguir hablando de esto! —tronó.

Pero entonces vio el pálido y desencajado rostro del judío, pensó en la hija de aquel hombre con aquel rostro, y añadió con rapidez:

—Dejémoslo, lo tendré todo en cuenta, no sólo los argumentos en contra, sino también tus razonamientos.

Y con la viveza forzada de antes, finalizó:

—Y tampoco olvidaré el mar de abundancia que me has conseguido.

Se separaron. El rey lleno de clemencia, el judío lleno de fingida humildad y fingida confianza, ambos llenos de desconfianza.

Capítulo III

DURANTE todo ese tiempo, Raquel había estado pensando qué podía significar el que Alfonso la dejara sola durante toda una semana, incluso durante más tiempo. Se sentía invadida por vagos miedos. Sospechaba que el Dios de él amenazaba con atacar.

Entonces llegó la carta en la que él escribía jubiloso en las tres lenguas de su reino: ¡Mañana, mañana, mañana! Y después llegó él.

En cuanto se vieron, desaparecieron para ellos los días de separación. Durante aquella semana sin fin, simplemente habían continuado respirando, pero no habían vivido. Ahora vivían. Para ellos no había ninguna vida fuera de La Galiana. Habían inventado un lenguaje especial, mezcla de latín y árabe, lleno de pequeñas y secretas reglas, y no utilizaban ninguna otra lengua que no fuera ésta; pero quizás todavía se entendían mejor cuando guardaban silencio.

Sin embargo, muchas cosas habían cambiado. Eran más sabios en el mutuo conocimiento. Alfonso percibía a veces en la expresión y en las palabras de Raquel aquel algo misterioso que la unía con su pueblo, maldito por Dios, y lleno de una alegría piadosa, ligeramente maliciosa, pensaba en su propósito de borrar aquella parte de su ser. Ella, por su parte, no ocultaba el desagrado que le causaba el amor que él tenía a sus grandes perros. En cierta ocasión en que se apartó con repugnancia de los animales que habían saltado sobre ella, torpes y juguetones, él le contó alegre y malvado:

—Nosotros, los príncipes hispánicos, amamos a nuestros animales. Mis antepasados, los antiguos reyes godos, estaban seguros de volver a encontrar también a sus perros en el paraíso, de no ser así no hubiera sido el paraíso. Evidentemente, creían en la sabiduría de tu tan querido Musa, que afirma que el alma del animal va al mismo lugar que la del hombre.

Él se dio cuenta de lo poco que le había gustado su broma y lo lamentó tempestuosamente.

—Perdóname, mi bienamada. No te gustan mis perros, te dan miedo, los mandaré fuera.

Y como ella lo rechazara, aumentó su afán de reconciliarse con ella.

—Tampoco te gusta mi Belardo, reconócelo, también a él lo echaré.

Sólo con dificultad se dejó disuadir de sus propósitos.

A veces se le ocurría que debía empezar a hacer algo para convertirla a la verdadera fe. Pero cuando la tenía junto a él, reconocía que este propósito era más difícil de lo que había imaginado. Ella ni siquiera había llegado a comprender lo que era un caballero, lo que era él mismo. Primero debía hacerle sentir la gloria de la caballería.

Hizo venir a aquel juglar, Juan Velázquez, a La Galiana.

Raquel, cuando escuchó la sencilla y tosca guitarra de los cristianos, pensó en las delicadas arpas, laúdes y flautas de los árabes, en sus *mismár, schahrúd y barbút*. Pero su rápido y aguzado oído, y su mentalidad abierta, la hizo receptiva para aquello que había de vivo en los sencillos versos y cánticos del juglar. No siempre comprendía el sentido exacto de su latín vulgar, pero se dejó conquistar por la alegría heroica y caballeresca de su canción.

Juan Velázquez cantaba las hazañas y la muerte del margrave Rolando de la Bretaña: De cómo en el desfiladero de Roncesvalles se enfrentó con un mar de paganos estando al mando de un ejército desesperadamente pequeño, y de cómo su amigo Olivier le aconsejó soplar su enorme cuerno, el Olifante, para hacer regresar en su ayuda al ejército del rey Carlos, el gran emperador. De cómo Rolando se negó a hacerlo, de cómo sus caballeros llevaron a cabo hazañas de una valentía increíble, y de cómo fueron cayendo uno tras otro. Y de cómo Rolando, estando herido, recorre el campo de batalla recogiendo a sus paladines muertos para llevarlos al arzobispo Turpin para que éste les dé la última bendición. Y de cómo Rolando, por fin, demasiado tarde, utiliza su maravilloso cuerno haciéndolo resonar por las montañas y los valles. Y de cómo es herido por segunda vez, ahora gravemente, y de cómo al despertar de un gran desvanecimiento se da cuenta de que es el único que queda todavía con vida en el gran campo de batalla. Se da cuenta de cómo se acerca la muerte, de cómo desde su cabeza se desliza hasta su corazón. Entonces, con un esfuerzo apresurado, se arrastra hasta debajo de un pino, se echa sobre la hierba verde con la cabeza dirigida al sur; hacia Hispania, de cara al enemigo, y levanta su guante derecho hacia el cielo, hacia Dios. Y el ángel San Gabriel toma el guante de su mano.

Raquel escuchaba maravillada, con asombro infantil. Después, por supuesto, reflexionó y dijo que le parecía que había algo que le resultaba incomprensible: ¿Por qué el héroe Rolando no sopló el cuerno a tiempo? En ese caso, él y sus caballeros habrían vencido al enemigo y habrían salido ilesos. Al rey no le gustó aquella sencilla objeción. Pero ya Raquel estaba pidiendo al juglar que repitiera para ella los versos de la muerte de Rolando, sus ojos brillaban de profunda emoción, de entusiasmo, y Alfonso estaba seguro de que su alma se había abierto a la grandeza de la caballería.

Y se puso de manifiesto que así había sido realmente cuando ella le entregó el regalo del que ya le había hablado veladamente: la armadura árabe.

Estaba hecha de un acero maravilloso, de un negro azulado, formada por un gran número de piezas articuladas, era ligera y elegante, una obra magnífica. Los claros ojos de Alfonso brillaban. Ella le ayudó a ponerse la armadura. Esto era cosa de hombres, y a él no le gustó que ella le ayudara, pero no tuvo corazón para rechazarla.

De modo que ella lo armó bromeando pero llena de entusiasmo. Se erguía ante ella, negro azulado y heroico, las mallas articuladas de la cota se adaptaban al fuerte pecho moviéndose con cada respiración, los ojos claros brillaban desde la ranura de la visera. Ella dio palmas de gozo y gritó embelesada como una niña:

—¡Oh, mi bien amado! ¡Eres maravilloso, la mayor maravilla de Dios!

Y andaba de un lado para otro, daba vueltas en torno a él bailando, pronunciando los versos árabes con voz melodiosa.

—¡Oh, vosotros, héroes, vosotros que lleváis la brillante espada, vosotros que esgrimís la delgada pica! ¡Cabalgáis hacia el enemigo, impetuosos y violentos! ¡Qué alegría poder enardeceros con un canto!

Él la escuchaba sonriente, íntimamente satisfecho. Nunca antes había cantado ella versos de guerra. Ahora lo estaba haciendo. Ahora, ella sentía lo que era un guerrero. Ahora podría hablarle del más grande, del más santo, que la uniría a él para siempre.

Le preguntó directamente si quería asistir con él a la misa.

Ella le miró. No comprendía. Quizás se trataba de una de sus sorprendentes bromas. Sonrió insegura. Su sonrisa lo exasperó. Pero se dominó y le dijo con la seriedad de un niño:

—Sabes, mi bienamada, que si aceptaras el bautismo, no sólo liberarías tu propia alma, sino que me liberarías también a mi de un grave pecado y podríamos permanecer unidos para siempre sin pecado y sin remordimientos.

Le dijo todo esto con un rostro tan convencido e inocente que ella se conmovió. Pero, después, fue plenamente consciente del sentido tenebroso de sus palabras y se sintió terriblemente mortificada. No le bastaba con aquello que ella le daba; neciamente belicoso e insaciable, quería arrebatarle además su herencia inmortal. No le bastaba que ella estuviera provocando la ira de Dios por el hecho de hablar con el infiel, comer con él, bañarse con él y dormir con él. Su expresivo rostro mostró su preocupación y su agravio.

Alfonso intentó torpemente convencerla. Su resistencia era serena, parca en palabras y decidida.

Pero ella sabía que él era un luchador tenaz, no iba a ceder, y aunque se sentía segura de su fe, buscó fortaleza entre los suyos, junto a su padre y junto a Musa.

Le comunicó a su padre que Alfonso insistía para que se bautizara. Don Jehuda palideció terriblemente. Ella dijo tranquilamente:

—Te lo ruego, padre mío, no me ofendas con tu miedo. Me has enseñado que soy una Ibn Esra y que tengo parte en la herencia del Gran Libro. Lo he comprendido.

Con Musa ella habló sin tapujos. A él le dijo que sentía miedo de la tenaz lucha a la que debía enfrentarse.

Musa la tomó de la mano y le contó acerca de las mujeres judías del profeta Mahoma. Primero, el Profeta había intentado convertir por las buenas a las judías para que creyeran en su revelación. Puesto que éstas se negaron, quiso vencerlas por la espada y las mató a todas. Durante una de sus campañas llegó a su campamento una muchacha judía, llamada Zainab, cuyo padre y cuyo hermano habían muerto a manos de los guerreros musulmanes. Zainab confesó haberse dado cuenta de que no había otro Dios que Alá, lisonjeó al Profeta con palabras y gestos y dio a entender que estaba enamorada de él. La muchacha fue de su agrado, se acostó con ella, la llevó a su harén y la prefirió a todas sus demás mujeres. Y Zainab le preguntó qué es lo que más le gustaba comer y él contestó:

—La paletilla de cabritilla.

Entonces ella asó una cabritilla para él y para sus amigos, y ellos comieron; pero había untado la paletilla del cordero con una salsa extraordinariamente venenosa. Uno de los amigos comió de ella y murió. El Profeta escupió el primer bocado; pero también él enfermó. La judía Zainab dijo que había querido darle al Profeta la posibilidad de demostrar que era el preferido de Alá. En ese caso, el veneno no habría podido hacerle nada; pero si no lo hubiera sido, habría merecido morir: Algunos dicen que el Profeta la perdonó, otros aseguran que fue ejecutada.

La ciudad de Kaibar que estaba habitada casi exclusivamente por judíos, se resistió a Mahoma con una particular tenacidad. La mayoría de los hombres de Kaibar murieron en la batalla. Los restantes, unos seiscientos, fueron decapitados por orden del Profeta una vez tomada la ciudad. Entre las mujeres tomadas como botín, había una llamada Safia; su marido había caído en la batalla y su padre había sido ejecutado. Safia todavía no tenía diecisiete años y era tan hermosa que Mahoma la tomó en su harén a pesar de que ya la había conocido otro hombre. Él la amaba mucho. Se ponía de rodillas para que ella pudiera subir con mayor facilidad al camello. La cubría de tesoros, nunca se cansó de ella hasta su muerte; ella le sobrevivió cuarenta y cinco años.

Así habló Musa.

—¿Fueron condenadas estas mujeres por Adonai? —preguntó Raquel.

—Si las enseñanzas de Mahoma hubieran entusiasmado a la muchacha Zainab —contestó Musa—, probablemente ella no habría intentado envenenarlo. Y en lo que se refiere a Safia, de este modo pudo dejar en herencia sus riquezas a sus parientes que habían seguido siendo judíos.

Más tarde, Raquel le preguntó:

—Sueles hablar sin respeto del Profeta. ¿Por qué permaneces en el islam, tío Musa?

—Soy un creyente de tres religiones —contestó Musa—, cada una de ellas tiene su parte buena y cada una de ellas enseña cosas que el entendimiento se niega a creer:

Se había acercado a su pupitre, trazaba círculos y arabescos, y dijo hablando por encima del hombro:

—Mientras esté convencido de que la fe de mi pueblo no es peor que la de los demás, me despreciaría a mí mismo si abandonara la comunidad en la que he nacido.

Habló tranquilamente con voz monótona, y sus palabras quedaron profundamente grabadas en el ánimo de Raquel.

Cuando Musa volvió a estar a solas quiso seguir trabajando en su *Historia de los musulmanes*. Pero pensó en lo que Raquel había dicho, se sorprendió de las duras palabras que él había pronunciado y no pudo concentrar sus pensamientos en el trabajo.

En lugar de ello escribió versos: «He aquí que los tiempos están tan llenos de armas y caballeros, de hierros y de estrépito, que incluso las palabras del sabio rechinan en lugar de ser tranquilas como el rumor del viento vespertino entre las copas de los árboles».

A Don Rodrigue no le gustaba hablar de la gracia que le había sido concedida, de sus éxtasis, de los frutos de su ascética. Prefería pasar por investigador, que por teólogo. Era sincero. Ya que, a pesar de toda su piedad, estaba poseído por el placer del razonamiento agudo, escéptico. Le deleitaban los maravillosos juegos del entendimiento y le producía un gran placer sopesar en la discusión, consigo mismo y con otros, los pros y contras de una tesis. Entre los teólogos de su siglo, al que más apreciaba era Abelardo. No podía sustraerse a sus enseñanzas, según las cuales el camino a seguir desde la filosofía de los grandes paganos al Evangelio era más corto que desde el Antiguo Testamento, y una y otra vez profundizaba en la inteligente obra de Abelardo: *Sic et Non, Si y No*, en la que se veían confrontados fragmentos de las Sagradas Escrituras que se contradecían; sin embargo, se dejaba al lector la solución de estas contradicciones.

Don Rodrigue sabía que debería arriesgarse a llegar hasta los más lejanos límites de este peligroso ejercicio. Pero en su alma había un lugar al que no llegaba ninguna de las dudas que le planteaba su indiscreta inteligencia; allí encontraba protección contra todas las tentaciones.

Esta serena e inamovible seguridad en la fe también le permitía seguir visitando el castillo Ibn Esra y mantener amistosas conversaciones con el hereje Musa.

Musa, por su parte, sabía que podía conversar sin reservas con el canónigo sobre temas capciosos, y no tenía ningún reparo en comentar también acontecimientos como el asunto amoroso del rey.

—Nuestro amigo Jehuda —decía— tenía la esperanza de que la educación y las delicadas costumbres de Raquel suavizarían los violentos modales de Don Alfonso, propios de un soldado. En lugar de esto, ella está visiblemente encantada con su belicoso modo de ser. Me temo que la vida en La Galiana convertirá antes a nuestra Raquel al espíritu de la caballería que al rey al mensaje de la paz.

—Difícilmente puedes esperar —contestó Rodrigue— que Don Alfonso, durante una cruzada, esté dispuesto a escuchar canciones de paz.

Musa estaba sentado cómodamente, ligeramente inclinado hacia delante, en un rincón, y meditaba:

—¡Vuestras cruzadas! No me cabe en la cabeza que llaméis a vuestro Salvador Príncipe de la Paz y que, piadosos y llenos de convencimiento, proclaméis una guerra en su nombre.

—¿No habéis sido vosotros los que habéis traído al mundo el concepto de la Guerra Santa, mi querido y respetado Musa? —preguntó con suavidad el canónigo—. ¿Acaso no fue Mahoma quién predicó la *Dschihád*? Nuestra *bellum sacrum* sólo es una defensa contra vuestra *Dschihád*.

—Pero el Profeta —dijo pensativo Musa— ordena la Guerra Santa sólo a aquellos que están seguros de la victoria.

Se dio cuenta de que esta observación molestaba a su huésped, y amablemente cambió de tema.

—El destino da extraños rodeos —manifestó— para ahorrar a nuestra Península la guerra. Seguramente todos hemos temido que la irreflexiva pasión del rey nuestro señor fuera causa de desgracia. En lugar de ello nos trae la bendición: puesto que mientras nuestra Raquel retenga al rey no es probable que marche contra el califa. ¡Cuán caprichosamente y de qué modo tan infantil juega con nosotros este poder, al que yo llamo Kadai; y al que tú, mi venerable amigo, llamas Providencia!

El canónigo, así desafiado, corrigió al blasfemo anciano:

—Si consideras a la divinidad ciega y disparatadamente impredecible, explícame, por favor por qué te esfuerzas en alcanzar la sabiduría, ¿de qué sirve entonces toda la sabiduría?

—En realidad, es de muy poca utilidad —reconoció generosamente Musa— reconocer el doble sentido de los acontecimientos y su contradicción interna. Pero el conocimiento me caldea el corazón. Y, reconócelo, mi venerable amigo, también a ti te produce placer.

Después de conversaciones de este estilo, Don Rodrigue se reprochaba el placer que tenía en el trato con los impíos, y se proponía suspender sus visitas al castillo Ibn Esra o por lo menos reducirlas.

Pero entonces el mismo cielo le envió una señal. El rey, que se había dado cuenta de que solo nunca conseguiría romper la coraza de incredulidad que cubría el corazón de Raquel, solicitó su ayuda. No podía rechazar aquel piadoso deber, de modo que se vio obligado a continuar sus visitas al castillo.

Y allí estaban de nuevo juntos, como antes, en el vestíbulo circular: Musa, Raquel, el canónigo y también el joven Don Benjamín; Rodrigue lo llevaba consigo para que no fuera demasiado evidente su propósito de convertir a Raquel.

No le resultó fácil al joven Don Benjamín disimular su azoramiento ante Raquel. En estas semanas había reflexionado constantemente sobre el destino que le había sido impuesto a ella, aquella grave y peligrosa suerte. Sólo después de que ella se hubiera retirado a La Galiana, se dio cuenta de lo que Raquel significaba para él, y el deseo, mezclado con una amarga resignación, teñía ahora y hacía sorprendentemente más profunda su amistad.

Había esperado encontrar a una Raquel muy cambiada, pero allí estaba ella y era la misma de antes.

Se sintió decepcionado y feliz, y aquel joven metódico e instruido no pudo ordenar sus pensamientos. Furtivamente, una y otra vez, examinaba el rostro de ella, escuchaba sólo a medias lo que otros decían y se mantenía en silencio.

Don Rodrigue, por su parte, esperaba la ocasión de empezar su obra de evangelización. No era un hombre fanático, odiaba cualquier grosería, esperaba la palabra adecuada que le diera pie para intervenir. Llegó su momento cuando Musa se puso hablar de nuevo sobre su tema preferido. Esto es, que a todos los pueblos les ha sido predeterminado por el destino su florecimiento y su decadencia.

Esto era cierto, dijo el canónigo, pero cuán pocas son las naciones que quieren reconocer que su tiempo ha pasado.

—Ahí tenemos al pueblo judío —se puso a explicar—, que tras la aparición del Salvador, durante uno o dos siglos siguieron enseñando que los anuncios de salvación

de su Gran Libro continuaban siendo válidos y que su reino volvería a levantarse. Esto, al fin y al cabo, es comprensible. Pero desde hace ya más de mil años viven en la aflicción y siguen sin querer reconocer que las profecías de Isaías ya se han cumplido precisamente con la llegada del Salvador. Quieren engañar al tiempo y se empeñan en su error contra toda evidencia.

No miraba ni a Raquel ni a Benjamín, no estaba predicando, conversaba con Musa, de filósofo a filósofo. Pero Benjamín se dio cuenta de adónde apuntaba, de cómo quería desprestigiar de un modo inocente, piadoso y cruel el judaísmo de Raquel a los ojos de ella. Y Benjamín abandonó sus ensoñaciones y habló con elocuencia:

—En modo alguno queremos engañar a los tiempos, reverendo padre —defendió su fe y la de Raquel—, más bien tenemos el convencimiento de que el tiempo no actúa en contra nuestra, sino a nuestro favor. No interpretamos las promesas de paz de nuestro libro burda y literalmente, no son victorias de la espada las que nos han prometido los profetas, y no son esas victorias las que anhelamos. No tenemos mucha consideración por los caballeros y por los soldados y las máquinas de asedio. Sus éxitos no permanecen. Nuestra herencia es el Gran Libro. Nos hemos dedicado a él durante dos mil años, nos ha mantenido unidos en el sufrimiento y en la diáspora igual que en nuestro esplendor sólo nosotros sabemos interpretarlo correctamente. Lo que nos promete es la victoria del espíritu, y esa victoria no nos la puede arrebatar ninguna cruzada ni ninguna *Dschihád*.

—Sí —repuso irónico y entristecido Don Rodrigue—, *eritis sicut dii, setentes bonum et nullum*; seguís creyendo las palabras de la serpiente del paraíso. Y puesto que, lo reconozco, habéis sido bendecidos con el don de la inteligencia por encima de todos los demás, os consideráis omniscientes. Pero, precisamente, esta presunción os ciega y os impide comprender lo que tenéis al alcance de la mano. El Mesías hace tiempo que llegó, los tiempos se han cumplido, ahí están las profecías. Todos lo ven, sólo vosotros no queréis verlo.

—¿Ha llegado el tiempo del Mesías? —contestó con amargura Don Benjamín—. No veo ninguna manifestación de ello. No veo que convirtáis vuestras espadas en arados y vuestras lanzas en podaderas. No veo que Alfonso pacte con el califa; nuestro Mesías traerá en verdad la paz al mundo. ¿Qué sabéis vosotros de la paz? Paz, Shalom: ni siquiera comprendéis esta palabra, ni siquiera podéis traducirla a vuestra pobre lengua.

—Defiendes la paz de un modo muy belicoso, mi querido Don Benjamín —intentó tranquilizarlo Musa.

Pero Benjamín no le escuchaba. Estimulado por la proximidad de Doña Raquel, estalló:

—¿Qué es en realidad vuestra pobre *Pax*, vuestra *Tregua Dei*, vuestra infeliz *Eirene*? Shalom es la perfección, es la bienaventuranza, y todo lo que no es Shalom es malo. A nuestro rey David no le fue concedido construir el templo porque no era más que un conquistador y un gran rey. Sólo Salomón, el rey de la paz, pudo construirlo porque bajo su reinado todos vivían en seguridad, bajo su vid y su higuera. El altar sobre el que se alza un arma queda profanado; no es digno de Dios, ésta es nuestra enseñanza. Pero vosotros honráis a vuestro Mesías cercando y destruyendo su ciudad, Jerusalén, la ciudad de la paz. Nosotros somos pobres y desvalidos, pero los locos sois vosotros con vuestro esplendor y el oropel de vuestras armas. A nosotros se nos ha prometido la tierra, nos pertenece a nosotros. Y porque así está escrito, lucháis por ella, vosotros y los musulmanes. Seria para reírse si no fuera tan patético.

La vehemencia de aquel hombre joven suavizó al canónigo.

—Hablas de bienaventuranza, hijo mío, y la llamas Shalom, y dices que es vuestra herencia. Pero también nosotros conocemos la bienaventuranza. Nosotros la llamamos de otro modo. Pero ¿no es indiferente el nombre que le demos? Vosotros la llamáis Shalom, nosotros la llamamos fe, nosotros la llamamos gracia.

Entonces, aquel hombre recatado tuvo que manifestar lo que normalmente guardaba encerrado en su pecho, tuvo que confesar:

—La gracia, hijo mío —dijo—, no es una promesa para el futuro, está en el mundo. Yo no soy tan elocuente como tú, no puedo explicar lo que es la gracia. No puede conseguirse con el esfuerzo del entendimiento ni tampoco descubrirse. Es el mayor don de Dios. Lo único que podemos hacer es rogar para que nos sea concedida.

Y con fuerza, poniendo el corazón en sus palabras, terminó:

—Sé que la gracia existe. Me siento dichoso en la fe. Y ruego a Dios que otorgue la gracia a otros.

Todo Occidente estaba lleno de conversaciones de este tipo acerca de cuál era la mejor fe. A causa de esta controversia, por el predominio del cristianismo, se estaba haciendo la guerra. Y la pasión ardía en las disputas.

También, en el tranquilo vestíbulo circular de Musa, debatieron el canónigo y Don Benjamín otras veces en torno a la fe. Pero Benjamín reprimía su vehemencia; no quería volver a mortificar a su maestro Don Rodrigue con sus rudos ataques. Pero era evidente que Doña Raquel no necesitaba ser fortalecida en la fe; Don Benjamín se había dado cuenta con alegría, en aquel primer arrebato, del interés con que ella lo escuchaba. En esas discusiones posteriores, por lo tanto, se contentó con señalar la lógica interna del judaísmo, cuyo Dios no exigía a sus creyentes ningún sacrificio de la inteligencia. Con erudita serenidad, citaba frases del hermoso libro del poeta Jehuda Halevi, *Para la defensa de la fe humillada*, o se refería a argumentos sacados de las

obras del gran Mose Ben Maimón, que en aquel entonces prosperaba en El Cairo. El canónigo, a su vez, le planteaba, con la misma serenidad, argumentos de Agustín o de Abelardo. Raquel no solía hablar y pocas veces planteaba preguntas. Pero escuchaba con gran atención y grababa en su memoria las palabras de Benjamin. Ella y Benjamín volvieron a estar muy unidos. Benjamín no se ocultaba a sí mismo que la amaba. Pero no permitía que se le notara. Se comportaba como un amigo. Se sentían, Raquel y él, jóvenes ante aquellos hombres ancianos, eran buenos camaradas.

Musa, una vez que se hallaba a solas con Rodrigue, le preguntó por qué quería hacer que Raquel se sintiera insegura en su fe; también Abelardo, tan respetado por Rodrigue, enseñaba que había que mostrar indulgencia ante la fe ajena, siempre y cuando no contraviniera los mandamientos de la razón natural y la moralidad.

—¿No muestro suficiente indulgencia ante ti, mi respetado Musa? —preguntó el canónigo—. No podría decirte la alegría tan profunda que seria para mí el que una *mens regalis* como la tuya, un espíritu real, fuera coronado por la gracia. Pero no soy tan presuntuoso como para suponer que me será concedido convertirte. No me ha sido concedido mostrar celo, y no me atrae asediar a los demás; ya lo sabes. Pero cuando veo el dulce, dúctil e inocente rostro de nuestra Raquel, siento que es mi misión luchar por su alma. Puesto que conozco la buena nueva, sería un pecador si se la ocultara.

El rey se sentía impaciente al ver que sus esfuerzos y los de Rodrigue por el alma de Raquel seguían sin dar fruto.

Se hallaba en pie con Raquel ante una de sus inscripciones hebreas. Hacía semanas que ella le había leído las frases y se las había traducido, pero su buena memoria las recordaba, de modo que se las pudo repetir casi palabra por palabra: «Preparo tu camino con piedras preciosas y construyo tus casas de cristal. Ningún arma dirigida contra ti podrá herirte, y toda lengua que se oponga a ti será maldita».

Podía oírse en su voz un asombro irónico, los finos labios se habían fruncido en una maliciosa sonrisa.

—No acabo de comprender —dijo— por qué has hecho poner aquí precisamente este proverbio. ¿También tú quieres engañarte falsamente? ¿Dónde están vuestros caminos de piedras preciosas? Ahora estáis en la indigencia y desposeídos del poder desde hace más de mil años y vivís de nuestra piedad. ¿Durante cuánto tiempo queréis adornar vuestra triste desnudez con pomposas promesas que han perdido su contenido? Me duele que también estés tan obcecada.

Era la primera vez que él la interpelaba tan groseramente. ¡Ah!, ella habría podido responder muy bien a aquellas palabras falsas y malignas; pero no quería pelearse. Dijo tranquilamente:

—Vuestro gran doctor Abelardo enseña que un cristiano debe mostrarse indulgente ante cualquier religión sensata.

—¡Pero es que la vuestra no es sensata! —gritó hostil el rey—. ¡Ahí está precisamente!

A Raquel le dolió que aquel hombre tan amado insultara lo mejor que ella tenía. Podía oír mentalmente cómo Benjamín defendía la fe judía probando su lógica. Pero si el sabio y elocuente Benjamín no había podido convencer al manso Rodrigue, cómo podía pretender ella aclararle al violento Alfonso el correcto significado del Gran Libro, y además en un latín correcto. Ella lo miró a la cara, pensativa, con sus grandes ojos gris azulados. Si, realmente, él creía todo aquello que decía, aunque no hacía más que repetir lo que otros le habían dicho. Mil veces mil caballeros y soldados habían mandado aquellos cristianos a Tierra Santa y no habían podido conquistarla. Y todavía no comprendían que aquella tierra no les estaba predestinada. Y ahí tenía a su Alfonso, burlándose de las promesas de salvación de aquéllos a quienes la tierra pertenecía. Ella lo miró, y de pronto tuvo que reírse de la ceguera de los hombres, y sobre todo de la de su Alfonso.

Si su silencio y sus miradas lo habían enojado, su risa lo enfureció. Bajo la fruncida frente brillaban peligrosamente claros sus ojos.

—¡No te rías! —le ordenó—. ¡Cállate! ¡No blasfemes contra nuestra Guerra Santa, tú, hereje!

En silencio ella abandonó la habitación.

Dos horas más tarde, él la buscaba por todas partes, por la casa y por el jardín, y también ella lo buscaba a él. Cuando se encontraron, él sonrió azorado como un muchacho, también ella sonreía. Se besaron.

Después de besarse, ella dijo:

—«Cuando alguno os guarde rencor, no evitéis su compañía. Buscadle y saludadle y habladle con benevolencia, sin utilizar palabras punzantes como espinos de aquello que os contraríe en el otro. Ésta es la fuente del renovado amor. El mejor será aquel de vosotros que sea el primero en acercarse y saludar». Así dice el Corán. Los dos nos hemos acercado. Ninguno de los dos es mejor que el otro.

Desde hacía meses, Jehuda había ido viendo cómo su hijo se iba integrando en la sociedad de los otros. Pero cuando Alazar se hizo realmente bautizar se sintió horrorizado como ante algo inesperado.

Sólo ahora se dio cuenta de la inmensidad de su culpa. No había amado suficientemente a Alazar, no lo había amado como a Raquel. Alazar había vivido toda

su infancia como musulmán entre musulmanes, y el propio Jehuda, antes de que el muchacho pudiera comprender correctamente lo que significaba el judaísmo, lo había mandado a la relajada corte de un rey cristiano. Ahora su hijo se había convertido en un traidor había vendido su pertenencia al pueblo elegido por el plato de lentejas de la caballería, estaba tachado para siempre, borrado del libro de aquellos que resucitarían en el día del juicio final.

Jehuda llevó duelo por él como por un muerto. Siete días permaneció sentado en el suelo con las vestiduras rasgadas.

Don Efraim Bar Abba acudió a consolarlo. El *Párnas* se sentía horrorizado por Jehuda y por su desmesurado destino. No podía haberle sobrevenido una aflicción más terrible que la apostasía de su único hijo. Los renegados se habían convertido, desde tiempo inmemorial, en los más crueles enemigos de los judíos, y ahora este joven hijo de Jehuda era uno de estos renegados. Pero el deber ordenaba consolar al afligido. Don Efraim se había sobrepuesto a su aversión y a su horror y había ido, se había inclinado sobre Don Jehuda, pronunciando la fórmula:

—Alabado seas, Adonai, nuestro Dios, el más justo de los jueces.

Y mandó a los diez mejores hombres de la aljama que pronunciaran las oraciones prescritas.

No sólo el duelo por el hijo oprimía a Jehuda, también aquel osado juramento con el que se comprometía a abrir las fronteras de Castilla a los judíos francos. El plazo que él mismo se había impuesto para recibir el castigo de la gran maldición llegaba a su fin. Y no había forma de volver a acercarse al rey. Ahora que éste le había robado ambos hijos, primero a la muchacha y ahora al hijo, evitaría con mayor empeño su presencia.

Llegaron los días de la celebración del comienzo del año, los sombríos y festivos días de Rosh Hashanah, dedicados al arrepentimiento. Raquel pasó la fiesta con su padre. Éste no habló de la apostasía de Alazar; pero ella se dio cuenta de cuán profundamente sufría su padre por esta causa. A ella la conmoción que le produjo el bautismo del hermano sólo la había reforzado en la sagrada voluntad de mantenerse firme en su unión con Dios.

Jehuda hizo venir a su casa a un hombre versado que tocara el cuerno de carnero, el shofar, cuyo sonido de advertencia estaba obligado a escuchar todo judío en aquella fiesta de penitencia. Ya que ése es el día en que Dios reflexiona sobre todo lo creado, en el que juzga y determina el destino de los hombres. El agudo y cortante sonido del cuerno llenó a Raquel de un piadoso temor, y en su confianza fabulosa vio cómo los nombres de los justos eran escritos por una mano invisible en el libro de la vida y de la bienaventuranza y cómo era borrado el de los malos. Sin embargo, la decisión sobre

aquellos que no eran ni buenos ni malos, por lo tanto sobre una amplia mayoría, permanecía en suspenso hasta la fiesta del Día de la Expiación, para que éstos pudieran aprovechar todavía estos diez días para hacer penitencia. Por la tarde, Jehuda y Raquel, tal y como la costumbre lo exigía, acudieron a un lugar donde corriera el agua. Fueron a las afueras de la ciudad, hasta el río Tajo. Echaron migas de pan al agua, arrojaron sus pecados al río para que éste los llevara hasta el mar, y pronunciaron los versos del profeta: «¡Dónde hay un Dios como Tú, que perdona los pecados y perdona la infidelidad, que no mantiene su ira por toda la eternidad porque su deseo es ser misericordioso! Él se apiada de nosotros. Él borra nuestras culpas, Él hunde nuestros pecados en la profundidad de los mares».

Oscurecía ya cuando llegaron a casa. El criado trajo una luz. Pero Jehuda le hizo una seña para que volviera a llevársela, de modo que Raquel no podía ver con claridad el rostro de su padre cuando éste empezó a hablar.

—Las lápidas de los primeros Ibn Esra —dijo— demuestran que somos de la estirpe del rey David. Y ahora mi hijo, tu hermano Alazar, ha traicionado y dilapidado la herencia de su realeza. Tu padre no está exento de culpa ante este horror. Es una grave culpa, me arrepiento de ella, y a pesar de que la gracia de Dios es profunda como el mar, no me siento perdonado.

Era la primera vez que su padre le hablaba de culpa, arrepentimiento y expiación, y Raquel sintió que la compasión la ahogaba. También había cargado sobre sí, continuó Jehuda, un acto de expiación, no se trataba de una penitencia fácil, y le contó su plan de asentar en Castilla a los judíos francos.

Raquel escuchaba con atención, pero no contestó nada y tampoco preguntó nada. De modo que él siguió hablando, aunque no sin un gran esfuerzo de voluntad.

—He expuesto mi plan al rey nuestro señor —dijo—, y él no ha dicho ni que sí ni que no. Y yo he hecho un juramento y el tiempo apremia.

Era la primera vez desde que ella vivía en La Galiana que él hablaba de Alfonso, y fue para Raquel un rudo golpe que él lo llamara el rey nuestro señor. Todo lo que su padre decía irrumpía en su interior como agua helada, causándole espanto, intranquilizándola. Percibía el requerimiento y se rebelaba en contra. No estaba bien que su padre quisiera echar sobre ella la carga que él había asumido.

Él siguió hablando, no la apremió. Hizo traer una luz y desapareció todo aquello que había de especial y misterioso. El vio su rostro a la suave luz de las velas y las lámparas de aceite. Dijo, y por primera vez durante esos días, sonrió:

—En verdad, eres una princesa de la casa de David, hija mía.

Por la mañana, antes de que Raquel regresara a La Galiana, le dijo a su padre:

—Hablaré con el rey nuestro señor sobre los judíos francos.

Cuando Raquel le dijo al rey que pasaría la celebración del comienzo del año en el castillo Ibn Esra, éste había ocultado su profundo malhumor. Durante esos días se quedó en La Galiana. Le parecía insoportable estar en Toledo cerca de Raquel, y al mismo tiempo infinitamente lejos. Estaba furioso contra Raquel, contra Jehuda, contra el Dios de Jehuda y sus fiestas.

Eran unos maravillosos y claros días de otoño, pero él no se gozaba en ellos. Se fue de cacería, pero no hallaba ningún placer en la caza ni en sus perros. Ante él se levantaba, sombrío y magnífico, el perfil de su ciudad, Toledo, pero él no hallaba contento en su contemplación. No hallaba placer en el río Tajo y tampoco en la conversación con su servidor Belardo. Pensaba en lo que Raquel le había contado sobre la celebración del comienzo del año y en cómo en aquellos momentos estaría rezando a su Dios, implorándole de rodillas que le perdonara el delito de haber compartido con su rey el placer y el amor.

Ella volvió, y toda aquella maligna opresión desapareció en él. Pero pronto tuvo que darse cuenta, aunque ella pareció alegrarse profundamente del reencuentro, de que la que había vuelto era otra Raquel. Su rostro tenía una expresión de satisfacción extraña y pensativa. Él no pudo evitar preguntarle amablemente malicioso si había saldado sus cuentas con su Dios tal y como lo había previsto. Ella pareció no tomar en consideración su ironía, quizás ni siquiera la notó, tan sólo lo miró en silencio, absorta en sí misma. Su silencio lo enojó más que cualquier réplica. Él ni siquiera podía intentar confesarse, ningún sacerdote podría darle la absolución, mientras que ella se había reconciliado con su Dios. Reflexionó qué podría decirle, algo malvado, mortificante.

Pero entonces, inesperadamente, ella empezó a hablar. Sí, dijo con extraña y seria ligereza, ahora habían empezado los grandiosos días en los que el pecador que hiciera en verdad penitencia podría salvarse, ya que durante los días de arrepentimiento, al comienzo del año, Dios escribía la sentencia pero sólo diez días más tarde, el Día de la Expiación, estampaba su sello sobre ella, y la oración y las buenas obras y la verdadera conversión tenían la fuerza de cambiar la sentencia. Y con repentina decisión siguió:

—Si lo quisieras, Alfonso mío, podrías ayudarme a encontrar gracia a los ojos de Dios. Tú sabes de la desgracia de mi pueblo en Francia. ¿No querrías abrir las fronteras a estos hermanos míos?

Una ola de ira inundó a Alfonso. ¿Ésta era, pues, la penitencia que sus sacerdotes le habían impuesto? ¿Debía conseguir de él que, en medio de una Guerra Santa, permitiera

que sus tierras se llenaran de infieles? Ella debía enemistarlo con su pueblo y con su Dios: de este modo, su Adonai le garantizaba la reconciliación. Se trataba de una conjura entre ella, su padre y sus sacerdotes. Era el trato más sucio y repugnante que jamás se le había propuesto. Debía dejarse engañar como el más necio entre los necios, debía pagar por el amor y por el cuerpo de ella con su alma. Pero no caería en la trampa de aquellos embaucadores, no permitiría que lo engañaran, no consentiría que le arrebataran nada por la fuerza, él no.

Con un esfuerzo encarnizado reprimió las brutales y ordinarias palabras que pugnaban por salir de su boca. En lugar de esto, con expresión dura, el rostro desencajado y con una clara voz de mando, como si hablara a una reunión de sus hostiles grandes, arrojó a su rostro comedidas palabras en latín.

—¡No quiero hablar de asuntos de Estado en La Galiana! ¡No quiero hablar de asuntos de Estado contigo!

Le volvió la espalda bruscamente y se marchó.

Cuando por la noche quiso reunirse con ella en su habitación, Raquel le explicó que era costumbre que las mujeres judías durmieran solas durante las noches de este tiempo de penitencia. Entonces su ira rebasó todos los diques, ¿qué significaba aquello?, ¿debía tener consideración por sus estúpidas supersticiones?, o ¿se trataba de un nuevo y refinado truco para arrancarle por la fuerza el edicto en favor de sus judíos?, ¿se le negaba ella sólo por eso? Con la mirada embrutecida, en voz peligrosamente baja, dijo:

—¿Acaso me estás poniendo condiciones? Yo debo dejar que tus pordioseros judíos entren en el reino y entonces dejarás que me quede contigo esta noche. ¿Es eso? ¡No voy a consentirlo! ¡Soy yo quien manda aquí, en esta casa, y aquí, en este reino!

Ella lo miró con sus ojos grises muy abiertos, con ojos llenos de reproche y de quejas, consternada pero sin temor. Esto acabó de ponerlo fuera de sí. Se arrojó sobre ella, la empujó sobre el lecho y la agarró con manos groseras, como un enemigo. Ella se resistió jadeando. Él la obligó a tumbarse, la empujó de nuevo, la mantuvo echada, jadeando a su vez, rasgó sus ropas convirtiéndolas en harapos y la tomó, sórdido, con maldad, violento, sin placer.

Esa misma noche ella abandonó La Galiana. Volvió al castillo Ibn Esra.

Alfonso oyó cómo ella abandonaba la casa con el ama Sa'ad. El camino que subía la roca sobre la que se alzaba Toledo era corto, pero de noche no estaba libre de peligros. Dudó, pero después envió a un guarda armado para que la acompañara. Pero éste no pudo alcanzarla. «Que sea como ella ha querido» —pensó vengativo—. Ella ha provocado la situación. El cielo así lo ha dispuesto. Ahora nada va a detenerme. Ahora

emprenderé la batalla contra los musulmanes. Ella es la única culpable de que haya aceptado durante tanto tiempo la deshonra. Ese necio de Aragón ha errado sus cálculos. No voy a quedarme tumbado en un diván mientras él lucha con los musulmanes.

Cuando amaneció, decidió ser generoso y pasar un día más en La Galiana. Quizás ella volviera. A pesar de su justa ira, quería separarse de ella amigablemente. Un tiempo que le había aportado tantas cosas hermosas no debía terminar de esta manera tan tonta y desagradable.

Vagó por la casa y por el parque lleno de una alegría algo convulsa. Dalila había querido entregarlo a los filisteos, pero él no era un estúpido Sansón, él no se había dejado arrebatar la fuerza. La hermosa vida en aquel lugar había demostrado ser un espejismo, una imagen engañosa, un engaño del desierto, pero ahora un fresco viento lo había borrado y en torno a él estaba ahora la auténtica realidad.

Se encontró ante la mezuzah que ella había hecho instalar. Se trataba de un rico tubo de metal, desde cuya abertura, cubierta por un cristal, podía verse amenazadora la palabra Shaddai. Se sintió impelido a arrancar aquel objeto pagano, pero temió atraer sobre sí la ira del Dios de ella y se contentó con romper con el puño el cristal. Los fragmentos le hirieron la mano, sangraba abundantemente, él limpió la sangre, pero la mano seguía sangrando. La contempló, riendo furiosamente. Aquellos que hubieran creído que iban a detenerlo se quedarían asombrados. Ahora lucharía. Se lanzaría a la batalla con su buena espada *Fulmen Dei*. Iba a luchar hasta que arrancara de su alma todas aquellos absurdos pensamientos en una lucha de hombres, piadosa y bendecida por Dios. Iba a luchar para arrancarse de la sangre los pecados, las dudas, todos aquellos fatigosos sueños, adormecedores y paganos. Con alegría forzada, dijo a Belardo:

—Quizás no pasará mucho más tiempo, mi buen servidor, antes de que se cumplan tus hermosas esperanzas. Busca el jubón de cuero de tu abuelo y su caperuza. Te daré oportunidad de ventilarlos.

El jardinero Belardo parecía más consternado que alegre.

—Sirvo a Vuestra Majestad con todo lo que tengo. También con el jubón de cuero de mi abuelo. Pero algunos tendrán que quedarse aquí con la pala. ¿Quieres que tu jardín se eche a perder, mi señor?

La vacilación del jardinero dio a Alfonso que pensar.

—No voy a ponerme en marcha mañana mismo —respondió con rostro enojado. E imprevisiblemente se encontraban cerca de las derruidas cisternas de la destruida máquina de medir el tiempo del rabí Chanan, ordenó:

—De momento vamos a cubrir esto, si no todavía se caerá alguien ahí durante la noche.

Puesto que Raquel no volvió durante los días que siguieron, marchó a caballo a Toledo. Al parecer, en el castillo ya sabían que se había separado de Raquel, los rostros se hallaban alegremente relajados.

Se sumió en el trabajo.

Todo era como el judío le había predicho. En todo el reino tenía lugar un extraordinario florecimiento, el tesoro de Castilla estaba lleno. Quizás tenía realmente razón al decir que el dinero todavía no era suficiente para emprender una guerra contra el califa, pero el judío se equivocaba si creía que podía mantenerlo alejado de su santo deber durante mucho más tiempo. Los judíos se habían cebado durante suficiente tiempo en la riqueza del reino; sólo tenía que hacer como su pariente Felipe Augusto de Francia: arrebatarles su dinero y tendría un tesoro suficiente para emprender la guerra contra el califa.

Dijo a Don Manrique:

—Ya no puedo resistir durante más tiempo seguir siendo el *eques ad fomacem*, el caballero sentado junto al fuego mientras toda la cristiandad se encuentra en guerra. He calculado y reflexionado, y creo que puedo atreverme a ello.

Don Manrique respondió:

—Tu Escribano, que es buen calculador, lo ve de otro modo.

—Nuestro judío —repuso Alfonso con arrogancia— ha dejado algo al margen de sus cálculos: el honor. Entiende tanto en asuntos de honor como yo de su Talmud.

Manrique estaba preocupado.

—Al fin y al cabo, fuiste tú quien le encargó el cuidado de tu economía —contestó —, y por lo tanto es su obligación hablar en favor de tu economía. No te dejes influir por el fanatismo de Don Martín, Don Alfonso —le rogó—. La tentación de la batalla es grande y es una piadosa tentación. Pero si no tenemos suficiente dinero para aguantar durante dos años, el reino puede hundirse en una de estas batallas.

Alfonso, en su interior, desconfiaba de los cálculos de Ibn Esra. Buscaba motivos para impedir la Guerra Santa, porque sólo en el caso de que se mantuviera la paz podría traer a sus judíos francos al reino. Pero había sido aquélla impía pasión suya, del rey la que había animado al judío a imaginar siquiera un plan tan insolente, y por esto Alfonso se avergonzaba de hablar a su viejo amigo Manrique de sus sospechas. En lugar de ello, dijo lleno de rencor:

—Vosotros graznáis y graznáis, presagiando constantemente un desastre, pero quien tiene que aguantar las burlas de toda la cristiandad soy yo.

—Negocia con Aragón, Don Alfonso —le aconsejó con sequedad y frialdad Manrique—, había francamente con Don Pedro. Establece con él una honesta alianza.

Malhumorado, el rey despidió al amigo y consejero. Una y otra vez tiraba de él la vieja cadena. Naturalmente, Manrique tenía razón. Evidentemente, la guerra sólo era posible tras poner honestamente las cosas en claro con Aragón. Había que llegar a un buen entendimiento, había que establecer una alianza. Pero había sólo una persona que pudiera conseguirlo. Leonor. Viajaría a Burgos.

¿Cuánto tiempo hacía que no estaba con Leonor? Una eternidad. Ella le había escrito breves y corteses cartas. Él, siempre con largos intervalos, le había contestado con brevedad y cortesía. Podía imaginarse muy bien cómo sería su reencuentro. Él fingiría alegría, ella le respondería con una sonrisa amistosa algo desencajada. Sería un reencuentro agradable.

Él se esforzaría en explicarle lo que había sucedido. Pero ¿cómo encontrar palabras para explicarle a otra persona cuán maravilloso y atroz es sentir el estallido de una oleada así que te arrastra encumbrándote en las alturas y precipitándote a los abismos?

Aquella vez confesó orgulloso y obcecado a Don Rodrígue su pasión y su amor por Raquel, y el sacerdote con toda su piedad lo había entendido. Pero Leonor no podría entenderlo. Ella, tan serena, tan amable, tan señora. Ante ella acabaría balbuceando, y dijera lo que dijera sonaría pobre, como el intento de un estúpido muchacho para justificarse. Sería la humillación más terrible de su vida. No hay nadie en el mundo ante el cual un rey deba humillarse de ese modo. No hay nada en el mundo que merezca una humillación así.

Pero sí. Había una cosa. Había algo maravilloso, digno de cualquier humillación y de la maldición eterna además.

Y de pronto todo se le hizo presente, La Galiana y todo su resplandor tan poco cristiano. Sintió cómo Raquel se estrechaba contra él, sintió su piel, suave, infinitamente agradable, sintió sus sangre, los latidos de su corazón; sus dedos resbalaron por entre sus cabellos tirando de su pelo hasta que ella riéndose decía:

—No, Alfonso, me haces daño, Alfonso.

¿Quién podía pronunciar el nombre de Alfonso de un modo tan exótico, singular y apremiante como ella, haciéndote reír y metiéndosete en la sangre? Veía sus ojos de tórtola, los veía cerrase, veía descender despacio los párpados sobre ellos, pesados, y abrirse de nuevo.

Le vinieron a la memoria versos árabes que una vez ella le había dado a leer: «Con frecuencia, oí silbar las flechas alrededor de mi cabeza y no sentí temor; pero cuando oía el rumor de su vestido, todo mi cuerpo temblaba. Con frecuencia, escuché las trompetas del enemigo que se acercaba, y tanto mi corazón como mi piel siguieron fríos; pero cuando siento su voz, siento un escalofrío ardiente». Los versos lo habían enojado; un caballero no debía abandonarse de un modo tan servil. Pero eran ciertos,

aquellos versos dulces y serviles eran tan ciertos como el Evangelio. Sentía escalofríos ardientes con sólo imaginar a Raquel. ¿Cómo había podido pensar en renunciar a ella, a aquella Raquel, a su Raquel, que le daba un maravilloso y herético sentido a su vida?

Debía recuperar a Raquel, debía reconciliarse con ella.

Y sólo había un camino. Respiró con dificultad. Pero sólo había ese único camino.

Mandó llamar a Jehuda.

Don Jehuda, que era un hombre valiente, se sintió sobrecogido de espanto cuando, en medio de la noche, se presentó en su casa una Raquel trastornada. Ella dijo:

—Me ha insultado como nunca una mujer ha sido insultada.

Jehuda ardía en deseos de preguntar más detalles. Pero no lo hizo. Despertó a Musa y le rogó que preparara una fuerte bebida tranquilizante, y le dijo a Raquel:

—Descansa, hija mía, duerme, y te encontrarás mejor.

Pero pensaba febrilmente qué podría haber pasado. Con seguridad, ella habría pedido a aquel hombre que acogiera a los judíos francos. Jehuda sabía por experiencia con qué malignidad y brutalidad podía aquel hombre humillar a las personas cuando estaba fuera de sí. Y Raquel no había podido soportarlo, había huido de él, y ahora aquel hombre vengativo descargaría su maldad contra él y contra toda la judería. El sacrificio de Raquel y el suyo propio habían sido en vano.

Hizo un esfuerzo por tranquilizarse pero no pudo conciliar el sueño. No podía ser verdad que todo se hubiera perdido. Tenía que encontrar algo que permitiera todavía conservar la esperanza. Buscó y caviló. Este rey cristiano, aunque constantemente hablaba del honor no tenía dignidad. Después de haberlo insultado y escupido a él, a Jehuda, había reconocido que lo necesitaba y se había acercado a él de nuevo. Amaba a Raquel, no podía vivir sin ella. Y de nuevo volvería a acercarse a ella, suplicando que regresara.

Era la mañana del quinto día del tishri, en menos de tres semanas habría pasado el plazo de su juramento. Jehuda, en esta primera noche en vela, supo que pasaría todavía muchas más noches despierto, que todavía caería varias veces en la desesperación, para volver a levantarse a rastras, agarrándose a toda clase de esperanzas y argucias.

Así se encontraba Jehuda Ibn Esra, pero ¿cómo te encuentras tú Raquel? Pálida, silenciosa, dando vueltas por la casa, esperando en vano un mensaje. Sientes la tierna y preocupada mirada del padre, pero ésta no te da calor ni consuelo. Escuchas la palabrería temerosa del ama —¡ah, su regalo, la «Mano de Fátima» no tenía poder!—, y su charlatanería te deja indiferente. Rememoras el rostro, la imagen y el ademán del hombre tal y como era en aquellas dulces y ardientes horas en las que las almas y los cuerpos se fundían. Pero esta imagen es borrada por aquella otra, la del rostro rudo, lujurioso, violento. ¿Es éste el aspecto de la caballería que a él le entusiasma? Y sin

embargo, sientes nostalgia de él y sabes que sólo necesita llamarte para que tú vuelvas, para que tú corras a él.

Pasaron los días, Don Alfonso estaba en Toledo, pero no hizo llamar ni a Raquel ni a Don Jehuda. Sólo Don Manrique vino para informarse sobre asuntos de Estado.

Llegó el día más santo de los judíos, el Día de la Expiación, el Yom Kippur. Jehuda, aquel hombre sorprendente e impredecible, era otro Jehuda ese día. Renunció a la más pequeña ambición, reconoció que su «misión» sólo era un disfraz para su ambición de poder, estaba verdaderamente contrito, ante Dios era un miserable pecador insignificante, y si antes había sido más orgulloso que los demás, ahora era el más humilde. Golpeó su pecho y rezó con ardiente vergüenza:

—He pecado con mi cabeza, que yo alzaba insolente y orgullosa. He pecado con mis ojos, que miraron con osadía y arrogancia. He pecado con mi corazón, que desbordaba presunción. Reconozco, confieso, me arrepiento. Perdóname, Dios mío, e impónme la penitencia.

Estaba dispuesto no sólo con el intelecto, sino con todo su ser, a aceptar todo lo que viniera como expiación.

Cuando dos días más tarde el rey lo hizo llamar, no esperaba nada ni temía nada.

—Bienvenido sea lo bueno y lo malo —dijo para sus adentros, de camino hacia el castillo, y lo pensaba sinceramente.

Alfonso se mostró altivo, y al mismo tiempo estaba violento. Habló largo y tendido de nimiedades, de los problemas que ocasionaban los barones de Arenas, de que no estaba dispuesto a esperar durante mucho más tiempo. Quería que Jehuda impusiera a los Arenas un plazo mucho más corto del que había propuesto, y si los señores no pagaban, él, Alfonso, tomaría por la fuerza el pueblo en cuestión. Jehuda se inclinó y dijo:

—Haré lo que Vuestra Majestad ordene.

Alfonso se echó sobre una tumbona, cruzó las manos detrás de la nuca, y dijo:

—¿Y cómo está el asunto de mi guerra? ¿Todavía no has amontonado suficiente oro?

Jehuda contestó con imparcialidad:

—Ponte de acuerdo con Aragón, mi señor y puedes lanzarte a la batalla.

—Siempre lo mismo —murmuró Alfonso. Se incorporó y, sin transición, preguntó:

—¿Y cómo está ese asunto de los judíos que quieres instalar en el reino? Intenta ser honesto y no hables como su hermano sino como mi consejero. ¿No van mis súbditos a echarme en cara que durante la Guerra Santa su rey deje entrar a miles de pordioseros judíos en el reino?

En un instante, la tristeza de Jehuda y su actitud resignada se cambiaron en una salvaje alegría.

—Nadie dirá algo así, mi señor —contestó convertido de nuevo en el viejo Jehuda, seguro de lo que decía, lleno de interior arrogancia—. No me habría atrevido a rogarte la admisión de mendigos. Al contrario, quisiera proponerte, respetuosamente, que al cruzar la frontera se exigiera a cada uno de los fugitivos la prueba de un cierto patrimonio, digamos un mínimo de cuatro maravedíes de oro. Los nuevos pobladores no serán mendigos, sino gente acomodada, expertos artesanos y comerciantes, que pagarán sustanciosos impuestos.

Alfonso, absolutamente dispuesto a dejarse convencer preguntó:

—¿Crees que se le puede explicar esto claramente a mis grandes y a mi pueblo?

Jehuda contestó:

—A tus grandes, quizás no; a tu pueblo, con toda seguridad. Tus castellanos se darán cuenta de que después de la llegada de los fugitivos vivirán con un mayor bienestar.

El rey se rió.

—Exageras tal y como estoy acostumbrado a oírte exagerar —dijo. Y después, siempre en el mismo tono casual, le ordenó:

—Pues bien, haz que se redacte el edicto.

Jehuda se inclinó profundamente y rozó con una mano el suelo.

Antes de que se hubiera erguido de nuevo, oyó decir al rey:

—Mándame el documento a La Galiana. Hoy mismo me voy de regreso allí. Y dile, por favor, a tu hija, que si quiere estar presente cuando lo firme, me causará con ello una gran alegría.

Cinco días antes de que terminara el plazo que él mismo se había impuesto, Don Jehuda comunicó al *Párnas* Efraim que el rey nuestro señor había autorizado el establecimiento en el reino de seis mil judíos francos y:

—Ahora puedo ahorrarte —dijo en tono socarrón, orgulloso y decidido— que pronuncies sobre mi la maldición. Evidentemente, no puedo ahorrarte los doce mil maravedíes en favor de nuestros judíos francos —y generosamente añadió—: El mérito de que puedan entrar en el reino es tuyo. Si no hubiera contado con tu ayuda, no habría podido conseguirlo.

Don Efraim pronunció con labios pálidos la bendición que debe recitarse cuando se recibe una buena noticia:

—Alabado seas Tú, Adonai, nuestro Dios, porque eres bueno y nos concedes tus bondades.

Pero entonces Jehuda, gozoso, manifestó su alegría por aquel triunfo completo:

—¡*Naphtule eiohim niphtalti*! ¡He conseguido la bendición del Señor!

Iba de un lado para otro con el rostro resplandeciente, el paso acelerado como si no sintiera la tierra bajo sus pies. ¿Era aquél el mismo hombre que apenas dos semanas antes todavía estaba destrozado por la conciencia de su insignificancia? Su orgullo se alzaba hasta el cielo. Su pecho estaba lleno de carcajadas por los otros, los estúpidos que querían llevar a cabo su Guerra Santa para conquistar una tierra que no les pertenecería nunca. La auténtica Guerra Santa, la guerra de Dios, la batallaba él, Jehuda. Mientras los otros mataban y asolaban, él salvaba a seis mil y los instalaba en la paz. Los veía trabajar con sus agudas inteligencias y sus diestras manos, construyendo talleres, cultivando el vino, creando y defendiendo cosas útiles.

Celebró su triunfo con su amigo Musa. Con él, que sabía apreciar los deliciosos manjares y los buenos vinos, celebró una comida dunúnica, un banquete al estilo del hermano Dunun, el más famoso sibarita del mundo musulmán.

Ante Musa manifestó la alegría que le producía su suerte. ¿Acaso no le amaba Dios con predilección? Si Dios le mandaba desgracias de vez en cuando era sólo para que pudiera paladear mejor su felicidad.

—Sé, amigo mío —contestó Musa cariñosamente burlón—, que eres descendiente del rey David, y que Dios te lleva en la palma de su mano por encima de todos los peligros. Y por eso mismo no necesitas dejarte aconsejar siempre por tu buen sentido común, sino que puedes permitirte simplemente actuar y lanzarte a seguir los impulsos de tu impetuoso corazón igual que esos caballeros que desprecias tanto. Con tu inteligencia, adivinas sus intenciones, pero en tus asuntos te comportas siguiendo su lema: ante todo no permanecer inactivo, hacer siempre algo, y mejor llevar a cabo algo incorrecto que permanecer de brazos cruzados.

Bebieron los deliciosos vinos, y Jehuda, por su parte, bromeó amistosamente con Musa:

—Sí, el sabio debe ser impasible durante toda su vida y antes dejarse matar que atacar él mismo. Eso es lo que has hecho tú, soy testigo. Y si yo no me hubiera ocupado de ello habrías muerto ya dos o tres veces y no podrías beber ese vino de la zona del río Ródano.

Y bebieron.

—Me alegro —dijo Musa— de que por lo menos por esta noche hayas prohibido a tu Ibn Omar que te reclame la rápida elaboración de un tratado internacional o la orden de partida de una flota comercial. Lástima que sean tan poco frecuentes las horas en las

que puedo disfrutar tan tranquilamente de tu amistad. Constantemente estás alabando la paz, pero a ti mismo te concedes muy pocos minutos de la misma.

—Si me concediera más —contestó Jehuda—, los demás no tendrían ninguna.

Musa miró a su amigo con ojos serenos, escrutadores y sonrientes.

—Vas muy deprisa, querido Jehuda —dijo—, y sigues corriendo. Me temo que huyes de tu alma, ella no puede alcanzarte. A menudo has alcanzado el objetivo con tus correrías. Pero no olvides que a veces te has quedado sin aliento.

Y más tarde dijo:

—Hay muy pocos que lleguen a comprenderlo: No vivimos, sino que somos vividos. Hace mucho tiempo que he aprendido que no soy yo la mano que echa los dados, sino el dado. Me temo que tú no llegarás a comprenderlo nunca, pero precisamente por eso te quiero y soy tu amigo.

Permanecieron sentados juntos durante largo tiempo, comieron, charlaron, bebieron. Después disfrutaron de las bailarinas que Jehuda había hecho venir.

A lo largo de la siguiente semana, cuando Don Jehuda reflexionaba sobre las palabras de su amigo Musa, sonreía con amigable superioridad. Todo sucedía como él lo quería. Dos gigantescos transportes de mercancías que había encargado, confiándolos a la suerte desde el Lejano Oriente, habían atravesado los peligros del mar y de la guerra y habían llegado a buen puerto. Se había firmado un difícil acuerdo con los funcionarios del sultán Saladino en plena Guerra Santa, con ventajas para Jehuda y para las tierras de Castilla.

Interiormente sorprendido, Jehuda veía cómo la realidad de Toledo hacía realidad el sueño que él había tenido en aquel entonces junto a la derruida fuente. Su orgullo lo envolvía como una nube de brillo mate.

Se hizo diseñar un blasón y autorizarlo por el rey. En él podía verse la menorah, el candelabro de siete brazos del templo de Yavé, y en su interior podía leerse una inscripción en hebreo que proclamaba el nombre de Jehuda y su cargo. Mandó que le fabricaran un sello con su blasón, y llevaba este sello sobre el pecho como había sido costumbre entre sus antepasados, los hombres de los que hablaba el Gran Libro.

El diezmo de Saladino que la aljama pagaba era extraordinariamente elevado, y así era también la comisión que Jehuda obtenía de él. No quería conservar ese dinero. Pero he aquí que los judíos de París, al ser expulsados, habían podido salvar un rollo de la Torah que se consideraba la copia más antigua existente del quinto libro de Moisés, el *Sefer Hillali*. Jehuda adquirió el libro por tres mil maravedíes; no hubo ningún otro que hubiera entregado a los fugitivos de una forma tan elegante una suma tan importante.

Se hallaba sentado con Musa ante el valioso y frágil rollo de pergamino que había transmitido la palabra de Dios y la noble y sublime literatura del pueblo judío de generación en generación. La contemplaban con ojos ávidos y respetuosos, palpaban con cuidadosas manos el maravilloso libro.

Jehuda había pensado entregar el rollo de pergamino a la aljama, pero siempre le había causado desagrado que la sinagoga de Toledo fuera tan deslucida. Construiría el marco adecuado a su maravilloso libro. Un templo del que aquel manuscrito tan valioso fuera digno, que fuera digno de Israel y de la antiquísima aljama de Toledo y también de él mismo, de Jehuda Ibn Esra.

Musa objetó:

—¿No vas a hacer que aumente todavía más la ira del arzobispo y de los barones?

Jehuda sólo respondió a su comentario con una despreciativa sonrisa.

—Construiré al Dios de Israel una casa digna.

Musa, amablemente, pero quizás con mayor seriedad que de costumbre, le advirtió:

—No enjaeces tu caballo demasiado lujosamente, Jehuda, amigo mío. Si no, al final sólo tendrás el arnés y la gualdrapa, y tu caballo habrá huido.

Jehuda le palmeó amistosamente la espalda y siguió su temerario camino.

Capítulo IV

DOÑA Leonor, en Burgos, no había tomado en serio los primeros rumores que le llegaron sobre el desliz amoroso de Alfonso. Incluso cuando estaba claro que el rey vivía desde hacía largas semanas sólo con la judía en La Galiana, se dijo que se trataría de una aventura pasajera. Claro que Alfonso, en los quince años de su matrimonio, había tenido de vez en cuando amoríos, pero muy pronto, lleno siempre de un juvenil azoramiento, había vuelto a ella. No podía imaginarse que se hubiera enamorado seriamente, y menos de aquélla judía. La primera vez que él la había visto apenas si se había ocupado de ella, la misma Leonor había tenido que advertirle para que le dedicara un par de cortesías. Además, la judía era impertinente y se vestía de un modo extraño y exagerado, cosas todas ellas que desagradaban a Alfonso. No, Doña Leonor no estaba celosa. Ante ella se alzaba amenazante la historia de su madre, Ellinor de Guyena, que había atormentado a su padre, el inglés Enrique, con sus salvajes celos y que ahora, desde hacía años, permanecía encerrada por orden suya. Ella no iba a imitarla. Los amoríos de Alfonso con la judía pasarían, como otros anteriores.

Pasaron las semanas, pasaron los meses, Alfonso seguía junto a esa Doña Raquel. Y de pronto, a Leonor dejaron de servirle sus sensatos argumentos y razonamientos. Ella siempre había creído que los hermosos romances en verso que su hermana le mandaba desde Troyes, y que narraban los caballeros francos y los juglares, eran sólo fantasías. Se había permitido soñar con aquellas hermosas e ingeniosas mujeres, Ginebra e Isolda, por cuya causa los más excelentes caballeros, Lancelote y Tristán, habían renunciado al honor y a la vida. Y de pronto estas insensatas historias dejaban de ser invenciones de poetas para convertirse en algo real a su lado. Eran la terrible realidad de su marido, de su caballero, de su amado, de su Alfonso.

Se sintió llena de ira contra Alfonso, que retribuía su amor, su alegre serenidad, tan adecuada a una dama, y el nacimiento del infante de aquella manera; y de un odio ilimitado contra la muchacha, la judía, la puta que le robaba y disputaba con malas artes a su marido, que le pertenecía a ella, por cristiano matrimonio, desde hacía quince años.

Pero ella no debía perder el control como su madre. Debía ser astuta, tenía como oponente al hombre más astuto del reino, al Ibn Esra que ella misma, necia, desventurada, había hecho llamar.

Ella era astuta. Reprimió su ira. No se dio por enterada de lo que estaba sucediendo, lo desmentía incluso ante sus más allegados. El arzobispo de Burgos, un amigo próximo y auténtico, acudió preocupado y empezó a hablar de aquel tema tan desagradable. Ella adoptó un rostro majestuoso y lo miró extrañada, sin comprender; el piadoso señor tuvo que ceder Doña Leonor no sabía nada de La Galiana, no emprendió nada contra Alfonso, nada contra su querida, no se quejó ante nadie.

Pero cambió su política. Para asombro de los señores de su corte, declaró de pronto que la neutralidad de Castilla era impía y absurda. Cualquiera podía darse cuenta que ahora el reino tenía los medios para participar en la Guerra Santa. Había llegado el momento de emprender la batalla.

Ella sabía que Alfonso despertaría de su obsesión tan pronto como entrara en campaña. Esto era tan seguro como el Evangelio.

Y ella conseguiría que Alfonso emprendiera la campaña. Conseguiría la alianza con Aragón. Sonrió profunda y malignamente. Por lo menos, la absurda pasión de Alfonso tendría la ventaja de ofrecer la posibilidad de cambiar la actitud de Don Pedro. Éste debería reconocer ahora que Alfonso siempre se dejaba llevar por sus arrebatos; debería olvidar y perdonar aquella desventurada humillación, considerándola fruto del comportamiento de un hombre que de vez en cuando cometía locuras. Envió a Don Pedro una carta confidencial y le dio a entender de un modo muy propio de una dama, pero con tiernas alusiones, que deseaba recibir su visita. Encargó la carta a Don Luis, secretario de su amigo, el arzobispo de Burgos.

La aventura amorosa de Alfonso había impresionado hondamente al joven rey. A pesar de todo su odio, seguía viendo en él al espejo de la caballería, y la desconsiderada pasión de Alfonso le pareció una nueva prueba de ello. Como Lancelote y Tristán lo habían sacrificado todo por su dama, del mismo modo Alfonso se jugaba su nombre de caballero y de rey por amor a la mujer por la que se consumía. El hecho de que esa mujer fuera una judía daba a la aventura un particular y sombrío brillo. Se contaban muchas apasionadas historias de caballeros que se habían enamorado en Oriente de mujeres musulmanas. Don Pedro sentía horror ante su real primo que renegaba de su cristianismo y ponía en juego su alma, y al mismo tiempo sentía admiración por su osadía.

Desgarrado entre estos sentimientos, leyó la carta de Doña Leonor. En su espíritu escuchaba su voz, veía a la adorable dama ante él, sentía una profunda piedad por la

noble reina que estaba encadenada a aquel Alfonso atacado por la locura y poseído por el demonio. Ella era una dama en peligro, era su deber socórrela.

Además, también a él, desde el inicio de la cruzada, lo había atormentado terriblemente su inactividad. Había movilizado a las tropas para caer sobre la musulmana Valencia; sí, había enviado mensajeros al emir de Valencia, quien, basándose en antiguos tratados, exigía insolentemente de él un tributo, y Don Joseph Ibn Esra había tenido grandes dificultades en devolver a su cauce las relaciones con el emir. El ministro debía emplear cada vez nuevas astucias para mantener a su revoltoso señor en aquella insultante paz.

Así pues, el mensaje de Doña Leonor encontró a un Don Pedro muy bien dispuesto. Pero éste no fue capaz de acudir a Burgos y ser el primero en pedir la reconciliación. En Burgos esto ya se había previsto, y el mensajero de Doña Leonor, el piadoso y astuto secretario Don Luis, propuso una solución. ¿No era propio de un rey cristiano en estos difíciles tiempos peregrinar a Santiago de Compostela? Si Don Pedro pasaba por Burgos en su peregrinaje, Doña Leonor se sentiría muy feliz.

Don Pedro pasó por Burgos.

Satisfecha, Doña Leonor vio que el joven señor seguía admirándola de un modo tan caballeresco y entusiasta como antes. Él pronunció un par de indelicadas palabras acerca de su desgracia. Ella no quiso entender; pero no le ocultó su preocupación. Mirándole significativamente, le dijo que si él, por medio de una alianza con Castilla, hacía posible a los reinos de Hispania la cruzada, no sólo toda la cristiandad reconocería sus servicios, sino también ella, Leonor, personalmente; ya que de este modo él liberaría a un gran príncipe y señor, muy próximo a ella, de las garras de un mal espíritu, ayudándole a recuperar su propia y noble personalidad. Don Pedro se hallaba perplejo, jugaba con su guante y no sabía qué decir. Ella entendía —continuaba diciendo Doña Leonor— que Don Pedro tuviera reparos en aliarse con un hombre por el que creía haber sido ofendido, pero quizás pudiera convencerse a Alfonso para que disipara la desconfianza de Don Pedro por medio de obras.

Tal y como ella esperaba, preguntó Don Pedro qué clase de obras podían ser éstas. Pero ella había ya trazado un plan.

Alfonso, le dijo, podría quizás reconocer la soberanía de Aragón sobre el barón de Castro para demostrar su buena voluntad, y pagar al barón Gutierre de Castro una elevada suma por su hermano muerto; quizás incluso pudiera convencerse a Alfonso para que devolviera al barón Gutierre el castillo de Toledo.

Estaba convencida de que era imposible que Alfonso se negara a someterse a una sanción así si estaba en juego su participación en la cruzada. Y si le quitaba a Jehuda el

castillo, teniendo en cuenta la ilimitada arrogancia del judío, era inevitable la ruptura con los Ibn Esra.

Don Pedro estaba confuso. Un reconocimiento así, de hecho, enmendaría muchas ofensas. Sentía sobre él los implorantes ojos de la noble señora. Se había clavado profundamente en su interior la insinuación de que le haría a ella un gran servicio caballeresco y *minne*, amoroso, si liberaba a Alfonso de las garras de la diablesa. La seriedad y la suavidad de la dulce y triste reina lo conmovieron profundamente. Besó su mano, y dijo que reflexionaría con simpatía sobre su proposición; no podía imaginar un destino más hermoso que dirigirse al campo de batalla por Cristo y por ella, por Doña Leonor.

Ahora que Raquel había vuelto a La Galiana, Don Alfonso la amaba más que nunca. A veces, cuando contemplaba su noble rostro, se avergonzaba de haberla atacado tan brutalmente. Ella era una dama, era la dama de su corazón, y él la había tratado con violencia, deshonrándola. Y de pronto volvía a causarle un maligno placer recordar cómo aquella vez había vencido su desesperada resistencia. Sentía un salvaje deseo de volver a humillarla, y cuando ella se abandonaba más profundamente que él al abrazo, le parecía una formidable victoria.

Pero, a pesar de todo esto, le agradecía que no le hubiera recordado aquella hora terrible con ninguna palabra ni con el más leve gesto. Inmediatamente tras su regreso, ella le había preguntado asustada cómo se había hecho aquella herida en la mano, ya que las cicatrices de los rasguños y cortes que se había hecho con los trozos de cristal de la mezuzah cicatrizaban muy lentamente. Él había contestado con evasivas, y se sintió aliviado de que ella no siguiera preguntando; ella tampoco preguntó por qué las cisternas del rabí Chanan habían sido cubiertas.

No es que ella hubiera olvidado realmente aquella hora. Pero había sucedido tal y como ella había deseado y temido: en su viva presencia, la ofensa había dejado de ser insultante, su brutalidad había dejado de ser indecente. A veces, incluso en su abrazo, ella añoraba el rostro embrutecido que había visto en el Alfonso de aquellos terribles momentos. Su esfuerzo por hacerlo cambiar, para hacer de un caballero un hombre, había sido en vano, como el golpear de las olas contra una roca. Esto no la afligía: ella amaba al caballero. Su heroísmo sin sentido, su rostro masculino, delgado, huesudo como tallado en madera, aquella mezcla de elegancia y brutalidad la excitaban siempre de nuevo.

De entre los libros que constituían el Gran Libro ahora prefería el *Cantar de los Cantares*.

Hizo poner en la pared de su dormitorio versos extraídos de él. «Que es fuerte el amor como la muerte, y son, como el *seol*, duros los celos. Son sus dardos saetas encendidas, son llamas de Yavé. No pueden aguas copiosas extinguirlo ni arrastrarlo los ríos». Tradujo a Alfonso los versículos, y él la escuchó con rostro serio. Se hizo repetir los versículos. Tuvo que decirle las palabras en hebreo.

—No suena mal —dijo él—, está bien.

Desde que le había regalado la armadura árabe, él sabía que ella amaba al Alfonso guerrero, pero los celos que sentía por su padre y por su tío Musa le hacían darse cuenta que, en su mente, ella seguía sin querer reconocer lo que había en él de bueno y heroico. Con empeño, casi apasionadamente, intentaba explicárselo. La guerra era un mandamiento divino; la fama del guerrero, la mayor gloria que un hombre podía alcanzar. Sólo en la guerra se manifestaba lo que había de bueno en un hombre, en un pueblo. ¿No habían tenido también los judíos a Sansón y a Gedeón, a David y a Judas Macabeo? ¿Y cómo podía un rey ejercer su dominio sin recurrir a la guerra? Un rey necesitaba que los hombres de su séquito le fueran fieles, y éstos esperaban por ello, y con razón, una recompensa. Así pues, el rey necesitaba obtener constantemente más tierras para recompensar su fidelidad, y ¿de dónde iba a sacar esas tierras si no se las arrebataba a sus enemigos? Un rey es entronizado por Dios para conseguir botín y para extender sus dominios. Él, Alfonso, era comedido: no era ambicioso como su suegro Enrique de Inglaterra o el emperador del Sacro Imperio Romano, Federico; él no quería conquistar el mundo entero. Renunciaba a lo que se encontraba al otro lado de los Pirineos. Sólo quería Hispania, pero la quería entera, la cristiana y la musulmana.

A Raquel le parecía que Alfonso era temerario y se encaminaba a la perdición. Aquel descendiente de bárbaros y godos resultaba atractivo pero suponía una terrible amenaza, ya que estaba convencido de que él, y sólo él, había sido predestinado por Dios para dominar la Península.

Le hablaba del noble y sublime arte de la estrategia, que él había aprendido a fondo y con detalle, y aunque hasta el momento no se había convertido en ningún Alejandro o en un César; había nacido para ser un buen estratega. Lo llevaba en la sangre, sabía cuándo había que emplear la caballería ligera y cuándo la pesada. Podía calcular el valor estratégico de un campo con sólo echarle una ojeada; podía, como nadie, encontrar la mejor emboscada, acechar al enemigo. Y si no siempre había vencido, era sólo porque le faltaba una aburrida virtud propia de un estratega: la paciencia.

Cuando él le contaba estas cosas y le decía en cuántas sangrientas batallas había vencido y a cuántos enemigos había hecho morder el polvo, ella contestaba pocas veces como él lo esperaba, más bien contestaba algo así como:

—¿Cuántos dices? ¿Tres mil de los otros y dos mil de los tuyos?

En su pregunta no había reproche, sino más bien extrañeza, un doloroso asombro. Y a continuación volvía a encerrarse en sí misma, sumiéndose en una soledad de la que él no podía arrancarla. Lo peor de todo era cuando sólo lo miraba sin decir nada. Era un silencio tan expresivo que lo irritaba más que una iracunda protesta. Una vez que ella callaba de esta manera, le dijo de pronto hostil:

—¿Sabes quién rompió el cristal de tu amuleto, de tu mezuzah? Yo. Con esta mano. También fui yo quien hizo cubrir las cisternas de tu rabí Chanan. Aquella vez.

Ella no replicó nada. Él respiró pesadamente, se levantó, anduvo un par de pasos, se sentó de nuevo junto a ella, y habló de otra cosa. Se interrumpió. Quiso disculparse. Y ella le puso con suavidad la mano sobre la boca.

A pesar de lo mucho que Alfonso odiaba en ella lo extranjero, sabía que estaba aprisionado por ella y para siempre.

—*Et nunc et semper et in saecula saeculorum, amen* —decía para sí, blasfemo. Había puesto en juego la salvación de su alma; porque ahora tenía claro que nunca podría convertirla. Pero estaba contento. Renunció a salir del círculo al que él mismo se había condenado, se encerró obstinadamente en su pecado.

El canónigo Don Rodrigue no volvió a hablar con él de La Galiana. No habría tenido sentido. Se habían dicho uno al otro todo lo que un hombre pudiera decir a otro sobre la cuestión. Pero aunque Alfonso considerara su pecado un privilegio real, que ningún sacerdote podía discutirle, la silenciosa tristeza del hombre que había sido su amigo le impresionaba y pensaba en cómo poder darle una muestra de su amor y de su agradecimiento.

Sin tener en cuenta al arzobispo, hizo proclamar un edicto según el cual se derogaba en sus tierras el cómputo del tiempo hispánico imponiendo en su lugar el cómputo romano por el que se guiaba el resto de Occidente.

Don Rodrigue, agradecido y satisfecho en medio de su tristeza cargada de reproches, reconoció:

—En eso has hecho bien, Don Alfonso.

El arzobispo, ya que no se atrevía a inmiscuirse en la conciencia del rey en lo que hacía referencia a su reprobable conducta, lo censuró con palabras tanto más violentas con motivo del edicto que afectaba la elaboración de la correspondencia. Reprochó a Alfonso que sin necesidad alguna, y exclusivamente para ahorrar el pequeño esfuerzo de pensar a un par de extranjeros, había renunciado a uno de los más importantes privilegios de la Iglesia hispánica. Ninguno de sus antepasados habría arrojado por la borda con tanta ligereza un bien tan noble.

Alfonso sabía que no se trataba del edicto; era La Galiana la que llenaba de tan enardecido celo al arzobispo, y rechazó con dureza sus censuras. Puesto que él,

Alfonso, había tenido que rechazar algunas exigencias injustas del Papa, se alegraba de poder mostrarse complaciente con el Santo Padre en cosas de poca importancia. Además, Roma tenía razón. Era en verdad un orgullo nada cristiano el que en Hispania se computara el tiempo de acuerdo con los grandes acontecimientos de su propia historia; por muy importante que hubiera sido el hecho de que el emperador Augusto les hubiera otorgado el derecho a la ciudadanía, había que reconocer que el nacimiento de Cristo era para todo el mundo, y por lo tanto también para la Península, mucho más importante.

La alegría que le produjo a Alfonso poder proporcionarle una satisfacción al preocupado Rodrigue no duró mucho tiempo. Le irritaba estar confinado al pecado. Un día, después de asistir a los maitines, preguntó al sorprendido capellán del castillo real:

—Dime, reverendo hermano, qué es en realidad el pecado.

El sacerdote, un joven señor; halagado por la extraordinaria pregunta de Don Alfonso, repuso:

—Permíteme, mi señor; que te cite la Opinión de San Agustín. Según él, el pecado es asumir comportamientos de los que el hombre sabe que están prohibidos y que libremente puede evitar.

—Te doy las gracias, reverendo hermano —contestó el rey.

Reflexionó largamente la sentencia del gran padre de la Iglesia, luego se encogió de hombros y se dijo que, al fin y al cabo, por medio de la cruzada se vería libre de todos sus pecados en el caso de que realmente lo fueran.

Aunque nadie se atrevía abiertamente a insultar al rey corrían muchos y malintencionados rumores. El jardinero Belardo contó a Alfonso que malas gentes llamaban a nuestra señora Doña Raquel una diablesa y decían que había embrujado al rey.

Los rumores sólo reforzaron la voluntad de Alfonso de defender a su querida Raquel. Así que entonces insistió en que hiciera el corto camino que había desde La Galiana hasta el castillo Ibn Esra en una litera abierta. Algunos entonces se rieron insolentemente de ella, y alguno que otro llegó a llamarla también diablesa y bruja.

Pero Raquel en modo alguno tenía aspecto de haber sido enviada por el infierno; ahora tenía un aspecto menos pueril, había adquirido una nueva, sabía y premonitoria belleza que todo el pueblo percibía. Sus injuriadores siguieron siendo esporádicos; la mayoría consideraron que no era sorprendente que el rey hubiera elegido a aquella excepcional belleza como amiga. Les parecía bien.

—¡Ah, Hermosa! —le gritaban, se alegraban de verla, no la llamaban por otro nombre que no fuera la Fermosa, la bella, y cantaban agradables y sentimentales

romanzas llenas de admiración que hablaban de ella y del amor del rey.

Alfonso no se privaba de acompañar a veces a Raquel a la ciudad. Iba a caballo junto a su litera, y se mezclaban los gritos: ¡Viva Alfonso, el Noble!, y ¡Viva la Hermosa!

Precisamente los vítores del pueblo hicieron que Raquel fuera consciente de que era la manceba del rey su barragana. Y no se avergonzó de ello.

Alfonso se dejaba arrastrar cada vez más profundamente por la vida en La Galiana. Estaba convencido de que Dios lo había tomado bajo su particular protección, y cualquier rodeo que la providencia le permitiera hacer acabaría por conducirlo al objetivo correcto. Ya no vacilaba en solucionar asuntos de Estado en La Galiana. La mayoría de los grandes consideraban una muestra de gracia y también una distinción que él los llamara a La Galiana. Sucedía a veces que alguno se quedaba de pie extrañado ante la mezuzah. Alfonso, entonces, explicaba riendo:

—Es un buen amuleto. Es de ayuda contra el mal de ojos e impide que me tomen el pelo.

Pero algunos de los señores buscaban siempre lo que resultaba ser una evidente excusa y se mantenían alejados de La Galiana. Alfonso recordó sus nombres.

En una carta neutra y amable, Doña Leonor comunicó al rey que Don Pedro la había visitado y que creía que, a pesar de todos los impedimentos, era posible una alianza con Aragón y por lo tanto emprender también la batalla contra los herejes. Se habría trasladado gustosa a Toledo para deliberar con Alfonso, pero una enfermedad del infante Enrique le impedía alejarse de Burgos. De modo que rogaba a Alfonso que acudiera a visitarla sin tardanza.

El rey reconoció de inmediato que ahora el encuentro con Doña Leonor no podía seguirse aplazando por más tiempo, pero se consoló pensando que, ante tan importantes asuntos de Estado, las desavenencias personales perderían su importancia, de modo que el reencuentro con Leonor resultaría menos violento.

Comunicó a Don Jehuda que en el plazo de dos días cabalgaría hacia Burgos.

Ahora solía reunirse con frecuencia con su Escribano, los dos se sentían extrañamente ligados. El rey necesitaba la astucia de su judío. Deseaba empezar su Guerra Santa, pero no quería precipitarse de nuevo y escuchaba gustoso las excusas de su judío. Jehuda, por su parte, conocía al rey mejor que éste a sí mismo. Sabía que Alfonso no podía apartarse de La Galiana y que, en el fondo, consciente e inconscientemente a la vez, era bien recibido cuando frustraba la alianza con Aragón y la batalla.

Él, Jehuda, desde que había conseguido de Alfonso la admisión de los fugitivos francos, estaba seguro de tenerlo en sus manos, y se alegraba del poder que tenía para insuflar aliento y entendimiento a este príncipe bárbaro, como Dios a Adán.

No se sorprendió cuando oyó la noticia de la próxima partida de Alfonso. Había sido informado por su primo Don Joseph de las negociaciones de la reina con Aragón. Aquella dama era inteligente; pero él se sentía superior a ella y había preparado la contraofensiva.

Temía, respondió a Alfonso, que su señora, la reina, pudiera no dar la debida importancia a las dificultades de una alianza con Aragón inducida por sus deseos. Por lo tanto, rogaba al rey que permitiera que lo acompañaran en su viaje a Burgos el noble Don Manrique y él mismo, de modo que, con sus modestas fuerzas, pudieran respaldar los esfuerzos de Doña Leonor.

Alfonso estaba desconcertado. La compañía de sus señores era bien recibida por él. Si aparecía en Burgos acompañado de sus consejeros y de un gran séquito, el encuentro con Doña Leonor perdía totalmente el carácter de un enfrentamiento matrimonial; además, prefería poder examinar los puntos de vista de la reina contrastándolos con la opinión de sus consejeros. Pero ¿aceptaría Leonor que él llevara consigo al padre de su bienamada?

—¿Vamos a dejar a Doña Raquel aquí completamente sola? —preguntó torpemente. Esta consideración alegró a Jehuda y le hizo sentirse mucho más cercano al rey. Doña Raquel, repuso él con respetuosa confianza, podía pasar este tiempo en el castillo Ibn Esra. Allí tendría la compañía del sabio Musa Ibn Da'ud; también podría visitaría con frecuencia el reverendo Don Rodrigue.

Doña Leonor recibió al rey con la misma alegre despreocupación como si se hubiera despedido de ella el día anterior. Él la abrazó y la besó como lo exigía la *courtoisie*. Saludó a sus hijos. Acarició al pequeño y pálido infante en cuya enfermedad no creía. Habló con alegre ternura con la retraída princesa Berengaria, que evidentemente sabía de su vida en La Galiana y la despreciaba. Ésta adoptó una actitud orgullosa y ceremoniosa. La visita de Don Pedro había engendrado en ella nuevas esperanzas, aunque sabía que sin tener expectativas a la corona de Castilla no era una deseable futura reina de Aragón.

Doña Leonor también había invitado a Don Pedro a Burgos. Pero el joven rey no pudo vencer su resentimiento contra Alfonso; en lugar de acudir él mismo, había mandado a su ministro Don Joseph Ibn Esra.

Los dos Ibn Esra se encontraron antes del consejo real que debía tener lugar en las estancias de Doña Leonor. La aversión de Don Joseph contra su jactancioso pariente había crecido. Había sentido ira y tristeza cuando Don Jehuda entregó a su hija para

ligarse más estrechamente al rey. Temeroso de Dios y caritativo, había conseguido la admisión en Aragón de un pequeño número de judíos francos; por los mismos motivos que Don Efraim, consideraba arriesgado instalarlos en masa en Sefarad como Don Jehuda quería, y el hecho de que Jehuda utilizara la inclinación de Alfonso hacia su hija para conducir el destino del reino y de la judería le parecía un juego osado y blasfemo. Pero, a pesar de todo, le unía a Jehuda el esfuerzo por mantener a la Península y a sus judíos lejos de la guerra. Por este motivo había advertido a su primo de las maquinaciones de Doña Leonor, y por este mismo motivo se reunía ahora con él.

—Permíteme que te agradezca tus cartas, también verbalmente, Don Joseph —empezó Jehuda—. He deducido de ellas que habéis encontrado una forma que permita la alianza y un mando supremo único.

—Sí —respondió Don Joseph con sequedad—, la guerra contra los musulmanes se encuentra terriblemente próxima. Tu Doña Leonor ha empleado de modo sorprendente muchas astucias y muchas energías para que sus propuestas de reconciliación resulten atractivas a mi joven señor.

Le miró con seriedad a la cara, y añadió significativamente:

—No es sólo el amor a la guerra, Don Jehuda, lo que empuja a tu reina a hacer ofertas tan generosas.

Y entonces, no sin satisfacción, le comunicó lo que no le había dicho por carta:

—Doña Leonor quiere devolverle tu castillo a Castro, como compensación por la muerte de su hermano.

Jehuda no pudo evitar que su rostro empalideciera. La idea de tener que abandonar de nuevo la casa de sus padres le encogió el corazón, pero enseguida se repuso, orgulloso; se había construido en Toledo un castillo invisible mucho más hermoso y fuerte de lo que pudiera ser cualquier lujosa construcción de piedra. Tranquilamente repuso:

—No renunciaré gustoso a esa casa, por motivos que tú conoces Don Joseph. Pero si mi reina lo ha prometido a Aragón, la alianza no debe fracasar por mi resistencia.

Don Joseph quedó sorprendido; al parecer, Jehuda estaba seguro de no tener que entregar el castillo; si no, no hablaría con tanta tranquilidad.

Jehuda había vuelto a recuperar la absoluta confianza en sí mismo, aquella sensación de arrogante seguridad que había experimentado durante todos aquellos días. Justamente entonces, mientras hablaba, se le había ocurrido cómo enfrentar a la astucia de Doña Leonor una astucia mejor. Todavía los contornos de su plan no habían sido perfilados; pero estaba convencido de que en el momento adecuado tendrían una sólida forma.

De inmediato se puso a construir los fundamentos de su plan. Con una actitud imparcial, con la gravedad de un hombre de negocios, dijo:

—Sólo espero que vuestra fórmula de unidad resista el profundo examen a que nosotros, tú y yo, debemos someterlo. Debo reconocer que veo en esto todavía algunas dificultades.

Y enumeró las muchas cuestiones económicas sobre las cuales Aragón y Castilla, desde hacía décadas, no habían podido ponerse de acuerdo.

Allí estaban los discutidos derechos de impuestos sobre determinadas ciudades, controvertidos derechos de importación y exportación, los polémicos fueros…

—Si debo ceder ante ti, Don Joseph, en todas estas cuestiones —dijo astuto y jovial —, dentro de poco tiempo tu Aragón aventajará a mi Castilla.

Don Joseph comprendió de inmediato adónde quería llegar Jehuda. Las disputadas cuestiones económicas no podían ser pasadas por alto; con cierta destreza se podía hacer fracasar la alianza por medio de ellas. No sin un interior reconocimiento ante la astucia de Jehuda, admitió su propósito y explicó con la misma viveza y complicidad, propia de un hombre de negocios:

—Puesto que mi rey está dispuesto a olvidar la humillación que le infringisteis, de hecho podríais mostraros complacientes en cuestiones económicas.

—¿Así pues, insistirías en todas vuestras exigencias? —quiso saber Jehuda con seguridad.

—Debería hacerlo —repuso Don Joseph, y añadió—: Y ciertamente lo haré — declaró con fingida resolución.

Don Jehuda, serio y sombrío, repuso:

—Con toda seguridad, mi rey no desea menos que el tuyo, de todo corazón, empezar la guerra contra los musulmanes, pero me temo que si os mostráis tan inflexibles, la alianza no se llevará a cabo.

—Lamentaría, Don Jehuda —dijo Joseph—, que realmente no pudiéramos ponernos de acuerdo.

Y ambos señores se miraron uno a otro sin sonreír.

La curia en la que había que discutirse sobre la alianza con Aragón tuvo lugar en la gran sala de recepciones del castillo. La sala estaba adornada con las banderas de Castilla y Toledo, había guardias en la entrada, se habían preparado elevadas sillas para Don Alfonso y Doña Leonor. El arzobispo no había permitido que nadie le impidiera acudir desde Toledo. De los miembros de la curia faltaba sólo Don Rodrigue.

Regia, vestida con su pesado y lujoso vestido para las ceremonias de Estado y, sin embargo, encantadora, Doña Leonor estaba sentada en su elevada silla. Amable, con la serenidad propia de una dama, deslizaba su mirada por el círculo que formaban los señores. Se sentía llena de un triunfo interior. Todos los que aquí se encontraban estaban firmemente decididos a salvar a Don Alfonso, arrancándolo del pestilente ambiente de La Galiana para llevarlo al aire libre de la Guerra Santa. El mismo Alfonso lo quería. El único enemigo era el judío. Era una desvergüenza que hubiera impuesto a Alfonso su compañía, pero estaba prevenida, no podría enfrentarse a ella.

Don Manrique informó. Las negociaciones habían sido ampliamente difundidas; incluso el Santo Padre sabía de ellas, y un legado, el cardenal Gregor de Sant'Angelo, estaba en camino para que contribuyera a poner término a la desavenencia entre los reyes.

—¿Quién ha informado al Papa de las negociaciones? —preguntó sombrío Don Alfonso—. ¿Don Pedro?

—Yo le he informado —dijo amablemente Doña Leonor:

Don Manrique presentó las cláusulas del borrador del pacto. Los ejércitos de ambos reinos debían ser sometidos a un mando único. Los caballeros castellanos debían ser incluidos en el estado mayor del ejército aragonés y los aragoneses en el estado mayor del castellano. Don Pedro se obligaba a escuchar con atención los consejos de Don Alfonso, con el respeto que un caballero más joven debe a uno de más edad.

—¿A escuchar? —preguntó Don Alfonso.

—A escuchar —confirmó Don Manrique.

—¿No habéis podido imponer de una forma más clara? —preguntó Alfonso.

—No contestó Doña Leonor.

Nadie habló.

—¿Qué otras cláusulas prevé el contrato? —preguntó el rey.

Aragón establecía tres condiciones esenciales, explicó Don Manrique. De acuerdo con la primera, Castilla debía renunciar a la soberanía sobre Aragón. Aunque Don Alfonso sabía de esta condición, no pudo reprimir una expresión de mal humor: En cuanto a la segunda —prosiguió Manrique—, Aragón exige que se dé cumplimiento a la exigencia de desagravio de su vasallo Gutierre de Castro.

De esta exigencia no se le había hablado a Alfonso.

Se incorporó y desvió la mirada de Don Manrique a Doña Leonor:

—¿Debo pagar una indemnización a Castro? —preguntó en un tono peligrosamente bajo.

—No se habla de una indemnización —lo apaciguó Manrique, la palabra indemnización se ha evitado.

—Este necio de Pedro sabe aprovechar mi situación —dijo con amargura el rey—, se parapetó detrás de Castro para humillarme. Y Roma manda a su cardenal para que sea testigo de mi vergüenza.

—No es ninguna vergüenza —dijo amablemente con su clara voz Doña Leonor— sacrificarse para hacer posible la Guerra Santa. Sería una vergüenza que mandáramos de vuelta al cardenal sin tomar ninguna decisión. En este caso, toda la cristiandad despreciaría, y con razón, la inactividad de Don Alfonso.

Los señores estaban horrorizados. Los estandartes de Castilla y Toledo colgaban lacios de sus astas; pálido y lleno de una ira infinita, Alfonso miraba fijamente a Leonor. Mientras había estado a solas con él no había pronunciado ni una sola palabra de reproche por el asunto de La Galiana; fría y calculadora, había esperado hasta este consejo real para manifestarle ante sus consejeros, ante sus más próximos amigos, ante su estandarte, todo aquello que de insultante pensaba de él. Aquí, ahora, astutamente vengativa, en verdad digna hija de su violenta madre.

Pero Doña Leonor no bajó los grandes y verdes ojos ante el tumultuoso brillo de la mirada de él, ni siquiera la ligera e indeterminada sonrisa se borró de su tranquilo rostro. Con esfuerzo, dominó su ira. No podía tener un altercado con ella delante de sus señores, y sabía que nadie le daría la razón, ni siquiera el judío.

—¿Qué indemnización exigiría Castro de mí? —preguntó con voz ronca. En lugar de Manrique, contestó Doña Leonor:

—Las exigencias son penosas —dijo—, pero en el fondo no son injustas. Debemos pagarle el rescate exigido por los prisioneros de Cuenca y debemos devolverle su castillo de Toledo.

De nuevo reinó un profundo silencio. Sólo se oía la respiración jadeante de Don Alfonso. Quizás no era muy correcto, pero todos miraron, casi ansiosos, a Don Jehuda.

El arzobispo, que estaba sentado lo más lejos posible del judío y ni siquiera lo había saludado, tomó ahora la palabra, su voz resonó en la amplia estancia.

—Esto ofende tu honor mi señor —dijo—, pero la Guerra Santa borrará muchas humillaciones.

Doña Leonor se dirigió amablemente a Jehuda.

—¿Cuál es tu consejo, señor Escribano? —preguntó.

—Me da la impresión —contestó Jehuda— que el barón rebelde exige mucho de la majestad del rey. Pero no soy ducho en cuestiones de honor y el dignísimo señor obispo asegura que el gran objetivo de la Guerra Santa bien vale esa humillación. Por lo que a mí respecta, pierdo con dolor la casa de mis padres que por la gracia de Dios y de mi

señor volví a comprar por un elevado precio y que proporciona una gran alegría a mi corazón. Pero mis propios deseos y mi dignidad deben ser postergados cuando se trata de los nobles objetivos del rey nuestro señor. Gustosamente, mi señor pondré de nuevo en tus manos el castillo Ibn Esra, con todo lo que yo he añadido en construcciones y en reformas, por la mitad del precio que yo pagué a tu Tesoro, si con ello se hace posible la alianza y la cruzada.

Había preparado este discurso muy bien, pero no pudo evitar un ligero ceceo.

Ninguno había esperado que aquel hombre renunciara sin dilación a sus valiosas posesiones. Alfonso miró sorprendido a su Escribano, incluso a Doña Leonor le resultó difícil mantener su expresión amable, propia de una dama. ¿Qué astucias escondía aquel hombre tras tanta renuncia?

El joven Garcerán de Lara fue el primero en salir de su asombro.

—Así pues —dijo— alegremente, ¿podemos ponernos en marcha hacia el campo de batalla pasado mañana?

Pero:

—¿No hablaste de una tercera condición de Aragón, noble Don Manrique? —preguntó humildemente Jehuda.

—Sí —contestó Manrique—, pero se trata de un punto sin mucha importancia. Aragón desea todavía concesiones en aquellas viejas controversias en torno a ciertos derechos aduaneros y a sus fueros, ciudades hipotecadas y otras pequeñeces por el estilo.

Jehuda había percibido con júbilo interior el profundo efecto que había producido su rápida renuncia al castillo. Allí se encontraban sentados a su alrededor los enemigos que querían tener su guerra y destruir todo aquello que él había construido con tanta astucia y con la bendición de Dios. Pero no iban a conseguir su guerra todos aquéllos, los caballeros, los necios, y él conservaría su castillo.

En estos momentos había desarrollado ya su plan con todo detalle, se sentía seguro, la suerte era una facultad, y Dios le había otorgado esta facultad. Como un cazador que hostiga a sus perros, se sentía superior a los demás.

—¿Tienes una relación de las concesiones exigidas, Don Manrique? —preguntó. Manrique le alcanzó el escrito, y Jehuda lo leyó por encima.

—Estos diecinueve puntos —dijo— no son en absoluto tan inocentes como parecen. Según ellos, por ejemplo, debemos renunciar a los ingresos de la ciudad de Logroño. Logroño se ha convertido en el centro de nuestro comercio vinícola, hemos perdonado a la ciudad de Logroño y a la comarca de La Rioja los impuestos de tres años para fomentar este comercio vinícola.

—Si entiendo bien al judío —dijo lleno de desprecio el arzobispo—, ¿se queja de que durante la Guerra Santa quizás los ingresos del Tesoro de la corona sean menores? Probablemente tiene razón. Pero quien quiere conquistar la tierra prometida no debe temer el recorrido por el desierto ni debe quejarse por el puchero perdido de Egipto.

Jehuda no contestó a esto. Se dirigió al rey:

—Tu economía, mi señor ha superado en estos últimos años la economía de Aragón. Muchas de las empresas que hemos fundado durante este tiempo prometen un gran florecimiento. Y precisamente el disfrute de las empresas es cedido al reino de Aragón en este astuto pacto que han elaborado los consejeros del excelentísimo Don Pedro. Es un trato peligroso el que se te propone, mi señor. Si cedes en estos diecinueve puntos, en pocos años Aragón tendrá una ventaja decisiva frente a Castilla. El rey Pedro tiene un maestro del Tesoro muy capaz. Si aceptas estas condiciones, a la larga no estaremos a la altura de Aragón.

Nadie supo responder correctamente a esto. Don Martín gritó:

—¿Debemos traicionar a Cristo a causa del negocio vinícola de Logroño?

—Don Pedro no es codicioso —dijo Doña Leonor—, puesto que hemos cedido a las exigencias más cercanas a su corazón, no va a discutir por un pequeño beneficio.

—Perdona, señora —contestó respetuosamente Don Jehuda—, no se trata de un pequeño beneficio, se trata del dominio sobre esta Península. No han discutido ambos reinos durante décadas por estos derechos por el mero deseo de discutir. Me temo que no podremos entendernos con Aragón de la noche a la mañana.

Los señores estaban desarmados. Las cuestiones en litigio de las que se trataba eran poco claras, quizás se quería realmente privar a Castilla de importantes privilegios; aunque era mucho más probable que los dos ministro judíos discutieran para seguir aplazando la Guerra Santa.

Alfonso estaba tan sorprendido y desconcertado como los demás. Prefería tener un motivo para evitar la humillación que Doña Leonor y Don Pedro querían imponerle. Y también le producía felicidad la perspectiva de poder permanecer junto a Raquel durante largo tiempo. Probablemente, también el judío tenía razón, y si le concedía al necio Pedro aquellas aduanas y las otras posesiones, seguramente le entregaba el dominio de Hispania, la herencia de su hijo. Pero en lo más profundo lo enojaba tanto como a los demás la creencia de que Jehuda quería estafarle su guerra.

Puesto que la alegría y los sentimientos de culpa se mezclaban tan caprichosamente en él, le preguntó rudamente a Jehuda:

—¿Debemos seguir conferenciando durante meses, quizás durante años, porque vosotros, tú y tu primo, no podéis poneros de acuerdo? —y añadió—: ¿Qué propones tú? —preguntó groseramente.

Jehuda, que había pensado la respuesta a una pregunta así, respondió:

—La negociación es difícil, y es complicado encontrar una solución satisfactoria. ¿Qué os parecería si se solicitara un arbitraje imparcial de respetabilidad indiscutible?

Nadie sabía adónde quería ir a parar el judío. El arzobispo, de pronto, gritó entusiasmado:

—Sí, acudamos al Santo Padre, el legado cardenalicio se encuentra de todos modos en camino.

—En estas cuestiones tan mundanas —replicó humildemente el judío— quizás convendría decidirse por una autoridad mundana. Los príncipes podrían acudir al noble padre de la reina para solicitar de él una solución arbitral. Se trata de una tarea difícil, pero el rey de Inglaterra, en atención a la Guerra Santa y a la paz de Dios, difícilmente la rehusara.

La propuesta de Jehuda parecía tener pies y cabeza. El rey Enrique estaba emparentado con la casa de Aragón y la casa de Castilla, conocía perfectamente las relaciones y era famoso por su sabiduría en asuntos de Estado, de él era de esperar un juicio justo. Sin embargo, como la propuesta procedía de Jehuda, todos desconfiaron.

Doña Leonor estaba segura: lo que el judío aducía tenía tan poco que ver con sus verdaderas, complicadas y astutas reflexiones, como la encrespada superficie del mar con su fondo eternamente tranquilo. Rápida y recelosa, intentó descubrir sus verdaderos propósitos. Su padre, Enrique, que aplazaba constantemente su propia participación en la cruzada, comprendería con toda seguridad las ventajas que Hispania obtenía de su neutralidad. Con toda certeza, también consideraría que los reyes hispánicos, una vez que iniciaran su piadosa guerra contra los musulmanes, le pedirían ayuda militar; y no era un hombre al que le gustara dar nada. El rey Enrique, por lo tanto, no tenía ningún motivo para acelerar la reconciliación de Castilla con Aragón, más bien daría vueltas y más vueltas al asunto y finalmente presentaría su juicio de arbitraje de un modo que no satisficiera a nadie. Pensó con celeridad cómo podía hacer fracasar su plan. Viajaría a Zaragoza y hablaría con Don Pedro para que no se dejara convencer por su judío. Expondría a su padre su propia situación en un escrito confidencial conminándole a emitir su juicio. Pero ¡ay!, su majestad de Inglaterra había sentido también algunas de esas impías pasiones y las había disfrutado; si había alguien que pudiera demostrar comprensión por las licenciosas alegrías y preocupaciones de Alfonso, éste era su padre. Llena de amargura, Doña Leonor pensó que no podría vencer la astucia de Ibn Esra.

También Alfonso, con su rápida inteligencia, vio claramente las intenciones de Don Jehuda. Era tal y como él había sospechado desde el principio: el judío quería retrasar la Guerra Santa a causa de los fugitivos que hacía entrar en el reino, pero había errado

sus cálculos, pensó Alfonso. No voy a discutir con Pedro por bagatelas. No voy a acudir a mi suegro Enrique para que me guiñe el ojo: «Permitámosle al muchacho sus juegos en la cama y sus placeres». No voy a dejarme atrapar por el judío. No voy a pagar el amor de Raquel con corrompidas negociaciones e impedimentos.

Así sentía y pensaba Alfonso en el breve silencio que siguió a las palabras del judío.

Después, horrorizado por sus propias palabras, se oyó decir:

—¿Qué opinas tú, Doña Leonor? ¿Y vosotros señores? Me parece que nuestro Escribano ha encontrado una buena solución. Difícilmente hay en toda la cristiandad un mejor juez para este intrincado asunto que el sabio y augusto padre de nuestra reina. Me parece, Jehuda, que haremos tal y como has propuesto.

Capítulo V

PARA ir sobre seguro, Jehuda, en un escrito confidencial, expuso a Aarón de Lincoln, a quien conocía por cuestiones de negocios y que era el consejero financiero del rey Enrique de Inglaterra, en qué consistían exactamente las desavenencias entre los dos reyes hispánicos, y le rogó su ayuda. Después, antes de su regreso a Toledo, envió, tal y como la buena educación lo exigía, regalos a la reina. Regalos desvergonzadamente valiosos, nobles perfumes, una gran caja de tocador de marfil con peines, prendedores para el pelo y cosméticos, y además un cofre maravillosamente trabajado con broches, anillos, pasadores, piedras preciosas, y también zapatos sobre los que se habían fijado pequeños espejos, de modo que quien los llevaba podía en cualquier momento comprobar su aspecto. Doña Leonor se indignó ante la insolencia de aquel hombre que, para consolarla de la derrota que le había infligido, le mandaba unas bagatelas tan costosas. Tenía ganas de devolver los regalos; pero hasta el momento se había comportado como una dama e iba a seguir comportándose como tal. Además, los regalos le gustaban. Los conservó y le escribió una carta de agradecimiento.

Mientras tanto habían llegado a Castilla los primeros judíos fugitivos de Francia, y, tal y como había predicho Don Efraim, su llegada ofreció al arzobispo y a los grandes hostiles una bien recibida oportunidad para pronunciar nuevos discursos provocadores.

El judío, decían, con los ingresos del diezmo de Saladino no preparaba la Guerra Santa, sino que empleaba ese dinero en hacer entrar al reino nuevos enjambres de infieles y estafadores.

Las injurias no hallaron eco. Los éxitos de la nueva administración podían palparse. La riqueza del reino aumentaba y beneficiaba a todos. Todo el mundo tenía más dinero que antes; podían hallarse en abundancia mercancías que hasta el momento no se conocían; surgían nuevas plantaciones, talleres, tiendas. Todo lo que Jehuda tocaba prosperaba.

Por esa época se presentó ante él un sabio de la ciudad navarra de Tudela. Un tal rabí Benjamín, un hombre que gozaba de un reconocido prestigio. Este Benjamín de Tudela había dedicado su vida a la ciencia, a la geografía y a la descripción de la Tierra. Acababa de realizar un segundo gran viaje de investigación que le había llevado desde esta parte occidental del mundo hasta su frontera oriental, hasta la China y el

Tibet. Sobre todo, había estudiado la situación de los judíos en la diáspora, pero, además, había reunido útiles conocimientos de todo tipo y se había encontrado en todas partes con los hombres más significativos, también con el sultán Saladino y con el Papa. Ahora había empezado a poner por escrito los resultados de sus viajes en un libro. *Masseot Benjamin, Los viajes de Benjamín*, era el titulo que debía llevar el libro, y varios jóvenes instruidos de la academia de Don Rodrigue habían aceptado traducirlo al latín y al árabe. Así pues, este Benjamín de Tudela hizo a nuestro señor y maestro Jehuda Ibn Esra una visita; no quería perder la oportunidad de conocer al hombre que, en los años que había durado su ausencia, había cambiado de un modo tan lleno de bendiciones el rostro de la Península. Jehuda manifestó al famoso investigador mucho respeto. Le mostró la biblioteca con sus valiosos libros y rollos, le enseñó la sinagoga en construcción, y lo llevó a visitar las fábricas que había fundado. Rabí Benjamín vio y escuchó con experta atención.

En la mesa, en presencia de Musa, Benjamín informó de sus viajes. Respondiendo a las preguntas de Don Jehuda, habló de los judíos de Oriente. En el imperio griego y en Tierra Santa, los judíos sufrían bajo los cruzados, pero en El Cairo y en Bagdad vivían en paz y con un gran bienestar Habló de *Resch-Galuta*, el jefe en el exilio, el príncipe de la judería oriental. Residía en Bagdad y había sido reconocido por el califa como jefe de los judíos. Estaba autorizado para gobernar a sus hermanos en la fe con la vara y el látigo, tenía poder fiscal y jurisprudencia y cualquier poder sobre los judíos de Babel, Persia, Yemen, Armenia, sobre los judíos de la tierra entre los dos ríos y del Cáucaso; su poder se extendía hasta las fronteras con el Tíbet y la India. Cuando el califa entregó su cargo al *Resch-Galuta* que ahora gobernaba, nuestro señor y maestro, Daniel Ben Chasdai, proclamó ante todo el pueblo con voz firme.

—Soy el sucesor del profeta Mahoma, y éste, mi gran amigo, es el sucesor del rey David.

El *Resch-Galuta* disfrutaba del máximo respeto también entre los musulmanes. Cuando él salía a las calles, los criados que le abrían paso gritaban anunciándolo:

—¡Haced lugar a nuestro señor; el hijo del David! —y todo el pueblo se arrojaba al suelo como ante el mismo califa.

El pintoresco relato impresionó a Jehuda, pero Benjamín siguió:

—Por cierto, el *Resch-Galuta* habló también de ti, Don Jehuda. También en Oriente se sabe que renunciaste a tu elevada posición en Sevilla para ayudar a tus hermanos desde Toledo. —Y finalizó—: He viajado durante trece años a través del mundo entero, y a mi regreso me encuentro con que la mejor cosa y más digna de verse se hallaba inmediatamente cercana.

Y estas palabras de rabí Benjamin, que era imparcial y no tenía ningún motivo para adularlo, hicieron sentir a Jehuda un cálido estremecimiento, y el hecho de que hubieran sido pronunciadas en presencia de su amigo Musa aumentó su satisfacción.

Ahora se sentía como un *Oker Harim*, como un hombre que podía arrancar de raíz las montañas, y no se avergonzaba de no dudar en utilizar su poder. Puesto que el rey permanecía en Burgos durante más tiempo del que se había esperado, tomó peligrosas disposiciones con soberanía. Provocando el descontento de los prelados enemigos y de los barones, confió a varios fugitivos francos cargos importantes; a un tal Nathan de Nemours, que anteriormente había viajado ya por Castilla, lo nombró baile, corregidor de Zurita.

Se acercaba la fiesta del Purim, el día en el que los judíos celebran la salvación, gracias a la reina Ester, de su grave situación. El malvado Amán, el favorito del rey Asuero, había querido expulsar a todos los judíos de la ciudad de Susa y del reino persa, porque el judío Mardoqueo había herido su vanidad. Pero la sobrina y pupila de Mardoqueo, la muchacha Hedisa, llamada Ester, había encontrado gracia a los ojos del rey la había convertido en su reina y guiada por su tío Mardoqueo, se dispuso a hacer fracasar los planes de Amán. A pesar de que nadie que no hubiera sido llamado debía aparecer ante la presencia del soberano, bajo pena de muerte, ella se presentó ante Asuero y pidió clemencia para su pueblo. Y el rey conmovido por su belleza y por su sabiduría, tendió sobre ella el cetro, la indultó a ella y a su pueblo y entregó al malvado Amán a los judíos. Éstos lo colgaron de inmediato en la horca en la que había querido colgar a Mardoqueo, y también colgaron a sus diez hijos y ejecutaron a todos sus enemigos en los ciento veintisiete países que estaban sometidos al rey Asuero.

En el calendario de fiestas judío hay algunas que recuerdan grandes acontecimientos, pero no hay ninguno que los judíos piadosos celebren con tan desenfrenada alegría como este día conmemorativo. Celebran abundantes banquetes, se mandan regalos entre sí, dan generosas limosnas a los pobres, celebran exhibiciones, bailes y juegos de azar, pero sobre todo leen con gesto de triunfo, alegremente ruidosos, el libro en el que se recogen los acontecimientos de aquella milagrosa salvación: *El libro de Ester*:

También Don Jehuda, que gustaba de las celebraciones, reunía en esos días en su castillo a muchos invitados para escuchar juntamente con ellos la pintoresca historia de *El libro de Ester*, y para comer y beber con ellos, contemplar juegos y gozarse en conversaciones tanto inteligentes como absurdas.

Se suponía que los fabulosos acontecimientos de los que informaba *El libro de Ester* habían tenido lugar alrededor del año 3400 tras la creación del mundo, ahora se hallaban en el año 4950, y de año en año decenas de miles, cientos de miles, hallaban

consuelo en esa historia. Pero durante todo este tiempo habían sido muy pocos los que hubieran podido tener una alegría tan soberbia como la que sentía ahora Don Jehuda. Las pruebas y las victorias de Mardoqueo y de Ester era las suyas y las de su Raquel. ¿Quién podía sentir tan profundamente como él el valor de Ester y el peligro de muerte que había corrido cuando se presentó ante el rey? Quién como él podía disfrutar el júbilo del corazón de Mardoqueo cuando su enemigo Amán tuvo que conducirlo montado sobre el caballo del rey a través de la ciudad gritando:

—¡Así se hace con el hombre a quien el rey quiere honrar! Y cuando al final del libro llegaba el momento en que el rey nombraba a Mardoqueo su canciller; Jehuda sintió lleno de triunfo el sello con sus blasones sobre el pecho y miró satisfecho a los tres fugitivos francos a quienes había invitado a su casa para celebrar ese día.

Los estudiantes de la *Jeschiwa*, de la escuela de la Biblia y del Talmud, entre ellos Don Benjamín Bar Abba, parodiaban ahora a sus maestros, como era costumbre en este día, y se preguntaban unos a otros todo tipo de cuestiones sutiles.

El joven Don Benjamin era de la opinión de que Mardoqueo y Ester; a pesar de todos sus merecimientos, habían cargado sobre sus conciencias dos pecados: en primer lugar no tenían compasión.

—En la fiesta de *Passah* —dijo— tomamos del recipiente de la alegría diez gotas de vino porque conmemoramos los sufrimientos de nuestros enemigos. Sin embargo, Mardoqueo y Ester colgaron con ilimitado júbilo a Amán y a sus hijos y ejecutaron por puro triunfalismo a todos sus enemigos.

Los demás le contradijeron vivamente. Amán era de una maldad tan abismal que debía ser para los más piadosos un ilimitado gozo borrarlo a él y a los suyos de la faz de la tierra. Estaba escrito que Mardoqueo lo había salvado antes una vez del peligro de muerte; sin embargo, Amán se lo había recompensado con el peor de los desagradecimientos. Tan diabólica era su maldad, que los inocentes árboles de la tierra rivalizaban ante el trono de Dios para ser distinguidos con el honor de entregar la madera para su horca. Pero fue elegida la madera del arca de Noé: ya desde el día de la creación había sido destinada a este fin.

Don Jehuda se preguntó si él mismo era cruel. Lo era y estaba orgulloso de ello. Daría los veintidós barcos de su flota para darse el placer de ver colgar al arzobispo de una de las ramas más altas de un árbol; daría su parte en los negocios en la Provenza y en Flandes por poder contemplar cómo era azotado y descuartizado Castro, que lo había llamado a él perro sarnoso. Un hombre debía sentir así, a no ser que fuera un sabio como Musa, o un profeta. Él, Jehuda, no lo era y no quería serlo.

Las palabras de Don Benjamín lo sacaron de sus pensamientos y de sus reflexiones. Éste hablaba ahora del segundo pecado de Mardoqueo: de su orgullo.

—Contempladlo —se apasionaba— cabalgando pomposamente cruzando la ciudad de Susa conducido por Amán. Y ¿por qué, puesto que era una orden del rey, no había doblado su rodilla ante Amán? Las leyes del país son vuestras leyes, enseñan los doctores. Fue su resistencia, el orgullo de Mardoqueo, la que trajo toda la desgracia sobre los judíos. Así se dice explícitamente en el libro. Mardoqueo conocía a las personas, conocía a Amán, y sabía las consecuencias que su resistencia tendría. ¿Por qué no venció su orgullo protegiendo así a su pueblo?

A Jehuda le resultó difícil mantener un rostro impasible. Sabía que él mismo era considerado arrogante, y a ninguno de sus invitados podía habérsele escapado la gran similitud que guardaba su destino y el de Doña Raquel con el de Mardoqueo y Ester. Con toda seguridad, le comparaban a Mardoqueo. Y mientras Don Benjamín censuraba el orgullo de Mardoqueo, Jehuda sintió una amarga sospecha. Le había sido concedido traer la bendición sobre los judíos de Toledo. Pero quizás éstos, a pesar de todo, seguían mirándole con los ojos del rabí Tobia, llenos de desprecio. Nadie comprendía que Mardoqueo hubiera mandado a su pupila al rey pagano, a su castillo y a su cama. Pero Mardoqueo había vivido hacía muchos siglos en la ciudad de Susa, que estaba muy lejos. Él, Jehuda, vivía hoy, y La Galiana no se hallaba ni a dos leguas de camino. Malhumorado, examinó los rostros de sus invitados; malhumorado, examinó sobre todo el del joven Benjamín, a quien no podía soportar; sus miradas eran más y más atrevidas y sin el respeto a que tenía derecho un Jehuda Ibn Esra.

Pero no, sus invitados no tenían ninguna clase de segundas intenciones. Con qué pasión rebatían al joven Benjamín, lo defendían a él, a Jehuda, cuando defendían a Mardoqueo. Con satisfacción, se dio cuenta de que no le tomaban a mal que trajera la bendición sobre ellos.

De hecho, utilizaban inflamados argumentos para salir en defensa de su Mardoqueo. Si Mardoqueo hubiera sido orgulloso, ¿habría ocultado que era el padre adoptivo y tío de la reina? ¿Y habría un hombre orgulloso permanecido humildemente sentado como un campesino ante las puertas del castillo del rey? Y también había sabido educar a Ester en aquella humildad. Ester no había tomado, llena de falsa seguridad, aquella decisión —que podía acarrearle la muerte— de presentarse ante el rey, sino que lo había hecho con profunda humildad. Su oración había sido transmitida textualmente. «Tú sabes, Señor, que nunca he deseado el esplendor del castillo del rey. ¡No y mil veces no! Que detesto las señales de mi gloria que llevo sobre la cabeza en los días de mi pública presentación; que las abomino como paño de menstruación; que no ha tenido tu sierva día alegre desde el día de su encumbramiento hasta hoy sino en ti, Señor. Y ahora, ¡oh Señor!, oye la voz de los desamparados y sosténme en mi aflicción, y

permite que encuentre gracia a los ojos de este rey pagano ante el cual siento tanto temor como el cordero ante los lobos».

La desconfianza de Jehuda se había disipado. Los judíos de Toledo no le deseaban ningún mal. Veían en él a un hombre como Mardoqueo, un hombre grande entre los judíos y agradable ante las multitudes de sus hermanos, preocupado por el bienestar de su pueblo y que buscaba la salvación para toda su estirpe.

Musa le dijo:

—¿Se siente henchido tu corazón, querido Jehuda? ¿Te ves a ti mismo tan justificado como Mardoqueo?

Jehuda le contestó medio en broma, medio en serio.

—Tú lo dices.

Se sentía feliz y cansado cuando se fue a la cama. Pero su espíritu seguía trabajando mientras él dormía, y cuando despertó a la mañana siguiente, aquel hombre extraordinario y multifacético había tenido una idea para sus negocios, extraída de las impresiones y sensaciones del día anterior. Amán había decidido, echándolo a suertes, el día adecuado para el exterminio de los judíos. Pero había sorteado el día de su salvación y exaltación, y los judíos llamaban fiesta del sorteo, Purim, a la fiesta de Ester. Echar a suertes, provocar la suerte, descubrir a quién concedía Dios su gracia y a quién no, divertía a los hombres. ¿Qué pasaría si él, Jehuda, sacara provecho de esta inclinación? Instituiría en nombre del rey un gran juego, instalaría una inmensa olla de sorteo de la cual todo el mundo, por muy poco dinero, podría sacar su suerte. Y aunque cada uno de los billetes aportaría al Tesoro del rey un beneficio muy pequeño, la magnitud de la venta produciría enormes beneficios.

Ese mismo día, Don Jehuda se puso a hacer los cálculos para la gran lotería de Castilla.

Después de que quedara claro en aquel consejo de la corona que las negociaciones con Aragón requerirían todavía largos meses, a Alfonso le urgía regresar a Toledo. Pero sabía que Doña Leonor había descubierto su deshonesto juego. Por supuesto, mantenía una actitud relajadamente amable, pero él no podía ni podría nunca olvidar jamás cómo ella le había dicho a la cara: toda la cristiandad se burlará de ti. Había leído en su claro rostro su desprecio y no quería huir. Pasó penosas semanas en Burgos, añoraba terriblemente a Raquel y la vida en La Galiana, pero se quedó.

Al iniciarse el tercer mes de su estancia en Burgos, se dijo que ahora había cumplido con su obligación y se preparó para partir.

Fue retenido de un modo amargo.

Resultó ser cierto lo que Leonor en su momento le había hecho saber: el pequeño infante Enrique estaba enfermo. Pero ahora, súbitamente, se agudizó su enfermedad. Los

médicos no podían hacer nada.

El desesperado Alfonso vio en esa desgracia el castigo de Dios. Recordó cómo una vez se había burlado malignamente con Don Rodrigue diciendo que Dios parecía contento con él; Dios permitía que todo lo que él tocara saliera felizmente adelante. Pero Rodrigue había comentado que el castigo del pecador en el más allá era más terrible; la gracia de Dios se manifestaba cuando Dios castigaba ya en esta vida. Si se trataba de una gracia, entonces se trataba de una terrible gracia. Pero Alfonso se había ganado el castigo. Se había comportado hipócritamente en el consejo de la corona, había dado por válidos los falsos y astutos argumentos del judío, se había mostrado cobarde ante su obligación más santa, ante la guerra. El hecho de que Dios le arrebatara a su heredero le mostraba cuán terriblemente había pecado.

También Doña Leonor se hacía supersticiosos reproches. Había mentido convirtiendo la simple debilidad del infante en una enfermedad para atraer a Alfonso a Burgos y apartarlo de la judía. Ahora un cielo vengativo convertía su propia mentira en verdad. Desamparada y desesperada, permanecía junto al niño que ardía de fiebre luchando por respirar.

Entonces llegó de Toledo el viejo Musa Ibn Da'ud para ofrecer su ayuda a los médicos de Burgos.

Don Jehuda, tan pronto como se enteró de la enfermedad del niño, se sintió profundamente horrorizado. Si algo le sucedía al infante, Doña Leonor impondría el compromiso matrimonial de la princesa Berengaria con Don Pedro, y entonces ni el plan más astutamente elaborado podría detener la alianza y la guerra por más tiempo. Don Jehuda exhortó a la aljama a que celebrara de inmediato cultos para la recuperación del infante; los judíos toledanos rezaron con vehemencia; sabían qué estaba en juego. Y sin dilación, Don Jehuda había rogado a Musa que viajara a Burgos. El anciano médico se había resistido a ello. Dijo que primero quería esperar a ser llamado por el rey. Pero Jehuda había insistido en que partiera enseguida.

Y allí estaba. El rey, a pesar de su antipatía por el viejo búho, respiró aliviado y comunicó contento a Leonor que se hallaba presente el mejor médico de la Península, Musa Ibn Da'ud, y que con toda seguridad él podría salvar al niño.

Pero entonces se desencajó el claro y tranquilo rostro de Doña Leonor toda ella cambió terriblemente y se manifestó todo su odio.

—¿No habéis provocado suficientes desgracias tú y tu judía? —le espetó. Su voz, normalmente tan hermosa, sonaba horrible y estridente—. ¿Queréis también eliminar a mi hijo? —empleaba la lengua de su infancia, el francés—. ¡Pongo a Dios por testigo —juró utilizando la blasfemia preferida de su padre— que antes mataré a ese hombre con mis propias manos que permitir que se acerque a mi hijo!

Alfonso retrocedió. Ésta era otra Leonor distinta a la que había conocido a lo largo de quince años. Incluso durante aquel consejo de la corona, cuando ella lo humilló, había controlado el tono y los gestos; ahora, por primera vez, se manifestaba en ella aquella pasión que había empujado a su padre y a su madre a hechos desmesurados. Y él, Alfonso, era el culpable, él había convertido a aquella dama y reina en esa mujer enfurecida.

El infante Enrique murió entre terribles dolores.

Callada y endurecida permanecía sentada Doña Leonor. Pero en medio de su ilimitado sufrimiento crecía en su interior salvaje y amargamente jocoso, el convencimiento de que precisamente su pérdida la acercaba al objetivo. Ahora, tras la muerte del infante, Berengaria volvía a ser la heredera de Castilla, ahora su compromiso matrimonial con Don Pedro era un deber ante toda la cristiandad. Ahora, ningún endiablado judío podría impedir la guerra. Ahora, Don Alfonso debería marchar a la batalla, su separación de la judía estaba decidida. Y mientras pensaba, llena de enconado autodesprecio, en las ventajas por las que había tenido que pagar un tan elevado, veía ya a Alfonso ante ella armado para emprender la batalla; inclinándose desde el caballo ante ella lleno de caballeresca confianza; y mientras que durante todos aquellos meses no había sentido nada más que un irrefrenable deseo de castigarlo, de golpe se sintió invadida por su viejo amor.

El propio Alfonso estaba derrumbado. Se hallaba allí sentado, con el rostro gris, el pelo enmarañado, la mirada fija y apagada. Se sentía atormentado por tremendos remordimientos. Se había engañado a sí mismo diciéndose que convertiría a Raquel, sabiendo desde el principio que no podría hacerlo. Aquella mujer se había adueñado de él como una enfermedad, lo había sabido siempre, pero no había querido reconocerlo. Había cerrado los ojos y se había fingido ciego. Pero ahora Dios le había hecho abrir los ojos con una luz terrorífica.

Durante esa noche, mientras el infante muerto yacía de cuerpo presente en la capilla del castillo envuelto en incienso, rodeado de velas, arrullado por las oraciones de los sacerdotes que lo velaban, Alfonso y Leonor tuvieron una conversación. Sin rodeos, él le preguntó cuánto tiempo tardaría en hacer realidad el compromiso matrimonial de Berengaria con Don Pedro. Ella contestó que los contratos probablemente podrían estar firmados en pocas semanas.

—Así pues, dentro de dos meses emprenderé la batalla —declaró Don Alfonso—. Eso está bien —manifestó.

Ella permanecía sentada, serena, dulce, triste y digna. Pensaba en cuántas desgracias habían tenido que caer sobre ellos dos antes de que él se librara de su vergüenza. Recordaba las palabras que su madre había escrito al Santo Padre desde su

prisión: «Por la ira de Dios, reina de Inglaterra». Intercambió sensatas y serenas palabras con Alfonso, pero en su interior seguía repitiéndose aquellas palabras: *In ira dei regina Castiliae*.

Tranquilamente, con su clara voz, le dijo que seria bueno que antes de dirigirse a la batalla se librara de todas sus culpas. Él comprendió de inmediato. Todavía ardía en él el recuerdo de cómo ella lo había insultado abiertamente ante los demás y de cómo dos días atrás había manifestado su odio con maldiciones y juramentos. Pero ahora su rostro y su voz estaban tranquilos; era casi como si sintiera piedad de él, no era una mujer iracunda y sedienta de castigo, sino una mujer amante la que le hablaba.

—La echaré de mi lado —juró él intempestivamente.

Apenas el rey se acercaba al portón de La Galiana, cuando le saludó la inscripción: Alafia, prosperidad, bendición; antes de ver la mezuzah cuyo cristal él mismo había roto, se alegraba altivamente de decirle a Raquel: Me voy a la guerra, vamos a separamos, Dios así lo quiere. Y después de haberle dicho esto, volvería de inmediato a Toledo.

Pero entonces se encontró ante ella, sus ojos de un gris azulado brillaban, todo su rostro resplandecía, y su resolución se esfumó. De todos modos, todavía intentó no olvidar su promesa, iba a cumplirla, le hablaría de su separación, pero no ahora, no hoy.

Él la abrazó, comió con ella, charló con ella, pasearon por el jardín. Aquella mujer era totalmente distinta a como la recordaba. Mucho más hermosa, y ¿cómo había podido imaginar que había en ella algo de bruja?

Llegó el crepúsculo. Olvidada quedó la muerte del infante, olvidada la Guerra Santa. Cayó la noche, fue una noche dichosa.

Desayunaron juntos como lo habían hecho antes. Pero ahora él mantenía una actitud reservada. Tenía que hablar. No podía aplazarlo por más tiempo, cada minuto de retraso era una necedad, era pecaminoso.

Ella hablaba despreocupadamente de pequeños acontecimientos que habían sucedido durante el tiempo que había durado su ausencia. El tío Musa había hablado extensamente de los edificios de Burgos. Le había explicado que se encontraba a gusto en las ciudades y casas musulmanas: pero también la sencilla y excelsa sobriedad de las ciudades y castillos cristianos tenía estilo. Tenía grandeza.

Lo que Raquel estaba diciendo y cómo lo decía puso de mal humor a Alfonso. Despertaron en él los recuerdos de Burgos, la enfermedad del niño y la furia de Doña Leonor; también tuvo que recordar su primera conversación con Raquel, cómo ella

había criticado su castillo de Burgos. Se sintió invadido por el ánimo altivo que lo acompañaba a su llegada, y grosera y malignamente dijo:

—Al parecer a tu Musa se le han abierto los ojos ante una gran verdad. El lujo musulmán causa pronto hastío. Yo también estoy harto de La Galiana. Dentro de un par de semanas entraré en batalla. Nunca más volveré a pisar La Galiana.

Ella lo miró como si no lo hubiera comprendido. Y entonces cayó de espaldas sin sentido. Él se quedó allí sentado, atontado. Estaba preparado para rechazar sus quejas y explicarle con duras y groseras palabras que así debían ser las cosas. Ahora se sentía como un majadero y no como un caballero. Había visto morir amigos y había rezado un Padrenuestro por sus almas y seguido la lucha; ante esta mujer desmayada se sentía absolutamente desamparado. La tomó en brazos, la acarició, la estrechó tiernamente, humedeció su frente.

Después de una eternidad, ella abrió los ojos. No sabía dónde estaba. Se dio cuenta por fin de dónde se encontraba.

—Perdona que esté tan débil —le dijo—, ya sabía que no podría durar siempre, me dijeron lo que había sucedido en Burgos, el ama Sa'ad me lo dijo, y debería haber sabido que no debía hacerte recordar Burgos, perdona que esto me haya afectado tanto, pero es que estoy algo delicada porque estoy embarazada.

Él la miró con la boca medio abierta, con expresión algo bobalicona. Entonces se rió, con una risa tremenda, atronadora y feliz.

—¡Esto es magnífico! —dijo lleno de júbilo—. ¡Soy verdaderamente un hombre afortunado!

Empezó a dar vueltas, golpeando el suelo con los pies, realizó unos pasos de baile, la estrechó salvajemente.

—Suerte —dijo— que no llevo puesta la armadura. Si no podría llenar tu pobre pecho de heridas y rozaduras.

Él pensó: Me he comportado con esta encantadora mujer de un modo grosero y burdo, como un campesino, y, sin embargo, sabía que mentía, incluso mientras hablaba. ¡Dejar a esta mujer!

También dijo en voz alta algo parecido. La mantenía en sus brazos y le hablaba, balbuceaba mezclando el castellano con el árabe, lamentándose intempestivamente, hablando confusamente, diciendo cosas sin sentido, enamorado.

Él pensó: «Soy verdaderamente hijo predilecto de Dios. Juega conmigo como un padre con su hijo pequeño. Me hostiga con traviesa malicia y me prepara después una alegría todavía mayor. En su momento, me echó encima la más absurda de las guerras, y entonces detuvo el corazón del viejo tío Raimúndez. Me ha arrebatado al pequeño

Enrique y me da ahora un hijo de esta mujer, a la que amo tanto, a la única que amo. Lo tuve por un castigo y era una bendición».

Tuvo que reprimirse para no decir esto a Raquel. Un rey podía permitirse pensar estas orgullosas y felices cosas, pero ni siquiera a un rey se le consentiría que las dijera. Pensó en la promesa que le había hecho a Doña Leonor. Ya no era válida. En estas circunstancias no era válida. El hecho de que Raquel fuera a darle un hijo, significaba que Dios lo había perdonado y que estaba de acuerdo con él. Pensó: un rey tiene una voz interior y sólo a ella debe prestar oídos. Dios no quiere que emprenda ya la batalla, lo siento con toda claridad. Estaría dispuesto a ir al campo de batalla, pero debo esperar hasta que Dios me indique cuál es el momento adecuado.

Pensó: ¡Abandonar a esta mujer! ¡Antes prefiero morir mil muertes! Se sentía terriblemente dichoso. Y terriblemente dichosa se sentía ella.

Y la vida en La Galiana continuó como antes.

El cardenal Gregor de Sant'Angelo, el enviado especial, entregó al rey una carta escrita a mano del Santo Padre. El Papa recordaba a su amado hijo, el rey de Castilla, aquel acuerdo del concilio lateranense que prohibía a los príncipes de la cristiandad confiar a judíos poder sobre los cristianos, y lo amonestaba, con paternal severidad, para que arrebatara su cargo, de una vez, al tristemente célebre Ibn Esra. Si Satanás, escribía el Papa, no dividiera a los augustos príncipes de Hispania por medio de las intrigas de sus ministros judíos, haría ya tiempo que se habrían puesto de acuerdo.

A Alfonso lo enojó que detrás de esta carta estuviera Doña Leonor o el arzobispo. Pero no se sintió furioso, se sentía ligero y por encima de estas cosas. Él tenía su voz interior, y ésta le ordenaba: «No eches al judío, quizás más adelante».

Respetuosamente, contestó al cardenal que le acongojaba servirse durante tanto tiempo de un consejero que no le gustaba al Santo Padre, pero que había sido la ayuda de este Ibn Esra la que le permitiría preparar la cruzada contra los musulmanes. Tan pronto como hubiera alcanzado la victoria y, por lo tanto, no necesitara las artes del judío, tal y como correspondía a un fiel hijo, obedecería la voluntad del Santo Padre.

El cardenal Gregor un gran orador, predicó en la catedral. Ya hacía siglos, mucho antes que el resto de la cristiandad, los habitantes de la Península habían iniciado la guerra contra los musulmanes. Pero Satanás había sembrado la discordia entre los reyes, de modo que utilizaban sus espadas para enfrentarse entre sí en lugar de utilizarlas contra el enemigo común de la cristiandad. Pero ahora el Todopoderoso había sacudido sus corazones, e Hispania reemprendería su vieja lucha contra los infieles con nuevo entusiasmo. ¡Dios así lo quería!

Los castellanos, a quienes la muerte del infante les había parecido la señal de que la guerra por fin empezaría, dejaron que el sermón del cardenal llegara hasta el fondo de sus almas. La majestuosa omnipresencia de la Iglesia les había inculcado en la conciencia, desde la infancia, cuán pasajera era la vida terrenal; ahora, lo terrenal perdía por completo su valor ante la bienaventuranza de la eternidad que se abría tan cercana y real ante ellos: porque aquel que participara en la batalla se vería libre de sus pecados; o bien regresaría puro como un niño, o bien, aunque estuviera destinado a caer prisionero o a morir en el campo de batalla, encontraría con toda seguridad su recompensa en el cielo. Tampoco aquellos que habían disfrutado durante los últimos años de prosperidad, de la abundancia y la comodidad, y las habían sabido apreciar lamentaban la cercana pérdida de aquellos bienes, sino que intentaban convencerse del atractivo de lo inevitable en la medida en que imaginaban las grandes alegrías del paraíso.

Los hombres capaces de empuñar las armas intentaban vender sus posesiones; se podían comprar baratas pequeñas propiedades, talleres y cosas por el estilo. Por el contrario, subió el precio de todo aquello que se necesitaba para una expedición militar; los armeros, los comerciantes del cuero, los vendedores de reliquias tenían una buena racha. El jardinero Belardo buscó el jubón y la caperuza de su abuelo y untó el cuero con aceite y grasa.

El arzobispo Don Martín hacía más viva la palpable cercanía de la guerra. Constantemente llevaba puesta ostentosamente la armadura bajo sus vestiduras talares. Olvidó su ira contra Alfonso y La Galiana, dio gracias a Dios de que el pecador hubiera sido devuelto, con mano dura, al camino de la virtud caballeresca. Al ver que su Rodrigue parecía no participar del entusiasmo de los demás, habló con él amigablemente. El canónigo reconoció que en su alegría por aquella piadosa empresa se mezclaba constantemente, como una gota de sangre en una copa de vino, el pensamiento de los muchos muertos que exigiría la guerra ahora también a la Península. Don Martín le replicó que Dios había creado al hombre para que peleara y luchara.

—Claro que también le dio el dominio sobre todos los animales pero lo hizo de tal modo que el hombre tuviera que luchar por este dominio. ¿O crees que un toro salvaje se dejaría atar sin lucha al yugo del arado? Con toda seguridad, Dios halla placer en los caballeros que luchan contra el toro. Reconozco gustoso que de todas las frases que el Salvador pronunció, prefiero aquella que nos ha transmitido Mateo: «No creáis que he venido a traer la paz sobre la tierra. No he venido a traer la paz, sino la guerra». —Repitió el versículo en el texto original—. *Allà máchairan!* —gritó alegremente, y las palabras griegas del Evangelio sonaron mucho más fuertes y belicosas de lo que sonaban en el latín al que estaban acostumbrados: *sed gladium*.

El festivo mensaje de la espada se clavó dolorosamente en el alma de Don Rodrigue y le llenó de preocupación que el arzobispo, que no era precisamente un hombre muy instruido, recordara del texto original precisamente estas palabras. Le habría resultado muy fácil al canónigo oponer a una sola frase del Evangelio en la que se ensalzaba a la guerra, muchas otras en las que se alababa dulce y magistralmente la paz.

Pero Dios había cubierto el corazón del arzobispo de hierro, de modo que sólo podía escuchar aquello que quería oír. Don Rodrigue guardó silencio lleno de preocupación.

Don Martín siguió hablando:

—Cuando llegue la primavera, los reyes marcharán hacia la guerra. Así se dice en el segundo libro de Samuel. Así está determinado. Lee, querido hermano, lee también en el libro de los Jueces y en el de los Reyes sobre la guerra del Señor: Borra de tu rostro esta expresión de Jeremías y lee cómo Dios participa en las guerras y cómo la guerra une a los piadosos y al reino y destruye a los infieles. Los hebreos, temerosos de Dios, se lanzaron a la batalla. Lanzaron su grito de guerra y vencieron a sus enemigos. Tenían su grito de guerra: ¡*Hedád*! Tú mismo me lo has dicho. *Hedád*, suena claro y bien. Pero el nuestro: *Deus vult* Dios lo quiere, tampoco suena mal y puede pronunciarse además con fuerza. Únete a nosotros, querido hermano, sal de tu aflicción y anima tu corazón.

Más confiado, puesto que el canónigo se empecinaba en su desdichado silencio, añadió:

—Y no olvides aquellas otras bendiciones del campo de batalla y el hecho de que por fin nuestro apreciado Alfonso abandone esta paz corrupta y salga de ese lodazal.

Pero Don Rodrigue no estaba tan convencido como el arzobispo. Sentía en él una ligera duda en cuanto a que la muerte del niño hubiera realmente despenado al rey del sueño en que se hallaba sumido; el ligero temor de que Alfonso seguiría buscando un camino intermedio entre su pecado y su deber. Hizo un esfuerzo y habló con su hijo espiritual.

—Ahora que te vas a la guerra, hijo mío, y mi rey —le advirtió—, debes ser consciente de que no basta con golpear con la espada. El perdón de los pecados te será concedido en la guerra sólo si te arrepientes de ellos con corazón sincero y lo manifiestas con obras. Escúchame, hijo mío, Alfonso, y no sigas engañándote como has estado haciendo hasta el momento, mintiéndote a ti mismo, a mí y a los demás. No es nuestra misión, ni nos ha sido concedido, salvar el alma de esa mujer. Ya lo sabes. A tus amorosos esfuerzos no les ha sido concedido penetrar en su espíritu, y también a mis palabras ha negado el Señor la fuerza. No te es permitido vivir con ella. Arranca el

pecado de tu corazón. No te vayas a la guerra estando en pecado. Dios ha dado muerte a tu hijo como dio muerte al hijo del faraón que se empecinaba en su pecado. Ten en cuenta esta advertencia. Apártate de esa mujer. Ahora. De inmediato.

Alfonso no interrumpió al canónigo. Se sentía ligero e ilusionado, sus funestas palabras no encendieron su ira. Casi divertido, contestó:

—Debo decirte algo, mi padre y amigo, quizás debería haberlo dicho ya antes: Raquel está embarazada.

Dejó que las palabras hicieran su efecto en el otro, y continuó contento y confiado:

—Sí, Dios me ha bendecido de nuevo: el hecho de haberme negado hasta el momento la merced de salvar el alma de Raquel no ha sido más que otro de sus rodeos, una pequeña picardía llena de bendiciones. —Y añadió—. Ahora, no sólo ganaré un alma para la cristiandad —gritó lleno de júbilo—, tendré un hijo de Raquel, y ¿dudas acaso que la madre no seguirá al hijo cuando bauticemos a ese niño? Soy muy feliz, mi padre y amigo Don Rodrigue.

El canónigo estaba profundamente trastornado. Se había obligado a hablar duramente con su amado hijo, y éste había visto ya la Luz.

—Mis pensamientos no son los vuestros, y mis caminos no son los vuestros, dice el Señor; Alfonso había comprendido esto mejor que él.

Mientras tanto, el rey seguía hablando:

—Ahora no seguirás exigiéndome que me separe de ella.

Sonrió, y todo su rostro resplandecía. Rogó y aduló:

—Dejemos las cosas como están hasta que parta hacia el campo de batalla. ¿O quieres que eche a la madre de mi hijo? Dios me ha perdonado algunas de mis culpas. Ahora que lucharé por Él, me perdonará que no sea cruel con esta adorable mujer.

Más tarde, Rodrigue lamentó haber cedido, pero ¡ay había comprendido tan bien a Don Alfonso! Alfonso amaba a Raquel, y ¿acaso no cantaba Virgilio, el más piadoso entre los paganos, el más cercano al cristianismo, la magia del amor? De cómo embrujaba los sentidos y el alma, de cómo quitaba la libertad de decisión y ligaba a los hombres con artes sobrehumanas. Doña Raquel era digna de amor era hermosa, el pueblo tenía razón, era la Fermosa, su belleza lo conmovía incluso a él, a Rodrigue, y despertaba en él un piadoso sentimiento. No quería defender al rey ni siquiera ante sí mismo. Pero si Dios había puesto en el camino de este hombre a aquella mujer, quizás era sólo para probarlo con más dureza que a los demás y salvarlo de un modo más resplandeciente.

Cuando Alfonso pensaba en la conversación que había tenido con su confesor sentía vergüenza y remordimientos. En el mismo momento en que su padre espiritual y amigo le reprochaba sus mentiras, le había mentido de nuevo y más gravemente. Había hecho

como si la batalla estuviera cercana, otorgándose así el derecho de seguir pecando por un tiempo tan breve. Y sin embargo, sabía que la batalla no estaba en absoluto próxima. Él mismo contribuía a aplazarla.

Las mismas condiciones económicas conflictivas que impedían la alianza entorpecían ahora el contrato sobre la dote de la infanta Berengaria, y de este modo impedían que se cerrara la alianza. Don Joseph, en Zaragoza, planteaba siempre nuevas cuestiones y precisiones, e igualmente el rey Enrique de Inglaterra, y tan pronto era una cuestión la que no quedaba clara, como otra. Alfonso sabía con certeza que era Jehuda quien provocaba las dificultades, y él fingía sentirse iracundo e impaciente, pero quería que Jehuda planteara objeciones, que las provocara. Los dos adivinaban mutuamente sus intenciones. Cada uno de ellos conocía los deseos secretos del otro, pero no lo reconocían, practicaban un juego complicado y lleno de complicidades, entre ellos había una muda conspiración: se convirtieron en cómplices, el rey y su Escribano.

Al mismo tiempo, Don Alfonso se sentía celoso del judío porque Raquel se sentía muy unida a él, y Jehuda se sentía celoso de Alfonso porque Raquel lo amaba. Y Jehuda espiaba en los rasgos de Raquel y se alegraba de que guardaran semejanza con los suyos, y Alfonso espiaba los rasgos de Raquel y descubría con rabia los rasgos de su padre. Pero ambos mantenían con empeño su extraño juego, no sin un ligero y furioso regocijo. Ambos, incluso cuando estaban a solas, hacían como si trabajaran celosamente en favor del compromiso matrimonial y de la alianza, y ambos destruían de nuevo lo que habían construido tan diligentemente.

Cuando Don Martín fue consciente de que el rey pasaba la mayor parte de su tiempo en La Galiana, igual que antes, y que por medio de despreciables manejos seguía aplazando la Guerra Santa, su enojo se manifestó abiertamente. Predicó contra el rey que seguía los consejos de un estafador judío, que sometía a los cristianos al juicio y al arbitrio de circuncisos y que de este modo oprimía a la Iglesia de Dios y favorecía a la sinagoga de Satán. Un grande y virtuoso escritor de la antigüedad había dicho: *Sicut titulis primi fuere, sic et vitiis*, de igual modo que eran los primeros en la jerarquía lo eran también en la blasfemia, así sucedía ahora en la acongojada Castilla. Y predicaba acerca del rey Salomón que se había dejado arrastrar por sus prostitutas a la idolatría.

En todos los rincones del reino los sacerdotes imitaban al arzobispo. Contaban públicamente que el judío, un verdadero enviado el infierno, había construido el castillo encantado de La Galiana con el diezmo de Saladino e instalado allí a su hija para que embrujara al rey. Llamaban a Raquel la procelaria de Satanás.

Los castellanos se sintieron burlados. El rey les había estafado las bendiciones de la Guerra Santa. Los estudiantes cantaban canciones burlonas sobre Don Alfonso, lo

llamaban *equitem ad fomacem*, el caballero sentado junto al fuego, preguntaban, cuándo se haría circuncidar; el reino se hallaba consternado, indignado.

Pero, a pesar de su santa ira, algunos se alegraban de que la guerra todavía tardara en llegar. «Un huevo cocido en la paz es mejor que un buen asado en la guerra», decían, pronunciando el viejo refrán. Pero Castilla era un reino temeroso de Dios, y aquel empecinamiento en la paz no era agradable a los ojos de Dios, y tampoco aquellos que estaban de acuerdo con los motivos manifestaban su satisfacción fuera de los seguros muros de sus casas. En la calle y en las ventas manifestaban ardientes deseos de que llegara la Guerra Santa y deseaban que Dios iluminara al cegado Don Alfonso. Todo el reino participaba en la comedía del rey y su judía. El cura de una pequeña población acudió a Don Rodrigue para pedirle consejo. Un hombre de su comunidad, un cordelero, un hombre laborioso y piadoso, le había preguntado:

—En este ultimo año, el Señor ha engrandecido y bendecido mi negocio y he ahorrado casi dos maravedíes de oro, ¿por qué me manda precisamente ahora a luchar contra los infieles en el campo de batalla, reduciendo de nuevo mi floreciente taller a la miseria?

El canónigo había adivinado la mendacidad de Don Alfonso, pero, a pesar de toda su indignación, se sentía feliz de que la paz se mantuviera; así pues, era tan pecador como el cordelero. Esta consideración lo privó de su serenidad y contestó al cura con un ingenio y una ligereza que no habría podido igualar su amigo Musa. Le contó una historia de San Agustín. Una vez le preguntó alguien: ¿A qué se dedicaba Dios antes de crear el cielo y la tierra? Y Agustín contestó: Creó el infierno para mandar a él a la gente que hiciera estas preguntas.

La noticia del embarazo de Raquel aumentó la rabia de los hostiles grandes y de los prelados. Pero el pueblo recibió la noticia con alegría. Las gentes se habían resignado a que de momento siguiera habiendo paz, les parecía bien que la paz se mantuviera y que con toda probabilidad durara hasta el parto de la barragana, de la manceba, y que de momento no tuvieran que cambiar sus costumbres. Hablaban conmovidos y con ternura del embarazo de Raquel y sonreían satisfechos, llenos también de comprensión por las debilidades humanas de Don Alfonso. Aceptaban del rey caballeresco un hijo varón de la Hermosa, veían en el embarazo de Raquel un amable signo de Dios que quería otorgarle al ungido señor del reino, antes de que se fuera a la guerra, un sustituto del hijo muerto.

La Hermosa había hecho bien. Los amuletos que había mandado colocar a las puertas de La Galiana tenían evidentemente un gran poder mágico. Y algunos intentaron agenciarse un amuleto como aquél, una mezuzah.

Los prelados y barones estaban encolerizados viendo tanta necedad pecaminosa. Se corrieron rumores de desagradables signos. Se decía que Raquel, mientras estaba pescando en el Tajo con el rey, había atrapado la cabeza de un muerto; se afirmaba que lo había contado el jardinero de La Galiana.

Pero estos rumores tampoco hallaron eco ni influyeron en la cariñosa simpatía de los castellanos por aquel asunto amoroso, bendecido por Dios, entre el noble Alfonso y la Fermosa.

A pesar de los esfuerzos del arzobispo, Doña Raquel no se convirtió para el pueblo en la procelaria de Satanás, sino que siguió siendo la Hermosa.

Capítulo VI

EL difícil asunto que Alfonso se traía entre manos: fomentar la alianza y al mismo tiempo sabotearla, le obligaba a pasar mucho tiempo en Toledo, y Doña Raquel estaba sola a menudo. Pero ella intuía que era por su causa que Alfonso se reunía en su castillo con su padre preparando complicados planes, y su soledad se veía libre de aquella terrible añoranza que antes la había atormentado.

Repetidamente iba al castillo Ibn Esra. Allí le gustaba sentarse en un rincón de la habitación de trabajo de Musa, le rogaba que no le prestara atención y contemplaba cómo él, ocupado en sus pensamientos, iba de un lado para otro, escribía en su pupitre o leía sus libros.

Y si bien era cierto que en las últimas semanas el canónigo evitaba la presencia de Raquel, sucedió que con tanta mayor frecuencia aparecía el joven Don Benjamín. El hecho de que la mujer que le era tan apreciada, aquella Ibn Esra, princesa de la casa de David, llevara en su seno a un hijo del rey de Castilla le daba mucho que pensar y lo excitaba. Temía por ella, preveía las luchas que tendrían lugar en torno a Raquel y a su hijo e intentaba fortalecerla para esa lucha.

Pero cuando ahora hablaba de la guerra ya no se obligaba a mantener como había sucedido antes en presencia del canónigo, la serenidad propia de un hombre de ciencia, sino que más bien transmitía el calor de sus propios sentimientos a las frases con las que los maestros y poetas judíos intentaban demostrar que el concepto del mundo que tenía Israel iba más allá de la sabiduría de los impíos y del mensaje de Jesús de Nazaret. Mientras que el conocimiento del gran pagano Aristóteles sólo alimentaba el intelecto, las enseñanzas de Israel satisfacían no sólo esa necesidad de conocimiento, sino también la del sentimiento; no sólo guiaban el pensamiento del hombre por el camino correcto, sino también su comportamiento. Y puesto que el fundador del cristianismo proclamaba que el sufrimiento era la mayor virtud y el destino más santo del hombre, entonces era el pueblo de Israel, más que ninguna otra nación, quien había convertido esta enseñanza en vida y realidad; Israel llevaba la noble corona del sufrimiento desde hacía tantos siglos que era un ejemplo para la humanidad.

Don Benjamín alababa ante Raquel al hombre que, apenas cincuenta años atrás, había proclamado esta enseñanza en nobles frases, el último gran profeta de Israel,

Jehuda Halevi. Le contaba con todo detalle la apología del judaísmo que había hecho Jehuda, y le recitaba fragmentos de sus cantos a Sión: «¡Oh, Sión! ¡Hogar de la realeza! Si tuviera alas, volaría hacia ti. Celoso y feliz besaría tu polvo; porque incluso tu polvo tiene el aroma de un bálsamo. ¿Cómo puedo seguir viviendo mientras los perros desgarran a tus leones muertos? Tú, glorioso habitáculo del Señor ¡cómo se instala ahora la canalla esclavizada en tu trono!». Jehuda Halevi, hacia el final de su vida, frágil y fatigado, consiguió llegar a Tierra Santa, y a la vista de la Ciudad Santa fue muerto por un caballero musulmán.

Cuando Benjamín se dejaba llevar por estos entusiastas sentimientos, se sentía después algo abochornado, y bromeando intentaba volver a la cotidianidad. O tomaba su libro de notas y le rogaba a Raquel que le permitiera dibujaría. Sonriendo, ella le decía:

—¡Qué piadoso eres y qué blasfemo!

Hizo tres dibujos de ella. Raquel le rogó que se los regalara; temía que aquel que poseyera su retrato tuviera poder sobre ella.

En cierta ocasión, sintiéndose particularmente próximo a ella, le manifestó su ultimo y más secreto razonamiento.

—Añoramos nuestra Tierra Santa —dijo—, rogamos por el advenimiento del Mesías, pero en verdad —hablaba en voz tan baja que ella apenas podía entender lo que le decía— no queremos en absoluto que venga el Mesías. Entorpecería nuestra relación directa con Dios, nos quitaría una parte de Dios. Los demás tienen su Estado, su tierra y su Dios, y todo ello es objeto de su veneración, para ellos todo se entremezcla, y Dios sólo es una parte de lo que ellos adoran. Nosotros los judíos tan sólo tenemos a Dios, de ahí que lo tengamos con toda pureza y por completo. No somos pobres de espíritu, no necesitamos ningún mediador entre Dios y nosotros, a ningún Cristo ni a ningún Mahoma, nos atrevemos a mirar y venerar a Dios sin intermediarios. Tener la esperanza puesta en Sión es mejor y más enriquecedor para nuestras vidas que poseer Sión. La llegada del Mesías, que algún día habrá de venir es para nosotros algo que nos espolea a preparar el mundo para él, es un sueño, no es una realidad, y es bueno que así sea. No queremos volvernos negligentes y perezosos por el hecho de estar en posesión del bien, queremos para nosotros la lucha que nos permite la obtención del bien.

A pesar del respeto que Raquel sentía por la sabiduría y el espíritu de Don Benjamín, lo que dijo acerca del Mesías no le gustó. La blasfemia no debía llegar tan lejos. Se resistía a creer, no podía aceptar que el Mesías no existiera, que no aparecería ni pronto ni nunca.

Ella estaba convencida de lo contrario.

Se habían hecho muchas predicciones acerca del momento en que tendría lugar el advenimiento del Mesías. Se decía que el sufrimiento, el exilio y la diáspora de Israel durarían mil años. Hacía tiempo que habían pasado los mil años. De nuevo los enemigos atacaban Jerusalén, había llegado el momento anunciado por el profeta Isaías en que se cumpliría la promesa: una joven parirá un hijo, Emmanuel, el Mesías. Además, durante aquella década se contemplaba con particular respeto a las mujeres judías durante su embarazo, ya que, en palabras de los doctores, una de ellas podía ser la elegido para parir al Emmanuel.

El destino de Raquel, extraordinario en extremo, le hacía creer que llevaba en su seno al Mesías. Debía nacer de la casa de David, y ¿acaso no era ella, una Ibn Esra, una princesa de la casa de David? Y la inmensa y peligrosa fortuna de que el rey cristiano la hubiera elegido para que fuera su compañera, ¿no era también una extraordinaria señal? Palpaba su cuerpo, se recogía en si misma, sonreía ensimismada, y cada vez se sentía más segura en su convencimiento de que llevaba en su seno al Príncipe de la Paz, al Mesías, pero no habló a nadie de ello.

El ama Sa'ad cuidaba de ella y le decía qué debía comer y qué no, y cuándo debía descansar y cuándo debía moverse. Raquel se mostraba amable con ella, pero no la obedecía apenas. Se daba cuenta de que Belardo, exageradamente servil, le lanzaba a sus espaldas miradas malignas, pero no temía la maldad de sus ojos. Se sentía protegida en la serenidad de su felicidad. Pensaba en su amiga Layla de Sevilla, que le había dicho: «Pobrecilla», y se reía a carcajadas.

Leía los salmos. Había un canto que sentía más próximo a su corazón que los otros; no comprendía todas sus elevadas y pomposas palabras, pero si su sentido. «Prendado está el rey de tu hermosura —podía leerse en él—, pues que él es tu señor, póstrate ante él. La hija de Tiro viene con dones, los ricos del pueblo te halagarán. Toda radiante de gloria entra la hija del rey; su vestido está tejido de oro. Entre brocados es llevada al rey. A tus hijos los constituirás por príncipes de toda la tierra. Yo quisiera recordar tu nombre de generación en generación. Por eso, los pueblos te alabarán por siempre jamás».

Y Raquel se sentía tan orgullosa como su padre.

A menudo, cuando Alfonso contemplaba a Raquel se sentía invadido por una ternura casi dolorosa. Su rostro había recuperado su delgadez, le parecía infantil pero, sin embargo, lleno de sabiduría, sus movimientos se hicieron extrañamente suaves; las anchas vestiduras escondían la redondez de su vientre. Era patente que no sentía ninguna clase de temor; a veces le parecía que ella irradiaba una alegría desenfrenada.

Lamentaba que sus asuntos lo apartaran una y otra vez de su lado. En cierta ocasión le dijo que si la dejaba sola tantas veces no era porque la quisiera menos.

—Sino todo lo contrario —le aseguró. De camino hacia el castillo real se preguntó qué había querido decir al añadir «al contrario». De pronto, vio con toda claridad que para seguir entregándose a sus pecados destruía en secreto, una y otra vez, la santa obra que llevaba a cabo con diligencia a los ojos del mundo. Con toda claridad fue consciente de la repugnante conspiración en la que se había involucrado con el judío. El Papa tenía razón. Había cerrado una alianza con Satanás para impedir la Guerra Santa. Se dio cuenta de la corrupción de su alma.

Conocía el remedio. Convertiría a Raquel a la verdadera fe, si era necesario por la fuerza. Ahora, de inmediato, antes del parto. Debía ser cristiana cuando diera luz a su hijo. Así lo quería él.

Cuando estuvo de regreso en La Galiana y vio cuán dulce era aquella mujer embarazada, y que sólo la certeza de su felicidad le daba fuerza, no se sintió capaz de entablar con ella una conversación que pudiera hacer que se sintiera amenazada.

Sin cumplir su propósito se abandonó a la indolencia de su felicidad.

Como antes, se pasaban todo el día ociosos y todo el tiempo ocupados. Raquel volvía a contarle cuentos, y él se sorprendía de lo fácilmente que las palabras fluían de su boca y de cómo ella enlazaba una historia con otra, de cómo fabulaba y cómo creía en sus fábulas, haciéndoselas creer a él también.

Sí, Raquel era elocuente. Podía encontrar palabras para expresar todo lo que sentía.

Pero no para todo. No podía decirle a Alfonso cuánto lo amaba, nadie podía, sólo las antiguas canciones del Gran Libro. Y ella le recitaba los sonoros, jubilosos y apasionados versículos del Cantar de los Cantares. Intentó traducírselos al árabe y a su latín vulgar y al lenguaje secreto de ellos dos. De este modo pudo decirle cuánto lo amaba. También le recitó los enigmáticos versículos de aquel salmo que proclaman pomposamente la belleza de la desposada del rey y el brillo y la gloria del rey. A él le sorprendió que aquellos antiguos reyes hebreos fueran todavía más orgullosos que los caballeros de la cristiandad.

Y entonces, una mañana, en un repentino arrebato, con todo su corazón, le rogó que derribara por fin la última barrera que la separaba de él y aceptara la verdadera fe, de modo que ella, como cristiana, le diera un hijo cristiano.

Raquel lo miró con asombro, más sorprendida que enojada o furiosa. Tranquila, pero decidida, le dijo:

—No lo haré, Alfonso, y no vuelvas a hablarme de esto.

Al día siguiente le enseñó a Don Alfonso los tres dibujos que Benjamín había hecho de ella. Él miró los dibujos durante largo rato, incómodo. Raquel le contó que requería mucho valor que Don Benjamín la hubiera dibujado; hacer imágenes iba tanto en contra del mandamiento de Moisés como del de Mahoma. A Alfonso no le gustó que Raquel se relacionara tanto con Don Benjamín. Supuso que éste la animaba a persistir en su obstinación.

Si le está prohibido dibujar —dijo malhumorado—, debe dejar de hacerlo. No me gustan los herejes. Mis súbditos deben respetar las leyes de su religión.

Raquel se quedó estupefacta. ¿Acaso no exigía de ella la peor de las herejías, que abjurara de su fe? Él se dio cuenta de su asombro.

—Debe haber personas —le explicó— que elaboren las leyes: ésos son los reyes y los sacerdotes. Los que están por debajo de ellos no deben tratar de interpretar las leyes, sino obedecerías.

Pero cuando ella quiso recuperar los dibujos, él le rogó:

—Déjamelos un poco más.

Y cuando estuvo a solas contempló de nuevo los dibujos durante largo rato, meneando la cabeza. Lo que veía era su Raquel y, sin embargo, era otra. Descubrió en ella rasgos que él no había visto nunca; y eso que él la conocía mejor que ningún otro pudiera conocerla. Pero era infinitamente hermosa y tenía tantas facetas en su ser como nubes en el cielo y olas en el Tajo.

Habían llegado a Toledo músicos musulmanes. Se había dudado en dejarlos entrar en el reino, precisamente ahora durante la cruzada, pero Alfonso había explicado con ligereza que seria la última vez, antes de la gran guerra, que se podría disfrutar del arte de los trovadores musulmanes. Así que allí estaban; y aquellos que se consideraban instruidos y de refinadas costumbres los hicieron tocar y cantar en sus casas.

Alfonso los hizo ir a La Galiana. Eran dos hombres y dos jóvenes muchachas; los hombres, como la mayoría de los músicos, eran ciegos, porque las mujeres que se aburrían en los harenes no querían verse privadas de la música, y en el harén no podían mostrarse a los ojos de los hombres. Los músicos llevaban consigo guitarras, flautas, laúdes y una especie de piano, el canún. Cantaban y tocaban de un modo lento y monótono pero, sin embargo, excitante. Primero cantaron canciones de gesta, entre ellas la antiquísima del Cid Campeador: el judío Aben-Alfanche, que vivía en al-Andalus, la había compuesto en alabanza al caballero enemigo. Más tarde interpretaron las nuevas tonadas que circulaban por Granada, Córdoba y Sevilla. Cantaban la belleza de estas ciudades, de sus jardines, de sus fuentes, de sus muchachas, de sus caballeros. El ama Sa'ad no pudo impedir echarse a llorar. También Raquel sintió la añoranza de Sevilla.

Pero era una añoranza dulce, no empañaba la felicidad de La Galiana, sino todo lo contrario: la hacía mayor.

Para terminar, los músicos ciegos interpretaron también romanzas y baladas que contaban grandes acontecimientos del pasado y del presente, pero que habían adquirido el colorido de los cuentos y habían perdido los perfiles exactos del tiempo: perfectamente podían haber sucedido tanto quinientos años atrás como en el presente. Cantaron también una romanza que trataba de un rey infiel, un cristiano que se enamoró de otra infiel, una judía, y que vivió con ella en su castillo durante días, meses, años, él en su herejía y ella en la suya, e ¿iba a permitir Alá que esto tuviera un buen fin? Los ciegos cantaban con sentimiento, una de las muchachas tocaba el laúd, la otra percutía su canún. Raquel escuchaba. Sonreía. Estaba segura de que Alá lo llevaría todo a buen fin. Alfonso sintió una ligera preocupación, pero se rió de ella.

Los fugitivos judíos de Francia, casi la totalidad de los seis mil, estaban ya instalados y se incorporaban a la vida y al quehacer del reino. Los discursos llenos de odio de los prelados y los barones se perdieron en la alegre algarabía del bienestar general.

Este bienestar general contribuyó también a que la olla de la suerte, la lotería de Jehuda, cuyo plan le había inspirado la historia de Ester, se convirtiera en un éxito fabuloso. Podía comprarse un billete por pocos sueldos, se podían ganar diez maravedíes de oro. Todos jugaban, los grandes, los ciudadanos, los campesinos y los siervos. Se alegraban cuando ganaban, y lo consideraban un mérito personal; y cuando perdían, habían vivido durante semanas en una feliz expectación y ponían sus esperanzas en la próxima vez.

También los negocios que Jehuda tenía en el extranjero florecían mejor de lo que habría podido desear. Y su nombre era conocido desde Londres hasta Bagdad.

Así pues, Jehuda aparecía ante el mundo y ante sí mismo como un *Oker Harim*, como un hombre que podía trasladar las montañas, aunque a veces, por las noches, sentía miedo: «¿Durante cuánto tiempo más va a durar mi suerte?». No había olvidado la terrible desesperación que sintió cuando recibió la noticia de la muerte del infante. En aquellos momentos estuvo convencido de que Alfonso partiría de inmediato a la batalla y que se derrumbaría su suerte y la de su Raquel. Después, le había sido concedido ver cómo el embarazo de Raquel había ligado al rey más estrechamente a ella, y se sintió avergonzado de haber dudado de su fortuna. Pero el recuerdo de aquellas horas de desesperación no acabó de abandonarlo nunca y, sobre todo por las noches, su rica fantasía ponía ante sus ojos imágenes pavorosas. Alguna vez, a pesar de sus artes, llegaría la guerra. Sería una guerra dura, habría contratiempos, y la culpa de

las primeras derrotas le serían achacadas a él, a Jehuda y a la aljama de Toledo. Caerían sobre la judería de Castilla grandes sufrimientos, y toda la ira de Edom caería sobre él y sobre su hija.

También el futuro más próximo era inseguro. ¿Qué pasaría cuando Raquel trajera al mundo a su hijo? A veces, Jehuda tenía desvergonzados y locos sueños acerca del esplendor que rodearía a este nieto suyo. La barragana, la manceba, la *uxor inferioris conditionis*, disfrutaba de muchos derechos también en la sociedad cristiana, y el niño que ella tuviera, jurídicamente, apenas tendría desventajas frente a los hijos legítimos. Los reyes españoles habían convertido a sus bastardos en grandes señores. El sueño de que un nieto suyo pudiera llegar a ser príncipe de Castilla bailaba en la mente de Jehuda.

Pero su buen sentido destruyó pronto ese sueño y le mostró el peligro que traería sobre él y sobre Raquel el nacimiento de ese nieto. Don Alfonso daría por supuesto que su hijo iba a ser bautizado. Era absurdo querer obligar al rey de Castilla a que permitiera crecer a su hijo en la herejía y, sin embargo, Jehuda debía exigir de él ese absurdo.

Dios se burlaba de él, Adonai se burlaba de él. Dios no había olvidado que había sido durante tanto tiempo un mesumad. Dios le había sometido a prueba, y él había perdido a su hijo Alazar. Ahora iba a ser probado por segunda vez.

No sólo el intransigente y estricto rabí Tobia, sino también el judío más librepensador que vivía en aquellos días, nuestro señor y maestro Mose Ben Maimón, afirmaba que el judío estaba obligado a mantenerse firme y no entregar al hijo a la perdición del cristianismo, por extrema que fuera la desgracia. Por décima vez, Jehuda leyó el Mensaje acerca de la caída. Aquel que se convertía al profeta Mahoma, enseñaba en este libro Ben Maimón, todavía no estaba perdido, pero sí lo estaba aquel que ofrecía su cabeza al agua del bautismo; ya que la confesión de la trinidad era una absoluta y clara idolatría y contravenía el segundo mandamiento. Y Ben Maimón citaba los versos de la Escritura: «Aquel que entregue a uno de sus hijos a los idólatras, deberá morir. Y si el pueblo quisiera pasar por alto su iniquidad y no lo matare, apartaré mi rostro de ese hombre y de su estirpe y lo exterminaré a él y a todos los de su pueblo».

Jehuda abrió su corazón a su amigo Musa. Musa podía comprender que Jehuda no quisiera consentir bajo ninguna circunstancia el bautismo de su nieto.

Pero ¿cómo quieres impedirle al rey de Toledo y de Castilla —preguntó— que haga cristiano a su propio hijo?

Jehuda dijo, sin entusiasmo, que podría huir con Raquel antes de que naciera el niño. Musa no se dejó engañar. Jehuda, apasionadamente, le rogó:

—Debes comprenderme. Tú mismo, a pesar de toda tu madurez y experiencia, no abandonas el islam. Sabes que fui débil y que no retuve a mi hijo Alazar y soy culpable de su perdición espiritual. No podría soportar que este rey rociara a mi nieto con el agua de sus dioses.

Musa, casi sonriendo, repuso:

—Dices nieto, y con ello dejas bien claro que sólo piensas en un varón, pero quizás la criatura sea una niña. ¿Y si tuvieras que ver a Alfonso educando a su hija como cristiana? ¿Te parecería también entonces un pecado que arrojaría tu alma a la perdición?

Jehuda gritó furioso:

—No le entregaré a la criatura. Bajo ninguna circunstancia la dejaré en sus manos.

Pero de hecho, ciertamente, le parecía una culpa menor no sacrificarse por la salvación espiritual de una niña.

De momento, para apaciguar sus preocupaciones, en su juego con el rey adoptó una actitud cada vez más atrevida. Lleno de malvado regocijo, comprobaba hasta dónde alcanzaba su poder sobre Alfonso.

La construcción de la sinagoga que él había donado a la aljama había terminado. Jehuda quería inaugurarla pomposamente. Don Efraim no estaba de acuerdo; consideraba que una celebración así en aquellos momentos tendría el efecto de una provocación. Jehuda insistió.

—No temas, mi señor y maestro Efraim —dijo, y le aseguró—: Haré que nuestros enemigos, los herejes, se traguen sus lenguas.

Al día siguiente se dispuso a cumplir su promesa. Rogó al rey que honrara con su visita la nueva casa de oración. Don Alfonso se quedó asombrado ante tanta insolencia. Sus demoras en la Guerra Santa eran condenadas en toda la Península; si ahora, además, visitaba la casa del Dios judío, los prelados, con toda seguridad, lo entenderían como una insolente provocación. Reflexionó si debía rechazar el ruego de su Escribano negándose iracundo o con una atrevida broma. Jehuda estaba ante él con una actitud humilde e insolentemente familiar.

—Tus antepasados bendijeron más de una vez el templo de sus judíos con su visita —le dijo para que lo considerara.

—Pero no mientras la cristiandad estaba enzarzada en una Guerra Santa —contestó Don Alfonso, y puesto que Jehuda callaba añadió—: Creará mala sangre.

—Algunos de tus súbditos son tan arteros —repuso Jehuda— que censuran todo lo que Vuestra Majestad tiene a bien hacer.

El rey fue.

El maestro Meir Abdeli, un discípulo de los grandes arquitectos musulmanes y griegos, había dotado el edificio de nobles medidas, las arcadas y los balcones dividían con sabio arte la estancia, la experiencia de los maestros bizantinos y la de los árabes se fundía de modo orgánico, y todo confluía en el arca para la que el edificio había sido construido, a fin de que constituyera su marco adecuado y la guardara, la sagrada arca, el cofre que contenía los rollos de la Torah, forjado en plata de brillo mate. Al abrirlo, aparecía a la vista un pesado cortinaje de brocado; si éste se retiraba, resplandecía la joya de los rollos santos, los rollos de la Torah. El cofre no contenía muchos, pero entre ellos se encontraba aquel manuscrito antiquísimo del quinto libro, el más antiguo que había sobre la tierra, el *Sefer Hillali*. Aquel frágil rollo de pergamino iba envuelto en un manto bordado de una tela de gran calidad, estaba adornado con una placa de oro cubierta de piedras preciosas; y las barras de madera, a las que el pergamino iba sujeto, llevaban una corona de oro.

Los muros de la sinagoga estaban cubiertos de frisos. En ellos se mezclaban las inscripciones, los arabescos y los ornamentos. Una y otra vez se repetía la piña de pino, el símbolo de la eterna fertilidad, de la inmortalidad, y el escudo con las tres torres, ¿se trataba del blasón de Castilla o del sello de Don Jehuda? En abundante profusión, las sentencias hebreas cubrían las paredes. Eran sentencias que alababan a Dios, a Israel, a Castilla, al rey y a Jehuda Ibn Esra; jóvenes estudiosos y poetas las habían elegido y ligado entre sí con inteligente arte. Se mezclaba la prosa rimada con versículos de la Biblia, de modo que a veces no era posible reconocer claramente si la sentencia iba encaminada a alabar al rey o a su ministro. Se hacía referencia al faraón que promovió a José, y se citaban las palabras de las Sagradas Escrituras: «Y sin ti no alzará nadie mano ni pie en toda la tierra de Egipto, y lo nombró su consejero».

Y fue este edificio que Jehuda había construido en honor de Dios y en su propio honor el que visitó Don Alfonso, rey de Toledo y de Castilla.

Respetuosos, lo saludaron a la entrada el *Párnas* Efraim y los hombres más respetados de la aljama. Después lo condujeron al interior. Allí, en pie y con la cabeza cubierta, estaban los hombres judíos, y pronunciaron la bendición que prescribe la ley que se pronuncie al ver un príncipe de este mundo:

—Alabado seas, Adonai, nuestro Dios, que haces partícipe de tu gloria a la carne y a la sangre.

Conmovido y orgulloso, escuchó Don Jehuda estas palabras. Conmovido y estremecido, las escuchó Don Alfonso. No entendió su significado, pero los sonidos le resultaban familiares ya que había escuchado muchos de estos sonidos de los labios de su amada.

Según las enseñanzas de los musulmanes, la criatura que crece en el seno de la madre adquiere su propio ser ciento treinta días después de la concepción. Raquel, cuando llegó ese día, preguntó a Musa si la criatura en su seno era ya, pues, una verdadera persona. Musa repuso:

—Mi maestro Hipócrates solía contestar a esta clase de preguntas: «Es probable que así sea, o que ocurra algo parecido».

A medida que se acercaba el parto, aumentaban los consejos y preparativos de los que la cuidaban. El ama Sa'ad quería que durante todo el último mes se protegiera el dormitorio de Raquel de cientos *Dschinns*, espíritus malignos, por medio de sahumerios, y se sintió mortificada cuando Musa lo prohibió. Jehuda hizo llevar un rollo de la Torah a la habitación de Raquel y fijar a sus muros cientos amuletos, «mensajes para el puerperio», para impedir la entrada en la casa de la bruja y seductora Lilith, la primera mujer de Adán y de su maligno cortejo. Don Alfonso veía esto con enojo, y por su parte, y por consejo de Belardo, hizo traer a La Galiana toda clase de imágenes de santos y reliquias. Rogó también al capellán del castillo real, venciendo cierta turbación, que incluyera a Raquel en sus oraciones. Don Jehuda, a su vez, encargó que diariamente diez hombres pronunciaran oraciones para el feliz parto de su hija.

No había pisado La Galiana desde que Raquel vivía allí. También en este momento, en la hora decisiva, se prohibió a sí mismo estar cerca de Raquel, por más que lo deseaba. Pero mandó a Musa, y Alfonso se alegró de saber a Raquel bajo el cuidado del viejo médico.

Los dolores del parto fueron largos y surgieron discrepancias entre Musa y el ama Sa'ad sobre las medidas que había que tomar. Pero el niño salió felizmente a la luz. El ama se apoderó enseguida de él y pronunció junto a su oído derecho la llamada a la oración y en el izquierdo la profesión de fe: Alá es Alá y Mahoma su profeta, y supo triunfante que el niño pertenecía al islam.

Durante todas esas horas, Jehuda esperaba en el castillo y no sabía qué debía esperar y qué debía temer, que el niño fuera varón o que fuera una niña. Se vio asaltado por nuevas dudas pensando que quizás su larga persistencia en la falsa fe le habrían envenenado el alma; pensando en si tendría fuerzas para hacer lo correcto; en si se habría convertido en un buen judío, o si, en lo más profundo de su ser, seguía siendo un mesumad.

Mose Ben Maimón había resumido los fundamentos de la fe del judaísmo en trece principios de fe. Escrupulosamente, Jehuda escudriñó en su conciencia para averiguar

si en lo más profundo de su alma creía realmente en cada una de estas sentencias. En la versión que tenía ante él, cada articulo de fe empezaba con las palabras: «Creo con fe inconmovible…». Despacio, Jehuda pronunció para sí las sentencias:

—Creo con fe inconmovible que es correcto alabar al Creador, alabado sea su nombre, y sólo a Él, y que no es correcto alabar a cualquier otro. Creo con fe inconmovible que la revelación de Moisés, nuestro maestro, la paz sea con él, es la pura verdad; que es el padre de los profetas: de los que fueron anteriores a él y de los que vinieron después.

Sí, lo creía, lo sabía, era así, y ninguna enseñanza de ningún Cristo y de ningún Mahoma podía ensombrecer la revelación de nuestro señor y maestro Moisés.

Con entusiasmo, rezó Jehuda las últimas palabras de la profesión de fe:

—Espero en tu ayuda, Adonai. Espero, Adonai, en tu ayuda. Adonai, en tu ayuda espero.

Oró, hizo profesión de su fe, estaba dispuesto a sufrir la muerte por su fe y por esa certeza suya.

Pero toda su concentración y recogimiento no impedían que sus pensamientos volaran a La Galiana. Esperaba, reflexionaba, temía, esperaba.

Finalmente, llegó el mensajero, y antes siquiera de pronunciar el saludo, le gritó a Jehuda la dichosa fórmula:

—Un varón ha venido al mundo, la bendición ha caído sobre la tierra.

Jehuda sintió un júbilo sin medida. Dios lo había bendecido. Dios le había mandado un sustituto que ocupara el lugar de Alazar: Un varón había venido al mundo, un nuevo Ibn Esra, un descendiente del rey David, su nieto, suyo, de Jehuda Ibn Esra.

Pero en el mismo momento el miedo empañó su júbilo. Un descendiente del rey David, pero también un descendiente de los duques de Borgoña y los condes de Castilla. Don Alfonso tenía el mismo derecho que él sobre el niño; Don Alfonso podía utilizar todo el poder de la cristiandad para defender su derecho, y él, Jehuda, estaba solo. Pero:

—Creo con fe inconmovible… así creía él; y quiero con voluntad inconmovible… así quería él, y decidió: el rey infiel no lo conseguirá. Lo conseguiré con la ayuda de Dios y con mi probada inteligencia.

Mientras tanto, en La Galiana, Doña Raquel contemplaba y acariciaba tiernamente a su hijo. De modo inaudible lo agasajaba y lo disfrutaba, y lo llamaba Emmanuel, una y otra vez Emmanuel, el nombre del Mesías.

Alfonso —tal y como lo exigía la courtoisie y como se lo pedía su corazón— se dejó caer de rodillas ante Raquel y besó la mano de la mujer infinitamente debilitada.

Esto horrorizó al ama Sa'ad. Raquel estaba impura, la parturienta era impura durante mucho tiempo, y aquel hombre, aquel necio, el señor de los infieles, la tocaba y conjuraba así a todos los espíritus contra ella, contra sí mismo y contra el niño. Rápidamente, volvió a poner al niño en la cuna, cortó un par de cabellos de su cabeza para ofrecerlos en sacrificio y puso alrededor de la cuna azúcar para que el niño fuera dulce y bueno, oro para que fuera rico, pan para que fuera longevo.

Alfonso se sentía feliz. Dios le había dado la recompensa de la batalla por adelantado, le había regalado otro hijo en lugar del que había perdido. Decidió que el niño debía ser bautizado al tercer día y que se le pondría el nombre de Sancho: Sancho el Deseado había sido el nombre de su padre. Quería decirle esto a Raquel, pero ella estaba muy débil, mejor aplazarlo hasta mañana o hasta pasado mañana.

Sentía la necesidad de compartir su alegría con otros. Cabalgó hasta Toledo. Hizo llamar a sus consejeros y a aquellos de sus barones que consideraba amigos. Estaba radiante. Repartió mercedes.

También había hecho llamar a Jehuda al castillo, y lo retuvo cuando los otros se retiraron. Como de pasada, le dijo:

—Llamaré al muchacho Sancho como mi padre, el bautizo se celebrará el jueves. Ya sé que no te gusta mi casa de La Galiana pero quizás podrías sobreponerte y darme la alegría de ser mi huésped ese día.

Jehuda, llegado el momento de la decisión, sintió una gran paz. Habría preferido ver a Raquel antes de este enfrentamiento con Don Alfonso. Ella amaba a aquel hombre, le resultaría difícil decirle una y otra vez que no a aquel hambre violento, pero sabía que ella seguía firme en la fe, era su hija, podría hacerlo. No sin respeto dijo:

—Creo, mi señor, que harías mejor en aplazar la decisión. Creo que mi hija Raquel deseará que su hijo crezca según las leyes de Israel y sea educado en las tradiciones y costumbres de los Ibn Esra.

La idea de que Raquel, o incluso el viejo, pudieran siquiera pensar en algo parecido no se le había ocurrido al rey. No quería creer que el judío estuviera hablando en serio. Era una broma estúpida, una broma muy poco pertinente. Se acercó a Jehuda, jugó con su blasón.

—Eso te parecería correcto, ¿verdad? —dijo—. Yo lucho con los musulmanes y mi hijo vaga por aquí como un circunciso —se rió.

Jehuda le dijo tranquilamente:

—Con todo el respeto, te ruego, mi señor, que no te rías. ¿O has hablado ya con Doña Raquel?

Alfonso se encogió de hombros malhumorado. La broma iba demasiado lejos, pero no quería que le estropearan el día. Siguió riéndose a carcajadas. Jehuda dijo:

—Humildemente y por segunda vez, te ruego que no te rías. Podrías conseguir con tus risas que nos fuéramos del reino, si te ríes de nosotros.

Alfonso se impacientó:

—¡¿Estas loco?! —dijo brevemente.

Jehuda, con su suave y penetrante voz, siguió:

—No he estado en La Galiana, lo sabes, no he hablado con Raquel y no hablaré con ella en los próximos días, pero te digo una cosa: ten por seguro que tan cierto como que esta noche se pondrá el sol, es que Raquel abandonará La Galiana y el reino antes de entregar la cabeza de su hijo al agua de tu fe —y finalizó todavía en voz baja pero iracunda—: Muchos de los nuestros han dado muerte a sus hijos antes de permitir que se derramara sobre sus cabezas el agua de la blasfemia —y al hablar ceceaba.

Alfonso quería responder con palabras arrogantes, con desprecio. Pero las tranquilas y violentas palabras de Jehuda llenaban la estancia, resonaban en ella, la voluntad de Jehuda llenaba la estancia y era tan fuente como su propia voluntad. Alfonso reconoció que Jehuda tenía razón. Perdería a Raquel si hacía bautizar al hijo. Debía elegir: tendría que renunciar al niño o a Raquel.

Lleno de desesperada ira, sarcástico, le reprochó a Jehuda.

—¿Y tu Alazar?

Jehuda, muy pálido, dijo:

—El niño no debe seguir el camino de tu escudero Alazar.

El rey calló. En su interior oyó: la serpiente en el jubón, la mecha en la manga. Temió matar a golpes al judío de un momento a otro. Bruscamente salió de la sala.

Jehuda esperó durante largo rato. Alfonso no volvió. Finalmente, Jehuda abandonó el castillo.

El rey ahora que ya no tenía ningún motivo interior para seguir aplazando la cruzada, decidió viajar a Burgos, firmar la alianza, y antes, naturalmente, bautizar al niño. Pero no acababa de decidir cuándo debería partir, si al cabo de una semana o de dos o como muy tarde al cabo de tres.

Entonces le llegó una noticia que acabó rápidamente con sus dudas. El rey Enrique de Inglaterra había muerto en su fortaleza de Chinon, cuando todavía no era viejo, a los cincuenta y seis años de edad.

Alfonso vio ante sí al padre de su Doña Leonor, a aquel hambre de estatura media, corpulento, bastante gordo, con su testuz de toro, sus amplias espaldas, sus piernas arqueadas por el caballo. Rebosante de fuerza, lo veía ante él, el halcón sobre la mano desnuda, de modo que éste clavaba sus garras en la piel. Todo lo que había deseado Enrique lo había tomado con sus manos desnudas enrojecidas y fuertes, tierras y mujeres. Riéndose, le había dicho a Alfonso:

—¡Por los clavos de Cristo, hijo mío! Para un príncipe con cabeza y puños, el mundo es demasiado pequeño.

Él había tenido cabeza y puños, aquel rey de Inglaterra, duque de Normandía, duque de Aquitania, conde de Anjou, conde de Poitou, señor de Tours, señor de Beny, el más poderoso príncipe de la Europa Occidental. Alfonso se sintió sinceramente entristecido por su muerte cuando se quitó el guante y se persignó. Pero ya mientras volvía a ponerse el guante se dio cuenta, con su rápida inteligencia, de las consecuencias que tendría la muerte de aquel hombre para él, para Alfonso y para su reino. Sólo gracias a la inteligente ayuda del muerto. Se habían podido impedir hasta el momento la alianza y la campaña. El hijo de Enrique y su sucesor Ricardo, no era un hombre de Estado, era un caballero y un soldado, ansioso de luchar contra cualquier enemigo. No iba a mantenerse alejado de la cruzada, utilizando pretextos como Enrique, partiría de inmediato hacia Tierra Santa con un ejército y presionaría para que también los príncipes hispánicos, sus parientes, se enfrentaran por fin y sin dilación a los musulmanes. La guerra estaba a las puertas.

A Alfonso le convenía. Se desperezó, sonrió, rió.

—*Ave, bellum*, bienvenida seas, guerra —dijo para sí en voz alta, contento, en la sala vacía.

Dictó una carta dirigida a Doña Leonor. Le manifestaba su dolor ante la muerte de su padre. Le comunicó que acudiría de inmediato a Burgos, y terminó diciendo, inocente e insolente, que ahora que no lo impedía ninguna prohibición del rey Enrique se podría firmar y sellar sin dilación el contrato de matrimonio de Berengaria y la alianza con Don Pedro.

Pero todavía había un asunto que debía solucionar antes de emprender el viaje. Aunque estaba seguro de gozar de la protección de Dios, quiso tomar precauciones para el caso de que tuviera que abandonar este mundo. Dotaría a Doña Raquel con riqueza de bienes y a su hijo Sancho, su amado, el pequeño bastardo, le otorgaría los convenientes títulos y dignidades. Ordenó a Jehuda que viniera al castillo.

—Ya lo ves, amigo mío —lo saludó en un tono alegremente burlón—, se acabaron tus manejos y trucos. Ahora tengo mi guerra.

Jehuda dijo:

—La aljama de Toledo rogará para que caigan sobre Vuestra Majestad todas las bendiciones del cielo y pondrá a tu disposición un ejército del cual no tendrás que avergonzarte ante toda la cristiandad.

—A más tardar dentro de tres días —informó Alfonso— partiré a caballo hacia Burgos. Allí tendré muy poco tiempo y absolutamente ninguno a mi regreso. Quiero tomar ahora mis disposiciones para el caso de que, a pesar de vuestras oraciones y de

vuestros soldados, el Señor me conceda durante la batalla una muerte cristiana. Prepara tú los documentos, de modo que sólo tenga que firmarlos.

—Escucho, mi señor —dijo Jehuda.

—Quiero asignar a Doña Raquel —declaró el rey bienes que le garanticen unos ingresos anuales de por lo menos tres mil maravedies de oro, y quiero otorgar el título y los derechos del condado y de la ciudad de Olmedo, que han quedado libres, a nuestro pequeño Sancho.

Jehuda apretó los labios, se obligó a respirar tranquilamente. El gesto de Don Alfonso era inteligente y propio de un rey Jehuda vio crecer a su nieto como conde de Olmedo, vio cómo el rey le concedía otras dignidades y señoríos. Quizás el título de infante de Castilla. Absurdo y grandioso, bailaba ante Jehuda el sueño de ver a su nieto, un príncipe de la casa Ibn Esra, convirtiéndose en rey de Castilla.

El sueño se desvaneció. Lo había sabido; desde el momento en que supo de la muerte del rey Enrique, había sabido que tendría que enfrentarse a la más difícil batalla. Dijo:

—Tu generosidad es realmente una generosidad digna de un rey. Pero la ley prohíbe nombrar señor feudal de un condado a un no cristiano.

Alfonso repuso con ligereza:

—¿Creías que iba a aplazar el bautizo de mi hijo hasta que volviera de la guerra? Mañana por la mañana haré bautizar a Sancho.

Jehuda pensó en el precepto del rabí Tobia: «Debéis entregaros todos a la muerte antes de renunciar a uno solo de vosotros». Pensó en los versículos de las Escritura: «Aquel que entregue a alguno de sus hijos a los idólatras debe morir». Y dijo:

—¿Has hablado con Doña Raquel, mi señor?

—Se lo diré hoy —contestó Alfonso—, pero, si lo prefieres, puedes decírselo tú mismo.

Jehuda, en su interior, rogó: «Espero en tu ayuda, Adonai. Espero, Adonai, en tu ayuda». Y dijo:

—Tú eres descendiente de los duques de Borgoña y de los reyes godos, pero Doña Raquel es una Ibn Esra de la casa del rey David.

Alfonso golpeó el suelo con el pie.

—Termina ya con tu palabrería —le ordenó—, sabes tan bien como yo que no puedo tener un judío por hijo.

—También Cristo fue judío, mi señor contestó tranquilo y obstinado Jehuda.

Alfonso tragó saliva. No tenía ningún sentido discutir con Jehuda sobre cosas de fe. Él mismo le comunicaría a Raquel que el niño sería bautizado al día siguiente, pero

ella estaba todavía tan débil, y aunque Jehuda exagerara su fortaleza interior, ella se sentiría muy afectada, quizás la pondría en peligro si bautizaba al hijo.

—Prepara los documentos tal y como te he dicho —le ordenó—, y ten por seguro que mi hijo será bautizado antes de que yo parta hacia la batalla. Harás bien en utilizar tu buen sentido y preparar a Doña Raquel.

Jehuda respiró aliviado. De momento el rey se iba a Burgos. Había ganado unas cuantas semanas. Sería un tiempo de tormento. Ahora sabía que para el rey era terriblemente importante no marchar a la guerra sin haber bautizado al niño. Pero se había ganado tiempo, y el Dios que le había concedido tantas bendiciones, también esta vez le mostraría el camino.

Como si Alfonso hubiera adivinado sus pensamientos, le dijo:

—Y que no se te ocurra utilizar mientras estoy en Burgos, alguno de tus oscuros trucos. No quiero perturbar a Raquel en su debilidad. Pero tampoco tú debes importunarla con charlas, amenazas y promesas. Mi hijo, hasta que yo vuelva, debe seguir estando como está: todavía no es cristiano, pero tampoco judío.

—Sea como tú dices —contestó Jehuda.

Permanecían en pie uno frente al otro y se medían hostiles, recelosos.

—No confío en ti, Jehuda —le dijo Alfonso con franqueza—, tendrás que hacer un juramento.

—Estoy dispuesto, mi señor —dijo Jehuda.

—Pero debe ser un juramento muy grave —continuó Alfonso—, de lo contrario no te sentirás ligado por él.

Había tenido una terrible ocurrencia. Existía un viejo juramento que en el pasado, cuando él era todavía un muchacho, habían tenido que prestar los judíos; una fórmula extraña y oscura, según la cual caían sobre aquel que rompía su palabra toda clase de maldades. Más tarde, en respuesta a los ruegos de los judíos y gracias a las gestiones de Don Manrique, él mismo había abolido aquella fórmula. No se acordaba exactamente del texto, pero sí de que se trataba de un juramento horroroso que llenaba de espanto y al mismo tiempo resultaba ridículo.

—Sé que existe un juramento así de duro —le decía ahora a Jehuda—, antes teníais que pronunciarlo, quizás fui demasiado indulgente cuando os libré de esa obligación. A ti no voy a librarte.

Jehuda empalideció.

Había oído hablar de la lucha que la aljama había tenido que librar por aquel entonces para verse libre de aquella humillante ceremonia; habían pagado mucho dinero por ello. Le escocía amargamente verse ahora humillado de este modo.

—No me hagas pronunciar ese juramento, mi señor —rogó.

La resistencia del judío convenció al rey de que había encontrado el medio correcto para atarle las manos a aquel hombre astuto.

—¿Quieres volver a regatear y buscar nuevos pretextos? —le gritó—. ¡O pronuncias el juramento, o bautizo al niño hoy mismo!

Les fue procurada la vieja fórmula. No fue fácil encontrar al hombre adecuado que pudiera tomar juramento a Jehuda. Debía ser un experto en hebreo y una persona fiable, para que no hablara. Alfonso se dirigió al capellán del castillo, aquel sacerdote a quien hacía tiempo había preguntado qué era el pecado.

Aquél, todavía joven señor gozoso por la confianza del rey, intimidado por lo ridículo y lo espantoso de la ceremonia, tomó, pues, en presencia de Alfonso, juramento al ministro. Don Jehuda Ibn Esra tuvo que jurar que hasta el regreso del rey el hijo de su hija Raquel permanecería en su actual estado, ni fiel ni infiel, ni cristiano ni judío.

Jehuda tuvo que jurar por el Dios que, con su dedo, había escrito sus leyes en las tablas de piedra; por el Dios que había destruido Sodoma y Gomorra; por el Dios que había ordenado a la tierra que se abriera y se tragara a la banda de Coré; por el Dios que hizo que el faraón se ahogara junto con todos sus hombres, caballos y carruajes. Y el sacerdote, de acuerdo con la fórmula, le ordenó:

—Y quiera Dios que, si rompes tu juramento, caigan sobre ti todas las plagas que cayeron sobre Egipto, y todas las *Tochechot*, las maldiciones que Dios ha echado sobre aquellos que desprecian su nombre y sus mandamientos.

Jehuda tuvo que poner su mano sobre las Escrituras, sobre el capítulo veintiocho del quinto libro de Moisés, y el sacerdote cristiano le recitó las maldiciones. Frase por frase se las leyó en voz alta, en hebreo, y Jehuda tuvo que repetirlas, frase por frase. Y el rey siguió con gran placer y ansiedad el texto latino, frase por frase.

Y Jehuda llamó sobre su cabeza todas aquellas terribles maldiciones. Y el rey y el sacerdote dijeron: Amén.

TERCERA PARTE

Después de esto,
los grandes decidieron matar a la judía.
Se presentaron allí donde vivía
y la asesinaron en el estrado de su aposento,
e igualmente a todos aquellos
que con ella se encontraban.

Alfonso el Sabio, Crónica General.
Alrededor de 1270.

Y decidieron los suyos
Terminar con todo aquello,
Que era una vergüenza para su rey.
Acudieron al lugar
Donde se hallaba la judía,
Y la encontraron sobre el lujoso estrado,
Y mataron a la judía,
Ya todos los que con ella estaban.

De La romanza de Sepúlveda.

Capítulo I

DESDE el norte, acercándose a los Pirineos, cruzando sus vastos territorios francos, acompañada de un gran séquito, viajaba la vieja reina Ellinor.

El mismo día que se extendió en Inglaterra la noticia de la muerte del rey Enrique, su esposo, cruzó las puertas de la torre de Salisbury su prisión, con la violencia que siempre la había caracterizado —nadie se había atrevido a detenerla— y se hizo con el poder en nombre de su amado hijo Ricardo, que ahora era rey. El impetuoso soldado, que dejaba gustoso los asuntos de Estado en manos de su astuta y enérgica madre, inmediatamente después de la coronación se había embarcado para una expedición de guerra en Oriente. Pero ella cruzó su gran reino, Inglaterra, y las inmensas posesiones en Francia, sometió a sus recalcitrantes barones, consiguió grandes sumas de dinero, de condes, prelados y ciudades rebeldes, presidió reuniones comarcales y juicios, puso en orden, con su rápida intervención, los más embrollados asuntos.

Abandonó los condados y ducados del norte que había recibido al casarse con Enrique y se trasladó a las tierras que le correspondían por herencia, Poitou, la Guyena, la Gascuña. Escuchó los familiares sonidos de la lengua de su infancia, el provenzal, la armoniosa *langue d'Oc*, aspiró profundamente el suave aire de la patria. En el norte, la servil bienvenida que le ofrecieron estaba teñida de miedo; aquí las gentes que llenaban las calles saludaban a la vieja princesa con sincera alegría. Para ellos era mucho más que la famosa reina del norte y la primera dama de la cristiandad, para ellos era Ellinor de Guyena, la señora natural de sus tierras, la auténtica heredera.

Tenía casi sesenta y nueve años, y los últimos quince los había pasado en prisión; pero tenía un aspecto magnífico montada a caballo, primorosamente maquillada, con el pelo bien peinado y teñido. Quizás a veces le costara esfuerzo mantenerse erguida durante todo aquel viaje por las montañas todavía nevadas, y cruzar los pasos era para ella una fatiga y una empresa arriesgada. Pero aquella mujer madura no se asustaba ante los esfuerzos y peligros. Se daba cuenta de que los quince años de encierro no la habían paralizado, y la conciencia de que hacía poco tiempo todavía estaba encerrada, indefensa y furiosa en la torre de Salisbury y que ahora podía conducir de nuevo con mano firme y diestra su caballo y sus tierras, multiplicaba sus fuerzas. Sus ojos azules, algo duros, miraban brillantes aquellas tierras tan familiares. Se apresuraba a avanzar;

ordenaba jornadas de viaje muy largas y se negaba a cambiar su caballo por la litera o por la silla de manos, aunque anocheciera y todos estuvieran cansados.

Se hallaba en camino hacia Castilla, hacia Burgos, para visitar a Doña Leonor, su hija, asistir a los esponsales de su nieta Berengaria y poner en marcha el compromiso matrimonial de una segunda nieta.

Cuanto más hacia el sur avanzaba, más grande se hacia su séquito, su *mesnie*. Cuando alcanzaron los Pirineos, constaba de quinientos caballeros y doscientas mujeres y doncellas, *preux chevaliers et dames choisies*, orgullosos caballeros y exquisitas damas, prelados y barones de todas sus tierras, y además una guardia de escogidos *routiers*, probados mercenarios, *bravançons y cottereaux*, acompañados de adiestrados y vigorosos perros guardianes. Les seguía un convoy de más de mil carros, cargados con el equipaje, el menaje y las provisiones más necesarias y además regalos para el pueblo. Mozos de caballeriza y guardas conducían a los caballos y los perros de caza de la reina y de sus grandes señores; halconeros llevaban a sus halcones favoritos. Así avanzaba aquella comitiva lenta y llena de colorido a través de las montañas todavía nevadas en parte.

En la frontera de Castilla esperaban a la vieja reina Alfonso y Leonor, Don Pedro de Aragón y la infanta Berengaria. A las puertas de Burgos la esperaban los más respetables prelados y cortesanos de ambos reinos. Entró solemnemente en Burgos, en todas partes ondeaban las banderas; de las ventanas y balcones colgaban tapices y paños; repicaban todas las campanas de aquella ciudad, en la que abundaban las iglesias; los caminos estaban cubiertos de ramas y flores que despedían su aroma bajo los cascos de los caballos y los zapatos de los que iban a pie.

Ella, la apasionada y brillante Ellinor había sido la mujer más admirada y censurada de Europa, y ahora, al ver avanzar a aquella vieja gloria, cobraron vida de nuevo las innumerables historias de sus aventuras en la guerra, en el arte del gobierno y en el amor. Se recordó cómo había sido la espuela y el corazón de la segunda cruzada, cabalgando a la cabeza de los cruzados, marcial y magnífica igual a Pentesilea, la reina de las amazonas. Se recordó cómo en la gloriosa ciudad de Antioquía, el rey Raimundo, su joven tío, se vio asaltado por una ilimitada pasión amorosa por ella. Cómo él y su esposo, el rey de Francia Luis VII, lucharon por ella hasta que finalmente su esposo se la arrebató al otro por la fuerza y se la llevó cruzando el mar. Cómo ella no permitió que se le hiciera violencia y consiguió del Papa que la separara del rey de Francia. Y cómo, de inmediato, el joven conde de Anjou, el que sería más tarde el rey Enrique de Inglaterra, se presentó pidiendo su mano. Cómo los dos fundieron en uno el inmenso reino. Y cómo atrajo a su corte a los sabios, doctores y maestros de las siete ciencias y artes y a innumerables trovadores, *trouvères y conteurs*. Y cómo también

concedió sus favores a alguno que otro de esos poetas, a Bernard de Ventadoui; aunque sólo fuera simplemente el hijo de un fogonero. Cómo, por su parte, Enrique engañó a su reina con muchas, pero sobre todo con una, y cómo Ellinor asesinó a aquella hermosa amante del rey, Rosamunda. Y cómo él, entonces, encerró a Ellinor, y sus hijos se alzaron en su defensa y lucharon contra el padre. Y volvieron a escucharse muchas de las canciones, francas, provenzales, catalanas, que ensalzaban su corte, donde tenían su centro el más noble arte de la poesía y las más delicadas costumbres.

Así cantaba el poeta Felipe de Thaün: «La dulce y joven reina atrae todos los pensamientos, como la sirena atrae al pescador a los arrecifes, robándole los sentidos».

Así cantaba Benoît de Sainte-Maure: «¡Oh tú, la más noble, la más exquisita, la más arrogante y audaz, a la que no puede equipararse ninguna otra princesa, la más grande y magnífica esposa del más grande rey!».

Incluso un tosco alemán había compuesto: «Si todo el mundo fuera mío, / desde el mar hasta el Rin, / renunciaría a ello y viviría en la indigencia / por tener en mis brazos / a la reina de Inglaterra».

Estas canciones y relatos y romanzas de sus admiradores se mezclaban con los versos y relatos escabrosos y llenos de maldiciones de los enemigos, y entre todos habían convertido a Ellinor de Guyena en algo irreal, en un ser inalcanzable o de otra época. E incluso ahora que entraba del modo más real en la ciudad de Burgos, en persona, de carne y huesos, rodeada de sus caballeros, damas, mercenarios, caballos, perros, halcones y cazadores, a muchos de los señores castellanos y aragoneses les parecía como si ella cabalgara sobre una nube dorada. Cuán insípido y deslucido les parecía ahora su presente comparándolo con el pasado de aquella gran mujer. Al contemplarla, recordaban con todo esplendor lo que habían oído decir de la segunda cruzada, que en verdad había sido la cruzada de la reina Ellinor. En aquel entonces, los caballeros y reyes no discutían por el mando supremo, no se escondía tras la lucha ambición alguna ni astutos cálculos, sino que se peleaba siguiendo nobles y estrictas reglas por el simple placer de la batalla, y la batalla no era otra cosa que un torneo, un noble juego a vida o muerte. El vasallo estaba obligado a su señor durante cuarenta días; cuarenta días luchaba, y si una fortaleza no era conquistada en esos cuarenta días, el caballero se retiraba aunque existiera la certeza de conquistarla el día cuarenta y uno. Por aquel entonces no había *routiers*, no había mercenarios alquilados sacados del pueblo, que lucharan sólo por la victoria, sin tener un modo de vida refinado. Por aquel entonces también al enemigo se le debía *courtoisie* aunque éste fuera partidario de un Dios extranjero. El califa sitiador mandó cortésmente su médico personal a la reina cristiana sitiada, Urraca, para que la asistiera en su enfermedad. Y la guerra sólo tenía

lugar de lunes a jueves, viernes, sábado y domingo había tregua, para que cada uno, musulmán, judío y cristiano, pudiera celebrar sin ser molestado su día de descanso.

Ahora, creían los señores aragoneses y castellanos, se iniciaría una gran época parecida. La segunda cruzada había sido conducida en espíritu por la dama Ellinor; también ahora, en la Península, la Guerra Santa sería conducida por su espíritu, y todos ellos, los nobles de Hispania, tendrían la oportunidad de actuar como auténticos descendientes de los caballeros de Arturo y de Carlomagno.

El joven rey Don Pedro se hallaba embriagado de gozo. ¡Qué bendición de Dios poder convertir en su reina a una nieta de esta gloriosa princesa! Lleno de la bienaventuranza del caballero cristiano, emprendería la guerra, libre de su enojo y de su afán de venganza contra Don Alfonso.

También el escudero Alazar cayó bajo el embrujo de la famosa y anciana reina. En Toledo, a veces había creído sentir a sus espaldas maliciosas miradas, y cuando el rey lo llevó consigo en su viaje a Burgos había temido que Doña Leonor le hiciera pagar su insidioso parentesco, pero ella había mostrado una gran delicadeza y amabilidad, el rey lo trataba como a un hermano más joven, y en presencia de la gran señora Ellinor se desvanecieron sus últimas dudas. Las nobles damas lo consideraban digno de ser el escudero del rey Don Alfonso, había sido aceptado en el caballeresco mundo cristiano.

Toda la ciudad de Burgos celebraba la visita de la anciana reina; habían acudido miles de personas para participar en la celebración o para sacar provecho de la festiva reunión. Los taberneros abrieron tabernas ambulantes, los comerciantes ofrecían costosos vinos y especias. Los arcos abiertos y las bóvedas, las *fenestrae* en las que los comerciantes mostraban sus mercancías, presentaban adornos y atavíos de los países flamencos, musulmanes y de levante. Tratantes de caballos y forjadores de armas hacían su negocio. Banqueros y cambistas estaban allí para comprar o empeñar los bienes de los caballeros que partían a la guerra. Y un mar de gentes del circo se había reunido allí, vendedores de amuletos, prostitutas, ladrones de bolsas. Todos ellos dedicados a hacer ruido, a regatear; a flirtear y a amar, acudiendo a las iglesias y a las tabernas, piadosos, insolentes, bonachones, brutales; se desparramaban alegremente pintorescos, apestaban, engendraban niños, cantaban himnos y canciones de borrachos, disfrutaban de la vida, maldecían al califa y al sultán y ensalzaban a la gloriosa reina Ellinor.

También en la corte, los ayudas de cámara tenían grandes trabajos para instalar y atender cumplidamente y como correspondía a los invitados que, procedentes de toda Castilla y de Aragón, llegaban para asistir a los esponsales de Don Pedro y de la infanta y a presentar sus respetos a la anciana princesa. Muchos de estos prelados, barones y altos consejeros traían consigo a sus criados, cazadores y caballerizos.

Además, como en cualquiera fiesta de este tipo, estaban los caballeros aventureros, jóvenes y pobres nobles, que esperaban conseguir dinero y honor en los torneos. Tampoco faltaban los trovadores, *trouvères, conteurs*; sabían que siempre eran bien recibidos por Doña Leonor y por la dama Ellinor.

La anciana reina se recuperó pronto de las fatigas del viaje, y el segundo día después de su llegada recibió en la gran sala del castillo: a la luz de las grandes velas, sentada sobre el estrado, en una silla alta, erguida, con todo el aspecto de una dama. Había engordado ligeramente, a veces le resultaba fatigoso respirar, debía reprimir una ligera tos, y bajo los cosméticos, que con el paso de las horas se descascarillaban, mostraba un rostro envejecido; pero los ojos, muy azules y claros, miraban con dureza y claridad, y participaba incansablemente en la conversación con palabras firmes, bien pensadas y amables.

El viejo conde aragonés Ramón Barbastro, que había participado en el pasado en la Guerra Santa de Ellinor, hablaba con añoranza de aquellos maravillosos años y se lamentaba de la triste esterilidad de los nuevos tiempos. La guerra había perdido su nobleza, se preparaba en los consejos y se ejecutaba más con la pluma que con la espada. No era la valentía del caballero la que decidía la batalla, sino el número de *routiers*.

También en los tiempos en los que ella y el noble Don Ramón eran jóvenes, contestó Ellinor no siempre había sido la guerra un juego lleno de esplendor y magnificencia.

—Pensándolo bien —dijo—, las grandes batallas y celebraciones que caldeaban el corazón, fueron la excepción, la regla fueron pequeños sufrimientos: las marchas a lo largo de parajes interminables, sin caminos, desconocidos y peligrosos, los pies llagados, la sangre requemada, la terrible sed, las noches sin dormir a causa de los venenosos mosquitos, el picor de pulgas y piojos, y lo peor de todo: la acedía, el espantoso aburrimiento, el interminable viaje por mar, las marchas hacia lo desconocido durante semanas, la torturante espera de las delegaciones que debían llegar al día siguiente o pasado mañana y que después de una semana todavía no habían llegado.

Vio la decepción de sus oyentes, y repintó sonriente y experta la turbia imagen.

—Por supuesto —dijo—, la recompensa era tanto mayor: el violento placer de la batalla, la celebración en una ciudad conquistada.

Y contó de las fiestas de Oriente, de cómo se habían mezclado la pompa cristiana con la musulmana, y de los cantos de los trovadores que se alternaban con las artes de las bailarinas árabes. Las palabras fluían fácilmente de entre sus labios, pero todavía eran más elocuentes sus ojos. Sonriendo, el viejo conde pensó en los dos hombres que

en aquel entonces, en Antioquía, habían luchado por sus favores, el rey cristiano Raimundo y el príncipe Saladino, sobrino y enviado del sultán.

—Lo que daba su encanto a estas fiestas —concluyó sumida en la añoranza de los recuerdos la vieja reina— era que las celebrábamos entre las batallas. El día anterior se había escapado a una venturosa muerte, al día siguiente quizás nos alcanzaría aquella bienaventurada muerte.

El arzobispo Don Martín disfrutaba con todo su corazón de la contemplación y de la conversación de la dama Ellinor. En aquellos meses de prolongada espera había estado malhumorado, lleno de una desesperada ira, ahora que aquella Débora, aquella Jael, derribaba los últimos impedimentos que todavía entorpecían el camino de la bendita guerra, él rejuvenecía, piadoso y alegre. Caminaba con rapidez; la armadura que ahora llevaba constantemente, dejando que asomara bajo sus vestiduras talares, no le pesaba. Hizo acopio de toda su *courtoisie* y dijo con torpe y sonora amabilidad:

—Tierra Santa ha visto hechos maravillosos, noble señora, cuando tú llegaste allí, para pisotear a los herejes, y de nuevo le esperan buenos tiempos ahora que tu flamante hijo se encuentra en camino. Ya la fama de tu Ricardo se mezcla con la tuya, llenando a los musulmanes de espanto. Tengo noticias fiables de un amigo, el obispo de Tiro: las madres árabes, cuando sus hijos no quieren obedecer, los amenazan diciendo: «Cállate, niño consentido, si no vendrá el rey Ricardo, el *Melek Rik*, y te llevará».

Ellinor no ocultó el gozo que le proporcionaba la alabanza de su querido Ricardo.

—Sí, es un gran soldado —corroboró—, un auténtico *miles christianus*. Pero no tendrá las cosas fáciles en Oriente —afirmó con aquella franqueza que sólo ella podía permitirse—, y al decir esto no pienso en el enemigo, en el sultán, pienso en el compañero de alianza de mi Ricardo, en nuestro querido pariente, el cristianísimo rey de Francia. El esplendor y el gozo no son propios de él, a nuestro buen Felipe Augusto le gustaría tener una guerra lo más barata posible, es un poco mezquino en general. Ahora quiere prohibir al ejército y a los cruzados la compañía de las damas y de los trovadores. Pero no tendrá suerte con mi Ricardo. El ama la alegría y el bullicio, esto lo ha heredado de su padre, quizás también un poco de su madre. ¿Cómo se puede conducir una cruzada sin damas y sin trovadores? Tenéis una ventaja respecto a nosotros aquí en la Península dijo dirigiéndose ahora a Alfonso y a Pedro, antes de llegar hasta el enemigo no tenéis que superar como nosotros el largo y aburrido recorrido por mar, no tenéis que llevar a cabo cientos de torcidas negociaciones con astutos griegos y otra gentuza cristiana. El enemigo y el botín están a vuestro alcance: Córdoba, Sevilla, Granada.

Ante los ojos de todos apareció atractiva la imagen de las maravillosas ciudades, el lujoso botín. Y en el espíritu del arzobispo Don Martín sonaban gozosamente

entremezclándose los nombres de las ciudades musulmanas: Córdoba, Sevilla, Granada, y las palabras del Evangelio: «No he venido a traer la paz, sino la guerra». *Allá máchairan*.

Doña Leonor se sentía profundamente agradecida al cielo por la visita de Ellinor. Había admirado la inteligencia para los asuntos de Estado del padre, su genio para la guerra, y también lo había envidiado un poco por la despreocupación con la que se abandonaba a sus pasiones. Pero a su madre la amaba por encima de toda admiración, y la idea de que aquella mujer extraordinariamente vivaz, ansiosa siempre de nuevas gestas, estaba encerrada, rodeada de muros, la había atormentado con frecuencia amargamente. Cuando Alfonso se vio atrapado por aquel terrible asunto amoroso, había deseado ardientemente quejarse a Ellinor de sus penas, de hija a madre, de reina a reina, de mujer humillada a mujer humillada, y dejarse aconsejar por ella. Ahora, Alfonso había vuelto a ella, lleno, al parecer; de entusiasmo por la batalla, y supuestamente había olvidado a la judía. Pero aunque Leonor estaba sinceramente dispuesta a perdonar el engaño y la falta de lealtad de Alfonso, la experiencia, el desengaño y la decepción se habían grabado a fuego demasiado profundamente en su interior como para confiar en aquella nueva armonía y se sentía feliz de poder hablar con su madre de sus esperanzas y miedos.

Cuando Ellinor descendió del caballo, cuando Leonor le besó la mano, cuando los viejos labios de la madre rozaron los suyos jóvenes, sintió vivamente la profunda afinidad que las unía. Con claridad y fuerza, de golpe, surgió ante ella lo que hacía tiempo había olvidado, personas y acontecimientos que había visto y vivido de niña en Domfront o en la opulenta corte de su madre en Poitiers o también en el convento de Fontevrault, donde fue educada de un modo alegre y mundano. Allí estaba su aya, la dama Agnes de Fronsac. Leonor la había asediado para que le contara cosas de la amante de su padre Enrique, y finalmente la dama Agnes había cedido; y entonces la niña Leonor exigió que la dama Agnes fuera expulsada por no haber mostrado bastante respeto a la princesa Leonor. Y con suma claridad veía ante sí aquella estatua de madera de San Jorge en el castillo de Domfront. Cuando el sol crepuscular caía sobre él, adquiría un aspecto particularmente amenazador; y Leonor había sentido a menudo miedo ante la imagen. Pero el amor que le inspiraba era superior al temor; era bueno saberse protegida por un santo tan fuerte, sobre todo teniendo en cuenta que su padre estaba allí con tan poca frecuencia. Ella había dado vida a ese San Jorge, lo había salvado del mundo de su juventud y allí estaba junto a ella, se llamaba Alfonso. Habían querido robárselo; los judíos, Satanás o quien fuera, pero ella no había permitido que se lo arrebataran. Pero aún no se sentía segura, el enemigo todavía conspiraba en contra

suya, pero aquí lo tenía, aquí a su lado, y también tenía a su madre, y con su ayuda alejaría definitivamente a la judía.

Pero pasó cierto tiempo antes de que pudiera hablar con su madre. Las ceremonias del recibimiento y las tareas de acomodo, el aparato de la corte y la representación, les ocuparon por completo los dos primeros días. Por fin, el tercer día, en medio de una gran reunión, inesperadamente la reina Ellinor dijo que ahora quería tener para ella sola durante un rato a su hija, y sin andarse con rodeos mandó a todo el mundo fuera.

Cuando se encontraron a solas, le indicó a Doña Leonor que se sentara ante ella, directamente bajo la luz del sol, y la contempló con atención. Serenos, sus duros ojos, muy azules, se clavaron en los verdes y escrutadores de la hija. Bajo la brillante luz del sol, la madre le pareció a Leonor más vieja y sus rasgos más pronunciados que hasta entonces, pero también más principescos, la auténtica madre de su estirpe. En su interior; se inclinó ante ella, amorosa y respetuosa, y decidió obedecerla ciegamente.

La mayor de ellas, tras un rato, dijo con reconocimiento a la más joven.

—Te has conservado bien.

Entonces, de inmediato, empezó a hablar de asuntos de Estado y de familia. No sólo estaba allí para ver a su hija, sino, sobre todo, también para establecer el compromiso matrimonial de la segunda de sus nietas castellanas.

—No vas a tener queja —dijo— del lugar que he elegido para ella. El príncipe heredero de ese Felipe Augusto es un joven agradable que, satisfactoriamente, no se parece al padre. No fue ninguna fiesta de Pascua tratar con el rey franco del contrato matrimonial, puedo decírtelo. Se considera un gran señor; sueña con convertirse en un segundo Carlomagno, pero no tiene ninguna clase de grandeza, sólo entiende de manejos de abogados, y ésa no es forma de forjar un reino. De todos modos, me ha dado mucho trabajo, es astuto y torcido como un judío. Al final he tenido que cederle el condado de Evreux y el Vexin, es un buen pedazo de mis tierras de Normandía, y además treinta mil ducados. Todo esto saldrá de mis bolsillos, hija mía, no tendrás de pagar nada y sólo sacarás beneficio de ello. Te convertirás en la suegra del futuro rey de Francia. Tu hermano Ricardo es el señor de las tierras que se encuentran entre tu Hispania y la Francia de tu hija. Llegará un tiempo en que tú, con sólo quererlo, podrás manejar una gran parte del mundo.

Doña Leonor escuchó, conteniendo la respiración, cómo su madre, con palabras ligeras, desplegaba planes tan ambiciosos, tanto en lo que se refería a su extensión como a su proyección en el futuro. Para Leonor; estaba claro que su madre, al ceder los condados normandos, quería ante todo asegurar su propio reino frente al ataque del peligroso Felipe Augusto durante el tiempo en que su hijo preferido, Ricardo, se encontrara ausente en sus campañas. Pero, independientemente de los motivos que se

escondieran detrás de aquel contrato matrimonial, ella, Doña Leonor; en esto su madre tenía razón, era quien obtenía más ventajas: esa boda le abría un atractivo camino hacia el poder.

Se consideraba una gran soberana, muy por encima de su Alfonso, porque trabajaba tozudamente para unir a Castilla y Aragón. Pero sus sueños nunca habían ido más allá de los Pirineos. ¡Qué mezquinos y pobres eran sus esfuerzos si se comparaban con el juego político de su madre! Manejaba países desde el extremo occidental del mundo hasta adentrarse en el Oriente, Irlanda y Escocia y Navarra y Sicilia y el reino de Jerusalén. Su tablero de juego era el mundo.

—He observado a tus hijas, querida —decía ahora Ellinor—, parecen bien educadas, tanto la mayor; con ese nombre horrible, ¿cómo se llama, Urraca?, como la pequeña. Todavía no he decidido cuál elegiremos. Uno de los próximos días me las presentarás a las dos con gran ceremonia. Debemos incluir también al obispo de Beauvais como representante de Felipe Augusto y de su heredero; pero esto es una pura formalidad.

Lo que su madre le decía conmovió a Leonor. Pero en lo más profundo de su ser ardía en deseos de escuchar lo que su madre diría de Alfonso y de la judía.

Y por fin dijo:

—Oí en mi torre de Salisbury toda clase de cosas acerca de lo que has tenido que soportar con tu Alfonso. No eran noticias exactas, y unas cosas contradecían las otras, pero pude hacerme una idea; ya sabes que yo misma tengo experiencia en estas cosas.

Tomó una mano de Leonor entre las suyas, y por primera vez, expresó en palabras lo que sentía:

—A ti puedo decírtelo —le confió a su hija—, naturalmente me siento feliz de que mi Enrique yazca bajo tierra y bajo la hermosa lápida de su tumba —y citó con placer.

Fui el rey Enrique de Inglaterra,
Extendí mi mano sobre una gran parte del mundo.
Recuerda, tú, que esto estás leyendo,
Cuán pequeño acaba siendo el más grande.
Nunca se sació mi afán de poseer la tierra,
Ahora me bastan dos veces siete palmos.

—Me alegro de que yazca en sus catorce palmos de tierra. Sin embargo, deseo que se encuentre a gusto en ella. Tengo compasión de él. Atenté varias veces contra su vida; una vez faltó un pelo para que muriera. Tuvo razón al encerrarme; en su lugar, yo hubiera hecho lo mismo. Lo amé mucho. Fue el único hombre a quien amé. Excepto uno,

no, excepto dos. Era el hombre más inteligente de la cristiandad. Tenía suficiente entendimiento como para ceder de vez en cuando a sus pasiones. Porque, de otro modo, ¿cómo vivir? —dijo condescendiente y llena de sabiduría—. Por otro lado, también mi amiga la abadesa Constanza tiene también razón, por supuesto: el amor terrenal es un dulce bocado lleno de espinas.

Doña Leonor; repentinamente, dijo:

—Madre, ¿qué debo hacer con la judía?

La vieja reina la miró. Sonriendo, casi divertida, le aconsejó:

—Espera hasta que el tiempo esté maduro, hijita, antes de eliminarla. Yo tuve que sufrir mucho porque no pude esperar. Probablemente, él la olvidará en la guerra.

Doña Leonor dijo:

—Tiene un hijo con ella, un varón —hablaba en voz baja, suplicante.

La vieja reina reflexionó prudentemente:

—En tu lugar no le haría nada al niño. Se sienten más ligados a sus bastardos que a las madres de éstos. Incluso mi Ricardo, a quien Dios sabe que sus mujeres no le importan nada, quiere a sus bastardos. Enrique debe haber tenido un gran número de ellos. Conozco a dos, un tal William y un Geoffrey. Este Geoffrey es ambicioso y tiene los ojos puestos en el trono. Debo mantenerlo atado corto mientras Ricardo está fuera del reino. Pero es una persona agradable y hábil. Lo he hecho obispo de York.

Leonor dijo:

—He sufrido mucho. Espero que tengas razón y que la guerra la borre por completo de su sangre, pero ¿quién puede saberlo? Me juró por su alma que la abandonaría y, apenas dejó atrás Burgos, corrió a ella de nuevo.

Ellinor contestó:

—Ningún enemigo me puso las cosas tan difíciles como tu padre, Enrique, y eso que me amaba, y yo a él. Y tu padre amó a sus hijos, y ellos le odiaron porque era más grande que ellos, y fue indulgente con ellos, y ellos le causaron más dolor del que él me causó a mí, y con toda seguridad más del que te causa a ti tu Alfonso. Y los perdonó una y otra vez, y ellos se rieron de él y se alzaron nuevamente contra él. Cuando todavía vivía con él, hizo pintar tres de las paredes de nuestro dormitorio con frescos, y la cuarta la dejó vacía. Cuando ahora volví a Manchester; también la cuarta pared estaba pintada. Allí puede verse un águila vieja y grande con cuatro crías. Dos llenan de heridas las alas de la vieja con sus picos, la tercera le clava las garras en el pecho, la cuarta está posada sobre su cuello y golpea sus ojos.

Tosió. Ante Leonor no disimuló la tos que la atormentaba en los últimos años. Cerró los ojos, y de pronto fue una mujer anciana. Con los ojos cerrados y una voz extrañamente monótona, como si pronunciara una oración, meditó:

—Con Luis sólo tuve hijas, y me pareció una desgracia. Con Enrique tuve hijos varones, pero no sé si fue una suerte. Los hijos varones causan preocupación tanto si son buenos como si son malos. Ninguna madre quiere que sean afables, no quiero ningún santo por hijo. Pero cuando son héroes, luchan contra quienes los rodean y los otros luchan contra ellos, y así debe ser; y así se nos mueren. Los dos primeros se me murieron, y mi tercer polluelo, tu hermano Ricardo, hace sufrir mi corazón, pero lo devasta todo y no ha habido ninguna noche más en la que no yazca despierta porque me preocupo por él.

Volvió a ser dueña de sí misma:

—Acércate —le dijo—. ¡Muy cerca! —y en un tono apasionadamente confidencial, en voz bajá, le ordenó:

—Bajo ningún pretexto debes hacer algo antes de que Alfonso se vea profundamente implicado en su guerra. En cuanto esté en el campo de batalla haz lo que te parezca más indicado. Vete a Toledo y asume la regencia. Los musulmanes son enemigos tenaces, tu Alfonso no sólo alcanzará victorias. Cada desgracia tiene su contrapartida, cada derrota ofrece nuevas posibilidades. Es entonces cuando el general le echa la culpa al ministro, el obispo al general, el cristiano al judío, cada uno es un traidor para los otros. Para muchos, tu Escribano judío será el culpable y el traidor. Naturalmente, tú lo defenderás. Vas a cubrirte las espaldas ante Alfonso y ante el mundo. Te esforzarás en detener la ira del pueblo, pero ¿quién puede hacerlo? En días así, no puede impedirse que aquí y allá la violencia triunfe sobre la ley y muchos perecen, los sospechosos y las personas más próximas a los sospechosos.

Doña Leonor absorbía cada una de aquellas duras palabras pronunciadas en voz baja.

—¡Esperar! —dijo para sí—. ¡Esperar! —y no estaba claro si se quejaba o si se estaba dando una orden.

—Sí, esperar —le ordenó duramente la madre. Y añadió—: Vete a Toledo. Es una buena ciudad y sabe cómo tratar a sus enemigos. Ya los antiguos reyes de Toledo lo entendieron, y supieron que debían esperar la noche adecuada antes de hacer rodar las cabezas. Una noche toledana dicen también entre nosotros. Espera y cúbrete bien las espaldas.

Tosió, aquel modo de hablar en voz baja pero con energía le suponía un gran esfuerzo. Sonrió, y se transformó, la desnuda pasión de la violenta anciana se convirtió en la *courtoisie* de la dama y, si hasta el momento había estado hablando en provenzal, pasó ahora a hablar en latín.

—Quizás —dijo con ligereza— deberías contemplar el asunto amoroso de tu Alfonso por una vez desde su otro lado. También tiene su lado bueno. Este Alfonso

tuyo, Alfonsus *Rex Castiliae*, es un gran caballero, un auténtico *miles christianus*, pero en cuestiones de amor me parece, y no lo tomes a mal, un poco adormecido. Es una suerte, también para ti, que en sus años viriles todavía haya despertado. He visto, para mi contento, que puedes echar chispas. Pienso que lo que has tenido que pasar no se convertirá tan pronto en cenizas.

Don Alfonso se encontraba a gusto en la capital de sus antepasados, en el viejo, estricto y anguloso castillo. Se sentía unido a Doña Leonor había olvidado que alguna vez entre ellos hubiera habido una pelea. Se convirtió de nuevo en el antiguo Alfonso, amable, generoso, rebosante de juventud.

La Galiana había quedado atrás, en el pasado, sumido en neblinas. No podía comprender cómo había podido soportar durante tanto tiempo aquella corrompida y opulenta paz. Sólo pensaba en la bendita guerra que ahora podría conducir. De igual modo que durante una cacería en un día caluroso necesitaba un baño, ahora ansiaba esta guerra. Había nacido para la guerra, la guerra era lo suyo. La fama de su cuñado, el rey Ricardo, el *Melek Rik*, lo espoleaba. De las pequeñas batallas que le había sido dado encabezar había surgido ya la fama de Alfonso; ahora, en la gran guerra, esos jóvenes y tiernos brotes de su fama se convertirían en un fuerte árbol.

Con entusiasmo, se entregaba con el arzobispo a la planificación de su guerra. Volvían a ser estrechos amigos Don Martín y él —¿acaso habían tenido nunca desavenencias?—. Hizo llamar a los expertos estrategas, los barones Vivar y Gormaz; su entusiasmo hacía proliferar sus ideas. Y constantemente iban mensajeros de aquí a allá entre él y Nuño Pérez, el gran maestre de Calatrava, su excelente general.

Lo único que lamentaba era no poder dedicar todo el día a los preparativos de la guerra, sino tener que escuchar durante largas horas aburridos discursos sobre economía, empresas, ciudadanos, campesinos, impuestos aduaneros, embargos, derechos de Estado, préstamos.

Porque, lamentablemente, los dos Ibn Esra habían tenido razón: los muchos litigios entre Castilla y Aragón se hallaban de hecho casi indisolublemente enmarañados.

Ciertamente, se habían puesto de acuerdo rápidamente sobre la dote de la infanta Berengaria, de modo que los esponsales pudieran tener lugar: Pero los acuerdos que debían preceder a la firma de la alianza ofrecían cada vez nuevas dificultades.

De ahí que la visita de la dama Ellinor fuera muy bienvenida. Esperaba que ella, aquella princesa cargada de experiencia, astuta en asuntos de Estado, haría desaparecer las dificultades en breve tiempo.

Por supuesto, su presencia también le causaba incomodidad. Su séquito le enojaba, aquella mesnie que llevaba consigo, aquel montón de fatuos miembros de la corte. En último extremo, todavía podía tolerar en las damas su modo de ser afectado, pero le parecía incomprensible y absolutamente repulsivo que aquellos caballeros que se encontraban de camino hacia la cruzada vistieran la mayoría del tiempo trajes de moda refinados; además llevaban el rostro afeitado como si fueran juglares o saltimbanquis.

Pero perdonaba todo aquello que le enojaba de la dama Ellinor al ver con qué perspicacia eliminaba los obstáculos que impedían la alianza. De un modo soberano juzgaba y decidía en conjunto y en detalle. Tenía razón cuando aún ahora, a sus años, exigía ser considerada la cabeza de familia.

Por eso, Alfonso se sintió poco sorprendido cuando ella, un día, le preguntó sin ambages:

—Y ahora, hijo mío, cuéntame qué clase de mujer es tu judía, la Hermosa.

Ciertamente, el rey de Castilla estaba autorizado a prohibir esa curiosidad, incluso a la dama Ellinor. Por otro lado, ella tenía derecho a hacerle aquella pregunta. Además, La Galiana se había convertido en pasado. Podía hablar de Raquel con sinceridad, serenidad y objetividad.

Pero, cuando se disponía a hacerlo, se dio cuenta con sorpresa de que no sabía nada de cómo era Doña Raquel, lo que sabía era poco preciso, desdibujado, no formaba ninguna imagen. Él, que estaba tan orgulloso de su buena memoria, sólo podía acordarse de un modo vago de su bienamada.

—En verdad es muy hermosa —dijo finalmente—, no es adulación cuando la llaman la Hermosa. Es maravillosa, y me ha tenido durante mucho tiempo embrujado —reconoció—, pero esto ha terminado —continuó—. *Abest*, se acabó. Está fuera de mi sangre —concluyó decidido, de un modo definitivo.

Ellinor contestó amablemente:

—Había esperado que pudieras describírmela con más claridad. Las historias de amor me han interesado siempre. Pero me doy cuenta de que tienes poco talento para ser trovador o *conteur*. Pero quizás puedes contestarme con claridad una cosa: ¿Estás contento con que tu hijito, un pequeño bastardo, te produzca alegría?

Alfonso dijo orgulloso:

—Sí, debo estarle agradecido a ella y al cielo por él. Me ha dado un buen hijo, hermoso, fuerte y grande, aunque ella misma es más bien delicada y pequeña. Y el muchachito parece inteligente; desde el primer día tiene unos ojos poco corrientes en un niño tan pequeño, vivaces e inteligentes.

—Esto no es ningún milagro —dijo Ellinor—, puesto que su madre es judía. Por cierto, ¿cómo se llama tu bastardo?

—Sancho —dijo Don Alfonso—, y quiero darle el condado de Olmedo.

Había olvidado por completo que su hijo no estaba bautizado todavía.

—¿Crees que es correcto, señora y madre —preguntó—, que le otorgue el condado?

—¿Tiene muchos bienes este condado —se informó Ellinor—, o sólo un hermoso castillo y un par de cientos de campesinos?

—Es un condado muy rico por lo que sé.

Ellinor explicó:

—En la actualidad, el hecho de poseer tierras productivas hace a un hombre más poderoso que un castillo lleno de torres. He cambiado muchos de mis castillos por tierras. Y cuando tu bastardo sea mayor los palacios tendrán todavía menos valor y las tierras mucho más.

—Así pues, ¿no tienes nada que objetar señora y reina —se cercioró Alfonso—, a que nombre a mi hijo conde de Olmedo?

—Si tu Sancho es un bastardo agradable —contestó pensativa y decidida la reina Ellinor—, es de justicia que lo trates bien.

Dos días más tarde fueron presentadas a la anciana Ellinor en una festiva ceremonia, las dos princesas, una de las cuales debería ser la futura reina de Francia.

La reunión era numerosa y esplendorosa. Se hallaban presentes los grandes y los prelados de Castilla y Aragón, y además los barones de la reina Ellinor y el enviado especial de Felipe Augusto de Francia, el obispo de Beauvais.

Durante semanas, diligentes manos habían trabajado en los vestidos de ambas infantas, cosiendo y tejiendo. De modo que aparecieron hermosamente engalanadas ante la noble concurrencia que iba a realizar la elección: unas niñas agradables con bellos rostros infantiles, blancos, sonrosados y carnosos, bien formadas, extraordinariamente bien educadas. Ese día pusieron en práctica el comportamiento relajado propio de una dama que la *courtoisie* exigía y que habían aprendido con mucho esfuerzo. En su interior se sentían llenas de timidez y eran conscientes de su importancia; no sólo su propio destino, sino también el de muchos cristianos y muchos países dependía del resultado de este examen.

Berengaria, infanta de Castilla, reina de Aragón, sentada en un lugar preferente del estrado, contemplaba con aire de desprecio a sus hermanas. Así que una de ellas sería reina de Francia. ¿Y qué? Ella, Berengaria, uniría algún día a Castilla con Aragón, quizás, probablemente, también conseguiría anexionar León y tal vez también Navarra; sí, quizás Don Pedro conquistaría para ella, si sabía azuzarlo, una buena parte de la

al-Andalus musulmana. El territorio del rey de Francia estaba estrangulado: alrededor de sus fronteras se hallaba su gran tío Ricardo, que poseía Inglaterra y una parte del territorio flanco mayor que la de aquel pobre rey de Francia. No, su hermana de Francia no podría alardear a su lado.

Don Alfonso se gozaba en sus hermosas hijas. Se sentía agradecido a la vieja reina Ellinor por haber puesto en marcha este emparentamiento con Francia; era bueno que en esta época de grandes guerras se consolidaran los lazos entre los príncipes cristianos. Contempló el rostro de su hija mayor de su Berengaria, que no era hermoso, pero sí audaz e inteligente, y con cierta diversión, pero también con un poco de enojo, percibió su indomable arrogancia. Ante él adoptaba una actitud todavía más cerrada que antes. Le reprochaba que se hubiera metido en líos, era evidente que se sentía ya reina de Aragón y veía en su padre a un hombre que había administrado mal y de un modo censurable su herencia.

Doña Leonor llevaba un traje rojo de pesado damasco con una orla plateada en la que había leones bordados. Sabía que aquel vestido no le sentaba bien, pero hoy tenía gran interés en que sus hijas la superaran en esplendor. Se sentía orgullosa de sus hijas, de las cuales dos, de momento, iban a sentarse en los más altos tronos de Europa. El mundo se haría cada vez más pequeño sin los reinos sobre los cuales ella, su madre, su, hermano, sus hijas tendrían poder.

La anciana Ellinor contempló a sus dos nietas con sus ojos duros y claros, que no se dejaban engañar: En silencio, había pensado ya un nuevo proyecto. A aquella que no fuera otorgada a Francia la sentaría en el trono de Portugal; Portugal, debido a sus buenos puertos, era importante para Inglaterra, así pues, lo que debía decidir era: cuál de ellas encajaba más en París y cuál en Lisboa.

Examinó a las dos muchachas con detenimiento casi descortés. Les dirigió preguntas sin rodeos, les ordenó que se acercaran para observar su modo de andar, les hizo cantar un poco, les preguntó cosas en latín y en provenzal.

—Unas niñas agradables —dijo finalmente dirigiéndose a Doña Leonor pero suficientemente alto para que cualquiera pudiera oírlo—, son unas prometedoras princesas. Tienen algo de los antepasados castellanos de Alfonso, más de mis antepasados de Poitou y sorprendentemente poco de los Plantagenet.

Después se dirigió de nuevo a las infantas y preguntó a la mayor:

—¿Cómo te llamas tú, princesa?

—Urraca, señora abuela y reina —repuso ésta, y la otra dijo:

—Yo soy Doña Blanca, mi señora.

Más tarde, Ellinor, Alfonso y Leonor se reunieron a solas con el obispo de Beauvais, el enviado especial del rey de Francia.

—¿Cuál te ha gustado más, ilustrísima? —preguntó Ellinor al obispo. Cortés y cauteloso, el prelado contestó:

—Cada una de ellas merece ser reina.

—Ésta es también mi opinión —dijo Ellinor—, pero hay un detalle que hay que tener en cuenta. En Francia tendrán dificultades en pronunciar el nombre de Urraca. Esto reducirá la popularidad de esta infanta. Creo que le daremos a tu príncipe heredero Luis a nuestra Doña Blanca.

Así se decidió.

Apenas transcurría un día sin que en la corte de Burgos se celebrara una fiesta en honor de la dama Ellinor y de la nueva desposada. La anciana reina se vestía mejor y tenía mejor aspecto que muchas damas que no habían pasado los últimos años en prisión, sino en ambientes en los que se estudiaban y discutían a fondo las telas, trajes, joyas y cosméticos. Se movía en el baile con pericia y delicadeza, como una joven. Disfrutaba como una buena conocedora de los manjares y los vinos. Montaba bien a caballo y mostraba su pericia en la caza. También, cuando contemplaba desde la tribuna los torneos, se caracterizaba por sus conocimientos. Y su juicio era indiscutido cuando las damas debían valorar los versos de *troubadours* y de *conteurs*.

A pesar de los ímpetus que dedicaba a la caza, al baile, a las fiestas y a las canciones, la atención y la energía con la que manejaba el tema de la alianza no se hizo por ello menor. Avanzaba metódicamente: Para empezar Don Alfonso y Don Pedro se habían comprometido solemnemente, por medio de su firma y su sello, a someterse a su juicio, al de Ellinor de Guyena; había hecho hacer una declaración semejante también a Doña Leonor, y en previsión también a Doña Berengaria. Después, llamó a su presencia a los más distinguidos consejeros de ambos reyes, primero a cada uno por separado, les planteó breves e inteligentes preguntas, confrontó a los ministros cuyas declaraciones y opiniones se contradecían entre sí, indagando todo cuanto tuviera que ver con el asunto.

Convocó un consejo real al que asistieron todos los ministros de los reinos de Aragón y de Castilla. Sólo faltaban Don Jehuda y Don Rodrigue; éstos eran retenidos en Toledo a causa de la administración del reino.

Voy a dar a conocer mi arbitrio. Tomó aquel antiguo y memorable escrito que establecía la soberanía de Castilla sobre Aragón y desdobló el pergamino quebradizo y amarillento del cual colgaban ambos sellos, muy grandes, y que todos reconocieron de inmediato.

—Ante todo —anunció—, declaro esto anulado. *Non valet, deleatur* —y con manos firmes rasgó el pergamino en dos pedazos—. *Deletum est* —confirmó.

Don Alfonso, en su momento, cuando Jehuda propuso al rey Enrique como árbitro, había reclamado su juicio con remordimientos de conciencia; sin embargo, Ellinor le parecía la jaeza enviada por Dios. Pero ahora, al ver cómo el valioso pergamino que le daba poder sobre aquel necio de Aragón era destruido, aquel famoso y comprometedor escrito por el que habían muerto tantos caballeros y tantos caballos, sintió como si las manos de aquella vieja mujer rasgaran sus propias entrañas.

Ellinor pasó ahora a las diecinueve cuestiones económicas en litigio, de las cuales Jehuda había dicho en su momento que su decisión determinaría sobre cuál de ambos reinos recaería la supremacía en la Península. Ellinor especificaba hasta el último sueldo, los derechos y obligaciones de Castilla y Aragón. Castilla y Aragón escuchaban, tan pronto satisfechos, tan pronto malhumorados.

Finalmente, la anciana princesa proclamó su juicio sobre las exigencias de Gutierre de Castro. Don Alfonso debía pagarle una indemnización —y no evitó la dura palabra — de dos mil maravedíes de oro. Se trataba de una indemnización extraordinariamente elevada. Todos los presentes apenas pudieron ocultar su impresión.

—Por otro lado —continuó Ellinor como de pasada—, aquel castillo de Toledo sobre el cual Castro cree tener derechos, seguirá siendo propiedad de Don Alfonso, es decir del hombre que lo adquirió por medio de un contrato de compraventa válido. Seguirá siendo el castillo Ibn Esra.

Doña Leonor no pudo evitar que su rostro empalideciera de indignación. Pero Alfonso, que no se había atrevido a esperar esta decisión, respiró aliviado; habría sido un deber muy desagradable precisamente ahora arrebatarle al judío el castillo.

—Creo que hemos terminado —dijo la dama Ellinor—, he mandado preparar cada uno de los documentos y ruego a los señores que les corresponda que los presenten a sus reyes para que los firmen. Pero tened presente que lo que en ellos se recoge se ha convertido ya desde este momento en ley por medio de mi firma y la proclamación de la sentencia.

Más tarde —se había dado perfecta cuenta de la iracunda sorpresa de Doña Leonor —, le explicó:

—Sigues sin ser aún lo bastante lista, hijita. La pasión te oscurece el entendimiento. Intenta comprender que sería el colmo del disparate que tú y yo le declaráramos la guerra al judío. ¿Acaso deseas la reconciliación con Castro? Mejor reconoce que en el futuro también él estará deseando lanzarse al insolente y alargado cuello del judío.

Esperó hasta que sus palabras hicieron mella en Leonor.

—Ten por principio, hija de Castilla —le advirtió—, el no concederle nunca a aquel que reclama todo lo que exige. Así lo aprendí de la madre de mi Enrique, la difunta emperatriz Matilde. Ella me lo inculcó: Aquel que quiera obtener un buen servicio de su halcón no debe darle de comer sino ponerle la presa ante sus ojos. Pon el castillo ante los ojos de Castro, Doña Leonor.

Un poco más tarde, dijo:

—No te enfades conmigo si de vez en cuando te sacudo y te trato con dureza. Sé con exactitud todo aquello que has hecho bien, y que has tenido que eliminar muchos obstáculos antes de que pudieran tener lugar esta boda y esta alianza. Tienes talento para la política. Es muy probable que ésta sea la última vez que te veo y me gustaría avivar tu gusto por la política. El deseo de poder es, de entre todas las pasiones, la única que permanece.

Cerró los ojos y habló abriendo su corazón.

—Produce un enorme placer empujar a las gentes de un lado para otro, construir ciudades, fundir países y de nuevo volver a separarlos. Causa alegría construir y causa alegría destruir. Una victoria justa produce alegría, pero tampoco quiero renunciar a mis derrotas, no se lo digas a nadie: incluso la excomunión me produjo regocijo. Cuando se acerca la maldición con el libro, las campanas y las velas; cuando los altares se oscurecen y se cubren las imágenes y se hace callar a las campanas; entonces crece en el fondo de tu ser la firme voluntad de volver a encender las velas y de volver a hacer tocar las campanas, una desenfrenada voluntad que agudiza el ingenio. Se piensa en todos los medios y caminos: ¿Hay que unirse al Papa que ocupe el cargo y dulcificarlo astutamente? ¿O hay que implantar un antipapa que apague al otro las velas y haga detener para él las campanas?

Doña Leonor escuchaba absorta las palabras pronunciadas en voz baja, se sentía agradecida a su madre por otorgarle tanta confianza. Sería digna de ella.

Ellinor abrió los ojos y miró a la hija directamente a la cara.

—Un corazón grande —dijo— tiene necesariamente muchos rincones vacíos. En ellos puede hacer su nido fácilmente el aburrimiento, la melancolía, la acedía. Se necesita una gran pasión para llenar los rincones vacíos. Perseguir el poder, anhelar cada vez más poder es un fuego grande, bueno y permanente. Créeme, hija. La política puede encender la sangre tanto como la más hermosa noche de amor.

Capítulo II

TAMBIÉN había acudido a la corte de Burgos el Clerc Godefroi de Leigni para asistir a los esponsales de la infanta Berengaria, en representación de la princesa Marie de Troyes. Godefroi era un íntimo amigo del recientemente fallecido Chrétien de Troyes, el más famoso de los *conteurs*, y allá donde Godefroi aparecía, los caballeros y las damas le rogaban que recitara algunas de las narraciones en verso de su difunto amigo.

El gran poeta Chrétien de Troyes había escrito un gran número de hermosas, sorprendentes y ambiguas romanzas en verso. Había relatado el sensato destino, multicolor y fabuloso, de Guillermo de Inglaterra, el oscuro y magnífico embrujo amoroso de Tristán e Isolda, las maravillosas aventuras del caballero Yvain en castillos llenos de misterio, los viajes y preocupaciones del fiel y aprensivo joven Perceval, pero, más que ninguna de estas romanzas, las damas y los señores preferían escuchar la historia de Chrétien del caballero Lancelote en el carro.

Inútilmente repetía Godefroi que el propio Chrétien no consideraba este poema demasiado bueno y que ni siquiera lo había terminado; Lancelote era la más popular de sus obras, y los caballeros y las damas querían escucharla una y otra vez.

Lo que se cuenta en la historia de Lancelote en el carro es lo siguiente:

Lancelote, el mejor caballero de la cristiandad, ama a la dama Ginebra, y puesto que ésta se encuentra en peligro, se dispone a liberarla. Pierde su caballo y desespera ya de poder dar alcance al secuestrador de la dama. En ese momento se detiene un carro junto a él, el carro para los reos, y su dueño, un repugnante enano, invita a Lancelote, en medio de abundantes, corteses y ridículas reverencias, a subir al carro; sin embargo, no hay mayor insulto para un caballero que ser visto en uno de estos carros.

Lancelote duda dos instantes: ya que si se sube al carro y sigue su camino en él, será víctima de las burlas de la población. Consigue liberar a su dama. Pero ella no le permite aparecer ante su presencia, sino que le ordena ocultar su fuerza y su destreza en el próximo torneo y dejarse vencer. Así lo hace Lancelote, y también deja caer sobre él otros insultos porque su dama así lo ordena. Pero ella permanece inmisericorde y sólo

al final le expone el motivo: Él no sabe qué es el verdadero amor puesto que antes de subir al carro dudó durante dos instantes.

Puesto que la reina Ellinor y Doña Leonor pocas veces dejaban de asistir a las representaciones de *troubadours* y *conteurs*, la *courtoisie* exigía que también Don Alfonso estuviera presente a veces. Así fue cómo un día escuchó al Clerc Godefroi leer fragmentos del Lancelote.

En el fondo, a Don Alfonso le aburrían las romanzas en verso. Las aventuras de estos caballeros inventados le parecían absurdas, sus suspiros y ansias amorosas, afectados. Pero esta historia, contra su voluntad, captó su atención. El comportamiento de Lancelote, por más disparatado que fuera, le afectó, le irritó, le obligó a reflexionar, a enfrentarse consigo mismo.

Cuando más tarde, entrada la noche, yacía en su cama, todavía seguía reflexionando. Yacía con los ojos cerrados, demasiado cansado para estar despierto, demasiado despierto para dormirse, y vio al caballero Lancelote en su carro. Pero, de pronto, Lancelote dejó de estar en el carro, se hallaba allí sentado, sobre su cama, sobre la cama de Alfonso.

—¿Qué buscas aquí? —preguntó Alfonso belicoso—, ¿acaso supones que tenemos algo que ver?

Lancelote asintió con fuerza.

—¡Esto no lo consiento! —le gritó Alfonso—. ¡No soy tu hermano y compañero!

Lancelote no contestó nada, pero siguió mirando a Alfonso, y éste supo qué le estaba diciendo con su silencio.

—Ciertamente, eres mi hermano y mi compañero —dijo—, *eques ad fomacem*, el caballero sentado junto al fuego.

Alfonso quiso contestar con fuerza, exponer todos aquellos ineludibles motivos políticos y militares que le habían obligado a permanecer alejado de la cruzada. Pero, de golpe, lo vio todo con dolorosa claridad. Todo había sido pura apariencia y falsedad. Había un solo motivo verdadero por el que no había emprendido la lucha: se había querido quedar junto a Raquel. Era el hermano y compañero de Lancelote, había atraído sobre sí los insultos, se había engañado.

Sintió una profunda vergüenza.

Inmediatamente después, con un dulce sobresalto, sintió cómo ese calor se convertía en otro, en uno que le resultaba familiar un calor maldito y bien recibido. Vivamente, aspiró el pesado aroma de los jardines de La Galiana, sus venas latieron, la sangre corría por su cuerpo produciéndole un dulce cosquilleo, sentía en él, dulce y delicado, el amado veneno de Raquel.

Intentó librarse de aquello. Respiró profundamente, apartó a golpes, con un pataleo infantil, los edredones. Aquel Lancelote no iba a burlarse más de él, allí estaba la guerra, y tan pronto estuviera en el campo de batalla, Raquel quedaría atrás para siempre. ¡*Absit*! ¡*Absit*!, decidió. Tenía que terminar con ella. Tan pronto como regresara a Toledo, lo primero que haría sería hacer bautizar a su hijo y después se marcharía a la frontera sur; a Calatrava y a Alarcos, y habría terminado con Raquel.

—Entonces no tendré nada más que ver contigo, triste servidor de las mujeres —le dijo violentamente a Lancelote—, y además resultas absolutamente ridículo con tu servil amor.

Pero Lancelote ya había desaparecido.

A pesar del poco favor que Don Alfonso mostraba a los *troubadours* y *conteurs*, había uno entre ellos que le gustaba, un barón del Lemosín, Bertrán de Born.

Éste Bertrán, a pesar de llamarse a sí mismo vizconde de Hautefort, no era de hecho un gran señor, tan sólo tenía un par de cientos de hombres como vasallos. Pero era famoso por sus osados versos, era impetuoso en su modo de ser, desde su más temprana juventud había fascinado y arrastrado a las gentes. Se decía que en sus tiempos, cuando todavía era apenas un muchacho, había disfrutado de los favores de la floreciente reina Ellinor. Más tarde, siendo señor de sus dos castillos, había participado con la palabra y con la espada en toda contienda que surgiera, sin reflexionar mucho cuál era la mejor causa, y había sabido ganar para su empresa, a mucha gente. Era belicoso e iracundo. Se había enfrentado con su hermano a causa de la repartición de la herencia, y, a pesar de que las exigencias de su hermano eran moderadas, había luchado contra él con versos y con las armas. El rey Enrique, el señor feudal, había intervenido y ayudado al hermano a defender sus derechos. Bertrán, después de esto, azuzó al joven rey Enrique contra su padre por medio de sus versos, hasta que el joven rey halló la muerte al recibir una flecha ante uno de los castillos de Bertrán. Bertrán también había azuzado, además, a los barones del Lemosín para que emprendieran la guerra contra su rey, el viejo Enrique, y también para que lucharan entre ellos; su mano se dirigía contra todos y la mano de todos contra él. Finalmente, el joven Ricardo había reducido a cenizas los castillos de Bertrán y lo había tomado prisionero. Pero pronto se habían reconciliado de nuevo; ahora, Bertrán se disponía a viajar a Sicilia para unirse al ejército de cruzados de Ricardo.

La fama de Bertrán de Born también había cruzado los Pirineos. En Hispania se conocían sobre todo sus canciones políticas, sus sirventés. Allí donde había una disputa o una guerra se cantaban sus osados versos. Su divisa era tan conocida como la oración

del Padrenuestro: «Considero innoble la paz, el único derecho válido para mi es mi espada».

Bertrán tenía ahora unos sesenta años, pero nadie podía igualársele en cuanto a lo caballeresco y cortesano. Había gustado de inmediato a Alfonso, y aunque a veces el rey tenía dificultades en entender el lenguaje provenzal de Bertrán, sentía que aquellas controvertidas y violentas canciones estaban hechas de una materia completamente distinta de los flojos versos de los trovadores españoles; eran tan elegantes y peligrosos como las afiladas dagas cordobesas.

Don Alfonso distinguió a Bertrán con su predilección, le mandó ricos presentes, le colmó de atenciones, le incluyó en su séquito de cacería, mantenía con él íntimas conversaciones. Bertrán tenía el don de contar las cosas de modo que personas y acontecimientos adquirieran plenitud y esplendor y para quien le escuchaba era como estarlo viendo. Contaba, por ejemplo, cosas del viejo rey Enrique. Con sus palabras dibujaba al fallecido rey: los ojos grises inyectados en sangre, los altos pómulos, la poderosa barbilla con su pequeña barba puntiaguda, la boca violenta y ávida. Era casi un héroe, el rey Enrique, pero no acababa de serlo del todo, le faltaba la verdadera largueza, la generosidad: era mezquino. La última vez que Bertrán había estado ante el rey había sido como prisionero, no iba armado, no tenía más arma que sus palabras, pero con sus palabras venció al vencedor de modo que éste le dejó libre y le reconstruyó el castillo que le había quemado. Pero también allí había querido ahorrar. No era precisamente un rey como debía ser, por muy majestuoso que quisiera parecer. No conquistaba por el puro placer de la conquista, sino para tener y retener. Una y otra vez podía reconocerse en pequeños rasgos y gestos que era avaricioso, un mercachifle. Sus dedos, por ejemplo, lo delataban, tenía dedos codiciosos que no podía mantener quietos, los encogía y los estiraba, desmintiendo su propia dignidad, o bien garabateaba o dibujaba. Prometía mucho, y mantenía sus promesas, pero siempre sólo en parte; «Si y no» le había puesto Bertrán por sobrenombre, y ése era el sobrenombre que le quedaría. Don Alfonso, cuando Bertrán le contaba esas cosas, veía ante sí al padre de su esposa, lo veía con más claridad que si lo tuviera ante sus ojos.

—En eso, mi joven rey Enrique era distinto —seguía contando Bertrán—, yo le llamaba *rassa*, y *rassa* era. Vivía en la abundancia, todo lo que tenía lo despilfarraba, los tesoros de Chinon, sus caballeros y *routiers*, su propia vida… ¡Era maravilloso! Era *rassa*, y por eso fue doblemente infame que el viejo rey le dejara tan poca libertad. ¿Por qué le había convertido en rey si no le permitía vivir como un rey? Si, yo lo aguijoneé contra el padre, y cuando se reconcilió con él, volví a azuzarle. Dicen que murió por eso. Nunca creí que un hombre pudiera sentir un dolor tan infernal como el que yo sentí cuando mi joven rey murió. Y quizás realmente murió por culpa de mis

versos. Sin embargo, y a pesar de ello, no lo lamento —continuó en voz baja, con violencia, y ahora hablaba más bien para sí:

—He amado a muchas mujeres y he perdido a muchas, y también me sentía triste cuando perdía a esta o aquélla, pero realmente entristecido sólo lo estuve por el joven rey. Sólo a él amé.

Y empezó, entonándolos, a pronunciar para sí los versos que había compuesto a la muerte del joven rey, aquel canto fúnebre del que se decía que nunca, desde que el rey David lamentó la muerte de Jonatán, se había cantado a un héroe un canto más hermoso. *Si tuit li dol e'lh plor el'h* marrimen cantó:

Aunque todas las lágrimas y penas del corazón,
Cualquier tormento, perdida o aflicción,
Y los peores sufrimientos que en esta vida mortal
Vamos padeciendo, se reunieran en un solo mal,
¡Necedades! ¡Menudencias! ¡Nada!, parecieran
Ante la muerte del joven señor de Inglaterra.

Don Alfonso contempló a Bertrán recitando para sí, fieramente, ensimismado; por encima de la delgada nariz considerablemente torcida, una auténtica nariz de cernícalo, relucían ferozmente los grandes y vehementes ojos grises. Aquel hombre hacía brotar los versos de duelo de la profundidad de su pecho, de modo que a Alfonso le parecía como si fueran creados en ese momento, y conmovió al rey que Bertrán le mostrara el interior de su corazón de aquella manera. Se sintió empujado a corresponder a su confianza. Bertrán, aquel auténtico caballero, tenía el don de expresar lo que atormentaba a un hombre, aquello inexpresado y casi inexpresable que latía en su pecho; si había alguien capaz de comprender las sombras que oprimían a Alfonso, ése era él.

—¿Dices —le preguntó con una timidez inusual en él— que nunca has amado realmente a una mujer?

Bertrán lo miró.

—Yo no lo expresaría de un modo tan lapidario —respondió sonriendo—, pero en tu afirmación hay algo de verdad.

—Pero tú has compuesto maravillosos versos dedicados a mujeres —repuso Alfonso.

—Ciertamente, lo he hecho —respondió Bertrán—. Un hombre debe decir a una mujer cosas bonitas como lo exige la *courtoisie* y como algunas veces lo pide el corazón. He jurado a las mujeres bajarles la luna del cielo, pero los juramentos de una

noche de amor sólo son válidos hasta el amanecer. Romperlos es pecado venial, incluso mi confesor lo reconoció así. Al fin y al cabo, fue la mujer la que nos tentó con la manzana.

Alfonso se rió, pero inmediatamente siguió interrogándolo:

—¿Y siempre has conseguido escapar del amor? ¿Has escapado del amor de todas las mujeres?

El viejo caballero notó la tensión del otro, vio que Alfonso pensaba en su asunto amoroso con la judía y sintió una inclinación casi paternal por aquel joven rey que requería consuelo de él de un modo tan ingenuo, infantil y disimulado.

—Sí, he conseguido escapar —contestó. Lo miró divertido y amistoso y añadió—: ¡Mujeres! —continuó con un movimiento de mano altanero y ligero—. Puede que se acerquen mucho a nuestra sangre, pero no pueden acercarse a nuestra alma. Voy a decirte algo Alfonso: la vida de un caballero es como la corriente de un río, fluye y fluye y destruye todo aquello que no es suficientemente sólido, lo que no ha alcanzado el alma. Aquellas mujeres de mis versos se han pulverizado hace tiempo, son recuerdos vacíos qué se han disipado en la niebla. Otra cosa sucede con una buena batalla. Su impresión dura, su recuerdo nos calienta y fortalece. Las batallas en las que he luchado me han mantenido el espíritu joven —se rió a carcajadas altanero, arrogante—, y también el cuerpo. Enseguida vas a ver lo que quiero decir —dijo contento y misterioso.

Ordenó a su escudero Papiol, que apenas era más joven que él, pero que no se mantenía menos vigoroso, que se acercara, y dirigiendo al rey una mirada chispeante y divertida de sus ojos vehementes y hundidos, le ordenó:

—Venga, Papiol, muchacho, cántanos la canción del viejo y el joven.

Y Papiol, acompañándose de una pequeña arpa, cantó la desvergonzada y atrevida canción: *Joves es om que lo seu be engatge*:

Joven es aquel que, empeñando castillo y bienes,
Parte cubierto de esplendor hacia el torneo.
Joven es aquel que, sin tener dinero,
Obsequia los más ricos presentes.
Y aquél a quien no preocupan los enjambres de acreedores.
Joven es aquel que se entrega al juego y a los desafíos.
Y joven es aquel que se expone en el amor.

Viejo es aquel que nunca jamás
Osa poner en juego su castillo y sus tierras.

Aquel que almacena el grano, el vino y el jamón.
Aquel que, estando ahíto, no se atreve a comer más
Y se apresura a tomar su capa cuando llueve.
Viejo es aquel que suspira por un día de descanso.
Viejo es aquel que abandona el juego antes de ganar

Pero la vida desenfrenada había deteriorado a Bertrán, y aunque se mostrara gallardo y arrogante, casi siempre cubierto por su chirriante armadura, apenas podía ocultar que dentro de la misma se ocultaba un cuerpo algo tembloroso, y quizás alguien se habría sonreído al ver a aquel caballero envejecido y a su viejo escudero y al escuchar sus versos. Alfonso no sonrió. Escuchó y sintió la fuerza y el ritmo de los versos, el desafío ante el tiempo que se escapa, la vida que transcurre.

—Gracias, Bertrán —dijo encantado—, ése es el espíritu de la caballería, esto es arte.

El embeleso del joven rey le hizo bien al viejo Bertrán. Si alguien hubiese puesto en duda su vigor aunque fuera sólo con una mirada o con un gesto, lo habría desafiado. Pero este Alfonso era un amigo, un hermano, ante él reconoció:

—Lamentablemente, ni los más ingeniosos versos pueden protegernos del desgaste del cuerpo. A ti, mi señor, te lo digo: la guerra a la que ahora voy es mi última guerra. No me engaño, sé que pasará quizás un año o dos, pero entonces mi estúpido cuerpo fallara, y un caballero frágil es motivo de burla para los niños. Ya he hablado con el abad de Dalon; si vuelvo sano y salvo de esta guerra, entraré en un convento.

El rey se sintió orgulloso de que Bertrán le confiara sus intenciones, y siguiendo una súbita inspiración decidió: Este buen caballero y poeta no debe llevar a cabo sus hazañas como guerrero del rey Ricardo. Mi cuñado Ricardo no debe quitarme también esto. Bertrán debe estar a mi lado y cantar mi guerra.

El canónigo Don Rodrigue llegó a Burgos.

Estaba lleno de sombría inquietud. Evidentemente, Don Alfonso había privado a su hijo del bautismo, de su ingreso en la comunidad cristiana, había echado sobre su conciencia una grave culpa, y al abandonar Toledo evitó el enfrentamiento. Sin embargo, el mismo Rodrigue se había sentido aliviado, sentía una reprobable vergüenza ante este enfrentamiento, procuraba evitar su deber. Sólo ahora, transcurridas varias semanas, había reunido fuerzas para visitar al rey.

Pero también allí, en Burgos, tuvo que ver cómo Alfonso evitaba el dialogo con él. Y de nuevo se resignó.

Para distraerse de sus preocupaciones, sus remordimientos y su vergüenza, se sumía en la vida cortesana de Burgos. Observó con interés que las maneras cortesanas del norte se habían refinado mucho. Ahora las damas y los señores estudiaban con celo las reglas de la *courtoisie*. Debatían sobre las puntillosas leyes de la *minne* y mostraban una experta atención al arte de los poetas.

Pero pronto se dio cuenta de que toda aquella actividad elegante y cortesana no era más que un juego vacío y engañoso. Lo que en realidad preocupaba a las damas y señores, lo que los absorbía por completo, era la cercana guerra. La esperaban con una impaciencia delirante y entusiasta.

Don Rodrigue se dio cuenta de esto con tristeza. Se censuró a sí mismo por su preocupación. La guerra que deseaban era santa, su entusiasmo piadoso; participar en ella era una obligación, y despreciarla, pecado.

Pero él no podía compartir aquel piadoso entusiasmo. En él cobraban vida las maravillosas alabanzas a la paz del libro de Isaías, del Evangelio, los fanáticos discursos en favor de la paz de su alumno Don Benjamín. Pensaba con tristeza y horror en la guerra y el sufrimiento que ésta traería a la Península. Se sentía cruelmente sólo en medio de aquella ruidosa y alegre actividad, aquel entusiasmo sediento de sangre de aquellos hombres cultivados e instruidos le repugnaba, le traía a la memoria las observaciones de su amigo Musa sobre el *Jezer Hara*, el brote del mal.

Más que ningún otro, le repugnaba el hombre a quien le había sido dado prestar su voz a aquella salvaje y violenta alegría, aquél Bertrán de Born. A primera vista era un hombre envejecido, no precisamente apuesto, como muchos otros. Pero Don Rodrigue ya sabía de sus poesías, de sus aspiraciones y actividades, y si se le contemplaba más de cerca, también podía leerse en el rostro del caballero y en sus vehementes ojos bajo las espesas cejas lo que era en realidad: la encarnación de la guerra. Quizás el caballero resultara ligeramente ridículo cuando con forzado vigor caminaba y cabalgaba y se pavoneaba; pero el horror que irradiaba aquel hombre ahogó las ganas de burlarse del canónigo. Allí no había nada de qué reírse. Aquél era el malvado Dios Marte en todo su horror. Su mismo aspecto debían de haber tenido los jinetes que el evangelista Juan vio cuando le fueron hechas las últimas revelaciones.

Y al mismo tiempo, el mismo Don Rodrigue apenas podía sustraerse a la magia de los osados versos de aquél Bertrán, el experto que había en Don Rodrigue tenía que reconocer que sus canciones de guerra eran maravillosas, arrebatadoras, pletóricas de encanto en toda su ferocidad. Lleno de tristeza y de ira, Rodrigue se dio cuenta de con cuánto arte había dotado Dios a aquel hombre rudo. Su ira creció cuando tuvo que ver cómo su amado Alfonso lo evitaba a él, a Rodrigue, mientras que no se separaba de aquel espantoso y desenfrenado caballero. Celoso, Rodrigue sintió dolorosamente la

íntima unión de ambos, y su esperanza de volver al rey al buen camino se hizo cada vez más débil.

En medio de su preocupación, al canónigo le quedaba una alegría: el trato con el Clerc Godefroi. Don Rodrigue amaba y admiraba los relatos de Chrétien de Troyes, y el modo de ser de Godefroi le parecía reflejar la poco frecuente piedad interior que Chrétien había sabido infundir en los versos de sus composiciones. Con frecuencia, en atención al canónigo, Godefroi, cuando leía en voz alta fragmentos de las obras de Chrétien, elegía capítulos tranquilos que permitían reconocer el estilo único y admirable de Chrétien, dedicado a las cosas corrientes y terrenales.

Así pues, una vez leyó ante muchos oyentes la aventura del caballero Yvain con las *pauvres pucelles*, las pobres doncellas:

El caballero Yvain va a parar a la morada de las *pauvres pucelles* y allí ve a aquellas pobres doncellas. Cosen y tejen hilos de oro y de seda para hacer vestidos; pero ellas mismas tienen un aspecto absolutamente miserable, el delantal y el vestido lleno de agujeros y desgarrones; las camisas llenas de sudor y suciedad, los cuellos toscos, el rostro pálido a causa del hambre y los sufrimientos. Yvain las ve, y ellas lo ven a él, y llenas de vergüenza, esconden sus rostros inclinando las cabezas hacia el suelo y lloran.

Y entonces alzan su queja:

Cosemos piezas de seda, brocado y pedrería,
Pero estamos medio desnudas y sucias como mendigas.
Y es que nuestro salario no es bastante
Ni para comprar trajes ni carne.
Siempre con miedo y con mucho cuidado,
En vano el pan nuestro de cada día nos racionamos,
Si es poco por la mañana, por la noche aún hay menos.
Y la que en una semana gana veinte sueldos
Una condesa o una duquesa se siente,
Aunque con veinte sueldos para nada tiene.
Pero aquellos que nos dan tan mísero salario
Se enriquecen con nuestro trabajo.
Y sin embargo, nos maltratan y nos golpean,
Y ni siquiera de noche en paz nos dejan,
Y si alguna mortalmente cansada se adormece,
Golpeando y empujando el amo siempre se halla presente.
Nuestro es el sufrimiento, estamos en el infierno,

Nosotras pobres doncellas, nosotras pauvres pucelles.

Fue una satisfacción para Don Rodrigue que el poeta Chrétien de Troyes, a pesar del esplendor y la gloria de los caballeros y de sus damas, no olvidara la desesperación y el sufrimiento de aquellos que trabajaban con ahínco en las sombras. Sin embargo, los demás oyentes, los *preux chevaliers* y las *dames choisis* que llevaban los ropajes que aquellas *pauvres pucelles* habían confeccionado, se quedaron sorprendidos e indignados. ¿Qué clase de estúpido capricho había tenido aquel fallecido *conteur*? ¿Cómo podía alguien que había cantado con tanta dulzura y nobleza a la exquisita *minne* y relatado aquellas heroicas aventuras ensuciar su boca de ese modo? ¿Cómo podía tener versos y rimas para aquellas desventuradas costureras? Unas hacían los trajes y otras los llevaban, unos forjaban las espadas y otros luchaban con ellas, unos construían los castillos y otros los habitaban: así eran las cosas, así lo había establecido Dios en su sabiduría. Y esas tristes criaturas, las *pauvres pucelles*, se rebelaban contra esto, su señor haría bien en romperles las costillas.

Pero de nuevo era Bertrán de Born quien expresaba los sentimientos de todos. La lengua del norte, la *langue d'Oïl*, que utilizaba Chrétien en sus composiciones, le parecía un torpe balbuceo, aquellas acarameladas rimas que se había visto obligado a escuchar hacía un momento le parecían de lo más estúpido. Ya durante el recitado había tenido que reírse a carcajadas, y cuando Godefroi terminó le dijo:

—Vosotros, los señores del norte, tenéis un sorprendente interés por el pueblo y por su pestilencia. ¿Quieres saber mi buen maestro Godefroi, cómo pensamos nosotros aquí en el sur acerca de todo esto?

Las damas y señores se alegraron de antemano de la firme respuesta que Bertrán, con toda seguridad, daría a los lamentos del fallecido Chrétien, y le rogaron:

—¡Déjanoslo oír noble Bertrán! ¡No nos hagas esperar! ¡Déjanoslo oír! —lo apremiaban.

Y riéndose, formidable, Bertrán ordenó a su juglar:

—¡Papiol, muchacho, cántanos el sirventés del *Vilain*!

Éste se adelantó con actitud osada y juvenil, rasgó el arpa y cantó la canción del Vilain, de los ciudadanos y campesinos zarrapastrosos. Cantó:

No es santo de mi devoción la chusma.
Plebeyos, campesinos y comerciantes.
Me son del todo insoportables.
Se comportan como cerdos,
Y es difícil tolerar

Esa forma de actuar.
¡Ay si uno de esos desechos
bienes y posesiones alcanza!
Se llena de pretensiones
Y se le reblandecen los sesos.
Así que dadles poca pitanza,
Negadles también el vestido,
Que la lluvia se encargará
De curtir tan miserable pellejo.
Quien no mantiene a la chusma escuálida
Contribuye a multiplicarla
Por eso cuando uno de esos engendros
Campesinos y plebeyos
Ose mostrarse ante vuestros ojos,
Rompedle a golpes las piernas,
Para redimir su ofensa.
Sí, rompedle todos los huesos.
Echadlos al calabozo,
A todos esos piojosos,
A la gruta más profunda
Y dejad que allí se pudra.
No tengáis piedad de sus gritos.
¡Qué se pudran las sabandijas!
Villanos, mercachifles y campesinos.

Los oyentes aclamaron al caballero con un tempestuoso aplauso. Realmente la canalla de los bajos fondos se volvía demasiado insolente. Los señores que se disponían a emprender la Guerra Santa pensaron en los comerciantes y en los banqueros que les compraban sus bienes muy por debajo del precio; tenían que aceptarlo porque no habían podido sacar bastante de sus campesinos. Aquel que decía la verdad a aquellas sabandijas de un modo tan contundente expresaba lo que sentían en sus corazones.

Don Rodrigue percibió cómo los censurables y arrogantes versos de Bertrán inflamaban todavía más el sacrílego fuego de los preux *chevaliers*. Lo que aquel hombre había cantado allí, con soberbia impía, llenaba al dulce canónigo de una terrible preocupación. En medio de su santa aflicción, el instruido Rodrigue se dio cuenta de cómo el lenguaje, con perversidad, se acomodaba al maligno objetivo del que

hablaba, y poco a poco de la imparcial palabra *Vilain*, el habitante del pueblo y la ciudad, se hacía un bribón y un engendro.

El rostro de Don Alfonso resplandecía con feliz excitación; aquellos versos arrogantes y escandalosos era como si hubieran brotado de su corazón. En esos versos resonaba el rencor del auténtico caballero contra la chusma de comerciantes y banqueros, la ira que él mismo, Alfonso, había sentido con frecuencia cuando había tenido que intrigar con su Jehuda y emplear inútilmente su valioso e importante tiempo real. Aquél Bertrán era su hermano.

—Escucha, noble Bertrán —dijo—, ¿no querrías hacer la guerra a mi lado? Te daré el guante y tendrás una buena parte en mi botín.

Bertrán se rió con su risa divertida y feroz.

—El modo en que recompensaste los pocos versos que hice para ti me ha mostrado tu generosidad, mi señor. Tenía previsto componer para ti un verdadero sirventés.

—¿Significa eso que vienes conmigo, Bertrán? —preguntó el rey.

—Soy vasallo del rey Ricardo y estoy comprometido con él —repuso Bertrán—, pero le preguntaré a la dama Ellinor.

Y preguntó.

—¿Vuelves a cambiar de señor? —dijo Ellinor. Se miraron uno a otro con ojos divertidos, la vieja princesa y el viejo caballero, y ella dijo:

—Quédate, pues, con Alfonso. Hablaré en tu nombre ante mi hijo Ricardo.

Ellinor no quería abandonar Burgos antes de que se hubieran establecido en un detallado plan de guerra los derechos y obligaciones de ambos reyes.

Varias veces Alfonso y Pedro le rogaron que les cediera un par de compañías de sus probados *routiers*, de sus *brabançons* y *cottereaux*. Pero Ellinor no quería oír hablar siquiera de ello.

—Ya tenéis bastantes entre los dos, muchachos —los rechazaba—. ¿Creéis que conservaría a mis caros *routiers* si no los necesitara urgentemente contra mis barones rebeldes? A veces no puedo dormir porque no sé con qué voy a pagarles.

—Pero en toda la cristiandad se dice que en Chinon hay dinero —respondía Don Alfonso.

—Esta estúpida afirmación —le respondía Ellinor la propagaron por el mundo los judíos de mi difunto Enrique para aumentar su crédito. En cualquier caso, yo no he encontrado ningún dinero en Chinon. Tuve dificultades en poder pagar la cuenta del entierro de mi Enrique. Nada de eso, queridos. Debéis dejarle un par de soldados a una vieja mujer para proteger su pellejo.

El plan de guerra se basaba en la suposición de que, si las circunstancias lo permitían, se podría mantener al califa Yaqub al-Mansur apartado de la guerra. Poderosos jefes de tribus se rebelaban en su frontera oriental. También se decía que no estaba bien de salud. Se sospechaba que utilizaría cualquier pretexto medianamente creíble para abandonar a su suerte a su emir en al-Andalus.

Pero había otra cosa: el califa, al igual que el sultán Saladino, no aceptaría bajo ninguna circunstancia la ruptura de un tratado, y allí estaba aquella molesta tregua de Alfonso con Sevilla. Así pues, Castilla, durante los primeros tiempos, debería permanecer neutral. Por el contrario, Aragón, que no estaba ligado por ningún tratado, caería cuanto antes y utilizando cualquier pretexto sobre la musulmana Valencia y pronto solicitaría la ayuda de las armas de Castilla. Si después de esto la guerra se propagaba finalmente también hacia Córdoba y Sevilla, probablemente se podría convencer al califa de que no se trataba de una ruptura malintencionada de la tregua.

Alfonso lamentaba que la fama de la primera batalla cayera sobre el joven Don Pedro, pero cedió ante los razonables argumentos de la vieja reina y se comprometió a no emprender nada, bajo ninguna circunstancia, contra Córdoba y Sevilla antes de que Aragón solicitara la ayuda de sus armas.

Don Pedro, por su parte, prometió requerir esa ayuda militar dentro de un plazo máximo de medio año y a someter entonces su considerable poder militar al mando de Don Alfonso.

La dama Ellinor no se dio por satisfecha tan pronto. Temía que los celos o un mal entendido sentido del deber del caballero pudieran llevar a Alfonso o a Pedro a pasar por alto el acuerdo; al fin y al cabo, un pacto de ese tipo sólo era tinta sobre la piel de un animal, la sangre que fluía por el corazón humano era más fuerte. Así que llamó a su presencia a ambos reyes y a sus esposas, y, basándose en el plan de guerra tan detalladamente establecido, explicó en una breve y resuelta exposición qué debían hacer y dejar de hacer Alfonso y Pedro. Después, abandonando el tono solemne y adoptando un tono amable, les dijo, amenazándoles pícaramente con el dedo:

—Ya sé que os seguís deseando uno al otro toda clase de infortunios. Pero no podéis permitiros estos sentimientos mientras dure esta guerra tan grande e importante. Cuando esto termine, podéis seguirlos molestando mutuamente tanto como deseéis. De momento, molestadme a los musulmanes.

Y de nuevo, con toda su realeza, concluyó:

—Os exhorto a que arranquéis todo rencor de vuestros corazones con sus raíces, de igual modo que el toro arranca la hierba con sus raíces.

Alfonso estaba allí en pie, abochornado, con rostro fiero; también Don Pedro parecía violento; pero de pronto, en medio de aquel silencio, Berengaria, con voz

potente pero todavía infantil, dijo:

—Entendemos lo que quieres decir, señora abuela y reina. O bien ambos príncipes, mi señor padre y mi señor esposo, están unidos por completo y de todo corazón, o bien serán vencidos por los infieles. *Tertium non datur*, no hay una tercera solución.

—Lo has comprendido, mi pequeña nieta —dijo Ellinor—, y ahora —se dirigía a los reyes—, en presencia de nosotras, tres mujeres, besaros fraternalmente y jurad sobre el Evangelio que respetaréis lo que habéis firmado y sellado.

El día anterior a que se disolviera la reunión y cada uno tomara su camino, se celebró la despedida en el castillo de Burgos.

Ese día, Bertrán de Born cumplió un ruego que hasta el momento había pasado por alto con ligereza. Cantó él mismo su canción de alabanza a la guerra, la canción de la muerte en el campo de batalla, la famosa canción *Be'm platz lo gais temps de Pascor*.

Y cantó:

Me place de la primavera el dulzor
Cuando rebrotan la hoja y la flor
Gozoso escuchar en los bosques,
Canción que rejuvenece,
De un coro de trinos el eco.
Pero más me alegra ver a lo lejos
Estrechamente alineadas las tiendas
Y dispuestos alrededor de los campos
A los caballeros con sus caballos
Para la batalla armados.
¡Y qué placer no se siente
Cuando la refriega se acerca!
Temerosos huyen rebaños y gentes
Y entonces la planicie se cubre
De un ejército que avanza
De guerreros con sus lanzas.

La vieja reina Ellinor, a la que Bertrán en el pasado estuvo tan próximo, escuchó con divertida emoción cómo aquel hombre viejo cantaba aquellos osados versos ferozmente alegres. Ya en aquel entonces, cuando siendo él todavía un muchacho se había acercado a ella tan impetuosamente, la había divertido tanto como conmovido. Seguía siendo el mismo, el querido Bertrán, una mezcla única de valor, insolencia y poesía. Durante toda su vida se había negado a la derrota, y evidentemente todavía estaba decidido a luchar

y a cantar y a no abandonar aunque la muerte le golpeara el hombro, del mismo modo que ella tampoco estaba dispuesta a abandonar.

Bertrán cantó:

No hay para mi mayor placer
Que contra una fortaleza acometer
Ver sus muros caer su empalizada arder
También es espectáculo gozoso,
Cuando enfrentados en el campo anchuroso,
Los gallardos caballeros al galope arremeten.
Corre la sangre, las picas se rompen,
Se astillan la lanza y la espada.
Galopan en círculo
Corceles enloquecidos.
Sus caballeros han caído.
Ni unos ni otros volverán la espalda.
Morir así no es muerte amarga.
Mejor es aquel que muerto
Yace a los pies de su enemigo,
Que aquel que huyendo vive, vencido.

El rostro enrojecido del arzobispo Don Martín se congestionaba todavía más, jadeaba, movía los labios pronunciando en voz baja también los versos. El joven Alazar tenía la vista fija arrobado en el juglar, sus ojos se apoderaban de cada palabra que brotaba de los labios de Bertrán. Hasta el momento, Alazar sólo había soñado la magnificencia de la guerra: ahora la veía, la oía, la sentía con cada una de sus fibras. Aquel caballero Bertrán decía en palabras lo que Alazar sentía en su pecho desde que estaba en Castilla.

De la boca de aquel hombre brotaba el sonido de la guerra. Por aquello que aquel caballero Bertrán cantaba vivía él, Alazar:

Bertrán cantó:

Ni el comer ni el beber
Ni el dormir ni una mujer
Me resultan ocupación tan dulce
Como cuando oigo el grito resonar
¡A lor! ¡A lor! ¡Atacad! ¡Golpead!

Grandes señores y modestos escuderos
Heridos de muerte caen al suelo.
Sin jinete relinchan los corceles.
¡Aidatz! ¡Ayuda! ¡Aquí! Gritan los heridos.
Y el campo entero es un clamor
Se oyen magníficas y salvajes alaridos:
Gritos de victoria, gritos de dolor
Roja está la hierba verde
toda teñida de muerte.
Cubre la tierra un tapiz de muertos.
Herido el cuerpo, completamente abierto,
En algún pecho, todavía está clavada,
empavesada de colores, la lanza.

Cautivados escuchaban los reunidos. ¡*A lor! ¡Aidatz*! ¡Al ataque! ¡Ayuda! ¡Aquí! En todo el viejo castillo resonaba el entusiasmo sangriento del caballero Bertrán, el deseo de matar.

Más todavía que todos los demás, valoraba y sentía el canónigo Don Rodrigue la fuerza de arrastre de los sonoros versos provenzales. Pero en él no engendraban entusiasmo, en él engendraban horror. Con espanto, vio el rostro del rey, a quien amaba como a un hijo. Si, Don Alfonso era *vultu vivax*, Rodrigue había encontrado las palabras adecuadas: el rostro reflejaba el alma con una espeluznante fidelidad. Pero lo que ahora reflejaba era el puro deseo de matar de destruir aquella *Jezer Hara*, el brote del mal, del que Musa hablaba repetidamente. Don Rodrigue cerró los ojos, no podía seguir viendo por más tiempo los rostros de aquellos caballeros y damas. Consternado, tuvo que reconocer que habría preferido ver a su Alfonso durante meses y años seguidos en la pecaminosa compañía de la obstinada judía que en la compañía de los guerreros de Dios piadosos y sangrientamente entusiasmados.

El canónigo había tenido la intención de regresar a Toledo con el séquito del rey. Se había propuesto finalmente cumplir con su deber durante ese viaje y advertir al rey. Ahora renunció a ello.

Esa misma noche, precipitadamente, se puso en camino y cabalgó de regreso a Toledo, todavía más profundamente acongojado que cuando llegó, sintiéndose culpable, *infectis rebus*, sin haber hecho lo que se había propuesto.

Capítulo III

DESDE que Don Jehuda Ibn Esra tuvo noticia de la muerte del rey Enrique supo que pronto, al cabo de pocas semanas, quizás al cabo de unos días, se iniciaría la gran guerra contra los musulmanes, por cuya causa, para impedirla, había abandonado Sevilla y su antigua vida. Ahora la rueda monstruosa giraba imparable. El califa conduciría sus ejércitos a al-Andalus, las derrotas de Alfonso serían inevitables, y los ciudadanos de Toledo no echarían la culpa al rey sino que se la atribuirían a él, a Jehuda, y a los judíos. Lo que había tenido que ver de muchacho en Sevilla se repetiría ahora aquí. Y toda la ira de Edom golpearía a los seis mil fugitivos francos que él había instalado en el reino. ¡Qué gran triunfo haber conseguido para ellos el privilegio! Se había sentido como un *Oker Harim*, un hombre que puede mover montañas. Y ahora estos emigrantes tendrían que padecer aquí cosas peores de las que habrían tenido que soportar en Alemania. Veía clavados en él los piadosos y fanáticos ojos, llenos de desprecio, del rabí Tobia.

Noticias procedentes de Inglaterra acrecentaron su miedo. Con ocasión de la coronación de Ricardo, también una delegación judía, encabezada por Aarón de Lincoln y por Baruch de York, habían querido entregar presentes al rey en la catedral de Westminster y rogarle la confirmación de los viejos privilegios. Pero se les negó la entrada en la iglesia, y se extendió el rumor de que el rey entregaba la vida y los bienes de los judíos a su gran pueblo de Londres. Conducida por cruzados, la multitud saqueó las casas de los judíos, los maltrató, arrastró a muchos de ellos a las iglesias para bautizarlos y mató a los que se resistían. Algo parecido sucedió en Norwich, en Lynn y en Stamfort, en Lincoln y en York. Aarón de Lincoln consiguió huir sano y salvo de Londres, pero sólo para caer en los disturbios que tuvieron lugar en Lincoln. Baruch de York había aceptado el bautismo. Al día siguiente, el rey Ricardo le preguntó si también en su corazón era cristiano. Baruch contestó que sólo había querido salvar su vida, pero que en su corazón seguía siendo judío.

—¿Qué podemos hacer con este hombre? —había preguntado Ricardo al arzobispo de Canterbury.

—Si no quiere servir a Dios —había contestado malhumorado el prelado—, que siga en nombre de Dios al servicio del diablo.

De este modo Baruch regresó a York como judío; allí, junto con su familia, fue asesinado.

Si en la sensata Inglaterra, reflexionaba Jehuda, habían podido suceder esas cosas, ¿qué pasaría aquí en Castilla cuando el pueblo fuera instigado después de una derrota?

Don Efraim se presentó ante Jehuda. Le informó que el conde de Alcalá se había dirigido a él para pedirle un crédito sobre sus bienes, pero que lo había rechazado.

—Está endeudado —explicó Efraim—, es un despilfarrador probablemente lo gastará todo absolutamente en la guerra y sus bienes caerán fácilmente en manos de los creyentes. A pesar de esto, me he negado a hacerle un préstamo a Alcalá, porque un judío que saca provecho de las necesidades de un cruzado no hace más que ganar enemigos para sí mismo y para toda la judería. Supongo que el conde ahora se dirigirá a ti.

—Te agradezco la información y tu consejo —dijo sin comprometerse Jehuda.

Don Efraim tenía un segundo e importante comunicado. La aljama había decidido poner a disposición del rey una tropa auxiliar formada por tres mil hombres.

Jehuda se sintió cruelmente humillado. ¿Tan despojado y perdido estaba ya que la aljama, en esta difícil y acuciante situación, tomaba decisiones sin consultar con él?

—¿Crees que así podréis salvaros? —le dijo sarcástico—. Piensa en lo que ha sucedido en Inglaterra.

—Lo lamentamos y lo hemos tenido en cuenta —contestó Don Efraim—, precisamente por eso queremos hacer todo aquello que esté en nuestras manos para contribuir a la victoria del rey Alfonso, Dios quiera protegerlo. Además, siempre habíamos pensado, y tú mismo se lo propusiste al rey, poner a su disposición tropas de refuerzo.

—Yo, en vuestro lugar —repuso Don Jehuda—, habría entregado dinero para contratar *routiers*. Quizás, como muestra de vuestra buena voluntad, habrías podido poner a su servicio también doscientos o trescientos hombres de vuestras propias filas. Pero creo que habríais hecho mejor conservando al grueso de vuestros hombres más fuertes de la aljama capaces de utilizar las armas. Me temo que los necesitaréis —concluyó lleno de amargura.

—Comprendo que pienses así —contestó tranquilo Efraim—, pero tu situación, Don Jehuda, es distinta a la nuestra, y también para un hombre tan inteligente como tú es difícil, en tus circunstancias, juzgar imparcialmente nuestra situación.

Al ver cuán dolorosamente afectaban sus palabras al otro, siguió, no sin calor:

—No soy tu enemigo, Don Jehuda. No olvido nada de todo cuanto has hecho por nosotros, en la grandeza de tu corazón. Si ahora se acercan días en los que necesitas nuestra ayuda, créeme que estamos dispuestos a ofrecértela.

Jehuda contestó con sequedad y rabia:

—Os lo agradezco.

Cuando Efraim se retiró, recorrió su casa con ojo escrutador. Contempló las obras de arte, los libros, los rollos escritos, sacó uno, después otro, palpó la escritura antiquísima que plasmaba la vida de Avicena. Entró en la sala de los escribanos, tomó algunas cartas, las leyó por encima. Le ofrecían con respetuosas locuciones, contratos, negocios, le pedían consejo; evidentemente, se le seguía considerando uno de los hombres más poderosos de la Península. Repasó los balances de sus *repositarii* para calcular cuán grande era su patrimonio. Los preparativos de la guerra, las muchas ventas y préstamos, los beneficios del dinero nuevamente invertido habían multiplicado sus riquezas. Calculó, comprobó, calculó de nuevo. Poseía casi trescientos cincuenta mil maravedíes de oro. Pronunció la inmensa suma para sí, despacio, en árabe, casi incrédulo. Sacó de su gran cofre de las joyas el pectoral familiar, lo palpó. Riendo, sacudió la cabeza. Allí estaba él, ahogándose en tesoros, honores, poder: era el revoque de una tumba.

Con un brusco movimiento, apartó sus sombrías reflexiones. No debía dejar que Don Efraim lo asustara.

Aceptó el empréstito sobre los bienes del conde de Alcalá.

Pero las palabras del *Párnas* se habían grabado profundamente en él. Era tal y como Don Efraim había expresado sobriamente: él, Jehuda Ibn Esra, estaba más amenazado que cualquier otro. Si fuera sensato, se marcharía lo más pronto posible, poniéndose a salvo a sí mismo, a Raquel y a su nieto, en las tierras de los musulmanes orientales, en las tierras del sultán Saladino, que era amigo de los judíos.

Raquel se resistiría, querría quedarse junto a Alfonso. Y aunque consiguiera convencerla, Alfonso la haría perseguir. ¿Y cómo podrían cruzar unos fugitivos tan llamativos todo aquel mundo enemigo y cristiano hasta llegar a Oriente?

¿Y debía acaso siquiera intentar salvarse a sí mismo y a los suyos? ¿Debía dejar a los emigrantes francos indefensos en medio del peligro? Claro que no podría ayudarles; al contrario, quedándose, sólo los ponía en un peligro mayor a ellos y a toda la judería. Pero esto no querrían comprenderlo. Si se marchaba, se amontonarían los insultos sobre su nombre. El hombre con la gran misión, se burlarían, el benefactor de Israel, Jehuda Ibn Esra, había huido en el momento en que debía mantener su palabra y defender su obra. Y por siempre más se le consideraría un cobarde y un traidor.

Le vino a la memoria una frase del Mose Ben Maimón: En cada judío hay algo de profeta, y era un deber estimular en el alma esta capacidad profética. Se habían quedado grabadas en él, adulándolo, las palabras de Efraim diciendo que había hecho

mucho por los judíos en la grandeza de su corazón. No, no ahogaría en su corazón su virtud profética. No iba a intentar huir de su misión. Se quedaría en Toledo.

Se esforzó en averiguar qué era lo que le retenía realmente en el lugar de peligro contra toda sensatez. ¿Era el miedo ante los peligros de la fuga? ¿Era el amor a Raquel, que no soportaría la separación de Alfonso? ¿Era ambición y arrogancia porque no quería manchar el nombre de los Ibn Esra? ¿Era fidelidad a su misión? Todos aquellos motivos se mezclaban en su corazón, no podía separar unos de otros.

En medio de la duda y la preocupación se fortalecía su decisión. No podía ayudarse a sí mismo, tampoco podía ayudar a Raquel. Pero sí a su nieto.

Había jurado no hacer judío al nieto y mantendría aquel juramento absurdo y repugnante. Pero ninguna promesa le obligaba a dejar al niño aquí en Toledo. Ahora que Alfonso partía hacia la batalla, insistiría en bautizar antes al niño. La consideración que sentía por Raquel no lo detendría durante mucho más tiempo. Él, Jehuda, debía hacer desaparecer al niño antes de que el rey volviera a Toledo.

Raquel pasaba la mayor parte del tiempo en La Galiana.

Sabía que en las próximas semanas se iniciaría aquella terrible gran guerra, pero no sentía temor. Desde que Dios le había hecho el venturoso regalo de su Emmanuel estaba llena de una profunda seguridad, se sentía protegida y arropada en la mano de Adonai o, como el tío Musa decía, bajo el manto del destino.

Añoraba a Alfonso, pero no con aquella añoranza febril de antes que la hacía caer del júbilo a la desesperación y de nuevo llenarse de júbilo. Pero, sobre todo, se sentía llena de una profunda confianza que le daba la certeza de que él siempre volvería a ella desde aquel mundo suyo de la caballería. Lo que a él le atraía no era sólo el inmensurable placer que se daban uno al otro. Había otra cosa: amaba a la madre de su hijo, su Sancho, que también se había convertido para él en un Emmanuel. Crecían, Raquel y Alfonso, compenetrándose uno en el otro.

Con frecuencia contemplaba imperturbable durante minutos, transportada de bienaventuranza, el tierno y alargado rostro de su hijo, de su Emmanuel, del Mesías. Sólo tenía una vaga imagen del Mesías, una desdibujada imagen de algo elevado, resplandeciente, y no tenía ni la más leve sospecha de cómo aquel pequeño hijo suyo podría traer la salvación al mundo, pero lo sabía: se la traería. Aun así, seguía manteniendo este conocimiento en su pecho; le parecía blasfemo hablar de ello.

Ni siquiera con Don Benjamín habló de ello, aunque su amistad se había hecho más profunda. Era una amistad sin muchas palabras. Él le leía en voz alta algún libro, o recorrían en silencio los caminos del jardín.

De nuevo, Raquel pasaba el Sabbath con su padre en el castillo.

Una vez, al terminar la celebración del Sabbath, el aroma de las especias y de las velas apagadas en el vino todavía flotaba en el aire, Jehuda preguntó a su hija:

—¿Cómo está tu hijo, mi nieto?

Aún no había visto nunca al nieto, nunca había pisado La Galiana. Raquel sabía cuánto deseaba su padre ver al niño, pero tenía miedo de sacar al Emmanuel de La Galiana. A pesar de que le pertenecía, temía agraviar a Alfonso si se llevaba al niño, aunque fuera sólo por una hora, sin su aprobación.

En voz baja, con cautela, pero con feliz orgullo, ya que temía y esperaba que su padre la interrogara acerca de su secreto convencimiento, contestó:

—Emmanuel está sano y crece maravilloso en la gracia de Dios.

Jehuda, con esfuerzo, tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para iniciar aquella conversación, dijo:

—Necesitará mucho de la gracia de Dios, tu hijo, mi nieto, en los próximos tiempos.

Y puesto que Raquel lo miró asombrada, le explicó:

—Si sólo fuera hijo de Alfonso no estaría amenazado, y tampoco estaría amenazado si sólo fuera tu hijo. Lo pone en peligro el ser hijo tuyo y de Alfonso. Como hijo de Alfonso, está predestinado a grandes cosas; todos lo saben y lo admiten. Pero a muchos no les gusta que un hijo tuyo esté destinado a grandes cosas. En estos momentos, en el castillo de Burgos se hallan reunidos un número incontable de estos que no lo ven con buenos ojos. Nosotros no podemos enfrentar a estos poderosos más que nuestra confianza en Dios.

Raquel no comprendió las palabras de su padre. Probablemente hablaba del propósito de Alfonso de bautizar al niño, y suponía que Alfonso no tendría más en consideración los deseos de ella, para proteger así al niño de las asechanzas de sus enemigos. Sí, por un momento lo deseó. Pero al mismo tiempo fue consciente de cuán gravemente pecaminoso era su deseo, era impensable que Emmanuel fuera profanado por el agua de los idólatras. Y su padre no conocía a su Alfonso. Alfonso la amaba, Alfonso se compenetraba con ella y nunca la mortificaría en su alma de esta manera. Dijo casi llorando:

—Alfonso tan sólo me ha hablado una sola vez de que quería hacer bautizar a nuestro Emmanuel. Estoy segura de que ha renunciado a ello.

Jehuda no quiso quitarle su convencimiento, no se desvió del tema. Le dijo:

—Don Alfonso ha preparado papeles que nombran a tu hijo conde de Olmedo. No puedo imaginar que una dama que sólo le ha dado hijas al rey acepte esto. Don Alfonso

es un hombre valeroso, sin malicia ni prudencia. Ni se le ocurriría considerar a una tan gran dama y tan próxima a él capaz de cometer ningún delito. Me temo que se equivoca.

Raquel empalideció. Pensó en las muchas historias de mujeres malvadas y celosas que habían atormentado y asesinado a la esclava favorita del marido. Y ¿acaso Sara, su antepasada, siendo como era una piadosa y gran mujer, no había arrojado al desierto, por envidia y celos, a la concubina Agar con el pequeño Ismael para que perecieran en él? Raquel guardó silencio durante largo tiempo, durante todo un minuto. Después preguntó:

—¿Qué aconsejas, padre mío?

Él contestó:

—Podríamos intentar huir, tú, yo y el niño. Pero sería peligroso, somos gente que llamamos la atención. Podemos escondernos difícilmente y el pueblo está alborotado: piensa en la guerra y ve enemigos en todos los extranjeros.

Raquel, con labios pálidos, preguntó:

—¿Debo huir de Alfonso?

—No —la tranquilizó Jehuda—, ¿no te he dicho que era peligroso? Es mejor mandar lejos tan sólo al niño, a un lugar seguro.

Raquel dijo, y todo su cuerpo manifestaba su rechazo:

—¿Debo esconder al niño de Alfonso?

Jehuda, precavido, consolador contestó:

—Tu Alfonso no lo sabe, pero no puede proteger al niño. El niño sólo está seguro en presencia de Alfonso, y él se va a la guerra y no puede llevarse al niño. Aquí en Castilla nadie puede proteger al niño. Salvarás la vida de nuestro Emmanuel si durante el tiempo que dure la guerra te separas de él.

Puesto que ella callaba, continuó:

—Habría podido llevarme al niño lejos sin consultar contigo y explicarte después por qué había que hacer así las cosas, y sé que me habrías entendido y me habrías perdonado. Pero eres una Ibn Esra. No quiero tener secretos ante ti y no quiero arrebatarte ninguna responsabilidad. Te ruego que reflexiones bien sobre todo esto y después me digas: ¡Sea!, o ¡no será así!

Raquel, con una pena inmensa, dijo:

—¿Quieres llevarte al niño de Castilla? —y de nuevo—: ¿Quieres llevarte a Emmanuel de Castilla?

Jehuda vio su tristeza, la piedad le encogía el corazón. Dijo con ternura, y no pudo evitar cecear un poco:

—No tengas miedo, Raquel, hija mía. Confía en mí. Haré que se lleve el niño un hombre inteligente y seguro, el más seguro que conozco y el más fiel. Nadie debe saber

dónde está el niño, sólo ese hombre leal. No debe haber nadie aquí en Toledo que pueda decirle al rey dónde está el niño. Cuando te amenace, cuando quiera obligarte a darle una respuesta, debes responder: «No lo sé», y debe ser la verdad.

Y al ver a Raquel tan desolada y apagada, dijo:

—De este modo, el niño no estará en peligro, y tú tampoco lo estarás, Raquel mía. El único que estará en peligro voy a ser yo. Quiero salvar a este niño, a tu hijo, mi nieto. Cuando la guerra haya terminado, cuando el reino vuelva a estar en paz, cuando Alfonso esté más tranquilo, haremos volver a Emmanuel.

Esperó durante largo rato, luego dijo:

—No quiero, hija mía, que hagas nada en este asunto, no debes saber ni siquiera cómo sucederá. Sólo te ruego una cosa: no digas que no. Todo lo demás recaerá sobre mi cabeza.

Por un breve momento, Raquel se imaginó lo que significaba que su padre estuviera dispuesto a atraer sobre sí la ira de Alfonso. Sabía cuán terrible era Alfonso en su ira. Era muy probable que, en su rabia, matara a su padre.

Todo esto lo asumía su padre para salvar a Emmanuel. Al mismo tiempo, por misteriosos motivos, se había negado a ver siquiera al niño. Era valiente. Siempre dejaba vencer sobre sus sentimientos el buen sentido que Dios le había dado. Ella no podía hacerlo. Ni siquiera podía fiarse de sus sentimientos. No hacía ni siquiera media hora, en su felicidad, todavía se sentía segura y protegida bajo el manto del destino, y ahora tenía miedo por el niño y por el hombre. Si ahora se negaba a entregar a Emmanuel, ¿acaso no ponía en peligro su vida? Y si permitía que se lo llevaran, ¿no perdería entonces el amor del hombre? De pronto, como si acabaran de ser pronunciadas, oyó las palabras de su amiga Layla: «¡Pobrecilla!».

Intentó recomponer los restos de su anterior y feliz seguridad. La separación de Emmanuel duraría poco tiempo, Alfonso debería comprenderla, Alfonso estaba compenetrado con ella.

Luego de un minuto eterno, dijo:

—Suceda como lo consideres correcto, padre mío.

Y después cayó sin sentido. El padre, mientras se preocupaba de ella, pensaba: «Asimismo cayó en aquel entonces cuando la convencí para que se fuera con este rey». Sentía una compasión ilimitada por la desmayada y la envidiaba. A él se le había negado poder huir en ese desvanecimiento, él debía apurar su sufrimiento hasta el final, con plena conciencia.

Alfonso se encontraba de camino de Burgos a Toledo. En su cortejo se encontraban el arzobispo Don Martín, el caballero Bertrán de Born, el escudero Alazar.

Las tierras a través de las que cabalgaban se armaban para la batalla. Por todos los caminos avanzaban hombres jóvenes en dirección a los castillos de sus señores feudales, por todas partes había pequeños grupos de hombres armados encaminándose hacia el sur.

Alfonso y sus acompañantes los examinaban con mirada experta, alegres gritos y bromas cruzaban el aire entre los señores y sus futuros soldados.

El rey estaba alegre como un potro. Le alegraba la perspectiva de la guerra, le emocionaba volver a ver a su hijito, a su querido bastardo Sancho, el pequeño conde de Olmedo. Sentía por su hijo un alegre, fuerte y paternal amor debería hacérselo sentir al pequeño Sancho. Él había crecido sin padre, se había convertido en rey a los tres años, y nadie se había atrevido a reprender seriamente al muchacho que era rey. Su hijo no debía convertirse en un niño mimado, debía sentir la mano de su padre.

Tan pronto como estuviera de regreso, colocaría su mano sobre el hijo. De inmediato, ya el primer día, haría bautizar a Sancho. Raquel lo comprendería. También a ella la conduciría a la gracia, si era necesario con firmeza, y ella le quedaría agradecida.

Entró a caballo en Toledo, se lavó, se cambió de ropas y cabalgó hacia Raquel. Alafia, prosperidad, bendición, podía leerse la salutación desde el portón de la propiedad. A la entrada de la casa esperaba Raquel. Impetuosamente, orgulloso y cariñoso, la atrajo hacia sí. Ella no sintió otra cosa que una torrencial alegría por el hecho de que él volviera a estar allí. Entraron en la casa, él rodeaba sus hombros fuertemente con su brazo. La soltó, la colocó ante sí, la miró de la cabeza a los pies riendo feliz.

Entonces dijo:

—Y ahora, vamos a ver al pequeño Sancho.

Raquel dijo:

—No está aquí.

Alfonso dio un pequeño paso atrás, no comprendía, la miró fijamente, casi atontado por la sorpresa:

—¿Pues dónde está?

Una maligna sospecha creció en él. ¿Estaba el niño en el castillo?

Ella reunió todo su valor y dijo valiente la verdad:

—No lo sé.

Los ojos de él brillaron con aquella ira que ella conocía.

—¿No sabes dónde está mi hijo? —preguntó en voz baja, salvajemente. Raquel dijo:

—Está seguro. Nuestro hijo está seguro, eso es todo lo que sé. Mi padre lo ha llevado a un lugar seguro.

Alfonso la cogió por un brazo tan fuerte que ella no pudo reprimir un pequeño grito. La cogió por los hombros sacudiéndola. Con el rostro pegado al de ella le reprochó con iracundas palabras:

—¿Has entregado a mi hijo, a mi hijo Sancho, a tu padre? Ha roto su juramento sagrado, el perro, y tú lo has permitido. Y además le has ayudado, ¿no?

Raquel, con esfuerzo, le dijo:

—Yo no le he ayudado, yo no le he entregado el niño a mi padre. Pero sé, te lo digo tal como lo pienso, que mi padre tenía razón.

El cerebro de Alfonso se vio inundado por las palabras de censura y discursos injuriosos contra los judíos que llenaban las cartas del Papa; por los sermones llenos de odio de los clérigos: engendros del infierno, procelaria de Satanás. Cerró el puño dispuesto a golpearla.

Y entonces la vio.

Había echado hacia atrás el pecho y la cabeza y levantado ligeramente una mano, con rechazo, no con miedo. Desde aquel rostro de un tostado pálido, lo miraban más grandes que nunca los grandes ojos de un gris azulado. En ellos había sorpresa, horror decepción, emoción, enojo, tristeza, amor; todo lo que no habían dicho sus labios, que quizás no podían decir, lo decía su mirada y todo su cuerpo con tal fuerza que él, que comprendía el mundo y los hombres con una mirada, lo percibió de inmediato, aun contra su voluntad. Comprendió.

Dejó caer la mano. Con un resoplido, lanzó un breve jadeo, lleno de desprecio y de maldad.

—Debo entender que me habéis robado al niño, vosotros, los judíos —dijo—, tendría que haberlo sospechado —se rió. Una risa clara, entrecortada, horrible, que penetró en la cabeza de Raquel como un cuchillo.

Inesperadamente se dio la vuelta, abandonó la casa, galopó de regreso a Toledo. Ordenó que Jehuda acudiera al castillo.

—Así pues, has roto tu juramento —constató fríamente. Jehuda contestó:

—No lo he hecho, mi señor: No me resultó fácil mantener el repugnante juramento, pero lo mantuve. No he hecho de mi nieto un judío, que Dios me perdone este pecado.

Alfonso estalló:

—¡Has secuestrado a mi hijo, perro! ¡Lo retienes como rehén! ¿Quieres obligarme a renunciar a mi guerra, proteger a tus musulmanes, perro, traidor? ¡Te haré colgar!

Jehuda contestó tranquilo:

—Nadie retiene a tu hijo como rehén, mi señor. Tu hijo está en un lugar seguro, a salvo de la guerra, a salvo de los cristianos, a salvo de los musulmanes, eso es todo. Aquí en Toledo el niño corre peligro cuando Vuestra Majestad no está presente. Piénsalo con tranquilidad, mi señor, y estarás de acuerdo conmigo. El niño está en manos fiables. Raquel no sabe dónde está. Esto es muy duro para ella. Tampoco yo lo sé con exactitud, y también es duro para mí.

Con la vieja preponderancia y servil osadía, añadió:

—Comprendo que desees colgarme. Pero con ello harías enmudecer la boca que alguna vez podrá decirte dónde está tu hijo.

Y, con respetuosa confianza, finalizó:

—Cuando la guerra haya terminado y no haya ningún peligro, mandaré a buscar al niño. Puedes estar seguro de ello, mi señor. No he visto nunca a mi nieto; deseo verlo antes de morir. También a Raquel le ha sido terriblemente insoportable perder al niño.

La certeza de su impotencia sofocó a Alfonso. Se hallaba ligado irremediablemente al judío. El judío lo tenía bien atado.

Sin una palabra, con un ademán iracundo e imperioso, lo hizo salir de la estancia.

Cuando se tranquilizó, se dijo que Jehuda no le había robado al hijo por pura maldad. Raquel no había mentido. Evidentemente, ella no sabía dónde estaba escondido el niño. Con toda seguridad, no lo había entregado con corazón alegre a Jehuda.

La imagen de Raquel, tan elocuente en su silencio, su ademán enojado, triste, quejoso y amante no podía borrarse de su memoria. Lleno de una ira infantil intentó apartarla de su mente. Buscó en su memoria gestos y palabras de Raquel que en algún momento le habían causado desagrado, uno tras otro, con toda malicia. Cuán desagradable le había resultado a Raquel que la alzara sobre su caballo y galopara con ella. Tampoco había mostrado nunca ninguna atención por sus perros y sus halcones. «Está maldito aquel que no ama a los animales, y aquél a quien los animales no aman», decía el refrán, y con razón. No comprendía ni apreciaba sus virtudes caballerescas, sus facultades reales, más bien le parecían sospechosas. Ella odiaba la guerra. Pertenecía a los débiles, a los cobardes, que se limitan a impedir a los valientes seguir el camino prescrito por Dios para ellos. Era una villana de los pies a la cabeza, judía a más no poder. Negaba a su hijo el bautismo, la gracia, la bienaventuranza.

Se refugió en sus obligaciones. Pasó revista a los soldados, discutió con barones, con estrategas. Comió y bebió con el arzobispo, con Bertrán.

Atardeció. Llegó la noche. Ansiaba ver a Raquel. No deseaba su abrazo, eso no: deseaba enfrentarse con ella, quería decirle a la cara, a su limpia cara, inocente y

mentirosa, lo que pensaba de ella, qué clase de mujer era. Pero se empecinó en su infantil tozudez y se quedó en su castillo, a pesar de sus deseos.

Así transcurrió también el día siguiente.

Pero cuando llegó la segunda noche, galopó a La Galiana. Entregó su caballo al criado, no se hizo anunciar cruzó los jardines. Celebró haber hecho cubrir las cisternas del rabí Chanan. Vio satisfecho que faltaba el cristal de la mezuzah.

Se encontró ante Raquel. Ella lo miró radiante. Él había preparado todo aquello que de malo quería decirle, en latín, algunas cosas también en árabe para que ella lo comprendiera claramente. No dijo nada, permaneció malhumorado y taciturno.

Más tarde, en la cama, cayó sobre ella con iracundo deseo. El odio, el amor el deseo vehementísimo se mezclaban en él. Él quería que ella lo percibiera. Ella lo percibió, y esto lo hizo feliz.

Una legación musulmana llegó a Toledo para transmitir al rey de Castilla un mensaje del califa: los legados debían recordar al rey su tratado con Sevilla. Así pues, las suposiciones que se habían hecho en Burgos habían sido correctas. El califa quería mantenerse apartado de la guerra si Don Alfonso no quebrantaba abiertamente la tregua con Sevilla.

Don Manrique de Lara y casi todos los demás consejeros del rey se alegraron de corazón de que Castilla y Aragón no tuvieran que medir sus armas con todo el poder del califa. Para el canónigo Rodrigue, la llegada de los legados supuso una gran luz en medio de su aflicción. Si Don Alfonso se controlaba y trataba a los legados con cierto tacto, la guerra se limitaría a batallas y escaramuzas con los emires de Córdoba y Sevilla y no sumergiría a toda la Península en una oleada de sangre y sufrimientos.

Pero el rey no se alegró en modo alguno de la llegada de los legados. Estaba impaciente e irritable. Quería dejar atrás Toledo, dejar atrás la paz, también quería dejar atrás La Galiana. Quería por fin, por fin, empezar su guerra. Y ahora llegaban aquellos circuncisos para empezar de nuevo a charlar y a negociar. Pero ya había hecho bastantes concesiones en Burgos para conceder ahora también a Yaqub al-Mansur humillantes seguridades. Pensó en acabar groseramente con los legados o en ni siquiera recibirlos.

El arzobispo y Bertrán lo apoyaron en su obstinación. Mientras tanto, Don Manrique había sopesado con el canónigo las claras perspectivas que el encuentro con la legación abría y manifestó al rey con apremiantes palabras, que el bienestar del reino y de toda la cristiandad exigía que siguiera el juego al califa y contestara a su advertencia con serias promesas. Si se negaba, si desafiaba a Yaqub al-Mansur y lo

provocaba y humillaba en lugar de apaciguarlo, este trasladaría todo el ejército del islam occidental a al-Andalus. Arrojaría por tierra todo el plan de guerra y rompería el tratado que había jurado solemnemente en Burgos. Alfonso repuso con terquedad, se resistió largamente, y malhumorado fijó finalmente una hora para recibir a la legación, respondiendo a los incesantes intentos de persuadirlo de Don Manrique.

Los señores musulmanes, encabezados por el príncipe Abul-Asbag, pariente del califa, se presentaron con esplendor. Alfonso los recibió, rodeado de sus consejeros y grandes, en la gran sala de audiencia adornada con blasones y estandartes.

Se intercambiaron con toda ceremonia las palabras introductorias formales de costumbre. Alfonso, con dejadez señorial, sentado en su alto asiento, escuchó toda aquella palabrería solemne y formal. Vio el oscuro rostro del arzobispo, el rostro burlón de Bertrán, el rostro lleno de preocupaciones de Don Rodrigue, y una y otra vez su mirada buscaba al judío, que modestamente se mantenía en una de las filas traseras. Aquel Jehuda tenía la culpa de que él, Alfonso, antes el primer caballero de la cristiandad, se encontrara ahora lastimosamente por detrás de Ricardo de Inglaterra. Con su nombre, el *Melek Rik*, amenazaban las mujeres musulmanas a sus hijos. A él, a Alfonso, probablemente como fruto de oscuras maquinaciones de Jehuda, los musulmanes le mandaban una legación para transmitirle advertencias. Sus consejeros, con su lamentable sentido común, le habían convencido de que escuchara el parlamento de aquellos circuncisos. Pero más les valía no sentirse tan seguros al judío y a sus viejos y precavidos señores. No conseguirían hacer callar su voz interior. Sólo a ella obedecería.

El príncipe Abul-Asbag, que encabezaba la legación, se adelantó, se inclinó profundamente e inició su embajada. El príncipe era un caballero de edad, de aspecto cuidado. El manto azul del legado le sentaba bien, las palabras árabes salían serenas y sonoras de su boca.

El soberano de los creyentes occidentales, explicó, había oído hablar con preocupación, de los grandes preparativos para la guerra del rey de Castilla. El califa suponía que este ejército no se dirigiría contra el emir de Sevilla, su vasallo, a quien la tregua protegía. Pero, por desgracia, últimamente se había extendido por los reinos cristianos la criminal y desvergonzada teoría de que un contrato no era vinculante para los cristianos cuando iba contra los intereses de los sacerdotes cristianos. Los príncipes cristianos de Oriente habían actuado insolentemente de acuerdo con esta afirmación, de modo que el sultán Saladino se vio obligado a proclamar la Guerra Santa, y Alá ratificó gloriosamente al señor de los creyentes orientales y había puesto de nuevo en sus manos la ciudad de Jerusalén, mientras que los príncipes cristianos tuvieron que pagar la ruptura de su palabra con la pérdida de sus tierras y de su vida.

Don Alfonso, en una actitud relajada pero muy majestuosa, escuchó aquel primer parlamento, serio y duro. Su rostro delgado, como tallado en madera, permaneció tan tranquilo que habría podido dudarse que estuviera entendiendo las palabras árabes. Quizás en medio de su corta barba, de un rubio rojizo, su boca delgada y grande, afeitada, se fruncía ligeramente, y los marcados surcos de su frente se hacían aún más profundos. Pero los claros ojos se deslizaban del legado que tenía la palabra al resto de la reunión, y una y otra vez buscaban a Don Rodrigue, y una y otra vez a Jehuda.

«Habla cuanto quieras tú, circunciso —pensaba—, y di cuanto se te antoje. ¡Ladra, perro, ladra! Sé que no mordéis, tú y tu señor, que os quedaréis en la seguridad de vuestra Africa, al otro lado del mar. Tengo paciencia, me he prometido a mí mismo que no me dejaré provocar. No voy a contestar a tus alardes con la bofetada que te mereces. Pero, cuando estés de regreso, caeré sobre Córdoba y Sevilla, y entonces vosotros habréis ladrado, pero yo me habré apoderado de los huesos».

El legado continuó hablando. El señor de los creyentes occidentales, explicó, sólo necesitaba advertirle al señor de Castilla, que era conocido por ser un hombre prudente, que él, el califa, podría perdonar muchas cosas, pero bajo ninguna circunstancia la ruptura de un tratado. El rey de Castilla ya no había salido muy bien librado cuando tuvo que enfrentarse tan sólo con los ejércitos de Sevilla; en caso de que cayera por segunda vez sobre Sevilla, tendría que enfrentarse con todo el poder del califa. Castilla, si atizaba el fuego, tendría que llorar muchas lágrimas para poder apagar las llamas.

Don Alfonso, mientras seguía escuchando con gran atención, percibió claramente lo que sucedía en la sala, vio con toda claridad como aquellos dos, tanto Rodrigue como Jehuda, lo miraban cada vez con mayor preocupación, casi suplicantes. Sí, incluso se fijó en el símbolo del cargo de Jehuda, el pectoral con las tres torres, y mientras se sorprendía de estar comprendiendo cada una de las palabras del primoroso árabe de aquel circunciso, pensó en las monedas de oro que el judío había hecho acuñar para darle una alegría a él, a Alfonso, y que habían llevado su rostro hasta los más lejanos rincones del reino del califa. Desde su primer encuentro había estado ligado al judío, a veces para bien, a veces para el dolor. Pero ahora estaba harto de aquel lazo, le estaba produciendo rozaduras, debía cortarlo de una vez. Vio los ojos de Jehuda, aquellos ojos apremiantes y admonitorios, le recordaban los ojos de Raquel. Pero: «No te servirá de nada —pensó—, no vas a tenerme durante mucho más tiempo atado a tus riendas. No me voy a dejar tirar de la barba por tu príncipe Abul-Asbag. Romperé la cuerda con la que me tienes sujeto».

Se produjo un profundo silencio cuando el príncipe terminó de hablar. En aquel silencio sonó la clara voz de Bertrán de Born.

—¿Ha dicho algo insolente? —preguntó en latín.

El secretario castellano se acercó respetuosamente al trono para empezar con la traducción del discurso. Pero Alfonso lo apartó con un gesto y dijo:

—No es necesario que traduzcas, he entendido cada una de sus palabras, y voy a contestar al caballero de modo que él también entienda cada una de mis palabras.

Y en un árabe lento —con feroz alegría, pensó que Don Rodrigue se sorprendería de cuánto había mejorado su árabe en La Galiana— contestó:

—Di a tu señor el califa, lo siguiente: según la opinión y el juicio de mis expertos, mi tratado con Sevilla ya no es vigente. Desde que el sultán deshonró la tumba de nuestro Salvador y obligó al Santo Padre a proclamar la Guerra Santa. A pesar de todo, he mantenido la tregua. Pero ahora las insolentes palabras de tu señor han hecho que se fundiera el sello del tratado.

Se levantó. Allí, en pie, tenía un aspecto joven, audaz, muy principesco:

—Dile al califa —afirmó con su voz clara, exenta de todo rastro de preocupación — que venga a al-Andalus con sus barcos y con sus soldados. Aquí en la Península no tendrá que luchar contra hordas salvajes como contra los rebeldes de su frontera occidental. Los hombres que se enfrentarán a él aquí son expertos guerreros de Dios Todopoderoso. ¡*Deus vult*! —gritó, y el arzobispo y los demás respondieron a su grito.

Ahora, los ojos claros y grises de Alfonso reflejaron aquel brillo tormentoso que muchos temían y que Doña Leonor tanto amaba.

—¡Y ahora lárgate! —gritó al príncipe Abdul-Asbag—. El derecho de los legados te protegerá todavía dos días. Si para entonces no has cruzado la frontera, prepárate. Alégrate de que no te haga arrancar la lengua que ha pronunciado palabras tan insolentes.

El legado había empalidecido pero se recuperó rápidamente. Con dignas palabras, rogó al rey que quisiera concederle la merced de transmitirle por escrito su respuesta, ya que, de no ser así, el señor de los creyentes creería que Alá le había trastornado el juicio, a él, al legado. Alfonso, riendo juvenil, le dijo:

—Te haré ese favor.

Pero cuando la reunión se disolvió, retuvo a Don Jehuda y le ordenó:

—Tú escribirás esa carta, y en tu mejor árabe. Y no se te ocurra suavizar su contenido: me daría cuenta. Quizás habrás notado que mi árabe es ahora muy bueno. Y además, colocarás tu sello junto al mío.

Don Rodrigue yacía en su duro lecho en medio de una apatía y una aflicción que le robaba toda la fuerza de los huesos. Él era el culpable de que Alfonso, igual que un

niño malcriado, hubiera destruido todo aquello que se había construido con tanto esfuerzo en Burgos. Si ahora el califa caía sobre Hispania con su enorme poder militar, la culpa sería suya, de Rodrigue. No debería haber dejado sólo a Manrique con la responsabilidad de intentar exhortar al rey a actuar con sensatez, debería haber reunido a tiempo todas sus fuerzas y haber hablado con él personalmente.

No era otra cosa que la debilidad y el temor lo que lo habían frenado. Desde que empezó el asunto amoroso con Raquel, el arzobispo le había reprochado una y otra vez que le faltara aquella santa indignación, *jene saeva indignatio*, que podía percibirse con tanta frecuencia en las palabras de los profetas y de los padres de la Iglesia. Don Martín le censuraba con razón. Su corazón, el de Rodrigue, se dejaba engañar por el encanto caballeresco, juvenil y propio de un rey, de Alfonso; era indulgente con aquello que no debía comprender ni perdonar. En las últimas semanas incluso había cargado sobre sí mismo una culpa todavía más grave. En lo más profundo de su ser se había alegrado de que el rey hubiera reemprendido su vida de pecado en La Galiana: de este modo, esperaba que, a pesar de todo, el inicio de la guerra se retrasara.

Con apasionado celo había intentado ponerse a salvo en aquel éxtasis que antes había sido su refugio. Había ayunado y se había mortificado. Se había prohibido ir al castillo Ibn Esra, se había prohibido las conversaciones con su sabio amigo Musa. Pero todo esto no supuso el perdón para él. La gracia le fue negada. La puerta en su último refugio se había cerrado.

Y ahora, por debilidad, había permitido que el reino se involucrara en una guerra sin sentido. Ya que sólo el temor le había inducido a cometer la negligencia de no advertir al rey para que diera una respuesta prudente al califa. En su conversación habría tenido que hablar también de los prolongados amoríos con Raquel, y había sido demasiado cobarde para asumir su obligación.

Nunca en su vida la culpa había corroído tan dolorosamente el alma del canónigo. En él resonaban las palabras de Abelardo: «Ésos fueron los días en los que experimenté lo que significa sufrir; lo que significa avergonzarse; lo que significa desesperarse».

Se levantó con los miembros molidos. Intentó distraerse. Sacó su crónica para seguir trabajando en ella. Era un gran montón de pergaminos escritos. Leyó una hoja, otra. ¡Ah! Todo aquello que había anotado con tan amoroso celo le parecía pobre y vacío de contenido; no había modo de encontrar sentido a los acontecimientos que él había recopilado con tanto esfuerzo. ¡Cuán equivocada había sido la imagen que se había hecho de Alfonso! ¡Qué atrevimiento que alguien que ni siquiera podía comprender del todo lo que sucedía a su alrededor pretendiera hacer visible la mano de Dios en los grandes acontecimientos!

Cogió un libro que acababan de mandarle desde Francia y que había despertado allí una gran sensación. *El título era L'Arbre des batailles, El árbol de las batallas*. El autor era Honoré Bonet, prior del convento de Sellonet, y trataba del sentido de la guerra y de sus leyes y costumbres.

Rodrigue leyó. ¡Ah! Aquel prior de Sellonet era un hombre bueno, bien intencionado, firme en la fe. Basándose en las Sagradas Escrituras, sometía a deliberación y establecía con precisión si en días de fiesta se podía luchar; en qué casos había que matar al enemigo y en cuáles bastaba con tomarlo prisionero; y lo mismo en lo que se refería al importe del rescate que un cristiano podía exigir de otro buen cristiano.

No eludía ningún problema el prior Bonet. Con valentía, se debatía también con las más difíciles cuestiones y las resolvía con llaneza, sencillez y sobriedad.

Allí estaba, por ejemplo, su respuesta a la pregunta de aquellos que se planteaban si la guerra no estaría prohibida ya de entrada según la ley de Dios.

«Mucha gente sencilla —explicaba el prior de Sellonet— considera la guerra condenable porque en ella necesariamente se cometen muchos desmanes y Dios ha prohibido cometer desmanes. Os digo que esto no tiene sentido. La guerra no es ningún desmán, es buena y justa, puesto que la guerra tan sólo pretende convertir la injusticia en justicia y la discordia en paz tal y como las Escrituras nos lo ordenan. Y si en la guerra suceden muchas desgracias, éstas no se deben a la naturaleza de la guerra, sino al incorrecto comportamiento de cada uno, como, por ejemplo, cuando un guerrero toma a una mujer y la fuerza, o hace arder una iglesia. Esas cosas no forman parte necesariamente de la naturaleza de la guerra, sino del incorrecto comportamiento de cada uno. De modo semejante sucede, por ejemplo, con la justicia de acuerdo con la naturaleza de la cual debe juzgar el juez, haciendo uso de su sentido común y de acuerdo con su capacidad. Pero cuando un juez juzga injustamente, ¿podemos decir que la justicia en sí misma es mala? Evidentemente, no podemos decirlo. Lo malo no se encuentra en la naturaleza de la justicia, sino en su aplicación incorrecta, en su mala interpretación y en los malos jueces».

El canónigo suspiró. Se lo ponía muy fácil el prior Bonet. El instruido Rodrigue sabía que no todos se conformarían tan rápidamente con esa respuesta al problema. La secta de los primeros cristianos, los montanistas, por ejemplo, habían declarado el hecho de servir en la guerra incompatible con el cristianismo. El canónigo abrió el libro del montanista Tertuliano: «Un cristiano no será soldado —podía leerse allí—, y cuando un soldado se hace cristiano, lo mejor que puede hacer es abandonar su servicio». Había muchos de estos ejemplos. El joven Maximilianus, cuando se vio obligado a alistarse, había explicado al procónsul:

—No puedo servir, no puedo hacer nada malo, soy cristiano.

Typasius, el valiente soldado que había demostrado su valor en muchas batallas, tras su conversión, se negó a seguir en el ejército. Dijo a su centurión:

—Soy cristiano, no puedo seguir luchando bajo tus órdenes.

Y aquí, en la misma Hispania, el centurión Marcelas, a la vista del estandarte de su nación, arrojó su espada al suelo y declaró:

—No voy a seguir sirviendo al emperador. A partir de hoy sirvo a *Jesus Christus*, el rey de la eternidad.

Y la iglesia había declarado santos a Maximilianus y a Marcelas.

Claro que más adelante, bajo el emperador Constantino, el Concilio de Arlés había excomulgado a aquellos que se negaran a cumplir el servicio militar.

Abelardo, tan sutil, atrayente y peligroso, recogía en su libro *Sí y No* lo que las Escritura decían en favor y en contra de la guerra y dejaba al lector el trabajo de sacar las conclusiones. ¿Pero quién era suficientemente sabio como para poder hacerlo? ¿Cómo se podía empezar a seguir las enseñanzas del sermón de la montaña? ¿Cómo sentir repugnancia por la maldad y, a pesar de eso, luchar en la guerra? ¿Cómo se podía amar al enemigo y matarlo? ¿Cómo se compaginaba la llamada a la cruzada con la enseñanza del Salvador: Quién toma la espada, a espada morirá?

Los pensamientos confundían a Rodrigue, las páginas de los libros en los que leía se le hacían más y más grandes, los signos de la escritura se enmarañaban. Se convirtieron en el rostro de Don Alfonso, *Vultu vivax*, en esto tenía razón. Había visto cómo, apenas había empezado a hablar el príncipe musulmán, se había encendido un fuego impetuoso tras la máscara señorial de Alfonso, cómo saltaban las chispas a través de la máscara, cómo ardió la llamarada, cómo, finalmente, todo el rostro adquirió una expresión salvaje y violenta, que expresaba el deseo de humillar, de golpear, de destruir Todavía ahora, cuando recordaba aquel rostro, el canónigo se sentía horrorizado.

Pero en ese horror hallaba su disculpa. En todos los momentos decisivos se desataba la violencia de ese hombre, y nadie podía hacer nada en contra. Dios había dado a Rodrigue una misión impracticable cuando le ordenó cuidar de ese rey.

Pero no debía camuflar su propia culpa y debilidad con estos sofismas. Tampoco podía decirse ahora que todo estuviera perdido. Tenía la tarea de advertir a Alfonso y debía dejar en manos de Dios el que coronara su misión o no con el éxito. Debía buscar a Alfonso, todavía hoy, de inmediato, ya que, sin duda, ahora que había desafiado de ese modo al califa, el rey partiría sin dilación hacia el sur.

Acudió al castillo.

Encontró a un Alfonso alegre, accesible. Desde que había mandado a casa al príncipe musulmán de aquel modo tan majestuoso se sentía ligero y libre. Había escuchado su voz interior, la espera había llegado a su fin, su guerra era ya un hecho. Se sentía lleno de una alegre y principesca confianza.

Claro que los preocupados rostros de sus consejeros le hacían sentirse molesto; le recordaban los rostros de sus educadores cuando desaprobaban lo que hacía el muchacho real Alfonso pero no se atrevían a corregirlo, y ese que se acercaba ahora, su amigo Rodrigue, evidentemente tampoco estaba de acuerdo con la respuesta que había dado al califa.

Pero quizás era bueno que viniera Rodrigue precisamente ahora. Aquella conversación no podía seguirse aplazando. Alfonso debería haber hablado antes con su paternal amigo acerca de lo que había sucedido en La Galiana, y no habría un mejor momento, para explicarlo todo y justificarse, que éste, en el que se sentía con ánimo relajado y feliz.

Con rápida decisión, pues, sin largos preámbulos y eufemismos, le contó lo que había sucedido entre él, Raquel y su padre, esto es, que el judío había hecho huir al niño antes de que él pudiera bautizarlo.

—He cargado la culpa sobre mi conciencia, padre mío y amigo mío —dijo—, pero lo reconozco sinceramente, no me agobian los remordimientos. Mañana parto hacia la cruzada, y no pasará mucho tiempo hasta que vuelva puro y limpio de todo pecado. Y entonces no sólo bautizaré a mi hijo, sino que también conduciré a Raquel por el camino de la gracia.

Rodrigue había temido que el niño estuviera todavía en La Galiana, en la cotidiana proximidad del padre que había seguido negándole la gracia del bautismo, y suspiró aliviado porque no era así. Además, el rey no era consciente de la gravedad de su pecado, y Rodrigue pensó en las profundas y peligrosas palabras de Abelardo: *Non est peccatum nisi contra conscientiam*, no es pecado si no se es plenamente consciente de que lo es. De nuevo, contra su voluntad, se sintió compenetrado con el rey y lo comprendió.

Pero si las explicaciones de Alfonso sobre los contratiempos en La Galiana suavizaban la preocupación del canónigo, la ligereza con que Alfonso hablaba de la cercana guerra lo exasperaba todavía más. Este rey, a quien Dios había otorgado una mente tan clara, se engañaba a sí mismo, como si estuviera seguro de una rápida y segura victoria. No quería admitir cuán grande era el peligro que había atraído sobre el reino. Con inusitada dureza y firmeza, el canónigo le reprendió:

—Te engañas, rey Alfonso. Esta guerra no borrará ninguno de tus pecados. No es una Guerra Santa. Desde el principio la has manchado por medio de tus censurables

arrebatos de ira y de tu arrogancia.

Alfonso contempló la débil constitución del sacerdote, sus manos blancas y delicadas que nunca habían empuñado la espada ni tensado el arco. Pero, escudado en la absoluta seguridad en sí mismo, se sintió más sorprendido que furioso por lo que decía el enojado Rodrigue.

—Las cuestiones de la guerra y de la caballería no son lo tuyo, padre mío —contestó amable, y con cariñosa superioridad le explicó:

—Mira, no debía permitir que ese circunciso me tirara de la barba en mi propio castillo. Mi voz interior me indicó cómo ponerlo en su lugar.

—¿Tu voz interior? —replicó no muy alto pero con fuerza el canónigo. La insolente seguridad del rey había despertado por fin en él aquella santa indignación cuya carencia Don Martín le había reprochado con tanta frecuencia—. ¡Tu voz interior! Cada vez que te abandonas a tu pecaminosa arrogancia te refieres a tu voz interior: ¡Abre los ojos y mira lo que has hecho! El califa te ha hecho saber que quiere mantenerse alejado de la guerra. Te ha ofrecido su mano y tú has escupido en ella. Tú has llamado a nuestras tierras al ejército de Africa, que es tan numeroso como la arena del mar; movido exclusivamente por tu vanidad y tu temeridad. Te has comportado como si la cruzada no fuera otra cosa que un juego caballeresco o un torneo. Has roto tu tratado con Aragón cuando apenas se había firmado. Has arrastrado a toda Hispania al borde del abismo.

Aquel hombre enjuto se hallaba erguido, amenazador ante Alfonso, y sus tranquilos ojos lo miraban furiosos y cargados de reproches.

La ira santa del sacerdote lo dejó perplejo, pero tras un momento recuperó su seguridad. Su clara mirada no evitó la mirada iracunda del otro. Sonrió, se rió con fuertes y desagradables carcajadas. Se burló:

—¿Dónde esta tu confianza en Dios, sacerdote? Desde hace cientos de años, las fuerzas de los herejes son superiores a las nuestras, y sin embargo, Dios nos ha ido devolviendo una parte cada vez mayor de nuestras tierras. Hablas como si fuéramos un rebaño de ovejas. Tengo buenas fortalezas en el sur, tengo a mis caballeros de Calatrava. Tengo alrededor de cuarenta mil caballeros, sin contar con Aragón. ¿Quieres prohibirme mostrar el mismo valor que mis antepasados? ¿Debo esconderme tras mentiras y argucias, en lugar de confiar en mi buena espada?

Allí estaba, de pie, insolente, violento, caballeresco, y tras su rostro el canónigo vio el de Bertrán, que cantaba sus licenciosas canciones.

—¡No blasfemes! —le gritó—. No eres ningún caballero que se lanza a la aventura, eres el rey de Castilla. ¡Tus fortalezas! ¿Estás seguro de que resistirán las máquinas de guerra del califa? ¡Tus cuarenta mil caballeros! Te digo que la mayoría de ellos serán

muertos por las hordas de los musulmanes. La desolación, el fuego y una carnicería se extenderán por todas tus tierras. Todo se derrumbará. Y tú serás el culpable. Tendrás que dar gracias a Dios si te permite conservar tu Toledo.

La visible ferocidad del sacerdote hizo estremecer a Alfonso. Guardó silencio. Pero Rodrigue continuó:

—¡Tu buena espada! No olvides que es Dios quien presta a los reyes su espada. Haces como si fueras tú el señor sobre la guerra y la paz. No olvides que esta guerra ha sido proclamada y permitida sólo como una guerra de Dios. En esta guerra no eres mejor que el último de tus criados que se ocupa de la impedimenta: un siervo de Dios.

Alfonso se había librado de aquel desagradable sentimiento. Con su anterior altanería, con frialdad y ligereza, contestó:

—Y tú no olvides, clérigo, que Dios me ha otorgado como feudo los reinos de Castilla y Toledo. Dios es mi señor feudal, no soy su criado, soy su vasallo.

El rey no aguantó durante mucho tiempo en Toledo. Los rostros preocupados de sus señores y el piadoso e iracundo parlamento de Don Rodrigue le estropearon la alegría que le había producido su comportamiento caballeresco ante el califa. Decidió partir hacia el sur al día siguiente. En las fortalezas de Calatrava y de Alarcos los caballeros de la orden mostrarían más comprensión e interés por él.

La última noche antes de su partida la pasó en La Galiana. Se encontraba de un inmejorable humor, condescendiente, no hizo ningún reproche a Raquel. Se pavoneaba ante ella, yendo de un lado para otro, y alardeaba de su respuesta al califa.

Se desperezó, alargó los brazos.

—Me he dedicado a los festejos durante mucho tiempo —dijo—, pero no me he oxidado. Ahora, por fin, verás quién es tu Alfonso. Será una batalla breve y llena de gloria, lo presiento. No te vayas de momento a Toledo, Raquel mía, prométemelo. No tendrás que esperar aquí durante mucho tiempo.

Raquel se hallaba sentada, medio tumbada sobre sus almohadones, con la cabeza apoyada en la mano, y lo miraba mientras andaba de un lado para otro, y le escuchaba proclamar las hazañas que pensaba llevar a cabo.

—Además, probablemente —decía ahora—, antes de volver te pediré que te reúnas conmigo en Sevilla. Tendrás que hacerme de guía en tu ciudad natal, y de todo mi botín te dejaré elegir lo que más te guste.

Ella dejó caer el brazo en el que había recostado la cabeza, se incorporó un poco, helada de espanto por sus palabras. Sin consideración alguna, cruelmente, ponía ante

sus ojos la imagen de su ciudad natal que él pensaba asaltar y destruir para conducirla después por encima de sus ruinas.

—Mi victoria te convencerá también —continuó alegremente— de cuál es el verdadero Dios. Por favor no me contestes, no pelees hoy. Hoy es un día de fiesta, en este día debemos estar unidos, debes participar en mi alegría.

Ahora ella había dirigido directamente a él sus grandes ojos de un gris azulado. Su vivo rostro y todo su ademan mostraba sorpresa, rechazo, extrañeza.

Él se detuvo, sintió aquello que los separaba, que se había levantado entre los dos. En el silencio de Raquel resonaban a lo lejos las acusaciones de Rodrigue. Dejó de ser el violento gran señor de las batallas para ser el gran señor misericordioso:

—No creas —siguió hablando alegremente— que tu Alfonso será duro con los vencidos. Mis nuevos súbditos tendrán en mí un señor indulgente. No les prohibiré adorar a su Alá y a su Mahoma, y —tuvo otra generosa ocurrencia— de entre los caballeros musulmanes que tome prisioneros dejaré en libertad a mil sin exigir rescate. Alazar deberá elegirlos en mi lugar esto le producirá alegría. Y les dejaré participar con todos los honores en el gran torneo que mandaré realizar para celebrar la victoria.

Raquel no podía sustraerse a su ímpetu y a su resplandor. Así era él, inconscientemente valiente, pensando sólo en la victoria y nada en el peligro, tan joven, tan caballero, era un guerrero, un rey. Ella lo amaba. Le estaba agradecida por compartir con ella la última noche antes de la batalla.

Todo volvió a ser como antes. Cenaron en medio de un gran alborozo. Él, normalmente comedido, bebió esta vez un poco más que de costumbre. Cantó, cosa que sólo hacía cuando estaba solo. Cantó canciones de guerra. Cantó aquella canción de Bertrán: «No hay para mí mayor placer que contra una fortaleza arremeter», y después le dijo:

—Lástima que no hayas querido conocer a mi amigo Bertrán, es un buen caballero, el mejor que conozco.

Tras la cena, ella se retiró como había hecho desde el principio. Seguía sin querer desnudarse ante sus ojos. Después, él vino a ella y fue como en los primeros tiempos, derramándose el uno en el otro, con absoluta satisfacción, desbordados de dicha.

Más tarde, cansados, felices, seguían charlando. Él, entonces, no de modo autoritario, sino más bien como un ruego, le dijo de nuevo:

—Quédate aquí en La Galiana mientras yo este ausente. Ve a ver a tu padre tantas veces como quieras, pero no te traslades al castillo a vivir con él. Vive aquí. Ésta es tu casa, nuestra casa. *Hodie et cras et in saecula saeculorum*, añadió blasfemo.

Ella, sonriendo, medio dormida ya, repitió:

—Ésta es mi casa, nuestra casa *in saecula saeculorum*.

Todavía pensó: En cuanto me duerma se irá. Lástima que he sido yo quien lo ha querido así, pero mañana desayunaré con él y después él se marchará a su guerra. Y desde lo alto de su caballo se inclinará una vez más hacia mí y allí donde el camino hace un recodo se volverá a mirarme. Ella yacía con los ojos cerrados, no pensó en nada más, se quedó dormida.

Alfonso, cuando ella se quedó dormida, permaneció durante un rato tumbado. Después se levantó, se desperezó, bostezó. Se puso la bata. Miró a la mujer que yacía allí con los ojos cerrados y una leve sonrisa en sus labios. La contempló como a algo extraño, un árbol, o un animal. Sacudió maravillado la cabeza. Hacia un momento todavía, unos minutos, que se sentía traspasado por la felicidad que ella le daba y que ninguna otra mujer había podido darle y ahora sentía una cierta desazón, algo así como cierta turbación por estar con ella en una habitación, contemplando su desnudez y su sueño. En su espíritu se hallaba ya en Calatrava, entre sus caballeros.

Antes de acostarse con ella, había pensado cabalgar de madrugada a Toledo, vestir su armadura, la de verdad, la que llevaba en la batalla, volver a La Galiana y despedirse de Raquel cubierto con esta armadura suya y con su buena espada *Fulmen Dei*, pero renunció a ello.

A la mañana siguiente, ella esperaba a que él se despidiera. Se sentía feliz y llena de confianza, segura de que todo iría bien. Se imaginó cómo transcurriría la mañana. Desayunaría con ella, con sus ropas de casa. Después se pondría la armadura. Y luego partiría al galope, y ella sentiría aquel gran instante venturoso y desgarrador del que se hablaba en las canciones: el amado que partía se inclinaría desde su caballo, la besaría, la saludaría con el brazo.

Ella siguió esperando. Primero feliz, después con un ligero temor y luego cada vez con más miedo.

Finalmente, preguntó por Alfonso.

—El rey nuestro señor hace horas que partió —contestó el jardinero Belardo.

Capítulo IV

EL califa Yaqub al-Mansur ya no era joven, padecía achaques, le habría gustado pasar sus últimos años en paz y había considerado su deber recordar el tratado al rey de Castilla. Pero enterado de la naturaleza del rey desde el principio había tenido muy pocas esperanzas de que su mensaje surtiera el efecto deseado. Sin embargo, no había esperado una respuesta tan impertinente. La insolencia del incircunciso le pareció, a aquel hombre profundamente creyente, una señal de Alá para que antes de su muerte tomara de nuevo la espada para castigar a los infieles y seguir expandiendo el islam.

Ante todo, mandó hacer diez mil copias de la carta de Alfonso y que se diera a conocer a lo largo y a lo ancho de su inmenso reino. Almohades, árabes, cabilas, todas las tribus y pueblos que le estaban sometidos debían saber cuán terriblemente insultaba el rey cristiano al señor de los creyentes. La carta fue leída en los mercados por pregoneros públicos y a continuación se pronunciaban las palabras del Corán: «Esto dice Alá, el Todopoderoso: Me volveré contra ellos y los convertiré en polvo y desolación mediante ejércitos nunca vistos. Los arrojaré al más profundo abismo y los destruiré».

En todo el islam occidental se encendía la llama de la ira santa. Incluso las tribus rebeldes de Trípoli dejaron de lado sus hostilidades contra el califa para unirse a él en esta Guerra Santa.

En la al-Andalus musulmana se desató un alegre entusiasmo en cuanto se cercioraron de que el califa acudiría en su ayuda. Además, éste delegó el mando supremo de todo el ejército en un andaluz, el probado general Abdullah Ben Senanid.

En la decimonona semana del año 591 tras la Hégira del Profeta, Yaqub al-Mansur salió de su corte en dirección a Fez para encontrarse con el ejército que había reunido en la costa sur del Estrecho. Le acompañaban su príncipe heredero Cid Mohammed y otros dos de sus hijos, su gran visir y cuatro de sus consejeros, además sus dos médicos de cabecera, así como su cronista Ibn Jachja.

En el vigésimo día del mes *redsched* el califa ordenó cruzar el Estrecho. Los primeros que lo hicieron fueron los árabes, les siguieron los sebetas, los masamudas, los gomeras, los cabilas, a éstos les siguieron los arqueros, los almohades; los últimos fueron los regimientos personales del califa. Con la gracia de Alá se cruzó el Estrecho

en tres días y el inmenso ejército acampó, extendiéndose por los alrededores de Alchadra, desde Cádiz a Tarifa.

Y una vez el califa se halló en tierras de al-Andalus dio un gran espectáculo. Desde tiempos inmemoriales surgía del agua ante Cádiz, al oeste del Estrecho, una enorme columna. Se hallaba coronada por una inmensa estatua dorada cuyo brillo podía verse en el mar desde muchas leguas de distancia; representaba a un hombre que extendía su brazo derecho sobre el Estrecho y que tenía en su mano una llave. Los romanos y los godos habían llamado a esa construcción las columnas de Hércules, los musulmanes la llamaban la estatua del ídolo de Cádiz. Todos habían temido y protegido aquella obra amenazadora y resplandeciente durante siglos. Ahora, el califa dio orden de destruirla. Temerosos, conteniendo la respiración, decenas de miles contemplaron cómo se daban los primeros golpes. Aquella imagen dorada y amenazadora no se defendió, cayó. Y llenos de un inmenso triunfo gritaron: ¡Alá es grande y Mahoma su profeta!

El califa se dirigió a Sevilla. Para honrar a esta ciudad que aquel rey infiel, a pesar de la tregua, amenazaba tan desconsideradamente, Yaqub al-Mansur había pagado la construcción de un minarete para su mezquita principal. Había hecho los planos el famosísimo arquitecto Dschabir. De un modo metafórico, la torre debía representar la victoria del islam sobre los infieles. El califa había ordenado que todo aquello que pudiera encontrarse en estatuas y relieves de los tiempos de los romanos y de los godos se utilizara en la construcción de esa torre. Estaba previsto que, además de la cubierta de oro de aquella imagen del ídolo de Cádiz, se empleara también el oro y la plata de todos los objetos de las iglesias que el califa obtendría como botín en esa guerra.

El mismo Yaqub al-Mansur puso los fundamentos para este minarete. Y así como millares de personas habían celebrado la caída del hombre dorado, así se regocijaban ahora millares de personas de que se hubieran puesto los fundamentos de la torre que debería alzarse hacia el cielo en una altura y belleza nunca vistas hasta el momento, para mayor gloria de Alá.

Don Alfonso, en Calatrava, era feliz. Allí reinaba un júbilo sin reservas, se celebraba la respuesta que había dado al desvergonzado califa, y la guerra causaba en todos una desenfrenada alegría. La naturaleza espiritual de la orden de caballeros desaparecía tras su faceta guerrera. Los caballeros agasajaban a Bertrán de Born como a su gran hermano y compañero; en sus sueños resonaba el grito ¡*A lor! ¡A lor*! ¡Atacad! ¡Golpead!

Entre Alfonso y el arzobispo surgió de nuevo la vieja y alegre camaradería. El valiente clérigo se había sentido gravemente preocupado por no poder decir a Alfonso su opinión, justa, cristiana y caballeresca, sobre el asunto amoroso de éste con la judía. Ahora, con su acostumbrada franqueza, le dijo:

—Verdaderamente, tu suegro de Inglaterra ha muerto en el momento adecuado. Porque, permíteme decírtelo, mi querido hijo y amigo: no habría podido contemplar por más tiempo los desórdenes de La Galiana. Tendría que haberle pedido al Santo Padre, aunque me hubiera muerto de tristeza, que te excomulgara. Estaba a punto de escribir esa carta. Ahora, todo ha quedado atrás, como el pasado pagano de nuestros padres. Salta a la vista cómo la guerra expulsa los últimos vapores de tu pecho.

Rió a carcajadas; Alfonso lo acompañó en sus risas, ruidoso, joven, de buen humor:

Los observadores informaron acerca de la magnitud del ejército musulmán. Decían que estaba formado por quinientas veces mil hombres. También corrieron muchos rumores acerca de las terribles nuevas armas que el califa llevaba consigo, de inmensas torres de ataque, piezas de artillería que podían arrojar lejísimos enormes peñascos, de destructores fuegos griegos. Los caballeros siguieron manteniéndose confiados. Creían en sus fortalezas inexpugnables, en su Santiago, en su rey.

Alfonso tuvo una atrevida inspiración. Todos daban por supuesto que a la vista de la superioridad de los musulmanes tendrían que limitarse a la defensa. ¿Había que hacerlo realmente? ¿Por qué no ofrecerle al enemigo una batalla en campo abierto? La temeridad del acto parecía un disparate, pero precisamente por este motivo era posible que tuviera éxito. ¿Y no se hallaban allí, al sur de Alarcos, aquellas tierras del Campo de los Arroyos, cuyos rincones estratégicos y puntos traicioneros él conocía mejor que ningún otro? ¿Por qué no iba a ganar esta segunda batalla de Alarcos?

Habló con Bertrán y con el arzobispo de sus propósitos. Don Martín, a quien normalmente nunca le faltaba una rápida respuesta, lo miró fijamente con la boca abierta. Después se sintió entusiasmado.

—El antiguo pueblo de Israel —dijo— era un insignificante grupito comparado con la innumerable chusma de cananitas, madianitas y filisteos, y a pesar de ello los vencieron y exterminaron. Con toda probabilidad, el Señor les mostró campos de batalla tan favorables como tu Campo de los Arroyos. Bertrán, por su parte, dijo alegremente y con opinión experta:

—Esta batalla te costará muchos muertos, mi señor pero a los herejes les costará muchos más.

Los jóvenes señores, cuando Alfonso les habló de su plan, quedaron primero desconcertados, sí, incluso confusos, después fascinados. El rey evitó hablar de sus propósitos a los guerreros más viejos.

Doña Leonor se quedó más tiempo en Burgos de lo que se había propuesto. Desde allí era más fácil reunir a los grandes del norte de Castilla y a los consejeros de Aragón,

que pronto constituirían las tropas de refuerzo de Alfonso. Ardía en deseos de que empezara la batalla. Desde que se había dado cuenta de cuán profundamente lo devoraba aquella lujuriosa fiebre por la judía, sus recelos no habían desaparecido nunca por completo. Alfonso sólo se curaría por completo de su diabólica enfermedad mediante la guerra.

Y entonces había recibido la noticia —él mismo se la comunicó alegremente— de la osadía con que había mandado de regreso con su califa al desvergonzado príncipe musulmán. Lo primero que sintió fue una salvaje alegría: ¡Ahora habría guerra! Pero inmediatamente había tenido que reconocer el tremendo peligro que necesariamente suponía la arrogancia de Alfonso. «Una derrota —pensó—, ahora, será una derrota. Quizás no la derrota definitiva, pero sí una derrota». Esto hizo surgir en ella, además de la ira y la preocupación, una sombría satisfacción. Tenía grabado en su alma lo que su madre le había dicho acerca de las beneficiosas consecuencias de una derrota. La derrota multiplicaba las fuerzas, estimulaba las energías, la derrota abría diez nuevas posibilidades; le producía un maravilloso cosquilleo pensar en la derrota.

Partió de inmediato hacia Toledo.

—Vete a Toledo —le había ordenado su madre. La desatinada imprudencia con la que Alfonso había provocado a la legación musulmana sólo multiplicaba su amor. Y siempre, en su ardiente deseo por Alfonso, se mezclaba aquel sombrío y silencioso regocijo: «Ahora vendrá la derrota. Ahora terminará del todo con la otra. *Actum est de ea*, ha sucedido por culpa de ella».

Puesto que no encontró al rey en Toledo, tenía una buena excusa para continuar viajando hacia el sur: Don Pedro, que de acuerdo con el plan había invadido las tierras valencianas y que no quería renunciar a su ofensiva contra la capital, Valencia, había dudado en poner tropas de apoyo a disposición de Alfonso antes de la fecha establecida contractualmente. Pero ella le había arrancado una promesa vinculante: como máximo antes de seis semanas mandaría diez mil hombres, y ochocientos ya de inmediato para demostrar su buena voluntad. Para dar a Alfonso esta feliz noticia, viajó personalmente a Calatrava.

Él salió a su encuentro para saludarla. Ella no ocultó la gran alegría que sentía al verlo. Allí, entre sus caballeros, en el rígido ambiente de la fortaleza de Calatrava, era por completo aquel Alfonso que ella deseaba. Le informó, radiante, de cómo había convencido al reacio Don Pedro para que mandara refuerzos al cabo de pocas semanas. Alfonso se lo agradeció de corazón. No le dijo que su noticia no le resultaba de ningún modo agradable. Su propósito de presentar batalla al califa en campo abierto se había afianzado. Pero si ahora se sabía que en breve plazo se recibirían refuerzos de Aragón, sus consejeros y oficiales se resistirían con mayor empeño a su plan.

El anciano maestre de la orden, Nuño Pérez, y Don Manrique de Lara presentaron sus respetos a Doña Leonor. El plan del rey, a pesar de su reserva, se había hecho público y causaba gran preocupación a los más prudentes de entre sus amigos. Los ancianos señores expusieron a Doña Leonor cuán peligroso era su atrevimiento y cuán importante era esperar la llegada de las tropas aragonesas. Rogaron a la reina que convenciera a Don Alfonso para que renunciara a sus propósitos.

Doña Leonor se horrorizó. No entendía nada de estrategia, no quería saber nada de ello. Ella y Alfonso se habían puesto tácitamente de acuerdo en que ella participaría en los asuntos de Estado pero no en las tácticas de guerra. Pero esta vez comprendió que se trataba de la supervivencia del reino. Se acordó de cómo Alfonso, en el pasado, había atacado Sevilla contrariando las advertencias de sus consejeros. Sospechaba, sabía que él se tomaba en serio aquel proyecto temerario. Su sentido común le decía que debía hablar con Alfonso. Pero no quería parecerle inoportuna precisamente ahora, no quería presentarse ante él con odiados consejos; además, en lo más profundo de su ser sentía un murmullo cosquilleante: ¡Una derrota!

Muy amablemente pero con toda realeza contestó a los preocupados caballeros: Ella no entendía nada en cuestiones de estrategia, durante todos aquellos años no había hablado con Alfonso acerca de estas cuestiones. Ella admiraba su genio para la guerra y no era propio de la reina de Castilla socavar el valor principesco y la piadosa confianza de su esposo con consideraciones pusilánimes.

Se quedó dos días y dos noches en la fortaleza. A toda prisa se le preparó un lujoso alojamiento, ya que no estaba bien que durmiera bajo el mismo techo que Alfonso. Los cruzados, así lo exigía la costumbre, se abstenían del trato con mujeres. Pero eran muy pocos los caballeros que se tomaban en serio esta tradición, y Leonor, después de que Alfonso cenara con ella en sus aposentos, tenía la esperanza de que se quedara, pero él le dio cordialmente las buenas noches, la besó en la frente y se fue. Y lo mismo hizo la segunda noche.

Cuando ella emprendió el viaje de regreso, él la acompañó durante una hora larga.

Leonor, una vez él se hubo despedido, contestó sólo con parquedad a la conversación de sus acompañantes. Pronto, a pesar de que era una buena amazona, ordenó que prepararan su litera.

Sentada en la litera mantenía los ojos cerrados. Alfonso estaba ocupado con su guerra, y tampoco era propio de él el amor rápido y ocasional. No debía sentirse desdeñada. Y con toda seguridad no era el recuerdo de la judía el que lo había mantenido alejado de ella.

En Toledo se había ocupado mucho de la otra, de la judía. La otra estaba allí mucho más cerca, había que pensar en ella. Allí, la otra, insolente y tonta, estaba en poder de

Leonor, al igual que la ciudad y todo lo que la rodeaba. Leonor no tenía más que alargar la mano. No había pensado en esto de un modo tan consciente, pero lo había intuido, y ahora, en la litera, de camino a Toledo, lo pensó. Ahora también, en la litera, contra su voluntad, intentó recordar nítidamente a la otra, su rostro, su porte, sus gestos. Imaginó qué aspecto podía tener Raquel desnuda, se comparó con ella. Ella, Leonor, se había conservado bien; incluso lo había reconocido la dama Ellinor que solía emitir juicios acerados y malignos. El hecho de que la otra hubiera salido arrastrándose del cuerpo de su madre diez o doce años después que ella no era, con toda seguridad, lo que había apartado a Alfonso de Leonor llevándolo al lado de la otra. Era brujería, una fiebre, una maligna enfermedad. Y tan pronto como Alfonso volviera a ser él mismo, después de la batalla, independientemente de que obtuviera una victoria o una derrota, habría olvidado a la otra. Habría sido una estúpida si se hubiera dejado convencer por los ancianos señores para desaconsejar a Alfonso su batalla.

No era una estúpida. Era inteligente, era joven, era hermosa, estaba segura de sí misma y de su causa.

Llegaron noticias de que el ejército musulmán avanzaba en tres columnas hacia el nordeste. Alfonso no podía esperar por más tiempo, debía exponer a sus consejeros y a sus capitanes su plan.

Convocó al consejo de guerra. Entusiasmado, expuso su plan. Quería salir al encuentro de los musulmanes en el Campo de los Arroyos. Allí, entre las profundas grietas de los secos cauces montañosos, había tenido lugar la batalla que le había supuesto uno de sus mayores éxitos y la fortaleza de Alarcos. Nadie en Hispania conocía esas tierras tan bien como él. Con palabras atrevidas y convencidas, explicó cómo obligaría al califa a tomar la parte más baja de la meseta que se inclinaba poco a poco, de modo que una gran parte del ejército enemigo, precisamente por ser tan numeroso, se vería forzado a meterse entre la maleza y en el bosque. No dudaba de la victoria. Y después de aquello todo el sur de al-Andalus quedaría abierto ante ellos. Córdoba, Sevilla, Granada, y la guerra terminaría apenas hubiera empezado.

Los jóvenes señores estuvieron de acuerdo entusiasmados.

El anciano Don Manrique, sin embargo, le advirtió respetuoso e insistente. Era más que arriesgado ofrecer una batalla abierta a un ejército tan inmensamente superior. Si no se conseguía una victoria decisiva, Toledo estaba perdida. El experto estratega, el barón Vivar, fue del mismo parecer que Manrique.

—Vuestra Majestad —explicó— ha convertido con esfuerzo y pericia las fortalezas de Calatrava y de Alarcos en las más fuertes de la Península. En la protección de sus

muros, podemos esperar tranquilamente la llegada de nuestros aliados. El ejército musulmán, precisamente por ser tan gigantescamente numeroso tendía dificultades en aprovisionarse; el sitio los mermará mucho. Pero cuando aparezcan los aragoneses, nuestro ejército no será tan desesperadamente inferior en fuerzas a los del califa. Entonces, mi señor, si Dios así te lo inspira, inicia tu batalla.

La arrugada frente de Don Alfonso se frunció todavía más. Su clara inteligencia les daba la razón: los argumentos de Manrique y de Vivar estaban llenos de sentido. Pero era insoportable quedarse sentado tras los muros de la fortaleza y esperar a que aquel joven, aquel necio, le trajera ayuda. No se dejaría robar una parte de la victoria.

—No ignoro —contestó— que un astuto estratega hace mejor evitando una batalla contra una fuerza tres o cinco veces superior. Pero no puedo contemplar de brazos cruzados cómo el enemigo se extiende por el reino. Me arde la sangre. Una auténtica guerra no es un juego de ajedrez, es un torneo, y el resultado no lo da la mente más astuta, sino un corazón valiente y piadoso. Un auténtico estratega olfatea su batalla. Mi batalla es la del Campo de los Arroyos.

Los caballeros estuvieron tumultuosamente de acuerdo. Pero ahora fue el mismo anciano maestre Nuño Pérez quien le advirtió:

—Si el ejército de los herejes es tan grande como pretenden tus observadores, sin contar con las tropas de apoyo, ningún ejército castellano podrá detenerlo. Espera a Aragón, mi señor.

Alfonso estaba harto de permitir que sus viejos estrategas le dieran lecciones. Tenían los corazones más paralizados que su Rodrigue.

—No voy a esperar, Don Nuño —replicó—, entendedme, no permitiré que mi Alarcos, este Alarcos que he añadido al reino, sea sitiado por los circuncisos. Los venceré también sin Aragón. Pero don Manrique no cedía.

—¡Por lo menos, manda un correo a Don Pedro! —le rogó apremiante—. Si se considera estrictamente, con estrechez de miras, tu contrato con Aragón, tienes la obligación de esperar.

—Pero yo no soy estrecho de miras —contestó con fuerza Don Alfonso—, y tampoco el rey de Aragón lo es, es un caballero cristiano. ¡No necesito en absoluto pedirle permiso! —Más tranquilo, continuó:

—Respeto vuestras dudas, pero a mí no me preocupan. Ya puede tener el califa tres veces o cinco veces más hombres que nosotros. Nosotros tenemos de nuestro lado el derecho y a Dios Todopoderoso. Lucharemos en el Campo de los Arroyos.

Ahora que el rey se había decidido, también los que dudaban se avinieron al proyecto con fidelidad y celo. El campamento se instaló en el lugar elegido por Alfonso. Las tiendas se extendían por la suave pendiente de una montaña, protegidas a su espalda por una pendiente que se alzaba cada vez con mayor inclinación, los flancos, cubiertos por los arroyos, que daban al lugar su nombre, eran profundas grietas, los lechos de caudalosos arroyos de montaña que ahora se habían secado y que estaban cubiertos de adelfas blancas y rojas Mientras tanto, el ejército musulmán se acercaba en perfecta formación, efectuando con regularidad cortas jornadas de marcha. Cuando se hallaba a dos días de marcha de distancia, cualquiera podía calcular que la batalla definitiva tendría lugar el 19 de julio, el día noveno del mes *schawan* del cómputo musulmán.

Pero el noveno día del mes schawan era un Sabbath.

Esto supuso para los soldados judíos de Don Alfonso una gran preocupación. Aquellos tres mil hombres se habían puesto al servicio del rey no sin remordimientos de conciencia. Sabían que al servir en la guerra se verían obligados a comer alimentos prohibidos y a llevar a cabo trabajos prohibidos en Sabbath; en los gloriosos tiempos pasados, los soldados judíos habían preferido dejarse matar por los griegos y por los romanos a luchar en Sabbath. Ciertamente ahora, de acuerdo con una disposición del Synhedrion, los doctores de la aljama habían eximido solemnemente a los voluntarios judíos, *Mutar Lach*, te es permitido, de la obligación de respetar las leyes del Sabbath y las que hacían referencia a los alimentos; pero esta dispensa sólo era válida en caso de extrema necesidad, y ¿acaso se daba realmente este caso?, ¿tenía que luchar el rey precisamente en Sabbath?

Enviaron una delegación a Don Alfonso, encabezada por Don Simeón Bar Abba, un pariente de Efraim. Si los soldados judíos, expuso éste al rey, quebrantaban los sagrados mandamientos en un caso que no fuera de extrema necesidad, provocarían la ira de Dios y atraerían el peligro y la derrota sobre ellos y sobre sus camaradas cristianos. Querían preguntar a su majestad, con el debido respeto, si no podía elegirse otro día para la batalla.

Alfonso dio unas palmadas a Don Simeón en la espalda y le dijo jovial:

—Os conozco como valientes soldados, y me gustaría haceros ese favor, pero no puedo aplazar más de un día la batalla. Y si lo hago, tendríamos que luchar en domingo, y eso a su vez no les gustaría a vuestros camaradas cristianos, y ellos son mucho más numerosos. Dejémoslo, pues, en el Sabbath, y todos rogaremos para que vuestro Dios os perdone el pecado.

La piedad de los judíos hizo reflexionar al rey. Preguntó a Don Martín qué podría hacer él para asegurarse, a sí mismo y a su ejército, la gracia del Todopoderoso. El arzobispo también había leído aquel libro *El árbol de las batallas* del prior Bonet. En

él se recomendaba ayunar el día de la batalla, y se indicaba, además, que el gran caballero y rey Saúl, antes de lanzarse a combatir contra el enemigo, había amenazado con la muerte a todo aquel que desde la caída del sol del día anterior comiera o bebiera. De modo que el arzobispo le aconsejó que los soldados cristianos ayunaran el día de la batalla. Pero, para no debilitarlos, el rey nuestro señor podía ofrecerles la noche anterior un rico banquete. Así lo hizo Don Alfonso.

Don Martín, por su parte, mandó correos por todo el reino, hasta Toledo, con la orden de que en la mañana del día de la batalla en Toledo y en todas las poblaciones entre Alarcos y Toledo sonaran las campanas. La noche del 18 de julio el rey contempló su propio campamento y el del enemigo desde la elevación desde donde, al día siguiente, dirigiría la batalla. Allí donde la meseta descendía estaba acampado el ejército del califa. Se alineaban sin fin las tiendas, una junto a otra, y Alfonso y sus señores sabían que, allí donde el bosque impedía la vista, el campamento enemigo giraba hacia el oeste y se prolongaba en aquella dirección. Durante largo tiempo, el rey, haciéndose sombra sobre los ojos con la mano, lo contempló en silencio, hasta que se hizo de noche sobre el campamento enemigo.

Los caballeros galoparon de regreso, saludados por todas partes por los soldados con gritos alegres y respetuosos. Los soldados disfrutaban el rico banquete.

Entonces, también los señores se sentaron a la mesa en la tienda de guerra del rey. Todo resplandecía de lujo en rojo y dorado con los blasones y estandartes. También el interior estaba lujosamente decorado con alfombras y tapices en honor a la guerra, la más noble ocupación del caballero y del rey. Todo el mundo estaba muy animado, se comía y bebía con deleite, Bertrán cantó sus más osadas canciones.

Pero se separaron pronto para retirarse temprano a dormir y coger fuerzas para el día siguiente.

Al rey le acompañaron agradables imágenes y pensamientos en su sueño. Raquel estaba allí, y él le exponía con todo detalle su plan de batalla. Le demostraba que también un ejército inferior en número podía organizarse de tal modo que la victoria fuera segura. Le explicó cómo imaginaba el desarrollo posterior de la batalla. Cuando hubiera destruido el ejército del califa, lo empujaría hacia el mar. Y entonces firmaría la paz. Dejaría al califa la costa y Granada, pero debía arrebatar Córdoba y Sevilla a los circuncisos. Convertiría a Sevilla en un condado, uno de los más grandes del reino, y como conde de Sevilla nombraría a su amado y pequeño bastardo Sancho.

Escuchó las voces contenidas de la guardia que recorrían el campamento dormido. Su voz interior le decía: será un gran día mañana, este 19 de julio de… Intentó recordar el año, pero el cómputo del tiempo en la Península y la del resto de la cristiandad se le mezclaron y no consiguió encontrar el año en que estaba, y se enojó por haberle dado la

razón a Rodrigue contrariando a su amigo Don Martín. Pero, a pesar de su enojo, le parecía escuchar ya el sonido de las campanas y el solemne canto de júbilo, cantaban el Tedeum de su victoria, y se durmió en medio de gritos de victoria.

Despertó rodeado por el sonido de las campanas, ya que antes de que hubiera salido el sol, tal y como había ordenado el arzobispo, todas las campanas del reino, desde Alarcos hasta Toledo, fueron lanzadas al vuelo. Inmediatamente después de la salida del sol se celebró una misa a los soldados. Muchos recibieron la sagrada comunión. Solemnemente fueron mostradas después las reliquias que deberían acompañar a cada sección en la batalla. La más valiosa y efectiva reliquia la tenían los caballeros de Calatrava, la Cruz de los Angeles, una cruz que había sido entregada al tercer Alfonso por dos peregrinos sobrenaturales de un modo muy misterioso. Cada una de las secciones, caballeros y soldados, se arrodillaron y besaron su reliquia.

También podía oírse el eco de las oraciones procedente del campamento de los musulmanes. Allí, sacerdotes y oficiales, gritaban a los guerreros los versículos del Corán: «¡Oh, creyentes! ¡Tranquilizad vuestros corazones! ¡Tened buen ánimo! ¡No temáis a nadie más que a Alá! ¡Él os ayuda! ¡Él fortalece vuestros pies para que no vacilen! ¡Él os dará la victoria!». Y los soldados musulmanes se arrojaron al suelo, cientos de miles, en dirección a La Meca, y rezaron con gritos estridentes la primera azora del Corán, la oración de las siete aleyas: «En nombre de Alá el misericordioso. La alabanza a Dios, Señor de los mundos. El clemente, el misericordioso. Dueño del Día del Juicio. A Ti adoramos y a Ti pedimos ayuda. Condúcenos al camino recto, camino de aquéllos a quienes has favorecido, que no son objeto de tu enojo y no son los extraviados».

La batalla empezó.

Los caballeros de Calatrava tenían orden de atacar los primeros y romper el centro del enemigo. Avanzaron ordenadamente, unos ocho mil, sobre sus diestros caballos, brillando a lo lejos en sus armaduras. Con voces resonantes cantaban su oración de guerra, el salmo sesenta de David: «¿Quién me conducirá a la ciudad fortificada? ¿Quién me llevará a Edom? Con Dios haremos proezas y Él aplastará a nuestros enemigos».

Se lanzaron al ataque contra el centro del enemigo.

«Con tal furia —informa el cronista Ibn Jachja— se abalanzaron los malditos, que sus caballos se arrojaron contra las puntas de las lanzas musulmanas. Rechazados, se retiraron tan sólo un breve trecho y cayeron de nuevo tumultuosamente sobre nosotros. Pero de nuevo fueron rechazados. Por tercera vez galoparon en su terrible y absurdo ataque.

—¡Resistid, amigos! —gritaba Abu Hafas, el general que mandaba al centro—. ¡No desfallezcan vuestros corazones, oh creyentes! ¡Alá, desde su alto trono, está de vuestra parte! Pero los malditos se abalanzaban a tal velocidad que las filas de los valientes musulmanes se rompieron. El propio Abu Hafas, el general, resistió, valiente como un león, murió luchando y conquistó la corona de mártir: Los malditos llevaron a cabo una terrible carnicería entre las tropas del centro; todos los soldados musulmanes que allí luchaban fueron elegidos por Alá para recibir la corona del martirio y en aquel noveno día de Schawan pasaron a gozar de los diez mil gozos del paraíso».

Alfonso, desde la elevación del terreno, contemplaba el campo de batalla. Vio cómo los caballeros de Calatrava se abalanzaban sobre el enemigo y eran rechazados; cómo por segunda vez avanzaban y por segunda vez eran rechazados, pero entonces las filas de los enemigos se rompieron y sus caballeros de Calatrava se abrían paso hacia delante, imparables, y pronto alcanzarían la roja tienda de guerra del califa y le llegaría el anuncio de la victoria. Entonces él, por su parte, caería sobre el enemigo y lo exterminaría por completo.

Así pues, esperando, contemplaban el rey y los suyos la batalla, disfrutando del espectáculo. Allá abajo, en el Campo de los Arroyos, se hacía realidad el sueño del trovador Bertrán de Born: allí estaban los asaltantes, los que caían y los que ya habían caído, allí se escuchaba el grito: ¡*A lor*! ¡*A lor*! Y más allá: ¡Alá!, y ¡Mahoma! Se oían los relinchos de caballos sin jinete heridos de muerte. El corazón de Alazar se hallaba henchido de gozo. Percibía la fantástica confusión de muerte, fama, victoria y martirio, y lamentaba que el polvo y la niebla formaran nubes que le privaran de la contemplación de la lucha. Miró a su alrededor y vio los rostros fogosos, ardientes, llenos de deleite del rey y de sus caballeros, y su rostro mostraba el mismo deleite que el de ellos. Se frotó los ojos llorosos, estornudó para sacarse el polvo de la nariz y se rió.

Entonces sucedió lo inesperado. El polvo y la niebla eran tan densos que apenas podía percibirse lo que sucedía. Pero algo sí era cierto: de pronto la lucha se había acercado bastante a la elevación donde se hallaban, muy lejos por lo tanto de la retaguardia de los caballeros de Calatrava. Muy cerca del campamento, aparecieron caballeros con turbantes. Atacaron la sección de los judíos que habían sido encargados de la protección del campamento. Sí, los judíos luchaban, se mantenían firmes, se les oía gritar claramente su grito de batalla hebreo, antiquísimo, penetrante: ¡*Hedád, hedád*! No cedían terreno, se mantenían firmes, pero eran sólo tres mil, el enemigo era visiblemente superior en número y sombrío, por un momento, Alfonso pensó en la predicción de Don Simeón: traería desgracia luchar en Sabbath.

Pero ¿cómo, ¡maldita sea!, había sido posible que los caballeros musulmanes se hubieran abierto paso hasta tan lejos? ¡Y en tal número! Y ¿dónde estaban los caballeros de Calatrava?

El rey sospechó lo que había sucedido, pero se prohibió a sí mismo creerlo. Quinientas veces mil hombres, habían dicho los informadores, formaban el ejército del califa. Y Alfonso se había reído. Pero ahora los veía avanzar incesantemente, arrollándolo todo, y del polvo surgían cada vez nuevos guerreros con turbante, a pie y a caballo. Alfonso ya no se reía.

Lo que había sucedido era lo siguiente: los caballeros de Calatrava, embriagados por la sensación de victoria, habían seguido avanzando tumultuosamente en la densa muchedumbre sin atender al calor y al polvo que les dificultaba la respiración. Por encima del sordo ruido que resonaba procedente del campo de batalla, sólo escuchaban sus propios gritos y los gritos de aquéllos a quienes mataban. Y como posesos, medio locos por el afán de lucha, golpeando furiosamente a su alrededor avanzaban cada vez más metiéndose en los vapores y humos que impedía la vista del sol.

El comandante en jefe de los musulmanes, Abdullah Ben Senanid, el andaluz, el estratega, experto en batallas, lo había previsto. Dejó avanzar a los caballeros, si, les presentó una débil resistencia. Pero por ambos flancos hizo avanzar a regimientos de almohades y emplazar la artillería de catapultas tremendas que alcanzaban a larga distancia. Los soldados almohades, famosos por ser magníficos ballesteros, fueron cerrando el cerco sobre la retaguardia de los fogosos caballeros de Calatrava sin que éstos se dieran cuenta, rodeándolos y aislándolos de su potencia principal y de su campamento. Y entonces sucedió allí en Alarcos lo que ya había sucedido en el pasado en la batalla de Al Hattin: los ballesteros musulmanes derribaron a los caballos de los caballeros cristianos, y en cuanto el caballo caía, el caballero, en su pesada armadura, quedaba indefenso. Al mismo tiempo, la artillería del califa lanzaba sus inmensos pedruscos sobre las densas filas de los cristianos.

«Empezó —informa el cronista Ibn Jachja— una terrible matanza. Todos los infieles iban vestidos de acero, y también sus caballos llevaban armadura. Eran lo mejor de su ejército, pero esto no les sirvió de nada. Antes de la batalla habían llamado a sus tres dioses y jurado por sus cruces que no volverían grupas en esta batalla mientras quedara uno de ellos con vida. Ahora, para bendición de los fieles, Alá dispuso que cumplieran su promesa literalmente».

Y al mismo tiempo, para destruir por completo al ejército enemigo, el general del ejército musulmán, utilizando su gigantesca superioridad, había dado a su experta caballería andaluza orden de avanzar a espaldas de los caballeros que luchaban para atacar el campamento de los cristianos.

Esto, pues, este ataque al campamento, era lo que Alfonso había visto desde la elevación.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo ferozmente alegre.

Se lanzaron hacia abajo, hacia el campamento. Eran muy numerosos, pero demasiado pocos. Las masas de musulmanes aumentaban y los tragaban, tuvieron que retirarse antes de alcanzar el campamento, subiendo de nuevo a la elevación. Pero así y todo mantuvieron las filas cerradas y no permitieron que los musulmanes las franquearan. También consiguieron una y otra vez, por medio de pequeños avances, ganar espacio y un respiro.

Don Alfonso se encontraba en medio del alboroto. Ya no pensaba en el conjunto de la batalla, sino sólo en la lucha que tenía lugar a su alrededor. Respiraba con esfuerzo en medio del polvo y del calor y la neblina, brillante y mate, que hacía centellear todo ante sus ojos. Oía el sonido agudo de los cuernos, el golpear de los tambores, el salvaje griterío de los musulmanes y los gritos de ¡Atacad! ¡Ayuda! ¡Aquí!, de los amigos, y por encima de todo el sombrío ruido que le llegaba constantemente desde todas las direcciones resonando amenazador. Se sentía lleno de una sorda rabia, no exenta de satisfacción. Disfrutaba, golpeando con su buena espada *Fulmen Dei*; disfrutaba cuando el enemigo caía, y también cuando el amigo caía sentía algo parecido al placer.

Poco a poco fueron siendo rechazados hacia el centro de su propia elevación. El rey ordenó un nuevo ataque. Corrieron —serían todavía unos ochocientos—, adentrándose entre los soldados de a pie del enemigo. Uno de los musulmanes apuntó desde muy cerca con la lanza a Alfonso. Antes de que pudiera lanzada, Alazar lo derribó. El muchacho rió alegremente.

—No lo ha conseguido, mi señor —gritó en medio de tanto estrépito. Pero al minuto siguiente, él mismo cayó del caballo, alcanzado, su pie quedó trabado en el estribo y fue arrastrado un breve recorrido.

Los otros siguieron abriéndose paso, empujando a los soldados de a pie del enemigo montaña abajo. El rey y los hombres que tenía más cerca tuvieron un breve respiro.

Descendió del caballo, todavía sumido en una insensibilidad iracunda, casi sin voluntad y sin consciencia. Se ocupó de Alazar levantó la visera, sin saber apenas por qué lo hacía; quitó el casco al muchacho y tampoco sabía por qué lo estaba haciendo, ni si el muchacho todavía lo reconocería. Pensó, lleno de reproches, que Alazar era quien debería haber elegido a los mil caballeros musulmanes que él quería dejar libres sin rescate. El muchacho respiraba con dificultad; su rostro, normalmente de un color tostado claro, aparecía enrojecido e hinchado, y en medio de toda la suciedad, de la

sangre, del calor, del visible tormento, se veía muy joven. Alfonso se inclinó profundamente sobre él, lo vio, dejó de verlo; lo vio y le dijo con una voz ronca por los muchos gritos:

—Alazar, mi fiel muchacho.

Alazar levantó la mano con esfuerzo, Alfonso no entendió para qué.

Más tarde comprendió que Alazar había querido devolverle el guante, y lamentó no haberlo entendido. Alazar movió los labios, Alfonso no sabía si hablaba. Creyó oír:

—Dile a mi padre…

Pero fue mucho más tarde cuando recordó haber creído oírle pronunciar esas palabras; tampoco hubiera podido decir en qué idioma las pronunció el muchacho.

Pero mientras se encontraba inclinado sobre Alazar, por primera vez en aquel día, aunque todavía de un modo poco nítido en medio de los gritos y el estrépito, se sintió invadido por el recuerdo de Raquel y, al mismo tiempo, también por el recuerdo de Manrique y Nuño Pérez, que le habían aconsejado permanecer dentro de los muros de la fortaleza, y también por el recuerdo del iracundo discurso de Don Rodrigue. Pero no se entretuvo en estos pensamientos. No había tiempo. Tampoco había más tiempo para ocuparse del muchacho; sólo pudo hacer rápidamente el signo de la cruz sobre él.

Porque el enemigo avanzaba de nuevo hacia arriba en medio del polvo y la neblina y de nuevo en número incalculable. Sin interés, con sombría ira, Don Alfonso miró aquella muchedumbre. ¿No terminaría nunca? Quinientas veces mil hombres habían dicho los observadores, y no habían mentido.

—Hasta ahora, sólo hemos tenido que habérnoslas con una avanzadilla —bromeó malicioso él arzobispo—, ahora es cuando nos enfrentaremos al verdadero enemigo.

—Bien —dijo Bertrán—, así habrá más madres y mujeres que se lamenten.

—¡Retroceded, retroceded despacio! —apremiaban todos. Pero Bertrán entonó una de sus canciones:

Ninguno de nosotros es hijo de un hombre
Que haya muerto cobardemente en la cama.
Y no deseamos morir de otra manera
Que heridos por el frío acero en la batalla.

De esta manera, despacio, con el rostro vuelto hacia el enemigo, sobre nerviosos caballos, fueron subiendo la pendiente.

Había un gran alboroto, la lucha era inabarcable. Pero cuando llegaron al pie de la última y más empinada parte de la elevación, habían conseguido de nuevo ganar

espacio y en aquel lugar nadie podía atacarlos por la espalda. Respiraron, miraron a su alrededor, buscaron, contaron. Ahora eran unos doscientos.

—¿Dónde está Don Martín?

—Ha sido derribado —dijo Garcerán—, parece gravemente herido. Intentan llevarlo más allá de la elevación, al bosque de encinas. Quieren llevarlo al otro lado del arroyo, y añadió:

—Deberías retirarte, mi señor —le rogó—, antes de que descubran el camino que cruza el arroyo.

Había directamente al otro lado de la elevación un sendero cubierto que conducía al encinar y que permitía cruzar la parte norte del arroyo.

—Después de su próximo ataque —decidió Alfonso, ya que el enemigo se reunía de nuevo, y esta vez muy cerca, para el ataque.

—¿Qué sucede contigo, señor Bertrán —preguntó—, estás herido?

—Son sólo un par de dedos —contestó Bertrán, con una voz que se esforzaba por sonar despreocupada, y añadió:

—Probablemente sólo podré devolverte una parte del guante —bromeó, y entonces estuvieron de nuevo en medio del ajetreo.

Allí, al pie de la última elevación, la batalla se desmembraba en encarnizadas luchas cuerpo a cuerpo. Cada uno golpeaba a su alrededor, salvajemente, enloquecido, ninguno se mantenía en contacto con ninguno.

«Y Alfonso, el Maldito —informaba el cronista Ibn Jachja—, levantó los ojos de aquella carnicería y vio la bandera blanca del señor de los creyentes muy cerca y vio las letras doradas escritas sobre ella: ¡Alá es Alá y Mahoma es el profeta de Alá! Y entonces tembló el corazón del Maldito lleno de un gran espanto, y huyó. Y todos los suyos huyeron, y los musulmanes los persiguieron. El Maldito huyó por encima de la elevación, pero los musulmanes mataron a un número sin fin de su pueblo y no apartaron sus lanzas de las ancas de los que huían, ni sus espadas de sus cuellos, antes de haber saciado la sed que sus armas tenían en la sangre de los infieles y obligarlos a beber hasta el fin el amargo cáliz de la muerte».

Sobre la elevación, por un momento, Alfonso miró hacia atrás al Campo de los Arroyos, su campo de batalla. El polvo lo cubría, él y los suyos se hallaban cubiertos de polvo. El polvo cubría los cascos y las armaduras. El polvo era tan denso sobre todo el campo que amortiguaba aquel ruido estrepitoso compuesto por el rechinar de las armaduras y los gritos de los hombres, el piafar de los corceles, el trote y los relinchos de los caballos, el sonido de las trompetas. Tampoco el rey de Castilla con su aguda vista podía distinguir con toda claridad lo que sucedía en aquella mezcla gris de calor, neblina y polvo. Pero sabía que en medio de aquel polvo y de aquel griterío

quedaba destruida su fama, quedaba destruida Castilla. Pero antes de que pudiera expresarlo en palabras o ser plenamente consciente de ello, los suyos lo apartaron del lugar.

Mientras tanto los musulmanes saqueaban el campamento castellano. Tomaron como botín armas, tesoros, artillería de guerra, provisiones de todo tipo, también varios cientos de nobles halcones de caza, también muchos ornamentos litúrgicos, entre ellos las vestiduras de gala que los caballeros de Calatrava habían querido vestir en la celebración de la victoria.

«El número de cristianos que murió a manos de los creyentes —informa el cronista — no puedo calcularlo, nadie pudo calcularlo. Los muertos cristianos eran tantos, que sólo Alá, que también los había creado a ellos, conocía su número».

Desde la batalla de Zalaca, hacía ciento doce años, los musulmanes no habían tenido una victoria de tal envergadura. Tan terrible fue el espanto de los cristianos, que también los defensores de Alarcos sintieron paralizado su corazón. Pocos días después entregaron la mayor fortaleza de Castilla. Los vencedores, sin embargo, para que el terror se siguiera extendiendo, destruyeron con sus terribles máquinas de guerra los muros y las casas de la ciudad y de la fortaleza de Alarcos hasta sus cimientos y sobre éstos esparcieron sal.

Capítulo V

POCOS días antes de la batalla de Alarcos llegaron a Toledo aquellos primeros ochocientos hombres de las tropas de refuerzo aragonesas que Don Pedro había prometido. Su comandante se hizo anunciar a la reina. Era Gutierre de Castro.

Sí, Castro había exigido ser el primero en ser enviado a Toledo. Los Castro, dijo para fundamentar su petición, habían tenido parte preponderante en la conquista de Toledo, de lo que era testigo todavía en el día de hoy su castillo en esa ciudad, y también quería participar en la conquista de Córdoba y Sevilla. El dubitativo Don Pedro no había podido negar a aquel vasallo tan poderoso un ruego tan apremiante. Así pues, se hallaba en Toledo con sus mejores ochocientos hombres y presentaba sus respetos a Doña Leonor.

Ella se sintió profunda y felizmente sorprendida. Con un respeto casi supersticioso pensó en su sabía madre, que había negado a Castro su castillo para espolearlo y atraerlo. Lo saludó radiante, con gran amabilidad:

—Me alegro de que entre nuestros amigos aragoneses seas tú, Don Gutierre, quien llegue a Toledo.

Don Gutierre, vestido con su armadura, estaba ante ella en posición, como lo prescribía una vieja costumbre: las piernas abiertas, ambas manos colocadas sobre la empuñadura de su espada. Aquel vigoroso caballero se ufanaba de ser descendiente de aquellos príncipes godos que, cuando los musulmanes dominaban toda la Península, habían defendido su independencia en las montañas de Asturias y de Cantabria. Sobre sus inusualmente anchas espaldas reposaba aquel cráneo redondo como el que tenían muchos de los habitantes de aquellas montañas, la nariz chata y los ojos hundidos. Así estaba allí de pie y miraba hacia abajo, hacia la reina, que estaba sentada. La miraba descaradamente a la cara, pensando qué podían significar sus palabras.

—Espero —continuó Doña Leonor— que la decisión que tomaron los reyes en tu querella con Castilla te haya satisfecho.

Tenía la mirada levantada hacia él, se examinaron uno a otro con los ojos durante tanto rato que casi era incorrecto.

Finalmente, sopesando las palabras, dijo Don Gutierre, con su voz ligeramente chillona:

—Mi hermano Fernán de Castro fue un gran caballero y un héroe, me sentía profundamente unido a él. Ninguna indemnización puede sustituirlo, y por supuesto no puede sustituirlo para mí el dinero que se me pagó. Cuando tomé la cruz, juré arrancar de mi corazón todo el odio y quiero mantener mi juramento. Quiero obedecer al rey de Castilla siguiendo el encargo de mi señor de Aragón. Pero te lo digo abiertamente, señora, no me resulta fácil. Me mortifica saber que se encuentra entre los primeros servidores de Don Alfonso un hombre que no es digno de la saliva que querría escupirle a la cara y que se pavonea en el castillo de mis antepasados.

Doña Leonor con sus verdes ojos siempre fijos en él, repuso con dulzura, disculpándose.

—Los reyes deliberaron muy seriamente antes de decidir permitir a ese hombre seguir en el castillo —y le explicó—: En la actualidad, noble Don Gutierre, las guerras ya no pueden conducirse como en tiempos de nuestros antepasados. Una guerra requiere mucho dinero, y conseguirlo muchas astucias, a veces una malvada astucia, y el hombre del que tú hablas posee esa astucia. Créeme, mi querido y noble Don Gutierre, comprendo tus sentimientos, los comparto. Entiendo que te ofenda que ese hombre ocupe tu castillo.

Contempló sus atentos y expectantes ojos. «Ahora pongo la presa ante los ojos del halcón», pensó ella, y despacio, concluyó:

—Cuando esta guerra se encuentre realmente en pleno apogeo, ese hombre y sus astucias apenas si seguirán siendo necesarios.

Él preguntó cuál era su misión.

—De momento, será bueno —dijo ella— que te quedes con tus gentes aquí en Toledo, informaré al rey de tu llegada y solicitaré sus indicaciones. Mientras de mí dependa, te quedarás aquí. La ciudad ha sido despojada de las tropas, y me tranquilizaría saber que se hallan aquí hombres buenos en los que confío.

Don Gutierre se inclinó más profundamente de lo que acostumbraba.

—Te agradezco, señora, tus condescendientes palabras —dijo.

Se despidió lleno de respeto y de muy buen ánimo. Esta Doña Leonor era realmente una gran reina.

Triunfalmente, cabalgó por las estrechas y empinadas callejuelas de Toledo, un honorable huésped y héroe en la ciudad de la que había sido expulsado, y con frecuencia en aquella calurosa semana de verano, con los ojos llenos de odio y de esperanza, cabalgó por delante del castillo de Castro.

Llegó el día en que ya a primeras horas de la mañana sonaron todas las campanas en Toledo, el día de la gran batalla. Y llegó la noche, y ya esa misma noche corrieron sombríos e inquietantes rumores de que la batalla se había perdido. Y llegó la mañana

siguiente y con ella los horrorizados fugitivos del sur; cada vez en mayor número; y de las zonas de Toledo que se encontraban en el exterior de sus muros las gentes se apresuraban a penetrar en la ciudad abarrotada, mientras se amontonaban las espantosas noticias. El maestre de la orden de Calatrava había muerto, el arzobispo estaba gravemente herido, habían muerto ocho mil caballeros de Calatrava y otros más de diez mil caballeros e incontables soldados de a pie.

Doña Leonor se mantuvo tranquila. Los rumores eran absurdos. No podía ser. No debía ser. No había imaginado así la derrota.

Don Rodrigue, el único de entre los consejeros reales que había permanecido en Toledo, se presentó ante ella, el enjuto rostro atormentado por el dolor y la ira. Ella se esforzó en recibirlo con actitud relajada.

—Me han informado —dijo— de que el rey, nuestro señor en la batalla que emprendió desde la fortaleza de Alarcos, ha sufrido graves pérdidas. ¿Tienes noticias más exactas, reverendo?

—¡Despierta, señora! —gritó Rodrigue iracundo—. Don Alfonso ha perdido una gran batalla. La batalla estaba perdida antes de que comenzara. Lo mejor de los caballeros castellanos ha muerto. El gran maestre de Calatrava está muerto, el arzobispo de Toledo está gravemente herido, la gran mayoría de los barones y caballeros yacen muertos en el Campo de los Arroyos. Todo aquello que los reyes cristianos de esta Península conquistaron a lo largo de cien años con un mar de sudor y de sangre se ha perdido en un solo día por culpa de la frivolidad de un ánimo caballeresco.

La reina empalideció. De golpe se dio cuenta: ésa era la verdad. Pero no quería reconocerlo delante del canónigo. Mantuvo su actitud principesca.

—Estás hablando sin respeto, Don Rodrigue —lo corrigió—. Pero comprendo tu preocupación y no quiero discutir contigo. Mejor, dime: ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer?

Rodrigue dijo:

—Los estrategas suponen que Don Alfonso podrá defender Calatrava durante un breve espacio de tiempo. Dedícate durante este tiempo, señora, a preparar Toledo para el asedio. Eres inteligente y experta en asuntos de administración. Mantén la ciudad tranquila. Está desbordante de fugitivos y de desesperados. Quieren destruirlo todo a su alrededor, quieren matar. Amenazan a los árabes cristianos. Amenazan a los judíos.

En lo más profundo de su ser Doña Leonor había estado esperando escuchar algo parecido, quizás lo había estado deseando:

—Haré lo que pueda para mantener Toledo tranquila.

Don Efraim, el *Párnas* de la aljama, estaba terriblemente preocupado. La victoria de Alarcos abría al califa los caminos de la Península. Toledo caería en manos de los musulmanes que habían expulsado a los judíos de Córdoba y Sevilla. Desde los tiempos de los reyes godos no había caído una desgracia tan grande sobre los judíos de Sefarad.

Y ¿qué traería el futuro más inmediato? Terribles rumores corrían por Toledo. Nadie, decían, habría podido derrotar al brillante ejército cristiano si no hubiera habido trucos y traición de por medio. El judío, el amigo del emir de Sevilla, había conspirado con los musulmanes, les había informado de los planes de guerra cristianos, de la fuerza de cada una de las secciones del ejército, de sus posiciones. El rey no había conseguido librarse de los lazos de la judía, que era una enviada del diablo, y ahora el castigo del cielo había caído sobre él y sobre el reino.

En la judería se hacinaban las gentes más estrechamente de lo que era habitual. Los judíos que vivían fuera de ella se apresuraban a cobijarse bajo la protección de sus firmes murallas. En la aljama reinaba un miedo espantoso.

Don Efraim rogó a la reina que atendiera sus ruegos. Habían sido convocados todos los ciudadanos capaces de sostener un arma para defender la ciudad. Don Efraim rogó que se autorizara a la aljama a conservar los quinientos hombres que todavía tenía para la defensa de la judería. El elevado número de soldados judíos que habían caído en la batalla de Alarcos, siguió hablando, demostraba la disponibilidad de los judíos de Toledo de ofrecer su vida por el rey. Pero, ahora, la aljama se veía amenazada por aquellos que se habían dejado azuzar por rumores sin sentido y necesitaba urgentemente a sus hombres y a sus armas.

Tras la alta frente de Doña Leonor sus pensamientos galopaban. ¡Aquel día único y tan deseado había llegado! Ahora lo más importante era actuar con precaución, insinuar pero no delatarse.

El pueblo de Toledo, contestó, veía en el desventurado resultado de la batalla un castigo de Dios y buscaba a los culpables. Nadie sospechaba de los hombres de la aljama, que eran conocidos como fieles amigos del rey. Pero nada se sabía de los extranjeros, de aquellos fugitivos francos que el rey, nuestro señor, con exagerada bondad, había autorizado entrar en el reino, y se miraba con malos ojos al hombre que le había dado tan mal consejo, al Escribano Don Jehuda Ibn Esra. Además, Don Jehuda, a pesar de todos sus méritos, era un señor orgulloso, por no decir arrogante, y su pompa, en la presente Guerra Santa, estimulaba la ira de muchos ciudadanos sencillos. Un hombre tan inteligente como el presidente de la aljama debía comprender esto.

Al *Párnas* le enojó que la reina renegara del hombre que ella misma había hecho llamar y que había traído tantas bendiciones sobre el reino.

—¿Nos aconsejas, señora —preguntó precavido—, que reneguemos de Don Jehuda Ibn Esra?

—No, Don Efraim —contestó rápidamente Doña Leonor—, sólo intento averiguar contra quién, de entre los judíos, va dirigido el descontento del pueblo.

—Perdona, señora, que te moleste insistiendo con mis preguntas —insistió Don Efraim—, pero no quisiera entender mal a Vuestra Majestad en este importante asunto. ¿Eres de la opinión de que debemos apartarnos de Don Jehuda?

La reina propuso, con frialdad y sin comprometerse:

—Vuestro peligro me parece poco considerable, y si no fuera por Don Jehuda no habría ni la sombra de ese peligro.

Y tras un silencio algo penoso, con ligera impaciencia, concluyó:

—Sea como sea, Don Efraim, utiliza a tus hombres capaces de manejar armas para proteger la judería o para proteger Toledo, lo dejo a tu buen criterio.

Efraim se inclinó profundamente y se fue.

Se fue a casa de Jehuda.

—Siento mucho, Don Jehuda —comenzó—, encontrarte todavía en el castillo Ibn Esra. Difícilmente podría encontrarse otro lugar que en el día de hoy proporcione menos protección que éste.

«Quieren tenerme fuera de los muros de la ciudad —pensó amargamente Jehuda—, quieren librarse de mí», y, con irónica amabilidad y cortesía, repuso:

—Desde que recibí tus primeras y bienintencionadas advertencias, he pensado varias veces si no debería marcharme del reino con mi hija y con mi amigo Musa. Pero el rey nuestro señor me haría perseguir. ¿No eres de la misma opinión, Don Efraim? No veo cómo podría cruzar el inmenso territorio de la cristiandad y llegar a ponerme a salvo en las tierras del sultán. Debéis perdonarme, tú y la aljama, mi presencia en Toledo.

Efraim dijo:

—La judería tiene buenos muros y quinientos hombres jóvenes capaces de sostener las armas para defenderla. En estos momentos me parece el lugar más seguro para ti, Don Jehuda.

Jehuda ocultó su sorpresa; reconoció de inmediato la tremenda generosidad de esta oferta.

—Perdona mi necia acritud —dijo con desacostumbrada calidez—, no he encontrado durante mi vida muchos amigos, no habría esperado tanta humanidad.

Nervioso, aquel que normalmente tenía tanto dominio sobre sí, iba de un lado para otro. Se detuvo ante Efraim, empezó a presentarle objeciones y hablaba ahora en hebreo:

—Pero ¿has pensado también, mi señor y maestro Efraim, cuánta de su seguridad pierde la judería si me ofreces refugio?

Efraim contestó:

—Nada más lejos de nuestra intención que cerrar nuestras puertas en días de aflicción a un hombre que nos ha manifestado tanta bondad.

Jehuda, lleno de sentimientos contradictorios, preguntó:

—¿Incluye esta invitación también a Doña Raquel?

Efraim, tras una breve duda, repuso:

—Es válida también para tu hija. —Dijo apremiante—: ¡Se trata de tu vida, Don Jehuda! Eres inteligente y lo sabes tan bien como yo, quizás deberemos pagar con sangre tu salvación; tú mismo lo has dicho, y no voy a contradecirte. Pero estamos convencidos de que el sacrificio será agradable a Dios. Te has confesado libremente a favor nuestro aun a costa de un gran precio. Te ruego que no permitas que tu orgullo prevalezca en estas horas. Danos la oportunidad de corresponderte.

Don Jehuda dijo:

—Sois gentes dispuestas al sacrificio, y me siento tentado a aceptar vuestra invitación, porque mi corazón está lleno de temor, pero hay algo que me detiene. Podría engañarme y engañarte diciéndote que no quiero poneros en peligro; pero no es éste el motivo. Tampoco mi orgullo es la causa, por favor; créeme. Es algo más profundo. Mira, en el último momento, este rey me obligó a poner mi sello junto al suyo al final de aquella insolente carta al califa, y entonces tuve que reconocer que mi destino está ligado estrechamente con el de este rey de Edom. He practicado un juego temerario, pero no quiero huir el día en el que se me van a pedir cuentas.

—Piénsalo de nuevo —le aconsejó Efraim—. No te apartas de Adonai si te mezclas con su pueblo, al que has servido con sacrificios. Es tarde, Don Jehuda. Mañana quizás ya no habrá tiempo para abandonar esta casa. Toma a tu hija y ven.

Jehuda dijo:

—Eres un hombre valeroso y lleno de bondad, Don Efraim, te estoy agradecido, Dios aumente tus fuerzas. Pero no puedo decidirme ahora. Sé que se acaba el tiempo, pero no puedo seguir tan sólo los impulsos de mi propio corazón, no puedo irme ahora contigo.

Efraim, profundamente afligido, añadió:

—Te mandaré más tarde a un mensajero, y espero que lo hayas pensado mejor y vengáis con nosotros, tú y tu hija. Que el Todopoderoso guíe tu corazón a la decisión

correcta.

Jehuda, sobreponiéndose, dijo:

—Antes de que te vayas, mi señor y maestro Efraim, permíteme todavía un ruego. Mi nieto se halla a salvo, pero no sé durante cuánto tiempo su seguridad estará garantizada, ni siquiera sé con exactitud dónde está el niño ahora, el único que lo sabe es Ibn Omar, a quien ya conoces. Cuando todo se haya tranquilizado, hazlo buscar. Ibn Omar es un hombre juicioso, sabe de mis propósitos y de mi voluntad, él te ayudará. El rey de Edom quiere nombrar a su hijo, a mi nieto, conde de Olmedo, procura que el muchacho esté a salvo de él, procura que no se convierta en un mesumad. No permitas que el muchacho sepa quién es su padre, protégelo de Edom y de la fe de Edom.

—Eso haré, Don Jehuda —le prometió Efraim—, y cuando llegue el momento oportuno le haré saber al muchacho que es un Ibn Esra.

Se abrigó para marcharse.

—El Señor esté contigo, Don Jehuda, te tengo mucho aprecio, si alguna vez vuelven a darse disputas entre nosotros, piensa en este momento y yo también pensaré en él, y si no volvemos a vernos, sabe que muchos miles de personas de tu pueblo bendecirán tu memoria. La paz sea contigo, Jehuda.

—Contigo sea la paz —dijo Jehuda.

Jehuda, una vez que Efraim se hubo marchado, se quedó sentado durante mucho rato, experimentando una gran sensación de vacío. No lamentaba haber rechazado la oferta de Efraim, era un hombre valiente, había visto morir a muchas personas y sabía con exactitud qué era la muerte. Conocía la palabra árabe que servia para designar a la muerte y que la describía como la Destructora de Todas las Cosas, y que ese nombre era mucho más que unas palabras vacías, y no se avergonzaba de temblar cuando pensaba en el negro vacío en el que caería.

Para él era un alivio que Efraim no considerara su respuesta como definitiva. Una y otra vez se le ocurrían nuevas reflexiones.

¿No arrastraba a su hija en su caída? Debía preguntarle a ella antes de elegir definitivamente. Se sometería a la decisión de ella.

Con sombrías palabras habló de la muerte que ahora en Toledo alargaba sus manos por todas partes hacia ellos, y de la oferta de Efraim de acogerlos en la seguridad de la judería.

Raquel había sabido de la derrota de Alfonso, y sólo ahora, mientras su padre hablaba, reconoció todo su terrible alcance. Sintió un miedo horrible por ella y por su padre, pero todavía sentía más compasión por Alfonso. Ese hombre, ese rey que no era más que resplandor y victoria, ¿podría soportar aquella derrota? Y mientras pensaba burlona y con ternura que ahora el pobrecillo desventurado no podría mostrarle su

Sevilla, veía ante sí su rostro obcecado, furioso, lleno de una pasión devoradora. Y al mismo tiempo sentía en ella un inmenso gozo: ahora, pronto, muy pronto, estaría de regreso en La Galiana. «Él me lo prometió. Y ya no estará rodeado de corazas y hierro, y mis palabras penetrarán en su pecho».

Sin dudarlo, en cuanto Jehuda terminó de hablar, contestó:

—No me está permitido ir a la judería, padre mío. Don Alfonso me ha ordenado esperar su regreso en La Galiana.

Afectó a Jehuda en lo más profundo de su corazón que ella no pensara en otra cosa que en el deseo de Don Alfonso. Dijo:

—Puesto que ésta es tu voluntad, hija mía, tampoco yo iré a la judería.

Pero, sin embargo, no hablaba con su acostumbrada decisión sino que más bien miraba su tranquilo rostro con mirada escrutadora. Todavía quedaba en él una pequeña esperanza, ella rectificaría: «No, padre mío, no quiero que seas destruido, quiero que vivas. Te seguiré, decidas lo que decidas». Pero no dijo nada, y él pensó amargamente: «Yo mismo la entregué a ese hombre. Yo mismo la he empujado a ese hombre. No debo lamentarme si ahora ella me deja morir antes de actuar en contra del deseo de ese hombre».

De pronto, radiante, ella le rogó:

—Ven a mi casa, padre mío. Vente conmigo a La Galiana.

Él intuyó lo que ella pensaba, su vivo rostro se lo hizo saber.

Ella había comprendido en qué peligro se encontraban ambos, pero, a pesar de todo, creía que en La Galiana se hallarían a salvo; de no ser así, Alfonso no le habría ordenado esperar allí. Él, Jehuda, lo sabía: era un sueño y un absurdo. Él lo sabía: Raquel lo ponía en peligro a él, y él a ella; ninguno podía ayudar al otro. Pero era una idea consoladora, estar juntos en la última hora, y él no destruyó sus sueños. Accedió a trasladarse a La Galiana junto a ella.

Animó a Musa a acompañarlo. Éste encontraba comprensible que Raquel se quedara en La Galiana, y también que Jehuda quisiera acompañar a su hija, pero para él mismo, dijo, no tenía ningún sentido, en una situación así, cambiar de lugar.

—Déjame aquí entre nuestros libros —le rogó—, sería injusto dejarlos aquí sin protección. Quizás sería bueno —reflexionó y se animó— llevar algunos de los manuscritos más valiosos a la judería. ¡Es una suerte que el *Sefer Hillali* ya está allí!

Jehuda y Musa, después de cenar temprano, permanecieron sentados juntos hablando y bebiendo. A su alrededor flotaba el aroma de los muchos años que habían pasado juntos. Hablaron de las tribulaciones con la objetividad de hombres experimentados. Hablaron con ligera y burlona reverencia de la muerte.

Musa se hallaba de pie ante su pupitre, trazaba círculos y arabescos, y decía:

—No son las estrellas de Alfonso las que nos han puesto en una situación tan penosa: es su modo de ser, es su caballería. La caballería y la peste son las peores plagas con las que Dios azota a sus criaturas.

Jehuda no pudo contenerse, tenía que contarle a su amigo con qué calor Don Efraim había alabado sus servicios.

—Al final, también los judíos han reconocido —dijo él modestamente orgulloso— que no era el deseo de honores, riquezas y esplendor lo que me hizo ayudarlos.

Musa, bondadosamente, añadió:

—Yo lo he visto y sé que con frecuencia no sólo has actuado por ambición de honores, sino también por la grandeza de tu corazón.

Con su modo de hablar, amistoso y didáctico, le explicó:

—Según Hipócrates, al igual que las enfermedades, también las acciones de los hombres tienen pocas veces un solo motivo, sino que más bien cada actuación individual tiene un gran número de raíces.

Jehuda repuso sonriendo:

—Querido amigo Musa, desde luego no eres pródigo en alabanzas.

Su conversación se fue espaciando. Aquellos de cuyas bocas las palabras fluían con tanta facilidad se iban quedando sin palabras a medida que se acercaba el momento en que Jehuda debía partir Cuando se dispuso a marcharse, se callaron por completo y sólo se estrecharon las manos.

Pero después, inesperada y torpemente, Musa abrazó a Jehuda. Nunca había hecho algo así. Y cuando Jehuda hubo partido se quedó durante mucho rato todavía en el mismo lugar con los brazos caídos y los ojos fijos en el suelo.

Cuando Jehuda despertó a la mañana siguiente en La Galiana, por un instante no supo dónde se encontraba. Después vio dónde estaba y la amenaza que se cernía sobre aquella casa, pero ya no sentía temor; sentía en él una gran paz, sentía aquella entrega en manos del destino que Musa había ensalzado con tanta frecuencia. Cerró los ojos y yació todavía por un tiempo. Desde el patio llegaban los trinos de los pájaros, un par de rayos de sol llegaban a su rostro cruzando las ranuras de los postigos de las ventanas. Permaneció echado, se solazaba en el silencio. Hasta el momento, siempre había creído que no debía dejar de calcular y planear, en su provecho y en el de los demás. Ahora, finalmente, por primera vez, aquel hombre, allí tumbado, sintió lo que era la paz, la sintió en todos sus miembros, se deleitó en ella.

Se levantó, se bañó, se arregló despacio, cuidadosamente. Sin hacer ruido, recorrió la casa y el jardín. Percibió las inscripciones hebreas y árabes en las paredes. Se dio

cuenta de que alguien había roto el cristal de la mezuzah y había cubierto las cisternas del rabí Chanan. Por un momento, sintió en él unos celos salvajes e iracundos, pero de inmediato sacudió la cabeza sorprendido de sí mismo, y de su mal humor surgió la alegría ante la certeza de que, en los días que todavía quedaban, Raquel le pertenecería a él y no al otro.

Sé sentó al borde del pequeño estanque, medio echado, tal y como se había sentado hacía tiempo en los escalones de la fuente. Disfrutó el hecho de no tener que pensar en el futuro, de no tener que tomar ninguna decisión más. Sopesó lo que había sucedido, y en su recuerdo todo era bueno, tanto lo alegre como lo desagradable. Pensó en los ojos piadosos, fanáticos y llenos de desprecio del rabí Tobia, y su recuerdo no lo enojó ni lo avergonzó.

También pensó en su hijo Alazar. Hasta el momento, con voluntad de hierro, no había permitido que su recuerdo aflorara a la consciencia. Con rostro impasible, había escuchado la noticia de que el escudero del rey había muerto en la batalla de Alarcos. No preguntó nada más, para él el muchacho había muerto hacía tiempo. Ahora, sentado al borde del estanque de La Galiana, pensó en el hijo con tristeza y sin rencor.

Un criado vino a llamarlo para que fuera a reunirse con Raquel. Desayunaron en medio de una conversación agradable y fluida. Con ninguna palabra hicieron alusión a su peligro. Los desórdenes de la ciudad de Toledo no habían llegado hasta La Galiana. La casa y el jardín estaban bien cuidados, las comidas se preparaban con una gran riqueza de surtido, los silenciosos criados esperaban órdenes.

Pocas horas después se sintieron como si hubieran vivido allí juntos durante semanas. Paseaban por el jardín o disfrutaban del frescor de la casa, se buscaban el uno al otro y se dejaban de nuevo solos.

Todavía les quedaban tres días de vida pero ellos no lo sabían.

Vieron cómo el reloj de sol marcaba las horas, cómo avanzaban los indicadores de las sombras, y, en lo más profundo de su interior, Jehuda sabía: eran sus últimas horas las que se estaban contando; pero esta certeza no quebrantó su profunda paz.

Raquel, por su parte, había reflexionado mucho y a fondo sobre aquella conversación que había tenido con su padre, y sabía la amenaza que se cernía sobre ella. Pero no la creía posible. Alfonso había dicho: «Espérame». Alfonso vendría. No podía ser que la muerte, la Destructora de Todas las Cosas, la tocara antes de que Alfonso viniera. Subió al mirador desde donde ella podía ver el camino que descendía desde Toledo. Esperaba ardientemente y llena de confianza.

El segundo día, poniendo en peligro su vida, acudió Don Benjamín a La Galiana como mensajero de Don Efraim. Con palabras ardientes intentó convencer a Jehuda y a Raquel para que se refugiaran bajo la sólida protección de la judería. A Jehuda lo

atormentaba y a la vez lo llenaba de felicidad ser tentado por última vez. Pero Raquel dijo con dulzura y seguridad:

—Don Alfonso me ordenó quedarme aquí. Me quedo. Tú, mi buen amigo Don Benjamín, me comprenderás.

Benjamín, por dolorosas que le resultaron las palabras de ella, la comprendió. Su alma seguía ligada a aquel caballero, al rey de Edom, al hombre de la guerra. El sufrimiento que su heroísmo desconsiderado e inconsciente había traído sobre la Península no enturbiaba la magnificencia que tenía a los ojos de ella. Raquel seguía amándolo, seguía creyendo en él, rechazaba la huida a la judería porque él le había dedicado soberanamente unas cuantas palabras amables. Más que eso: de pronto le pareció impensable ver a Doña Raquel, a aquella Raquel que él veía en pie ante él, dulce y orgullosa, entre las gentes que llenaban la judería. La envidia, la maldad, la involuntaria admiración, la maledicencia, la curiosidad, la envolverían y la ensuciarían. No, era impensable verla en medio de toda aquella inmundicia insignificante:

—No voy a seguir insistiendo para convencerte, Doña Raquel, y tampoco a ti, Don Jehuda, pero dejad que me quede aquí hasta la noche. Entonces regresaré sin vosotros.

Se quedó y demostró ser un invitado discreto y comprensivo. Se daba cuenta de cuándo Jehuda quería estar a solas con Raquel, y en el momento oportuno se hallaba de nuevo presente. Tan pronto estaban los tres juntos, tan pronto se encontraba Jehuda con Raquel en sus habitaciones, tan pronto recorría Benjamín con ella los caminos de grava del jardín.

Raquel hablaba poco, pero su silencio le pareció a Benjamín más elocuente que las palabras. Intentó dibujarla. Renunció a ello. Era una temeridad querer concurrir con Dios que la había creado. ¿Quién podía siquiera pensar, aunque se tratara del maestro de los maestros, en reproducir la armonía interior de Raquel, la profunda armonía de su figura, de su rostro, de sus movimientos? En ella se hacían realidad las enseñanzas de Platón: «La belleza no es superior a otros conceptos, pero brilla ante los ojos, el más diáfano de nuestros sentidos, con mayor claridad que todas las demás imágenes a causa de su corporeidad». Raquel era una alegoría, una alegoría de aquello que llena a los seres humanos de felicidad y los ensalza. Cualquiera, tan sólo con verla pasar, debía sentirse obligado a ser mejor. Ese rey burdo y caballeresco era el único que no se había vuelto mejor gracias a ella, y por ese mismo motivo el único al que Benjamín durante aquel día odiaba. Sentía dolorosamente cómo Raquel seguía esperando humanizar a aquel hombre desnaturalizado, y él la amaba todavía más por aquella fe suya infantil e indestructible.

A última hora de la tarde Jehuda y Benjamín se encontraban sentados al borde del estanque. Hacía mucho calor, pero allí el sofoco parecía menos opresor. Refrescaban los pies en el agua y disfrutaban de su frescor. Pero esto sucedía el segundo de los últimos días que precedían a la muerte de Jehuda, y Jehuda le rogó:

—Dime, mi joven Don Benjamín, experto en las Escrituras y en muchos otros saberes: ¿Qué piensan tus maestros y qué piensas tú acerca de la vida tras la muerte?

Don Benjamín contempló cómo los mosquitos bailaban por encima del estanque, vio caer una hoja al agua, flotar, temblar un poco. Pensó su respuesta. Dijo:

—Nuestro señor y maestro Mose Ben Maimón nos enseña: «Sólo tiene cabida en la inmortalidad la parte cognoscible del hombre. Sólo el saber conquistado sobrevive al cuerpo, sólo aquella pequeña y más noble parte del alma humana que se ha esforzado honestamente y con éxito en la búsqueda de la verdad». Esto enseña Mose Ben Maimón.

Guardó silencio durante un rato, y después añadió:

—Pero en el Talmud se dice: «Por amor a la paz debe incluso sacrificarse la verdad».

Cayó la noche. Benjamín aplazaba la despedida. Pero la luna, delgada y pálida, se iba tiñendo de color y tenía que irse.

Jehuda y Raquel lo acompañaron hasta el portón.

—La paz sea con vosotros —dijo—. En la curva del camino ligeramente ascendente se volvió. En la apagada luz brillaba la inscripción Alafia, prosperidad, bendición. Jehuda y Raquel ya no estaban allí.

Cada vez se hacía mayor el ansia del pueblo de Toledo de vengar la derrota de Alarcos en los culpables. Fueron pocos los que se libraron de aquel afán santo y violento del que se hallaba impregnado el ambiente. Allí donde los judíos se dejaban ver, fuera de los sólidos muros de la judería, fueron maltratados, muchos fueron muertos. También algunos de los árabes cristianos fueron tratados con dureza. Sé hacían necesarias fuertes medidas de protección.

La reina llamó a su presencia a Don Gutierre de Castro.

Tenía reparos, le manifestó dulce y astuta, en seguir confiando la seguridad de los muchos súbditos amenazados a los oficiales castellanos, ya que éstos estaban irritados por la pérdida de hermanos e hijos y no se sentían inclinados a defender a gentes cuyo pueblo era considerado injustamente como culpable de la desgracia; por ese motivo, un aragonés sería más adecuado para impedir las revueltas en la ciudad.

—Hazme este servicio, Don Gutierre —le pidió. Lo miró con sus ojos verdes directamente a la cara y jugó con las cintas de su guante.

—Sé —continuó— que no es una tarea fácil y que quizás no será posible proteger, entre tantos miles, a todos y a cada uno de ellos. Puedo imaginarme casos en los que será mejor entregar a uno de ellos en beneficio de los miles restantes.

Castro, reflexionó. Después, a su manera pausada, contestó:

—Creo que te entiendo, señora. Haré todo cuanto pueda para mostrarme digno de tu confianza.

Se inclinó profunda y respetuosamente y tomó, casi con ternura, el guante.

Apenas había Castro dejado a la reina, cuando el canónigo se hizo anunciar Aquel iracundo disgusto que ya una vez había llevado a Don Rodrigue a la presencia de la reina no lo había abandonado. Veía con rabia y dolor cuán indefenso estaba él ante la desoladora locura que arrasaba la ciudad. Debía advertir y exhortar de nuevo a Doña Leonor.

Con palabras apremiantes le exigió que protegiera a los inocentes. Ella, con amable y principesco reproche, repuso:

—¿Crees realmente, mi muy honrado padre y amigo, que Dios ha colocado en el trono de Castilla a una incapaz tal que precisa de este tipo de advertencias? Lo que podía suceder, ha sucedido. No he exigido de la aljama ni un solo hombre para los muros de la ciudad, de modo que los judíos pueden utilizar toda su fuerte tropa de protección para defenderse. Además, como precaución, he confiado la protección de todos los amenazados al aragonés, para evitar que un caballero castellano se sienta inclinado a actuar con poco rigor o sea reacio a intervenir con prontitud contra los que provocan los disturbios. ¿Te parece que lo he hecho bien, Don Rodrigue?

El canónigo sabía que la ira de la gente de Toledo iba dirigida sobre todo contra Don Jehuda, y le hubiera gustado preguntar en concreto por él. Lo que más le habría gustado habría sido ir al castillo, y no sólo por la amistad que sentía por Jehuda. Cada vez de un modo más apremiante, sentía la necesidad de hablar con el sabio Musa de los desolados acontecimientos que tenían lugar por todas partes. Pero ¿no se había impuesto como sacrificio evitar el castillo en penitencia por esa debilidad humana que le estaba vedada? ¿Y si ahora se decía que estaba preocupado por Jehuda, no sería quizás sólo una excusa para poder ir al castillo? Si había alguien capaz de protegerse a sí mismo, era aquel hombre de mundo, Don Jehuda. Además, era impensable que un castellano atentara contra la vida y los bienes de un miembro del consejo de ministros del rey Ante los ojos principescos y algo burlones de Doña Leonor le pareció doblemente ridículo mostrar miedo por el Escribano. Dio las gracias a la reina por su prudencia y se fue.

Don Gutierre de Castro, dispuesto a cumplir su misión con diligencia y exactitud, se aseguró primero de la situación de los árabes cristianos. Vivían en sus barrios aparte, alrededor de sus tres iglesias. La mayoría de ellos eran gente sencilla. Apenas podía tentar a las masas deshacerse de ellos, se había desistido de hacerlo. Pero sus muros y puertas eran débiles; Castro colocó dos escuadrones en sus barrios. A continuación se convenció de la solidez de los muros y las puertas de la judería. Eran fuertes, las masas desordenadas difícilmente conseguirían entrar. A pesar de todo, Castro preguntó al *Párnas* si quería que les cediera alguno de sus hombres armados; Don Efraim los rechazó amablemente, agradecido.

El barrio judío a las puertas de la ciudad había sido desalojado; sólo se habían quedado un par de viejos y niños. En muchas de las casas vacías se habían instalado los fugitivos cristianos. Las casas en las que había quedado algo aprovechable habían sido saqueadas. En la sinagoga todo había sido destruido con rapidez y brevedad. Sobre el *almemor*, el estrado desde el cual se leían las Sagradas Escrituras el Sabbath, un bromista había colocado un muñeco, una figura burlona de un viejo judío; Castro se rió a carcajadas.

A pesar de lo poco que tenía que hacer, la misión que le había sido encomendada le parecía capciosa cuando se encontraba frente al castillo.

Acudía allí con frecuencia. Muchos acudían allí con asiduidad. Puesto que no podían penetrar en la judería y no valía la pena caer sobre los pocos y desgraciados sospechosos que quedaban fuera de los muros, a las gentes de Toledo les atraía cada vez con más fuerza descargar su santa ira castellana en la lujosa casa y caer sobre sus fabulosos tesoros. Había que reducir a escombros aquel castillo desvergonzadamente resplandeciente. Había que atrapar y destruir a aquel estafador y traidor que vivía en él como una araña negra, junto con su hija, la bruja, que había hechizado al rey. Ésta era una misión agradable a Dios y el consuelo adecuado para el corazón y el ánimo en estos tiempos de aflicción. Así pues, Castro, pasara cuando pasara por delante de la casa, encontraba a un montón de chusma que contemplaba sus muros con codicia y fascinación.

Despacio y con torpeza daban vueltas los pensamientos en la cabeza de Castro. ¿Era el judío suficientemente insolente como para seguir viviendo en la casa? El judío era un cobarde, pero, engreído por su cargo y jactancioso por naturaleza, era muy posible que todavía estuviera allí. La casa le pertenecía a él, a Castro, era el castillo de Castro. Sus antepasados lo habían conquistado hacía cien años a los musulmanes. Y seguía siendo como antes, la casa de los Castro, también Doña Leonor lo había dicho.

Cuando la guerra estuviera en su apogeo, había dicho ella, echarían al judío. Más en su apogeo que ahora difícilmente podía estar la guerra, y si la batalla se había perdido, había sido por culpa de las fechorías del judío, y era insoportable que éste siguiera solazándose insolentemente en el castillo. Todos los demás judíos, muchos miles, estaban amenazados por culpa de aquel sinvergüenza y traidor. No era que a él le dieran lástima, pero había aceptado la misión de protegerlos, y Doña Leonor le había ordenado expresamente que era mejor entregar a uno que poner en peligro a miles.

Cuando Castro pasaba por delante de la casa torcía el gesto como los otros y esperaba. Esperaban todos amenazadores. Ninguno quería ser el primero en levantar la mano contra la casa del poderoso Escribano.

Castro pasaba por delante de la casa cada vez con mayor frecuencia. El lugar lo atraía. Y siempre veía lo mismo: las gentes se reunían ante la casa, murmuraban sordamente, especulaban.

Pero una vez, ya desde lejos, oyó claros y furiosos gritos. Se apresuró. Y he aquí que varios, bastantes, golpeaban contra el enorme portón. También golpeaban con los poderosos mazos contra el hierro, cuyos golpes, en medio del griterío, resonaban violentos e imperiosos. Pero no apareció ningún portero. Finalmente, uno, subiéndose a los hombros de otro, trepó hasta arriba del muro. Rápidamente, entre el júbilo de muchos, llegó a lo alto. Desapareció en el interior. Y he aquí que ya se abría la portezuela del portón y en ella apareció el rostro sonriente y triunfal del intruso, y, con un ademán burlón y cortés, invitó a los demás a entrar:

Castro se hallaba allí y pensaba. Tenía a algunos de sus hombres con él, y sin mucho esfuerzo hubiera podido defender el portón y resistir hasta que hubieran llegado refuerzos. Pero ¿acaso su misión no consistía en entregar a uno y salvar a muchos? Se quedó allí sin intervenir y cada vez eran más los que entraban por la pequeña portezuela del portón de la casa. Finalmente los siguió al interior de la mansión. Los que gritaban se habían callado en cuanto llegaron al primer patio. No podía verse a ninguno de los habitantes de la casa, a ninguno de los numerosos criados, escribanos y empleados de la mansión. La gente avanzaba desconcertada a lo largo de los muros, abrieron titubeando un segundo portón que conducía al interior. Boquiabiertos, confusos, riendo neciamente, se encontraron en medio de aquel silencioso lujo. Se empujaban unos a otros para continuar.

Sin querer hicieron caer un jarrón, y otro más. Éste se rompió. Uno tomó una copa de una hornacina, un artístico cristal, y lo arrojó al suelo. No se rompió al caer sobre la gruesa alfombra. Aquel hombre, furioso ahora, apartó el recubrimiento y apareció el suelo empedrado, arrojó el cristal sobre el suelo de piedra y se rompió en añicos con mucho ruido. Asomó un criado asustado, un musulmán. Quiso decir algo, conciliador,

hacerlos entrar en razón, quizás también quería comunicarles que el señor de la casa no estaba allí. En el griterío general nadie lo escuchó, no querían oírle, lo golpearon en la boca, lo empujaron, primero con timidez y después con maldad. Allí quedó tumbado, sangrando, jadeando. La muchedumbre se alegró. Se volvió salvaje. Desgarró, golpeó, arrojó al suelo todo aquello que podía romperse y destruirse.

Castro miraba como perturbado. Ésta era su casa. La guerra estaba en su apogeo, y Doña Leonor había dicho que ésta era su casa. El judío que se había instalado en ella no parecía encontrarse allí. Quizás se había ocultado en un rincón, ya lo comprobarían. Ésta era su casa, la de Castro, por fin. Y era una casa muy rica. Era una casa blasfema y herética. ¡Cómo se había atrevido el judío! ¿En qué había convertido su buen castillo caballeresco y cristiano?

Castro, despacio, con enérgicos pasos, haciendo sonar los hierros de su armadura, cruzó la sala, subió al pequeño estrado y permaneció en la abertura de la barandilla que delimitaba el estrado. Aquel hombre fornido permaneció en pie en la postura que prescribía la vieja costumbre, con las piernas abiertas, ambas manos apoyadas sobre su espada, ancho de espaldas y corpulento. Con sus ojos hundidos, contempló con deleite a las masas que habían liberado su mansión; de la inmundicia con que el judío la había manchado.

Mientras tanto habían penetrado cada vez más en el interior de la casa; habían abierto del todo el gran portón principal. La enorme y silenciosa casa, sus salas y sus habitaciones más pequeñas, sus patios y sus cámaras se hallaban de golpe llenas de gentes que gritaban furiosas. Algunos se metieron en sus bolsillos aquello que les pareció valioso. Pero a la mayoría no les interesaba eso; su deseo los empujaba a destruir y a destrozar. Buscaban al judío, pero no se hallaba allí: el cobarde había huido. Sólo encontraron a un par de desdichados criados a los que poder dar una paliza. Pero, por lo menos, los bienes del judío estaban allí, aquellas cosas valiosas y extravagantes por cuya causa él había desvalijado y traicionado al reino. La ira de todos se dirigió hacia esas cosas. Desgarraron, rompieron, destruyeron, las hicieron pedazos, iracundos, apasionados, jubilosos.

Su furor se contagió a Castro. También en él sentía esa furia: ¡Todo aquello debía ser destruido! ¡Había que matar! ¡Todo aquello debía ser reducido a escombros! ¡Todo aquello tan delicado, lujoso, judío, propio de mujeres y herético! Y con la hoja de su espada se lanzó a golpear todo aquello frágil y hermoso, y gritó:

—¡*A lor! ¡A lor*! —y golpeó las inscripciones de las paredes hasta que se desprendieron las gráciles piedras de colores.

Un silencioso y delgado señor con vestiduras talares[1] se acercó a él y le tocó el brazo: era Don Rodrigue.

Normalmente, el canónigo prefería dar un rodeo a pasar por delante del castillo: temía la tentación. Pero hoy había oído el claro y violento griterío y había sentido miedo. Había visto el portón abierto de par en par, había visto cómo las muchedumbres se arrojaban en oleadas a su interior gritando furiosamente. Las había seguido. Las gentes habían abierto camino al sacerdote, y así había topado con aquel hombre bien armado que, aunque parecía ser un caballero, participaba de aquella acción reprobable.

Puesto que el hombre volvió a él un rostro violento e indignado, dijo:

—Soy Don Rodrigue, miembro del Consejo Real.

Castro se rió a carcajadas, provocador:

—Y yo, reverendo señor, soy Don Gutierre de Castro, cabeza de la estirpe de la cual recibe su nombre esta casa.

Rodrigue recordó las medidas de protección de la reina. Surgió en él una vaga sospecha.

—¿Permites que estos saqueen y destruyan? —preguntó.

—¿Deben andarse los buenos castellanos con cumplidos —preguntó a su vez Castro — cuando buscan a un traidor? Puesto que la flor de la caballería cristiana ha sido destruida, ¿qué importan un par de tapices judíos y rollos de pergamino?

Rodrigue preguntó:

—¿No eres tú quién ha recibido la orden de proteger a los amenazados?

Gutierre miró al sacerdote tranquilamente a la cara.

—Sí —contestó—, y podré devolverle a la reina el guante con la conciencia tranquila. He cumplido sus indicaciones al pie de la letra. He dejado que el pueblo desahogara su ira contra uno solo, el único culpable, y he protegido a la gran masa de aquéllos de los que se sospechaba injustamente.

Rodrigue, consternado, incrédulo, preguntó:

—¿Era esta tu misión?

—Ésta era la orden de la reina —dijo Gutierre.

Rodrigue, lleno de espanto, preguntó:

—¿Qué me dices de Don Jehuda? ¿Le ha sucedido algo al Escribano?

Castro se encogió de hombros expresivamente con desprecio.

—Aquí, por lo menos, no —contestó—. Al parecer el perro se ha escondido.

Rodrigue suspiró aliviado. Era tal y como él había sospechado: Don Jehuda se había puesto a salvo.

Hizo un esfuerzo.

—Eres un cruzado —dijo—, te conmino en nombre de la Iglesia a detener este vergonzoso atropello.

Castro miró a su alrededor y vio que no quedaba mucho que todavía pudiera ser destruido.

—Es propio de un sacerdote ser indulgente —dijo con benevolente desprecio, y ordenó a sus gentes que echaran a los intrusos de la casa. Y así se hizo.

Don Gutierre se despidió amablemente del canónigo, contempló una vez más la obra realizada y se fue, lleno de la feliz esperanza de volver a convertir ese lugar de herético lujo en el castillo de Castro.

Rodrigue se quedó en la desolada casa. Oyó cómo se iban los últimos, cómo se cerraba el portón con un sordo ruido. Casi con dolor sintió penetrar en él el repentino silencio. Se dejó caer sentándose en el suelo en medio de las ruinas y los añicos, agobiado por un pesado y doloroso cansancio. Se quedó así durante largo rato. Se levantó, vagó arrastrando los pies por las conocidas estancias. Desde todos los rincones lo contemplaban desgarrones, agujeros y escombros. Siguió recorriendo la desierta casa; se esforzó en andar sin hacer ruido, sin saber por qué. Escogió pedazos de cristales del suelo, trozos de muebles, telas, los contemplaba meneando la cabeza. Allí, sucio y desgarrado, yacía un libro. Lo recogió, intentó alisar las hojas, reunir las páginas arrancadas, leyó mecánicamente. Se trataba de la *Ética* de Aristóteles.

Llegó al vestíbulo circular de Musa. Aquí estaban los cojines sobre los que su amigo, con frecuencia, se recostaba cómodamente y charlaba con él, y ¿qué había sido de Musa? Allí había estado el pupitre junto al cual le gustaba tanto pronunciar por encima del hombro, sus inteligentes, indulgentes y burlonas frases. Estaba hecho astillas: alguien se había tomado la molestia de destruir con un hacha aquella madera dura y noble. De las policromas letras que formaban las sentencias en las paredes, muchas habían sido destruidas y se habían caído. Mecánicamente, fijó su vista sobre la frase: «No tiene el hombre ventaja sobre la bestia». Se dio cuenta de que de las palabras *Habehemah*, la bestia, habían saltado como consecuencia de los golpes las letras *bet* y *mem*, y que las tres letras habían permanecido fijas sorprendentemente.

Rodrigue volvió a sentarse en el suelo, cerró los ojos. Desde fuera llegaba el sonido del regular chapoteo de las fuentes.

¿Se engañaba o era cierto que podían oírse precavidos pasos en el jardín? No se engañaba. De golpe, ante él estaba el rostro amado, feo, inteligente y tan familiar de nuevo ligeramente burlón a pesar de cualquier clase de preocupación:

—Considero muy acertado —dijo la voz tranquila y carente de vigor de Musa— que después de tantos y ruidosos visitantes, sólo te hayas quedado tú, mi silencioso y venerable amigo.

El dichoso Rodrigue estaba tan conmovido que casi no pudo hablar. Tomó la mano del otro y le dio unos golpecitos.

—He llegado demasiado tarde —dijo finalmente—, tampoco habría sido lo suficientemente hábil como para detener el tumulto. ¡Pero estás vivo! —exclamó.

Musa jamás habría creído que la voz del otro pudiera sonar tan cálida. Rodrigue seguía sosteniendo la mano del amigo, se miraron uno al otro, sonrieron, se rieron.

Más tarde, el canónigo preguntó por Jehuda. Cuando Musa le comunicó que se encontraba junto con su hija en La Galiana, Rodrigue respiró aliviado.

—En casa del rey estará seguro —dijo—, pero a pesar de todo, como medida de precaución, acudiré hoy mismo a Doña Leonor y exigiré una fuerte guardia para La Galiana, y ahora, querido Musa —dijo desacostumbradamente autoritario—, vendrás conmigo y hasta que la ciudad se haya tranquilizado vivirás en mi casa.

—Debería haber acudido a ti antes —dijo Musa—, pero me dije: en estos tiempos, un viejo y herético musulmán no es ningún invitado cómodo.

—Perdona, mi sabio amigo —repuso Rodrigue—, ésta es la primera vez que he tenido que oírte exponer un argumento absurdo. Vamos —lo animó.

Pero Musa le rogó que esperara todavía un rato.

—Debo recoger todavía mi crónica y un par de libros —le explicó. Satisfecho por el triunfo de su astucia, le comunicó al otro que había hecho llevar los dos manuscritos más valiosos, el Avicena y aquel manuscrito ateniense de *La República* de Platón, a la judería. Después, arrastrando los pies, bajó al sótano y regresó con una amplia sonrisa de satisfacción en su rostro, llevando bajo el brazo el manuscrito de su crónica.

Aquellos que habían devastado el castillo dudaban en dispersarse. Se sentían decepcionados por no haber podido acabar con el traidor y la bruja. Llegaron hasta la judería y exigieron que les entregaran a Jehuda y a Raquel. Pero gentes fiables les dijeron que éstos no se hallaban en la judería.

La ira creció ante el pensamiento de que hubieran huido. Mientras aquellos dos todavía respiraran, brotaría de ellos el veneno y la desgracia; era simplemente deber de cada buen cristiano y castellano eliminarlos de la faz de la tierra. A ellos mismos, a los dos, Dios les había anunciado ya el castigo. ¿Acaso el hijo que la judía le había dado al rey nuestro señor —esto se sabía por el jardinero de La Galiana, un tal Belardo— no había desaparecido de un modo muy enigmático? Seguramente, Dios lo había arrebatado en castigo por sus graves pecados. ¿Y acaso no había pescado la judía hacía unos meses una calavera en el Tajo?

Uno dijo que aquel mismo jardinero, Belardo, había dado a entender que la bruja seguía viviendo en La Galiana como si nada hubiera sucedido; sí, y además había acogido a su padre. La mayoría no querían creer en tan satánica insolencia. Quizás

deberían acercarse a comprobarlo, propuso uno. La muchedumbre estaba perpleja, se sentía tentada. Pero dudaban: el castillo había sido la casa del judío, La Galiana era la casa del rey. Algunos dijeron que podían ir hasta La Galiana. Una vez allí ya verían. La propuesta tuvo aceptación.

Ya los primeros se ponían en camino bajando hacia el puente. Andaban sin prisa, muchos se les unían, pronto fueron cientos, quizás llegaran a mil.

Poco a poco, bajo el sofocante calor caminando lentamente, cruzaron la plaza principal, el Zocodover Algunos preguntaban qué iban a hacer unos se lo contaban, los otros reían aprobando divertidos. En la gran puerta principal de la ciudad los guardias preguntaron:

—¿Adónde vais?

Ellos contestaron:

—Queremos cerciorarnos de dónde están, los que ya sabéis.

También los guardias de la puerta se rieron. Desde lo alto de las torres del gran puente, los soldados preguntaron adónde iban, y cuando oyeron la respuesta también se rieron.

Así, aquel millar de personas siguieron bajando en medio del sofocante calor. Cada vez se unían más a ellos, ahora eran ya unos dos mil.

Castro oyó hablar de aquella marcha. Acompañado por algunos de sus hombres persiguió a caballo a la muchedumbre, la adelantó, se quedó atrás, la adelantó de nuevo y la dejó pasar delante otra vez. Despacio, sin mucha claridad, giraban sus pensamientos. «Debo proteger las propiedades del rey», reflexionó. Y seguía pensando: «Cuando el castigo de Dios está en marcha, ningún caballero cristiano debe oponerse», y añadía para sí: «Actuaré de acuerdo con mi misión. No protegeré al traidor y a la bruja poniendo en peligro a los cientos de miles de judíos de Toledo». Pero protegeré las propiedades del rey.

Jehuda y Raquel, una vez se hubo ido Don Benjamín, siguieron llevando su alegre y festiva vida. Se vestían cuidadosamente, permanecían largo tiempo sentados a la mesa, paseaban por el jardín cuando el sol se ponía, mantenían tranquilas conversaciones.

Fue el ama Sa’ad, con una expresión de horror en todo su grueso rostro, la primera que trajo la noticia de que los infieles, Alá los maldiga, se acercaban, ¡¿qué iban a hacer?! Jehuda dijo:

—Conservar la calma y someternos a la voluntad de Dios.

Se adentraron en la casa, hasta las estancias de Raquel, una habitación no muy grande con un estrado como correspondía a las habitaciones de una dama. Jehuda

llevaba colgado del cuello el pectoral, símbolo de su cargo. La habitación estaba en penumbra y el recubrimiento de fieltro en la pared le daba frescor. Allí se sentaron esperaron a los que se acercaban.

Éstos habían llegado ante los blancos muros que rodeaban la propiedad. En la portezuela de la entrada había un portero, y bordado en su jubón estaba el blasón del rey las tres torres. La muchedumbre dudó. No sabía qué hacer. Todos miraron a Castro. Éste avanzó con largos y pesados pasos, y dijo:

—Queremos cerciorarnos de algo. Eso es lo que queremos. No queremos dañar la propiedad del rey. Tengo conmigo a mi guardia para que nadie destroce la propiedad y para que ninguno pisotee los arriates del jardinero.

El portero estaba indeciso. Pero, mientras tanto, algunos habían trepado por el muro, que no era muy alto, empujaron a un lado al portero, sin violencia, y Castro cruzó el portón, tras él sus hombres armados, y tras ellos la muchedumbre.

La gente avanzaba empujándose, despacio, por los caminos de grava, admirando los jardines, acercándose al castillo. De pronto apareció Belardo. Llevaba el jubón y el gorro de cuero y la alabarda de su abuelo.

—¿El noble señor quiere hablar con Doña Raquel? —preguntó diligente—. Nuestra señora se encuentra en sus aposentos, en el estrado —parloteó—. ¿Está anunciado el noble señor? ¿Debo anunciarlo?

—Condúcenos hasta ella —dijo Castro.

Siguieron a Belardo al interior de la casa, Castro, sus soldados y algunos de los que formaban la muchedumbre, no muchos. Llegaron a los aposentos de Raquel. De golpe, el calor del jardín, la cegadora blancura de los muros, el polvo del camino que habían recorrido sudorosos y ruidosos, quedó a sus espaldas, estaban rodeados por el silencio de aquella estancia extraña, fresca y en penumbra. Se mantuvieron cerca de la entrada, decepcionados, ligeramente desconcertados.

El estrado en que se encontraban Don Jehuda y Raquel estaba separado del resto de la estancia por una barandilla baja, con una amplia abertura en el centro. Jehuda, cuando ellos llegaron, se levantó despacio. Allí estaba, con una mano ligeramente apoyada sobre la barandilla, contemplando a los intrusos, tranquilo, casi burlón, como le pareció a Castro. Raquel no se levantó. Permanecía sentada en su diván con la frente medio cubierta por el pequeño velo, y miraba también con ojos tranquilos a Castro y a los suyos. Procedente del patio se oía el ligero chapoteo del surtidor y muy lejos, amortiguado, desde el camino de grava llegaba el ruido de la multitud. Los que estaban fuera repetían constantemente lo mismo, pero no se podía entender qué decían. Castro sí lo entendió, sabía qué gritaban: ¡Dios lo quiere! ¡Matad! ¡Matad!

Jehuda vio los burdos rostros de los soldados y de su comandante, vio al jardinero Belardo, astuto, temeroso, servil y estúpido, e incluso en aquel rostro reconoció el ansia de matar. Intuyó lo que significaban los gritos de fuera, supo que no le quedaban muchos minutos de vida. El temor lo ahogó. Intentó alejarlo pensando. A cada uno le llega la Destructora de Todas las Cosas, y él mismo lo había querido así, que viniera a él aquí y ahora. Había cerrado su balance ya hacía días. Había hecho muchas cosas presuntuosas y otras buenas porque había querido llegar a ser más que los demás, y eso le había sido concedido: él era más que los demás. Vio las inscripciones a su alrededor que ensalzaban la paz. Durante años había garantizado la paz y el florecimiento en la Península. Incluso su muerte se convertiría en una bendición para algunos. Estos pobres asesinos pronto lamentarían lo que iban a hacer no se atreverían a tocar a los demás, moriría para bendición de sus fugitivos francos. Entonces, de nuevo, un férreo temor le estranguló los pensamientos, pero su rostro permaneció impasible, tranquilo, con una mueca ligeramente burlona.

También el rostro de Raquel permanecía sereno. Alfonso le había ordenado permanecer en La Galiana. Alfonso era aquí el señor ¿qué podía hacerle aquel hombre desconocido? Se obligó a no sentir ningún temor. Debía ser digna de Alfonso. Él querría que la mujer a la que amaba no sintiera ningún temor. Y él le había prometido venir. Permaneció inmóvil. Pero su cuerpo sintió la muerte que se aproximaba, y el miedo formó un nudo en su corazón.

Los intrusos seguían junto a las paredes y no sabían qué hacer. Durante medio minuto, durante una eternidad, nadie abrió la boca. Pero entonces, de pronto, Belardo exclamó:

—Señora, el noble señor no ha querido ser anunciado.

Y entonces, también, Castro habló:

—¿No te pones en pie judía cuando un caballero se presenta ante ti? —dijo con su voz áspera y chillona. Raquel no le contestó. De pronto se sintió asaltado por las dudas.

—¿O acaso eres cristiana? —preguntó. De ser así, no debería haber entrado allí por la fuerza. Pero Belardo lo tranquilizó.

—Nuestra señora Doña Raquel no es cristiana —dijo él.

Castro se sonrojó. Le enojaba haberse dejado engañar por su fingida nobleza. Raquel percibió su creciente ira, y de pronto fue como si tuviera ante ella al iracundo Alfonso, sí, era la ilimitada ira que fruncía el rostro de Alfonso. Pero inmediatamente se desvaneció y vio a aquel Alfonso que había luchado contra el toro, radiante, maravilloso. No debía ocasionar ninguna vergüenza a su Alfonso en esa hora decisiva. Cuando le contaran cómo aquel hombre depravado se había lanzado sobre ella, debían también poder decirle: Pero Raquel no sintió ningún temor.

Despacio, con un movimiento infantil, pero muy adecuado a una dama, se levantó. No se levantaba ante aquel caballero cruel, se levantaba ante la muerte.

¡Y he aquí que te levantas, Doña Raquel Ibn Esra, tú Hermosa, la Fermosa, procelaria de Satanás, manceba de Alfonso de Castilla, tú, de la estirpe de David, madre del Emmanuel. Tu rostro en forma de corazón es más sabio que antes, y aunque ahora tuviera el color del miedo, éste queda oculto por el color de tu piel de un tostado mate. Tus ojos, de un gris azulado, más grandes que nunca, miran a la lejanía, quizás a un escalofriante vacío, quizás hacia algo deseado luminoso y elevado!

Castro intentó ordenar sus ideas. Todo era muy distinto a como él había imaginado, y ésta era la casa del rey, y la mujer aunque fuera una judía, era la manceba del rey y le había dado un bastardo.

Pero entonces, finalmente, habló Don Jehuda. Serenamente, preguntó hablando en latín:

—¿Quién eres y qué deseas?

Castro miró al hombre, al judío que le había robado su casa y se había instalado en ella, y que tenía la culpa de la muerte de su hermano, y que llevaba sobre el pecho el pectoral con el escudo de Castilla, y que osaba hablarle a él cortésmente, altanero y en latín como si hablara de caballero a caballero. Se golpeó el pecho y contestó en una mezcla de aragonés y castellano:

—Yo soy Castro, judío, y con esto lo sabes todo.

Jehuda lo miró con un desprecio muy ligero, como acostumbraba a hacer en sus tiempos más orgullosos, y le dijo amablemente:

—Así me lo imaginaba.

Entonces apartó el rostro de Castro y lo olvidó de inmediato. Miró a su hija. Sumido en su contemplación, pensó en su nieto, el pequeño Emmanuel. Había perdido a Alazar; a esta hija suya tan amada la perdería dentro de pocos minutos, en el tiempo en que tardaría en respirar un par de veces moriría él también, pero el muchacho Emmanuel Ibn Esra vivía, inalcanzable para sus enemigos.

También Raquel pensó en su hijo. No había podido cambiar a Alfonso, pero lo que de bueno había en él seguía vivo. De un modo confuso y nuevo, sin palabras, volvió a ella la imagen del Mesías, vencedor sobre la fiera, el toro, y que traería la paz sobre la tierra. Y vio la mirada de su padre, y se la devolvió diciendo:

—Tuviste razón, padre mío, cuando salvaste a nuestro Emmanuel. Nuestro Emmanuel vivirá. Todo mi ser está lleno de agradecimiento hacia ti.

Una ola de ternura, de satisfacción, de orgullo, inundó a Jehuda, pero desapareció de inmediato. Y ahora de nuevo volvía a apresarle un helado temor. Todavía encontró

fuerzas para volverse en dirección a Oriente. Después inclinó la cabeza, no se rebeló por más tiempo, y esperó el golpe que iba a recibir: lo estaba deseando.

Castro no había entendido las palabras hebreas de Raquel, pero sintió que ella no tenía ningún temor ante él, aquella mujer se burlaba de él, y su rabia destruyó sus últimos reparos.

—¿Es que nadie quiere poner fin a esta gentuza? —gritó—. ¿Hemos venido hasta aquí para discutir con ellos?

Desenfundó su espada, pero la apartó de inmediato.

—No quiero manchar mi espada con la sangre de estos perros —dijo con enorme desprecio. Con precisión, con la parte plana de la vaina de su espada, hundió el cráneo de Jehuda.

Raquel había sabido durante todo el tiempo que tanto ella como su padre iban a morir. Su mente lo había sabido, su cuerpo lo había sabido, su rápida fantasía había recordado y reunido en una sola cien imágenes de la muerte sacadas de otros tantos cuentos, pero en lo más profundo de su ser no había creído que iba a morir. Ni siquiera teniendo a Castro ante ella había creído que iba a morir. Pero ahora se dio cuenta en lo más profundo de su ser que Alfonso no llegaría para salvarla, que en los próximos minutos moriría, y se sintió acometida por un horror más terrible que cualquier otra cosa. Se apagó, se convirtió en una envoltura vacía, en ella no había más que miedo. Abrió la boca pero ningún grito salió de su pecho ahogado.

Todo lo que había sucedido en la habitación, sobre el estrado, se había desarrollado sin ruido, en la penumbra y extrañamente sofocado. Los sombríos acompañantes de Castro, cuando él avanzó hacia el judío, se habían echado todavía más hacia atrás, pegándose todavía más a la pared. Mientras Jehuda moría silenciosamente, se oía la jadeante respiración de ella, y constantemente el chapoteo del surtidor y el lejano ruido de aquellos que se encontraban junto a los blancos muros.

Entonces, de repente, el ama Sa'ad empezó a gritar estridentemente, sin sentido, y ahora, imprevisiblemente, el jardinero Belardo levanto el arma y fanático, apasionado, golpeó con la santa alabarda de su abuelo a Raquel. Y ahora también los otros se apresuraron a avanzar dejando caer sus golpes sobre Raquel, sobre el ama y sobre Jehuda, y siguieron golpeando mucho después de que ellos hubieran dejado de moverse, pisoteándolos, jadeando.

—¡Basta! —ordenó repentinamente Castro. Abandonaron la habitación sin mirar atrás. Tambaleándose un poco, riéndose neciamente, abandonaron la casa. Uno de los soldados de Castro, no sin esfuerzo, arrancó la mezuzah de la puerta y se la llevó: todavía no sabía si destruir el amuleto o conservarlo para que lo protegiera. Aparte de esto, ninguno se atrevió a tocar nada de la casa del rey.

Los que estaban fuera habían esperado en medio del sofocante calor y el brillo cegador del sol. Ahora, Castro les anunciaba:

—Ya está hecho. Están muertos. La bruja y el traidor están muertos.

Ellos lo oyeron seguramente con satisfacción, pero no dieron muestra de ello. No gritaron, no lanzaron exclamaciones de júbilo. Más bien se sintieron confusos.

—Sí —murmuraban—, así pues, ahora la Fermosa ha muerto.

Cuando volvieron a subir por la cuesta calurosa y polvorienta hacia Toledo, la alegría y la ira había desaparecido del todo en ellos. Los guardianes de la puerta les preguntaron:

—¡Qué!, ¿ya os habéis cerciorado, los habéis encontrado?

—Sí —contestaron—, los hemos encontrado. Están muertos.

—¡Bien hecho! —dijeron los guardianes de la puerta. Pero su satisfacción duró poco, también ellos vieron desaparecer su ira, y durante el resto del día permanecieron pensativos y más bien malhumorados.

Nadie pensó ya en hacer daño a los judíos. De buen humor se burlaban de aquellos que se mantenían encerrados en la judería:

—¿Por qué os parapetáis contra nosotros? ¿Tenéis miedo de nosotros? Todo el mundo sabe cómo los vuestros resistieron ante Alarcos. Estamos unidos, nosotros y vosotros, en esta angustia.

Capítulo VI

DON Alfonso resistió en la fortaleza de Calatrava mucho más de lo que se esperaba. Estaba herido en un hombro. La contusión no era peligrosa pero sí muy dolorosa, y tenía fiebre con frecuencia.

A pesar de ello, andaba y cabalgaba por todas partes, subía y bajaba vestido con la armadura las empinadas escaleras de la muralla, inspeccionaba cada detalle de la defensa. Los oficiales lo exhortaban a que se decidiera a partir para abrirse paso hacia su capital; los musulmanes, en gran número, habían avanzado ya mucho hacia el norte, y los caminos que conducían a Toledo habían sido cortados. Pero sólo cuando hubo hecho lo imposible por defenderla entregó Alfonso la fortaleza para partir con la mayor parte de la guarnición y abrirse camino hacia Toledo. Era una acción que requería prudencia y valor. De entre sus amigos más próximos, sólo Esteban Illán estaba con él, el arzobispo don Martín y Bertrán de Born, ambos heridos, habían sido llevados a Toledo. Alfonso no permitió que nadie notara cuán desesperadamente sufría bajo la derrota; mostraba una rápida visión, sagacidad, fuerza de decisión, pero por las noches, a solas con Esteban, se desfogaba iracundo:

—¿Has visto cómo han sembrado la desolación en todas partes? Siento esa desolación en mi propia carne: todo lo que ha sido asolado y quemado es mi propio ser es parte de mí mismo, como mi brazo o mi pie.

Se imaginaba cómo sería cuando llegara ahora a Toledo. Pensaba en el rostro tranquilo y orgulloso de Doña Leonor y en cuánta repugnancia y desprecio se ocultaría tras aquélla clara frente, cuando ahora, tras su orgullosa partida, apareciera ante ella en tan lamentable estado y cubierto de vergüenza.

Meditó con desesperada furia en la expresión serena, burlonamente respetuosa de Jehuda. Pensó en el expresivo rostro de Raquel. ¿Acaso no había prometido regalarle Sevilla? ¿Dónde estaba Sevilla? Dulce y sencilla, permanecería en pie ante él sin una palabra de reproche, pero a su alrededor resplandecerían mates e irónicas sus inscripciones que hablaban de paz.

Imprevisiblemente se sintió acometido por una furia insensata. Don Martín tenía razón. Raquel era una bruja, era ella la que había conseguido que él mismo privara del bautismo a su hijo, ella había convertido su voz interior en una mentira, pero no iba a

seguir embrujándolo durante mucho más tiempo. Ya podía refugiarse en su silencio y retorcerse y poner cara de dolor: Obligaría a Jehuda a que hiciera traer a su hijo, bautizaría al muchacho, y si Raquel no quería quedarse por más tiempo en La Galiana, la puerta estaría abierta de par en par: Alafia, prosperidad, bendición.

Mientras Alfonso se enfrentaba mentalmente a Raquel de esta manera, Don Rodrigue se hallaba en camino para traerle la trágica noticia.

Tras la muerte de Jehuda y de Raquel, había caído sobre Don Rodrigue un extraño entumecimiento. Se había hundido todo aquello que le importaba en este mundo. El reino se le derrumbaba, los amigos queridos habían sido cruelmente asesinados, y el propio Rodrigue tenía parte de culpa, porque había permitido que el rey anduviera por tanto tiempo por el mal camino. La sensación de su fracaso, de su nulidad, lo acongojaba.

En su interior censurándolo amargamente, colmaba de improperios a Don Alfonso, cuya ligereza había provocado la desgracia de todo el reino y la desventura sobre cada uno de aquellos que se hallaban cerca de él. No quería volver a verlo, no quería volver a tener nada que ver con él, pero seguía amando a aquel desventurado, y el deber y la compasión lo llevaron a transmitirle personalmente la terrible noticia. Quizás lo desmesurado de la desgracia enseñaría a aquel hombre qué era el remordimiento, y Rodrigue no quería dejarlo solo en la hora de la desesperación.

Un Alfonso demacrado y febril le salió al encuentro. Lo rechazó impaciente cuando quiso informarse sobre sus heridas. Permaneció en pie ante él, irritado, sombrío, irónico, y le espetó:

—Tenías razón, mi sabio padre y amigo. Mi ejército está destruido, mi reino arruinado. He traído sobre él a los cuatro jinetes del Apocalipsis, tal y como tú me habías predicho. Has venido para escuchar esto. Así pues, lo reconozco. ¿Estás satisfecho?

Rodrigue, contra su voluntad, sintió una cálida compasión por aquel hombre que tenía delante, enfermo, demacrado y harapiento, tanto en el alma como en el aspecto, pero no podía ser débil. Debía sacudir el alma de Alfonso, de aquel vasallo airado y rebelde de Dios que seguía sin saber lo que era la culpa y el remordimiento. Rodrigue dijo:

—Han sucedido cosas terribles en Toledo. Tu pueblo ha hecho responsable a inocentes de tu derrota, y no hubo nadie allí para defender a los inocentes.

Y puesto que el rey lo miraba fijamente sin comprender le dijo a la cara:

—Han asesinado a Doña Raquel y a Don Jehuda.

Lo que la tragedia no había conseguido, lo que no había conseguido la traición, lo que no había conseguido la gran derrota, lo consiguió esta noticia: Alfonso gritó. Gritó

breve y terriblemente. Después cayó sin sentido.

Una gran ola de amistad barrió todos los otros pensamientos de Rodrigue. Lo amaba como siempre lo había hecho. Asustado, se esforzó para ayudarlo, llamó a un médico.

Alfonso, después de un buen rato, despertó de su desmayo, volvió en sí y dijo:

—No es nada, es esta estúpida herida.

Ese día todavía no había comido nada. Con rápidos sorbos se tomó el caldo que le llevaron y ordenó al médico que cambiaba los vendajes que se apresurara. Después los mandó a todos fuera, ordenando que tan sólo se quedara Rodrigue.

—Perdóname, padre mío y amigo —dijo—, debería avergonzarme por dejarme llevar de esta manera —y enojado continuó:

—Después de haber destruido el reino, un hombre más y una mujer no deberían importar ya —y añadió—: De todas formas, los habría echado a los dos —dijo enojado. Pero de inmediato se contradijo gritando:

—¡Nunca, nunca habría echado a Raquel de mi lado! Y no me avergüenzo de ello.

Jadeó, dio rienda suelta a su ira, rechinó los dientes.

—Me duele su muerte de una manera nada cristiana. Te lo digo a ti, Rodrigue, amigo mío: la he amado. Tú no puedes comprenderlo, no sabes lo que es, nadie lo sabe. Yo mismo no lo había sabido antes de que ella se cruzara en mi camino. La he amado más que a Leonor, más que a mis hijos, más que a mi reino, más que a Cristo, más que a todo. Olvídalo, sacerdote, olvídalo enseguida, pero por una sola vez debe salir de mi pecho, por una sola vez tengo que decirlo, a ti tengo que decírtelo: La he amado más que a mi alma inmortal.

Apretó los dientes para detener las enloquecidas palabras que llenaban su pecho. Se sentó agotado. Rodrigue vio asombrado cómo se había cambiado su rostro. Le sonreía macilento, tímido, desencajado, los pómulos sobresalían fuertemente, los labios eran dos finas líneas, los ojos parecían más pequeños y brillaban inquietos.

Alfonso, después de mucho rato, intentó recomponer su rostro. Rogó a Rodrigue que le dijera lo que supiera. No era mucho. Una multitud del pueblo que habían buscado en vano a Don Jehuda en el castillo Ibn Esra había ido hasta La Galiana. Quién había matado a Doña Raquel no se sabía. A Don Jehuda lo había matado Castro con sus propias manos.

—¿Castro? —balbuceó el rey.

—Castro —contestó Don Rodrigue—. Tenía la misión de proteger a aquellos que estuvieran amenazados, porque el pueblo había enloquecido y eran muchos los que estaban amenazados. Tenía la misión de procurar que uno fuera entregado antes de poner en peligro a la totalidad.

El rey pensó largamente y con esfuerzo.

—¿De quién había recibido Castro esta misión? —preguntó ronco.

Don Rodrigue, despacio y con toda claridad, contestó:

—De Doña Leonor.

Alfonso rugió como un animal herido.

—Los perros y los buitres caen sobre mi como si ya fuera una carroña —dijo.

Don Rodrigue explicó con voz neutral, con equidad, casi con una imperceptible ironía:

—Se hizo necesario tomar medidas. Habían muerto cristianos árabes y también judíos en el barrio que se encuentra fuera de los muros, un gran número, se dice que unos cien.

—¡No la defiendas! —gritó Alfonso, salvajemente y fuera de sí—. ¡No defiendas a Leonor! ¡No defiendas a ninguno de ellos! ¡Ni siquiera a ti mismo! ¡También tú eres culpable! ¡Todos sois culpables! Quizás no tanto como yo, pero todos vosotros sois culpables. Y voy a castigaros. Voy a azotaros. ¿Creéis que he perdido el poder porque he perdido la batalla? Todavía soy el rey. Voy a llevar a cabo averiguaciones, voy a juzgar, voy a castigar terriblemente.

De pronto se interrumpió jadeante, se derrumbó, hizo una imperiosa señal a Don Rodrigue para que lo dejara solo.

Antes de que hubiera pasado una hora dio orden de partir. También en este último tramo del camino tomó sus disposiciones con atención y con prudencia. Cuando todas sus unidades estuvieron dentro de los muros de la ciudad, entró él a caballo en Toledo.

Cabalgó hacia arriba, hacia su castillo. Los criados, los ayudas de cámara que pasaban por su lado, se horrorizaron al ver su aspecto, le preguntaron si no quería cambiarse, si no quería bañarse, si debían llamar al médico. Él los rechazó con aspereza y dio órdenes estrictas de no dejar entrar a nadie, tampoco a la reina.

Se sentó en el camastro, todavía vestido con la armadura, sudado y sucio, sufriendo, en una postura incómoda, solo. Meditaba profundamente. No comprendía lo que había sucedido. ¿Cómo era posible que Jehuda hubiera ido a La Galiana? ¡Aquel hombre astuto, aquel zorro que podía olfatear el peligro a millas de distancia! Y ¿por qué no habían huido los dos, refugiándose tras los sólidos muros de la judería, ellos que confesaban su judaísmo con tanta fe?

Estaban muertos, habían sido asesinados, eso era lo que se sabía. Y los que los habían asesinado eran Leonor y Castro. Leonor con su lengua y Castro con su puño. Y él ni siquiera se había despedido de Raquel. Ajeno, ciego y malvado se había ido de su

lado. Y ahora Leonor le había asesinado a su Raquel, y además, de este modo, le había robado a su hijo, a su Sancho, ya que nunca podría llegar a saber qué había sido del niño.

Una ira aturdidora lo invadió. Leonor lo había odiado desde el momento en que Dios le había entregado a Raquel. Ella lo había empujado a la guerra para tener las manos libres para matar a Raquel. Todos le habían advertido antes de la batalla, pero ella, normalmente tan generosa en advertencias, se había tragado las palabras, le había dejado correr a su derrota sabiéndolo, con el único objetivo de poder así asesinar a la otra. Leonor era la bruja, no Raquel. Ella era la digna hija de su madre, la nieta de aquella antepasada suya a quien Satanás había ido a buscar a la iglesia para llevársela a los infiernos.

Se alegró de su propia ira, se alegró de que la herida le doliera. Tal como estaba, con la armadura puesta, densamente cubierta de polvo, sin lavarse, sin cambiarse las vendas, corrió por los corredores hasta llegar a las habitaciones de Leonor. Hizo retroceder a las asustadas damas de la corte. Entró precipitadamente en la estancia de Leonor.

Ella se hallaba sentada en el estrado, limpia, cuidada, toda una dama, como siempre. Se levantó, dio unos pasos en su dirección, ni muy de prisa ni muy despacio, sonriendo. Él levantó la mano para detenerla y antes de que ella pudiera saludarlo, le dijo en voz baja y lleno de furia:

—Aquí estoy. No resulto muy agradable de ver. No resulto agradable de oler. Apesto a guerra, trabajos y derrota. Nada hay en mi que cumpla las normas de la *courtoisie*. Pero me parece, mi querida Leonor mi reina, que tampoco tú has actuado guiándote por las reglas de la *courtoisie*.

Y de pronto se puso a gritar furioso, fuera de sí:

—¡Has destruido mi vida! ¡Tú, maldita! ¡No me has dado ningún hijo varón, y el que pariste estaba enfermo y marcado ya en tu vientre, y ahora que la mujer que yo amaba me había dado un hijo varón, tú la has asesinado! Su padre, mi consejero más sabio y más fiel, me convenció con palabras que parecían salidas de la boca de un ángel de que esperara el momento adecuado para la guerra. ¡Pero tú me azuzaste! ¡Me escupiste a la cara tu desprecio para empujarme a la guerra con tus burlas y tus desdenes! Y después te callaste, tú, siempre tan elocuente. No dijiste nada acerca de mi absurdo plan y me dejaste correr a mi batalla perdida para poder así asesinar a mi bienamada, a la que Dios había puesto a mi lado: Tú me has destruido a mi y a mi Castilla. Ahí estás, blanca y agradable y muy digna en tu realeza, pero dentro de ti todo es desolación y todo está torcido. Eres como tu madre, corroída por una diabólica maldad, llena de corrupción.

Doña Leonor había esperado una ola de ira, pero que Alfonso pudiera enfurecerse de un modo tan desmedido, tan sinsentido desde lo más profundo de su ser, para esto no estaba preparada. Estaba a punto de agarrarla con aquellas manos suyas sucias y sin guantes, de estrangularla, de quitarle la vida. Pero el hecho de que él la amenazara y la insultara de aquella forma tan depravada, tan profundamente maligna, como un auténtico villano, encendió su sangre. Él era peligroso, y así era como ella lo quería.

Leonor se retiró con ligeros pasos, regresó a su estrado, lo miró fijamente con sus grandes y verdes ojos escrutadores.

—¿Debo recordarte —dijo con tranquilidad— el contrato que elaboramos mi madre y yo, en Burgos, y que firmaste con tu yerno Don Pedro? En ese contrato te obligabas a no iniciar la guerra antes de que llegaran las tropas aragonesas. Hicimos todo lo que pudimos para detenerte en tu precipitado heroísmo. Mi madre trató de convencerte como a un niño tozudo. Nadie te apremió, fuiste tú mismo. ¿Debo decirte quién tiene la culpa del desastre? Tú quisiste brillar ante mí, ante tus amigos, principalmente ante tu judía, por eso provocaste al califa actuando en contra de nuestro contrato y contra todo sentido y juicio. Por eso luchaste en esa absurda batalla. Por eso has precipitado a nuestro reino y a toda la Hispania cristiana hacia el abismo.

Don Alfonso permanecía en pie ante ella, abajo del estrado. Miró su blanco rostro con su alta y clara frente y su espeso y rubio cabello, y la odió furiosamente a causa de los malignos y lógicos pensamientos que cruzaban por detrás de aquella frente.

—Ahora comprendo —rechinó él en voz baja y con amargura— por qué Enrique mantuvo encerrada a tu madre y no la dejó libre a pesar de todas las órdenes del Papa. No creas que soy más débil que él. No puedo matarte porque eres una mujer. Pero no te dejaré sin castigo por haber matado a mi bienamada. Voy a juzgarte, preguntaré y seguiré preguntando, y sacaré a la luz tus sutiles y astutas indicaciones y los pensamientos asesinos que se ocultaban tras ellas, y entonces toda la cristiandad te conocerá como la asesina que eres. Y a tu sanguinario esbirro, Castro, y a los otros, no los dejaré salir indemnes. Lo vas a ver, querida mía, cuando los atrape. Irán hasta el Zocodover en el carro del verdugo. Y tú, mi reina, estarás presente a mi lado, en la tribuna, y verás cómo cuelgan a tu galante caballero, a tu Lancelote.

Leonor lo miraba imperturbable. Él sudaba y estaba desfigurado. La rubia y corta barba estaba pegoteada, no quedaba en él nada joven, nada resplandeciente, nadie podría compararlo con el San Jorge del frente de la catedral. Pero era bueno que ahora, por fin, saliera a la luz la violenta fuerza vital que había en él. Nadie podría volver a tachar a este hombre de adormecido, tampoco su madre.

Ella dijo:

—Dices palabras sin sentido, Don Alfonso, porque tu amante está muerta. No me he acercado a la mujer que vivía en La Galiana. Ningún juez me declarará culpable aunque examine hasta el más mínimo detalle de lo que he hecho y de lo que he dejado de hacer.

De pronto, se hartó de comportarse con dignidad y nobleza. Abandonó su estrado, se acercó a él, muy cerca, olfateó su espantoso olor y le dijo a la cara:

—Pero a ti te lo diré una sola y única vez: Yo lo he hecho. Yo me he concedido esta noche toledana. Vi los pensamientos de muerte en la cabeza de Castro y no lo detuve. Puse tentativamente el castillo ante sus ojos, y Dios me ha ayudado. Dios ha querido que ellos murieran. ¿Por qué no se escondieron tras los muros de la judería tu barragana y su padre? Dios los cegó. Y ante tus ojos iracundos y ansiosos de muerte te lo digo: Mi corazón se llenó de júbilo cuando ella estuvo muerta.

Alfonso jadeó, apartó la vista de ella, dio un paso atrás, en su rostro había más dolor que ira.

Leonor paladeó su triunfo hasta el final. Sintió compasión de Alfonso. Lo siguió, y de nuevo se acercó mucho a él.

—No discutamos más, Don Alfonso —le rogó. Y su voz fue desacostumbradamente dulce—, estás herido, estás agotado. Déjame cuidarte; te mandaré a mi maestre Reinero, es mejor que tus médicos. Y déjame decirte todavía una cosa: lo he hecho por mí, pero puedes estar seguro de que también lo he hecho por ti. Te amo Alfonso, tú lo sabes. Te he sido más fiel que los muros de tu castillo durante todos estos años, y también cuando quité a esa de tu camino. No podía seguir contemplando cómo el rey de Castilla, el padre de mis hijos, se hundía en el barro. Puedes ponerme en evidencia delante de todo el mundo, puedes matarme, pero ésa es la verdad.

Alfonso lo sabía, ésa era la verdad, pero se ordenó a sí mismo no creerlo. Podía comprender a Leonor, pero sólo con su cabeza. Todo en él se obstinaba contra ella. No quería su amor: el amor de la asesina le daba asco. Se dio la vuelta y salió apresuradamente de la estancia.

Después de esta conversación se sentía indiferente ante la muerte, y su herida le dolía más que nunca. Permitió que los suyos lo bañaran, lo vendaran y lo llevaran a la cama. Durmió largamente, profundamente, sin soñar.

Después galopó hasta La Galiana.

Recorrió a caballo los estrechos y empinados caminos que bajaban hasta el Tajo sin acompañamiento. Las gentes lo reconocían, lo dejaban pasar, miraban horrorizados el enjuto rostro, como tallado en piedra, se descubrían y se inclinaban profundamente, muchos caían de rodillas. Él no los miraba, no los escuchaba, seguía a caballo,

despacio, mirando fijamente ante sí; mecánicamente, sin una mirada, respondía a los saludos.

Se acercaba a los blancos muros. Hacía mucho calor. Sobre La Galiana flotaba, pesado y vaporoso, el resplandor del sol, todo permanecía en un silencio encantado.

El jardinero Belardo se acercó a él. Besó tímidamente la mano de Alfonso.

—Soy muy desgraciado, mi señor —le dijo—, no pude proteger a nuestra señora. Pero eran muchos, más de dos mil, y el que los conducía era un gran caballero, y yo sólo tenía la santa alabarda de mi abuelo, y con ella podía hacer muy poco contra tantos. Gritaban: ¡Dios lo quiera! Y entonces sucedió. Pero aparte de esto no hicieron ningún estropicio. Todo está perfectamente ordenado, mi señor, en la casa y en el jardín.

Alfonso dijo:

—La habéis enterrado en La Galiana, ¿no es cierto? ¡Condúceme hasta allí!

El lugar no estaba señalado. Se encontraba cerca de las cisternas del rabí Chanan, un pedazo de tierra desnudo, con la hierba arrancada.

—No supimos qué teníamos que hacer —se disculpo Belardo—, puesto que nuestra señora Raquel no era cristiana, no me atreví a poner una cruz.

El rey le hizo un gesto para que lo dejara solo.

Se sentó en el suelo, con torpeza, aturdido por la terrible mezcla de calor, neblina y luz. La hierba había sido amontonada con dejadez, el lugar tenía un aspecto abandonado, ¡ni siquiera a un perro habría enterrado él de aquella manera!

Intentó recordar cómo se paseaba Raquel por aquí, cómo se había sentado desnuda con él cerca del estanque; intentó recordar su rostro en forma de corazón, su modo de andar; su voz, su cuerpo. Pero sólo encontró rasgos aislados. Ella misma, Raquel, permaneció tintineante, alejada, un destello impreciso. Si en algún lugar rondaba su espíritu, tenía que ser allí, pero él no podía conjurarlo. Los espíritus aparecen sólo cuando no son llamados. Quizás también tenía razón Bertrán, y las mujeres sólo conseguían acercarse a la sangre del hombre y no a su alma. Allí, bajo la tierra sobre la que él se encontraba, yacía aquella que le había ofrecido una felicidad sin límite y una excitación salvaje, y ahora no era más que putrefacción, pasto de los gusanos. Pero la idea lo dejó sorprendentemente indiferente. ¿Qué buscaba él allí en aquella tumba desolada y horrenda? Nada les debía a aquellos dos que yacían bajo él. Ellos le debían algo. Le debían a su hijo. Nunca jamás sabría qué había sido de su Sancho. Era como si el niño también yaciera allí debajo con los otros, como si debajo de él, de Alfonso, yaciera el futuro soterrado y podrido. No debería haber venido aquí. Tenía mal sabor de boca y los labios se le fruncían.

Se arrastró hasta la sombra del árbol más cercano. Se tumbó. Allí yacía con los ojos cerrados, el sol manchaba su rostro. De nuevo intentó recordar a Raquel, pero nuevamente vio tan sólo la envoltura, ella misma permaneció vaga. La vio en sus vestiduras, parecidas a una túnica, tal y como lo esperaba en su dormitorio. La vio con aquel vestido verde, con el que la contempló por primera vez en Burgos, cuando se burló del viejo castillo de sus antepasados. Y era brujería y magia negra que ella entonces, aunque no se encontrara presente, lo hubiera empujado a reconstruir La Galiana. Incluso ahora, ella lo atraía hacia allí mientras que los asuntos de la guerra y del reino lo esperaban.

Pero había un asunto pendiente que podía solventar allí mismo: debía darle a Jehuda el recado del muchacho. Frunció el ceño esforzándose en recordar lo que había dicho Alazar antes de morir. Con toda claridad, volvía a escuchar: «Dile a mi padre…», pero no había forma de que acudiera a su memoria lo que debía decirle.

Se durmió. Todo se evaporó a su alrededor, todo se fundía, nada era apreciable. Y de pronto Raquel estaba allí, surgía de los vapores, con una viveza increíble, con su rostro de un color tostado claro y los ojos del color de las tórtolas, ¡allí estaba! Así lo había mirado a él en aquel silencio más que elocuente, cuando se le negó y él se abalanzó sobre ella; y cuando le dijo a gritos que le había robado a su hijo, y su silencio fue más expresivo que cualquier acusación.

Él yacía con los ojos cerrados. Sabía que era un espejismo, una imagen etérea, un delirio, sabía que Raquel estaba muerta. Pero su Raquel muerta cobraba vida de un modo mucho más ardiente a como jamás lo estuviera en vida. Y mientras que ella lo contemplaba fijamente, él comprendió: en su interior siempre había comprendido la silenciosa elocuencia de ella, sólo que él se había endurecido, se había encerrado en sí mismo y no había querido comprender su advertencia y su verdad.

Ahora se abrió sin reservas a la verdad de ella. Ahora comprendió lo que Raquel había intentado hacerle comprender desde el principio y en vano: lo que significaba la responsabilidad, lo que significaba la culpa. Había tenido un poder inmenso en las manos y lo había utilizado mal; había jugado con su poder sin consideración alguna, sin reflexionar como un muchacho. Había convertido su vino en vinagre.

La imagen de Raquel empezó a desvanecerse.

—¡No te vayas, no te vayas todavía! —le rogó, pero allí no había nada que pudiera detener. La imagen desapareció.

Se sintió agotado y de pronto, muy hambriento. Se levantó con esfuerzo y entró en la casa. Dio órdenes para que le trajeran de comer Comió sentado a la mesa en la que había desayunado con tanta frecuencia con Raquel. Mecánicamente, con ansia, con hambre de lobo. No pensaba en nada más que en saciarse.

Las fuerzas volvieron a él. Se levantó. Preguntó por el ama Sa'ad. Quería que le mostrara las cosas que habían quedado de Raquel. Le contestaron con evasivas, finalmente le dijeron que Sa'ad estaba muerta, él tragó saliva. Quería saber más.

—Gritaba terriblemente —le contó Belardo—, pero nuestra señora Doña Raquel no tenía ningún temor. Permaneció allí en pie como una verdadera gran dama.

Alfonso recorrió la casa. Se quedó en pie ante aquella inscripción cuyas letras en árabe antiguo no podía leer y que ella le había traducido: «Una onza de paz es más valiosa que una tonelada de victoria». Siguió su recorrido. Abrió armarios, arcones, palpó los vestidos de Raquel. Este vestido claro lo había llevado ella aquella vez que jugó con él al ajedrez, y esta otra ropa tan tenue que casi se le rompía entre los dedos la había llevado cuando los perros saltaron sobre ella. Del arcón surgía el olor de sus ropas, el aroma de Raquel. Cerró de golpe la tapa. Él no era Lancelote.

Encontró aquellas cartas dirigidas a él que nunca habían sido mandadas. «Pones en peligro tu vida por cosas absurdas, porque un caballero así debe hacerlo, y aunque esto no tiene ningún sentido, es al mismo tiempo arrebatador y por eso te amo».

Encontró los dibujos que había hecho Benjamín. Los contempló atentamente, encontró rasgos que él nunca había descubierto en Raquel cuando estaba viva, pero, a pesar de ello, ese Benjamín sólo había visto una parte de Raquel, la verdadera Raquel sólo la había visto él, Alfonso, y sólo después de que ella hubiera dejado de estar presente en este mundo.

Pero ella seguía estando en el mundo. En él seguía viviendo aquella sabiduría completa que aquel rostro silencioso le había dado a conocer. Las advertencias de Rodrigue sólo le habían dicho que eran la culpa y el arrepentimiento, pero no se lo habían hecho sentir. Tampoco su voz interior se lo había hecho sentir. Sólo aquel rostro silencioso le habían grabado en el corazón lo que eran la responsabilidad, la culpa, el arrepentimiento.

Hizo un esfuerzo. Rezó. Una oración herética. Rezó a la muerta para que lo iluminara en las horas decisivas, para que su silencio le dijera lo que debía hacer y lo que no.

Gutierre de Castro se hallaba en pie ante el rey con las piernas abiertas, la mano sobre la empuñadura de la espada, en posición.

—¿Qué quieres, mi señor? —preguntó con su voz ligeramente chillona; Alfonso miró al hombre a la cara ancha y tosca. Castro le devolvió tranquilamente la mirada; no sentía ningún temor, de eso estaba seguro. Toda la ira había huido del corazón del rey

ya no sabía por qué había deseado tan ardientemente y con tanta furia ver colgar a ese hombre. Le dijo:

—Tenías la misión de proteger a la población de mi ciudad de Toledo. ¿Por qué no lo hiciste?

Castro, insolente y frío, repuso:

—Las gentes estaban soliviantadas por tu derrota, Don Alfonso, estaban llenas de agresividad, ansiosas de matar. Querían matar a los culpables, y eran muchos aquéllos a quienes consideraban culpables. Pero fueron muy pocos los que murieron, no llegaron a cien. Pude devolverle a la reina el guante con la conciencia tranquila, seguro de su satisfacción y su agradecimiento.

Don Alfonso dijo:

—Fuiste a La Galiana a la cabeza de un montón de chusma y asesinaste a mi Escribano y a la madre de mi hijo.

Habló con dureza y de modo conciso, pero muy sereno. Castro contestó:

—Tu pueblo exigía el castigo del traidor. La Iglesia exigía su castigo. Mi misión consistía en proteger a los inocentes. Y ése era culpable.

El rey esperaba que Castro hiciera referencia a las sutiles y sangrientas indicaciones de la reina, eludiendo así su responsabilidad. Pero Castro no lo hizo. Al contrario, aún añadió:

—Te lo digo francamente: lo habría matado aunque no hubiera sido un traidor. Soy Gutierre de Castro, y desde hace años me juré a mí mismo y a la caballería de toda Hispania castigar al perro circunciso que ha manchado mi castillo.

El rey dijo:

—La disputa entre tú y la corona de Castilla fue solventada y se te pagó la indemnización por tu hermano. El contrato se firmó y se selló, y tu reclamación fue satisfecha.

Castro respondió:

—No quiero discutir contigo, mi señor de Castilla; si crees tener una queja fundamentada contra mí, reclama ante mi señor feudal, el rey de Aragón, para que él, que no es superior a mí, convoque el jurado de mis iguales. Pero déjame decirte una cosa de caballero a caballero. Por tu culpa murió mi hermano, que era un gran héroe en la guerra y en los torneos, ya lo sabes, y tú me pagaste una indemnización con dinero y yo me di por satisfecho porque estábamos en una Guerra Santa. Ahora ha sucedido que he matado a un hombre que me había ofendido y que no era más que tu banquero y un viejo judío. Creo que no sales perdiendo si consideras que estamos en paz.

El rey no se dejó engañar. Le exigió:

—Dime cómo sucedió.

Castro respondió:

—No quise manchar mi espada con aquella sangre repugnante. Le di un golpe de muerte a aquel hombre con la funda de mi espada.

Alfonso, con esfuerzo, tenía que detenerse después de pronunciar cada palabra, preguntó:

—¿Y cómo murió ella?

—No puedo decírtelo —contestó Castro—, mi mirada estaba fija en el judío cuando ellos la mataron.

Habló con indiferencia, sus palabras tenían un tinte de verdad. Y grosero, con sinceridad, casi bonachonamente, continuó:

—Estamos en una Guerra Santa, he reprimido el rencor en mi corazón y he venido hasta aquí para luchar a tu lado. Deja de darle vueltas a este asunto, mi señor de Castilla. Hay mucho trabajo duro por hacer. Un caballero no debería gastar más palabras sobre las inmundicias que ya se han barrido. Ocúpate de tu ciudad y de sus muros.

Alfonso se dio cuenta con asombro de que la insolencia de aquel hombre no lo llenaba de ira. Realmente, aquel hombre no había mencionado para nada del disimulado encargo de Doña Leonor, no endosaba la culpa a la dama, respondía por todo lo que había sucedido. «Ciertamente, este Castro es un caballero», pensó Alfonso.

El canónigo Don Rodrigue, antes tan vivaz y siempre tan activo, cumplía los asuntos de su cargo sin ganas, pocas veces se animaba a leer o a escribir permanecía horas sentado, triste y solo.

Musa podía hacerle poca compañía. Había muchos enfermos y heridos en Toledo. El modo de ser tranquilo de Musa infundía confianza, y a pesar de la suspicacia que había contra el musulmán, muchos requerían los servicios de sus famosas artes curativas.

Rodrigue envidiaba al amigo esa constante actividad que le distraía de torturadores pensamientos, él mismo se hundía cada vez más profundamente entre tristes meditaciones acerca de lo pasajero de toda empresa, estaba paralizado en lo más profundo de su ser.

Había recibido de Italia un texto que expresaba en palabras su propia desesperación. Su autor era un joven prelado, Lotario de Conti, y el título era *De conditione humana, De la condición humana*. Sobre todo había un fragmento que le impresionaba: «Cuán fútil eres, oh ser humano. Cuán repugnante resulta tu cuerpo. Mira las plantas y los árboles. Producen flores, hojas, frutos; pero tú, ¡pobre de ti!, tú sólo

produces piojos, parásitos, gusanos. Aquellos segregan aceite, vino, bálsamos; tú segregas orines, vómitos, excrementos. Aquellos exhalan agradables aromas; tú exhalas pestilencia». Esas frases no abandonaban a Don Rodrigue, lo perseguían hasta en sueños.

Apenas deseaba el tranquilo éxtasis que antes había sido su último refugio. Aquella fe apasionada y plena ya no le parecía ahora una gracia, sino un amodorramiento barato, una pobre huida de la realidad.

Para él era un alivio que de vez en cuando lo visitara Don Benjamín. Aquel joven, en medio del dolor propio y general, seguía llevando a cabo la obra de la academia con tenaz serenidad. El canónigo se sorprendía de la fuerza de voluntad de Benjamín, y sus visitas espantaban la corrosiva melancolía.

Una vez rogó al estudiante:

—Si no te trastorna demasiado profundamente, permíteme saber qué sucedió y de qué hablasteis cuando estuviste por última vez en La Galiana.

Benjamín guardó silencio. Guardó silencio durante tanto tiempo, que Don Rodrigue ya creía que no iba a contestar Pero entonces encontró ardientes palabras para alabar a Raquel, cuán hermosa había estado en aquél su último día. Y no vaciló en hacerle saber que tan sólo había rechazado la protección de la judería porque el rey le había ordenado que lo esperara en La Galiana. En sus palabras podía oírse la rabia que le producía el ardiente y entregado afecto con el que ella había creído en su caballero y amado.

Al canónigo le conmocionó lo que oyó.

«No sabes lo que es el amor», le había dicho el rey, pero era él quien no lo sabía. Alfonso había amado a Raquel, había sido fogoso, violento, tormentoso, pero había seguido encerrado en sí mismo, no había sentido lo que ella sentía. Y he aquí que aquel desgraciado, aquel perfecto caballero, había dicho una palabra que probablemente había olvidado apenas haberla pronunciado, y aquellas palabras insustanciales habían llevado a Raquel a la muerte. Todo aquello en lo que intervenía su ligera temeridad se convertía en desgracia.

Un par de días más tarde, ligeramente turbado, Benjamín le trajo al canónigo un dibujo. Había visto al rey de cerca y se había dado cuenta de cuánto había cambiado Alfonso. Para poder detenerse en los detalles, había dibujado al rey y ahora, tímido y expectante, traía el dibujo al canónigo.

Éste lo contempló largamente. Vio la cabeza de un hombre que había experimentado muchas cosas y que había sufrido mucho, pero seguía siendo la cabeza de un caballero, la cabeza de un hombre irreflexivo, sí, incluso duro y cruel. Pensó en la imagen del rey tal y como lo había descrito con palabras en su crónica, pensó en la cabeza del rey

acuñada en las monedas de oro de Jehuda. Dejó el dibujo a un lado. Se paseó de un lado a otro. Lo tomó de nuevo y lo contempló. Dijo extrañamente conmovido:

—Éste, pues, es el rey Alfonso de Castilla.

Benjamín, impresionado por el efecto que había causado su dibujo, dijo:

—No sé si Alfonso es así. Yo lo veo así.

Y tras un rato, añadió:

—Creo que las cosas irían mejor en el mundo si fuera gobernado por sabios en lugar de por guerreros.

El canónigo le rogó que le dejara el dibujo, y mucho tiempo después de que Benjamín se hubiera ido seguía reflexionando mientras contemplaba la hoja.

Su amistad con Benjamín se hizo cada vez más estrecha. Llegó a tener tal confianza en él que le dio a conocer su propia pusilanimidad.

—A pesar de tus pocos años —le dijo—, has podido experimentar hasta la saciedad cómo la estupidez y la ira desordenada pueden borrar una y otra vez todo lo que el sudor y el trabajo de siglos han construido. Y a pesar de ello no dejas de pensar de investigar, de afanarte. ¿Te parece que todavía vale la pena? Y ¿a quién servirán tus esfuerzos?

Sobre el rostro de Benjamín brilló aquella alegre picardía que antes le había hecho parecer tan joven y amable.

—Quieres someterme a prueba, mi reverendo padre —dijo—, pero tú sabes de antemano mi respuesta. Ciertamente, la oscuridad es lo que predomina, y la luz es una excepción, pero justamente en la inmensa cantidad de oscuridad un poco de luz produce doblemente alegría. Soy muy poca cosa, pero no sería nada en absoluto si no pudiera sentir esta alegría. Tengo confianza en que la luz permanecerá y se multiplicará. Y mi obligación es aportar mi granito de arena.

Al canónigo le avergonzó la confianza de Benjamín. Volvió a sacar su crónica, se obligó a seguir reuniendo información, intentó trabajar. Pero al mismo tiempo fue consciente de cuán fútiles eran sus esfuerzos. Había querido demostrar la evidencia de las disposiciones de la Providencia, había expuesto, valiente e ingenuo, lo que no tenía sentido como si en verdad encerrara algún sentido. Pero tan sólo había analizado y expuesto los acontecimientos. No los había explicado.

Envidiaba a Musa. Para él era fácil trabajar en su crónica. Había encontrado un axioma con el que medir todos los acontecimientos, el axioma de la formación y de la desaparición de los pueblos, de su florecimiento y de su decadencia, y su Alá y su Profeta le daban la razón. Y en su Corán podía leerse: «Cada pueblo tiene marcado su tiempo, y cuando llega su tiempo nadie puede retrasar su hora ni adelantarla».

Pero él, Rodrigue, no había conseguido encontrar sentido y orden en los acontecimientos. Le parecía como si la verdadera fe prohibiera siquiera buscarlos. ¿Acaso no había escrito Pablo a los corintios: «La locura de Dios es más sabía que los hombres»? ¿*Quod stultum est Dei, sapentius est hominibus*? Y ¿acaso no había enseñado Tertuliano que el mayor acontecimiento en la historia, la muerte del Hijo de Dios, era digna de crédito porque era disparatada? Pero si los caminos de Dios no eran los de los hombres, si considerados a los ojos humanos y a la luz del entendimiento parecían necios, ¿acaso no era ya pecaminoso el simple intento de querer expresar los caminos de la Providencia con palabras humanas?

Desde hacía cien años la cristiandad luchaba por conquistar Tierra Santa, mil veces mil caballeros habían caído en esas cruzadas y no se había conseguido prácticamente nada. Lo que se había alcanzado con tantas muertes sangrientas habrían podido conseguirlo tres legados con sentido común por medio de negociaciones expertas en un par de semanas. Ante tales acontecimientos, evidentemente fracasaba toda sabiduría humana y aquella frase de Pablo, «la locura de Dios triunfaba sobre la sabiduría de los sabios» alcanzaba todo su burlón significado.

Inclinado sobre su crónica, en voz baja, con enojo, dijo Rodrigue para sí:

—Todo es inútil. No hay ningún sentido en lo que sucede. No existe la Providencia.

Sus propias palabras lo horrorizaron.

—¡*Abs it! ¡Abs it*! ¡Fuera, lejos de mí! —se ordenó.

Pero si sus dudas acerca de la existencia de la Providencia eran una herejía, no lo era el reconocimiento de lo inútil de sus propios esfuerzos. Había permanecido en pie ante su pupitre garrapateado y emborronando durante todo el día, y también durante muchas noches, y había querido mostrar la mano de Dios en acontecimientos cuyo sentido seguía siendo inescrutable. Había osado revivir a los grandes muertos de la Península: a San Ildefonso y a San Julián; a los reyes godos y a los califas musulmanes; a los condes asturianos y castellanos y al emperador Alfonso y al Cid Campeador. Se había engreído creyéndose un segundo profeta Ezequiel. Elegido para conjurar a esos muertos de modo que resucitaran:

—Quiero daros venas, hacer crecer la carne sobre vosotros y cubriros con piel e insuflaros aliento para que volváis a vivir.

Pero los restos mortales que él había conjurado no se habían recompuesto de nuevo. No estaban vivos los hombres de su crónica. Sólo ejecutaban una danza matraqueante de esqueletos enjalbegados.

—«Maldito quien lleve al ciego fuera de su camino», advertían las Escrituras. Precisamente eso era lo que él había hecho. Su crónica conducía a los ciegos a una oscuridad todavía más profunda.

Se levantó jadeando. Reunió un haz de leña, la amontonó en la chimenea y la encendió. Reunió las hojas sueltas de su crónica y sus anotaciones. Las arrojó al fuego en silencio, con los labios apretados. Contempló cómo se quemaban hoja por hoja. Atizó los pergaminos y papeles carbonizados hasta que se convirtieron en cenizas que nadie pudiera volver a leer.

Bertrán de Born, puesto que sus heridas le impedirían volver a participar jamás en una guerra, anhelaba abandonar Toledo y marcharse a su tierra natal. Quería pasar sus últimos años como monje en el convento de Dalon.

Pero su mano, terriblemente destrozada, se le inflamó, el brazo se le hinchó. Era impensable que se abriera paso en ese estado entre los musulmanes, que dominaban los caminos en una amplia zona hacia el norte.

La herida le ardía rabiosamente. El rey rogó que consultara con Musa. Éste concluyó que no quedaba más remedio que amputar el brazo. Bertrán se resistía. Bromeaba:

—En la lucha, vosotros los musulmanes no habéis podido arrebatarme la mano, y ahora queréis hacerlo por medio de trucos y sabias palabras.

—Conserva tu brazo, señor Bertrán —contestó tranquilamente Musa—, pero en ese caso dentro de una semana no quedará de ti más que tus versos.

Riéndose, maldiciendo, Bertrán se resignó.

Yacía sobre un camastro firmemente atado. Al alcance de la vista, sobre una pequeña mesa, yacía el guante de la misión que Alfonso le había encomendado, y junto a la mesa estaba en pie el viejo escudero y trovador Papiol.

Musa y el maestro Reinero, después de administrar a Bertrán un fuerte bebedizo para paliar el dolor, pusieron manos a la obra con hierros y fuego. Pero Bertrán, mientras ellos se ocupaban de él, dictaba a Papiol un poema dedicado a Alfonso, *El sirventés del Guante*.

El viejo Musa había visto muchas cosas a lo largo de su vida pero no recordaba haber asistido a un espectáculo tan horriblemente magnífico. En aquella estancia, que apestaba a carne quemada, yacía el viejo caballero fuertemente atado sobre el camastro, y cayendo desvanecido, volviendo de nuevo en sí, jadeando de dolor, reprimiendo los gritos, perdiendo el conocimiento, recuperándolo de nuevo, dictaba sus versos divertidos y feroces. Algunos le salían mal, otros eran acertados.

—¡Repítelos, Papiol! ¡Estúpido! —ordenaba Bertrán—. ¿Los has comprendido? ¿Vas a aprendértelos? ¿Tienes el tono? —preguntaba.

El viejo Papiol se dio cuenta de con cuánta ansiedad su señor esperaba percibir el efecto de sus versos, y se esforzó en mostrar un alegre y ruidoso reconocimiento. Repitió con aprobación los versos, se rió a carcajadas, y no pudo detenerlas hasta que, sin transición, sus risas se convirtieron en llanto y sollozos.

Al día siguiente, Alfonso visitó a Bertrán. Preguntó por su estado. Bertrán quiso hacer un gesto despreocupado con la mano, pero ya no tenía mano.

—¡Ya lo ves! —dijo él, y le informó—. El médico cree que dentro de dos semanas me habré recuperado lo suficiente como para poder montar a caballo. Así que entonces te dejaré solo, mi señor, y me marcharé a mi convento de Dalon. Mi buen Papiol ya no puede resistir las fatigas de la guerra e insiste en que nos retiremos al servicio de Dios.

Alfonso dedicó grandes alabanzas y cumplidos a *El sirventés del Guante* y prometió un elevado donativo para el convento de Dalon.

—Debes hacerme un favor —le rogó—, cántame tú mismo el sírventés.

Y Bertrán cantó:

Te devuelvo el guante
Tras cumplir con honor mi deber:
Bien es verdad que esta vez
No me acompañó la suerte.
Pero esto no me aflige.
Y no me siento avergonzado
De haber perdido la mano
En tu batalla luchando.
Eres un gran rey, por eso no me duele
Tampoco a ti ha de dolerte
Que en esta ocasión,
Don Alfonso,
La superioridad del enemigo
Te haya robado la gloria.
Habrá más suerte otro día.
Yo la mano he perdido,
A ti han conseguido quitarte
Un pedazo de tu reino
Que tú reconquistarás.
¡Qué me importa a mí la mano!
Ya que me fue arrebatada
En una buena batalla.

No me quejaré de su pérdida.
Ella, que llevaba el guante
Con valor y por derecho,
Mató docenas de enemigos.
Ahora en mi convento ingresaré
Y el resto de mis días pasaré
Sólo al servicio de Dios.
Cierto, me falta una mano,
Pero quiero seguir cantando
Para los ejércitos cristianos
Todavía algunos cantos.
Y por el reino y por mar
Los caballeros habrán de escuchar:
¡Viva la Caballería! ¡Viva la Cristiandad!
¡Golpead! ¡Atacad!
¡A lor! ¡A lor!

Alfonso escuchó con atención; percibía la fuerza de los versos, los sentía en su sangre, pero no conseguían acallar la voz del sentido común que le hablaba de lo pasajero, que le hacía considerar a aquel viejo caballero un poco ridículo.

Las tropas musulmanas pululaban en derredor de Toledo. Bloqueaban todos los caminos de acceso. Pero el prudente califa se tomaba su tiempo antes de cercar definitivamente la ciudad con todo su poder. En vez de esto avanzó adentrándose hacia el norte y sometió una gran parte de Castilla. Conquistó Talavera, conquistó Maqueda, Escalona, Santa Cruz, Trujillo, conquistó Madrid. Los castellanos se mantenían valerosos. Se resistían poderosamente, sobre todo los príncipes de la Iglesia. Cayeron los obispos de Avila, Segovia, Sigüenza. Pero la tremenda superioridad numérica de los musulmanes reducía cualquier resistencia, la firmeza de la resistencia sólo exacerbaba su rabia. Devastaron las tierras, pisotearon los campos, cortaron las vides, dispersaron los ganados.

También sometieron una gran parte del reino de León. Avanzaron hasta el río Duero. Destruyeron la antigua y gloriosa capital, Salamanca. Ocuparon también en Portugal grandes territorios. Tomaron el santo y famoso convento de Alcobaça. Lo saquearon y mataron a la mayoría de los monjes. En todas partes, en la Hispania cristiana, reinaba el hambre, las epidemias, la miseria. Desde el principio de la

reconquista, el país no se había encontrado en una situación tan apurada como ahora después de la insensata batalla de Alarcos.

Los reyes cristianos atribuyeron a Alfonso toda la culpa. León y Navarra negociaron con los musulmanes. El rey de Navarra llegó al extremo de ofrecer al califa una alianza contra los otros príncipes cristianos. Su príncipe heredero se casaría con una hija de Yaqub al-Mansur; quería reconocer al califa como señor feudal y convertir todos los territorios que los musulmanes habían arrebatado a otros reinos cristianos en vasallos del califa. Y una vez se hubo asegurado el norte, el califa se dispuso a poner cerco a Toledo. Desde las almenas del castillo real, Alfonso vio acercarse los arietes y las torres de asedio, despacio, cada vez con mayor violencia.

Castro solicitó dispensa para defender sus propias tierras, el condado de Albarracín.

Alfonso no tenía nada que decir ni qué oponer.

—¿Y qué pasa con mi recompensa? —preguntó Castro.

—¿Recompensa? ¿Por qué?, contestó Alfonso.

Doña Leonor se había quedado durante todo este tiempo en Toledo, creía que la rabia de Alfonso se había agotado en aquella terrible explosión y que ahora, con todos sus sentidos ocupados por los asuntos de la guerra, el recuerdo de la judía se desvanecería con rapidez. Y aunque evitaba cualquier conversación personal con él y se limitaba a la fría *courtoisie*, Leonor estaba segura de que volvería a conquistarlo si esperaba el tiempo suficiente. Esperaba. Pero ahora que el enemigo rodeaba Toledo no podía seguir haciéndolo por más tiempo. Su presencia aquí era un estorbo y en Burgos era necesaria.

En secreto, esperaba que Alfonso le rogara que se quedara. Se presentó ante él. Reunió toda su fuerte voluntad para mostrarse joven, aparecer hermosa. Sabía que el resto de su vida dependía de este encuentro.

Alfonso, tal y como la *courtoisie* lo exigía, la condujo hasta su asiento, se sentó frente a ella, la miró cortés y atento al rostro claro y hermoso. Ella lo examinó con sus serenos ojos verdes. No quedaba nada en él de aquella impetuosidad juvenil que la había cautivado; lo que ahora tenía ante ella era el rostro de un hombre duro, de rasgos afilados, profundamente ceñudo, el rostro de un hombre que había padecido grandes sufrimientos y que tenía muy pocos reparos en causarlos a su vez. Pero también a este Alfonso lo deseaba con toda su alma.

Aquí en Toledo, empezó ella, ya no podía serle de ninguna utilidad. Lo mejor sería que, mientras todavía fuera posible, regresara a Burgos para ocuparse allí de las hijas y esperar el desarrollo ulterior de la guerra. Desde allí también podría negociar con los veleidosos reyes de León y Navarra.

Alfonso había aprendido mucho. Podía ver lo que pasaba por su mente, contemplaba su paisaje interior como si fuera un campo sobre el cual tuviera que librar una batalla. Podría decirle, con las mismas palabras que ella emplearía, cuáles eran sus pensamientos y sus planes. Con toda certeza, estaba absolutamente convencida de que había quitado del medio a la otra con buena intención, para servirlo a él y al reino, y él debía reconocerlo y agradecérselo. Ella era joven, ella era hermosa. Él volvería a aceptarla en su lecho, y Dios se mostraría misericordioso, y ella volvería a darle un heredero. Alfonso estaba seguro de que éstos eran los pensamientos de ella, y sabía que Leonor esperaba que él le rogara que se quedara. Pero había calculado mal. ¡Aunque fuera tan seguro como el Evangelio que ella fuera a darle un hijo varón! Él no volvería a tocar jamás a la asesina de Raquel.

Ella se sentaba muy erguida, pero relajada y tranquila. Esperaba.

—Me alegro de tu decisión, Doña Leonor —dijo él, y sonrió cortésmente con sus delgados labios—. Me prestarás a mí y a toda la cristiandad un gran servicio yéndote a Burgos y utilizando tu probada inteligencia para negociar con esos reyes cobardes y renegados. También me alegrará saber a nuestras hijas bajo tu protección. Pondré gustosamente a tu disposición un fuerte séquito.

Leonor escuchó, reflexionó. Su pasión por la judía parecía haber desaparecido. Si a pesar de todo le hablaba con tanta frialdad y no sin cierta burla, era sólo porque consideraba su deber caballeresco tomar partido por la muerta. Leonor se sintió suficientemente fuerte como para luchar por él contra la muerta. Dijo:

—He oído decir que no has hecho ningún intento para retener a Castro.

Los ojos de Alfonso se volvieron peligrosamente claros. Era verdaderamente desvergonzada esta mujer, iniciando de nuevo aquella desagradable conversación. Pero se dominó.

—Has oído bien —contestó—. Ni se me ocurrió intentar convencer a un hombre que huye cuando me encuentro en una situación apurada.

Leonor contestó también con voz sosegada:

—Creo, Don Alfonso, que juzgas con demasiada dureza al caballero. Su ducado está realmente amenazado por el emir de Valencia. Yo le había ofrecido perspectivas de una recompensa, y tú lo has hecho esperar demasiado tiempo. Es justo que haya pensado que se le escamoteaba su premio.

Alfonso empalideció tremendamente, los pómulos sobresalían todavía con mayor dureza en su demacrado rostro. Pero consiguió conservar la máscara cortés.

—Con la ayuda de Dios —dijo— conservaré Toledo también sin la ayuda de Castro.

—No se trata de eso —repuso Leonor—, ya lo sabes. Debemos evitar que haga como nuestros primos de León y Navarra e intrigue con los musulmanes. O que se ponga de su parte como hizo el Cid Campeador cuando tu antepasado Alfonso lo recompensó mezquinamente. No es la primera vez que lo humillamos, y él es sensible. No me parece que pueda resultarnos provechoso arrojarlo en brazos de los musulmanes. ¿No quieres donarle el castillo, Don Alfonso?

De nuevo, y ahora con un maligno sentimiento de triunfo, volvió a darse cuenta Alfonso de lo que ella pretendía. Raquel estaba muerta, ella, Leonor vivía y estaba en pie ante él, fría, principesca y tentadora, y quería que él renegara de los muertos de modo que todo volviera a ser como antes. Pero aquella hija de la dama Ellinor se equivocaba. Raquel vivía.

—No creerás en serio, Doña Leonor —dijo—, que además voy a premiar al traidor que me deja en la estacada. Compro los servicios de *routiers* pero no los de caballeros. Además, no me parece aconsejable disgustar a mis judíos de Toledo en estos tiempos de penuria, y esto es lo que haría si honrara de ese modo al asesino de su mejor hombre. Con toda seguridad, mi inteligente Leonor tan lista en asuntos de Estado, lo comprenderás.

En su clara voz había sólo un leve matiz de ironía. Pero ese ligero tono de burla hizo que Leonor perdiera toda su prudencia.

—¡Le he prometido a este hombre el castillo! —dijo con voz estridente—. ¿Dejarás que crea que le he mentido? ¿Quieres poner en evidencia a tu reina para adular a tus judíos?

Alfonso, en su interior se sintió lleno de júbilo: «¿Oyes, Raquel, cómo se enfurece? Pero no pondré mi sello en lo que ella haga. No voy a ratificar su asesinato. No le daré a tu asesino la casa». Dijo:

—En tu lugar preferiría no hablar de esa promesa, Leonor.

Sólo ahora reconoció Leonor que no había conseguido nada eliminando a Raquel. Así como su madre, matando a aquella mujer a la amante de Enrique, sólo había conseguido destruir su propia vida, también ahora ella había sido vencida para siempre por la judía muerta. El miedo la apresó férreamente: debería pasar toda su vida estéril y sola. Ante ella se extendía aquella gris desolación de la que había hablado su madre, la acedía que desgarraba el corazón. Un tiempo largo y vacío.

Se negaba a aceptar aquella cruel certeza. Miró al hombre, ella lo amaba, no tenía nada más que aquel hombre. Debía conservarlo. Dijo suplicante, con desesperada humildad:

—Me humillo como nunca se ha humillado una mujer de mi estirpe: deja que me quede en Toledo, Alfonso. No hablemos más de Castro, pero deja que me quede

contigo, deja que estemos juntos en este tiempo de penuria.

Alfonso repuso, y cada palabra brotó con claridad y frialdad de sus labios:

—No tiene ningún sentido, Leonor. Te diré la verdad: Tú hiciste que mi corazón se secara cuando la mataste.

Un viejo y triste verso en latín resonó en la mente de Leonor una poetisa de Grecia lo había compuesto:

La luna se ha puesto,
también las pléyades,
ha llegado la medianoche,
las horas pasan,
pero yo duermo sola.

Se controló, permaneció en pie muy erguida, y dijo:

—Me dejas de piedra al decirme esto. Y, sin embargo, he hecho bien, y lo he hecho por ti, y volvería a hacerlo. Al día siguiente partió hacia Burgos.

Capítulo VII

CUANDO Musa se enteró de que el canónigo había quemado la crónica hizo al amigo dulces reproches. Le hizo ver que la historia del mundo recopilada por los cronistas es la memoria de la humanidad. Los ilustres antiguos habían honrado a una diosa del arte de escribir historia, y judíos, cristianos y musulmanes creían, y con razón, que Dios se complacía en la obra de los cronistas.

—Mi obra no era grata a Dios —contestó huraño el canónigo—; se me ha negado el don de ver la mano de Dios en los acontecimientos. No he comprendido los acontecimientos; todo lo que anotaba era falso. No debía continuar con mi obra, no debía permitir que siguiera existiendo. Ciego yo mismo, no debía conducir a otros ciegos fuera del camino. Tú lo tienes fácil, amigo Musa —continuó triste y amargado —, tú tienes tus propias directrices, todavía no te has dado cuenta de que son falsas, y puedes seguir escribiendo tranquilamente.

Musa intentó consolarlo:

—También tú, mi muy respetado y apreciado amigo, encontrarás nuevos principios que te parecerán correctos durante algunos años.

El viejo sabio se pasaba ahora todo el día fuera. El hambre y las epidemias reinaban en la sitiada ciudad, había cada vez más enfermos que requerían sus artes y sus curas.

Por supuesto, era consciente de las limitaciones de su ciencia. La medicina musulmana, le explicó al canónigo, no había avanzado desde hacía mucho tiempo. Desde que el intolerante Alghazali había declarado herejía todo saber que no procediera del Corán, también la ciencia médica de los musulmanes estaba en decadencia, y ahora eran los judíos quienes habían tomado definitivamente la delantera en la medicina.

—El sultán tiene razón —explicó— al otorgar el cargo de médico de cabecera suyo al judío Mose Ben Maimón. Nosotros, los musulmanes, no tenemos a nadie que pueda comparársele. Nuestra cultura ya ha dejado atrás su época de florecimiento. Por lo demás —concluyó—, la Naturaleza ha puesto limites a todas las artes médicas, y no es mucho tampoco lo que el mejor maestro puede hacer. Es tal y como Hipócrates enseñó: «La medicina consuela con frecuencia, alivia de vez en cuando y cura raras veces».

En cualquier caso, al arzobispo Don Martín no podía ayudarle ningún médico: sus heridas eran mortales. Todos lo sabían, él mismo lo sabía. Pero en medio de su gran agonía se agarraba tenazmente a la vida. Intentaba continuar trabajando. Exigió que Don Rodrigue lo visitara diariamente para informarle acerca de todos los asuntos.

Pero había otro motivo más profundo por el que el arzobispo deseaba tan ardientemente la compañía de Don Rodrigue: durante el tiempo que todavía le había sido concedido para expiar sus pecados, quería mortificarse, mucho y con frecuencia, por medio del enojo que le causaba su pacífico secretario. Allí yacía, oliendo un limón, gimiendo y provocando al otro. Expresaba su satisfacción acerca del terrible y merecido fin del judío Ibn Esra y de su hija. Tal y como lo esperaba, el canónigo le reprochó aquella alegría tan poco cristiana, y él, en correspondencia, echaba en cara a Rodrigue que esta exagerada misericordia era poco propia durante la Guerra Santa.

En otra ocasión pronunció de nuevo para sí aquella terrible frase del canto de guerra de Moisés: *Dominus vir pugnator*, el Señor es un fuerte guerrero, y le rogó con amable malicia:

—Dime el texto hebreo, mi querido e instruido hermano.

Y como el otro no supiera de memoria este texto, le reprochó con suavidad:

—Naturalmente, tú, mi querido amigo, manso de corazón, no recuerdas este tipo de versículos, pero ¿no es maravilloso el verso en latín? *Dominus vir pugnator* —repitió para sí varias veces, con deleite, esperando la réplica del canónigo.

Pero éste no tenía corazón para replicar al belicoso amigo tan cercano a la muerte con versículos de las Escrituras que hablaran de la paz. Guardó silencio.

La mayor preocupación de Don Martín era a quién nombraría el rey sucesor suyo. El arzobispo de Toledo, el primado de Hispania, era, después del rey, el hombre más poderoso de Castilla. Sus ingresos eran superiores a los del rey su influencia, incalculable. Constantemente, por lo tanto, Don Martín acosaba al rey para que eligiera al hombre correcto.

—Escucha las palabras de un moribundo —le conminaba—, nuestro querido Don Rodrigue es sabio y piadoso, casi un santo, y no podrías encontrar mejor consejero en tus asuntos con Dios. Pero para los asuntos de este mundo, para los asuntos de la guerra, no es el hombre adecuado, y como arzobispo de Toledo no te daría ningún dinero o en todo caso demasiado poco para tu ejército. Así pues, mi querido hijo y rey, te suplico que no sientes en el trono de San lldefonso a ningún hombre sin energía, sino a un auténtico caballero cristiano, tal y como yo mismo lo fui con toda modestia y con todos mis defectos.

Ya ese mismo día lamentó Don Martín haber intrigado en contra del canónigo. Lo mandó llamar, se confesó, se quejó:

—¡Oh!, ¿por qué Dios me hizo sacerdote y no comandante del ejército?

Don Rodrigue tuvo que hacer grandes esfuerzos para consolarlo.

Una inaudita e inesperada alegría le fue concedida todavía al moribundo. Después de tener que dar diferentes rodeos, y a causa de los musulmanes que se extendían por todas partes, con muchas semanas de retraso, llegó un mensajero con una carta del Papa.

El Santo Padre impartía al rey la enérgica orden de despedir de una vez a su Escribano judío, aquel funesto Ibn Esra. ¿Cómo podía Don Alfonso llevar a buen fin una Guerra Santa teniendo como principal consejero a un hereje?

—Ya ves, mi querido y venerable hermano —se regocijó Don Martín ante el canónigo—, nuestros piadosos y valientes castellanos actuaron con el espíritu de los lugartenientes de Cristo cuando castigaron al judío. ¿Fue entonces mi corazón realmente malvado al deleitarse en ello?

La alegre excitación destruyó las últimas fuerzas del arzobispo. Empezó su agonía. Fue larga y dura. En su espíritu, Don Martín se hallaba en plena batalla, intentaba gritar: ¡*A lor! ¡A lor*! Lanzaba estertores, luchaba y sufría.

Musa fue de la opinión que lo más humano sería darle al moribundo un fuerte bebedizo para adormecerlo.

—No es humano abreviar la vida —le replicó el canónigo. Y el arzobispo tuvo que sufrir durante dos horas antes de que finalmente muriera.

En los alrededores de Trípoli habían estallado nuevas revueltas, y, para poner orden en sus fronteras orientales africanas, el califa tenía que utilizar tropas de Hispania. Renunció a sus conquistas en el norte de la Península. En medio de la victoria se retiró. Don Alfonso respiró aliviado.

De la noche a la mañana volvió a ser el caballero y el rey que había sido antes. Ante el canónigo dio rienda suelta a su júbilo. Ahora borraría la vergüenza de Alarcos, reuniría las tropas que le quedaban. Rechazaría al enemigo. Avanzaría hacia el sur sin detenerse, tomaría Córdoba, y, a pesar de todos los pesares, Sevilla.

El canónigo se horrorizó. Aquello que tenía que oír le parecía una locura criminal. Desde que había visto derrumbarse al rey al recibir la noticia del asesinato de Raquel, Rodrigue, en medio de su desesperación, había alimentado la leve esperanza de que Alfonso, tras haber recibido tan duros golpes, arrancaría de su pecho el disparatado espíritu de la caballería. Sí, para el canónigo se había convertido en una cuestión personal la salvación del rey en este sentido: Si Alfonso cambiaba como consecuencia del castigo que había recibido, entonces, en definitiva, habría habido un sentido en

todos aquellos horrores y desgracias. Y ahora que por primera vez era sometido a prueba, Alfonso había fallado.

Rodrigue no estaba dispuesto a aceptar aquello sin luchar.

—¿Acaso —replicó al rey—, el sur musulmán no estaba en su totalidad intacto y floreciente? ¿Acaso el ejército del califa no seguiría siendo muy superior en número al de los cristianos? Si Castilla cuando todavía estaba pletórica de fuerzas, había sido derrotada tan gravemente, ¿cómo podría atacar con éxito ahora que estaba cruelmente debilitada?

—No lleves a cabo una segunda batalla de Alarcos —dijo— y agradece a Dios humildemente tu salvación. Al parecer el califa está dispuesto a negociar. Firma la paz bajo cualquier condición aceptable.

Desde lo más profundo de su ser Alfonso había sabido desde el principio que ése era el camino correcto. Tan pronto como Rodrigue pronunció la palabra Alarcos, se encabritó el viejo orgullo del rey. ¿Debía plegar las alas ahora que soplaban los buenos vientos que Dios inesperadamente le había enviado? ¿Debía hacer callar a su voz interior que le gritaba ¡ataca!, ¡ataca!? Con ligereza, con la vieja arrogancia, con amable superioridad, contestó:

—Ahora, mi padre y amigo, había en ti el sacerdote y el santo, del cual me advirtió el consejo de Don Martín. Me adviertes recordándome a Alarcos, pero ahora las cosas están de muy diferente manera. El califa está efectuando su retirada, y es una vieja y eficaz regla de estrategia perseguir al enemigo cuando este retrocede. Ciertamente, los musulmanes siguen teniendo la supremacía y requiere valor atacarlos. Pero ¿quieres impedirme que demuestre mi valor?

Vultu vivax. Rodrigue vio con dolor e indignación a través del rostro de Alfonso la cara del irrefrenable Bertrán.

—¿Estás ciego? —le gritó a Alfonso—, ¿no han sido las señales de Dios bastante claras?, ¿quieres poner a prueba su paciencia por segunda vez?

Alfonso, con la misma sonriente seguridad, dijo:

—Debes concederle al rey de Castilla que interprete los signos de distinta manera que tú. Fui temerario cuando ataqué en Alarcos, lo reconozco, he merecido un castigo, y Dios me ha castigado. Ha arrojado sobre mí una amarga derrota, me ha mandado a los jinetes del Apocalipsis, y fue un castigo justo, lo acepto. Pero después me quitó a mi Raquel, ¿y tú pretendes que también su muerte pertenezca a la penitencia por Alarcos y por mi osadía? No, Dios me ha castigado de un modo tan extraordinariamente cruel precisamente porque estoy más cerca de su corazón que otros. Dios ha querido demostrar su poder en mí, ahora lo ha demostrado, y su intervención ha obligado al califa a retirarse, y por eso venceré.

Una gran ira dominó a Rodrigue. Este empecinado caballero quería cerrar los ojos para persistir en su ceguera. Pero él, Rodrigue, se los haría abrir. Debía ser duro ahora; sería misericordioso siendo duro. Pensando en el efecto que el informe de Benjamín había hecho sobre sí mismo, dijo lleno de severo triunfo:

—La muerte de tu Raquel forma parte de tu castigo. Esto que tan orgullosamente discutes es la pura verdad. Raquel tuvo que morir por culpa de tu ligereza caballeresca.

Y le contó lo que sabía por Benjamín, que Raquel y su padre sólo habían rechazado la protección de la judería porque Alfonso le había dicho que lo esperara en La Galiana.

El recuerdo cayó sobre Alfonso como una terrible marea, y comprendió. El airado sacerdote tenía razón: había sido culpa suya. ¿Por qué no se marcharon a la judería?, había preguntado Leonor y se había preguntado él mismo. Ya no se acordaba de que él había dado a Raquel aquella orden. Lo había olvidado por completo, y ahora el recuerdo aparecía ante él con agudeza y claridad. Dos veces le había dado la orden expresa, con ligereza, sin pensarlo. Había hablado mucho y con petulancia aquella última noche, pero ella había tomado en serio todo su parloteo y su charlatanería, y también su irreflexiva orden la había grabado en su interior. Y por eso había muerto. Y, sin embargo, él ni siquiera se había despedido de ella. Se había marchado a caballo, lleno de su frívolo heroísmo, la había olvidado y había corrido a su absurda batalla. Y por esa causa murieron sus caballeros de Calatrava, y el hermano de ella, Alazar también había muerto; y se había perdido la mitad de su reino, y ella y su padre habían muerto.

Y ahora se disponía a luchar en una nueva y absurda batalla.

Se quedó mirando fija y neciamente al vacío. Pero veía algo. Vio aquel rostro que se le había aparecido junto a la descuidada sepultura de La Galiana, el silencioso y elocuente rostro de Raquel.

Su ensimismamiento se vio roto por la voz de Rodrigue.

—No te sigas envaneciendo por más tiempo, Don Alfonso —le dijo—, no te imagines que eres más caro al corazón de Dios que los demás. No ha sido por amor a ti que Dios ha permitido la retirada del califa. Tú eres sólo un instrumento del que él se sirve. No te consideres el ombligo del mundo, Don Alfonso. Tú no eres Castilla. Tú eres uno de los miles y miles de habitantes de Castilla. Aprende la humildad.

Alfonso miraba ante sí, ausente, pero escuchaba.

Dijo:

—Quiero reflexionar a fondo sobre tus palabras, amigo Rodrigue. Actuaré según tus palabras.

Hizo saber al califa que estaba dispuesto a iniciar las negociaciones de paz. Como el califa era el vencedor, estableció muchas condiciones antes de iniciar las negociaciones. Exigió entre otras cosas que Alfonso mandara delegados a Sevilla. Todo el mundo debía saber que Alfonso, que era quien había roto la tregua con Sevilla y quien había provocado la guerra, acudía ahora, vencido, a los que habían sido asaltados, para solicitar la paz. Alfonso se resistió larga y tenazmente. El califa insistió. Alfonso cedió.

¿Pero quién debería ir a Sevilla en calidad de parlamentario? ¿Quién poseía la prudencia, la rapidez, la flexibilidad y la astucia necesarias? ¿Quién tenía el porte y la dignidad interior para aquel cargo difícil y humillante? Manrique era demasiado viejo y no se podía mandar al sacerdote Rodrigue a los herejes. Rodrigue propuso confiar la misión a Don Efraim Bar Abba, el jefe de la aljama.

Alfonso ya había pensado en ello. Efraim había demostrado ser un hombre inteligente en difíciles asuntos; y el judío, con toda seguridad, podía asumir mejor que un grande o un caballero las humillaciones a las que un enviado de Castilla tendría que enfrentarse en Sevilla. Pero Alfonso pensaba con desazón en Efraim. Durante todo el tiempo había evitado encontrarse con él, aunque muchos y diversos asuntos requerían ser aclarados. De los tres mil hombres que la aljama había puesto a su disposición, la mayoría había muerto. ¿Le guardarían rencor los judíos por ello?, y ¿no le guardarían rencor también por la muerte de su Ibn Esra?

Ahora que Rodrigue había propuesto a Efraim, el rey le habló de estos sentimientos. Poco a poco, a medida que hablaba, se iba llenando de ira y permitió que sus más secretos recelos salieran a la luz.

—¡Todos estos judíos están aliados! —rugió—. Seguro que Jehuda conspiró con Efraim. Con toda seguridad ellos saben dónde está mi hijo. Y si no me lo devuelven por las buenas, los obligaré a ello. Al fin y al cabo, soy el rey, y los judíos son de mi propiedad. Puedo hacer con ellos lo que quiera, esto me lo explicó el mismo Jehuda. No consentiré que se venguen en mi hijo.

Rodrigue, consternado por este arrebato, no siguió insistiendo en el nombramiento de Don Efraim.

Sin embargo, Alfonso sentía un creciente deseo de ver a Efraim y de hablar con él. Pero no sabía si iba a exigirle que le entregara a su hijo o a pedirle que fuera su enviado.

Lo hizo llamar a su presencia.

—Ya sabes, Don Efraim —empezó—, que el califa quiere negociar la paz.

Y puesto que Efraim sólo se inclinó en silencio, añadió de inmediato:

—Probablemente, sabes tú más que yo acerca de este asunto y ya conoces las condiciones.

Don Efraim estaba en pie ante él, delgado, viejo, frágil. Resultaba inquietante que Alfonso, desde la derrota de Alarcos y el asesinato de Jehuda, no lo hubiera hecho llamar; y era muy posible que los sentimientos de culpa del rey se descargaran en nuevos actos de violencia sobre los judíos. Efraim debía tener mucho cuidado.

—Hemos celebrado servicios religiosos de acción de gracias —dijo— en cuanto el enemigo se ha retirado de Toledo, y hemos rogado a Dios que haga caer sobre ti nuevas bendiciones.

Don Alfonso prosiguió, burlándose de él:

—¿No consideras injusto que el cielo me muestre de nuevo tantas gracias? Con toda seguridad, me consideráis culpable de la muerte de vuestros hombres y del asesinato de vuestro Ibn Esra.

—Hemos sufrido y rezado —contestó Don Efraim.

Alfonso preguntó directamente:

—Así pues, ¿qué sabes de las condiciones de paz?

Efraim contestó:

—Con exactitud, sabemos menos que tú. Suponemos que el califa querrá conservar toda la zona al sur del Guadiana. Probablemente reclamará para su tesoro un elevado pago anual, y para el emir de Sevilla una importante indemnización de guerra. También exigirá, con toda seguridad, que la nueva tregua se establezca para un largo periodo de tiempo.

Alfonso, muy sombrío, dijo:

—¿No debería antes de aceptar algo parecido continuar con la guerra? ¿O consideráis que estas condiciones son justas? —preguntó malicioso.

Efraim dudó en su respuesta. Si ahora hablaba en favor de la tregua y de la paz, podía suceder que el rey dejara caer toda su ira sin sentido sobre la aljama y sobre él mismo. Se sentía tentado a eludir la pregunta, a responder con algo respetuoso que no quisiera decir nada. Pero Alfonso lo tomaría como una señal de asentimiento, y sólo esperaba al más ligero aliento para continuar con su absurda guerra. Y Dios no haría un segundo milagro, Toledo se perdería, y con Toledo la aljama.

El fallecido Jehuda, en parecidas situaciones desesperadas y en asuntos igualmente embarazosos, se había atrevido con frecuencia y repetidamente a aconsejar a este rey cristiano en favor de la paz y del sentido común. Durante un siglo, los consejeros judíos habían advertido a sus reyes castellanos para que actuaran con sensatez.

—Si quieres oír la opinión sincera de un hombre viejo, mi señor —dijo finalmente con voz quebrada—, entonces te aconsejaría firmar la paz. Has perdido esta guerra. Si sigues adelante con ella, antes alcanzarán los musulmanes los Pirineos que tú el mar del sur. Sean cuales fueran las condiciones que ponga el califa, y siempre y cuando se contente con una frontera al sur de Toledo, firma la paz.

Alfonso iba de un lado para otro, en sus ojos podía verse aquel peligroso y claro brillo, su frente estaba profundamente fruncida. Lo que el judío decía era una insolencia. Lo haría detener y encerrarlo en el más profundo calabozo hasta que lamentara su insolencia y le entregara a su Sancho. Y reuniría todos los hombres y caballos que todavía poseía, atacaría por sorpresa a los musulmanes y rompería sus líneas. Sabía que todos aquellos planes no tenían ningún sentido, debía negociar la paz, y además por medio de Efraim. ¡Pero no! ¡No! ¡No ahora! Demostraría a Rodrigue y a este judío que Alfonso todavía estaba vivo. Pero se trataba de un Alfonso derrotado, y el judío tenía razón, y el rey no era ningún estúpido ni ningún criminal, y tendría que mandar a alguien a Sevilla y solicitar la paz. Andaba de un lado para otro, con paso firme, durante un breve minuto, un minuto interminable, y cambió tres veces su decisión.

Don Efraim permanecía en pie en silencio, en posición respetuosa, su rostro no manifestaba ningún temor, pero en su interior se sentía temerosamente tenso. Su mirada seguían al rey, vio en los ojos de éste lo que pasaba en su interior: De pronto, Alfonso se detuvo ante él, muy cerca, y le dijo exigente, maligno:

—Escucha, ya que te manifiestas con tanta pasión en favor de la paz, ¿irías a Sevilla en calidad de mi representante?

Efraim había esperado de aquel hombre imprevisible muchas cosas, tanto buenas como malas, pero no esta oferta. Ocultó su sorpresa, y contra toda cortesía se apartó un poco y levantó su vieja mano en señal de rechazo. Antes de que pudiera hablar, Alfonso le rogaba, inesperadamente amable:

—Por favor no digas enseguida que no. Siéntate y piénsalo.

Se sentaron uno frente al otro. Efraim se rascaba con los dedos de una mano la palma de la otra. Durante toda su vida había evitado llamar la atención. ¡Cuánto se había esforzado en desaconsejar a Jehuda que aceptara cargos esplendorosos! Y ahora era él quien debía asumir esta embajada sobre la que los ojos de todo el mundo se hallaban fijos. Y fuera lo que fuera lo que él consiguiera, la estúpida y desagradecida Toledo gritaría que era una traición, y si el rey lo acreditaba, serían miles los que se sentirían envidiosos. Por otro lado, si como resultado se conseguía una paz duradera, podría prestar al país y a la judería un servicio como pocos habían conseguido antes que él. Aquel hombre, normalmente tan frío y calculador, estaba excitado,

desconcertado. Todo su ser se rebelaba contra esta embajada. Se sentía terriblemente tentado a decir que no, pero pensó en Jehuda y consideró que era su deber decir que sí.

—El califa no aprecia a los judíos —le hizo considerar finalmente al rey.

—Tampoco aprecia mucho a los cristianos —contestó Alfonso.

Efraim dijo:

—Las negociaciones serán largas y yo soy viejo y débil.

El rey se dominó y repuso:

—No es por tu edad ni es por tu naturaleza enfermiza que me dices que no. Temes que sea demasiado tozudo y orgulloso. No lo soy. Me he dado cuenta de que un hombre que ha sido tan derrotado como yo no puede perder tiempo ni regatear: No te pondré trabas, te daré amplios poderes. Estoy dispuesto a pagar al emir de Sevilla una fuerte indemnización de guerra y también un impuesto anual al califa. Un tributo —concluyó con fiereza.

Don Efraim, precavido, sin comprometerse, contestó:

—Creo que tu parlamentario podría conseguir un acuerdo en estas cuestiones, pero déjame saber mi señor, qué es lo que piensas sobre el otro punto importante: la duración de la tregua. No creo que el califa se dé por satisfecho con una paz que vaya a durar menos de doce años. ¿Firmarías un contrato de este tipo?, y ¿estarías dispuesto a respetarlo?

De nuevo estuvo a punto Alfonso de encolerizarse. El judío actuaba como si fuera su confesor. Pero nuevamente el sentido común del rey refrenó su cólera. Cuando tiempo atrás había tenido que incluir las palabras *in octo annos*, durante ocho años, en el contrato con Sevilla, para él, desde un principio, no habían significado otra cosa que tinta sobre el pergamino. Pero esas tres palabras habían hecho acudir al califa al país, habían destruido a sus caballeros de Calatrava. Don Efraim tenía razón al recordarle que si ahora firmaba una paz por doce años, debería quedarse quieto realmente durante doce largos años.

—Veo —dijo— con voz baja y con amargura que has reflexionado largamente sobre los intereses del califa.

Efraim, que había temido un arrebato mucho más terrible, contestó aliviado:

—Es lo que hace cualquiera que se siente interesado por los asuntos públicos.

Alfonso guardó silencio mientras meditaba profundamente. Efraim siguió hablando persuasivo:

—Una paz larga te será de más utilidad a ti que a los musulmanes. Por muy ardientemente que lo desearas, no podrías emprender una gran guerra muy pronto, necesitas tiempo, toda la Hispania cristiana, tan terriblemente asolada, necesita tiempo para reponerse.

Alfonso dijo:

—Doce años. Exiges mucho, anciano.

Efraim repuso ofendido, casi con brusquedad:

—Te lo ruego, mi señor no me mandes a Sevilla.

Alfonso respondió:

—Te concedo los doce años.

Se levantó y volvió a pasear de un lado para otro.

—Deseo —dijo— que partas tan pronto como te sea posible hacia Sevilla. Hazme saber qué poderes necesitas y elige a tus acompañantes.

—Puesto que lo ordenas —admitió Efraim—, formaré parte de la delegación, pero sólo como su hombre de finanzas o como su secretario. A la cabeza de la legación ten la bondad de poner a uno de tus grandes. Si no, los musulmanes estarán mal dispuestos desde el principio.

Alfonso contestó:

—Habrá dos de mis barones, o incluso tres, que te acompañen. Pero sólo a ti te otorgaré poderes.

Efraim se inclinó profundamente.

—Con la ayuda de Dios, intentaré traerte una paz no demasiado desventajosa —dijo—, y se dispuso a retirarse.

Pero Alfonso no le despidió todavía. Le indicó titubeando:

—Hay todavía otra cosa, Don Efraim, sobre la cual quiero pedir tu consejo. La herencia de mi fallecido amigo y Escribano Don Jehuda debe ser muy importante. No creo que haya parientes que tengan derecho a reclamaría. ¿O sabes tú de alguno?

Don Efraim, de nuevo alertado, repuso:

—En Zaragoza hay un primo de Don Jehuda, bendita sea la memoria del justo, Don Joseph Ibn Esra. De acuerdo con nuestras leyes y costumbres, tendría derecho a un décimo de la herencia. Aconsejaría a Vuestra Majestad ceder a Don Joseph su parte de la herencia. Te prestará buenos servicios en todo lo que se refiera al difícil asunto de hacer efectivos los cobros pendientes que Don Jehuda tenía en todas las partes del mundo.

Alfonso contestó:

—Será como tú propones. También he pensado poner a disposición de la aljama de Toledo parte de la herencia.

—Eres muy generoso, mi señor —dijo Don Efraim—, ¿eres consciente de que se trata de una suma muy elevada? Después del arzobispo de Toledo, Don Jehuda era el hombre más rico de tu reino.

El rey no sin timidez, añadió:

—Quiero que el resto del patrimonio existente sea administrado por los funcionarios del Tesoro de la corona hasta que se encuentre al principal heredero, al hijo de Doña Raquel. Además —concluyó como si no tuviera mucho que ver—, hay documentos que otorgan a este hijo de Doña Raquel todos los derechos y títulos del condado de Olmedo. El mismo Jehuda los hizo preparar. Efraim repuso con sequedad:

—Estás en tu derecho, mi señor de tomar lo que quieras de la herencia de Jehuda para el Tesoro de la corona, y nadie puede reprochártelo.

Alfonso, en un arranque, con voz un poco ronca, dijo:

—Mi fallecido amigo Jehuda se reunía con frecuencia contigo y probablemente sabes muchas cosas. No quiero apremiarte, anciano, y preguntarte qué es lo que sabes. Pero la idea de que mi hijo se encuentra entre vosotros y que yo no lo conozco me oprime. Debes comprenderlo. ¿Querrás ayudarme?

Alfonso hablaba con tono suplicante, con dulzura, lo que lisonjeó a Efraim y lo asustó. Era una misión peligrosa la que su amigo-enemigo fallecido había cargado sobre sus hombros. Dijo:

—Nadie sabe, mi señor y nadie puede ya averiguar si Don Jehuda Ibn Esra tuvo algo que ver con la desaparición de su nieto. Si así fue, en un asunto tan delicado seguramente no acudió más que a una persona para que le ayudara, a una persona fiable y que guarde silencio.

Alfonso se sintió humillado y contrariado, pero en contra de su voluntad no cedió, y dijo:

—Te creo y no te creo. Me temo que aunque supierais algo no me lo diríais. Te confieso que me reconcome el alma que mi hijo crezca entre vosotros y aprenda vuestras costumbres. Debería odiaros por ello, y a veces os he odiado.

Efraim replicó:

—Te pregunto de nuevo, mi señor, si realmente quieres que un hombre del que piensas de este modo represente tus intereses y los intereses del reino en Sevilla.

El rey dijo:

—A veces alimenté también desconfianza contra Don Jehuda, pero a pesar de todo sabía que era mi amigo. Eres viejo y experimentado y conoces la naturaleza de los hombres, y por lo tanto puedes comprender que así fuera. Quiero que vayas a Sevilla por mí. Sé que no tengo a otro mejor a quien mandar.

Efraim sintió cierta compasión, no exenta de satisfacción. Dijo:

—Quizás llegue un tiempo en el que aparezcan unos y otros pretendiendo ser el desaparecido. Te aconsejo, mi señor, que no te preocupes por ello. Probablemente se tratará de un engaño. Deja en nuestras manos el averiguar qué hay de cierto en ello, y no añadas a tus muchas otras preocupaciones esta carga. Confórmate, Don Alfonso.

Tienes unas buenas hijas, nobles infantas, que algún día llegarán a ser grandes reinas. Tus nietos se sentarán en el trono de Hispania y, con la ayuda de Dios, unificarán los reinos de la Península.

Y de un modo enigmático, aunque el rey lo comprendió, concluyó:

—Don Jehuda Ibn Esra está muerto, su hijo y su hija están muertos. Si alguien ha quedado de su estirpe, es tan sólo ese nieto. Y Don Jehuda renegó del islam y volvió al judaísmo de sus antepasados, y éste es su legado.

Don Alfonso se dio cuenta de lo que significaba dejar que Efraim, el judío, el comerciante, llevara a buen fin la guerra que él no había conseguido ganar. Había dejado de lado su irreflexiva caballería, se había despedido de Bertrán, había concluido con su pasado y su juventud. No lo lamentaba, pero sentía casi físicamente la renuncia, el vacío.

En el camino que ahora había emprendido no había atractivos caminos laterales llenos de misterio, su camino actual no lo conducía a ninguna lejanía azul y centelleante, discurría desolado y sereno en línea recta hacia un objetivo sólido y formal. Pero ahora que por fin lo había emprendido estaba dispuesto a recorrerlo hasta el final. Él mismo se pondría cadenas antes de volver a poner en peligro la amarga paz que había destruido por medio de dulces y heroicas aventuras.

Durante toda una noche no durmió. Ponderó, rechazó, sopesó de nuevo, decidió, rechazó.

Decidió.

Manifestó a Rodrigue, con una muy ligera sonrisa, que por fin quería ocupar de nuevo los destruidos obispados de Avila, Segovia y Sigüenza, y que quería entregarle a él, a Rodrigue, el obispado de Sigüenza.

Rodrigue, enojado y sorprendido, preguntó:

—¿Quieres librarte de tu molesto amonestador?

Alfonso rió con fuerza, y en sus rasgos reapareció el encanto y la picardía juvenil desaparecidas.

—Esta vez —dijo— desconfías de mí injustamente, reverendo padre. No quiero tenerte lejos, quiero ligarte más estrechamente a mí. Pero si estoy bien informado, las leyes de la Iglesia no permiten que un canónigo sea ascendido hasta ser nombrado arzobispo de Toledo sin pasar por los cargos intermedios.

Tumultuosamente y contradictorios se acumulaban los pensamientos en Rodrigue. Alfonso quería hacerlo primado de Hispania. Rodrigue era bueno haciendo conjeturas, pero aquel hombre modesto nunca habría soñado un encumbramiento semejante; le

había sorprendido extraordinariamente que Don Martín hubiera temido algo parecido. Así pues, en el futuro, no iba sólo a aconsejar y a opinar: podría disponer de los más elevados ingresos del reino, contribuiría en gran medida a decidir sobre la guerra y la paz. La idea lo dejó anonadado. Lo que caía sobre él era una bendición y una gracia y una pesada carga.

Don Alfonso vio el conmovido rostro de Don Rodrigue, y medio en broma y medio en serio le dijo:

—Por supuesto, durante un par de meses tendrás que irte a Sigüenza y no podré verte. El Santo Padre es un duro negociador; no podré convencerlo muy rápidamente de que te otorgue el palio. Pero no me importa lo que me cueste, al final lo conseguiré. Quiero tenerte como segundo hombre del reino —continuó con infantil tozudez—, me has hecho quitar el cómputo del tiempo hispánico, pero quiero tenerte como primado de Hispania.

Musa, cuando oyó el nuevo cariz que tomaban las cosas, quedó desconcertado. Rodrigue iba a irse a Sigüenza. ¿Cómo iba él, el musulmán, a seguir viviendo en Toledo sin la protección del canónigo? No sería la primera vez que anduviera errante y fugitivo y sin amigos. El ultimo tramo de su vida aparecía ante él desolado e inhospitalario.

Pero aquel hombre, sabio y buen conocedor de la humanidad, no olvidó en su preocupación, la bendición que aquel cambio ofrecía al canónigo, y encontró palabras de cálida simpatía:

—Los muchos asuntos de tu nuevo cargo —dijo— te librarán pronto de la acedía, de las tristes reflexiones de estos últimos meses. Tomarás decisiones y llevarás a cabo empresas que influirán en muchos destinos. Y este trabajo —continuó animado— te espoleará, espero, a volver a retomar tu crónica. Sí, mi respetado amigo —concluyó alegremente pensativo—, quien contribuye a marcar el rumbo de la Historia, con toda seguridad se sentirá también tentado a interpretarla.

Y de hecho, apenas el rey le había ofrecido el arzobispado, había aparecido en la mente de Rodrigue esta tentación. Primero Don Alfonso se había impuesto a sí mismo al prudente y amonestador Efraim; ahora, por propia iniciativa, se obligaba a depender de él, de Rodrigue, de aquel hombre poco caballeresco y amante de la paz. Sólo un Alfonso que hubiera cambiado interiormente podría atarse a un doble azote de este tipo. Este convencimiento hizo crecer en Rodrigue una pequeña y nueva confianza y una bienaventurada sensación y la sospecha de que, a pesar de todas aquellas turbias argucias, podía haber un sentido en los terribles acontecimientos que habían sucedido aquel último año. Pero se prohibió a sí mismo abandonarse a estos sentimientos y no

les permitió condensarse en claros y ordenados pensamientos, no quería volver a sufrir una segunda decepción.

Casi apasionadamente contestó a Musa:

—No pienso ni de lejos en volver a retomar mi crónica. He destruido todo mi material, ya lo sabes.

—Tu academia puede conseguirte de nuevo todo este material en un plazo de tiempo no muy largo —contestó tranquilamente Musa—. También hay muchas cosas en el material que yo tengo que pueden serte de utilidad. Las reuniré gustosamente para ti. Aunque, claro —continuó con el rostro apagado—, no será muy fácil mantener el contacto contigo. ¡Quién sabe en qué rincón de la tierra tendré que esconderme cuando ya no esté bajo tu protección!

Inicialmente, Rodrigue no comprendió. Después se alteró:

—Pero ¿qué es lo que piensas? Por supuesto, vendrás conmigo a Sigüenza.

Musa resplandeció. Pero su cortesía musulmana le ordenaba poner excusas.

—¿No resultaré muy chocante —dijo—, en el palacio del obispado de Sigüenza? A los que vivan bajo tu báculo les parecerá muy extraño que tengas en tu casa como huésped a un circunciso.

—¡Y qué sí se lo parece! —contestó impulsiva y brevemente Rodrigue.

Musa, todavía con la ancha y feliz sonrisa en su feo rostro, continuó:

—También debo advertirte que tendrás auténticas dificultades conmigo. Porque a partir de este momento no te dejaré en paz ni un solo momento hasta que te pongas a trabajar de nuevo en tu crónica.

Ya a partir de entonces, estando todavía en Toledo, aguijoneaba al amigo y lo enredaba en amplios debates filosóficos e históricos.

Permanecía en pie junto a su pupitre, garabateando, y le decía por encima del hombro:

—No es casualidad que nosotros, los musulmanes, hayamos tenido que renunciar de nuevo a Toledo cuando ya la teníamos prácticamente en nuestras manos. Nuestro tiempo, la época dorada de nuestro poder, lamentablemente ha pasado, y las desavenencias internas que reclamaban la atención del califa en medio de la victoria se repetirán. Esto es tan seguro como las reglas matemáticas de Alcharesmi. El imperio universal de los musulmanes, a pesar de lo poderoso que parece, es demasiado viejo. Se desmorona.

Tal y como Musa lo había esperado, Rodrigue mordía el anzuelo.

—¿Te atreves a decir que vuestro tiempo ha pasado? —contestó—. ¡Pero si habéis vencido! Nuestro ejército ha sido destruido, vuestras fronteras llegan prácticamente a las puertas de Toledo, nuestro orgulloso Don Alfonso os paga tributo —se apasionó—.

¡El dominio de los musulmanes en decadencia! ¡La gran época de los musulmanes terminada! Por tres veces, en el transcurso de este siglo, nos hemos lanzado sobre vosotros con ejércitos tan numerosos como el mundo todavía no había visto. Quinientas veces mil caballeros cristianos y mil veces mil hombres de otros pueblos cristianos han caído en estas cruzadas. Por no hablar de la muerte, las epidemias y la miseria en los propios países. Y la Ciudad Santa sigue estando en vuestro poder como hace cien años. Y tú te quejas de que vuestro reino está en decadencia.

Musa le contestó amablemente:

—Finges ser menos sabio de lo que eres, mi venerable amigo. Colocas la historia de pocas décadas o de un siglo dentro de un marco y haces como si se tratara de algo cerrado. Pero nosotros, tú y yo, no queremos tan sólo describir lo que sucede hoy y un poco de lo que sucedió ayer; nosotros intentamos desentrañar el sentido de los acontecimientos, queremos descubrir adónde van encaminados esos acontecimientos y señalar hacia el futuro como verdaderos emisarios de Dios. Y al hacerlo, lamentablemente, se pone de manifiesto que vuestras cruzadas de ningún modo han sido fracasos. Ciertamente, teniendo en cuenta vuestras conquistas en este último siglo, en lo que se refiere a territorios, no valía la pena tanto sacrificio. Pero, en contrapartida, habéis adquirido una gran abundancia de conocimientos económicos, esto lo sabes tan bien como yo, y una experiencia política y científica incalculable. Nosotros os hemos conducido benevolentes y vanidosos por nuestras fábricas, os hemos enseñado cómo educamos a nuestros jóvenes, cómo regimos nuestras ciudades, cómo administramos la justicia. Vosotros habéis sido alumnos aplicados e imitáis lo que de bueno tenemos. Habéis comprendido que, en este siglo, no tiene tanta importancia el caballero como el sabio y el experto en la construcción, la forja de armas, la ingeniería y las artes de todo tipo y la planificación de la agricultura. Y vosotros sois jóvenes, estáis progresando y pronto nos habréis alcanzado y superado. Habéis perdido quinientas veces mil caballeros, pero no sois los vencidos.

Había levantado su voz, carente de energía. Miraba al amigo, con sus ojos tranquilos, sabios, algo burlones. El otro callaba. Se dio por vencido, no sin satisfacción.

Mantenían los dos conversaciones de este tipo, discusiones en las que, para su propia sorpresa, Rodrigue insistía en el triunfo de los herejes, mientras Musa dudaba de la victoria final de los musulmanes.

Pero cuanto más reflexionaba Rodrigue sobre los argumentos de su amigo, con tanta mayor claridad veía las cosas, más seguridad adquiría. Se sentía joven y renovado. Ya no le atormentaba aquella frase de Pablo a los corintios, según la cual la locura de Dios triunfaba sobre la sabiduría de los sabios. En lugar de eso se regocijaba en las otras

palabras del apóstol: «Lo viejo ha pasado, mirad y ved, todo se ha renovado». En lugar de la fe ciega que desembocaba en aquel bienaventurado éxtasis, en él había ahora un saber intuitivo, un sentimiento cada vez más sólido: a pesar de todo, hay un sentido reconocible en los acontecimientos del mundo. Todavía no podía traducir este sentimiento en argumentos lógicos. Tampoco se esforzaba en obtener claridad. Le bastaba saber del sentido de los acontecimientos del mundo tanto como Agustín había sabido de la naturaleza del tiempo: «Si no me preguntas, lo sé; si me preguntas, no lo sé».

A medida que pasaba el tiempo, las palabras de Musa actuaban en Rodrigue, y cada vez más y con mayor celo ansiaba ser un emisario de Dios y escudriñar los caminos, llenos de sentido, de los acontecimientos.

Sin embargo, no acababa de decidirse a ponerse a trabajar en su crónica de nuevo.

Había una nueva consideración que lo detenía.

—Me temo —le explicó al amigo— que lo que me empuja a llevar a cabo esta obra es menos el afán de servir a Dios que la ambición del escritor.

Musa adoptó su astuta expresión. Tomó un libro, *La vida de San Agustín*, y le leyó a Rodrigue en voz alta lo que Possidios, un discípulo del santo, había escrito sobre los últimos días de la vida de éste.

Agustín era entonces arzobispo de la ciudad de Hipona, asediada por los vándalos; desde su palacio, Agustín veía arder extensamente las tierras cartaginesas. Tenía setenta y seis años, estaba muy débil y sabía que iba a morir.

Le preocupaba la asediada ciudad y toda la provincia inundada de enemigos. Pero, al mismo tiempo, se dedicaba a repasar de nuevo sus numerosos libros, corregía y modificaba, para que se depositara en la biblioteca de Hipona un ejemplar de cada una de sus obras que no contuviera el más mínimo error. También intentaba, además, terminar un libro, seguramente para refutar los escritos del hereje Juliano. «Agustín, el más santo de todos los obispos —informaba Possidius—, murió el quinto día del mes de septiembre, esforzándose todavía en su lecho de muerte en rechazar el ataque de los vándalos y trabajando en su gran polémica contra el hereje Juliano».

Musa levantó la vista del libro y preguntó con picardía:

—¿Quieres ser más santo, mi venerable amigo, que San Agustín? Escudriña en tu propio pecho y comprueba si tus dudas no son otra cosa que piadosa soberbia.

Al atardecer de ese día, Rodrigue puso a punto un grueso montón de papel blanco y costoso, y despacio, deleitándose, empezó a escribir: «Aquí comienza la historia de Hispania, *Incipit chronicon reinum Hispananiarum*».

Musa, sonriendo, manifestó:

—No hay vicio más arraigado que el de la escritura.

La paz que Don Efraim trajo de regreso a casa fue mejor de lo que se había esperado, pero no había podido conseguir; o quizás no había querido hacerlo, que la duración de la tregua se estableciera por debajo de los doce años.

Don Alfonso, después de que Don Efraim le expusiera extensamente su informe, dijo:

—Sé que debería estarte agradecido y lo estoy. Quiero convocar a mis grandes, para que sean testigos, cuando me devuelvas el guante de tu misión.

Don Efraim rehusó casi con miedo:

—No creo que me corresponda tanto esplendor además esto procuraría muchas envidias a la aljama de Toledo y pocos amigos.

Alfonso preguntó con ojos brillantes si, según la opinión de Efraim, serían realmente necesarios todos esos doce años para reconstruir la economía del reino.

Efraim sintió enojo. Había advertido oportuna y perentoriamente a aquel hombre que debía estar dispuesto interiormente para una larga paz. Efraim no habría aceptado nunca aquella desagradable misión sin esta condición, y ahora, apenas Don Alfonso había cerrado ese tratado, estaba deseando romperlo. Contestó con sequedad:

—Tu reino, mi señor, se encuentra en un estado tal que probablemente tendrás que prolongar la paz más allá de esos doce años. Yo ya no veré tus nuevas batallas, y tú ya no serás tampoco joven cuando las inicies.

Puesto que, malhumorado, Don Alfonso guardaba silencio, le advirtió:

—Hazte a la idea, mi señor, Don Jehuda hizo un buen trabajo para ti, estableció relaciones que todavía se sostienen a pesar de este derrumbamiento. Dio a conocer las muchas posibilidades que tiene tu Castilla, te consiguió crédito. Pero si quieres sacar provecho de ello, debes ceñirte a su plan fundamental, y él construyó para la paz. No pienses en los próximos años en tus caballeros y barones, que sólo empobrecen tu reino, piensa en tus ciudadanos y en tus campesinos, piensa en tus ciudades. Dales a ellas privilegios, dales fueros, hazlas fuertes frente a tus grandes.

Don Alfonso escuchaba con rechazo, pero con atención. Al fin y al cabo, su mundo era el de los caballeros. La verdad de un rey era distinta a la de un viejo judío comerciante. Su filosofía, la de Alfonso, eran las canciones de Bertrán. Pero, seguramente, Efraim tenía razón, y si él, Alfonso, quería emprender con éxito la guerra después de doce años, debería atender ahora a los más humildes. Debería dar un lugar en su consejo al ciudadano, al campesino, al villano, y castigar al caballero cuando azotara a sus campesinos o arrebatara por las armas sus bienes al ciudadano. Sería un mundo triste y aburrido, sería una Castilla triste la que él gobernaría.

Don Efraim le explicaba ahora con todo detalle la lamentable situación de la economía. La explotación de las minas se habían reducido terriblemente, las manufacturas de tejidos que Don Jehuda había llevado a un enorme florecimiento habían sido destruidas o derruidas. Los rebaños de ganado habían sido dispersados, la cría de ovejas, antes de la guerra una de las fuentes principales de ingresos del reino, había sido completamente abandonada. Se había depreciado el maravedí castellano; había que pagar seis castellanos por un maravedí aragonés. Para que no se perdieran del todo la agricultura y la industria artesanal, había que protegerlas con desgravaciones fiscales y la garantía de muchos nuevos derechos. Descendió a detalles. Propuso qué aduanas y contribuciones podrían reducirse, cuáles deberían derogarse por completo. Mencionó cifras, siempre nuevas cifras.

Cuando Jehuda le hablaba de cosas parecidas, Alfonso se había interesado brevemente, pero pronto había sentido rechazo contra aquellos áridos asuntos, indignos de un rey, y había sucedido a veces que había interrumpido estas exposiciones groseramente. Pero ahora, aunque Efraim no hablaba con la fuerza ni la elocuencia de Jehuda, Alfonso prestó creciente interés en las cifras, las veía enlazarse unas junto a otras, y halló placer en la precisión con la que calculaba el judío. Alfonso no quería reconocerlo, pero estaba contento.

No servía para nada cerrar los ojos ante aquellos nuevos y adversos tiempos, había que sumirse en ellos. Otros antes que él habían tenido que hacerlo, otros muy grandes y poderosos, el rey Enrique, por ejemplo. Y él, Alfonso, había pagado muy cara su ceguera.

—Es una suerte, mi señor —decía ahora Efraim—, que en su momento autorizaras a Jehuda a que se instalaran en tu reino los seis mil fugitivos francos. Entre este gran número de hombres capaces podrás encontrar a muchos expertos que sustituyan a los que han caído o han desaparecido del modo que sea. Deberás darle la razón a Don Jehuda, bendita sea la memoria del justo, en cuanto a que…

El rey lo interrumpió inesperadamente.

—Una vez te pedí —dijo— que administraras el Tesoro de la corona. Tú lo rechazaste, seguramente tuviste razón al hacerlo; en aquella época había poco que administrar y yo ponía las cosas muy difíciles a mis consejeros. Ahora hay todavía menos en él, pero en este espacio de tiempo me he vuelto más sensato, quizás te hayas dado cuenta. Te ruego por segunda vez que seas mi alfaquí, o mejor, que seas mi alfaquí mayor.

Efraim había esperado esta oferta, la había temido. Se rebelaba contra algo así con toda su alma. Siempre había evitado los cargos públicos, era viejo, quería pasar los últimos días que aún le quedaban de vida en su casa, junto al fuego y ser visto y

atendido por pocos, y expirar en paz. Rebrotó en él toda su indignación y su odio contra Don Alfonso. Aquel hombre había lanzado a la muerte a la mayor parte de los tres mil hombres que la aljama había puesto a su disposición por un afán sin sentido y caballeresco de aventuras. Le había arrebatado la hija a su fiel servidor Ibn Esra, y no había salvado a su hijo en el peligro. Y ahora quería uncirlo a él, a Efraim, a su carro para que tirara de él por el camino empinado y lleno de tormentos que tenía ante sí. Dijo:

—Me honras en gran manera. Pero las negociaciones en Sevilla fueron agotadoras. Los asuntos de la aljama me esperan, soy muy viejo. Exímeme de ello, mi señor.

Alfonso, enfurruñado como un niño, dijo:

—Me gustaría tener a un judío como alfaquí. —Las palabras eran desacertadas, casi torpes, pero en ellas sonaba la amabilidad del anterior Alfonso.

Efraim, de golpe, vio el interior del hombre. Comprendió que su intención era dar satisfacción a su Escribano fallecido y esforzarse en seguir su camino. Este Alfonso clamaba, y no sin miedo, por un nuevo guía. Aceptar el cargo, continuar allí donde terminó Jehuda, sería una tarea que abreviaría su vida. Pero Efraim recordó los ojos brillantes, penetrantes y burlones de Jehuda, oyó su voz aduladora y bien modulada, recordó su último encuentro. Debía haber uno que tomara la mano extendida, grosera e impura de este rey cristiano y que lo arrastrara por aquel estrecho y duro camino de la paz.

Efraim, temblando bajo sus muchas vestiduras, tenía un aspecto realmente anciano y frágil. Dijo, y tuvo que obligar a cada una de las palabras a salir de su garganta:

—Puesto que así lo ordenas, mi señor, intentaré poner en orden los asuntos de tu reino.

—Te doy las gracias —respondió Don Alfonso.

Titubeando continuó:

—Hay otra cosa de la que quisiera hablar contigo, Don Efraim Bar Abba. No siempre mostré a mi fallecido Escribano adecuadamente mi agradecimiento, ni lo honré como debería haber hecho y como mi abuelo hizo con su Ibn Esra. Me aflige que ni siquiera se enterrara con dignidad a los muertos, sino con pobreza, de un modo apenas suficiente. He pensado varias veces en enterrarlos a mi manera y de acuerdo con su rango. Pero lo he pensado mejor y me parece más correcto que vosotros enterréis a mi fallecido Escribano a vuestra manera, con vuestras ceremonias y honores, a él y también a Doña Raquel, su hija, a la que me sentía muy unido. Os pertenecen a vosotros, ambos fueron de los vuestros hasta el fin, y te estaré muy agradecido si organizas su entierro tal y como ellos mismos lo hubieran deseado.

Don Efraim dijo:

—Te has adelantado a mis ruegos, mi señor. Me ocuparé de todo. Pero concédeme la gracia de esperar todavía un tiempo para el entierro, para que tengan noticia de él los muchos que desearán honrar a Don Jehuda Ibn Esra.

Poco después de que se firmara la paz, Doña Berengaria dio a luz un niño. Este futuro rey de Aragón y Castilla fue bautizado con el nombre de Fernán. El bautizo se celebró con gran pompa. Los cinco soberanos cristianos de la Península se reunieron en Zaragoza para estar presentes.

En el banquete de la celebración, Alfonso y Leonor estaban sentados uno junto al otro en elevados asientos. Doña Leonor estaba hermosa, mantenía la actitud que correspondía a una dama, amable y altanera como siempre, y tal y como lo exigía la *courtoisie*, intercambiaba con su esposo muchas palabras corteses.

Alfonso tenía derecho ese día a sentirse un rey de reyes y era consciente de su dignidad y de su honor. Un año atrás su reino era asolado por las armas del enemigo, y él mismo se encontraba sitiado en su capital. Cuán terriblemente se había avergonzado entonces cuando pensaba en Ricardo de Inglaterra. En verdad, éste se había acreditado como *miles christianus*, el horror de los musulmanes, el *Melek Rik*. Había conquistado la inexpugnable fortaleza de Acre, había vencido gloriosamente en batalla abierta al ejército del sultán Saladino. ¡Qué distinto era todo ahora! Las enormes pérdidas del ejército cruzado habían sido prácticamente en vano, se había establecido una miserable tregua, la Ciudad Santa seguía estando como siempre en manos de los herejes, el mismo Ricardo, enfrentado a sus aliados, estaba encerrado desamparado en una prisión austríaca. Pero él, Alfonso, se hallaba allí sentado en el trono y seguía siendo como siempre el más poderoso rey de la Península. Y era ya prácticamente seguro que su nieto, que había sido bautizado hoy, ese pequeño y fuerte Fernán, uniría Aragón y Castilla, y quizás podría llamarse emperador como su antepasado Alfonso VII.

Pero en medio de aquel esplendor y de aquel florecimiento, en el interior de Alfonso crecía sólo un desierto. Contempló a Doña Leonor y contempló su desolación. Miró a su hija Berengaria y vio en sus ojos, los grandes y verdes ojos de la madre, su desmedida soberbia, el ansia de poseer cada vez más poder e influencia. Estaba seguro de que ella consideraba débil a su esposo porque después de su derrota, de la derrota de Alfonso, no había asumido el dominio de la Península. Estaba seguro de que ahora todo su ser y todos sus pensamientos iban dirigidos a su pequeño hijo, este futuro emperador Fernán, y que ella no sentía por él, su padre, más que repugnancia y una indiferencia llena de desprecio. Él era un estorbo para su hijo y para su ambición; llevado por su lujuria, había descuidado sus obligaciones de rey, había estado a punto

de perder el reino que le pertenecía a ella y a su hijo, y quizás aún acabaría por perderlo definitivamente antes de que su pequeño Fernán recibiera la corona de emperador.

Los pajes que ofrecían al rey la comida, el vino y la servilleta permanecían en pie y esperaban sin saber qué hacer, él no los veía. De pronto fue muy consciente de cuán sólo estaba rodeado de sus cinco mil veces mil castellanos y de su respeto. Fijó la vista ante sí, muy solo, en un mundo vacío.

Don Rodrigue se dio cuenta, preocupado, de cómo Alfonso, tras la máscara impasible, amable y regia, meditaba orgulloso con la vista fija. Se sintió lleno de una cálida compasión, pero también lleno de la curiosidad y la obsesión del cronista, y estudió al rey con experta aplicación. Don Alfonso era de hecho *memoria tenax, intellectu capax, vultu vivax*. Alfonso conservaba fielmente en su memoria los acontecimientos, los comprendía con su rápida inteligencia, los retenía y los reflejaba en su expresión. Si, cincelados en el rostro de Don Alfonso aparecían sus experiencias, sus salvajes pasiones, sus difíciles y tempestuosas victorias, sus amargas derrotas, sus esfuerzos y convicciones. Las arrugas surcaban profundamente la frente, las arrugas marcaban sus mejillas. Su rostro se había convertido en la crónica de su vida. Ya en ese momento, a través del rostro de aquel hombre de cuarenta años, asomaba ya el rostro del anciano que llegaría a ser.

En el norte del reino, cerca de la frontera con Navarra, en los territorios del barón de Haro, vivía un ermitaño que se sometía a prácticas espirituales durísimas.

Vivía en una cueva muy elevada en las escarpadas laderas de la sierra de Neila. Cómo podía sustentar su vida allí era un milagro, ya que era ciego. Pero, evidentemente, estaba bajo la particular protección de la Providencia. Ésta protegía sus pies de los abismos y lo defendía de los animales salvajes; se decía que los lobos caían a sus pies y le lamían la mano.

Penitentes subían hasta él y le llevaban ofrendas para sus escasas necesidades. Le rogaban que les impusiera las manos; fluía la gracia de ellas. Simplemente, palpando un rostro podía darse cuenta de si se trataba de un pecador y saber si había conseguido el perdón de Dios, y en qué medida. Y la fama del ermitaño y sus piadosas virtudes se extendió por el reino.

El ermitaño era aquel Diego a quien Alfonso en su día, antes de su primera y victoriosa batalla ante Alarcos, hizo arrancar los ojos en castigo por haberse dormido en el puesto de guardia.

Pero los barones de Haro, de quienes era vasallo Diego, eran vasallos difíciles, no adictos al rey. Declararon que la ciudad de Toledo, debido a los terribles acontecimientos de los últimos años, estaba llena de pecado, y ordenaron a Diego que fuera allí. La visita del santo despertaría las conciencias. Pero lo que los de Haro esperaban era que la presencia de Diego en la capital creara dificultades al rey.

Las gentes de Toledo acudían en tropel a ver y a honrar a aquel hombre lleno de gracia, y cada vez se hizo mayor el deseo de las gentes de que también el rey pudiera sacar provecho de la presencia de aquel hacedor de milagros. Cuando, en el pasado, Don Alfonso paseaba radiante a caballo por las calles al lado de la Fermosa, ellos habían participado de su placer prohibido, sintiendo caldearse sus corazones; se habían gozado en él y habían lanzado a su paso gritos de júbilo; y el día en que se encontraban con él había sido un día de fiesta. Pero ahora, cuando veían a Alfonso, sentían una respetuosa compasión, timidez, un ligero horror ante aquel hombre castigado y marcado. Deseaban para él la redención absoluta y creían que el santo podía contribuir a hacerla posible.

Rodrigue no veía en lo que estaba pasando en torno a Diego más que superstición y extravagancia. Sospechaba también las malas intenciones de los de Haro y aconsejó al rey que no se preocupara de Diego.

A Alfonso aquel hombre le resultaba incómodo. Era ahora, después de tanto tiempo, cuando se avergonzaba al recordar cómo le había contado a Raquel, tan satisfecho de sí mismo, el modo en que había cegado a ese hombre y la sentencia que había compuesto acerca de aquellos que olvidaban cuál es su deber. Recordó cómo entonces el vivo rostro de Raquel se había ensombrecido, y sólo ahora supo porque.

Pero también se había dado cuenta de la timidez con la que las gentes lo miraban. Los comprendía, comprendió su deseo de que se encontrara con el santo. También sentía una creciente curiosidad por saber qué había sido de Diego. ¿Había sido realmente él, Alfonso, sin saberlo ni quererlo, quién había convertido aquel hombre en un santo?

Cuando tuvo al ciego de pie ante él, recordó con exactitud al Diego de entonces. Había sido un muchacho fuerte, obstinado, seguro de sí mismo, un poco parecido a Castro. ¿Era realmente este hombre el Diego a quien él había hecho cegar? Alfonso se sintió turbado, lamentó haberlo hecho llamar, no sabía qué decir; y también el otro guardaba silencio. Finalmente, casi contra su voluntad, bromeó toscamente:

—Por lo menos, la sentencia que te enseñé entonces de un modo tan drástico era buena.

El otro contestó:

—¿Quién eres tú?

La desagradable estupefacción de Alfonso aumentó. ¿No le habían dicho a aquel hombre ante quién lo habían conducido? ¿O no había querido saberlo?

—Yo, el rey —dijo.

El ciego, sin sorprenderse y sin inmutarse, respondió:

—No había reconocido tu voz. No hay nada en ti que pueda reconocer.

Alfonso preguntó:

—¿Te traté injustamente, Diego, en aquel entonces?

El ciego contestó tranquilo:

—Fue Dios quien te hizo hacer lo que hiciste. Pero también el sueño que cayó sobre mis ojos fue enviado por Dios. Alarcos fue un lugar de duras pruebas tanto para ti como para mí. Fue aquella victoria de Alarcos la que te llevó a emprender la segunda y petulante batalla. A mí, el sufrimiento me trajo al fin la bendición. He encontrado la paz.

Y al parecer, sin que tuviera nada que ver; continuó:

—Me han dicho que Alarcos ya no existe.

Primero, Alfonso creyó que aquel hombre, protegido por su fama de santidad, quería burlarse de él. Pero las palabras salían con extraña serenidad de los labios del ciego. Era como si las pronunciara un tercero que los contemplara a ambos desde una elevada lejanía. No tenían como objetivo mortificarlo.

—He rezado —dijo Diego— para que la desgracia se cambie en bendición también para ti, mi señor —y le pidió con las manos extendidas—: ¡Déjame verte!

Alfonso comprendió lo que quería, se acercó a él y el ciego palpó su rostro. El rey sintió con desagrado cómo aquellas manos huesudas presionaban y palpaban su frente y sus mejillas. Todo en aquel hombre le resultaba repulsivo: su aspecto, su modo de hablar; su olor. Se estaba sometiendo en verdad a una prueba. ¿No sería aquel hombre un simple juglar; un bufón de feria?

Diego dijo:

—Consuélate. El Señor te ha dado la fuerza para esperar humildemente. Quien no cae, no se levanta. Quizás deberás esperar durante mucho tiempo, pero tendrás la fuerza necesaria para ello.

Alfonso lo acompañó hasta la puerta y lo entregó a aquellos que lo conducían.

Llegó el día en que se desenterraron los cadáveres de Jehuda Ibn Esra y de su hija para trasladarlos al cementerio de la judería. Fue un día a principios de otoño, cálido, tormentoso; las peñas de la ciudad de Toledo estaban en sombras, en medio de una luz gris pesada, verdinegra.

Envolvieron a Jehuda y a Raquel en blancas mortajas. Los colocaron en féretros sencillos tal y como lo exigía la costumbre; pero se había echado en su interior tierra fértil, negros terrones, tierra de Sión. Sobre tierra de Sión descansaba la cabeza de Jehuda, que había dedicado sus pensamientos y acciones, sus anhelos e ilusiones a conseguir una mayor gloría para su pueblo, y la cabeza de Raquel, que había soñado con el Mesías.

Todas las comunidades judías de Hispania habían mandado una delegación, desde la Provenza y desde Francia habían acudido muchos, y algunos incluso desde Alemania.

Los ocho hombres más respetables de la aljama de Toledo cargaron los féretros sobre sus hombros y los llevaron por los caminos de grava de La Galiana entre los árboles y los arriates hasta la puerta principal. Allí, donde podía leerse la inscripción con el saludo Alafia, había otros esperando dispuestos a tomar los féretros. Los llevaron durante un breve recorrido, y allí esperaban nuevos portadores, porque eran innumerables los que se habían ofrecido para tener el honor de llevar hasta la sepultura a los muertos.

De este modo, pasando de un hombro a otro hombro, recorrieron los féretros el caluroso camino que conducía a Alcántara, al puente que cruzaba el Tajo.

Durante un breve trayecto, también el joven Benjamín llevó uno de los dos féretros, el segundo, el féretro de Doña Raquel. Era una carga liviana, pero aquel hombre tenía que hacer grandes esfuerzos para levantar las piernas; densa y sorda, casi como si tuviera vida propia, la aflicción lo ahogaba.

Intentó liberarse de ese ahogo pensando.

Pensó en cómo los seis mil fugitivos francos, que Jehuda había introducido en el reino luchando contra tanta y tan terrible oposición, habían dejado de ser molestos intrusos para convertirse en conciudadanos muy estimados. Todo había sucedido de un modo distinto y mejor de como él, Benjamín, había esperado. Había visto con incredulidad cómo su tío Efraim había sido enviado a Sevilla. Cómo había conseguido la paz y cómo tomó medidas para conservarla. La obra de Jehuda persistía, crecía. Y el rey no sólo lo consentía sino que lo favorecía. Pero ¿cuántas muertes y cuánto sufrimiento había sido necesario antes de que ese caballero entrara en razón? ¿Y conservaría esa sensatez?

No debía permitir que su aversión por el rey le hiciera emitir juicios injustos. El rey había cambiado, Raquel lo había conseguido. Había sucedido como en aquellos cuentos que ella tanto amaba. El mago había insuflado vida al pedazo de barro, pero a continuación el mago había muerto.

Despacio avanzaba Don Benjamín con la ligera carga de Raquel sobre sus hombros, ensimismado en sus reflexiones, con paso irregular; entorpeciendo a los otros

portadores.

Aquellos seis mil podrían vivir ahora una vida llena de sentido. Era poco si se comparaba con la muerte sin sentido de aquellos mil veces mil que habían muerto en las guerras de esa década. Todo lo conseguido era poco, la pizca de paz de Efraim, la pizca de sentido común del rey. Sólo era una minúscula nueva luz en la gran noche. Pero allí estaba esa pequeña nueva luz: alumbraba, y cuando el miedo lo sobrecogiera, esta pequeña luz lo espantaría.

Llegó el momento en que él y los que con él lo llevaban tenían que entregar el féretro a los que estaban esperando. Pero ahora que se veía libre de la carga y ya no tenía que mantener el paso acompasado al de los otros, sus pies se arrastraron todavía con más pesadez. Pero se recuperó, se enderezó, pensó. Pensó con amargura, tenacidad e insistencia: Se nos ha encomendado trabajar en la obra; no se nos ha encomendado terminarla.

El cortejo fúnebre había alcanzado los límites de la ciudad, el puente sobre el Tajo. Las impresionantes puertas se abrieron de par en par para permitir la entrada a los muertos.

Don Alfonso había ordenado que se dedicaran los mayores honores a su Escribano, a quien Toledo había manifestado tan poco agradecimiento. Las gentes de Toledo obedecieron gustosas. En todas las casas colgaban paños negros. El pueblo, formando una masa oscura y uniforme, se hacinaba estrechamente en las calles, normalmente tan llenas de color; el alboroto habitual se había reducido a un denso murmullo. En todas partes, junto al camino, podía verse, en posición, a los soldados del rey, que allí por donde pasaban los féretros inclinaban las banderas con el escudo de Castilla. Las gentes se descubrían la cabeza, muchos caían de rodillas, las mujeres y muchachas lloraban ruidosamente el destino de la Fermosa.

Los muertos avanzaron por las empinadas calles hacia el interior de la ciudad. No se tomó el camino más breve, se condujo a los féretros dando un rodeo por la plaza del mercado, el Zocodover; para que fueran los más posibles los que pudieran manifestar su respeto a los muertos.

En lo alto del castillo, junto a una ventana desde donde podía seguir el recorrido del cortejo funerario, se encontraba en pie Alfonso, solo.

Pensó:

«Ni siquiera estoy triste. Estoy tranquilo. Me siento libre de aquellas fuertes pasiones. Me he convertido en un rey mejor. Debería estar contento. Pero no lo estoy.

»Probablemente todavía tendré mi gran batalla y podré llevarla a cabo a la cabeza de una Hispania unida. Pero tampoco llegado ese momento, cuando alcance la victoria, sentiré una emoción mayor que la de pensar: lo he conseguido, he cumplido con mi

deber. Y como máximo sentiré alivio, pero no será felicidad. La felicidad que me estaba destinada queda a mis espaldas. Estuvo allí, la tuve en mis brazos, se abrazó a mí, tierna y dulcemente turbadora. Pero yo fui irreflexivo y me aparté de ella. Y ahora la llevan por allá abajo, toda la felicidad que me había sido destinada.

»Durante doce años deberé esperar mi batalla. Nunca he sabido esperar; me parecía que la vida corría como un caballo. Ahora me parece que se arrastra como un caracol. El año se alarga, el día se alarga. Y yo puedo soportarlo, ni siquiera me enfurezco. Y ahí está lo peor, en el hecho de que yo pueda esperar de esa manera. También conduciré la batalla con prudencia. No habrá nada ya de aquel bendito y salvaje valor de antes. Ellos gritarán ¡*A lor!* ¡*A lor!*, y yo no gritaré con ellos».

Se esforzó en pensar en aquél por quien él emprendería la batalla: en el pequeño Fernán, pero no consiguió formarse una imagen clara de él, y el recuerdo del nieto no le hizo sentir ningún sentimiento cálido. Todo lo que ahora rodeaba a Alfonso permanecía extrañamente vago, nebuloso, irreal.

Pensó:

«Tengo cuarenta años, pero mi vida ha quedado atrás. Nada es tan real para mí como mi pasado. Mi presente está en medio de vapores y polvo, como un campo de batalla durante la lucha. Y ni siquiera cuando en su momento consiga vencer, habrá más que neblinas y apatía en mí. Seria distinto si pudiera vencer por mi hijo, ¡por mi Sancho, por mi querido bastardo! Pero quién sabe dónde estará para entonces mi Sancho. Probablemente entre aquéllos para los que la paz es más importante incluso que la victoria».

El cortejo fúnebre, mientras tanto, había llegado a su destino.

Tres cementerios tenían los judíos de Toledo: dos fuera de los muros, uno en la misma judería. En éste, que era pequeño y muy antiguo, sólo tenían mausoleos los miembros de las familias más respetadas, entre ellas los Ibn Esra. Entre estos muertos de la familia Ibn Esra se encontraban aquellos que se remontaban a un descendiente del rey David, que junto con Adoniram, el recaudador de impuestos del rey Salomón, habían llegado a la Península, y así se había hecho constar en la inscripción de la lápida. También se contaban entre estos muertos de la familia Ibn Esra algunos que en tiempos de los romanos habían sido comerciantes. Banqueros, recaudadores de impuestos, y también aquellos que habían vivido bajo el dominio de los reyes godos en Toledo y que habían sido acorralados y perseguidos, y aquellos que bajo el dominio de los musulmanes habían llegado a ser visires y grandes médicos y poetas. También yacía allí aquel Ibn Esra que una vez construyó el castillo que llevaba su nombre, así como aquel que había defendido Calatrava para el emperador Alfonso, el tío de Jehuda.

Así pues, a ese cementerio fueron conducidos los cadáveres.

Apretujados unos a otros permanecían en pie los que formaban el duelo. Permanecieron en pie tan estrechamente juntos, cuenta el cronista, que se hubiera podido andar por encima de sus hombros.

En el recinto reservado a los muertos de la familia Ibn Esra se habían abierto dos nuevas tumbas. Allí colocaron a Jehuda Ibn Esra y a su hija Raquel y los reunieron con sus antepasados. Después se lavaron las manos y murmuraron la bendición.

Y Don Joseph Ibn Esra, en su calidad de pariente más cercano, pronunció la oración de los difuntos que empieza: «Alabado y ensalzado sea el nombre del Altísimo», y que termina: «La paz reina en las alturas, que Él nos conceda la paz a nosotros y a todo Israel, responded que así sea».

Y durante treinta días en todas las comunidades judías de la Península y en las de la Provenza y Francia se pronunció esta oración en memoria de Don Jehuda Ibn Esra, nuestro señor y maestro, y de Doña Raquel.

Pero allí donde se reunía mucha gente, en los mercados y en las tabernas de Castilla, los juglares, los cantantes callejeros, cantaban baladas que hablaban del rey Don Alfonso y de su apasionado y funesto amor por la judía Fermosa. Las canciones arraigaron en el pueblo, y tanto en los días laborables como en los días festivos, y al trabajar y al comer y hasta en sueños, en Castilla se cantaba y se tarareaba:

Y el amor deslumbró al rey
que quedó prendado de una judía,
y ella se llamaba Fermosa,
Sí, Fermosa se llamaba,
la Hermosa,
y la llamaban así con justicia
y por ella olvidó el rey a su reina.

Don Alfonso jamás volvió a pisar las tierras de la Huerta del Rey.

Poco a poco los jardines se cubrieron de maleza, y La Galiana se fue desmoronando. También el blanco muro que rodeaba la amplia propiedad se desmoronó. Lo que permaneció en pie por más tiempo fue el gran portón principal por donde pasaron Castro y los suyos para asesinar a Raquel y a su padre.

Yo mismo he estado ante ese portón y he visto la erosionada inscripción árabe con la que La Galiana saluda al huésped: Alafia, prosperidad, bendición.

EPÍLOGO DEL AUTOR

DURANTE décadas me atrajo la historia de aquella Hedisa que fue elevada por el gran rey persa Asuero a la dignidad de reina con el nombre de Ester y que salvó a su pueblo, los judíos, de una muerte segura.

La breve novela que trata del destino de Hedisa, el *Libro de Ester* es uno de los libros más populares y más llenos de efecto de la Biblia. El autor domina el arte de los grandes narradores hebreos y árabes y consigue crear una creciente tensión tanto exterior como interior y sabe dotar a su fabulación de siempre nuevas sorpresas. Además, escribió en unos tiempos en los que su pueblo fue salvado de grandes peligros, se hizo partícipe de las alegrías y sufrimientos de su pueblo, y su entusiasmo patriótico se transmite, todavía en la actualidad, al lector.

A mí, en cualquier caso, el *Libro de Ester* me conmovió profundamente, ha conmovido a muchos, y en los más de dos mil años transcurridos desde su creación, muchos han intentado explicar la novela ambientándola en los acontecimientos de su propio tiempo. Varias veces, cuando sentía de un modo particularmente doloroso las aflicciones de los dos pueblos a que pertenezco, también sentí el impulso de volver a contar la historia de la reina Ester desde la perspectiva de mi mundo.

Lo que hace a este breve relato tan particularmente fascinante es un astuto recurso literario del antiguo poeta judío, un recurso que nadie había utilizado antes que él. Da credibilidad a sus invenciones y les otorga la apariencia de una extremada objetividad al adoptar el disfraz de un hombre que tiene el encargo de recopilar con sobriedad histórica los acontecimientos de la corte persa. Da a su novela la máscara de una crónica de la corte, oculta la tendencia nacionalista judía del relato tras un tono objetivo. Evita hacer referencia a la inspiración divina y darle a su pueblo el título de elegido. De entre todos los libros de la Biblia, éste es el único en que no se menciona a Dios. También renuncia a hacer una valoración del carácter y las acciones de sus personajes. No ensalza a su reina Ester y a su tutor Mardoqueo, no insulta a Amán, al enemigo de los judíos. Se fía de su fabulación, confía en que los acontecimientos que él

ha inventado bastarán para indignar al lector contra los enemigos de los judíos y para entusiasmarlo en favor de los sufridos Mardoqueo y su pupila Ester, finalmente triunfantes. El poeta lo consigue, ya que, a pesar de que el autor oculta cuidadosamente su propio júbilo, el lector se alegra de todo corazón cuando al final Amán cuelga de la horca que había sido levantada para Mardoqueo.

Por supuesto, el lector, al terminar la lectura, reflexiona acerca de los acontecimientos y entonces se plantea serias objeciones: ¿Cómo pudo aquella mujer joven, a la que el señor del mundo sentó en su trono, ocultar su nombre y su origen durante tanto tiempo? ¿Qué clase de gran visir era aquel que para acabar con su enemigo personal quiere destruir al mismo tiempo a todo su pueblo? ¿Qué clase de rey era aquel que, en un momento dado y sin cuestionarlo, condena al exterminio a toda una nación y al día siguiente, de nuevo sin hacer grandes averiguaciones, permite que se ejecute a los incontables enemigos de ese pueblo? Sólo cuando uno se plantea estas preguntas se demuestra que la objetividad del autor es un disfraz y toda la novela un disparate.

Intervenir en ese punto y darle al cuento del antiguo poeta un marco que tuviera sentido dentro de una historia creíble me pareció una atractiva tarea. Quise situar la acción en un entorno que diera credibilidad tanto a sus personajes como a los acontecimientos, y que además permitiera abrir perspectivas hacia el pasado y hacia el futuro, de modo que los sucesos que tuvieron lugar en torno a Ester también arrojaran nueva luz sobre los actuales acontecimientos.

Pero se puso de manifiesto que la antigua fábula original tenía un terrible fallo. Su heroína no existe. Ester es una muñeca en manos de su tutor es manejada desde fuera, es absolutamente pasiva, una rueda en el engranaje del argumento, nada más. Este vacío, precisamente en el elemento central de la historia, ha tenido como consecuencia que grandes poetas fracasaran al querer tomar el argumento con demasiada fidelidad. Racine, en sus poemas, se refugió en el seguro puerto de la piedad; Grillparzer dejó de lado la obra a medio hacer. Yo fui suficientemente atrevido para suponer que podía darle a mi Ester la vida propia que echaba de menos en la historia de la reina Ester. Pero entonces tenía que apartarme mucho de la historia bíblica original, a la que rodea un nimbo de más de dos mil años, así que tuve que darme por satisfecho con dibujar el perfil de un posible futuro libro.

En las décadas que me ocupé de la historia de Ester no dejaban de aparecer abriéndose paso hasta mí, las figuras de otras mujeres judías que habían intervenido en la historia de su pueblo asumiendo todas las consecuencias, y una de ellas fue precisamente ésta, cuya historia el lector acaba de conocer en este libro, Raquel, la Fermosa, la amiga del rey Alfonso.

Primero tuve conocimiento de su historia a través del drama de Grillparzer. Adoraba y adoro esta pieza, el dulce dinamismo de sus versos y el profundo conocimiento del alma humana de su autor quien renunció conscientemente a dar a su trama alguna referencia histórica, pero que en contrapartida labró con tanta precisión el perfil de sus personajes. Sorprendentemente, su amigo y editor Heinrich Laube criticó su obra con dureza. (Probablemente es el tema en sí, con su sensacional mezcla de historia y erotismo, la que inspira rechazo al observador; de modo parecido, Martín Luther rechazó con enojo el *Libro de Ester*). Sea como sea, Heinrich Laube supone que la obra *Jüdin (La judía)* de Grillparzer no resulta porque el poeta se ha mantenido demasiado fiel a su modelo, el drama de Lope de Vega *La judía de Toledo*, según la opinión de Laube una pieza de teatro absolutamente superficial.

Leí el drama de Lope. Ciertamente es teatral, evidentemente fue garrapateada en pocos días y sin ningún rigor. Puesto que el material que el poeta había encontrado para su proyecto, una vieja crónica, no parecía ser suficiente para los tres actos de su pieza, lo empleó sólo para los dos últimos actos y utilizó para el primero un par de capítulos extraídos de la misma crónica, directamente anteriores a la historia de la judía, pero que no tienen nada que ver con ella. Pero puesto que Lope es un apasionado y extraordinariamente diestro hombre de teatro, el gozo que él halla en los efectos de su teatro se transmite al lector y al espectador y su falta de rigor apenas influye en la efectividad de su obra. Su obra *La judía de Toledo* se convirtió en una pieza de teatro extraordinariamente llena de fuerza, colorido, y apasionadamente patriótica, y comprendo muy bien qué es lo que hay en ella que atrajo tanto a Grillparzer.

Si, el tema me fascinó, tal y como había fascinado a Lope y a Grillparzer.

Leí las fuentes de Lope. Es esa crónica de la que he tomado algunas líneas como lema para cada una de las partes de mi novela. Esta crónica fue escrita por otro Alfonso de Castilla, el décimo de su nombre, un biznieto de nuestro Alfonso, que nació siete años después de la muerte de aquél. Cuenta de la pasión de su bisabuelo y de la judía con visible simpatía. Es extraordinario cómo esta historia de amor ya desde el principio y a lo largo de siglos, ha ocupado la fantasía de los españoles. Hasta mediados del siglo pasado se escribieron en torno a ella siempre nuevas baladas, romanzas, poemas épicos, novelas y piezas de teatro. Incluso dentro de la literatura árabe ocupa la historia un lugar. Los románticos de muchas épocas y de muchos países la han contado, cada uno a su manera.

Pero hasta donde pude alcanzar ninguna de esas muchas versiones se ha preocupado de la historia del país en la que sucedieron esos acontecimientos, y, sin embargo, el destino de los amantes estuvo estrechamente ligado al de su país, y cuanto más

profundiza el observador en la situación de la España de entonces, la historia de Ester-Raquel y del rey adquiere un sentido cada vez más profundo.

Las antiguas crónicas y baladas españolas que mencionan por primera vez a Alfonso y a la judía creen de un modo ingenuo e incuestionable en la santidad de la guerra. Esas crónicas me ayudaron a comprender aquella civilización caballeresca, que, a pesar de toda su refinada *courtoisie*, se hallaba sumida todavía en la barbarie; el poderoso credo interior de aquellos barones de Castilla; su valentía fruto de una fe fanática y del ansia de matar; su ilimitado orgullo, que destruyó sin el menor escrúpulo las maravillosas ciudades y reinos que otros habían creado. Sólo quien pueda percibir la irresistible fuerza de atracción de este mundo de aventuras, podrá entender por completo la historia de Raquel y del rey.

No he pretendido glorificar el heroísmo descabellado, sino revivir su esplendor y su encanto, aunque sin ocultar aquello que tenía de destructor. He querido hacer visible la magia del mundo de la guerra que resulta atractiva incluso para aquel que sabe descubrir en ella toda su corrupción. Raquel percibe cuán funestas consecuencias tendrá la temeridad de Alfonso, y a pesar de todo le ama. En todo aquello que a Raquel, a pesar de su sabiduría, le resulta atractivo de aquel hombre que le traerá la desgracia, he querido simbolizar la seducción que emana de la guerra, de la aventura, que a veces llega a deslumbrar al más claro entendimiento.

Quise oponer al caballero el hombre de paz. Evidentemente éste no es celebrado en las crónicas y baladas de su tiempo, pero sí existió. Vive en la sombra, al margen de las crónicas, se siente su presencia de un modo más patente en documentos, privilegios y leyes, y con toda claridad en los libros de los sabios y filósofos. Ahí están los comerciantes y campesinos, los habitantes de las florecientes ciudades que intentan oponer al modo de ser desenfrenado de caballeros y barones el orden y la ley. Ahí están los judíos que hacen lo que pueden por preservar la paz, porque ellos serán los primeros que caerán bajo los cabecillas de la guerra. Y ahí están sobre todo los que piensan, los religiosos y los laicos: Rodrigue, Musa, Benjamín, que rechazan la guerra con palabras y obras. Hombres que no tienen para enfrentarse a la valentía armada del caballero nada más que el sereno valor de su inteligencia. Pero ¿acaso no es eso mucho?

Se suele decir que hay dos columnas sobre las que se apoya nuestra civilización: el ideal de cultura humanístico de griegos y romanos y el códice moral judeocristiano de la Biblia. A mi me parece que en nuestra civilización perdura una tercera herencia: la veneración por el heroísmo, por el mundo de la caballería. La imagen amorosamente reverenciada del caballero cristiano, tal y como lo dibuja la Edad Media, en modo alguno ha empalidecido. Todavía sigue considerándose la mayor de las glorias la del

héroe, la del guerrero. El gran escritor Cervantes expuso con delicado esmero todo aquello que de ridículo hay en el caballero. El mundo se rió: pero no se dejó convencer. Una parte de Don Quijote ha existido siempre desde el principio en cada caballero, pero el mundo no quiso ni quiere verlo, sigue sin querer ver al loco que hay dentro de cada caballero, sólo quiere ver su esplendor. El mundo sigue alzando sus ojos hacia el caballero y cubriéndolo de honores.

Creo que la historia de Alfonso y de Raquel nos interesa porque el atractivo mundo caballeresco de la Edad Media todavía sigue irremediablemente vivo. Los teóricos de aquellos tiempos discutían si era lícito adelantarse al posible ataque de un enemigo siendo los primeros en atacar. Discutían si era condenable pagar la paz con elevados sacrificios. He intentado dar vida a personas que se debatieron entre esas inquietudes. Me dije a mí mismo: aquel que cuente de nuevo la historia de esas personas no sólo estará escribiendo Historia, sino que esclarecerá y dará sentido a algunos problemas de nuestro tiempo.

LION FEUCHTWANGER (7 de julio de 1884 - 21 de diciembre de 1958), fue un novelista alemán, hijo de una familia de la burguesía judía de Baviera, fervientemente patriota hacia Alemania.

Lion sirvió en el ejército alemán durante la Primera Guerra Mundial, una experiencia que le llevó a una inclinación izquierdista en sus obras. Tras la guerra, adoptó una postura pacifista y antimilitarista. Se convirtió en una figura conocida del mundo literario y ya era popular en 1925 cuando su primera novela con éxito, Jud Süss, fue publicada. También publicó Erfolg, que era una crítica poco velada hacia el partido nazi y Hitler. Renunció al judaísmo pero denunció el antisemitismo creciente. Colaboró estrechamente con Bertolt Brecht en varias de sus obras.

El nuevo régimen fascista comenzó pronto a perseguirlo. Cuando asistía a una gira de conferencias en Estados Unidos, en Washington D. C., Hitler llegó al poder y el embajador alemán, Friedrich Wilhelm von Prittwitz und Gaffron, le recomendó que no volviera. Su casa fue saqueada, perdiendo así algunos de sus manuscritos.

Feuchtwanger y su mujer no volvieron a Alemania; se trasladaron al sur de Francia, estableciéndose en Sanary sur Mer. Sus trabajos estaban incluidos entre los quemados por los nazis. El régimen nazi le retiró la ciudadanía alemana y le declaró enemigo

número uno del Estado (dato mencionado en su novela *Der Teufel in Frankreich*, El diablo en Francia).

Con la publicación de Los hermanos Oppermann en 1933 se convirtió en el más destacado portavoz de la oposición al Tercer Reich. La novela fue traducida en un año al checo, danés, inglés, finés, hebreo, húngaro, noruego, polaco y sueco. En 1940, su obra El judío Süß fue manipulada por la propaganda nazi para servir de argumento a una película del mismo título, El judío Süß, que alentaba el antisemitismo.

En 1936, todavía en Sanary sur Mer, escribió *Der falsche Nero* (El falso Nerón), donde comparaba con Hitler al nuevo rico romano Terentius Maximus que pretendía ser Nerón.

Cuando los alemanes invadieron Francia en 1940, Feuchtwanger fue capturado e internado en un campo de concentración. No obstante, consiguió escapar con la ayuda de su mujer Marta y Varian Fry, un periodista americano que ayudó a huir a muchos refugiados de la Francia ocupada. Feuchtwanger consiguió asilo en Estados Unidos, se estableció en Los Ángeles y allí continuó escribiendo hasta su muerte en 1958.

De sus obras caben citarse:

Die häßliche Herzogin Margarete Maultasch (1923).

Jud Süß (1925).

Der falsche Nero (1936).

Moskau (1937).

Unholdes Frankreich y Der Teufel in Frankreich (1941).

Die Brüder Lautensack y Die Zauberer (1943).

Simone (1944).

Die Füchse im Weinberg y Waffen für Amerika (1947-48).

Goya, o La calle del desengaño (1951).

Narrenweisheit oder Tod und Verklärung des Jean-Jacques Rousseau (1952).

Die Jüdin von Toledo y *Spanische Ballade* (1955).

Jefta und seine Tochter (1957).

La trilogía *Wartesaal*: *Erfolg. Drei Jahre Geschichte einer Provinz* (1930); *Die Geschwister Oppenheim y Die Geschwister Oppermann* (1933); *Exil* (1940).

La trilogía *Josephus*: *Der jüdische Krieg* (1932); *Die Söhne* (1935); *Der Tag wird kommen y Das gelobte Land* (1942).

Notas

[1] Vestiduras distintivas que usan los sacerdotes. <<